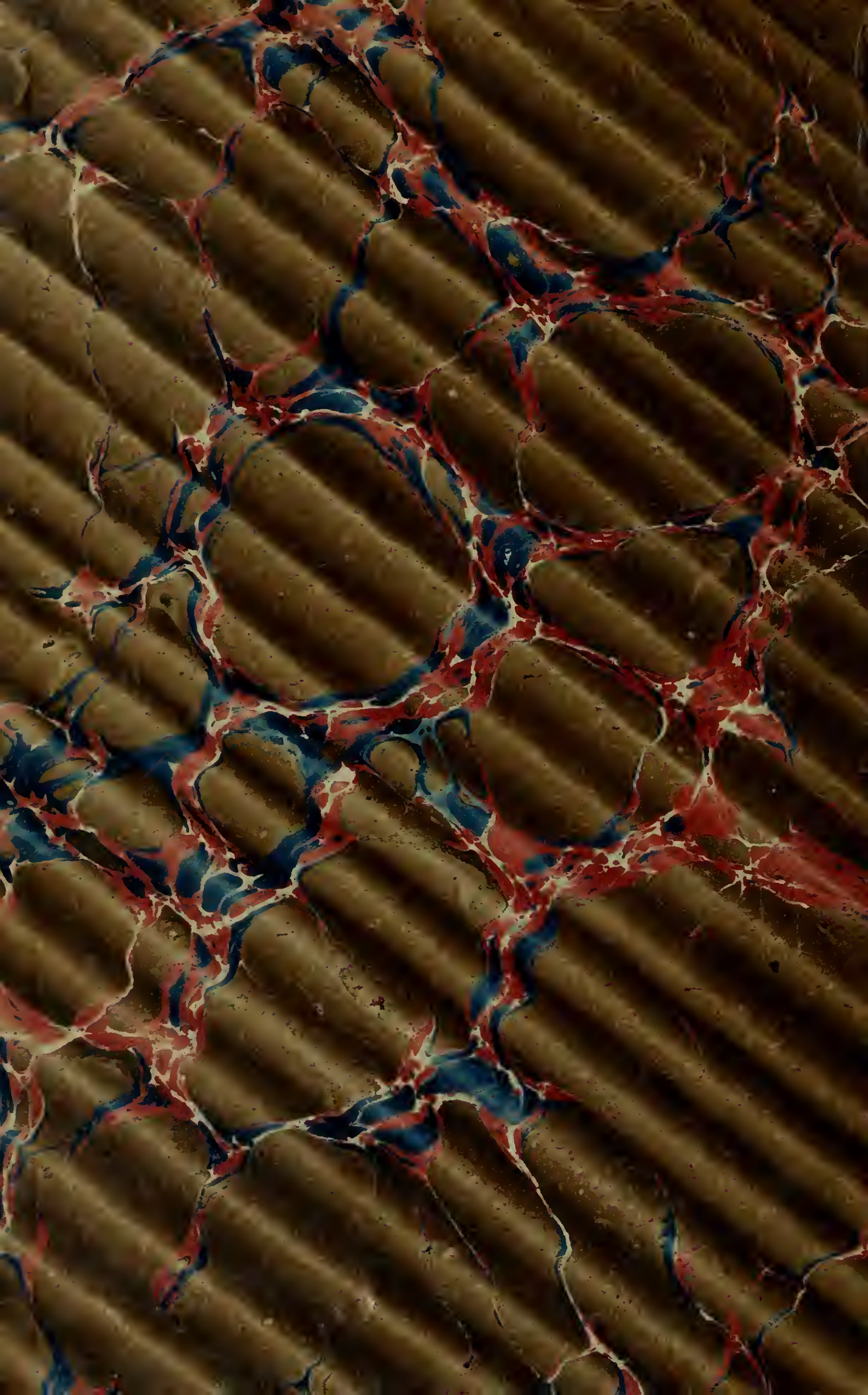
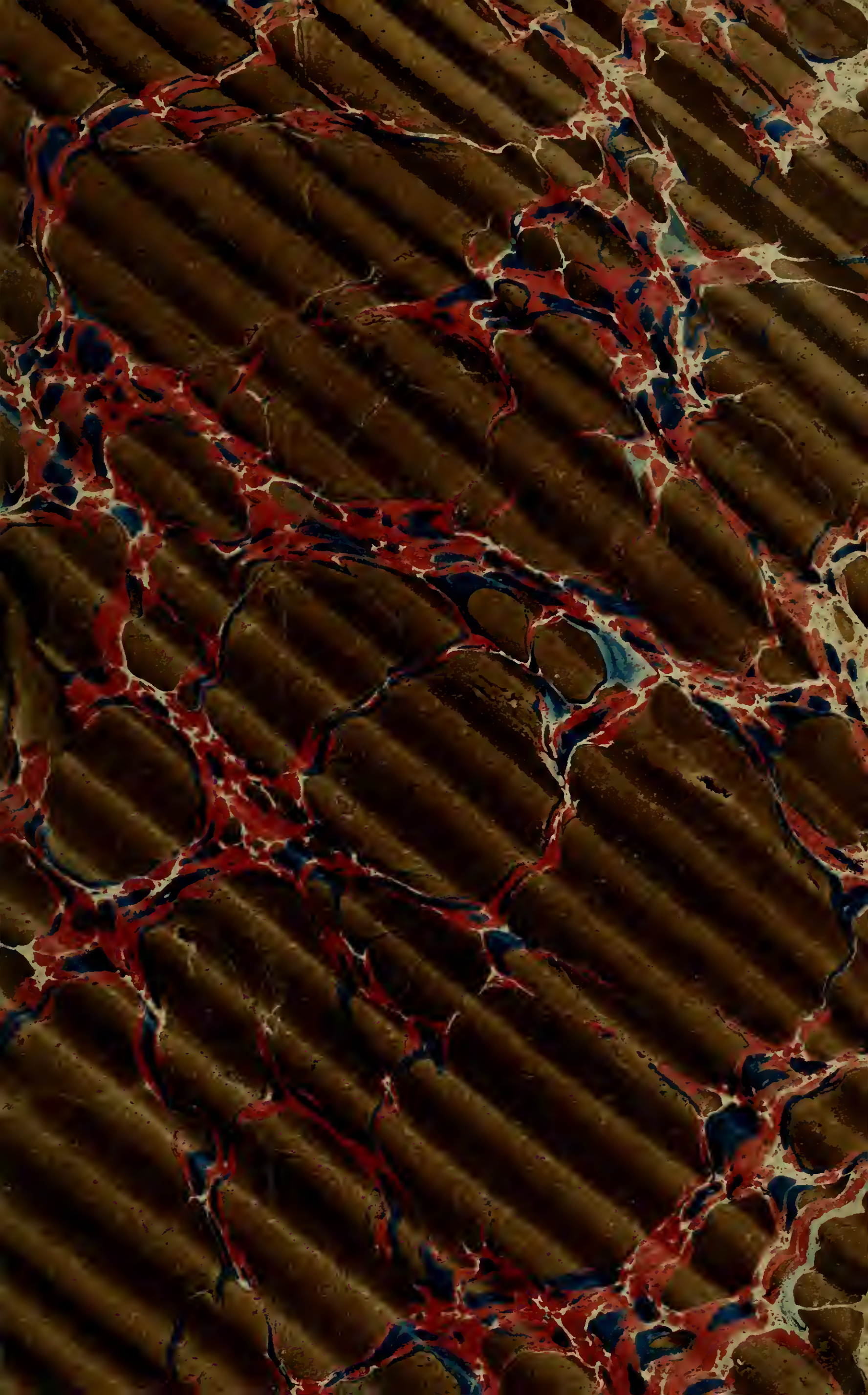

UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 00680448 8
UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY





DE MADRID Á NÁPOLES.

GASPAR, EDITORES.

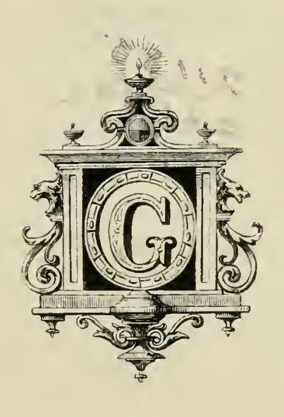
DE MADRID A NAPOLES

POR

D. PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

CORREGIDA POR EL AUTOR É ILUSTRADA CON LÁMINAS.

NUEVA EDICION.



MADRID
IMPRENTA Y LIBRERIA DE GASPAR, EDITORES
(ANTES GASPAR Y ROIG)
Calle del Príncipe, núm. 4.
1878.

AL Sr. D. JOSÉ RUIZ LEON

dedicó este libro

EL AUTOR.

DE MADRID Á NÁPOLES.

LIBRO PRIMERO.

FRANCIA.

I.

MARSELLA.

El dia 29 de Agosto de 1860, á las ocho y media de la noche, salí de Madrid en el tren-correo con direccion á *Valencia*, á donde llegué al dia siguiente á las doce de la mañana.

Valencia era para mí una antigua amiga. Entré, pues, por una puerta y salí por la otra, como Pedro por su casa, sin detenerme nada en la ciudad, y traslädéme al *Grao*, á reanudar mis amores con la mar salada, antes de hacerle formal entrega de mi persona.

A eso de las cinco, y despues de muchas correrías por los buques surtos en el Puerto, atracó mi bote al costado del Vapor *Philippe Auguste*, que debia partir aquella tarde para Marsella, y en el cual tenia comprado pasaje. Tomé posesion del camarote en que habia de vivir dos dias, y subí sobrecubierta á hacer lo que hace toda persona bien nacida cuando abandona su pátria:—á mirarla con ojos de amor hasta perderla de vista.

A las seis levamos anclas, y el Vapor se puso en movimiento.

La mar estaba tranquila, y el sol acababa de ocultarse... Yo pensé lo que se piensa y sentí lo que se siente en semejantes circunstancias... Bendije con la intencion pátria, familia y amigos...,—y la campana me llamó á la mesa.

La sociedad que encontré á bordo, y á la cual pasé revista durante la comida y despues de comer, era toda extranjera... no para el buque, sino para mí y para otro español que se habia embarcado al mismo tiempo que yo, y con quien muy luego entablé amistad y confianza.

El *Philippe Auguste* volvia de Oran, y traia la coleccion de viajeros más rara y heterogénea que se haya visto jamás.

Primeramente, venia una compañía de zuavos, curtidos por el sol de Africa y avezados á las feroces luchas con los beduinos del pequeño Saha-

ra.—La oficialidad de esta compañía comió con nosotros en primera Cámara: la tropa hizo su rancho sobre cubierta.

Vivaqueaban tambien allí unos veinte judíos, con sus estrambóticos trages y miserables rostros.

En otro lado callaban y no comian siete mahometanos, vestidos á la tunecina.

Por último, la Cámara de proa venia atestada de Hermanas de la Caridad, que se dirigian á cumplir su sagrada mision en los nuevos combates que iban á ensangrentar la Italia.

Toda esta gente formaba un pintoresco, singularísimo cuadro, que me traia á la memoria mi vida de Tetuan, ó sea los inolvidables espectáculos del segundo periódo de nuestra Guerra de Africa...

Hartado que me hube de contemplar aquel *poutpourri* humano, bajé á mi camarote y me dormí tranquilamente, confiando en que el capitan del buque, el piloto y el timonel no se dormirian por su parte.

Al dia siguiente, cuando subí sobre cubierta, divisábanse todavía en lontananza costas españolas, las cuales ya delineaban sobre el cielo altísimos picos, ya adelantaban dentro del mar recios promontorios...

Era el litoral de Cataluña.—Todas las miradas se fijaron en aquellas remotas apariciones. Calculábase que estábamos enfrente de Barcelona, y la opulenta Ciudad de los Condes bien se merecia un respetuoso saludo de parte de la marítima caravana.

Tenia yo el remordimiento de salir por tercera vez de España sin conocer aquella gran capital; pero, siquiera entonces, y con ayuda de un anteojo, la columbré á lo lejos, reclinada en el formidable monte y bañada por las olas...

Luégo se levantó del mar el Pirineo, cuya azulada mole, coronada de brumas, me infundió veneracion y respeto, y despertó en mi alma recuerdos inmortales...—¡Aquel era el viejo antemural de España, en que se estrellaron tantos insignes conquistadores!—El poema de nuestra Independencia, escrito con sangre de cien y cien generaciones, acudió, pues, entero á mi memoria...—¡Cuántas veces, cuántas, vinieron sobre nuestra tierra, ya por el Septentrion, ya por el Mediodía, verdaderas inundaciones de guerreros, como un mar que quisiera sumergirnos!... Y desde Sagunto hasta Roncesvalles, desde Covadonga hasta Zaragoza, ¡qué lucha de titanes por defender la nacionalidad y el nombre de españoles! ora durase la guerra seis años, como la sostenida con Napoleon; ora ocho siglos, como la mantenida con los árabes, el resultado fue siempre el mismo; nuestra victoria y nuestra emancipacion. ¡Ni un solo instante transigimos con el extranjero! ¡Ni un solo dia yació en el ocio nuestra espada!

¡Qué diferencia entre nosotros y aquellos pueblos de Italia que yo iba á visitar; que pasan ó han pasado años y años bajo el yugo del invasor, subordinando su espíritu á la ley de la fuerza, comiendo y bebiendo sobre

el cadáver de la pátria, y esperando ó llamando á gritos extraña ayuda para sacudir sus cadenas!—¡Ah! yo no concibo nunca que se obligue á nadie á ser lo contrario de lo que esté en su conciencia ó en su voluntad. El alma humana es impenetrable, inaccesible, independiente, y toda la sangre de nuestras venas debe correr en defensa de sus sagradas prerogativas. La vida es la garantía del honor. Antes debe terminar la una que menoscabarse el otro. *Potius mori quam fœdare.*

Pensando en estas y otras cosas por el estilo (pues el mar inspira siempre pensamientos grandes), pasé el resto del dia y vi llegar las sombras de la noche.

Ya habiamos dejado atras el Cabo de Creux y entrado en el temido Golfo de Lyon... Es decir: ya estábamos fuera de los mares de España: ya no era extranjero el Vapor *Philippe Auguste*: ¡el extranjero era yo!

Tal circunstancia y la oscuridad del nublado cielo conturbaron mucho mi espíritu durante esta segunda noche de navegacion.—No pude dormir, pues, y la pasé toda sobre cubierta.—Allí, apoyado en una banda del buque, veia deslizarse bajo mis ojos enormes masas de agua, que no despertaban ninguna idea en mi imaginacion. y que comparaba á veces, cuando su monotonía llegaba á fatigarme, á las densas turbas de personas desconocidas que encontramos en los paseos públicos, ó á ciertas largas séries de dias de nuestra vida, desprovistos de placeres y de dolores, que no dejan huella alguna en nuestra existencia.

Por último: á las diez de la siguiente mañana vimos alzarse por la parte de proa unas rocas amarillentas, que despues se fueron enlazando por medio de líneas verdes ó de suaves ondulaciones de montecillos azules...

Llegábamos á Francia: estábamos á la vista de *Marsella*.

A las doce penetramos en el bosque de mástiles que puebla hace muchos siglos su anchuroso Puerto.—El *Philippe Auguste* eligió su sitio en medio de aquel laberinto de buques de todas las naciones del globo, y echó el ancla.

¡Oh tristeza infinita! ¡Iba á desembarcar en tierra extranjera!

Os dispenso, lectores, de participar de las dos horas de vejámenes y molestias que son inherentes á un desembarco en condiciones semejantes. Vuestra admision y la de vuestras maletas van acompañadas, en Francia como en España, de tales investigaciones, interrogatorios y registros, de tantos plantones y compases de espera, y del contacto y comunicacion con tales gentes (las mismas en todas partes), que os hace abominar de la máquina social, si han de moverla siempre resortes tan abigarrados y groseros como las aduanas y la policía.

Lo que sí os referiré, á modo de muestra del carácter francés, es un ligero pero significativo lance que me aconteció al recobrar mi libertad y la propiedad de lo que era mio.

Estaba yo admirando *una vez más* (pues no era aquella la primera vez

que llegaba á Francia) la minuciosa prevision con que nuestros vecinos acogen y asisten á los viajeros; la comodidad de los salones de espera; las preciosas instrucciones que adquiere uno, sólo con leer en las paredes, acerca de lo que le conviene hacer en cada circunstancia y sobre la manera de hacerlo; la facilidad con que encuentra al alcance de la mano (y de su dinero) todo lo que puede desear al saltar á tierra (el *restaurant* á dos pasos, con los manjares humeantes y el café hirviendo; el ómnibus ó el coche preparados á la puerta; los precios de los hoteles, escrupulosamente detallado; el plano de la ciudad, los carteles de los teatros, las Guias, los Guias y los Intérpretes de todas lenguas), cuando subieron de punto mi asombro y mi admiracion al leer el siguiente aviso en un cartel inconmensurable:

«*A los señores viajeros.*»

«La compañía de las Mensajerías Imperiales advierte á los señores »que viajan en sus buques, que los *facteurs* (los mozos de esta sociedad »están obligados á llevarles *gratis* los equipajes á los hoteles. Suplica, »pues, la compañía á los señores viajeros, que si algun *facteur* reclama- »se ó aceptase cualquier gratificacion, den la oportuna queja en interés »de la misma compañía y de la moralidad del servicio.»

(Aquí entra lo grande).

«*Juan Maria*, factor número 123, de 31 años de edad, natural de »Avignon, admitió el dia 8 de Abril de 1857, medio franco (16 cuartos) »del viajero Mr. Golbmisth, el cual se quejó del caso, y *Juan Maria* fue »exonerado instantáneamente en presencia de todos los demás factores. »—(Habia unas firmas y unos sellos).»

—¡Magnífico! exclamé. Esto es lo que se llama un país civilizado.

Y, como era de ene, recordé las cosas de España y las censuré en mis adentros en los términos mas duros.

Pocos momentos despues, un factor de la compañía de las Mensajerías Imperiales, vestido de gran uniforme, depositaba mis maletas (que habia llevado triunfalmente al hombro) en la puerta del *Hotel des Colonies*, y me alargaba la mano con la mayor naturalidad del mundo.

—Caballero (me dijo en su lengua, que sirve mucho mas que la nuestra para todos estos lances), ¿no hay nada para el factor?

Yo me quedé estupefacto.

—¡Desventurado! (exclamé). ¿No recuerda usted con horror la exoneracion de *Juan Maria*?

Mi hombre se echó á reir de una manera pavorosa, y replicó con mucho gracejo.

—¡Usted no se quejará como el otro! ¡Aquel viajero era inglés!

—¡Vaya por la Inglaterra! dije, alargándole unos sueldos, que me valieron una profunda reverencia.

Y volviéndome á mi compatriota y compañero de viaje, añadí con amargura:

—Primera farsa!

Pero hablemos seriamente.

Empiezo por participaros que al entrar en el Puerto de *Marsella*, pasé por debajo del *Castillo de If*, antigua y moderna Prision de Estado, cuya gran celebridad data de la novela *El Conde de Montecristo* en que tanto figura, sin que esto sea decir que antes no fuera ya célebre en la historia política y militar de Francia. Pero—yo no lo oculto—para mí, como para la generalidad de los humanos que leen, aquel Islote batido por las olas y coronado de torres de la edad media, es solamente famoso por ser teatro imaginario de la mas fantástica de las invenciones del genio de Dumas. Asi es que, al verlo, no puede uno menos de estrañar que exista realmente; si ya no es que crea que del mismo modo han existido *Dantés, Mercedes* y *Fernando*, y busque la casita de los pescadores en el *Barrio de los Catalanes*, ó espere encontrar á los sucesores de la *Casa Morrel* recibiendo ó despachando buques en el Muelle.

¡Oh poder del genio! (pensaba yo á este propósito) ¡Tú creas como Dios; y lo que imaginas y vivificas con tu fuego, tiene al fin la misma existencia que lo que realmente ha vivido!

Y si no, ¿quereis decirme qué diferencia hay hoy entre el *Edmundo Dantés* que, segun Dumas, vivió catorce años dentro de ese castillo, y el condestable de Borbon que, segun la Historia, lo sitiaba en el siglo XVI? O todo es verdad ó todo es mentira sobre la tierra.—La vida es sueño...; pero tambien el sueño es vida.

Con que sigamos adelante.

Hay dos *Marsellas*: la *Nueva* y la *Vieja*.

Marsella la Vieja es una ciudad árabe, de retorcidas cuestas y estrechísimas calles, sucia, misteriosa, sombría, habitada por la gente característica de la poblacion, por su levadura histórica, si me permitís la frase.

La *Nueva* es hermosísima; pero de esa hermosura oficial, general, insignificante, que es la misma en Cádiz que en Lyon, en París que en San Petersburgo: anchas calles; altos y uniformes edificios; plazas con árboles; lujosas tiendas; perfecto empedrado, y mucha gente, toda vestida del mismo modo, ó con pequeñas diferencias.

Inútil creo deciros que á mí me gustan mas las ciudades viejas, y que en ellas es donde me complazco en remover el polvo de los siglos ó en sacar *por la pinta* los parentescos de las naciones.

Marsella la Nueva, aparte de lo apuntado, es una de las capitales mas ricas y mas trabajadoras de Francia, y su industria y su comercio constituyen una fiebre contínua, una actividad incesante, que comunica vida y movimiento á dos grandes rios; uno de esportacion, que se esparce por el Mediterráneo, y otro de importacion, que nutre y robustece el imperio de Bonaparte.

Cuando yo la visité, hallábase muy adelantado el Puerto Nuevo de la

Joliette, obra colosal que engendra otras muchas; pues, trasladando de una parte á otra la gran entraña de la ciudad, arrastra en pos suyo lo mejor de la poblacion, que levanta centenares de palacios sobre peñascos ayer desiertos.—La proteccion directa de Napoleon y el genio de Mirés eran entonces el alma de aquella maravillosa y rápida transformacion.

Sin embargo, esto no quiere decir que *Marsella resucite*. *Marsella* no ha dejado de *vivir* durante miles de años. *Marsella* no hace mas que aprovechar algun tiempo perdido y colocarse de un salto á la altura de nuestra época.—Y es que esta ciudad, por su posicion geográfica, tiene que ser perpétua.—Yo me atrevo á llamarla *el Puerto clásico de Francia:* digo mas: yo creo que es la *Puerta principal de Europa*. E indudablemente: Europa se comunica por allí hace mucho tiempo con el resto del mundo. Los marselleses han visto desfilar por la gran calle de la *Cannebiere*, ejércitos y reyes de casi todos los pueblos del mundo, embajadas de los mas remotos paises, viajeros chinos, indios, negros, americanos, japoneses, australes, y cuantas alimañas tenemos por prójimos sobre la tierra.—La posicion de Francia, enclavada entre las naciones que han llevado ó llevan la iniciativa en la política y la civilizacion del mundo, ha dado lugar á este privilegio.

Ni es de ahora semejante prerogativa. La antigua colonia focense, la despues Provincia romana, la que fue un tiempo Estado independiente, ya condal, ya republicano, ha tenido siempre este carácter cosmopolita; y bien lo denotan sus habitantes.—*Marsella*, como muchas ciudades marítimas del Mediterráneo, y en particular como Génova, refleja en sus costumbres, en el tipo de sus moradores, en su genio particular, la manera de ser de todos los pueblos vecinos á ella á través de las olas. Hay en los pobladores de la Ciudad Vieja y del Muelle no sé qué reminiscencias griegas, berberiscas, turcas, italianas y españolas, que ya se revelan por un accesorio del traje, ya por una palabra del dialecto, ora por un rasgo fisonómico, ora por una tradicion desfigurada. Es, en fin, *Marsella* un pueblo franco, anseático, levantisco; una confusion de gentes; un bazar de mercaderes y aventureros de todos los paises; una patria *aleatoria*:—especie de metrópolis ó emporios que ha habido siempre, desde Sidon, Tiro y Cartago hasta Gibraltar...—que Dios confunda!

Volviendo á mi viaje, os diré que, no bien puse el pié en *Marsella*, dime cuenta de lo muy adelantados que están los franceses respecto de nosotros, en punto á lo que se llama *civilizacion*.

Sí, señor: advertí (como todos los españoles que penetran en territorio francés, y como yo mismo habia notado la primera vez que tuve tal honra) que el dinero empezaba á ser *eficaz* y *fecundo*, ó, por decir mejor, *omnipotente*, y que, gracias á él, encontraba uno allí al alcance de la mano todos los regalos y comodidades... del cuerpo.—(Del alma ya nos ocuparemos más adelante.)—Advertí, digo, que la facilidad y *accesibilidad* de todo; el buen órden público y particular de todas las cosas... ma-

teriales; la seguridad inviolable que se disfruta... dentro de la ley; la inteligencia ecléctica con que están previstos y provistos vuestros menores deseos... lícitos ó ilícitos, cristianos ó musulmanes, sibaríticos ó ascéticos; el aseo, el gusto, el lujo y la adecuada proposicion que resplandecen por doquiera; la humildad, la cortesía y el despejo de los servidores; la lógica, en fin, y la regularidad con que cumple su destino cada ser y cada objeto, cada semoviente y cada mueble, contrastan de una manera horrible con todo aquello que experimenta el pobre francés que se atreve á viajar por España...

Pero cosa es esta que estudiaremos más despacio en París.—Acabaré con Marsella diciendo que su sol, su cielo, su feracidad; la facundia, buen humor y vehemencia de sus habitantes, asi como el tipo general de estos, recuerda más á Andalucia que á ningun otro departamento de la Francia.

Tal pensaba yo á lo menos aquella tarde, tarareando la frenética *Marsellesa* por el gracioso Paseo del *Prado*,—especie de cornisa tallada en la roca sobre las espumas del agitado mar.

Y á veces se me olvidaba que estaba en Francia, ó me empeñaba en creer que me encontraba en España; y para convencerme de lo cierto, tenia que fijar mis ojos en la muchedumbre de obreros y marineros, vestidos de lienzo azul; en los negociantes que venian de la Bolsa en animado tropel, todos con sombrero de paja, que es su convencional distintivo; ó en las mujeres del pueblo, adornadas con una gorra blanca, semejante á la de nuestros niños reciennacidos.

Dichosamente, el sol, el mar, el aire, el cielo, las montañas, las aves, el humo azulado, la blanquecina niebla, y los mudables tornasoles de las nubes no cambian en ninguna parte, y le dicen al alma entristecida que no todo es extranjero fuera de la patria.

II.

DE MARSELLA Á PARIS.

A las diez de la noche, con tiempo lluvioso, pero agradable, salí de Marsella en el tren *exprés*, que debia llegar á París en veinte horas.—Era esto atravesar casi toda la Francia como en un sueño, y en verdad os digo que durmiendo hice la tercera parte del viaje.

Para ello tuve que defenderme de las ganas de hablar y afan de saber de cierto comerciante de Lyon, que sin duda habia dormido perfectamente la noche antes, y que se propuso pasar aquella completando sus *profundos conocimientos* acerca de las costumbres españolas.

Mucho se ha escrito y hablado acerca del absurdo juicio que tienen formado de España los extranjeros, y motivos habia para creer que, siquiera últimamente, gracias á la rapidez de las comunicaciones y á la prodigiosa multitud de medios de publicidad, hubiesen rectificado algo sus ideas; pero yo me encontré con un buen señor, muy rico y civiliza-

do; que educaba á sus hijos en los primeros colegios de París; que habia estado en Inglaterra y Alemania; que mantenia relaciones comerciales con toda Europa; que habia sido alcalde en Lyon (la segunda capital de Francia), y que estaba, sin embargo, tan en ayunas acerca de las cosas de España, como yo puedo estarlo acerca de las cosas del Japon.

Dígolo, porque de las preguntas y observaciones que me hizo, deduje que el insigne comerciante creia: 1.° que en nuestro país no se usaban pantalones; 2.° que la poblacion se componia de frailes y toreros; 3.° que sólo se viajaba en él á caballo y en grandes caravanas; 4.° que la Guerra de Africa habia consistido en que el emperador de Marruecos alegaba derechos á la corona de Isabel II, y otras muchas cosas por el estilo, que siento no recordar ahora.

Yo le dije que *sí* á todo.—¿Qué mejor castigo de su ignorancia que la ignorancia misma?

Por lo demás, á fuer de salvaje, me dormí tan luego como me dió sueño, sin reparar en que todavía me estaba hablando aquel pobre hombre.

Cuando me dormí, ya habia pasado el tren por el famoso *Túnel de la Nerthe*, de cuatro mil seiscientos diez y siete metros de longitud y á doscientos piés de máxima profundidad. Veinte y cuatro pozos dan ventilacion á aquel inmenso subterráneo que cruzamos en unos ocho minutos; y en verdad os digo que, cuando salimos de él y el aire de la noche y la luz de la luna penetraron en el coche, todos respiramos con fuerza y alegría, como si la inmensa montaña que acabábamos de taladrar, hubiera estado gravitando sobre nuestros hombros.

En cambio, el sueño no me permitió saludar á la histórica *Arles*, célebre por sus monumentos romanos, ni á la noble *Avignon*, residencia un tiempo de la Santa Sede y teatro de los amores de Petrarca.

Y durmiendo tambien, pasé por *Orange*, de grandes recuerdos paganos; por *Montelimart*, donde á un paisano mio le sucedió todo lo que cuento en mi articulejo titulado «¡*Viva el Papa!*»; por una *Valencia* (*Valence*) no menos ilustre en la antigüedad que la Valencia de España, y hoy capital importantísima; por *Vienne*, en fin, rica en monumentos y productos.

Apénas recuerdo haber oido entre sueños el nombre de estos pueblos, dicho á voces por los empleados del ferro-carril...

Y á la verdad, siendo como era de noche, poco más hubiera sacado en claro con estar despierto.

El grito que tuvo el privilegio de despabilarme completamente, fue el de:

—«*¡Lyon! ¡Lyon! ¡Quince minutos! ¡Preparad vuestros billetes!...*»

Abrí, pues, los ojos... y la luz del sol me obligó á cerrarlos de nuevo.

Porque el sol salia en aquel instante.

El francés de las preguntas habia desaparecido.

Aunque estuve en *Lyon* muy poco tiempo; ó, por mejor decir, aunque verdaderamente no he estado en *Lyon*, este nombre despertará siempre en mí un indeleble recuerdo.

Hablo del panorama que presentaba la gran ciudad manufacturera, vista desde el soberbio Puente de la *Gare*. Estaba saliendo el sol, como he dicho: flotaban aún en la atmósfera las húmedas nieblas del amanecer, y la intensa luz del astro-rey, hiriéndolas horizontalmente, circundaba á *Lyon* de un ambiente de oro, en medio del cual se dibujaban con vigor los nobles y altísimos edificios de la ciudad, sus anchas calles, los Muelles, los repetidos Puentes, las innumerables chimeneas de las Fábricas y las torres de las Iglesias. Todo esto aparecia bañado de una misma tinta fantástica, dorada, sobrenatural, que lo hermoseaba y engrandecia al mismo tiempo, recordándome ciertas decoraciones teatrales que he visto y que representaban á Nínive ó á Babilonia.

Pocos momentos despues empezarian el ruido y el movimiento en la gran capital; pero en aquel instante *Lyon* permanecia aun en brazos del sueño. El sol se paseaba solitario por sus desiertas calles, como acontece siempre á los grandes madrugadores: las chimeneas de las fábricas, esos modernos obeliscos, no arrojaban todavía humo; ni se oia mas ruido que el alto rumor del Ródano y del Saona, ó el son de alguna que otra campana que llamaba á la primera Misa.

Yo no he visto nunca una ciudad tan muerta y tan viva al mismo tiempo; tan llena de luz y tan privada de voz y animacion.—Y es que en *Lyon* penetra el sol de lleno tan luego como amanece, á causa de lo muy descubierto que se halla su horizonte hácia Levante...

Baste deciros que desde el Puente en que yo me encontraba, veia claramente las cimas de los Alpes, los cuales me llamaban con secretas voces.

—*¡Esperadme!* les dije...

Y á la verdad, me esperaron demasiado tiempo.—París, á donde me dirigia, con propósito de permanecer en él una semana, debia de ser para mí lo que la Isla Afortunada para Reinaldo.—¡Ay! el extranjero en París es la sal en el agua...

Pero no adelantemos los sucesos.

Los cuatrocientos ó quinientos viajeros que constituíamos la poblacion nómada del tren-correo, y que tan de mañana hacíamos aquella visita á los leoneses, descendimos á la magnífica Estacion en busca del desayuno, y en el soberbio salon del *buffet* se nos unieron unos cien pasajeros más, que aguardaban allí nuestra llegada.

En los viajes por ferro-carril es este un momento sumamente divertido. En la elegante Francia sobre todo, pásase un buen rato viendo tanta lujosa viajera, tanta solitaria beldad, tanta pareja non-sancta, y

tanto gracioso capricho en los trajes como dá de sí la arraigada *civilizacion* de nuestros sensuales y despreocupados vecinos.—Al menos, para los que ven estas cosas como yo las veia entonces, despues de algunos años de no haber atravesado las fronteras patrias, ofrecen un particular encanto las costumbres francesas, tan libres, tan ocasionadas á lances y aventuras, tan novelescas, en fin, si se las juzga por el prisma de la circunspeccion española y con absoluto olvido de la moral...

Cierto es que al cabo de algunos dias pierde su prestigio este encanto, que no está en las cosas, sino en nuestro inocente corazon, y se hastía y disgusta uno de tanta libertad, de tanta facilidad, de tanta ocasion como ofrecen al arbitrio del extranjero los hábitos audaces, independientes, piráticos de aquellas heroinas tan accesibles, que hacen una novela diaria, y casi siempre no *gratis*, ni mucho menos *ad-amorem*...—Pero lo repito; entre tanto que *se aprende á ver*, es un ardiente pasto para la imaginacion el encontrar por todos lados figuras ideales (en la forma), de una elegancia y distincion que pasarian por *principescas* en la Fuente Castellana de Madrid; jóvenes bellísimas, artísticamente envueltas en clásicos mantos, viajando solas y consagradas á la lectura de alguna novela de Balzac; púdicas inglesas, que viven soñando y recorren la Europa (éstas legalmente acompañadas) en busca de peligros; alegres muchachas, por último, que comen, rien, cantan y hablan con todo el mundo, sin que una operacion estorbe á otra; llenas de gracia y talento, de esperiencia y desenfado; que os esplican en un dos por tres la razon de todo lo que va pasando en el viaje, las distancias, los monumentos, el país, la política, vuestra comodidad, la suya, la economía, los gastos útiles y los supérfluos; tales cosas, en fin, que os quedais admirado de que en aquella cabeza rubia y suave de diez y siete años quepa tanto cálculo, tanto juicio, tanta prosa, tanta reflexion, tanto análisis...

Y no digo mas sobre *Lyon*.—Ya hemos tomado café: sigamos nuestro camino.

Las doce horas restantes de viaje (durante las cuales recorrí otras ochenta leguas, y ví pasar ante mis ojos, á la manera de rápidas exhalaciones, Capitales importantísimas, Ciudades históricas, centenares de Pueblos de mucha consideracion, y mas de mil Aldeas y Caseríos diseminados á los dos lados de la via) fueron para mí de un incesante asombro y continua admiracion al observar la incalculable riqueza de la Francia; sus campos convertidos en jardines (y allí es campo todo el territorio); las montoñas ennegrecidas por el arbolado salvaje; los valles cubiertos de alamedas; las más escarpadas laderas puestas de viña; y las amplias llanuras, cuidadosamente cultivadas, llenas de graciosas cercas, de frutales en todas las lindes, de acueductos, de puentecillos, de presas, de brazales, de acequias y de balsas.

Y todo esto, combinando la utilidad con el gusto, dispuesto con coquetería, embelleciendo el paisaje, consultando la perspectiva. Es decir,

que hay trabajo supérfluo; que falta tierra y sobra laboriosidad; que se ve el amor al suelo que produce el pan de la vida; que se mima y adula á aquella esquiva Céres, de quien solo el sudor y las lágrimas arrancan anualmente los apetecidos frutos.

—¡Qué contraste con la agricultura de muchas regiones de España!— ¡Ay! si: en Francia, los ganados de todas especies que encontrais (millares de vacadas, de yeguadas, de rebaños de ovejas y de cabras, de piaras de cerdos y de ejércitos de pavos y de patos); la infinidad de caminos vecinales que atraviesan por encima, por debajo ó al nivel de las líneas férreas, todos tan perfectamente construidos y conservados como si fuesen paseos públicos; el aseo y compostura de las gentes del campo; su salud y robustez; la multitud de carros, de diligencias y de ramales de ferro-carril que se cruzan en todas direcciones, llevando la vida y el movimiento á las aldeas mas ocultas, á las mas árduas montañas; las fábricas, los molinos, las casas de recreo, los canales de riego y navegacion; tantas y tantas muestras como se ven por todas partes del espíritu de órden, del afan de perfeccion, de la refinada economía, del decoro y justo orgullo de las clases trabajadoras del Imperio, hacen pensar en lo que seria nuestra España si fuese objeto de tan solícitos cuidados, si se roturasen sus tierras vírgenes, si se canalizasen sus rios, si se hiciesen caminos y presas; si tanto ocioso, tanto mendigo ó tanto aventurero como vaga por la Península, ó la abandona para poblar á Argel y las Américas, se dedicase á enriquecer y hermosear el suelo patrio y á enriquecerse y ennoblecerse á sí mismo!

Ni creais (los que no conoceis á Francia) que hay exageracion en lo que os he dicho del prolijo esmero con que está labrada toda aquella tierra.—Básteos saber que allí los ferro-carriles y las carreteras son calles de árboles nunca interrumpidas: la cual quiere decir que la Francia está atravesada lo menos en cien sentidos por alamedas pomposas de doscientas y más leguas cada una.—Esto no me lo ha dicho nadie: lo he visto yo, recorriendo como he recorrido aquella nacion desde los Pirineos hasta los Alpes, y desde el Mediterráneo hasta la Normandía.

Descendiendo ahora á algunos pormenores, os indicaré las principales cosas que llamaron mi atencion en aquella vertiginosa carrera.

Recuerdo en primer lugar los famosos viñedos de la *Borgoña*, y la emocion que me produjo el encontrarme en aquel antiguo Ducado, tan guerreador y poderoso en otros tiempos.

Una vez en *Macon*, capital de Departamento, divisé á lo lejos, desde un magnífico puente de trece arcos, la gigante cumbre del *Mont-Blanc*, siempre nevada...

¡Cerca de cuarenta leguas distaria de allí el Rey de los Alpes y de todos los Montes de Europa, y su blanca cima se percibia sin embargo con tanta claridad como si solo distase cuatro ó cinco leguas!...

Ya en adelante, seguimos casi siempre las orillas del *Saona*, cauda-

oso rio, sembrado á veces de pintorescas islas, que parecen otros tantos pensiles. A las dos márgenes de la magestuosa corriente encontrábamos á cada paso limpias y graciosas ciudades, medio escondidas entre pámpanos y arbolado. Innumerables riachuelos confluian al *Saona* (feudatario luégo del opulento *Ródano*), y sus límpidas aguas, que este año han sobrevivido al estío, prestaban voz, fulgor y vida á tan delicioso paisaje.

Despues de saludar algunos viejos castillos y de pasar dos ó tres puentes colgantes algo atrevidos, cruzamos por delante de *Beaugeu*, de renombradas uvas, y uno de los primeros lagares de la *Borgoña.*

El *Saona* seguia cuajado de islas.

Las ondulaciones suaves del terreno hacen muy graciosa la subida hasta *Chalon,* ciudad que no debeis confundir con el Chalons de la *Champagne*, muy más ilustre que este, como que en aquel fue derrotado Atila y hoy tiene Napoleon un brillante Campamento, mientras que en *Chalon-sur-Saone* sólo hay de notable los campanarios góticos, los buenos vinos y las perlas falsas.

La *Beaune* (otra gran ciudad) mengua un poco la riqueza del suelo; pero pronto resucita más feraz y poderosa al acercarse á

Dijon, capital de Departamento y córte de la antigua *Boryoña.* El aspecto de la ciudad es soberbio, y la coronan altísimas torres góticas.— Aquel es el punto mas elevado del camino de Marsella á París. Allí se separan las aguas que van al Océano de las que van al Mediterráneo.

Detrás de Dijon hay una gran cordillera (los Montes de la *Costa de Oro*), que antes esquivaba la carretera, teniendo que rodearla tímidamente. Hoy la ataca de frente el audaz ferro-carril y la perfora por su mayor densidad, dando márgen á maravillosas construcciones.

Pásanse primero largos viaductos y forminables desmontes; luégo un túnel de trescientos veinte y ocho metros, é inmediatamente despues el célebre *Subterráneo de Blaizy*, que tiene mas de una legua francesa de largo, y quince pozos de ventilacion de doscientos metros de profundidad algunos de ellos.

Cinco minutos se emplean en atravesar este segundo túnel. A la salida hay un viejo castillo señorial, cuyo pasado ignoro; pero que hoy sirve de ornamentacion á aquella atrevida obra y de manida á los guardas del ferro-carril.

En adelante la comarca se accidenta y embravece cada vez más. Yo dudo de que en Francia haya otro terreno tan áspero y salvaje como aquel. Allí fue donde las francos disputaron el paso durante muchos dias á los ejércitos de César. Allí habrán pasado tambien mil cosas que yo no sé. Pero considerando la índole belicosa de los borgoñones, la importancia de aquel desfiladero y lo que dice la historia acerca de los muchos conquistadores que se han paseado 'por Francia en todos tiempos, me atrevo á asegurar que no habrá una sola piedra, entre todas las que yo veia, que no esté reteñida de sangre humana.

Habíamos dejado el lecho del *Ródano* y entrado en el del *Sena*. El país

se dulcificó paulatinamente. Desfilaron ante nuestros ojos algunos Castillos, unos de pié y otros arruinados, notables entre ellos el de *Rochefort*, cuyos inmensos escombros causan espanto, y el de *Lovois*, que se restauraba á la sazon, y penetramos en otro túnel de mil metros, que nos trasladó en pocos instantes á una preciosa aldea, llamada *Taulay*, coronada por una fortaleza de la edad media, cuyo aspecto, asi como el de la poblacion, no podia ser mas romántico ni pintoresco.

En seguida se presentó otro túnel de quinientos cuarenta metros y llegamos á la ciudad de *Tonerre*.

Habíamos salido de la *Borgoña* y entrábamos en la *Champaña*.

¡Ah! yo detesto los viajes en ferro-carril. Es cruel, es impío, pasar de este modo por insignes ciudades y memorables territorios sin detenerse á saludarlos. Es una constante profanacion que deja remordimientos en el alma. Parece como que se desprecia ó se iguala todo; como que se da poca importancia á aquellos vetustos pueblos que nos esperan hace miles de años sentados á la vera del camino, y á aquienes dejamos atrás sin preguntarles su nombre y su historia ni rendir culto á su glorioso pasado.

—Estamos en la *Champagne*... (piensa cuando mas el viajero) ¡*Champagne*!... ¡*Champagne*!... Esta es la patria de *aquel vino*...

Y en efecto; á medida que adelanta por el país, le salen al encuentro aldeas y ciudades cuyos nombres recuerda haber leido toda su vida, á la hora deliciosa de los postres, en la etiqueta de ciertas gordas botellas muy dadas á los brindis, al sentimiento, á la inspiracion, al amor de segunda clase y al cambio de provocaciones y tarjetas...

Despues de *Tonerre*, se pasa un buen Puente colgante, y el Canal de Borgoña, y muchas quintas, y los pueblos de *Flogni*, *Saint-Florentin*' *Brienon*, *Laroche*, *Joigni*, *Saint-Julien* y *Villeneuve*, y se llega por último á

Sens, la ciudad gala, cruzada de arroyos, rodeada de vides, coronada de torres, cuyas campanas tienen una reputacion europea.

Yo no las oí sonar en los tres minutos que estuve en *Sens*.

En compensacion aprendí que allí se hacia ya navegable el *Yonne*.

Mas, ¿para qué?—Para morir muy luego en el *Sena*...

¡Salud al *Sena*! Hé aquí sus amarillentas aguas, pobres é inocentes, pasando en este momento por rústicos parajes, y destinadas á reflejar muy pronto palacios imperiales, grandiosos monumentos, puentes maravillosos, y á ser la vida y el alma de la espléndida ciudad de París.

De todas las imágenes que he leido en los poetas, ninguna recuerdo, más exacta que la que compara á los grandes rios con los grandes hombres, nacidos en pobre cuna, criados en oscura senda, iluminados luego por toda la luz de la gloria, moradores de alcázares y jardines , y sepultados al fin en el Océano de la Eternidad, que devora á chicos y grandes y los confunde en sus abismos misteriosos.

¡Y ved qué coincidencia! Aquí se nos presentan unidos el gran rio y el grande hombre. Estamos en *Montereau*.

Montereau es una de las últimas glorias de Napoleon I. En 1814 derrotó allí á los aliados. ¿Quién no recuerda aquella campaña en que batió cuatro ejércitos y alcanzó doce victorias en treinta dias? ¿Quién no recuerda aquel supremo esfuerzo de desesperacion que costó noventa mil hombres á un enemigo tres veces más numeroso que sus tropas, y que á él le costó el Imperio, á pesar de no haber sufrido un solo descalabro?

No: los aliados no le vencieron. Ellos luchaban ya contra un cadáver galvanizado. Napoleon el Grande no se vió rendido ni tuvo que retroceder sino dos veces: en España, delante de nuestros padres, y en las estepas de Rusia, delante de los rigores del invierno.—1814 y 1815 son las convulsiones del águila moribunda.

Pero hénos en *Fontainebleau*. Ved allí sus bosques y sus palacios.

Verdaderamente, es una perspectiva encantadora...—¡Y cuántos recuerdos desde Luis el Jóven hasta Francisco I; desde Luis XIV y la Maintenon hasta Bonaparte despidiéndose de la Guardia imperial!—Allí Pio VII...

Pero se marcha el tren. Supongo que estais enterados de la prision que sufrió allí aquel Papa por órden del primer Napoleon...—Con que volvamos al coche.

Mas allá de *Fontainebleau*, hube de admirar aun el *Castillo de Vaux*, recuerdo del infortunado Fouquet, y la graciosa posicion de la ciudad de *Melun*, tan célebre en la antigua historia de Francia.

A eso de las cinco de la tarde, y despues de pasar por un sorprendente *Viaducto* de veinte y ocho arcos, de diez metros de anchura cada uno, el paisaje llegó á un inconcebible grado de animacion y de hermosura.—Las quintas, los palacios, los jardines se sucedian ya sin interrupcion.—Los campos aparecian tan poblados como una ciudad, y eso que aún faltaban bastantes leguas para llegar á París.—Por todas partes no se veia más que belleza y lujo, como en un Parque Real, ó como si todo el Departamento del Sena fuese una finca de recreo.

¡Cómo se adivinaba la proximidad de la opulenta metrópoli, de la gran capital, de la fastuosa Lutecia!—Asi, en la antigüedad, las grandiosas *villas* diseminadas por la campiña de Roma, anunciarian al viajero, con muchas horas de anticipacion, que se acercaba á la Ciudad *que era entonces lo que es Paris en nuestra época* (por mas que lo nieguen ó sientan los ingleses y los alemanes): la reina del universo.

El tren pasó por último al través de la recia muralla que rodea á la capital.

Mas de veinte convoyes, que entraban ó salian en aquel instante, rugian ya á nuestro alrededor.

Habíamos llegado á uno de los centros más importantes del movimiento humano.

Yo no pudiera daros una idea del número de máquinas y coches, ni de la cantidad de rails, traviesas, carbon y otras materias que ví al paso en los inmensos almacenes que cercan la estacion. Asombraba que el

hombre pudiese acumular ni consumir una suma tal de productos de la tierra.

Y como siempre que contemplo semejantes espectáculos, entróme miedo del porvenir, ó sea miedo de que lleguen á agotarse las minas y los bosques y de que nuestros hijos se encuentren con una naturaleza esplotada, esquilmada, empobrecida por nuestros locos despilfarros.—Los economistas me han dicho que no hay nada que temer; y yo sé perfectamente que todos los Gobiernos que merecen este nombre se ocupan del fomento de los montes, de la ganaderia, del arbolado y de la mineria con el mismo celo que de los intereses morales de la humanidad... Pero ni por esas me tranquilizo completamente.

Con que demos treguas por ahora á toda grave cavilacion. Ha llegado el momento de dejarnos arrebatar locamente por el huracan del Siglo...

¡Lectores de novelas! con vosotros hablo... Estamos dentro de *Paris*; en el teatro donde han acontecido ó podido acontecer tantas escenas maravillosas, sentimentales, heróicas y divertidas como registran las obras de Balzac, de Dumas, de Soulie, de Jorge Sand, de Paul de Kooc, de Eugenio Sue y demas autores que os han llenado la cabeza de fantasmas. —Seguidme, y redoblad vuestra atencion.

III.

LOS BOULEVARDS DE PARIS.

La soberbia y monumental Estacion en que hemos echado pié á tierra no se encuentra, como parecia natural, á las puertas de *Paris*, sino muy dentro de la poblacion, tocando á los mismos *boulevards* (que es como quien dice á la parte más bella y clásica de la morderna Babilonia); de lo cual resulta que, al salir de aquel edificio, queda uno sorprendido agradablemente al verse de la confluencia de hermosísimas calles, amplias, uniformes, perfectamente embaldosadas; rodeado de altísimos edificios, lujosas tiendas, bellos monumentos é innumerables carruajes; y formando ya parte de la apretada muchedumbre que va y viene por todos lados.. lo mismo que iria y vendria si vos no hubiérais ido ni venido á parte alguna. —La Capital recibe como si tal cosa aquel refuerzo de mil almas que le entran por una sola puerta, mientras le estarán entrando otras diez mil por las demás. Algunos besos y abrazos en francés acogen á este ó aquel viajero: los cocheros y los comisionados de los Hoteles os impacientan un poco con sus proposiciones, y al cabo de un instante todo queda tranquilo. —Asi desaguan los rios en el mar.

Yo tenia decidido ir á parar al *Hotel de l' Empire*, por recomendacion de mi compañero de viaje. Sin vacilar, pues, entramos en un coche y emprendimos aquel camino.

A pesar de hallarse la Estacion tan dentro de *Paris* y ser la Calle Nueva de San Agustin (á donde nos dirigiamos) una de las más céntricas de

la capital, todavía tuvimos que recorrer una legua de calles y plazas para ir de una parte á otra; y como el cochero nos llevó por todos los *boulevards*, que son la principal arteria de París, *formamos* en la masa de coches que van y vienen sin cesar por aquella importante via, y pasamos revista lo menos á doscientas mil almas que discurrian por sus anchas aceras.

Al atravesar la *Plaza de la Bastilla*, saludé con respeto la *Columna de Julio*, levantada en el mismo sitio que ocupó antes aquella odiosa prision de Estado.

El monumento destruido y el erigido en su lugar resúmen toda la historia de Francia, las abominaciones de todas las épocas los errores de todos los partidos. El *Genio de la Libertad* que corona la actual columna, con las alas doradas tendidas al viento, parece como que se dispone á abandonar la tierra.— Pero no filosofemos todavía.

Del *Boulevard-Beaumarchais* entramos en el del *Temple*, de aquel el de *San Martin*, de este en el de *San Dionisio*, luégo en el de la *Bonne Nouvelle*, despues en el de la *Poissoniére*, á continuacion en el de *Montmartre*, en seguida en el de los *Italianos* y por último en el de los *Capuchinos*.

Los *Boulevards*, son, como ya sabreis, la antigua *ronda* ó camino de circunvalacion de *París*. Todo lo construido al otro lado de ellos, y que es hoy la parte más importante y lujosa de la ciudad, conserva por aquella razon el nombre de arrabales (*faubourgs*). De aquí es que en los *Boulevards* se encuentran todavía, aisladas y convertidas en puro adorno, muchas de las antiguas Puertas de *París*, Arcos de triunfo casi todas ellas, que merecen conservarse por su forma monumental y por los recuerdos que despiertan en el transeunte.

La estensísima calle formada por la sucesion de los *Boulevards* ostenta á un lado y á otro una serie no interrumpida de tiendas, almacenes, teatros, hoteles, cafés, *restaurants* (fondas), y todo género de talleres, bazares y exposiciones. Y como el fuerte de los franceses es anunciar y exibirse, resulta que todos aquellos establecimientos públicos se hallan más en la calle que dentro de las casas, pudiendo decirse que los mismos *surtidos* sirven de *muestras*. Si: en las puertas, en los pilares que las separan, en los balcones, en todas partes veis hacinados los géneros, ó artísticamente colocados, llamandoos la atencion por sí mismos y no por medio de rótulos y letreros. El platero tiene toda la plata en la calle, el sastre toda su ropa, el joyero todas sus alhajas, el fondista todos sus manjares, el librero todos sus libros.

De esto hay algo ya en Madrid y en otras capitales de España, pero no de una manera tan absoluta como en *París*.—En *París* todo es anuncio, desde el tejado hasta el sótano: todo lo encontrais hecho y al alcance de la mano; y si os descuidais, os lo hallais en el bolsillo. Con dar un paseo por los *Boulevards*, vereis todo lo que ha inventado y descubierto el hombre, todo lo que puede necesitar; lo útil y lo supérfluo; lo

indispensable, y lo caprichoso; la satisfaccion de todas las virtudes y de todos los vicios; lo preciso para el pobre; lo más barato, lo más económico, lo que lo alimenta y viste casi de balde; y lo más lujoso, más bello, más nuevo y más raro que puede antojársele al rico.

Tambien es de notar la perfecta gradacion que se advierte en todo, cuando se recorren uno tras otro los nueve *Boulevards* citados.—Cada uno de ellos parece pertenecer á una ciudad diferente, que va siendo más opulenta y más hermosa á medida que caminais del de *Beamarchais* al de los *Capuchinos*.—Al principio las casas son feas; los almacenes contienen objetos usados, ropas viejas y artículos baratos; las gentes que discurren acá y allá son pobres, sucias, artesanas; los teatros de último órden; los cafés pequeños y oscuros. Avanzais, y los edificios mejoran, la poblacion es más elegante, el comercio más rico. Asi vais pasando de los harapos á la limpieza, de lo usado á lo nuevo, de la estameña al algodon, del hilo á la seda, del pino á la caoba, del hierro al oro, del paño al terciopelo, del ómnibus al elegante cabriolé, del menestral al príncipe, del *Estaminet* al Café monumental, del humilde tenducho ál bazar aristocrático; y cuando, por una lenta progresion, llegais al *Baulevards Montmartre*, os encontrais en un centro tal de lujo y de belleza, de gracia y de coquetería, de ostentacion y de comodidad, que no lo concibe mayor la imaginacion.

Esto nada tendria de notable si se tratase de calles diferentes: todas las grandes ciudades se componen de barrios miserables y centros lujosísimos. Pero lo que llama aquí la atencion es que, sin salir de una sola calle, paseis revista á todas las clases de la sociedad, á todos los estados de fortuna, á todas las capas de la multiforme poblacion parisiense, pareciéndoos que recorreis la historia de la fastuosa capital, que veis un cuadro sinóptico de sus progresos, ó que vais siguiendo la vida de un individuo, nacido en la indigencia, que se eleva paso á paso al mayor grado de riqueza y poderío...

Pero hemos llegado al *Hotel*.

IV.

PARIS, METRÓPOLI DEL MUNDO.—LA PLAZA DE LA CONCORDIA.

Suponiendo, lectores, que la *civilizacion* es una gran pirámide que los hombres han levantado sobre la tierra, como en otro tiempo la Torre de Babel (y perdonadme la vulgaridad de esta comparacion en gracia de su exactitud), podemos asegurar, sin miedo de ser contradichos, que el lugar en que nos encontramos en este momento constituye la cúspide de esa pirámide, ó sea la suprema altura á que ha llegado nuestro siglo,—el mayor de los siglos... si no mienten los periódicos.

No: nadie lo negará.—Europa es la patria de la ciencia y del poder que hoy prevalecen en el planeta que habitamos: Francia es la cabeza de

Europa: *París* es el cerebro de la Francia, y la *Plaza de la Concordia* es, como si dijéramos, el occipucio, la coronilla de *París*.—Nos hallamos, pues, lector amigo, el Himalaya de los pueblos, en su escelsa cima, en el sumo vértice de la gran cordillera social,—cordillera en que España (repetido sea sin amargura) no se alza aún lo bastante (segun la última medicion inglesa) para ser clasificada entre las eminencias de primer órden.

Pero seamos circunspectos, que el sitio en que nos encontramos lo merece ciertamente.—Estamos, como quien dice, en el corazon de la sociedad humana, en su centro de vida, en el laboratorio de la historia contemporánea. En torno nuestro se alzan los templos de los modernos dioses. Estamos en la Babilonia, en la Atenas, en la Roma... (y bien pudiéramos decir tambien en el Escorial) del siglo XIX.—*París* es hoy la metropóli del universo, como lo fueron en otros dias las tres ciudades y el convento que acabo de citar.

Pekin y Lóndres son más estensos y más populosos que *París*. Pero no tienen su poder, su influencia, su fuerza de atraccion. *París* lo invade todo y todo se lo asimila. Es el modelo imitado por los más remotos pueblos. Sus modas, sus costumbres y su literatura se infiltran lentamente en las cinco partes del mundo.—El español ó el turco que adopta los usos de Lóndres, por ejemplo, es un estravagante: el que adopta los de *París* es un hombre *comm' il faut*.—*París* se ha impuesto al género humano. El hace y deshace reputaciones y figurines. El crea necesidades, inventa placeres, proscribe tradiciones, estirpa creencias, forja verdades convencionales, da leyes y trabajos á toda la humanidad.—*París*, pues es el árbitro, dictador de nuestra época, y nada será más justo que hacerlo responsable del porvenir de Europa.

Porque no lo hemos dicho todo: *París* (desde hace algunos años) ha reunido á su gran poder moral, un poder material (político y guerrero) de los más colosales que registra la historia.—El Imperio del primer Napoleon era más vasto que el de su Sobrino; pero la voluntad de éste es mucho mas eficaz, mas eficiente, mas poderosa. Aquel reinaba nominalmente en media Europa: este la gobierna toda entera. El uno mandaba: el otro influye. Napoleon I conquistaba, dominaba, aprisionaba ejércitos y naciones: Napoleon III lo descompone, lo disuelve, lo desorganiza todo. El difunto era una violencia: su heredero es una enfermedad.

Hace muy poco tiempo, Rusia é Inglaterra, las aliadas de 1815, se repartian el señorío de la tierra y de los mares. San Petersburgo representaba la autoridad: Lóndres la revolucion. El Derecho antiguo miraba atribulado hácia el palacio de los Czares: la Libertad perseguida ponia su esperanza en Vittehall. El poder político y militar de la Francia de Luis Felipe era por tanto completamente nulo.—Hoy acontece todo lo contrario: Francia ha vencido á Rusia en el terreno de las armas, y á Inglaterra en el terreno diplomático. Despues de *Sebastopol* y *Villafranca*, Napoleon ha absorbido ambos poderes, haciéndose á un mismo tiempo dis-



PLAZA DE LA CONCORDIA EN PARIS.

pensador y árbitro de la Autoridad y de la Revolucion, de la paz y de la guerra. La resistencia conservadora y la iniciativa disolvente residen en su mano. Lo que se hunde, él lo derriba: lo que subsiste, él lo mantiene. Una palabra suya puede cambiar en una hora la faz política, el estado social y los límites de las naciones europeas, y (lo que es mas grave) esa palabra temerosa puede hundir en un momento el Edificio amasado durante veinte siglos, la mas grande institucion de la historia, el poder mas respetado y combatido en todos tiempos;—el Pontificado romano.

En *París*, por consiguiente, y en esta misma Plaza, se levanta el moderno Capitolio.—No es ya solamente el blando yugo de sus costumbres, de sus artes y de sus letras el que impone al universo, sino tambien la coyunda política y religiosa; la ley discrecional de las armas.—Y si no, ved:—De aquí parten los rayos que derriban á los reyes de sus tronos ó levantan á los pueblos de su tumba. Hácia aquí tendian las manos suplicantes los soberanos de Toscana, Módena, Nápoles y Parma. Aquí se ha ungido rey de Italia el belicoso Duque de Saboya. Aquí se hace soñar al rey de Suecia con un Imperio Escandinavo, y al rey de Prusia con un Imperio Aleman. Aquí halló la salvacion la agonizante Turquía. Aquí se decretó la muerte del Austria y se alentaron las esperanzas de la Hungría y de la Polonia. De aquí han salido los incansables soldados que hoy guerrean en la Conchinchina, los que turban el secular silencio del Celeste Imperio, los que ocupan á Roma y son el único baluarte del poder temporal de la Santa Sede, los que recorren la Siria en nombre de la humanidad y de la religion de Cristo, los que imperan en la Argelia desde el Mediterráneo hasta el desierto de Sahara; y esos soldados son los mismos que en diez años han apagado ó enterrado el mas grande incendio social que ha estallado en el mundo; los que despues vencieron á Rusia en la Crimea; los que humillaron al Austria en Magenta y Solferino; los que inquietan y alarman á la soberbia Inglaterra; los que ayer vengaban un sangriento ultraje en la Arabia, y los que hoy aguarda Venecia para sacudir la esclavitud (1).

Digno, muy digno de admiracion y respeto es el pueblo fuerte y generoso que acomete tales empresas y que se eleva á tal grado de poder y de importancia. Los hechos tienen su valor en sí. Desentendámonos,

(1) Al revisar estas páginas en 1877, para disponer la presente segunda edicion, respeto escrupulosamente mis apreciaciones de 1860, aunque los hechos las hayan desmentido en cierto modo. Lo que yo decia hace 17 años era el comun sentir de todos los publicistas de Europa, como puede verse en sus escritos de entonces. Nadie habia previsto, á lo menos en la forma que han revestido, las catástrofes del imperio francés y la prepotencia absoluta de un Bismark.—En cambio, se verá mas adelante que no se ocultaba en aquella fecha todo lo que habia de falso y deletéreo en el fondo de la situacion de Francia; y que de su estado político y social, y sobre todo de la depravacion de sus costumbres y grosero materialismo supe deducir algunos pronósticos que desgraciadamente se han realizado.—La *Internacional*, que entonces no existia, está presentida al remate de este mismo capítulo, y las escenas de la *Comunne* son la consecuencia lógica de la impiedad y el *humanismo* que de tal modo me espantaban en la que á la sazon era metrópoli del mundo.

pues, de la triste significacion y terrible trascendencia de todos esos actos, y confesemos que, en virtud de ellos, no puede uno menos de sentirse vivamente conmovido al penetrar en esta gran Plaza monumental, que es, como si dijéramos, el *palacio* de la Francia; el *estrado* de París; el *salon de recibo* de la capital del mundo.

Describamos este Salon, y quedarán justificadas todas las apreciaciones que llevamos hechas.

Si la *Plaza de la Concordia* no fuese el paraje principal del universo, por la importancia política que acabamos de acordarle, todavía mereceria esa calificacion por su hermosura, por el lugar en que se halla situada, por las perspectivas que se alcanzan desde ella y por los recuerdos y consideraciones que traen al ánimo los monumentos que la decoran.

La *Plaza de la Concordia* no es asi como quiera un espacio de terreno, mayor ó menor, encerrado entre edificios mejores ó peores. Es un vasto cuadrilongo demarcado con aceras, no con paredes, y rodeado de Estátuas, en una inmensa planicie que muda de nombre muchas veces. Así, pues, cuando yo hablo de la Plaza, no solo me refiero á ella, sino á todo lo que se alcanza á ver desde este sitio; es decir, del Palacio de las *Tullerías* al *Arco de la Estrella*, y del *Templo de la Magdalena* al *Cuerpo Legislativo.*

A la verdad es una soberbia perspectiva. Los árboles y una amplísima extension de cielo sirven de fondo á tan maravilloso cuadro. Los Palacios y los Monumentos mas gigantes son como sus menudos accesorios. El ancho Sena fluye á un lado, cual modesto arroyo en extensísima pradera. Y la incesante y copiosa multitud que bulle á todas horas por tantas Calles, Paseos, Muelles, Puentes y Jardines como se perciben desde aquí, aparece diminuta, esparcida y sin importancia en un espacio tan dilatado y en comparacion de los colosales ornamentos y enormes edificios que se ven por todas partes.

En medio de la *Plaza de la Concordia*, levántase, como decano y presidente de tantas maravillas, un *Obelisco egipcio* del tiempo de Sesostris, traido de Luxor, y erigido aquí por Luis Felipe.

Y, á propósito: en el mismo lugar donde se alza hoy este Obelisco, se levantó por espacio de veinte y nueve años una Estátua de Luis XV; y entonces la Plaza llevaba el nombre de este Rey.—Más adelante, la Estátua fue derribada y sustituida por la Guillotina, que se enseñoreó aquí monumentalmente desde 1792 á 1794.—Entonces se llamó este sitio «*Plaza de la Revolucion.*»—Quitada de en medio la Guillotina, quedó de pie una *Estátua de la Libertad.*—Napoleon I la derribó en 1800, llamando por primera vez á esta plaza «*Plaza de la Concordia.*»—Pero, á la entrada de los Cosacos en 1815, aún habia de cambiar de nombre; y, como entonces la Europa creia posible borrar hasta el recuerdo de todo lo hecho durante la Revolucion Francesa y volver á constituir el mundo bajo el régimen antiguo, reapareció el abolido *azulejo* en que se leia: *Plaza*

de Luis XV.»—Cárlos X, impulsado quizás por un presentimiento de lo que llegó á sucederle, reconoció en cierto modo la historia de la Revolucion, y puso en el azulejo: «*Plaza de Luis XVI.*»—Mas hé aquí que los franceses arrojan del trono al hermano del Rey mártir, y Luis Felipe, restaurador de las tradiciones del Imperio, restituye la denominacion de «*Plaza de la Concordia.*»—Ya hemos dicho que de entonces data el Obelisco.—Pero nos resta decir que, en 1848, el azulejo de Luis Felipe fue borrado, y se escribió en él nuevamente: «*Plaza de la Revolucion.*»—Hoy ha vuelto á llamarse y se llama todavía este paraje «*Plaza de la Concordia.*»

En resúmen: los franceses han rendido culto en este sitio al poder real y al poder revolucionario, al Terror y á la libertad, á la gloria y á la desventura, y hoy se lo rinden á los geroglíficos indescifrables de una piedra egipcia.—Puede, pues, decirse que la *estátua de lo desconocido* se levanta sobre París.—Así adoraban los atenienses *Deo ignoto*, númen que debia con el tiempo echar por tierra todos los ídolos paganos.

Continuemos.

En los ángulos de la Plaza hay ocho *Pabellones* de piedra, coronados de Estátuas colosales, que representan las principales Ciudades de Francia.

Detrás de nosotros se estiende el magnífico *Jardin de las Tullerías*, y en medio de él se percibe este disforme y suntuoso Palacio, que acaba de ser reunido al Louvre.—En él vive el Emperador.

Al frente vemos dilatarse las alamedas de los *Campos Elíseos;* y donde estos concluyen, distinguimos el grandioso *Arco de la Estrella*, erigido en honor de las glorias militares de la República y del Imperio.

Por aquel Arco se sale al *Bosque de Bolonia.*

El *Bosque de Bolonia* es, como si dijéramos, la *Fuente Castellana* de París.—Allí se puede pasar revista todas las tardes á las clases más elegantes del pueblo más elegante del universo.

A nuestra izquierda tenemos el *Sena*, dominado por soberbios Puentes, de los que divisamos desde aquí el de la *Concordia*, el de los *Inválidos*, el de *Alma* y el de *Solferino*; el Sena, por el cual se deslizan vapores y barquichuelos, lleno de Baños y Escuelas de Natacion, y poblado de una muchedumbre anfibia de lavanderas.

A la otra orilla se eleva el antiguo *Palacio-Borbon*, hoy *Cuerpo Legislativo*, donde ha resonado la voz de tantos insignes oradores desde Robespierre á Victor Hugo, desde Perrier hasta Julio Favre.

Más léjos se ve asomar la Cúpula de los *Inválidos*, bajo la cual duermen los restos del hombre más extraordinario que ha cruzado por la tierra.

En la misma orilla se ve el *Palacio de la Legion de Honor*, que es como quien dice el Ministerio de la Gloria.

Del lado acá de los Muelles, contemplo el *Palacio de la Industria*, donde se verificó la Exposicion de 1855.—Yo no he olvidado todavía ni

olvidaré nunca el asombro que me causó aquel titánico alarde que hizo la Francia de su produccion, de su laboriosidad, de su gracia y de su inventiva.—Miro, pues, este Palacio con veneracion, y veo en él un nuevo motivo para creer reunidos en estos lugares todos los triunfos, todos los méritos, todas las prerogativas de la nacion francesa.

A la derecha se distinguen desde aquí la soberbia *Columna de Vendome*, que sirve de pedestal al Vencedor de Marengo; el clásico *Templo de la Magdalena*, concebido por Napoleon en un campo de batalla; el *Palacio del Eliseo*, teatro de las liviandades de la Regencia y cuna de los modernos Césares; los *Ministerios*, el *Circo Olímpico*, y un dédalo de jardines, fuentes, templetes y kioskos.

Tambien se divisan desde aquí las primeras arcadas de la monumental *Calle de Rivoli*, que trae á la memoria el problema social de que fue empírica solucion, como lo están siendo todavía otras obras colosales de *París*.—Aludo al derecho al trabajo...

Vése, asimismo: el *Panorama* y el *Hipódromo*; los *Cafés-conciertos*; el *Chalet suizo*; allá el *Chateau des Fleurs*; en frente *Mabille*, lupanar público y al aire libre; en un lado prestidigitadores; en otro acróbatas; aquí *Tiros de carabina ó de pistola;* allá *Gabinetes de física recreativa*; por esta parte *Polichinela*; por aquella mil variantes de nuestro *Tio Vivo*; ora animales sabios; ora renombrados charlatanes; ya Mercados de flores; ya un Bazar extendido sobre el suelo; y do quiera resuenan músicas, gritos, cantos, declamaciones; do quiera halla uno ciencia, movimiento, arte, vida, novedad; do quiera placer, do quiera encanto, do quiera vicio, do quiera locura, do quiera fascinacion para el extranjero; do quiera *París* en su incontrastable omnipotencia!

Lo repetimos: la *Plaza de la Concordia* es el centro del mundo, la faz de nuestro siglo, el eje de la historia contemporánea, la última y suprema palabra de la civilizacion racionalista. Ni en la Tierra hay poder temporal sobre el poder aquí representado, ni el genio del hombre ha inventado nada mas allá de lo que desde aquí se domina.—La obra profana de los siglos no ha rayado á mayor altura.—«*Por aquí vamos*,» podemos decir rotundamente los mortales.—Las ciencias, la filosofía, las artes, la industria; ¡todas las fuerzas de la humanidad no han producido hasta hoy otro resultado!

Por consiguiente, si la *civilizacion* perfecciona, aquí debemos enencontrar la mayor perfeccion posible.—La dignidad humana, el bienestar general, la paz del espíritu, la rectitud de la conciencia, la ventura del corazon, la caridad fraternal deben de tener aquí su asiento.—¡Esa muchedumbre que vaga en torno de estos alcázares y monumentos, esos séres que han tenido la fortuna de nacer ó vivir en la Capital de la nacion más próspera y adelantada, deben de ser los mas respetables, los más felices, los más buenos, los más gloriosos, los más bienaventurados de los hombres!

Nosotros, míseros españoles, tan atrasados en la senda de la *civiliza-*

cion, somos mirados aquí, con sobrada justicia, como unos africanos semi-salvajes...—Lo más que se nos otorga es una insultante benevolencia, una curiosidad maravillada, ó una depresiva compasion!...—¡Aprendamos, pues, en los franceses á ser hombres cultos, dignos, graves, delicados sensibles y dichosos!

¡Busquemos, sí, en el corazon de esta sociedad el mágico secreto que produce tantos beneficios, y regalémoselo á nuestra pobre España, á fin de que en pocos dias consiga realizar su dorado sueño, su ardiente aspiracion, su irresistible deseo de pasar por una nueva Francia!,.. Y ¡ay de Francia y de España y de toda la *civilizacion moderna*, si ese corazon está vacío de fe, esperanza y de caridad!

V.

ESCURSION AL CAMPO.—MR. IRIARTE.—LA ISLA DE CROISSY.

Uno de mis primeros cuidados en *París* fue buscar á Mr. Iriarte, compañero mio de tienda en el Llano de Tetuan, y cuyo lápiz ilustró mi *Diario de un testigo de la guerra de Africa.*

Parisien de nacimiento, consumado artista y buen amigo, aquel antiguo camarada era para mí en la gran Capital un tesoro inapreciable, dado que encontraria en él un corazon afectuoso, un piloto que me guiase por entre los escollos de la sociedad francesa y una gran inteligencia que esclareciese mis confusas observaciones.

Yo no le habia anunciado mi llegada. Queria sorprenderlo.—Dirigíme, pues, á su casa una mañana muy temprano.—Pero allí me dijeron que mi amigo se hallaba en el campo hacía un mes.—No vacilé un punto. Pedí las señas de su retiro, y resolví no parar hasta encontrarlo.

Recien entrado en *París*, no sé por qué me halagaba volver á salir de él. Aquella frase «*está en el campo*» abrió ante mis ojos horizontes suaves y apacibles, y me hizo entrever parajes solitarios y costumbres inocentes, pareciéndome, en fin, muy natural que Mr. Iriarte, despues de pasar un año en Africa y en España, no se aviniera á la vida de París, y buscase con ansia la dulce y noble compañía de la madre naturaleza.

Por las señas que me dieron, mi amigo debia de encontrarse en un pueblecillo llamado *Chatou*, situado á dos leguas de París.

Eran quince minutos de viaje por el camino de hierro del Oeste.

La mañana estaba hermosa. Cada dos horas iba y venia un tren. Calculé estar de vuelta al medio dia, y emprendí la marcha resueltamente, como quien va á hacer una visita en la ciudad.

Nueve *sous* (unos catorce cuartos; fabulosa baratura) me costó el billete de primera clase de París á *Chatou.*

Por tan corta cantidad anduve dos leguas muy cómodamente, en compañía de señores condecorados, ya con el boton, ya con la cinta de

la *Legion de Honor*; condecoracion que tienen hoy la cuarta parte de los franceses y que no dejan de ostentar ni un solo instante, á veces duplicada y hasta triplicada, segun las prendas que constituyen su vestido.

Venian tambien en el tren algunas damas graves y varias jóvenes modestas; pues ni la hora ni el dia eran de *traviatas*, segun os demostraré despues; y no sé por qué estravagancia de mi imaginacion, dí en figurarme que todas aquellas gentes eran alcaldes y alcaldesas de los pueblos vecinos á París.

Por lo demás, cada uno de ellos y de ellas leia muy atentamente su indispensable periódico.

Yo no tenia periódico que leer; pero me solacé á mis anchas en examinar á mis compañeros de viaje y en inventarles historias y caracteres; contemplé arrobado el delicioso caserío de *Aniéres*, que se mira en las inmóviles aguas del canalizado Sena; saludé la poética aldea de Rueil, rodeada de antiguos árboles y asilo sepulcral de Josefina y de Hortensia, la abuela y la madre de Napoleon III; admiré la remota perspectiva de los bosques de San German, llenos de palacios y de quintas, entre las que me hicieron notar las agujas góticas de la de Montecristo, que visité más tarde, y al fin eché pié á tierra al principio de una alameda frondosísima que me dijeron conducia á *Chatou*.

Difícilmente pudiera describiros la hermosura de aquel paraje ni el encanto de aquella hora. Ningun otro viajero habia hecho alto allí conmigo. El tren se alejó bramando, y su fragorosa respiracion se fué estinguiendo en el seno de los bosques.

La alameda en que me habian dejado, y que era tan severa y regular como la de un cementerio moderno, se dilataba ante mí, grandiosa, larga y sombría, dejando paso á veces á la pura luz del sol de la mañana. Brillaba el rocío en la menuda yerba. La fina arena que crugía bajo mis piés exhalaba un olor acre y vigoroso que se mezclaba con el perfume de las últimas flores del año. Todo, todo era silencio y soledad en torno mio. Unicamente se oia en las altas copas de los álamos el no interrumpido gorgeo de millares de pájaros, que se me figuró cantaban para el cielo, no para la tierra...—Y es que aquellos pajaros, á pesar de ser franceses, cantaban de balde.

Conocí que estaba á punto de ponerme muy triste, y apreté el paso.

Despues de andar mucho tiempo, y en un recodo de aquella calle de árboles estranjeros, cuya sombra no me creia yo con derecho á disfrutar, distinguí por último una iglesia medio oculta entre el ramaje...

Allí respiré y me detuve á echar un cigarro.—Me parecia como que habia encontrado una persona conocida, que me recomendaba y presentaba en aquellos sitios.

Aquel templo era la primera casa de *Chatou*,—separada aun de la aldea algunos pasos.—A otra vuelta de la arboleda, descubrí ya todo el pueblo.

En él se veian combinados el sosiego y la civilizacion, la paz del

campo y la policía urbana, el idilio y la limpieza, la poesía y la comodidad.

Chatou es una de tantas poblaciones como sirven de auxiliares á París.—Por ejemplo: el piso bajo de la casa en que vivia Mr. Iriarte era un vasto laboratorio de lavar y planchar ropa, cuya directora vivia en París y hasta creo que arrastraba coche.

Como este establecimiento, tenia otros varios en diversos puntos.—Es decir que aquella señora habia emprendido el lavado en tal escala que podia aspirar, y acaso era esta su noble ambicion, á ser con el tiempo lavandera general de todas las camisas de París.

Introducido en las habitaciones de Mr. Iriarte, que dormia tranquilamente, tuve un momento de verdadero placer, mezclado de orgullo, al pasear mis miradas por su gabinete de artista.

En todas partes veia bocetos, dibujos, cartones, aguadas, cuadros empezados... y todo ello referente á España.

En un lado tipos andaluces; en otro un barrio de Tetuan; aquí el retrato de un amigo y compatriota mio; allí uniformes de nuestro ejército; y, colgados en las paredes y rodando por el suelo, cien objetos curiosos, recogidos en su espedicion por España y Africa; armas, muebles, ropas; el ros, el sombrero calañés, la faja árabe ó la cordobesa, y mi cama de campaña, que yo le regalé el dia que dejé el campamento, y la vajilla mora que compramos juntos en la Judería, y la gumía que él recogió en una batalla, y libros españoles, y vistas de Madrid...

Sobre un voluminoso manuscrito se leia en gruesos caracteres: *La societé espagnole.*

Era un libro suyo, cuya publicacion ya se anunciaba.

Sous la tente (Bajo la tienda)—decia el letrero de otro legajo.

Era nuestra particular ó personal historia de Africa, preparada tambien para la imprenta; escrita por él, y dedicada á mí.

Las entregas de mi *Diario*, ó sea de nuestro *Diario de un Testigo* andaban revueltas con dibujos suyos que yo le sugerí ó que él habia hecho despues, recordándome indudablemente...

Toda la habitacion, en fin, como toda la vida de Mr. Iriarte, estaba consagrada á España.

La noche antes se acostaria pensando en mi patria, despues de haberle dedicado una larga vigilia con el lápiz ó la pluma en la mano...

En aquel momento, quizás soñaba encontrarse en Tánger ó en Barcelona, en Madrid ó en Andalucía...

Considerad, pues, cuál seria su sorpresa al sentirse turbado en su sueño por mi voz amiga y por mi habla española, que le decian como en otro tiempo:

—¡Arriba, Cárlos! ya tocan *diana*!

Algunos minutos despues, era cosa convenida que Mr. Iriarte me acompañaria á Italia.

—La vida de París es insoportable! me decia mi amigo, (poeta en accion por temperamento). No hay mas existencia honrosa que la que hemos llevado juntos y vamos á volver á llevar. Mira cómo vivo. Pues asi y todo me devora una singular nostalgia; la nostalgia de la tienda. La civilizacion no ha inventado nada tan grande ni tan bello como aquella vida al aire libre, como aquellas salidas de sol por el Mediterráneo, como aquellas puestas de sol tras el humo de los combates, como aquellas comidas frugales sobre la yerba, como aquellos largos dias á caballo; como aquella intimidad del hombre con la naturaleza, que nos achicaba y engrandecia al mismo tiempo...

En esto ya se habia vestido.

—Ven, me dijo; te voy á llevar á mi comedor: almorzaremos juntos y en seguida nos iremos á París.

Salimos á la calle: atravesamos la via principal del pueblo; bajamos una cuesta que se torcia entre dos tapias, y me encontré como por encanto á las orillas del Sena; pero en un paraje solitario, verdaderamente campestre, en que no se veia otra vivienda humana que las que dejábamos atrás.

Solo allá, á la izquierda, como á media legua, se percibia un puente de ferro-carril.

La orilla opuesta del rio era un cerrado bosque, cuyo ramaje oscuro se retrataba en las tranquilas ondas.

—¡Luis! ¡Luis! gritó Mr. Iriarte. Y su voz se dilató vibrante por tanta soledad y tanto silencio.

Yo estaba enagenado de placer. Y es que nunca hubiera imaginado que quedase en Francia un lugar tan apacible, un refugio de tanto sosiego, tanta naturaleza olvidada, en que poder campar por mi respeto y descansar de las oficiosidades y previsiones de la actividad francesa.

Abrióse el ramaje á la otra márgen del rio, y apareció un jóven vestido de batelero, esto es, medio desnudo, descalzo, descubierta la cabeza, con un calzon de lienzo azul y una camisa encarnada, que solo le tapaba los hombros y la cintura; un bellísimo mancebo, robusto, blanco, asoleado, con el largo cabello y la incipiente barba de color de oro; un pescador, en fin, no tan exactamente como los pescadores son en realidad, sino como lo hubiera idealizado un artista.

Aquel jóven saludó con un grito inarticulado á Mr. Iriarte; empujó con el pié un barquichuelo medio escondido entre la yerba, y en que yo no habia reparado; saltó dentro de él; asió los remos sin sentarse, y vino hácia nosotros, hendiendo los cristales del rio como una exhalacion.

Al cabo de un momento atracaba el barquichuelo á nuestros piés.

Iriarte y el pescador se dieron la mano cariñosamente y se tutearon al preguntarse por la salud.

Entramos en el bote; mi amigo tomó los remos y pasamos al otro lado.

—Estás, me dijo, en la *Isla de Croissy;* esto es, en una isla desierta. Confiesa que nunca hubieras esperado encontrar la isla de Robinson á las puertas mismas de París.

Yo no acertaba á creer lo que veia. La tierra en que habíamos desembarcado era, en efecto, una isla de trescientos ó cuatrocientos pasos de anchura por media legua de longitud. Parecia una larga embarcacion anclada en medio del rio. Estaba inculta y despoblada. Un pomposo y enmarañado bosque la llenaba de sombra y de misterio. Apenas se lograba ver el cielo por algunos claros de aquella bóveda de ramas, y sin la luz que penetraba horizontalmente por entre los troncos de los árboles, casi toda la isla se hubiera hallado sumida en las mas espesas tinieblas. Una mullida alfombra de yerba, siempre verde, húmeda y perfumada, cubria las sendas y las escasas plazoletas que se hallaban á veces entre el densísimo arbolado; ¡Y qué paz; qué silencio, solo turbado por las aves; qué fresco y embalsamado ambiente en aquella afortunada isla!

Pero tiempo es ya de que explique, como me lo explicaron á mí, el singular fenómeno de verse desatendida tan rica tierra por una gente tan aprovechada y utilitaria como los franceses.

Parece ser que el último marqués d'Aligre, muerto en 1847, descendiente de aquellos marqueses d'Aligre que figuran tanto en los reinados de Luis XIII y Luis XIV, y famoso él tambien como dignatario del primer Imperio y como par de Francia que habia sido despues legó esta isla (propiedad suya por herencia), al pueblo de Bougival, de que ya hablaremos, *con la condicion de que nunca se edificase nada en su recinto, ni fuesen sus tierras de dominio particular.*

La razon que tuvo para testar así el noble marqués (cuya antigua vivienda,—especie de castillo,—aún se levanta, no mas alta que los árboles que la cercan, en un ángulo de la isla; pero sin que la habite nadie); la razon, digo, de tan feliz humorada fue el deseo de perpetuar los bailes nocturnos que los pescadores y *canotiers* del Sena daban allí en su tiempo, y en los que de seguro hubo de divertirse grandemente el señor marqués!..

Pero digamos quienes son los *canotiers* del Sena.

Entre los innumerables placeres que se han proporcionado los jóvenes parisienses de la clase media, reyes de la inventiva en todo, y muy particularmente cuando se trata de gozar, lo es uno el de salirse de París en una canoa ó piragua, vestidos de marineros, y vogar dos ó tres leguas por el Sena, buscando aventuras, pescando, pasando de balde de una orilla á otra á las mujeres ó á los pobres que andan desalados por llegar á tal ó cual puente, concertando regatas y apuestas, paseando á sus amadas, si las tienen, y si no, á las amadas de otros; y en fin, haciendo todo lo posible porque les suceda algo de lo que se refiere despues en las novelas.

Escusado es decir que Luis, el hermoso pescador que nos habia prestado su bote, era uno de estos bateleros de aficion.

Ahora bien, ciertos dias festivos de verano, toda esta gente y la mucha que arrastra en pos de sí, como tambien algunos habitantes de los pueblos circunvecinos, se reunen en la isla, y pasan la noche cantando, bailando, comiendo y bebiendo en la espesura, que iluminan como pueden ó dejan en amable sombra, dando lugar á todo género de lances y sorpresas y produciendo la bacanal más ilimitada, más desecha, más delirante que registran las historias de Sardanápalo, de Neron ó de Heliogábalo. Los impúdicos bailes de *Mabille* resultan *soirées* muy ceremoniosas en comparacion de una verbena de la isla de Croissy. *Mabille* podrá ser Pompeya ó la *Porta Capuana* de Nápoles. Pero Croissy es algo mas antiguo, más natural, más mitológico. Es Chipre; es el olimpo pagano. No es la orgía social; es la orgía animal. Es el amor en los bosques, la realizacion de los satyros y las ninfas, la desnudez griega, la Arcadia sin la inocencia ni la poesía.

Ya volveremos á este asunto.

De buena gana me hubiera pasado el dia entero en la isla entonces desierta, platicando con mi discreto amigo... (Luis el pescador habia desaparecido por entre las ramas.) Pareciame hallarme en el paraiso terrenal, en aquel verjel inculto que habitaron algunos dias nuestros primeros padres. Pero la relacion que Mr. Iriarte me hizo de las profanaciones que habia presenciado aquella selvática soledad, y el hambre, que principiaba á terciar en nuestra conversacion, me estimularon á levantar el campo.

Llegamos, pues, á la otra costa de la isla.

Allí habia un embarcadero y una gran barraca de madera, construidos *dentro del mismo rio*, á fin de no faltar al testamento del marqués d'Aligre.

Aquel brazo del Sena era aun más ancho que el que separaba á *Chatou* de la isla, y al otro lado de él percibíase una pequeña llanura de la que se levantaba una suave montaña toda cubierta de arbolado y sembrada de vistosas quintas, algunas de ellas con honores de palacio y otras con el aspecto de castillos.

Frente por frente del embarcadero en que nosotros nos hallábamos, se alzaba una casa modesta, pintada de rojo y amarillo, de forma irregular, con dependencias propias de una casa de campo, sobre una de cuyas paredes se leia en enormes letras:

Maurice, pêcheur. (Mauricio, pescador.)

Mr. Iriarte desató una de las canoas que habia amarradas al embarcadero; penetramos en ella, y pusimos el rumbo á la casa de Mauricio.

—Todos los dias, me dijo el jóven artista, paso cuatro veces el rio de la manera que ves: dos de ida y dos de vuelta. Yo almuerzo y como siempre en casa de este pescador, y trabajo y duermo en *Chatou*.

—¿Y por qué no trabajas y duermes tambien en casa de Mauricio? le pregunté.

—Porque entonces no haria esta travesía tan deliciosa dos veces por la mañana y dos veces por la tarde.

Yo me moria de envidia. Ya me arrepentia de haberme impuesto la obligacion de ir á Italia. Ya no me acordaba de París. ¡Estaba perdidamente enamorado del género de vida que hacia Mr. Iriarte!

Llegamos en casa de Mauricio.

VI.

EL PESCADOR MAURICIO.—COSTUMBRES PARISIENSES.—UN SUICIDA.—LA MISA DE BOUGIVAL.

En el momento que nosotros llegamos, Sofía y Cárlos, hijos del pescador; aquella de diez años de edad y este de siete; hermosa ella como un ángel, y travieso él como un demonio, recibian el beso de una vieja, hermana de su abuelo materno, y se disponian á partir juntos á la escuela de *Bougival*, gracioso pueblo situado á un cuarto de legua de aquella casa, en la misma orilla del rio.

Todos los dias hacian los dos niños este viaje de ida y vuelta, provistos de libros, de alguna labor femenil y de la correspondiente merienda, que Cárlos queria llevar, y que Sofía le negaba, temiendo que se la comiera antes de la hora en que seria de urgente necesidad.

Los dos hermanos hicieron muchas caricias á Iriarte y se alejaron al fin, triscando como dos corderos á quienes se da suelta para que vaguen por los prados.

Mauricio se hallaba pescando. Su mujer habia marchado á París en el primer tren de la mañana. La abuelita, pues, se encargó de disponernos el almuerzo.

—Queremos, dijo Iriarte, pesca de hoy. Nosotros buscaremos huevos en el corral, pues oigo cacarear á las gallinas, y cogeremos fruta en la huerta. Hoy no he tenido tiempo de buscar setas en la isla. Las sustituiremos con patatas. Del vino nada tengo que decirle á usted.

—¿Y dónde almorzarán ustedes? preguntó la anciana, que se reia como una bendita de Dios al oir á mi amigo.

—En la *glorieta*, respondió este, indicándome que lo siguiera.

Yo estaba atónito, sin acertar á convencerme de que habia andado trescientas leguas para hacer una vida semejante, y sin acabar de creer que me hallaba en Francia y á pocos minutos de París.

Buscamos los huevos y las frutas; volvimos á la cocina; añadimos algunos perfiles á nuestro almuerzo, y nos fuimos por último á esperarlo en la *glorieta*.

La *glorieta* era una jaula de cañas que se levantaba al remate de un jardin muy descuidado, á espaldas de la casa del pescador.

En este jardin habia dos ó tres mesas rodeadas de sillas.

Eran signo rememorativo, segun me esplicó Iriarte, de la larga broma que habrian tenido allí el dia anterior los *canotiers* y sus amadas.

Porque el dia anterior habia sido domingo...

Posesionámonos de la *glorieta*, y vino el almuerzo.

En esto oimos el crujido de unas faldas de seda y aparecieron en el jardin dos elegantísimas damas, bastante bellas, pero sin abrigo ni sombrero, poco peinadas, y con los pies mojados por el rocío,—circunstancia esta última que era su preocupacion en aquel momento.

Desde luego comprendimos que eran dos parisienses que habian pasado la noche en casa de Mauricio, y venian de dar un paseo por el campo.

La abuelita nos acabó de esplicar que los amantes de aquellas damas tenian alquiladas dos habitaciones de la casa del pescador, adonde ellas venian á esperarlos todos los sábados en la tarde.

Aquellos señores eran personas honradísimas de París, y hasta de cierta gravedad, que pasaban la semana dedicados á sus negocios y aparecian allí el domingo al amanecer, tripulando una preciosa barca.

Ellas los aguardaban á la orilla del rio. Pasaban juntos el dia paseando ó navegando; almorzaban y comian en los pueblos de la ribera, si hacia buen tiempo, y, si no, en casa de Mauricio; y, á la caida de la tarde, se marchaban ellos á París, en la misma barca en que habian venido, y ellas por el ferro-carril, de la manera que os diré más adelante.

Parece ser que el dia anterior habian llegado tarde á la estacion (tal vez de intento), y vístose obligadas á quedarse en el campo, contra las instrucciones de sus amantes.

Dicho se está, por consiguiente, que se hallaban contentísimas.—La sola idea de que estaban procediendo mal, las volvia locas de placer.

Por otra parte, ellas sabian que, fuera del domingo, no se ve un alma en casa del pescador, y contaban con pasar un dia de absoluta soledad, de libertad ilimitada, de espansion y retozo.—¡*No estaban ellos!*... Esto bastaba para la felicidad de aquellas tristes mercenarias, que por la primera vez de su vida reian en casa de Mauricio *espontáneamente*, y no para alegrar á sus señores,

Nuestra presencia en el jardin las contrarió, pues, visiblemente. Ellas se conocian y conocian al hombre. Nosotros les recordábamos el sexo tirano de que aquel dia se creian libres. La sola contingencia de que las volviésemos á su condicion habitual echaba por tierra todos sus planes de pasar *un dia digno* en el seno de la naturaleza.

Entraron, pues, en la casa haciendo como si no nos vieran, y quejándose de tener los pies mojados.

Nosotros seguimos con nuestros peces.

Entonces hice que Mr. Iriarte me esplicase todo un tratado de costumbres francesas y completase mis ideas acerca de aquella casta de mu-

jeres, que no era sino una variante de la gran familia de las *entretenidas*.

Síntesis.—La *entretedida* es una *especie de esposa;* una esposa dentro de las condiciones de la vida parisien; la esposa, segun la *civilizacion;* la esposa, segun la naturaleza; todo lo contrario de la esposa del cristianismo.

No la confundais sin embargo, con otra mujer *peor*...—¡Heriríais la dignidad de la tercera parte de las mujeres elegantes de París!

Pero, á pesar de saber esto, yo, á fuer de *salvaje*, vulgo *español*, creo más funesta á la *entretenida* que á la otra miserable vigilada por el gobierno.

La *entretenida* es la manifestacion de un partido social, ó sea antisocial, que cunde y avanza en contra del matrimonio, á la manera del comunismo en contra de la propiedad.

La entretenida revela además una cosa horrible de que he notado otros muchos síntomas: el abandono en que gime el alma humana en medio de aquella brillante civilizacion; el ningun cultivo que se da á sus más nobles facultades; el olvido de sus santos intereses.

Hay en todo esto algo peor que el paganismo. El pagano, aunque se creia superior á la mujer, le exigia amor, reclamaba de ella virtud, la hacia su esposa para toda la vida.

Hay tambien algo peor que el islamismo. El mahometano, si no emplea su alma en el amor á la mujer, tiene amor y alma para adorar á Dios.

Pero el parisien que toma á sueldo una mujer, ni la ama con el espíritu, porque este amor no existe sin admiracion ó aprecio, ni aspira á ser amado, puesto que el amor del alma no se compra ni se vende. ¡Y sin embargo, se contenta con vivir de esta manera, y engorda, y el ócio del alma no lo mata de melancolía!...

¡El alma!—Su alma es una parásita de su cuerpo. Su alma no tiene sed de otra alma, ni se agita en el deseo de reposar en Dios. Su alma tiene sed de oro, única omnipotencia que reconoce, para subvenir á todas sus necesidades animales.

El moderno lenguaje francés se vale de una frase espantosa que comprueba lo que estoy diciendo.

—¿Cómo está fulano? le preguntais á cualquiera. ¿Qué sabeis de él?

—Fulano *no es feliz*, os responderá melancólicamente...

Y con esto ha querido significaros que fulano *tiene poco dinero.*

Apelo á todos los que han estado en Francia para que digan si esto no es así.

¡Y, sin embargo, el tal *fulano* suele ser un hombre de bien, que vive en paz en el seno de su familia y en el cumplimiento de sus deberes, aunque no pueda gastar un lujo que de manera alguna echa de menos!

¡Como si un pobre no pudiera ser feliz!

¡Como si un mendigo no pudiera ser más dichoso que un emperador!

¡Como si el alma no existiera!

Volvamos á las dos *entretenidas*.—Y perdonadme que me detenga en la consideracion y análisis de cosas al parecer tan despreciables y baladís como estas pobres mujeres sin conciencia; pero ellas son el punto gangrenoso de un mal que vamos estudiando, ya que no sean la raiz del mal mismo; raiz que está mucho mas honda en las entrañas de la nuestra flamante civilizacion. Dejadme, sí, tender los hilos de mi tela de araña, en la cual atraparemos al final de este capítulo una importantísima idea.

Aconteció, pues, que las dos damas de los piés mojados decidieron en su alta sabiduría bajar de nuevo al jardin é instalarse, no muy lejos de nosotros, al lado de otra mesa, donde al poco rato les sirvieron el almuerzo.

Nada es más fácil entre franceses que no se conocen que entablar conversacion y hacerse íntimos amigos.

La mesa de las parisienses estaba al sol; la nuestra á la sombra. Propusímosles, pues, galantemente cambiar de sitio.

Primero se resistieron; pero instamos nosotros... y al fin se transigió la cuestion trayendo ellas sus platos á nuestra mesa... bajo las siguientes condiciones:

—Segun nuestras noticias (nos dijeron), ustedes piensan permanecer aquí todo el dia. Nosotras *teniamos* el mismo plan. Pero ustedes nos estorban sobremanera, puesto que contábamos con estar solas y no oir, siquiera durante un dia, el empalagoso lenguaje del amor. Si ustedes nos prometen solemnemente no hacernos la córte y tratarnos como si fuéramos dos antiguos amigos suyos, nos avenimos á almorzar con ustedes y á que pasemos todo el dia reunidos dando vueltas por esos campos.

Nosotros juramos no hablarles una palabra de amor y tratarlas como si no nos gustasen ó como si fuesen hombres.

Juntamos, pues, los almuerzos, que se mejoraron al reunirse: bebieron ellas vino hasta dejarme asombrado: tomamos todos café: aceptaron cigarros, sin duda para representar mejor su papel masculino: pidiéronnos permiso para peinarse: se lo otorgamos: subieron á sus habitaciones; y al cabo de unos momentos volvieron á bajar, tan compuestas y lindas, que daba gloria verlas; con mangas y puños limpios, con preciosos sombreros, con elegantes sombrillas, aristocráticos guantes, fantásticos abrigos, y todo el aire, en fin, de unas verdaderas heroinas de novela.

A pesar de nuestro juramento, les ofrecimos el brazo, que ellas aceptaron maquinalmente, con lo cual salimos al campo por la puerta de la huerta, y empezamos á andar á la ventura, dirigiéndonos siempre á la verde montaña que limitaba el horizonte.

Yo no cesaba de acordarme de Paul de Kock.

Nuestras compañeras iban contentísimas, locuaces, verdaderamente inspiradas.

La una se llamaba Alicia y la otra Lucila.

Voy á contaros la historia de Alicia; historia que, segun ella, se parece á la de cien mil mujeres de París.

Es muy breve.

—«Yo, dijo Alicia (parándome debajo de un frondoso árbol, á cuya sombra contaba ya Lucila su vida y aventuras á Mr. Iriarte); yo soy de Burdeos. Mi padre era un comerciante arruinado. En mi niñez leí muchas novelas. A los quince años conocí que era muy pobre y muy bonita, y, por consiguiente, muy desgraciada. Amaba el lujo, y carecia hasta de guantes. Deseaba venir á París á hacer fortuna, pero no tenia los medios para ello.

»Pinté abanicos durante un año; rehusé mi mano á un oficial de la abaniquería; reuní el dinero suficiente para el viaje; comuniqué á mis padres el proyecto; encontráronlo juicioso; y, dándome cartas de recomendacion para algunos comerciantes de París y la bendicion consiguiente, dejáronme en libertad de luchar con mi destino.

»Llegué á París. A los tres dias estaba colocada en el mostrador de una fábrica de guantes. Mi vida entonces consistia en madrugar mucho, acostarme muy temprano y despachar guantes todo el dia. A la verdad, esta existencia me pareció monótona, y sobre todo, poco á propósito para hacer fortuna.

»Dichosamente, aunque á fuerza de severas economías, algunos domingos iba al teatro. Este era mi único placer, y esta fue mi salvacion.

»En el teatro reparó en mí el conde de....! jóven, hermoso y rico.

»Esto sucedió á los cuatro meses de mi llegada á París.»

«Informóse de quién era yo, y, algunos dias despues de haberme mirado y saludado en la *Opera Cómica* (única inteligencia que habia habido entre nosotros), se presentó en la tienda; me pidió unos guantes; y, en tanto que yo se los ponia, me dijo estas palabras:

—«Señorita, yo soy el conde de..... Tengo 40,000 mil francos de renta. Soy soltero. Mi madre es jóven y robusta, y, por consiguiente, tardará en morirse. Yo no pienso casarme hasta que se muera mi madre. »Entonces heredaré otros 40,000 francos de renta, y podré aspirar á la »mano de una rica heredera que triplique mi fortuna; pues mi título en»trará por algo en el contrato.—He visto á usted en la *Opera Cómica*, y »sé que es usted hija de una familia honrada. Usted, por su hermosura y »por su educacion, es digna de gozar de la vida, de vestir con elegancia, »de brillar en los teatros y en los paseos y de tener lindos sombreros, una »bonita casa, dos criados, y carruaje los domingos. Durante el verano, »debe usted contar con una habitacion en el campo y pasar allí dos dias »por semana. Esto es lo que corresponde á una mujer de las virtudes y »demás cualidades que á usted la adornan.—Yo se lo ofrezco á usted todo, »confiado en que será prudente y aceptará. Le señalaré á usted un suel»do de 500 francos al mes, despues de pagarle la casa, los criados, los

»muebles etc. Los regalos que yo le haga á usted serán cuenta aparte y »dependerán de su conducta conmigo y del amor que llegue á tenerle. »Si al cabo de dos años encuentro que usted se ha portado bien, le daré »una inscripcion que le asegure una módica renta para el resto de su vi»da; y de esta manera, cuando yo me case, tendrá usted un dote regular, »que, unido á su hermosura, cuya índole es duradera, le proporcionará á »usted un buen enlace con un abogado, que la llevará á reinar á una »provincia en que nadie la conozca y donde no podamos nunca saber el »uno del otro.—Usted no tiene reloj..... Yo le ruego que admita este.— »Es de oro..... No lo dude usted. Me ha costado 600 francos.—Mañana »tendré el honor de volver por aquí y me dirá usted su resolucion.»

«Dijo, y partió, dejándome el reloj en la mano y la felicidad en el alma.

»¡Oh! si viera usted qué lindo era el reloj! ¡Algun ángel le habia dicho á aquel hombre que yo deseaba tener hora!

»Mis compañeras de mostrador me miraban con curiosidad, deseando saber y casi adivinando lo que el conde me habia dicho.

»Yo se lo conté extensamente, y se llenaron de envidia.

»Por darme importancia, les dije que no sabia si aceptar la vida que se me proponia, y todas me llamaron á una voz *estúpida*.

»Consulté á los dueños del establecimiento, y estos me aconsejaron que no desperdiciase mi buena suerte, añadiendo que yo era muy afortunada y estaba llamada á grandes cosas, y encargándome, por último, que no los echase en olvido, pues ya sabia lo bien que me habian tratado».

«Usted puede, me dijeron, hacer que el conde y sus amigos y todas »las damas elegantes que tratará usted con el tiempo, se surtan en nues»tra casa, y nosotros, en cambio, le daremos siempre á usted los guantes »al precio de fábrica, sin ganarnos cosa alguna. En cuanto al reloj, es un »*Merian* muy bonito, con doce centros en rubís, y todas las cajas de ver»dadero oro.—Aunque esta noche no es domingo, puede usted ir al tea»tro, si gusta, y hasta invitar á sus compañeras en señal de despedida. »Su haber líquido de usted en la casa es todavía de 30 francos, gracias á »su economía y escelente órden. ¡Con que..... abrácenos!»

«¡Oh! (continuó Alicia, muy conmovida.....) Aquella era una buena gente..... Yo no los olvidaré nunca. Unos padres cariñosos no hubieran sido mejores con una hija.....

»Al dia siguiente fué á buscarme el conde. Iba en carruaje. Salí con él. Encontramos casa. Compramos muebles. Se mejoró mi vestuario, y pocos dias despues quedé instalada como una reina.

»Mi vida desde entonces no puede ser mas feliz. El conde me visita todos los dias de cuatro á seis de la tarde. Los martes se queda á comer conmigo. Los jueves me acompaña al teatro, y los domingos los pasamos juntos en casa de Mauricio.

»El resto de la semana estoy libre. Tengo algunas amigas. Hago visitas

y voy á paseo. Doy té los viernes, y á él acuden muchas personas de distincion.

»Dentro de poco tiempo se cumplirán los dos años, al fin de los cuales me prometió *mi esposo* darme la inscripcion que asegurará mi porvenir.

»Entonces me casaré con Ricardo.»

—¿Y quién es ese Ricardo? le pregunté á Alicia al cabo de un momento.

—Un estudiante á quien amo mucho. Tiene un tio senador que lo colocará cuando se reciba de abogado.

—¿Y sabe Ricardo sus amores de usted con el conde?

—Seguramente. Pero el conde ignora mis amores con Ricardo.

—¿Y Ricardo se casará con usted?

—¡Ya lo creo! En primer lugar, si no fuese por mí, el pobre no lo pasaria muy bien.—Yo le ayudo á seguir su carrera.—Y por otro lado la inscripcion que me ha prometido el conde me asegurará 2,500 francos de renta.

—Y esa inscripcion..... ¿está usted segura de conseguirla?

—Sin duda alguna. El conde me quiere mucho.

—¿Cuántos años tiene el conde?

—Veinte y cinco.

—¿Y no tiene otros amores?

—No, señor. El conde vive entregado á los negocios. Juega á la bolsa y gana casi siempre. El otro dia me dijo que tal vez se casaria antes que muriese su madre. Ya tiene 60,000 francos de renta.

—¿Y no es celoso? ¿No duda de usted?

—No se ocupa de eso. Siempre que me busca me encuentra amable. Esto le basta.

—¿Y dice usted que la ama?

—¿Pues no ha de amarme?

—¿Pero no se le ocurre á ese hombre que, si suprimiese la renta y la inscripcion, usted no seguiria recibiéndole?

—Sí que se le ocurrirá; pero se le ocurrirá al mismo tiempo que yo necesito comer y vestir.

—¿Luego usted subordina su alma á su cuerpo?.....

—¡Oh..... no, señor! Mi alma es libre, y se emplea en amar á Ricardo.

—Pero Ricardo no la ama á usted.—Ricardo la esplota á usted como usted esplota al conde. Si usted no costease la carrera á Ricardo, ni contase con la inscripcion, ya la habria olvidado hace mucho tiempo.

—¿Pues qué? ¿No soy yo bonita?

—Sí que lo es usted. Pero cuando *se ama* á una mujer bonita, no se permite que pertenezca á otro.

—Pero es que Ricardo no puede darme el bienestar que me da el conde. Yo necesito comer y vestir.

—Lo mismo le dirá Ricardo á otra, cuando esta otra le haga cargos por sus relaciones con usted.

—Yo no tengo celos.

—Ya lo veo; ni Ricardo, ni el conde tampoco. Todo esto quiere decir que no tienen ustedes alma.

—¡El alma! ¡Siempre el alma! Hé aqui la palabrota... (*le gros mot*). ¿Y qué es el alma?

—El alma, señorita, es una cosa que no come, ni bebe, ni viste. Una inquietud, una sed, una capacidad que hay en nuestra naturaleza, que solo se calma, se nutre y se complace con verdades, con afectos, con creencias. El alma es aquello que gime muchas veces dentro de nosotros cuando hemos comido bien y vamos muy elegantes y nos paseamos en coche, teniendo á nuestro lado una mujer hermosísima, de esas que cuestan, no digo 2,500 francos al año como usted (que es muy barata), sino 100,000 francos ó 100,000 luises, como algunas notabilidades de la Opera. El alma es la tristeza de los ricos, el tédio de los poderosos, el malestar de los saludables. El alma es un personaje tan exijente, que, cuando ama (y no puede vivir sin amar), tiene celos del pasado de la mujer preferida, de su porvenir, de sus intenciones, de todo lo que no sea poseerla de un modo absoluto, infinito, ilimitado. Esta posesion es punto menos que irrealizable; pero el alma es poeta, vive de ilusiones, se satisface con vanas apariencias, quiere ser engañada, y, cuando ama á una mujer, se contenta con que esta nos diga que nunca amó á nadie como nos ama en aquel momento, y que siempre nos amará de la propia manera. *Siempre* y *nunca* son dos palabras que se rien del que las pronuncia; mas para el alma enamorada tienen una música divina.—«Yo te amaré siempre; yo moriré cuando me abondones; yo te he buscado y esperado toda mi vida...» Estas lisonjeras frases, que no son mentira, aunque sean falsas; estos temerarios conceptos, en que creen firmemente muchos de los que los dicen, son la esencia y la vida del amor.—Yo comprendo que el amante tolere al marido. El lazo del matrimonio es sagrado é indisoluble. Lo que no comprendo es que Ricardo tolere al conde, por consideracion á unos trajes y á unos alimentos. Por eso digo que no la ama á usted.—Y usted no puede amar tampoco á Ricardo; porque el materialista que transige de ese modo en una cuestion de sentimiento, sólo merece un desden soberano.—Y el conde no puede amarla á usted; porque el conde tiene motivos para creer que su amor de usted es interesado y para despreciarla por consiguiente.—Ni usted tampoco puede amar al conde, sino aborrecerlo: primero: porque es usted su esclava; y segundo: porque él no se ha cuidado nunca de conocer, de halagar ni de adquirir lo que usted debe respetar, amar y reverenciar mas en sí misma... ¡hablo otra vez de su alma!—Para el conde es usted un mueble, una fiera hermosa, una estátua de carne. ¡Desgraciada de usted, que se deja tratar de este modo por el conde y es al mismo tiempo una especulacion para Ricardo! ¡Mengua para el conde, que nada echa de menos en usted y no se avergüenza de servirle

á usted de industria! ¡Ignominia para Ricardo, que, siendo hombre, se encuentra en igual y peor caso que usted; pues vive estafando á su rival y piensa llegar al matrimonio por el camino de un anticipado adulterio!— ¡Me pregunta usted qué es el alma!...—Yo le pregunto á usted á mi vez cómo se puede vivir sin ella.

Alicia, que me habia oido con suma atencion, soltó una brusca risotada cuando vió que yo habia concluido.

Luego rompió á cantar no sé qué estribillo de *vaudeville*, que principiaba de este modo:

La paix est faite,
ma foi... tant pire...

En seguida se interrumpió, y, poniéndose muy enojada, dijo, volviéndose á Mr. Iriarte:

—¡Caballero, su español de usted es un salvaje!

Y, cambiando de nuevo de fisonomía, y con voz solemne y apesarada, añadió, cogiéndome una mano:

—Yo tambien tengo mis ideas... Yo creo en el buen Dios...

Por último, reparó en sus piés, admirablemente calzados, y me los mostró, diciendo:

—¡Mire usted qué bonitas botas!... Dicen que las españolas tienen el pié muy pequeño... ¿Es esto verdad?

Mr. Iriarte se reia de mí, al ver mi asombro.

Lucila, que tambien habia escuchado mi discurso, procuraba pasar á mis ojos por más sublime que su compañera y afectaba con su actitud una profunda melancolía.

Alicia se sintió mal en medio del silencio que habia seguido á su risa, á su canto, á su *credo* y á su pregunta; y, cogiéndose de mi brazo y llevándome aparte, me dijo:

—La señorita Lucila es una hipócrita. Quiere hacernos pasar por virtud lo que es en ella una desventaja. La señorita Lucila es desgraciada con los hombres.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que su esposo solo le da 150 francos al mes y no la visita sino dos veces por semana. Yo tengo ya 8,000 francos de economías, y ella no puede contar con un *sous*. Cuando Ricardo se case conmigo, me llevará á su país, en donde lo colocará su tio, y allí ganará reputacion y ahorrará dinero. Yo seré muy buena y viviré convenientemente. Todo el mundo nos respetará. Yo daré buenos consejos á Ricardo y estimularé su ambicion. De este modo, andando el tiempo, el gobierno lo designará para diputado. Volveremos á París. Mi belleza es sólida, como usted ve, y durará todavía para entonces. Una vez en París, nadie me reconocerá, pues aquella sociedad se remuda cada cuatro años, y además nosotros viviremos en un círculo que hoy nos es completamente ajeno. Ricardo es elocuente... Hablará en el Cuerpo Legislativo... ¡y quién sabe!—Ya ve

usted que mis proyectos son honrados.—¡Y cómo me admirarán los hombres en los bailes de las Tullerías! Yo tengo una espalda y unos hombros muy aristocráticos, y el conde me dice que con el vestido de córte pareceré una duquesa.—Yo fuí escotada una noche á los Italianos, á palco de primer piso, que cuesta muy caro..., y todo el mundo reparó en mí, tomándome por una señora *commi'l faut.*—A mí me gusta mucho el campo... y vivir sola con las flores, que le hacen pensar á una en el buen Dios.—Yo quisiera tener una quinta que me costase 15,000 francos de alquiler, con una cascada artificial, una gruta, dos cabras y un bosque bastante grande para que no la viesen á una cuando se escondiese allí con un libro de Alfonso Karr.—¡Oh!... yo amo mucho la naturaleza...—¡Yo soy buena, Dios mio!—Yo le he enviado una vez á mi madre á Burdeos un chal que sólo me habia puesto diez ó doce veces, y que le costó á mi esposo 300 francos...: un chal muy bonito, que me iba muy bien con cierto sombrero blanco que le vendí á Lucila por la mitad de su precio.—¡Oh! caballero, yo tengo mi alma. Yo sé que hay *algo*... Nosotros no somos como los perros.—Yo he llorado en el teatro una porcion de veces.

En esto habíamos subido por una oscura y retorcida calle de árboles hasta lo alto de una montaña que se llama, me parece, *la Celle-Saint-Cloud*, toda ella sembrada de palacios, quintas y bosques de dominio particular.

En lo alto de la cuesta habia un *restaurant*... ¿qué digo restaurant? ¡un verdadero *hotel* campestre!

Las señoritas se manifestaron muy cansadas.—Eran ya las dos de la tarde.

Hicimos, pues, alto en aquel lugar.

Mas ¿para qué he de referiros los pormenores de las muchas horas que duró todavía esta singular aventura?

Básteos saber que pasamos allí la tarde jugando al billar; que comimos en un precioso jardin de aquella fonda; que viendo que estábamos á legua y media de la casa de Mauricio, no nos atrevimos á volver á ella en la oscuridad de la noche, por miedo de perdernos; que á la mañana siguiente á eso de las nueve estábamos otra vez jugando al billar, esperando el almuerzo, que fue espléndido; que despues de almorzar jugamos al *ecarté*; que á la tarde bajamos en casa de Mauricio; que cuando llegamos allá habia partido ya el tren para París; que nos vimos por consiguiente obligados á dormir tambien aquella noche en el campo, y que, por no tener bastantes camas el buen pescador, decidimos Iriarte y yo irnos á su casa de *Chatou*.

Ellas fueron á despedirnos hasta la orilla del Sena.

—Mañana á las ocho nos reuniremos en la isla para marchar juntos á París, les dijimos al embarcarnos. Almorzaremos bajo los árboles y partiremos en el tren de las diez.

—Está convenido, respondieron ellas.

Vogamos, pues.

Eran las seis de la tarde.

Apenas quedaba en el cielo una leve claridad del agonizante crepúsculo.

La isla, á la cual nos dirigíamos sesgando las aguas contra corriente, aparecia negra y silenciosa como un inmenso ataud.

En la orilla que abandonábamos se percibian aun las graciosas figuras de las dos parisienses, que cantaban con argentinas voces aquel malicioso estribillo:

La paix est faite...
ma foi... tant pire...

De pronto, y cuando nos hallábamos en medio del Sena, tropezó nuestra barca con un objeto que bajaba lentamente por el rio.

—¿Qué es eso? preguntó Iriarte, que remaba de pié en medio del bote.

Yo iba sentado á proa; pero el horror no me dejó decir al pronto lo que habia visto.

Habia visto una faz amoratada, una barba y unos cabellos negros, unos ojos en blanco, un cuello de camisa y una corbata; una lúgubre cabeza, en fin, que salia de entre las aguas como de entre los pliegues de un inconmensurable sudario...

—¡Es un ahogado! exclamé por último.

—*¡Un noyé!* gritó Mr. Iriarte.

El canto de las jóvenes se convirtió en gritos espantosos.

—¡Un ahogado! ¡Un ahogado! repitieron varias voces en casa de Mauricio.

Nosotros pugnábamos por echar mano al cadáver; pero no nos lo permitian nuestra torpeza y nuestra misma turbacion.

Un momento despues se hallaba Mauricio en otra barca al lado de la nuestra.

—¿Qué van ustedes á hacer? nos dijo.

—Queremos sacarlo, respondí yo.

—¿Para qué? ¿No ven ustedes que está bien muerto?

En efecto, el cadáver estaba hinchado.

—¿Qué importa? dije yo. ¿Hemos de dejarlo ahí? ¡Ayúdenos usted á sacarlo!

—No haré tal, respondió Mauricio, ni les aconsejo á ustedes que lo hagan. Tendríamos que avisar al alcalde de *Bougival*. Este nos pondria presos y nos llevaria al pueblo. Pasaríamos la noche y el dia de mañana en declaraciones, careos é interrogatorios insultantes, y quién sabe si reconocerian al cabo nuestra inocencia!—Yo tengo enemigos en Bougival.—Ese desgraciado se tiraria probablemente por un puente... allá en París.—No tendria dinero ó lo perseguirian por deudas.—No es el primero que ha pasado por aquí desde que soy pescador.—Mañana, con la

luz del dia, verán cruzar ese cadáver desde algun pueblo de la ribera y lo sacarán sin esponerse á nada.—Lo que á mí me sorprende es que este cuerpo haya estado en el rio todo el dia de hoy sin que nadie lo vea, y esta misma reflexion nos haria la justicia de Bougival.—¡Ah! es un mal negocio.—Dejémoslo así y procuremos nosotros dormir más abrigados que ese pobre caballero.

—Mauricio tiene razon, dijo Iriarte. Esta aventura nos atraeria muchos compromisos. Repara que hace dias llevamos una vida que no tiene fácil esplicacion, sobre todo á los ojos de un alcalde.

Yo habia resuelto ya tambien dejar á Dios todo aquel drama, cuyo desenlace acabábamos de entrever; pero seguí con la mirada el punto negro que marcaba sobre las ondas la cabeza del suicida, hasta que lo ví desaparecer en un recodo del rio.

Con esto, dimos las buenas noches al pescador, que rigió su bote con direccion á su casa, y nosotros seguimos vogando hácia la isla de Croissy.

Diez minutos despues estábamos en *Chatou*.

Al dia siguiente, cuando nos levantamos, de todo teníamos gana Mr. Iriarte y yo menos de continuar las aventuras del dia precedente.

El encuentro con el ahogado habia ennegrecido nuestra imaginacion.

Cumplimos, sin embargo, nuestra promesa, y concurrimos á la cita á la hora prefijada.

La isla estaba desierta.

Fuimos en casa de Mauricio, y allí supimos que nuestras dos amigas, espantadas tambien por aquel siniestro lance, habian levantado el vuelo hácia París en el primer tren de la mañana, encargando á la viejecita que nos presentase sus escusas.

Mucho nos alegramos de esto; pero lo más singular es que yo no sentia el menor deseo de volver á París.

El dia estaba hermoso. *Bougival* se distinguia allá abajo, á la orilla del rio, tan gracioso y sonriente como la creacion de un artista. Mi *toilette* se habia reparado, gracias á Mr. Iriarte, lo cual se hacia ya muy urgente, pues recordareis que cuando salí de mi casa hacia tres dias, sólo era mi intento hacer una visita en la ciudad. En la serena atmósfera de la mañana vibraban los ecos de una campana remota que tocaba á misa. Cárlos y Sofía, los hijos de Mauricio, se disponian ya para ir á la escuela del pueblo. La idea de París seguia causándome vértigo y disgusto...

—¡Vámonos á *Bougival!* dije de pronto á Mr. Iriarte.

—Sí, vengan ustedes, exclamaron los niños. Hoy hay una misa solemne en la iglesia.

—Vamos á *Bougival*, añadió mi buen amigo.

Y emprendimos la marcha.

Por el camino fuimos encontrando mucha gente que acudia á misa desde las casas de campo de la comarca.

Algunas elegantísimas y verdaderas dàmas iban en soberbios carruajes.

Sofía nos dijo el nombre de la mayor parte de ellas, y entre estos nombres oimos varios muy ilustres en la historia de Francia.

Era que la alta sociedad parisien estaba á la sazon en pleno veraneo en sus *chateaux* antiguos ó modernos, ó en sus deliciosas casas de campo, salvo las familias que recorriesen á aquella hora las orillas del Rhin ó las montañas de Escocia, con el mismo afan de traslacion que empuja á los madrileños hácia Biarritz ó Normandía.

Una vez en Bougival, dejamos á los niños en la escuela, y nos dirigimos al templo.

Este es antiquísimo y de severa arquictetura. Todo él estaba ocupado por hileras de sillas, á modo de *teatro* casero. Cada silla tenia escrito el nombre del *abonado* á quien pertenecia. Es decir, que por sentarse en la iglesia se paga en Francia un tanto al año, como por una butaca de la Gran Opera ó por un nicho del cementerio.

Un acomodador cuidaba de que nadie ocupase sino el lugar que le correspondia.

Nosotros permanecimos de rodillas ó de pié, lo cual no se me hizo cuesta arriba, pues acostumbrado estaba á oir misa de aquel modo.

Todo el público leia.

He olvidado deciros que las sillas están construidas de manera que cada una le sirve de reclinatorio al que está abonado detrás.

Salió la misa.

Naturalmente habian de chocarme en ella muchas cosas.

La música me pareció bastante profana en su espíritu, y la manera de cantar sumamente melodramática.

El latin, pronunciado á la francesa, me resultaba ininteligible ó me hacia reir á pesar mio.

Las reverencias del sacerdote tenian algo de mundano, de galante, de palaciego.

La plática que dirigió al auditorio (despues de la Consagracion) llevaba tal sello de sociabilidad, de cortesanía, de finura profana, que ni revelaba autoridad, ni me infundió respeto.

El cura habló á la razon, aduló á sus ovejas, y empleó, en fin, aquellas frases comunes, vulgares, estereotipadas sobre los labios de todos los franceses, que hacen semejantes, si no idénticos, los discursos del emperador y los anuncios de los perfumistas, las arengas de los generales y los manifiestos de las mujeres sensibles, los sermones y las comedias, los prospectos de los charlatanes y los folletines de los periódicos.—El mismo enfático estilo, la misma lógica utilitaria, el mismo solemne tono, los mismos ademanes académicos.

Acaso haya en esto algo de preocupacion mia; pero yo creo que todos los franceses dicen una misma cosa en cada situacion dada, esto es, que no hay en toda Francia sino una sola conversacion (hecha ya y fiambre,

como dije hace algun tiempo); conversacion que todos saben de memoria y repiten como papagayos.

Ahora: de lo que estoy completamente seguro, es de que todos emplean en el discurso unos mismos giros, iguales inflexiones de voz, é idéntica forma de cláusulas, oraciones y períodos.

Acaso consista esto en que el lenguaje francés está muy trabajado, muy batido, muy formado por tantos años de cultura, de periodismo, de parlamento, de asociaciones, de comunicacion y trato con todo el mundo, y tambien en la índole espansiva, locuaz y propagadora del pueblo francés; pero tambien entrará por algo en esta monotonía de la conversacion y poca originalidad de los pensamientos, la falta de caractéres, la abdicacion individual, la mudez de las conciencias y el profundo escepticisimo de que adolecen los galos de hoy como los de hace dos mil años.—Dicho se está que excluyo de esta regla á los grandes escritores, á las eminencias, á los entendimientos escepcionales; pero la generalidad, la inmensa vulgaridad de Francia, consulta más su memoria que su corazon, y dice lo que sabe, sin saber muchas veces lo que dice.

Afortunadamente, aquel dia no era la misa de precepto. En tal caso, me hubiera remordido la conciencia como si no la hubiera oido. Y es que durante toda la santa ceremonia no tuve ni un solo momento de devocion, entregado á los pensamientos que habeis visto y á otros muchos más trascendentales.—Yo pensaba en la *Diosa Razon*, en el socialísmo, en la ocupacion de Roma, en los premios á la virtud, en el suicida de la tarde antes, en las esposas de alquiler, en el sufragio universal, en Lamoriciere y los legitimistas, en el derecho al trabajo, y en otras muchas cosas que apreciaremos en conjunto cuando epiloguemos nuetras observaciones antes de salir de Francia.

Tampoco me parece oportuno seguir refiriéndoos tan prolijamente todo lo demás que me ocurrió en los tres dias que permanecí todavía en el campo sin resolverme á volver á *Paris*; pues os supongo ansiosos de regresar á la gran capital, de la que no os alejará como á mí no sé qué misteriosa enfermedad del alma.

Os dispenso, por lo tanto, de acompañarme en mi escursion á la magnífica quinta de *Monte-Cristo*, construida por Alejandro Dumas cuando escribia *Los Mosqueteros*.—Esta quinta, en que empleó muchos millones, se halla situada á media legua de Bougival.—Ya no le pertenece al gran novelista, sino á un comerciante, si no me equivoco.—Es un conjunto fantástico de palacio, fortaleza y *villa* italiana.

Tambien os dispenso de recorrer conmigo otros muchos parajes campestres en que nunca dejé de encontrar una fonda, cuando menos, y periódicos del dia.

Volvamos, volvamos á *Paris*; pero no por el camino que ya conocemos.

A un tiro de bala de la casa del pescador, pasa un ferro-carril ame-

ricano, ó de sangre, que los ingleses llaman un *tram-via*. De media en media hora cruza por allí un enorme ómnibus que recoge la gente de la orilla izquierda del Sena y la lleva á *Rueil*, en donde toma el camino de hierro de vapor que me trajo á mí á *Chatou*.

Esperemos el ómnibus junto á esta garita de madera que marca la estacion de la *Bajada de la Jonchere*.

Pero hé aquí ya el inmenso vehículo, atestado de gente...

Algunos bajan : nosotros montamos.

Un solo caballo, recio como un elefante, arrastra á cincuenta personas.

Demos un adios á estos pintorescos sitios, donde he pasado cerca de una semana sin propósito anterior ni razon ninguna para ello.—Yo no diré, sin embargo, que he perdido esos dias... Y, ademas: ¿qué dias son los que no se pierden?...

El ómnibus se para delante de un palacio.

El conductor grita. *¡La Malmaison!*

Ahí vive la reina Cristina, madre de la reina de España.

Ahí murio Josefina, la esposa repudiada por Napoleon.

Con todo, nadie sube al ómnibus ni baja de él.

Continuamos, pues, nuestro camino.

Hénos ya en *Rueil*... Hemos llegado á tiempo... Los rugidos del tren resuenan á poca distancia...

Aquí lo tenemos...

Asaltemos un coche... Suena la señal...

Estamos en París.

Asi va el siglo.

VII.

DOS CONCIERTOS.—MUERTE Y ENTIERRO DE LA DUQUESA DE ALBA.

Mes y medio permanecí en *Paris*, esgrimiendo mil cartas de remendacion; ora visitando los monumentos, los Museos, las Academias y los Gabinetes científicos de la gran Capital; ora estudiando las costumbres, el estado social, la *manera de ser*, las preocupaciones y despreocupaciones de sus moradores; dejándome llevar siempre por el acaso; penetrando en todas partes hasta donde me lo permitan mis medios, y no desperdiciando ocasion ninguna, por trivial y [nimio que pareciese el caso á primera vista, de hacer uso de mi lente filosófico. Asi es que llevé la vida de corbata blanca y la vida sin corbata; bajé; subí; fuí á los bailes más encopetados y á los bailes de las *Barreras*, á los templos y á los cafés, á los restaurants de primer órden y los establecimientos de *Bouillon*, á los entierros y al *Casino* (rue Cadet), al teatro Francés y al teatro *Seraphin*; comí cada dia en un sitio distinto, y dormí cada noche en un barrio diferente; hablé con muchos pordioseros y con algunos príncipes,

con bailarinas y con hermanas de la Caridad; paseé por el bosque de Boloña y por el Jardin de Plantas; conocí al literato de reputacion europea y al bohemio sin reputacion; aproveché y exploté la locuacidad de todo el mundo, haciendo que me contasen su historia desde los cocheros que me llevaron en cabriolé hasta el centinela que volvió atrás con un *c' est defendu*, desde el que me vendió pomadas hasta el que me pidió limosna, desde la actriz hasta el mozo de café, desde el sabio hasta el obrero; y por la noche, ó en mis ratos de soledad, ó en mis escursiones al campo, me dediqué con afan á fundir tan diversos elementos, á convertirlos en sustancia moral y á darme cuenta del producto líquido que rendian mis múltiples observaciones, ó sea de la plata y de la escoria que resultan cuando se copela en un cerebro español cierta cantidad de vida de *Paris*.

Indudablemente, algun afan me impulsaba á esta febril investigacion, algo buscaba yo con tan vehemente anhelo en el corazon de la sociedad francesa. —¡Oh! yo buscaba la verdad en medio de tantas farsas y mentiras; yo buscaba el por qué de las cosas, el objeto, el fin, el ideal de la vida moderna; la fé, la creencia, el interés supremo de la actual civilizacion; su eje, su polo, su término adorado...—¿Y qué encontré?—Pronto lo sabreis.

Pero ántes, bueno será que respiremos un poco aire puro; bueno será que os arranque por un momento de la mefítica atmósfera de las costumbres parisienses y os conduzca á otra etérea region en que el espíritu tienda sin recelo sus invisibles alas...

Esta digresion os proporcionará además la dicha de conocer á uno de los hombres más notables de nuestro siglo.

Fué, pues, el caso que habiendo encontrado en París á mi ilustre y antiguo amigo Jorge Ronconi, á quien debo las más profundas emociones que haya producido nunca en mi alma la música dramática y á quien toda Europa admira como á uno de los genios más poderosos que han aparecido sobre la escena, recibí un sábado una carta suya en que me llamaba á comer, con espresa recomendacion de que fuese vestido de ceremonia.

Ronconi es uno de los hombres de mejor humor que andan por el mundo: creime, por lo tanto, objeto de una de tantas bromas como nos hemos dado en su célebre *cármen* de Granada; pero, por lo que pudiera ocurrir, echéme una corbata blanca en el bolsillo, y acudí á su casa á la hora de comer.

El esposo de *María di Rohan* me aguardaba sentado ya á la mesa, y vestido de etiqueta rigorosa, aunque no tenia más convidado que yo.

Era indndable que pensaba llevarme á alguna casa luego que comiéramos.

No una vez sola le rogué me díjera de qué se trataba; pero no me lo quiso declarar. Hablóme, sí, de que me esperaba una gran sorpresa; y de este modo trascurrió la comida, y salimos á la calle.

En la plaza de la Magdalena, donde él vivia, tomamos un carruaje de alquiler.

—Al ferro-carril del Oeste, dijo Ronconi.

Mi curiosidad subia de punto. ¿Ibamos á esperar á alguien? ¿Tenia aquello algo que ver con mis aventuras en casa de Mauricio?

Ronconi se reia.

A eso de las ocho llegamos á la estacion. Mi amigo tomó unos billetes en el despacho, sin que yo oyese para qué punto; díjome que lo siguiera, y entramos en un tren que se disponía á partir.

¿Qué significaba aquel viaje de frac y corbata blanca?—Yo pensé mil disparates. Pensé en la *Malmaison* pensé en Bougival y en el suicida; pensé no sé cuántas cosas...—¡Y mi amigo no me despenaba!

Asi corrió el tren como unos cinco kilómetros, en cosa de medio cuarto de hora.

Paróse luégo, y los empleados de una estacion gritaron: *¡Passy! ¡Passy! ¡tres minutos!*

Ronconi me indicó que habíamos llegado.

Echamos pié á tierra; partió el tren, y nos quedamos solos y á oscuras en mitad del campo.

Yo estaba en mis glorias.—Convendreis conmigo en que la aventura era singularísima.—Ronconi se orientó como pudo, y anduvimos un poco tiempo bajo los árboles por un piso de menuda arena.—Luego entramos en un jardin que lindaba con una recia muralla, que no era sino la muralla de París.— Allí habia ya algunos faroles de gas.

—Observarás que este jardin, me dijo Ronconi, tiene la figura de un piano de cola.

Era verdad.

Pasamos una verja de hierro, y entonces apareció ante nuestros ojos un gracioso *hótel* ó palacio de pequeñas dimensiones, cuya artística fachada se perfilaba á la luz de dos enormes candelabros que habia delante de la puerta.

Ronconi seguia implacable.—Yo presentia algo estraordinario. El grande artista no podia darle tanta importancia á un acontecimiento vulgar.

Entramos.

Al pasar la puerta empezaba el gran lujo de la casa. Indudablemente, la recepcion era en el piso bajo. Criados muy elegantes se apoderaron de nuestros abrigos, y otro abrió una puerta que habia á la derecha, al través de la cual se escuchaban risas y murmullos.

—Sígueme, dijo Ronconi.

La habitacion en que penetramos era pequeña y cuadrada; estaba estucada de blanco y oro; tenia *parquet* en vez de alfombra, y adornábanla sillones y cortinas de seda roja y negra. En frente de la puerta habia un gran piano vertical, cuyas luces estaban encendidas.

Hallábanse reunidas en aquel aposento hasta unas veinte personas de

muy distinguido porte y elegantemente vestidas. Entre ellas habia seis ó siete damas.

Cerca del piano se encontraba un viejo alto, grueso, fuerte; con gran peluca rubia y unas ligeras patillas blancas; sin un hueso en la boca; de grandes y nobles facciones, y ojos muy vivos y penetrantes. Vestia un *rendingot* castaño, de alto cuello; ancho corbatin de forma antigua, y holgado pantalon oscuro. Llevaba en el ojal el boton de la Legion de Honor. Tenia en la mano una caja de rapé, y su voz era destemplada, dominante y agresiva. Hablaba en italiano.

No bien divisó á Ronconi, dejó la conversacion que tenia con una dama, y vino hácia él con los brazos abiertos.

—¡Gran canalla! ¡Jorge mio! esclamó abrazándolo.

—¡Viejo lobo! ¡Joaquin mio! respondió Ronconi.

Y se besaron.

Yo habia reconocido ya á aquel viejo, cuyos retratos inundan todos los aparadores de París.

Era Rossini.

¡Era el autor del *Barbero de Sevilla*, de *Moisés*, de *Semíramis*, de *Guillermo Tell*, del *Stabat Mater*, de la *Cenerèntola*, de *Otelo*, de tantas obras inmortales! Era el que despertó en el alma de nuestros padres aquel amor de que nosotros somos hijos; el cantor de sus pasiones, el intérprete de sus sentimientos; el que, durante miles de noches, recibió adoracion entusiasta en teatros que brotaban á su voz como las ciudades de Grecia á la voz de Orfeo; era el sol de aquellos dias melancólicamente recordados por las decrépitas beatas de hoy, el héroe de innumerables campañas artísticas y galantes, el que compartió con Byron, Napoleon y Goethe los aplausos del siglo XIX, cuando el siglo XIX estaba en la adolescencia y acariciaba sus sueños de amor, de gloria y de poesía; era el Dios músico de la aurora del romanticismo, de aquel romanticismo cuyo lúgubre anochecer nos ha tocado presenciar á nosotros; el creador de los patéticos cantos que arrullaron nuestra cuna; el nombre mágico que aprendimos á venerar en nuestra niñez; el maestro de Donizetti y de Bellini, númenes de nuestros amores; era, finalmente, el que se ha sobrevivido á sí mismo; el que ha querido ser la posteridad de su propio genio, ¡el que hoy goza de su fama póstuma bajo el nombre del *Cisne de Pessaro*...; era Rossini, y esto lo dice todo!

Considerad, pues, cuáles serian mi sorpresa, mi turbacion y mi asombro al verme á dos pasos de él.

Entre tanto, Ronconi le habia dicho mi nombre, mi patria, y otras cosas que no oí.

El maestro me tendió su mano, que yo estreché con efusion.

Si con anticipacion se me hubiese anunciado que la mano de Rossini llegaria á tocar la mia, yo hubiera creido que mi primer movimiento habria sido besar la suya... Pero los hechos en realidad nunca son tan solemnes como los concibe la imaginacion. No se la besé, pues.



ROSSINI.

20

En cambio, tampoco le dirigí elogios ni cumplimientos. ¿Qué podia yo decirle que no le hubiesen repetido hasta la saciedad, durante cincuenta años, todos los sabios, todos los poetas, todos los artistas, todos los héroes, todos los reyes y emperadores de este siglo?—Rossini ha apurado, como pocos mortales, la dorada copa de la gloria.—El ha sido llevado en triunfo un millon de veces desde el teatro á su casa; él ha sido amado y requerido por las mujeres mas notables y hermosas de su tiempo (pues ha tenido tambien la hermosura de Antinóo); él ha sido adulado y mimado por los soberanos mas poderosos y adustos de la Europa contemporánea; él ha sido aclamado en las calles y paseos por las masas populares; la prensa de todo el universo se ha fatigado en su elogio, y se han escrito mas historias de su vida que de la vida de Napoleon I. Y él ha desdeñado todo esto; él se ha burlado de sí mismo y del entusiasmo que producia; él se ha complacido siempre en desencantar á sus admiradores y panegiristas; él se ha reido con la risa del Voltaire, con la de Anacreonte y con la de Polichinela; y riéndose de este modo, ha hecho temblar y gemir al mundo entero; ha amasado una respetable cantidad de millones de francos, y se ha divertido como pocos hombres en el mundo.

Se dice,—yo no lo creo ni lo concibo,—que Rossini no ha tenido nunca corazon, ni cariño al arte, ni fe en nada inmaterial, ni un amor serio, ni respetos de ninguna especie. Se dice que su única pasion ha sido la avaricia, su único ideal el oro, su único Dios el *franco*...—Repito que no lo creo.—No se debe juzgar á nadie por sus palabras, ni tampoco el carácter es la expresion de los sentimientos del espíritu.—¡Quién sabe la reconcentrada ternura, la oculta poesía, la honda tristeza que habrá habido siempre en el fondo del alma del autor de la *Donna del Lago*!—Decidme que es misántropo; que despreció á la humanidad desde niño; que la fortuna lo hizo cruel; que las glorias de la tierra le parecieron ridículas...—Todo eso es muy verosímil.—Pero yo no reconoceré nunca que pueda el genio, y un genio innovador y revolucionario como el suyo, dar á cada afecto su canto, á cada pasion su lloro, á cada dolor su gemido, voz á la naturaleza é himnos á Dios tan puros como la plegaria del *Moisés*, sin que su alma y su corazon encierren todo el fuego y todas las lágrimas que forman la esencia de su música y que esta misma música hace germinar en nuestros pechos.—Lo demás seria monstruoso.

Rossini era tratado en su tertulia como un verdadero rey de otros tiempos. El atacaba á todo el mundo con sus sangrientos sarcasmos, con su ácida burla, con sus mordaces epígramas, y nadie le devolvia ningun golpe: todos se daban por muy honrados con las familiaridades del gran maestro.

Sólo Ronconi era respetado, ó se permitia contestar con chistes á sus chistes.

Constituian la reunion: la esposa de Rossini, de la que os diré algo; dos al[illegible]s dignatarios del imperio; el alcalde de Passy; una vieja condesa, dueña de una casa de campo contigua, y varios cantantes y cantatrices de

primo cartello, entre los cuales yo conocia á unos por haberlos oido en el Teatro Real de Madrid, y á otros por las trompetas de la fama.

Todos aquellos ruiseñores de frac ó con abanico se hallaban de paso en la capital de Francia, de donde iban á partir ya muy pronto, cada uno con rumbo diferente, segun la escritura que habia firmado aquel verano. —Cuál iba á Berlin, cuál á San Petersburgo, cuál á América, cuál á Nápoles; este á Madrid, aquel á Lóndres; el uno á Viena, el otro á Copenhague.

Yo pensé un momento en el invierno que se acercaba; en el frio y en la oscuridad de nebulosas capitales cubiertas de nieve; en el alumbrado, en la música, en los caloríferos y en el amor que animarian en tanto aquellos teatros; en las elegantes muchedumbres que los poblarian; en los parasismos de silencio religioso que producirian aquellos cantantes en tal *aria* ó en tal *duo*; en la primavera que llegaria despues; en entierros y casamientos; en el sueño de la vida y de la muerte..., y no pude darme cuenta, ni me la doy en este instante, de la acerba poesia que encontró mi imaginacion en tan extensas consideraciones.—Habia en ella á un mismo tiempo afan de ubicuidad, curiosidad de viajero, compasion hácia el género humano, y aquella delirante codicia que le hacia desear á lord Byron que todas las mujeres del Norte y del Mediodía se compendiasen en una sola...

Por ser amigo de Ronconi y recien presentado en la tertulia, merecí yo tambien alguna circunspeccion de parte de Rossini. Contribuiria además á ello el mucho amor que el maestro profesa á España.—Todo el mundo sabe que su primera mujer, la famosa Isabel Colbrand, era española.

Rossini posee perfectamente nuestra lengua: su pronunciacion y su acento son los mismos que reparé más tarde en el Papa, cuando tuve la dicha de oir hablar en español á Su Santidad;—acento y pronunciacion en que parece percibirse un leve dejo valenciano.

Mi conversacion con el autor del *Barbero de Sevilla* versó casi toda acerca de España. Por cierto, que cada vez que me oia nombrar á Guadix ó á Granada, tarareaba un pasaje de su Otelo...

Hablóme de las catalanas, y me dijo que habia visto pocas mujeres que le gustaran tanto, y luego añadió:

—Yo estuve en Madrid ocho dias, hace treinta años. Usted no habria nacido, y la mayor parte de las personas que yo conocí ya se habrán muerto. Lo que no puedo olvidar es el jamon de la Alpujarra. ¿No está la Alpujarra cerca de su pueblo de usted?

—Todo es Sierra-Nevada, le respondí; y si usted quiere...

—Eso le corresponde á este, respondió acariciando á Ronconi. El me los envia con frecuencia.—Y ¿qué opinan ustedes por allí de los asuntos de Italia?

—Cada cual opina su cosa, como en todas partes, contesté yo bastante aturdido.

(Por entonces se hablaba mucho en los periódicos de que al rey de Nápoles se le habia ofrecido por nuestra Familia real un refugio en el palacio de San Telmo en Sevilla).

Rossini creyó sin duda ver en mi contestacion alguna falta de franqueza, y me castigó con esta frase:

—Yo he oido decir que han ajustado ustedes á Francisco II para que les cante el *Barbero de Sevilla*.

—Podrá ser muy bien, maestro, le contesté; pues en España gusta mucho esa ópera...

Esta galantería lo desarmó.

—¡Oh! ¡la bella España! exclamó con dulzura. Yo estuve allá en 1831, en compañía de mi grande amigo el banquero Aguado, y nunca podré agradecer bastante las atenciones de que fuí objeto. Fernando VII y María Cristina me obsequiaron mucho, mucho, y yo le dediqué á ésta una *romanza* titulada *La Passegiata*...

Aquí me hizo algunas preguntas y lanzó varios sarcasmos políticos que no debo consignar.

Luego continuó:

—Todavía anda entre mis papeles una real órden refrendada por el ministro Ballesteros en que se me concede el uso de uniforme de maestro del Conservatorio de María Cristina. ¡Bien me diverti allí una noche en que me dedicaron un concierto, todo compuesto de piezas de mis óperas! ¡Qué lindas mujeres habia entonces en España!—Ya estarán viejas como yo... Pero supongo que habrá otras nuevas.

(Rossini nació en 1792).

—Carnicer, mi pobre Carnicer, á quien yo queria mucho, y que era un grande artista, dirigia el concierto... La grandeza me dió bailes y comidas... Y Varela... el buen Varela... el comisario de Cruzada, me ofreció un banquete musical suntuosísimo, al que asistió medio Madrid. A aquel escelente hombre y á aquella magnífica fiesta se debió mi *Stabat Mater*, que, como sabrá usted, le dediqué á Varela, y se estrenó dos años más tarde en *San Felipe el Real de Madrid*... Despues estuve en Barcelona, en la hermosa Barcelona... donde los catalanes hicieron locuras conmigo...—Yo comprendo que este mal sugeto, añadió por último señalando á Ronconi, haya fijado sus cuarteles de invierno en España... ¡Aquella es una noble tierra!—Con que... anda, Jorge; preséntale tu moro á mi mujer y vamos á hacer un poco ruido en ese piano.

Mad. Rossini, la segunda esposa del gran maestro, data de 1847: antes se llamaba Mad. Pelissier.—La Colbrand murió en 1845.

Mad. Rossini habrá sido muy bella. Hoy es agradabilísima y sumamente elegante.

Táchasela de codiciosa, y se dice que obliga á Rossini á escribir todas las semanas alguna melodía, alguna *romanza*, algun coro, cualquier cosa, con tal que sea *música*, llevando en ello la intencion, no de acrecer el tesoro del arte, sino su tesoro particular.

Estas composiciones del ilustre maestro se tocan una sola vez en la tertulia, y luego desaparecen, sin que se vuelva á hablar de ellas.

Es que su mujer las agrega á un volúmen que forma silenciosamente, bajo el título de *Obras póstumas de Rossini*, comprendiendo que cuando muera el autor de *la Gazza ladra*, esa coleccion de los últimos cantos del cisne se venderán por un precio fabuloso...

En esto hay una visible crueldad, puesto que se priva al grande hombre de gozar en vida sus últimos triunfos, y se cuenta con su muerte como con un nuevo mérito y aumento de valor para sus obras inéditas; pero en medio de todo no habrá quien no perdone su pecado á Mad. Rossini, en consideracion á que, si no fuera tan codiciosa, no obligaria á trabajar á su anciano esposo, y el mundo se privaria de la preciosa coleccion que conocerá con el tiempo.

Afortunadamente para mí, aquella noche se estrenaba un *Lamento* que el inmortal artista habia escrito por la mañana.

Cuando lo ví sentado al piano para interpertar su nueva obra, esperimenté una emocion que adivinareis fácilmente.

Ver á Rossini delante del teclado, equivalia á ver á Mirabeau en la tribuna, á Napoleon á caballo, á lord Byron escribiendo una epopeya sobre el hundido muro de Corinto.

Era una cosa tan solemne como la historia; pero mucho más augusta por su palpable autenticidad.

El *Lamento* era una melodía sencillisíma, llena de sentimiento, y en que se advertia aún aquella gracia, aquella fluidez, aquella sublime facilidad de todas las inspiraciones de Rossini.

El insigne músico indicaba vagamente su idea hiriendo las teclas con sobria precision, como el pintor que fija su concepto con dos ó tres rasgos magistrales.

Por lo demás, su rostro no espresaba ya burla ni ironía.

—Mira cómo se le alarga la cara! me dijo Ronconi al oido.

Y en efecto, el semblante del compositor ostentaba una seriedad, una compuncion, una ternura estraordinarias.

¡Y con qué respeto, con qué veneracion se escuchaba aquella música! —¡Qué imponente silencio la recogia! ¡Qué aplauso tan amoroso la siguió!

Rossini se reia ya de sí mismo y de nuestro entusiasmo.

Despues cantó Ronconi una *romanza* bufa de Donizetti, titulada *El Trovador*.

Rossini mismo se la acompañó; y mientras todos reian al oir las sales cómicas del gran barítono, el autor del *Barbero*, que unia á veces su cascada voz á la de Ronconi, esclamó dos ó tres veces en los pasajes mas hermosos:

—¡Pobre Donizetti!

Cantóse, por último, el famoso terceto de *La italiana en Argel*, que hizo reir mucho á su mísmo autor; sirvióse el té; hablóse de política; dieron las once, y se disolvió la tertulia.

Media hora despues me despedia yo de Ronconi en la plaza de la Magdalena, dándole millones de gracias por la inolvidable noche que me habia proporcionado.

A la noche siguiente asistí á otro concierto que tampoco podré olvidar por mucho que viva.

Escuchadme con paciencia.

Venia yo del bosque de Boloña, al que todas lás tardes concurrian centenares de familias españolas de las más conocidas en la sociedad de Madrid.

El tiempo era hermoso: el otoño se acercaba; pero las aves seguian alegres y canoras; el cielo azul y puro; el aire perfumado y tibio, y las damas principales en carretela descubierta.

Cuantos españoles frecuentaban las largas calles de árboles tendidas á las orillas del Lago, buscaban todas las tardes, con el afan más tierno y el interés más respetuoso, un carruaje ocupado por dos señoras, que cruzaba como una exhalacion una ó dos veces entre las filas de coches y desaparecia por el Arco de la Estrella poco antes de la puesta del sol, para no volver hasta el dia siguiente.

Hasta los que no trataban á aquellas dos señoras, quitábanse el sombrero involuntariamente al verlas pasar, y las seguian luego con la vista durante mucho tiempo, revelando en su actitud la más honda melancolía...

Y era que una de aquellas dos damas, elegante sobre toda ponderacion, y bella como una fantasía de artista, iba reclinada en la carretela, inmóvil, pálida, moribunda, con los ojos y los labios entreabiertos, còmo si le sobrase luz y le faltase aire para vivir. Era que todos sabíamos que aquella mujer huiria del mundo en un breve plazo; que sus horas estaban contadas; que ni su juventud ni sus encantos, ni su grande alma, ni la esplendente vida de la eterna naturaleza que nos rodeaba, serian bastantes á arrebatar á la muerte aquella soberana hermosura... Era que todos recordábamos haberla visto reinar en los salones de Madrid, brillar en los teatros, lucir en los paseos; adorada siempre hasta el fanatismo; imitada, envidiada, obedecida; irresistible dictadora donde quiera que apareció, donde quiera que alcanzaron sus miradas...

Indudablemente ya la habeis conocido.—Era la duquesa de Alba, la hermana de la emperatriz Eugenia.

La otra señora era su madre, su pobre madre; la ilustre Condesa del Montijo.

La tarde que digo era ya la octava en que la infortunada duquesa no habia sido vista en el Bosque de Boloña.

Al pasar yo por los Campos Elíseos, de vuelta de paseo, me detuve como todos los dias delante de su palacio, á fin de saber de ella.

Pero los melodiosos acordes del *Concierto Musard*, que se hallaba es-

tablecido al aire libre, á pocos pasos de la morada de la enferma, me distrajeron un instante de mi propósito.

La orquesta tocaba un *potpourri* de los más apasionados y tiernos *aires* de Donizetti.

Yo me detuve allí como magnetizado por aquellos cantos tan conocidos y siempre tan amados, que me recordaban muchas temporadas de Teatro Real, muchas noches de ilusion desvanecida, y todos los afectos y todas las personas que se relacionaban con aquellos tiempos y con aquella música....

Y pensaba tambien en que la jóven duquesa estaria escuchando desde su lecho de agonía aquellos mismos ecos de sus pasadas agitaciones, aquellos suaves cánticos que compendiaban la existencia que iba á perder, aquellas voces de amor que le recordarian su largo reinado sobre las almas de cuantos la conocieron y á quienes ya no volveria á enagenar su hermosura... ¡Oh! ¡Qué melancólicamente resonarian en su corazon aquellas armonías, más duraderas que la vida mortal, y que parecian anunciarle que «despues que ella desapareciese, todo seguiria en la tierra tal como lo habia conocido, y que aquellas patéticas melodías, en que ella escuchaba el adios del mundo.... presidirian otros amores, otras fiestas, otros encantos!»...

—¡Feliz ella (murmuré para mí mismo, si estas voces fugaces le hacen pensar en la vanidad de las cosas humanas, ponen en su espíritu una mística abnegacion de toda felicidad terrena, y lo levantan á la aspiracion de más grandes y perdurables alegrías! ¡Feliz ella, si considera estos cantos como el ruido de una tempestad que se aleja, y presta oido atento á los himnos de la Inmortalidad, cuyas doradas puertas verá dibujarse entre desgarradas nubes en el lejano oriente de otra vida!...

Pensando de esta manera, me aparté del concierto, y penetré en el *Hôtel de Alba.*

Hacia dos minutos que la duquesa habia expirado.

Su muerte habia sido envidiable por la resignacion cristiana con que aquella mujer sublime la vió llegar..., y todavía, todavía en aquel momento, escuchaba yo desde lo interior del palacio los postreros acordes de aquel aria final de *Luchia* que empezaron á tocar cuando el alma de la duquesa se hallaba aun en este mundo!...

. . . .

Dos dias despues se verificó el entierro.

La emperatriz se hallaba en la Argelia con el emperador hacia dos semanas.

El entierro de su hermana no fue, pues, otra cosa que el homenaje que las casas de Alba y de Montijo y todos los españoles que se encontraban á la sazon en París rindieron á la idolatrada prenda que habian perdido.

Y en verdad que era solemne aquel largo cortejo *extranjero* que atravesaba los Campos Elíseos con direccion al templo de la Magdalena, por

entre dos filas de parisienses poseidos de una fria curiosidad, y que no veian en la extraordinaria mujer que dejaba en triste duelo á la sociedad española sino á la hermana de la mujer de Napoleon III.

Esta fúnebre ceremonia y el concierto de Rossini fueron las dos únicas escenas que presencié en París con afectuosa emocion y simpático sentimiento.—Todo lo demás que me salió al paso, por desconsolador y horrible que fuese, solo me produjo indignacion, desden ó miedo.—Y es que en París llega á tanto la presuntuosa soberbia del hombre, que sus mayores males no os causan compasion, sino que veis en ellos un castigo merecido, como las *plagas* que nos refiere la Escritura.

VIII.

LA RIGOLBOCHE, GARIBALDI Y OTROS NÚMENES.—EL ÁRBOL TRASPLANTADO.—EL HUMANISMO.

Llevaba ya cuarenta y tantos dias de permanencia en París, y, como habreis notado, sus maravillas y placeres iban depositando en el fondo de mi alma una hez de disgusto y amargura, cuyo orígen adivinaba algunas veces y otras se me ocultaba.

Yo no podia desconocer que París era el pueblo mas divertido del mundo; que en él no se carecia de nada... cuando se tenia dinero; que el gobierno era un verdadero padre de los ciudadanos que aspiraban á ser ricos, y que estos vivian tan libremente bajo la ley del llamado *déspota* que habitaba en las Tullerías (con tal que no contradijesen el menor de sus antojos) como las tribus sin casa, ley, Dios, ni vergüenza que vagan por los desiertos...

Yo habia visto el mayor órden y la más admirable policía en todas partes; la prevision y la exactitud resplandeciendo en todas las cosas; el rigor legal y la igualdad filosófica nivelando *en teoría* á todos los indivíduos, y la paz, la limpieza, la abundancia, el placer y el negocio resultando armónicamente de una sabia combinacion de treinta y tantos millones de egoismos.

Habia admirado además los establecimientos de beneficencia civiles y militares, oficiales y privados...

En el *Hôtel de los inválidos*, por ejemplo, habia visto convertidos en unos berdaderos prevendados á los que se inutilizaron en defensa y gloria de la patria..., y casi divinizados á los pocos y decrépitos veteranos que aun quedan del primer imperio...,—advirtiéndose en lo uno y en lo otro más el orgullo nacional que la caridad cristiana.

En los Hospitales me habia sorprendido el lujo, el bienestar y el cuidado que rodea á los míseros enfermos..., los cuales creian encontrarse allí por derecho propio, y pedian misericordia en el mismo tono que se invoca el cumplimiento de un artículo de la Constitucion.

En los Museos habia tenido ocasion de elogiar el respeto y el aprecio que dispensa la Francia á los timbres de su historia, á sus grandes capitanes, á sus artistas, á sus escritores, á todo lo suyo...

En Versalles ví salones inmensos llenos de grandes lienzos y hermosas estátuas que representaban los hechos de armas de las recientes guerras de la Argelia, de Crimea y de Italia, y á los héroes que los llevaron á cabo...

En otros lados ví la epopeya de Napoleon I, referida en grandes obras de arte..., robadas á toda Europa, á Egipto y á la Siria.

Debajo del monumental mercado que acaba de construirse, habia contemplado con asombro el depósito de agua del mar en que se mantienen vivos los pescados que ha de devorar París, y los ferro-carriles subterráneos que lo abastecen de carnes, legumbres y otros comestibles...—¡La antigua Roma se quedaba en mantillas!

En las imprentas de primer órden habia visto nacer los libros y los periódicos en tal multitud y con tanta celeridad como si los produjese un milagroso *fiat*...—¡Y qué libros, y qué periódicos!

Cinco minutos despues de un espantoso aguacero habia encontrado á París tan limpio, tan bello, tan brillante como una casa recien arreglada para recibir á dos novios..., quiero decir, á dos amancebados...

En las fábricas me habia sorprendido la simplificacion del trabajo, la enormidad de la produccion, la baratura de los artículos y la ferocidad anti-social de los operarios.

En los *restaurants* habia visto por mañana y tarde á más de la mitad de la poblacion de París, comiendo á una misma hora, por un precio ínfimo ó por un precio fabuloso, y en menos tiempo del que se emplea en España para servir un sorbete en un café.—Diríase que en las casas particulares se habian suprimido las cocinas, el hogar, la lumbre, el fuego sagrado de la familia...

En el *Hôtel del Louvre* habia comido regiamente en una mesa redonda de cuatrocientos cubiertos, donde se veian magnates de todas las naciones del globo...

En los *Establecimientos de Bouillon* habia reverenciado aquella gran caldera llena de sopa, en torno de la cual se agitan al anochecer millares de parroquianos que comen, como quien dice, mecánicamente y al pie de fábrica...

En los teatros habia asistido á comedias, dramas, óperas cómicas, *vaudevilles*, bailes, ejercicios gimnásticos, juegos malabares, hechicerías, esposiciones geológicas y astronómicas, prestidigitacion, simulacros, fuegos artificiales, habilidades de fieras, danzas ecuestres y cuantos espectáculos puede escogitar la imaginacion...

¡Y en todos ellos, áun en los más sérios, advertí que la representacion habia de ser abundante dentro de un tiempo limitado, y que es de rigor que se baile en ella, y que este baile sea el *Cancán*!...

¡El *Cancán*... que es indescriptible; que es la alegría bestial conver-

tida en arte; que es la más grotesca y torpe bacanal llevada á la escena ó paseada por los sitios públicos; que es, sin embargo, el *non plus ultra* del entusiasmo del pueblo parisien!...

Dicho se está, por consiguiente, que ya habia visto tambien á la *Rigolboche*, á la gran reputacion de la época, á la bailarina fea y desvergonzada que guia un cochecillo por el *Bosque de Boloña* entre los aplausos de la multitud, y que á la noche hace su estraordinaria pirueta en el *Chateau Rouge*, en el *Casino-Cadet* ó en el *Jardin Mabille*...

¡Ah! ¡*la Rigolboche!*—Sus retratos inundan á París: sus memorias han sido publicadas; sus dichos, sus modas, sus aventuras son la conversacion constante de la juventud divertida de la capital de Francia!—Los periódicos, algunos libros graves, muchas comedias, todos los *vaudevilles* y mil y mil canciones citan por su nombre á esta mujer fenomenal!—Su sonrisa, sus favores han arruinado ya á muchos capitalistas y á muchos jóvenes del arrabal Saint-Germain.—*Rigolboche* ha llegado á ser un adjetivo. Algunos dicen: «Tal ó cual cosa es muy *rigolboche*...» «¡Qué chiste tan *rigolboche*!»

Ahora bien: ¿sabeis cuál es el mérito, cuáles son los títulos, cuál es el fundamento de la reputacion de esa mozuela, que no es bella, que no tiene talento, que no ama la virtud y que ni tan siquiera sabe bailar?—Pues todo consiste en que la *Rigolboche*, en el *solo* del *Cancan*, levanta la pierna á una altura prodigiosa, hasta el punto de derribar el sombrero á sus admiradores!... Y en que bebe, y en que fuma, y en que no es hermosa, ni noble, ni honrada, ni discreta...! Esto es; en que constituye por sí misma la negacion de todas las convenciones, la abolicion de toda autoridad, el desconocimiento de toda ley, la subversion contra las reglas estéticas, morales y religiosas que sirven de eje al mecanismo de la sociedad...

Tal es la *Rigolboche*; tal es la figura mas popular que encontré en París... despues de la figura política de Garibaldi.

Porque tambien Garibaldi era venerado por la opinion parisiense.—La Rigolboche reinaba sobre los cuerpos; Garibaldi sobre las almas.—La Rigolboche era el ideal artístico, el ideal poético, la suprema espresion de la belleza. Garibaldi era el ideal moral, el redentor político, el ejecutor de la justicia en las abominaciones de la historia.

Pero sigamos refiriendo las grandes cosas que habia observado en París cuando no acertaba á esplicarme el sentimiento de amargura y de disgusto que me inspiraban los prodigios de la metrópoli del universo...

Todavía recuerdo las siguientes:

La noche de la apertura del *Teatro de los Italianos* habia pasado revista á aquella brillante y terrible alta sociedad parisiense que da la moda al mundo, y cuyas encantadoras mujeres nos ha retratado Balzac con rasgos tan seductores y tan sombríos, que el mero vislumbre de su existencia deja en nuestras almas un rastro de fuego que no se estingue nunca...—Aquellas mujeres aplaudian á la Alboni en la *Sonnámbula*... ¿Por

qué? ¿En nombre de qué idealismo, de qué principio ético, de qué satisfaccion de la conciencia, de qué fé religiosa, de qué afecto del alma?—No lo pude discernir...—Tal vez el lujo, la lascivia, la soberbia, la vanidad, el sibaritismo, tienen tambien su nostalgia... (nostalgia de los sentimientos del espíritu puro...) y por eso las parisienses aplauden á la Alboni en el papel de *Amina.*—¡O puede que solo aplaudan la materialidad de los gorgoritos!

Un domingo habia recorrido el Sena en un bote, desde París á Bougival, y habia encontrado el rio poblado de nadadores desnudos, que escitaban la admiracion de mujeres honestas y hasta de garantizadas vírgenes, por la belleza de sus formas, por su armoniosa y robusta complexion, por su magestad anatómica y artística,—todo ello considerado desde el punto de vista escultural y sin intervencion alguna del pudor, ni más ni menos que hubiera acontecido en Grecia hace dos mil años...—Baste decir que habia oido elogiar á unas señoritas el nacimiento de la barba de un hombre, la musculatura de su brazo, la colocacion de su cabeza, la traza de su pierna y el modelado de su espalda.

Habia reparado en que la regla estética á que se sujetaban los filarmónicos para estimar la música, no era ya la intuicion convencional de las almas, sino la armonía imitativa, la onomatopeya, la efectividad de los sonidos... considerados como ruidos...

En la novela habia encontrado una servil imitacion de la realidad, la fotografía del vulgo, la prosa de la vida elevada á la categoría del romance...—El modelo se titulaba *Kanny...*

En el arte dramático, áun en el más burlon y descreido, habia notado una marcada tendencia á resucitar la mitología, una gran familiaridad con todo lo pagano, una singular complacencia en interesar al público de hoy con las fábulas del gentilismo, abriendo asi en la historia de las costumbres un paréntesis de veinte centurias; paréntesis que comprendia toda la Era vulgar...

En las platerías, en las tiendas de bronces, en los almacenes de muebles, habia echado de ver que ya no se rendia culto á la forma gótica, ni á la oriental, ni á la bizantina; sino que todas las creaciones del gusto, lo mismo las joyas que las lámparas, lo mismo los vasos y ánforas que los objetos de tocador ó de escritorio, y todos los útiles de la vida en que la moda imprime el sello del arte, eran una copia perfecta de la antigüedad romana, una reaparicion de todo lo encontrado en Pompeya y coleccionado en el Museo Borbónico de Nápoles...

Por ningun lado, ni en los espectáculos, ni en los folletines, ni en las aficiones populares, ni en la pintura, ni en la escultura, encontré rastro alguno del romanticismo, recuerdos de la edad media, poesía cristiana, para decirlo de una vez.—El romanticismo fue el último resplandor de una luz que se apagaba. Las evocaciones caballerescas de 1830 á 1848 pueden considerarse como delirios de una civilizacion que perecia, como el cre-

púsculo melancólico de un dia pasado, *ægri somnia*...—Sueños de un mundo enfermo...

Estudiando la política del gobierno, advertí la ausencia de todo principio, de toda doctrina, de todo credo, de todo dogma. El secreto de Napoleon es el *empirismo*, esto es, el *experimento*, el éxito; el eclecticismo en teoría y la posibilidad en la práctica.

Hé aquí un resúmen de su sistema.—Ni bien ni mal abstractos: un criterio de verdad acomodaticio, supeditado á las circunstancias.—Todo aquello que es útil y cómodo es bueno: todo lo que molesta es malo.—El hombre tiene derecho á todo, pero el gobierno tiene las armas.—Cuando el derecho crea un conflicto, se le mutila... Y el comercio y la industria aplauden.—El emperador debe su poder al sufragio universal: el pueblo que lo ungió soberano puede destituirlo: pero el pueblo no escribirá ni hablará ni se reunirá para tratar del asunto.—Se persiste escribir libros enteros contra Dios; pero ni una sola línea contra el César...—Cuando se puede, se regala la libertad á manos llenas, y se convoca la representacion nacional, y se dan garantías constitucionales...; pero si esto llega á no convenir, se deshace en una hora.—Existe el derecho de gentes; pero si á la Francia le acomoda, puede violarse en Roma y Nápoles.—Se proclama la no intervencion en Italia; pero Francia aumenta la guarnicion de Roma.—Si los obispos y las damas legitimistas no lo estorbaran, Francia retiraria la guarnicion de Roma; pero como las damas legitimistas, los obispos y hasta los Orleanes acechan este momento para derribarnos del trono, Francia es muy católica, es la nacion cristianísima, es la hija mayor de la Iglesia, y debe amparar á su Santo Padre.—La libertad es una gran cosa, y debemos desear y aconsejar y exigir que los estranjeros sean libres; pero nosotros en casa tenemos que ser déspotas...—Tal es nuestra política utilitaria, materialista, esperimental, atea...

Ni acababan aquí mis observaciones y meditaciones de aquellos cuarenta y cinco dias.

Durante ellos, habia quedado estupefacto al enterarme de las grandes obras ejecutadas en París últimamente y del plan de demoliciones y construcciones que estaba ya aprobado.—Segun él, los trescientos mil obreros que se creen como derecho á trabajar, ó sea los pobres de París (sublevados hace tiempo contra la sociedad en nombre de su derecho á comer, consignado en los títulos que la naturaleza les diera al criarlos con dientes y con estómago), podrán tener paciencia algunos años más...

Habia visto, en fin, y analizado detenidamente, otras muchas maravillas de la moderna Babilonia; y, como ya os he dicho dos veces, lejos de levantar mi ánimo y apaciguar mi corazon aquel espectáculo sorprendente que da tan alta idea del *poder humano*, sentia que una honda tristeza se apoderaba de mi sér, y pedia á Dios con todas las fuerzas de mi amor patrio que retrasase para España la hora de su completa *civilizacion*, si el poder y la civilizacion han de producir siempre resultados por el estilo de los que estaba contemplando en Francia.

Y, sin embargo, todavía pasé algun tiempo sin darme cuenta de mis propios pensamientos, sin esplicármelos, sin atreverme á reconocer su justicia.

¿Cómo tú,—me decia yo con espanto;—cómo tú, que eres hijo de este siglo; que lo has admirado y elogiado tantas veces; que te precias de liberal; que repruebas aquellos tiempos bárbaros y criminales que precedieron á la revolucion francesa; que amas al pueblo; que vives de la cultura y por la cultura; que eres libre pensador; que sabes cuánto mejora al hombre la conciencia de sus actos; que has lamentado el atraso en que se encuentra tu país, y que desearias verlo á la cabeza de Europa; cómo reniegas tú de la civilizacion, cómo te disgusta la prosperidad de la Francia, cómo te entristece la libertad y el bienestar del hombre; cómo te asustas; cómo te paras; cómo retrocedes?—Díme, desventurado, ¿te has hecho *neocatólico*?

Sumido andaba en estas reflexiones, sin atinar con la justificacion de mis sentimientos ni dar con una fórmula que pudiese resumir mis ideas, cuando hé aquí que un dia la cosa mas insignificante en apariencia me reveló todo el misterio de mis encontradas sensaciones.

Era la caida de la tarde. Venia yo de *San Dionisio* de ver las sepulturas de los reyes de Francia, cuando cerca ya de París, me encontré con unos obreros que acompañaban un enorme carro tirado por cuatro bueyes, dentro del cual iba un corpulento árbol entero, con ramas, hojas, raices y hasta la tierra en que se habia criado.—Lo habian arrancado de un bosque, y lo llevaban al Jardin de las Tullerías para que diera sombra á un banco de piedra que estaba demasiado espuesto al sol.

Este hecho tan sencillo sintetizó repentinamente mis cavilaciones filosóficas.

—Hé aquí (me dije) la soberbia humana. El hombre atenta á la obra de los siglos, á las leyes de la naturaleza, á la voluntad de Dios. El hombre tuerce el cauce de los rios, horada con túneles las montañas y cambia las relaciones de los pueblos. El hombre construye un mundo artificial, valiéndose de las fuerzas productoras del planeta como de una máquina de vapor.—Ese árbol ha nacido y vivido cincuenta años en *Saint-Denis*, y hoy el hombre le obliga á cambiar de sitio, improvisando de esta manera la sombra y la vegetacion donde primero se le antoja. Hé aquí como todo pierde su legitimitidad natural, su autenticidad sagrada, su genealogía divina. Hé aquí como todo se humaniza, se prostituye y se desordena. Andando el tiempo de este modo, ¿en dónde se podrá encontrar una verdad? ¿qué inspirará respeto? ¿qué no será farsa? ¿qué no será rebelion de los mortales contra Dios?

Cuando en adelante penetre yo en un bosque, en busca de soledad y de misterio, ya no me infundirán veneracion los amores de la naturaleza, el afan con que el árbol se agarra á la madre tierra, la piedad con que la cubre de sombra y de frescura, el apoyo y compañía que da á las flores y

á las yerbas silvestres, ni el acuerdo y la reciprocidad de beneficios con que viven en sociedad aves y hojas, reptiles y musgos, perfumes y rocíos, auras y rumores...—¡No! (me diré): todo esto es mentira: todo es invencion humana! Vosotros, elementos de la vida, no os conoceis ni os amais; y acaso tú, frondoso árbol que me albergas, eres en este bosque un desterrado como yo, un estranjero solitario, un alma en pena perdida en el desierto...

El árbol trasplantado (proseguí diciéndome) es la industria, enmendando la plana la naturaleza; es la razon humana, reemplazando al *quid divinum*: es la falsificacion, la *contre-facon* de los afectos.—El árbol trasplantado es algo semejante á la corona de flores que se compra hecha en un almacen, y en la cual ha escrito el fabricante: *A mi querido padre...*, *A mi adorado esposo... Al hijo de mi vida... A la madre de mi corazon...* corona, y lamento, y amor, y lágrimas, todo producto del cálculo, pagado con vil dinero, que llevan algunos á la sepultura de sus prendas perdidas...—El árbol trasplantado es la *Agencia de matrimonios*, mediante la cual, y con auxilio de un prospecto, se improvisan el conocimiento, el amor, las conveniencias de los cónyuges.—El árbol trasplantado es la fama, es la opinion, es la popularidad que dispensan los periódicos, á un tanto la línea: es la legalizacion del vicio en la Ley sobre la prostitucion, que exige tributos á las sacerdotisas de Venus, les da derechos, les impone obligaciones, las acepta, las reconoce, las sanciona civilmente: es el sufragio universal erigido en ley eterna, en revelacion divina, en fundamento de verdad, orígen de todo derecho, de toda gerarquía, de todo poder: es la poblacion sin hogar, la familia que come en la calle, la negacion de la mesa pascual de nuestros mayores, la irreligion local por decirlo así, el ateïsmo de las costumbres.—El árbol trasplantado es la profanacion de la historia; es la tradicion que pierde su prestigio, es el tiempo despojado de su autoridad; es la humanidad que se desarraiga del seno de Dios...

El árbol trasplantado (exclamé por último) es el hombre, trasplantado de los cielos á la tierra.

Y al pensar así, todos los abismos de nuestra época se esclarecieron ante mi vista.

¡Oh! ¡sí!... Mirad...—Desde que los filósofos del siglo pasado predicaron en Francia el libre exámen; desde que la razon del hombre fue aclamada como único criterio de verdad; desde que la fiebre del pensamiento, empeñada en discernir la esencia de todas las cosas, secó en el alma del pueblo francés las fuentes del sentimiento (y con ellas, la fe en lo sobrenatural), perdió su santa eficacia aquella sublime doctrina, base del cristianismo, que hace amable la pobreza, grato el dolor, dulce la injusticia y despreciables y de poco momento las felicidades terrenas en comparacion con las bienaventuranzas de la otra vida. Es decir, que cundieron entre las clases pobres de Francia la duda y hasta el decrei-

miento acerca del porvenir del alma: que nadie se resignó ya á sufrir en este mundo, desconfiando de su recompensa en el otro: que la humanidad empezó á considerarse á sí misma como una raza de fieras esparcida por el globo, sin otro destino ni más cuidado que la satisfaccion de sus necesidades corpóreas y de sus caprichos mundanos; y que en consecuencia de esto, todos aspiraron á gozar cuanto les fuera posible dentro del plazo de su sentencia finita, y naturalmente, empezaron á reclamar de los poderes, de los gobiernos, de la misma sociedad, su cubierto en el banquete de la vida, primero con el nombre de derechos políticos (1789), y despues con el nombre de derechos sociales (1848.)

Los gobiernos transiguieron con las masas cuando hicieron la primera reclamacion, y les dijeron:—Firmemos un pacto *constitucional*. Vosotras sereis parte del gobierno, y administrareis la cosa pública. Os creeis con un derecho contra la sociedad..... Venid á ejercerlo. Vosotras legislareis.

Esta fue la época parlamentaria de Francia, y de aquí nació todo el poderío de la clase media.

Pero la clase media se hizo rica y poderosa y desatendió los intereses que habia venido á proteger en el gobierno. Quizás los desatendió porque, estudiando por sí misma la cuestion social, la encontró irresoluble. Ello es que se llamó *conservadora* y se puso, hasta donde convino á sus intereses del momento, del lado del antiguo principio de autoridad y en contra de las masas, esto es, en contra de sus comitentes.

Mientras tanto, el descreimiento era cada vez mayor en las muchedumbres, y el espectáculo de la clase media enriquecida y atea aumentaba en ellas la sed de goces materiales. Ya no habia para qué pedir derechos políticos. Los derechos políticos habian sido en su mano un cetro de caña. La única manera posible de ejercerlos era por medio de apoderados, y los apoderados (los diputados) se pasaban en seguída y engrosaban las filas de los deudores.

—Pidamos las cosas con sus verdaderos nombres y apellidos, se dijeron entonces; y pidámoslas por nosotros mismos.

Y apareció la moderna democracia. El pueblo derribó de nuevo la autoridad tradicional y con ella el gobierno representativo. Erigióse en poder, y en seguida que fue gobierno, planteó con franqueza la cuestion que le habia llevado á aquel estremo: planteó la cuestion social: pidió pan..... por derecho propio!

Pero la demanda era horrible y no podia satisfacerse: reuniéronse, pues, todos los elementos de reaccion, los históricos, los religiosos, los de gloria patria (la clase media, que tenia ya mucho que perder; el ejército, cuyo jornal está siempre asegurado, y el clero, que veia aniquilarse la sociedad cristiana), y batieron al pueblo, y lo vencieron, y constituyóse otra vez, sobre lo anarquía filosófica, social y política, el imperio discrecional de la fuerza.

Napoleon III no ha transigido la cuestion, ni la ha discutido siquiera,

en los años que lleva de gobierno. Ya hemos dicho que para este hombre el *derecho* es una palabra hueca de sentido.—Se me dirá que el problema no tiene solucion...—¡Quién sabe!...—Pero, cuando menos, habia un medio de atajar el mal y hasta adormecerlo; cual era fortificar los intereses morales; espiritualizar, por decirlo asi, las costumbres; levantar las almas á aspiraciones más nobles que el vil dinero; despertar en los corazones metalizados los dormidos gérmenes de la fe en Dios; aumentar la vida del alma; retrotraer, en fin, las clases menesterosas á su antiguo venturoso estado de paciencia y esperanza, de resignacion y respetos.....

Napoleon III ha hecho todo lo contrario. Mientras negaba al pueblo sus derechos *políticos* (que siquiera son una cosa digna por lo inmaterial) ha reconocido en él los derechos *animales*, y perdonadme la espresion, aunque os parezca dura.—Napoleon está dando de comer al pueblo hace diez años, como se da de comer á las bestias. El obrero no busca trabajo: se lo da el emperador. El pan no sube para el obrero: cuando sube, los ricos pagan el esceso de precio y el obrero sigue comiéndolo barato. Asi trabaja un buey y asi se le da el pienso. Este remedio empírico no hace sino aumentar el materialismo grosero de una raza embrutecida. Napoleon ha convenido con la vil filosofía de la plebe en que lo esencial de esta vida se reduce á comer bien.

Pero achico la cuestion. El empirismo de que hablo extiende mucho mas lejos su influencia,—y aquí vuelvo á recordar el árbol trasplantado y todas las cosas que su vista me trajo á la imaginacion.

Desde el momento que el pueblo francés desconoció las relaciones del cielo con la tierra; desde que negó lo que el conde José le Maistre llamaba *gobierno temporal de la Providencia;* desde que declaró al hombre mayor de edad, creando una nueva autoridad y un nuevo derecho y desterrando de la historia lo sobrenatural, ó sea lo divino; desde que proclamó, en fin, al *Número* como supremo Legislador, y á la *Razon* como único Lugar Teológico, la sociedad francesa quedó huérfana, ó cuando menos, fuera de la patria potestad; esto es, fuera de la potestad de Dios; empezó á regirse á sí propia; no esperó nada de una accion *extraña*, y comprendió, por último que tenia que servirse á sí misma de *Providencia.*

Reinó, pues, en París el *humannismo.*—La altiva ciencia política se desvivió desde entonces por prevenirlo, por reglamentarlo, por remediarlo todo. Los filántropos declararon que la *caridad* era un casuismo injusto, y la sustituyeron con la teoría socialista ó con la comunista. Ya no se consoló á los pobres ni á los desgraciados con palabras de amor ni con esperanzas de recompensas celestes, sino que se pensó en estirpar la desventura y acabar con la gran iniquidad llamada pobreza...; con aquella mansa pobreza de la cual habia dicho un poeta español de los siglos de hierro:

¡Oh vida segura! ¡la mansa pobreza!
¡dádiva santa desagradecida!

Y quién pretendió volvernos al estado puramente animal; quién hacer una familia de todos los hombres, con un *Padre* á la cabeza; quién abolir lá propiedad particular; quién hacernos á todos ricos propietarios.—¡Entre tanto la filosofía importada de Alemania se afanaba por explicar los misterios de la creacion y por razonarlo y analizarlo todo; la vida, la muerte, la eternidad, lo conocido, lo desconocido, el alma, el universo, Dios!—Y uno dijo que cada hombre era un Dios, y otro que Dios no era sino la humanidad, y otros que todo era Dios y Dios era todo, y algunos que Dios no era nadie.....

¡Ah! ¡el *humanismo*!...—El humanismo quitó á los pobres su caudal de miedos y respetos.—La sublevacion de los desgraciados ha sido la consecuencia!

Los poderes se crean hoy humanamente. El sufragio universal improvisa un rey. La ley es obra del que ha de obedecerla. En adelante el crímen puede llamarse voto particular, filosofía propia, insurrrccion del individuo, protesta de su autonomía.—Y en último resultado, la ley residirá en la fuerza.

Por lo demás, el *hombre* ha dotado á Francia muy grandes cosas desde que representa el papel de *Dios*.—El la ha llenado de hospicios, de hospitales y de otros establecimientos de beneficencia; él ha fundado sociedades de seguros contra incendios y contra la quinta; él ha creado las cajas de ahorros; él instituirá con el tiempo alguna cosa que asegure á sus semejantes contra la melancolía, contra los disgustos domésticos y contra el dolor de muelas; él ha propuesto los premios á la virtud!!!... él ha planteado asociaciones de socorros mútuos; él vela por la salubridad pública del modo que sabeis; él recoge á las arrepentidas; él fomenta la cria de las ostras; él perfecciona la estadística universal, y sabe (como Dios lo sabia antiguamente), cuántos séres hay sobre la tierra, cuántos de ellos són criminales, cuántos se han casado jóvenes, cuántos enviudaron, y hasta quizás cuántos están tristes, cuántos creen en la amistad, ó cuántos son aficionados á la música.....

¡Oh!... sí: desde que cada *hombre* tomó en Francia la administracion de sus intereses; desde que dejaron de esperar cosa alguna de la Gracia de Dios; desde que cada cual vive por su cuenta, la Nacion y los ciudadanos son tan felices que da gloria pensar en ello.—¿Qué? ¿Lo ignorábais? ¿No habeis reparado en el sello de paz y de alegría que resplandece en la frente de la juventud de París? ¿No llevais tambien la estadística de los suicidas? ¿No sabeis leer en los corazones? ¿No os edifica ver en ellos tanta fe, tanta esperanza, tanta ilusion, tanta poesía, tanto desinterés, tanto heroismo.?

¡Ah! ¡Desventurados! ¡Desventurados de vosotros si no se os alcanza la razon de mi amarga ironía!—Con vosotros hablo, demócratas de

España y de otras naciones, que ardeis en deseos de ver á vuestros compatriotas tan *civilizados* como los franceses.—¡Desventurados de vosotros si no vivís la vida del espíritu, y creeis que todo está hecho en una nacion desde el momento que se aumentan los goces y las comodidades corporales! ¡Desventurados de vosotros si no teneis alma para sentir el frio de muerte que reina en Francia, y muy más desventurados aquellos franceses que la tengan!

Pero ¿cómo no habeis de tenerla todos? ¿Cómo es posible que el hombre viva solo de bienes materiales? ¿Cómo ha de ser que limite su esperanza al breve espacio de su existencia terrena? ¿Cómo no han de preocuparle los grandes misterios del nacimiento y de la muerte? ¿Cómo no han de holgar en él, aunque nade en los placeres y en las riquezas, una inmensa capacidad de mejores goces, un infinito deseo de ciencia, una inestinguible sed de justicia, y una aspiracion sin límites á perdurables hermosuras?

—¡Y bien! me replicareis. ¿Qué quieres tú? ¿Qué nos das? ¿Qué nos exiges? ¿Cuál es tu creencia? ¿Cuál es tu filosofía? ¿Qué nos aconsejas? ¿Hemos de renegar de la civilizacion? ¿Hemos de abominar de las fuerzas creadoras del entendimiento humano? ¿Hemos de anular nuestra razon? ¿Hemos de volver al absolutismo? ¿Quieres restablecer las antiguas autoridades? ¿Quieres que abdiquemos nuestra inteligencia, nuestra libertad, nuestros derechos, en manos de falaces augures, de crueles tiranos, de supersticiosas invenciones? ¿Nos hemos de arrojar de cabeza en las hogueras del Santo Oficio?

¡Oh! no. Yo no os aconsejo semejante cosa..... ni acaso ya es tiempo de aconsejaros nada.—Yo lamento la enfermedad, pero no conozco la medicina..... y, si entreveo alguna, no es de tal naturaleza que vosotros podais aplicarla.—Yo ¡latinos! me limito ahora á negar con todas las fuerzas de mi alma las ventajas de nuestra llamada *civilizacion*.—Yo anuncio á gritos que vamos por un camino espantoso, y que en él fenecerán todos los pueblos que tengan la insensatez de seguirlo.....

Y aquí termina mi *cuadro de la vida de París*.

LIBRO SEGUNDO.

SABOYA Y SUIZA.

I.

EL MONTE JURA.—¡BENDITAS SEAN LAS MONTAÑAS!

No habia tiempo que perder, y demasiado habia ya perdido en Francia, sin provecho alguno para mi inteligencia ni para mi corazon; pues ni lo que observé en París modificó en nada las ideas con que penetré por sus puertas, ni sus decantados goces brindaron más que tedio y abominacion á mi espíritu.

Entre tanto, los grandes acontecimientos que tenian lugar al lado allá de los Alpes me llamaban con altas voces.—Lamoriciere habia sido derrotado en Castelfidardo, y Garibaldi se apoderaba del reino de Nápoles.—La Italia antigua se hundia. Muchas cosas que yo deseaba conocer, iban á desaparecer para siempre.

Era, pues, preciso marchar sin pérdida de tiempo.

Iriarte y yo hicimos en una hora nuestros preparativos de viaje.

Estos preparativos se redujeron á trasladar mis maletas á su casa á dejarlas allí en compañía del ajuar y equipaje de mi amigo, quedándonos sólo con lo puesto y con aquellos más indispensables objetos que buenamente pudimos meter en un saco de mano.

Lo propio debe hacer todo hombre que piense viajar sin familia, y con un objeto puramente artístico ó poético, por paises en que nadie le conozca.—Más barato es comprar un frac y un sombrero de copa en las capitales en que seais convidados á un baile ó á una comida, que gastar todos los dias un dineral en *exceso de peso* y en mozos que lleven y traigan, suban y bajen vuestras inútiles maletas. Y todavía lo del dineral es de poca importancia en comparacion con las molestias, los cuidados, el tiempo y el embarazo continuo que os ahorrareis viajando á lo militar...., *á la ligera*, como me permito aconsejaros.—Un hombre solo, con su saco en la mano, se baja del tren donde se le antoja penetra en él, sin detenerse á recoger ni á facturar baules; puede viajar en carretela

descubierta, á caballo y hasta á pié; se queda, si quiere, en mitad de los caminos; almuerza en una cabaña, come en un molino, duerme debajo de un árbol, con su mochila por almohada, ó en donde mejor le acomode; es el primero, al llegar á una ciudad (suponiendo que vaya en ferro-carril), que coge un coche de alquiler y elige habitacion en la fonda ó puesto en la mesa, y es el último que está espuesto á que lo roben, á que se le pierda algo ó á que lo detengan horas mortales en una aduana, tomándolo por contrabandista.—Y la perfeccion de este modo de viajar (á la que nosotros llegamos pocos dias despues) consiste en *comprar ropa blanca nueva en vez de dar á lavar la sucia.*—¡En todas partes venden camisas! Aquellas que os quitais, deben pasar inmediatamente á poder de los criados de los hoteles, por via de propina, ó á poder de los pobres, por via de limosna.—Con el dinero y el tiempo que habeis de gastar en un punto, esperando á que os laven y planchen la ropa, teneis de sobra para ver una ciudad más, ó para recorrer en fárro-carril un reino como el de Etruria (que Dios perdone).

No menos militarmente trazamos nuestro itinerario.

Todos sabeis que entre Italia y el resto de Europa se levanta la gigante cordillera de los Alpes, siempre nevados, y solo transitables en el invierno por dos ó tres puntos.

Ahora bien: estábamos á 14 de octubre, y principiaba á hacer frio.....

Sin embargo, nosotros no éramos hombres de pasar á la vista de los más grandes montes de esta parte del mundo sin penetrar en ellos y contemplar sus maravillosos panoramas, áun á costa de los mayores peligros.....

Decidimos, pues, salir de Francia por la parte de Ginebra; penetrar en el corazon de los Alpes por Saboya; llegar á su gran nudo y eminente cima del *Mont-Blanc*, y una vez allí, saltar á Italia por donde se pudiera; por el *San Bernardo* ó por el *Simplon*, segun que estuviesen más ó menos recientemente nevados.....

—¡Seamos (nos dijimos) los Aníbales ó los Napoleones del arte!

Atenidos á este plan, salimos de París á las siete de la mañana, y fuimos á dormir á *Macon*.

Bien podíamos haber ido á dormir á Ginebra; pero no queríamos pasar el Monte-Jura y la frontera suiza en las tinieblas de la noche.

¡Deseábamos ver cómo se acercaban á nosotros pausada y magestuosamente las corpulentas montañas, y apreciar al mismo tiempo las circunstancias más pequeñas del tránsito de un Estado á otro!

De *Macon* sólo recuerdo que en el hotel en que paramos hacia frio; que el vino que roció nuestra cena era escelente; que nos acostamos muy temprano, y que pasé la noche soñando con los lagos y los montes que iba á empezar á ver al otro dia.

Antes de rayar la aurora estábamos ya (con nuestros sacos en la mano) camino del ferro-carril.....

El tren partió al amanecer con direccion al Este.

—Dentro de algunas horas, le decia á Mr. Iriarte con cierta cruel satisfaccion, no seré yo sólo el extranjero, sino que lo serás tú tambien.....—¡Ya me parece respirar el aire de Suiza!

Poco tiempo despues llegamos á *Amberieu*, pequeña poblacion de Francia, á doce leguas de la frontera helvética.

Allí empezó ya á plegarse y *accidentarse* el terreno.

El Monte-Jura, cordillera secundaria, desprendida de la gran cadena de los Alpes, dibujábase en el horizonte.

La tierra aparecia más húmeda, y el viento arrastraba balsámicos aromas que fortalecian nuestro corazon...

La mañana era hermosa, aunque algo fria. Poco á poco fue penetrando el tren en una série de terraplenes y desmontes, cada vez más importantes. Luégo empezaron los viaductos y los túneles...—¡Estábamos en plena montaña!

El agua germinaba por todas partes. Las laderas y los zócalos de las rocas se vestian de amenísima verdura. Las hondonadas se iban llenando de árboles... Sudaban las piedras, creando arroyuelos, que se convertian despues en mil endebles cascadas, todas las cuales formaban en los barrancos unos impacientes rios, jóvenes y bulliciosos, que corrian y saltaban gozosamente, llenando el espacio de placidísimos rumores y esparciendo por do quiera el amor y la alegría...

En *Culoz* (todavía Francia) el paisaje era ya grandioso. Las altísimas cumbres ostentaban ya sempiternas nieves. De las casas rústicas esparcidas en los quebrados valles salia aquel azulado humo que parece llevar al cielo las santas afecciones del hogar, y sobre algunos árduos picos de las tajadas peñas se veian estátuas de la Vírgen ó de los patronos de la comarca...—La naturaleza recobraba su augusto imperio y el hombre sus inmortales instintos...

—*¡Benditas sean las montañas!* exclamé yo entonces, recordando mis amargas impresiones de París.

A nuestra derecha corria velozmente el impetuoso y opulento Ródano, cuya otra márgen era tierra de Saboya.

El Ródano salia de Suiza, á donde nosotros llegábamos.

Su cauce es un profundo foso, obra suya, en que ha empleado eternidades de años de trabajo no interrumpido.

Este foso ha sido durante muchos siglos la frontera de Italia y Francia.

Nosotros caminábamos en sentido opuesto á la corriente, por largos túneles, obra del hombre, realizada en dos ó tres años.

¡Y la Saboya empezaba en aquellos dias su existencia francesa!—Todavía no hacia tres semanas que Napoleon III la habia recorrido de parte á parte, tomando posesion de su mísero territorío...

Verdaderamente, causaba pena contemplar aquellos verdes prados que se estendian al otro lado del rio. Ninguna vivienda humana se descubria en ellos.—La antigua heredad de los reyes del Piamonte parecia la-

mentar, con la ausencia de sus hijos, su triste suerte de haber sido vendida como una esclava.

El tren avanzaba en tanto, siempre por la márgen *francesa* del Ródano. Una maravilla sucedia á otra. Los peñascos y las nubes se miraban, como en tersos espejos, en mil pequeñísimos lagos producidos por las destilaciones de las montañas.

A veces se turbaba la apacible serenidad de aquella amorosa naturaleza, y el paisaje aparecia rudo, austero, pedregoso, como las ruinas de colosales templos.

Eran los vestigios de antiguos terremotos que, dislocando los montes ó removiéndolos de sus anchas bases, habian descubierto las áridas entrañas de la tierra, dejando ver la cuna de los metales ó la misteriosa estratificacion que revela á los geólogos las vicisitudes del planeta.

Y por todas partes, lo mismo en la choza de paja del pastor que en la casa de madera del cortijero; así en la estacion del ferro-carril como en la graciosa quinta del hombre acaudalado, seguíamos viendo cruces ó imágenes sagradas, signos piadosos de una fe sencilla, exaltacion espontánea de una creencia indestructible.

Facilísimamente me esplicaba yo que entre la atea Francia y Ginebra la politeista, subsistiese semejante fervor religioso.—Todos los pueblos de montaña son espiritualistas, místicos, afectuosos y buenos, por una especie de ley física. El hombre que vive en el seno de una poderosa y salvaje naturaleza, lidiando siempre con todo el furor de los elementos y con el rigor de las estaciones; rodeado de peligros; luchando hoy con la inundacion, mañana con la *avalancha*; obligado á salvar el abismo sobre un puentecillo de madera que le derriban cien veces los temporales; forzado á permanecer dias y dias dentro de su cabaña, enterrada bajo la nieve; testigo á todas horas de las maravillas de la creacion; penetrado, como debe de estarlo, de su flaqueza y nulidad al lado de tanta fuerza y de tanta vida como le salen al encuentro por todas partes...; este hombre, digo, no puede desechar de su alma el *temor de Dios*.

¡Oh, sí! el hombre de la llanura, el morador de poblaciones que se enseñorean de tal ó cual comarca en que no figuran los grandes fenómenos terrestres, puede infatuarse con sus mezquinas edificaciones y creerse un Dios ó cosa parecida. Sus palacios y sus monumentos le parecen enormes porque no vé cerca de ellos nada superior con qué compararlos. Pero colocad la catedral de San Pedro de Roma ó el Palacio de Cristal al pié de Mont-Blanc ó del Himalaya, y vereis cómo la obra humana os inspira solamente una ligera curiosidad, mientras que la obra divina os hace admirar, respetar, temer y rendir culto al Dios omnipotente...

Mucho más pudiera discurrir acerca de esto. Pero el tren penetra en Suiza, y no es cosa de distraernos en un instante tan deseado.

II.

GINEBRA.—UNA TARDE EN EL LAGO.

El tránsito de Francia á Suiza, ó sea el paso de la frontera, no se determina por ningun acto oficial.

Ni esbirros os piden el pasaporte, ni aduaneros se apoderan de vuestro equipaje... Es más: por ninguna parte veis un ejemplar de estas variedades de la especie humana.

El tren pasa de una nacion á otra sin que os deis cuenta de ello, hasta que, al llegar á la estacion de *Chancy*, v. gr., echais de ver que en el escudo de armas que la decora campea una gran *cruz blanca*, en lugar del *águila francesa.*

—¡Es esto ya Suiza! esclamais entonces.

—Sí, señor, hace un momento que salimos de Francia—os responden vuestros compañeros de viaje, mudando de postura, respirando de otra manera y como disponiendo su espíritu á nuevas emociones.

Al principio, el país no se diferencia en nada al que acabais de dejar.

Los últimos pueblos franceses tienen algo de suizos, asi como los primeros pueblos suizos tienen mucho de franceses.

Lo mismo sucede en casi todas las fronteras del mundo.

Pero con todo, la imaginacion, sabedora de la transicion que acaba de verificarse, se afana por descubrir diferencias en las cosas y por convencerse y convenceros de algun modo de que ya no estais en un Imperio, sino en una República; de que habeis salido de un Estado Católico y entrado en otro Protestante; de que ya vivís *mas libremente*, y de otros muchos fenómenos que no se pueden apreciar sino con los ojos de la erudicion, y nunca con los de la cara.

A lo menos yo, por mi parte, al ver aquella *Cruz balnca*, prodigada con cierto orgullo, no pude menos de decirme repetidas veces:—«Estás en Suiza...», como para despertar los ecos que estas palabras habian de producir en mi espíritu.

Y mi imaginacion, entonces, reuniendo todas las impresiones de mi vida referentes á aquella tierra, me las presentó sin órden ni concierto.

—La Suiza (dijo mi memoria) es la patria de Guillermo Tell;—el país de Europa más elevado sobre el nivel del mar;—el mas pintoresco; el más grandioso; el templo de la naturaleza, por decirlo así;—la ciudadela de Europa;—la tierra clásica del queso, de las vacas y de las casas rústicas;—la cuna de los rios;—la república patriarcal;—el refugio de los hombres libres;—la region de las nieves eternas;—una fábrica de relojes y de instrumentos matemáticos y quirúrgicos;—un criadero de filósofos;—un vivero de dueños de pastelerías y *cafés suizos* establecidos en toda Europa, hasta en Granada, hasta en Málaga, hasta en Valladolid, hasta en Búrgos;—y el pueblo que da nombre á los célebres *suizos*, esto

es, á los soldados mercenarios de todos los tiempos, que montaron la guardia en los palacios reales de Madrid, de París y de otras muchas córtes, y que todavía la dan al Papa en el Vaticano...—La Suiza ha sido siempre fecunda en grandes hombres; pero ha hecho con ellos lo que con sus rios y con sus soldados; los ha enviado lejos de sí para que sirvan á otras naciones... Precisamente, esta ciudad de Ginebra en que vamos á entrar, cuenta entre sus hijos á Rousseau, á Say, á Sismondi, á Necker; todos ellos prohijados por una tierra estraña.—Esto se esplica con solo decir que los suizos no tienen idioma propio, sino que hablan el francés, el italiano ó el aleman, segun que sus cantones lindan con Francia, Italia ó Alemania.—En cambio Ginebra acogió y adoptó á Calvino, el temible reformista, y reivindicó á Mad. Stael, suiza de orígen, y albergó á Voltaire, y retuvo á Goethe, á Byron y á Jorge Sand, y fue siempre como horno encendido en que se forjaron las ideas que más han agitado á Europa desde los tiempos de Lutero.—¡Suiza!... Suiza (me seguia diciendo) es una confederacion de veinte y dos repúblicas que forman una sola.—De ellas hay nueve católicas, siete protestantes y seis mixtas.—Ginebra es protestante.—Los suizos son muy fieles y muy valientes, y lo han demostrado en todas las naciones en que han servido no importa á qué rey.—Los suizos triunfaron del imperio aleman y de *Cárlos el Temerario*, conquistando así su independencia.—La historia presenta pocos ejemplos de una lucha tan larga, tan tenaz y tan gloriosa.—Los suizos, en fin, aman á su país sobre toda ponderacion, y el *Ranz des vaches*, la cancion de sus montañas, obra maestra del dialecto helvético, les hace morir de melancolía cuando la oyen en las tierras extranjeras á donde los confina la pobreza del suelo nativo...»

Mientras yo recopilaba de este modo todas las ideas que tenia de Suiza (y ya veis que el caudal era bien escaso), el tren menudeaba sus silbidos, indicándonos el término de nuestro viaje... ó sea la proximidad de *Ginebra*.

Llegamos al fin.

—Y aquí debo declarar que, no bien puse el pie en tierra, ya no me cupo duda de que habia entrado en una nueva nacion, y en una nacion eminentemente *libre*...

Una nube de mercaderes nos rodeó á los recien llegados.

—¡*Napoleon el Pequeño*... por Victor Hugo!.. ¡obra prohibida en Francia!—Hé aquí las primeras palabras que hirieron mis oidos, mientras que un hombre me alargaba un volúmen que yo conocia hace bastantes años.

—¡*El Papa y el Congreso*!.. exclamaba otro.

—¡Tabaco español!.. gritaba un tercero, ostentando, colgado de sus hombros, todo un estanco... ó sea todo un *desestanco* de aquel importante artículo.

—¿Quiere usted ver el templo de los *Fracmasones*?—Aquí tengo un carruaje, decia el de mas allá.

—¡A *Ferney*! ¡Vamos á *Ferney*! ¡A la casa de Voltaire!

—¡Biblias en todas las lenguas!—¡El busto de Calvino!

—Caballero, ¿es usted católico?—Yo le diré donde está *su* iglesia.

—Caballero, ¿es usted judío? Yo le diré donde está la Sinagoga.

—Caballero... ¡Por cinco francos, un paseo por el lago!.. Iremos al *Castillo de Chillon*, cantado por lord Byron...

Todos los *ingleses* empiezan por verlo de este modo.

—Caballero, desde mi barco le haré divisar el *Mont-Blanc* á lo lejos...

—¿Quién viene á la isla de Juan Jacobo Rousseau?

—¡Venga usted á *Clarens*, donde habitó *Julia*!.. Verá usted el bosque de castaños que se describe en la *Nueva Eloisa*.

—¡Un coche para *Chamounix*!.. ¡En cuatro dias verá usted lo más notable de los Alpes!

Todas estas proposiciones, y otras muchas más, referentes á hoteles, restaurants, baños y escursiones á mil puntos célebres, cayeron sobre nosotros como una granizada.—Nosotros aguantamos el chubasco como mejor pudimos, y nos encaminamos al hotel *del Lago*, que, por llamarse así, nos pareció debia ser el más conveniente, ó sea el de mejor vistas.

Ginebra, la ciudad mas rica y poblada de la Suiza, está asentada en el estremo occidental del lago que lleva su nombre, y que tambien se llama *Lago Leman*.

Este Lago se dilata de Poniente á Levante en forma de media luna. Lo surten principalmente las aguas del Ródano, que entran en él por el extremo opuesto al en que se encuentra *Ginebra*, y salen escapadas por esta ciudad con direccion á Francia. Por consiguiente el Lago es como un embalse del gran rio. Tiene diez y ocho leguas de longitud por tres de anchura en su parte máxima. Cerca de Ginebra es muy estrecho, y en *Villeneuve*, donde concluye, su latitud no pasa de media legua. (Siempre que hable de leguas, entiéndase *francesas*, ó sea de á cuatro kilómetros cada una). La profundidad del Lago varía mucho, segun el lugar donde se eche la sonda. Por unas partes tiene trescientos pies; por otras, quinientos, y llega hasta seiscientos, cerca de *Meillerie*. Sus aguas son notables por lo muy azules que aparecen á los ojos, en vez de ostentar el color verde que distingue á los demás lagos de Suiza. Sus ondulantes y graciosas márgenes están bordadas de preciosos pueblos que se miran en el agua como en un espejo. Sin embargo, es muy frecuente ver encolerizado á este *mar en miniatura*, como lo llama un poeta, y entonces las ciudades de la ribera reciben los embates de las olas, que arrastran los destrozados restos de lúgubres naufragios.

Cuando nosotros llegamos á *Ginebra*, el Lago estaba tranquilo, resplandeciente, deslumbrador. El sol del mediodia reverberaba en él de tal manera, que apenas podian los ojos resistir el brillo de las aguas. Entre ellas y el cielo, azul tambien y radiante, extendíase, como una rizada cinta, la caprichosa cordillera del Monte-Jura, mientras que á la derecha

de la ciudad y por detrás de ella, se descubrian los ciclópeos estribos de los Alpes, de un verde muy oscuro, y allá... más lejos, asomaban algunas blancas cimas, como cabezas de gigantescos ancianos..., y eso que todavía no eran los colosales reyes de los montes.

Iriarte y yo convinimos en dejar para la tarde nuestra escursion al Lago, dedicando ántes algunas horas á recorrer la ciudad.

Ginebra, llamada en un tiempo *la Roma del calvinismo*, tiene unos cuarenta mil habitantes, de los que más de doce mil son estranjéros; pero su actividad y su bullicio hacen creer al recien llegado, que se encuentra en una capital de trescientas mil almas. Fabrica muchas cosas y comercia en todas. Es un gran centro de industria, y al mismo tiempo uno de los primeros focos del saber humano. Vése inundada de libros; tiene una gran Biblioteca pública, famosa sobre todo por los manuscritos que encierra de San Vicente Paul, de San Francisco de Sales, de Lutero, de Calvino, de Rousseau y del prior Bonivard, asi como por las preciosidades paleográficas y artísticas que conserva desde los tiempos de Cárlos el Temerario; da trabajo á infinidad de imprentas, que esparcen por el mundo las obras que no pueden publicarse en los paises vecinos: su *Museo académico* es notabilísimo por los objetos de historia natural que comprende, coleccionados por los sábios ginebrinos *de Candolle*, *Saussure*, *Boissier* y otros; merecen verse, en fin, el *Jardin botánico*, y el *Museo Rath* (ó de pinturas), el *Arsenal*, las casas de educacion, y otros muchos establecimientos públicos.

La ciudad está dividida en dos partes por el Ródano, ó para hablar más exactamente, en tres partes desiguales. Esto consiste en que, donde acaba en Lago y empieza el Rio, se levanta una gran isla, cubierta de casas y enlazada por seis puentes á Ginebra la *Vieja*, que se asienta á la izquierda, y á Ginebra la *Nueva*, que antes era un pobre barrio, pero que con motivo de pasar por allí el ferro-carril, será dentro de poco lo mejor y más importante de la capital.

Más dentro del Lago, hay otra isla sumamente pequeña, unida por un puente colgante á otro puente de sillería que comunica tambien las dos grandes mitades de la ciudad. Esta es la llamada *Isla Rousseau*. Hállase plantada de árboles y sirve de paseo público. En su centro se levanta una estátua de bronce del autor del *Contrato social*, esculpida por Padrier, y al alrededor de la Isla corre un balcon de hierro, cuyas vistas son verdaderamente admirables... Básteos saber que desde allí se perciben las cumbres de la cadena del *Mont-Blanc*.

Entre éste y *Ginebra* se levantan otras muchas cordilleras secundarias, que ocupan un espacio de diez ó doce leguas, y que, por su mayor proximidad al que mira, tapan casi completamente al gran coloso...— Pero ¡ah! no... que la cana frente del soberano asoma al fin por detrás de todos sus súbditos..., y es tan imponente la serenidad que ostenta, son tan sublimes las regiones que invade en la alta atmósfera, que no parece sino

que se eleva verticalmente sobre el lago; que os encontrais á sus pies; que os amenaza; que os abruma...

Y es que el *Mont-Blanc* se os acerca por una ilusion óptica; es que os atrae; es que su grandeza desvanece y anula todo lo que se interpone entre él y vos; es que os fascina!

Asi fué que nosotros, desde el instante que lo columbramos á lo lejos, coloreado por el sol que empezaba á declinar, nos sentimos impulsados hácia él de tal manera, que decidimos marchar en su busca á la mañana siguiente. .

¿Y la escursion por el lago? me direis. ¿Y el castillo de *Chillon*? ¿Y *Lausanne*? ¿Y *Ferney*? ¿Y todas las demás cosas?

Os responderé con franqueza.

Primeramente, debo deciros que empezábamos á temer vernos obligados á volver á *Ginebra* despues de visitar el *Valle de Chamounix* y de subir desde él al *Mont-Blanc*, si esto era ya posible.—Las noticias que nos habian dado por la mañana convenian en que las salidas de aquel valle, asi la *Tete-Noire* como el *Col de Balme*, estaban ya cerradas por la nieve, y en que los hoteles de Chamounix no Albergaban un solo inglés hacia lo menos una semana, por lo que se temia que ya los hubiesen abandonado sus mismos dueños, como hacen todos los años á mediados de octubre.—Estábamos, por consiguiente, en el caso de aprovechar las horas, si habíamos de penetrar en el corazon de los Alpes para visitar el *Mont-Blanc*, aunque tuviésemos que volvernos despues por el mismo camino.

Por otra parte... y esta es la mas lástimosa.—Yo no sentia gran curiosidad de recorrer todos aquellos puntos que las *Guias* y los *ciceroni* nos describian como muy deliciosos. Estaban tan previstas y tan consignadas las emociones que se experimentan en cada punto del Lago Leman; se ven en *Ginebra* tantos grabados y fotografías de sus más insignificantes parajes; habia, en fin, tanto de rutinario y de normal en aquella escursion, hecha á gusto del capitan del vapor que lo llevase á uno, en compañía de otros cien *touristes* desconocidos, sin poder detenerse nadie donde le agradara ni buscar á las cosas otro punto de vista que el prefijado por la costumbre, que preferí las expediciones á pie ó en mulo que me aguardaban en medio de las nieves, solo, libre, entregado á mis contemplaciones y luchando á cada momento con accidentes imprevistos...

Y es esto tan verdad, que la primera impresion que me causó la Suiza al penetrar en ella aquella mañana, inspiróme las siguientes palabras, que escribí con lápiz en las márgenes de una *Guia*:

«¡Qué grato me hubiera sido venir á Suiza, cuando Suiza era bella sin saberlo; cuando aún no habia hecho una mercancía de sus naturales encantos! Hoy euplota su belleza; se pinta, se adorna, se compone, se exibe, y enseña sus más ocultas perfecciones por una miserable moneda. ¡No hay que buscar! ¡no hay que luchar! La infeliz tiene puestas las escalas en sus balcones y marcados los precios. Cualquier hijo de estas comarcas lo lleva á uno de la mano y le muestra las recónditas cascadas; le indica

las subidas y las bajadas de los mas árduos riscos; lo conduce por entre los témpanos de hielo; le *anuncia* las perspectivas *que van á sorprenderle*... Y si no, aquí está el presente libro, que lo conoce todo y sabe cuánto cuesta cada paso por este paraiso. ¡Ah! yo odio las *Guias* y á los guias ó *ciceroni*: unas y otros me hacen el efecto de repugnantes Celestinas.—Yo quiero perderme en el seno de la naturaleza; oir á lo lejos el ruido del agua; encontrarme el torrente donde no lo esperaba; ignorar la manera de salvarlo; asomarme al abismo á riesgo de mi vida, y no desde un balcon de madera; descubrir la apacible llanura despues de atravesar la pedregosa sierra, y creer que Dios acaba de criar aquel panorama para exclusivo solaz y descanso de mi vista...—Dicen que el valle de Chamounix está desierto; que los hoteles se hallan cerrados; que el invierno ha borrado ya las huellas del hombre... ¡Tanto mejor! Ahora habrá allí algo inesperado, algo nuevo, algo para mí solo.—¡Feliz yo si sorprendo á aquella naturaleza pública en una hora de vida privada!—Esto me proporcionará la gloria de encontrarme á solas con su alma.»

Por todas estas razones, decidimos Iriarte y yo salir para el *Mont-Blanc* á la mañana siguiente.

Pero todavía pudimos aquella tarde visitar la *catedral* protestante, edificada hace mas de ochocientos años... y que, por consiguiente, fué iglesia católica durante siete siglos.—Hoy se la ve despojada de imágenes de santos. En cambio, encierra algunas tumbas de hombres.—El púlpito es aún el mismo en que Juan Calvino explicaba al pueblo la *Reforma*...

En la calle de los Canónigos nos designaron al paso la casa del gran hereje; en la que vivió veinte y un años, y donde exhaló el último suspiro...

Despues vimos el actual templo Católico, dedicado á *Nuestra Señora*.—Su estilo gótico, sus oscuras naves, sus imágenes piadosas, el órgano que sonaba en aquel instante respondiendo á los sacerdotes que cantaban *vísperas*, el incienso, las luces del altar, los ornamentos sagrados y la liturgia de *nuestro clero*, me impresionaron más vivamente que nunca, confirmándome en la idea de que el cristianismo no revestirá nunca en España la forma protestante.—«Toda religion (me dije) es más bien un sentimiento que un raciocinio; y en España no morirá nunca el sentimiento. Ahora bien, esta nobilísima facultad del alma vive y se manifiesta, se alimenta y se complace con la poesía del mundo, con los encantos del arte, con todo lo que es belleza, con todo lo que es gracia, con todo lo que es afecto, ternura y entusiasmo...»

Al caer la tarde tomamos un bote y dimos un paseo por el Lago, aprovechando el solemne momento de la puesta del sol...

Y aquí me permitireis que ceda la palabra á lord Byron, quien os

dirá en su lenguaje divino cosas que yo sentí y pensé durante aquel paseo que no acertaria á expresar mi humilde prosa.

Porque lord Byron pasó tambien una tarde en aquellas aguas contemplando los Alpes y disponiéndose á atravesarlos...

Cerca de medio siglo ha trascurrido desde entonces, y el mundo entero repite todavía estas sublimes estrofas de *Childe-Harold*:

«...Sobre mi cabeza se elevan los Alpes, ese palacio de la naturaleza, »cuyas vastas murallas corona una cornisa de hielos perdidos en las nu»bes...; trono sublime y frio de la eternidad, donde se forma y de donde »cae la avalancha, ¡ese rayo de nieve! En torno de esas cimas se ve re»unido todo lo que puede elevar el espíritu y espantarlo, como para de»mostrar que la tierra puede aproximarse al cielo y dejar al hombre aquí »abajo, mal que le pese á su orgullo...

»El lago Léman me sonrie con su frente de cristal, espejo profundo »en que las estrellas y las montañas reflejan la calma de su aspecto, sus »elevadas cumbres, sus variadas tintas... La presencia del hombre se »deja aún sentir aquí demasiado para que yo pueda abandonarme á la »contemplacion del grande espectáculo que se ofrece ante mis ojos... »Pero pronto la soledad despertará en mi alma pensamientos ocultos...

»Huir de los hombres, no es odiarlos... No todo el mundo ha de haber »nacido para agitarse y trabajar con ellos...

»Yo no vivo encerrado dentro de mí mismo... Yo me identifico con »todo lo que me rodea. Las altas montañas despiertan en mí cierto senti»miento... Pero el tumulto de las ciudades me sirve de suplicio. Lo único »que encuentro yo odioso en el mundo es esto de ser uno á pesar suyo »uno de tantos anillos de una cadena carnal; el ver que se le señala »un puesto entre las criaturas de su misma especie, cuando se tiene un »alma que podría volar y confundirse, no sin fruto, con los cielos, los »montes, las estrellas ó las agitadas llanuras del Océano!...

»¡Limpio y tranquilo Léman! Tu lago, contrastando con el mundo »tempestuoso en que siempre he vivido, me dice con su silencio que »cambie las turbulentas aguas de la tierra por una fuente mas pura. La »vela de esta pacífica barca es como un ala silenciosa sobre la cual »puedo alejarme de la desesperacion. Hubo un tiempo en que yo amaba »los mugidos del Océano furioso; pero hoy tu dulce murmullo me en»ternece como la voz de una hermana que me echase en cara el haber »corrido demasiado tiempo detrás de sombríos placeres.

»Ya desciende la noche silenciosa; y desde tus orillas hasta las mon»tañas, lodos los objetos se envuelven en el crepúsculo...»

III.

SABOYA RECIEN ANEXIONADA Á FRANCIA.—TIPOS Y COSTUMBRES. —ARCOS TRIUNFALES.—LOS ALPES.—¡EL MONT-BLANC!—CHAMOUNIX.—DONIZETTI.—LA NOCHE Y LA NIEVE.

A la siguiente mañana, á eso de las siete, ocupábamos ya Iriarte y yo el pescante ó *banqueta* de una enorme Diligencia, que, con ser tan enorme, no habia reclutado más pasajeros que nosotros dos.

Habíamos elegido aquellos asientos, en que se va completamente al aire libre, por disfrutar desde ellos de mejores vistas.

Nosotros viajábamos *para ver*.

El dia habia amanecido frio y nebuloso; pero el mayoral nos aseguraba que saldria el sol y llevaríamos un tiempo magnífico...

En cambio, el dueño del hotel nos anunciaba que hacíamos un viaje inútil; pues los alrededores de Chamounix se hallarian intransitables, los Alpes inaccesibles, y por consiguiente, cerrados por aquella parte de Italia...

Y yo opinaba que el mayoral de la diligencia era optimista, porque su interés estaba en que hiciésemos el viaje, y que el dueño del hotel era pesimista, porque desaba retenernos en su casa.

Partimos, pues, á la buena de Dios.

La jornada habia de ser de diez y siete leguas... De ellas, la diligencia recorreria sólo once, ó sea hasta *Sallanches*. Allí nos trasladaríamos á otro coche mas ligero, acomodado á las pésimas condiciones del resto del camino.

A una legua de Ginebra, poco mas allá de *Chéne*, pasamos la frontera saboyana.

Algunos meses antes hubiérase dicho que acabábamos de entrar en Italia; pero despues de la *cesion* famosa; al atravesar aquella línea, no hacíamos sino volver á penetrar en Francia.

Pocos momentos despues llegamos á *Annemasse*, en donde se encontraba antes la aduana sarda.

A la sazon no habia allí aduana ninguna.—Las leyes francesas no debian regir en Saboya hasta el 1.° de enero de 1861.

Desde luego eché de ver y contristaron mi ánimo la soledad y el silencio que reinaban por todas partes, el abandono en que se hallaban los caminos y los campos, y la suma pobreza que denotaban todas las obras del hombre al lado del lujo y poderío de una naturaleza esplendorosa.

Y es que en aquella naturaleza todo era pompa y magestad; pero de ningun modo riqueza y abundancia,—asemejándose en esto á los dominios de aquellos hidalgos de las edades pasadas, que poseian un grandioso castillo, vistosos trajes y ricas armaduras; pero que carecian de un palmo de tierra que les asegurase los garbanzos cotidianos.

Sin embargo, no toda la miseria de Saboya debe atribuirse á la madre

tierra. Tambien consiste muy principalmente en las vicisitudes de aquel Estado, que en lo que va de este siglo ha sido ya dos veces francés, sin haberse podido llamar nunca verdaderamente italiano, Consiste además en el olvido en que el próspero Piamonte ha tenido siempre estas montañas, cuna de su nacionalidad y de su dinastía,—que allí son una misma cosa. Consistente por último en la índole apocada de sus actuales hijos, y tal vez en la falta de grandes hacendados ó industriales, razones ambas por las que no se aprovechan en fábricas y otras industrias tantos saltos de agua y tantas primeras materias como se encuentran en aquellos salvajes montes.

A poca distancia de *Annemasse*, distinguimos á lo lejos, al pié del azulado Jura, el precioso pueblo de *Mornex*, en donde pasa el verano la gente acomodada de Ginebra.

Aquel era como el último suspiro de la vida social, del movimiento europeo, de la brillante civilizacion, que aún no ha penetrado en el corazon de Saboya.

En adelante sólo vimos castillos en ruinas, míseras aldeas que nos parecian despobladas, sendas que no pisaba nadie, prados en que no pacia ganado alguno...

Hubiérase dicho que la Saboya era una casa deshabitada, de donde habia salido el antiguo morador, y en la que no habia entrado todavía el nuevo inquilino.

Y para mayor melancolía, el antiguo morador se habia dejado olvidada alguna *Cruz de Saboya*, ora en un porche que fue portazgo, ora en una casa que fue alcaldía, ora en el escudo de armas que adornaba la fachada de una iglesia...

En cambio, encontrábamos á veces, á la entrada de míseros pueblos, ó en los mas selváticos parajes, algunos arcos de triunfo, construidos con ramas y flores, y adornados con banderines franceses...

Por debajo de aquellos arcos habian pasado pocas semanos antes Napoleon y Eugenia, de camino tambien para el Mont-Blanc.

Pero ya empezaban á caerse, deshechos por el viento y por la lluvia de los últimos temporales.—Las flores y las ramas estaban secas.— Las banderas yacian por el suelo.—Todo esto era triste como los salones en que ha habido baile, vistos á la mañana siguiente y con la luz del sol.

Al pasar nosotros bajo uno de aquellos arcos, el mayoral tarareó vagamente un canto parecido al *Ranz des Vaches* de los suizos, y parecido tambien, sin que esto sea ilusion mia, al canto que *Pierotto* se acompaña con la gaita en *Linda de Chamounix*.

¡El mayoral era saboyano!

No bien lo supimos trabamos con él convesacion.

Era el momento de aprender más historia y más política que enseñan los libros y los periódicos, y nosotros necesitábamos saber á qué atenernos respecto á la anexion de Saboya á Francia por medio del sufragio universal.

Contra lo que esperábamos, el auriga era partidario sincero de la anexion.

—Esto es Francia, nos dijo. Nosotros hablamos el francés; nosotros emigrábamos á Francia cuando nos iba mal en nuestro país; á nosotros no se nos ocurió nunca emigrar á Italia. Entre Italia y Saboya se levantan estos formidables montes, colocados aquí por Dios para separar á dos pueblos; y de Saboya á Francia no hay más que un fácil paseo. Por otra parte, Victor Manuel nos tenia olvidados, y más pensaba *en lo que no era suyo*, queen lo que le encomendaron sus padres, nuestros señores. En cambio, Napoleon hará de nuestro país uno de los más ricos departamentos de la Francia. Sólo nos duele que nuestros hijos hayan de servir como soldados en una nacion cuyo gobierno es despótico. ¡Oh! nosotros preferiríamos verlos alistados en el ejército de la libre Italia! Pero ¡cómo ha de ser! No se pueden reunir todos los bienes en una hora.

Estas complicadas palabras del pobre mayoral despertaron muchas ideas en mi mente.—Primero me recordaron á aquellos despreciados saboyanos, especie de gallegos de París, que se emplean en limpiar chimeneas, en vender libros á domicilio y en hacer comisiones á medio franco la carrera. Luego pensé en su fama universal de honrados, de amantes de su país, de humildes y fieles servidores. En seguida consideré que aquella desgraciada raza era el degenerado resto de los terribles montañeses que, acaudillados por sus condes ó por sus duques, desde Humberto *el de las manos blancas*, fundador de la dinastía piamontesa, hasta Emmanuel Filiberto de Saboya, el vencedor de San Quintin, batieron á los franceses en muchas ocasiones, conquistaron ciudades y reinos, y eternizaron su nombre en la historia. Y me complací, por último, en recordar que el suelo que recorríamos en aquel momento habia pertenecido á España, como tantos otros que debiamos recorrer, y que aquel Emmanuel Filiberto y aquellos soldados suyos tan famosos sirvieron á las órdenes de Cárlos V y de Felipe II, cuya dominacion prefirieron siempre á la de los reyes de Francia... (ideas todas que me guardé muy bien de comunicar á mi querido amigo Iriarte.)

A todo esto, la diligencia avanzaba y el país se embellecia cada vez más.

En el fondo de la sucesion de valles por donde serpentea el camino, se levantaba ya una imponente montaña, como primera avanzada de los Alpes.

Era la *Pirámide de Mole*,—que se eleva 5.745 pies sobre el nivel del mar.

El sol habia roto la niebla. La soledad empezaba á gemir con la melancólica voz de las aguas, y de allá muy lejos llegaban unos sordos y profundos rumores, que todavía hubieran podido confundirse con los bramidos del viento encerrado entre montañas, si la atmósfera no hubiese estado inmóvil y como estática ante la hermosura del astro rey...

Aquellos solemnes y lejanos ruidos provenian de las cascadas, de las

abalanchas ó desprendimientos de nieves, y de *otra cosa* que no tardó en salirnos al encuentro.

¡Oh misterio de los montes!—Estábamos á pocas leguas de animadas, florecientes y bulliciosas capitales, y nos parecia hallarnos á mil leguas del mundo; quiero decir, del siglo, del movimiento humano, de la Europa civilizada...

Llegamos á *Contamina*.—En esta aldea, como en las demás que ya habíamos atravesado, casi toda la poblacion se componia (singular contraste!) de pastores y relojeros.

Y allí, como en todas partes, la gente, áun la más acomodada, se quitaba el sombrero al ver pasar la diligencia y nos saludaba con gravedad.

Pero si el que saludaba era pobre, y casi todos lo eran, alargaba hácia nosotros el sombrero que se quitaba, pidiéndonos limosna con una mirada tristísima, un humilde ademan, ó una fúnebre sonrisa.

Y no creais que esta limosna la pedian solamente mendigos que vagaban por las calles...

Familias enteras, agrupadas en la puerta de sus casas, tendian las manos á un mismo tiempo, murmurando no sé que oracion.—Los que se hallaban á la ventana, pedian desde la ventana.—Yo recordaré siempre que un niño dejó el pecho de su madre, y extendió hácia nosotros su manecita, en que no cabia una moneda.—Las jóvenes, que volvian de la fuente, dejaban el cántaro en tierra y hacian la misma demanda.¡—Todo el mundo pedia!

Pero nadie instaba. Hubiérase dicho que cumplian una promesa, hacian una mera manifestacion de su estado, ú obedecian fatalmente la ley de su destino.

Hacia calor. La carretera habia entrado en un fértil valle muy estrecho, que sólo visita el sol durante cuatro ó cinco horas diarias, y por medio del cual corre el *Arbe*, impetuoso rio, cuyas tremendas inundaciones han sido siempre el azote de la comarca.

Asi caminamos hasta *Bonneville*, capital de provincia, sentada al pié de otro gigante, que no excede sin embargo en altura á la *Pirámide de Mole*.

Nosotros entramos en la ciudad por un hermoso puente construido sobre el *Arbe*, cerca de una alta columna, levantada en honor de Cárlos Félix de Cerdeña y coronada por su estatua.

Este monumento atestigua la gratitud de los habitantes del valle á aquel grande y memorable rey, por las magníficas obras qne construyó para preservar á *Bonneville* de las inundaciones del *Arbe*.

Aquí ya empezó á llamar nuestra atencion un raro fenómeno á que debíamos acostumbrarnos por último.—Hablo del *goitre* ó gran papera que afea á mucha parte de los habitantes del centro de Saboya. Dícese que esta superabundancia de papada proviene de beber un agua que no es sino nieve recien derretida: ello es que abunda más en las mujeres que en los hombres, y contribuye á infundir en el ánimo del viajero una honda

conmiseracion hácia los hijos de aquella helada tierra; conmiseracion que sube de punto cuando se conoce á los *cretinos* del *Valais*, de que ya hablaremos.

Entre tanto el país llegaba á un inconcebible grado de hermosura. El pino especial de aquellos montes empezaba á bordar el gracioso abanico de sus ramas horizontales sobre las laderas tapizadas de nieve. Las cascadas, cada vez más caudalosas, se desprendian de los flancos de las peñas, velando el sol con sus nítidos encajes, lo que producia una y cien veces el *arco-iris*,—rutilante pluma de colores, enredada en la blanca pluma de las aguas gallardamente suspendida en el aire. Los verdes prados, en fin, estaban como *esmaltados* de rubias vacas, que pacian á la sombra de oscuros árboles frutales y á la márgen de cristalinos arroyos, componiendo cuadros tan graciosos é inocentes, que parecian el verdadero original copiado por la musa bucólica de todos los tiempos, desde Ruth hasta Theócrito, desde Virgilio hasta Garcilaso.

Mas allá de *Balme*, donde media el camino, nos sorprendió estraordinariamente ver dos cañones á la puerta de una casa rústica.—Hallábanse montados sobre sus cureñas y como amenazando al que llegase.

—¿Qué significa eso? preguntamos al conductor.

—Esos cañones, dijo este, son de un pobre hombre que se gana la vida con ellos.

—¡Dios de Israel! ¿Y de qué modo?

—Es muy sencillo. Las montañas que cercan este paraje producen unos largos y repetidos ecos que los viajeros gustan de oir. Si ustedes quieren, pueden pagar algunos cañonazos, á medio franco cada uno, y juzgarán por sí mismos si la cosa tiene verdadero mérito.

—Pues que dispare en seguida, si no han de espantarse los caballos.

—Descuiden ustedes. Están acostumbrados.

Entonces apareció un campesino, que maldito el aire que tenia de artillero, y puso fuego á una pieza.

La detonacion fue espantosa; y como si ella hubiese dado la señal de una batalla, siguiéronla otras muchas, que resonaban á lo lejos simultáneamente, atronando los montes, prolongándose de eco en eco y volviendo á arreciar cuando parecia que iban á estinguirse, hasta que por último se fueron apagando en la distancia al modo de una tempestad que se aleja.

Lo menos cinco minutos duraria el estruendo del primer cañonazo.

Mandamos disparar el otro, y partimos. Aquello era maravilloso. Hubiérase dicho que los Alpes estaban ocupados por un ejército que hacia jugar en aquel instante toda su artillería.—Iriarte y yo creíamos encontrarnos otra vez en Sierra-Bullones, en medio de uno de aquellos combates que tan caros costaban á los marroquíes.—La ilusion era completa.

Poco despues de *Maylınd*, y en una estrecha garganta formada por altísimos peñascos verticales, nos esperaba otra sorpresa; y era un rio ¡todo un rio! que brotaba por la hendidura de una roca, como si Moisés la hubiese tocado con su milagrosa vara. El sabio *Saussure*, que conocia



EL MONT-BLANC, VISTO DESDE EL CAMINO DE CHAMOUNIX

los Alpes como nadie, opina que este rio es una filtracion del lago de *Flaine*, que se encuentra allá en la altura, á cuatro mil cuatrocientos piés sobre el nivel del mar, como si un genio lo hubiera subido allí para mirarse á solas en sus ignoradas aguas.

No lejos de este prodigio, se alcanza á ver la famosa cascada de *Arpenaz.*

En ella, como en otras que ya habíamos encontrado, advertí que el caudal de agua que se desprende de lo alto no llega ni con mucho al suelo, sino que se deshace en el camino, convirtiéndose en una especie de tamo ó niebla, que humedece luégo una gran superficie del valle, y forma en él mil y mil endebles arroyos, que poco á poco van amasando de nuevo el mismo potente rio que se habia desvanecido en la atmósfera...

Supongo que nadie ignorará la razon física que determina este fenómeno, y por consiguiente no la explico. Pero como la imaginacion no entiende de semejantes razones, resulta que no puede uno ver sin asombro y pasmo aquel agua colgada, aquella gran estalactita líquida, aquella corriente furiosa que se precipita bramando desde lo alto de una peña, y que enmudece en el espacio y se trueca al fin en silencioso rocío, que ni siquiera tiene fuerza para doblar una espadaña.

Pero los Alpes crecen.—Ya distinguimos cumbres de ocho mil cuatrocientos treinta y cinco piés de altura.

Son las *Agujas de Varens.*

Las escarpadas puntas que forman sus cúspides, brillan al sol como plateados capiteles.

Pasa una hora. Los montes se apartan, abriendo un nuevo valle, por en medio del cual se enseñorea un rio.—Todavía es el *Arbe.*—¡Y todavía se ven en torno suyo indelebles vestigios de sus estragos!

En medio de este valle se encuentra la aldea de *San Martin.*

Antes de llegar á ella, el conductor nos indica con un ademan que miremos al lado izquierdo...

Por la abertura que dejan dos montañas cubiertas de negro bosque, se alcanza á ver una lejana cima de una blancura deslumbradora...

Vosotros la conoceis ya.—Ayer la vimos desde el Lago Ginebra, y hace mes y medio desde Macon...

Es el *Mont-Blanc*!

Aún distamos de él siete leguas. Pero no nos impacientemos. Ya es seguro que esta misma noche dormiremos al pié del gran coloso.—Segun nos afirman en las casas de posta, el *Valle de Chamounix* ha vuelto á estar transitable.

Al salir de *San Martin* perdimos de vista aquella redonda cumbre, que era como el polo de nuestro viaje, y ya no la volvimos á percibir hasta que llegamos á *Sallanches.*

6

Allí se la veia tan distintamente, que parecia tocarse con la mano; y, sin embargo, distaba cuatro leguas en línea recta, y seis, contando las revueltas del camino.

En *Sallanches* dejamos la diligencia y entramos en una especie de cabriolé tirado por dos caballos.

Ibamos á empezar á subir.

En aquel momento nos hallábamos á 1861 pies sobre el nivel del mar.—En once leguas sólo habíamos subido 700 pies. Casi todos los viajeros suelen comer en *Sallanches*; pero nosotros preferimos dejarlo para *Chamounix*.—Llevábamos algun retraso, y no queríamos que nos anocheciera antes de subir al alcázar de las montañas.

Marchamos, pues.

El pais en que entramos luégo conservaba las huellas de atroces terremotos.

A la derecha dejamos los renombrados baños de *San Gervais*, en que siempre hay por este tiempo algunas familias españolas.—Estos baños están escondidos en el seno de un monte sumamente feraz y pintoresco, y son, al decir de los que los conocen, uno de los parajes mas deliciosos del mundo.

A poco de pasar por en frente de ellos, nuestro viaje empezó á ser una penosa ascension por escabrosas y retorcidas cuestas.

Habia llegado el momento del asalto. Teníamos que subir otros 1.500 piés para llegar al valle de *Chamounix*, que, con estar tan alto, no es sino el pedestal del Rey de los Montes.

En *Servoz* nos vimos obligados á echar pié á tierra; pues los caballos no adelantaban casi nada.—El suelo empezaba á estar helado.

El cochero, que habia previsto todas estas contingencias, nos proveyó de unos recios bastones terminados en agudas puntas de hierro.

El camino flanqueaba un monte cubierto de pinos, que á veces formaban una bóveda sobre nuestra cabeza. Este monte se levantaba á nuestra izquierda casi verticalmente; y á nuestra derecha, por el contrario, abríase un hondo abismo en que rugian torrentes y cascadas.

Todo era ya aterrador en aquella monstruosa naturaleza; y cual si se hubiese querido advertir al viajero los riesgos que podia correr más adelante, veíase sobre el camino un sencillo monumento, erigido al poeta *Eschen*, que murió en 1801 al tratar de subir á una de las vecinas eminencias.

Las cumbres que nosotros salvábamos en aquel instante se llaman *les Montets*, y eran ya el último obstáculo que se levantaba entre nosotros y el *Mont-Blanc*.

Mucho tiempo hacía que reinaba la noche en los hondos valles, y en el camino que nosotros segíamos empezaba tambien á oscurecer; pero el sol doraba todavía las blancas cimas que asomaban á lo lejos...

La tarde era tranquila, solemne, magestuosa. Nosotros andábamos en

silencio, escuchando absortos los augustos rumores de aquella soledad sublime. La cuesta se presentaba cada vez mas áspera...

Finalmente, despues de mucho bajar y subir, y de subir siempre mucho más que bajábamos, llegamos á una alta cima; hizo el camino una revuelta, y lanzamos un grito de asombro...

El valle de Chamounix acababa de aparecer ante nuestra vista: el *Mont-Blanc* se levantaba sobre nuestra frente: la cordillera nos rodeaba: la nieve nos desvanecia.

. . . .

En el valle era de noche.—¡Todo, pues, yacia en las tinieblas..., menos los helados titanes!

La luz del sol, que ya no veia nadie en Europa, circundaba las sienes del viejo rey con un turbante de rosa y oro. Su blanca túnica resplandecia como el cristal, ofreciendo á la vista un desierto de nieves que empezaba en el valle y terminaba mas allá de las nubes... Las nubes ceñian su cintura, sin lograr alzarse nunca hasta su frente, que se erguia desdeñosa sobre las tempestades de la tierra...

Pronto fue tambien de noche en el cielo. La tierra y el espacio habian desaparecido en la oscuridad...—¡Y aún se percibian claros y distintos, en medio de las tinieblas, aquellos colosales fantasmas, aquellos blancos espectros, que absorbian toda la claridad de las estrellas y del agonizante crepúsculo, cual si brillasen con no sé qué luz propia.

. . . .

Lo cierto es que habíamos llegado un poco tarde al valle de *Chamounix;* pero tambien es verdad que nos alegramos mucho de ello; pues ninguna impresion más grande ni más fantástica podia producir el *Mont-Blanc*, que la que causaba en medio de la noche...

—Tiempo tendremos mañana (dijimos), desde que salga el sol hasta que se ponga, para ver en su realidad esas cumbres y admirar de cerca los *glaciers* la *Mar de Hielo* y todo lo demás que encierra este valle.

Y como el cabriolé acabase en aquel momento de subir la cuesta, y hacia un frio que nos penetraba hasta los huesos, montamos en seguida, y continuamos hácia *Chamounix*.

Media hora despues estábamos en la patria de *Linda*.

Chamounix es una mísera aldea, compuesta de pobrísimas casas, en medio de las cuales se levantan cinco ó seis *palacios*, que contrastan vivamente con el resto de la poblacion.

Estos *palacios* son *hoteles* de primer órden, de cinco ó seis pisos cada uno, donde se encuentran todas las comodidades de la vida moderna, ó sea todo el *confort* que pudiera brindar un hotel de Londres ó de París.

Nuestra llegada al Lugar fue un acontecimiento.

—¡Ingleses! ¡Ingleses! empezaron á gritar los chiquillos.

Y todas las puertas y ventanas de las casas rústicas se cuajaron de cabezas curiosas...

¡Ah! Chamounix no tiene más riqueza que el *Mont-Blanc*, ni otra industria que exibirlo á los *ingleses*. En cuanto á la denominacion de *ingleses*, comprende á todos los humanos que viajan por placer, aunque sean patagones ó kalmukos.

Los habitantes de *Chamounix* pasan el invierno labrando baratijas de madera, haciendo bastones como los que nosotros habíamos adquirido, engordando vacas, echando pienso á los mulos y esperando á que llegue el verano.

No bien llega el verano, *Chamounix* se llena de *ingleses*, y todos los habitantes del valle se convierten en *guias*, y todos los mulos hallan quien los alquile para subir á los montes, y las vacas dan leche y queso, y sus tiernas hijas se truecan en chuletas ó *beefteack*, y todas las manufacturas del invierno encuentran salida, y el oro *inglés* cae como el maná sobre la comarca...

En el *Hotel Real de la Union*, (único que ya quedaba abierto) nos recibieron con tanto agasajo y tan profundas cortesías, que temblamos por nuestra bolsa. Pero tambien es verdad que nunca nos hubiera sido tan grato dar un reino que tuviéramos, por un techo, una chimenea, una cama, un pedazo de pan y un vaso de vino, como en aquel momento en que no sabíamos qué nos agoviaba más, si el hambre ó el cansancio, si el frio ó la gana de dormir.—Poco tiempo despues nos convencimos de que los que más teniamos era hambre

Conque hagamos alto por ahora en nuestra relacion, y dejemos hablar á los apuntes de mi *libro de memorias*, escritos con lapiz en los mismos sitios y en los mismos instantes á que hacen referencia.—Esto no podrá menos de prestar á veces mayor interés y movimiento á la presente obra.

Mi cartera de viaje dice así:

. . . .

Chamounix.—Hôtel royal de l' Union.—16 de octubre de 1860.

Hénos en el Mont-Blanc, en la patria de la nieve, en el imperial alcázar del invierno.

La música de *Linda* resuena sin cesar en el fondo de mi alma.—*Chamounix* y *Donizetti* son dos nombres que no pueden separarse.

Quizás en este mismo instante (son las nueve de la noche) mis amigos de Madrid ven pintados estos sitios en los telones del teatro Real, y oyen las tiernas y graciosas melodías del sublime loco de Bérgamo, en las cuales se encierra toda la inocente poesía de los Alpes y de la afectuosa raza que vive en ellos.

¡Donizetti!—Este nombre me lleva mucho más lejos. Llévame á Sierra-Nevada, á aquellos Alpes de Andalucía, donde pasé mi niñez, viendo á todas horas las nieves del *Mulhacen* y del *Veleta* perdidas en el azul del espacio; y donde arrullaron mi cuna los cantos de *Lucía*, de *Linda* y del

Furioso, haciéndome soñar todo lo que despues me ha sucedido,—sin exceptuar este viaje.

Pero ¿qué es mi pobre *Mulhaden* comparado con el *Mont-Blanc*?—Colocad sobre la cúspide de *Sierra-Nevada* otra sierra de 4,900 piés de elevacion, y tendreis la cumbre del *Monte-Blanco.*

Lo que si es verdaderamente delicioso es encontrarse, como yo me encuentro, en una abrigada habitacion, al amor de una cariñosa chimenea, en frente de una humeante y regalada mesa en que no falta el confortante mosto, á la vista de una mullida cama, y al lado de una escogida biblioteca, y pensar al mismo tiempo en el frio que hará en este instante fuera del hotel, en lo próximos que se hallan los ventisqueros y las neveras, en el penoso camino que hemos traido para llegar hasta aquí, y en que por esa ventana se ve el Mont-Blanc desde su base hasta su cima.

¡Comprendo perfectamente que un hombre disgustado del mundo ó afligido por una profunda pena, se pasase todo un invierno en esta soledad, sin otro espectáculo que la nieve, fatigando su cuerpo durante el dia por esas heladas cumbres y viniendo á descansar á la noche en esta abrigada habitacion, donde tantas y tan buenas cosas podrian pensarse y escribirse!

Mas escuchemos...

Una larga detonacion, semejante á la de un trueno próximo, retumba sobre nuestras cabezas...

Es un alud que se desprende de lo alto, aumentando de volúmen en su camino, ó partiéndose en mil fragmentos, que vuelven á engrosarse y á dividirse...

¿En dónde caerá la *avalancha*?—¡Ay de la cabaña, ay del puente, ay de los árboles que encuentren á su paso las colosales bolas de nieve!

Sirvan empero de garantía á nuestra tranquilidad los muchos años que llevan de existencia estos hoteles, sin que ningun alud haya caido sobre ellos, y durmamos confiadamente...

¿Por qué no? ¡Seguridades tan relativas como estas, nos hacen esperar todas las noches que despertaremos al otro dia!

La vida es siempre un combate, y la esperanza una temeridad...

. . . .

Pero, antes de acostarnos, dirijamos por última vez una mirada, al través de esos cristales, al bárbaro coloso que reina sobre toda Europa.

¡Hélo allí!—Ese titan no duerme nunca. Para él no llega jamás la noche.

Hélo allí coronado de su plácida aureola, vestido de su propia luz, resplandeciente y cándido en medio de las tinieblas, como las apariciones luminosas de los místicos.

¡Hélo allí inmóvil, silencioso, eterno!..

Verdaderamente, yo concibo todavía pudiera ser un poco mas alto.—La cumbre del Himalaya, sin ir á otro planeta, mide 28,000 piés de elevacion; es decir, casi doble estatura que el *Mont-Blanc*...—Y aun el mismo

Himalaya pudiera tener algunos metros más.—Y aunque llegase á las estrellas fijas, cualquiera podria sin grande esfuerzo imajinarlo un poco mayor...

Pero yo no debia revelar al público estos secretos, ni disminuir con tales reflexiones la importancia de mi viaje.

Dice bien el refran: el que mucho habla, mucho yerra.

IV.

FISIOLOGIA DEL MULO, DEL JUMENTO Y DEL CABALLO.—LA MAR DE HIELO.—AVALANCHAS.—EL ALBUM DE LA FLECHERE.—PUESTA DEL SOL.

Chamounix, 17 octubre.

Han pasado algunas horas de sueño, durante las cuales mi alma ha viajado por donde mejor le ha parecido, á la manera de un criado que aprovecha las horas en que su amo se halla de paseo, para entregarse libremente á sus asuntos particulares.—¡Vaya un símil!

Las gallinas cacarean á la puerta del hotel. Es cosa de levantase. El reloj marca las seis.

Abro la ventana... ¡Oh qué dia tan magnífico!—El sol argenta, ó por mejor decir, bruñe la cumbre del *Mont-Blanc*. El cielo está limpio y azul como en un dia de primavera en Granada. Los Alpes recortan el horizonte con su nevada silueta, tan pura, tan perceptible, tan precisa en sus contornos, como si fuera una incrustacion de plata que bordase el ancho pabellon del firmamento... ¡Qué inmaculada nitidez, qué limpieza, qué virginidad en ese panorama!—Se diria que es un mundo recien salido de las manos del Criador, y que ni mirada de hombre ni vuelo de ave ha profanado todavía el sublime misterio de sus horas.

En esto llaman á nuestra puerta.—Son los *guias* que vienen á ofrecerse.

Nuestro plan está formado.—Destinaremos la mañana á la *Mar de Hielo*: á las doce vendremos á almorzar al hotel; y á la tarde subiremos á la *Flechere*, desde donde contemplaremos toda la magnifidencia del *Mont-Blanc*.

Son dos viajes en mulo, que suman diez leguas de bajadas y subidas por entre hielos y nieves...—¡Valor!

El ajuste está hecho...—Casi un ojo de la cara...

Llevaremos dos mulos y tres guías; zapatos herrados, y los bastones consabidos.

Cosa de merienda no hace falta; pues, al decir de esta gente, ya encontraremos por entre esas neveras alguna choza en que nos den un vaso de mosto y un pedazo de queso con que espantar el frio.—Por lo demás, nosotros nos hemos desayunado medianamente...

. . . .

Con que hénos ya caballeros en los mulos.—Asi atravesamos el pueblo, cuyos moradores empiezan á discurrir por las calles tapizadas de hielo y escarcha, y nos dicen *buen viaje* con la mayor cortesía.

Entre las rollizas muchachotas que se asoman á las puertas, hay algunas tan blancas y tan rosadas como una aurora en la nieve; pero no encuentro por ninguna parte á *Linda*, ni cosa que se le parezca...—Bien es cierto que debe de haber envejecido.

A poca distancia de nuestro hotel, pasamos un rio por un puente de madera.

Este rio es todavia el *Arbe*... Pero no ya aquel Arbe potente y devastador que conocimos ayer, sino un riachuelo alegre, inofensivo y bullicioso como un Sardanápalo en mantillas.

Luégo atravesamos unas estensas praderas y llegamos al pié del *Montavert*, formidable mole de seis mil piés de elevacion, á cuya cumbre nos proponemos llegar, para caer desde allí en la Mar de Hielo.

La ascension al principio no es penosa, pero sí arriesgada, en atencion á que ha nevado ultimamente, y á que hoy el sol ha de calentar bastante, lo que podrá dar por resultado que haya desprendimientos ó aludes;—¡y este es precisamente el camino que siguen muchos de ellos!

Reparad, si no, en estos colosales abetos que nos cercan, y encontrareis muchos tronchados como débiles cañas... Reparad en esas peñas removidas de sus antiguos cimientos... Reparad en aquellas calles abiertas entre los bosques de pinos...—Pues todo eso lo han hecho las *avalanchas*, procedentes de la altísima *Aguja de Charmoz*.

La senda se va haciendo cada vez más angosta y escarpada. El mulo encuentra apenas una estrecha y sinuosa cornisa en que sentar los pies. Ya no falta nunca un hondo precipicio á nuestra izquierda..... Si al pobre animal se le fuera un pie, ó si cediese cualquier pedrusco de los que elige para apoyarse, nuestra humanidad hecha pedazos aumentaria el largo catálogo de los viajeros que han pagado con su vida el amor á los grandes panoramas.—Y hay tanto mas motivo para pensar en esto, cuanto que los guías nos han dicho ya «que los que se dedican á su oficio acaban casi siempre por ser víctimas de él.»

—¿Ve usted aquel pico? nos indicó uno. Pues allí murió mi padre acompañando á unos ingleses. Se le fué un pie en el hielo... y... como si no hubiera nacido nunca!

—A mi hermano lo aplastó una avalancha, añadió otro.

—Yo me he caido ya una vez, dijo el tercero; y mi fortuna fue que la nieve era reciente y no se habia helado... De lo contrario, no lo contaria ahora fumándome esta pipa.

Y entre tanto, los mulos se portaban como tales: quiero decir, que procuraban ir siempre por el sitio mas peligroso, arrimados á los mismos bordes de los despeñaderos, y desatendiendo tercamente toda insinuacion juiciosa, por cariñosamente que se les hiciera.

¡Ah! los mulos son iguales en todos los paises, y yo los aborrezco con todas las fuerzas de mi alma.

Para mí el mulo es inferior al burro, y mucho mas burro que él, pues es un burro con pretensiones de caballo.

Yo amo al burro... ¿Y cómo no he de amarlo?—Su modestia, su mansedumbre, su resignacion, su docilidad me lo recomiendan como á un ser bueno, pero desgraciado: que conoce su ineptitud y se conforma con ella; que no es presumido, ni ambicioso, ni aspira á dominar á nadie; que se somete, en fin, á la humilde condicion de su destino.

Y yo amo al caballo; yo lo admiro; yo lo respeto; yo le tolero su soberbia, su jactancia, su osadía, tan propias de su esquisita naturaleza, de su hermosura, de su ardor guerrero, de su generoso instinto, de su noble *caballerosidad...*

¡Pero el mulo!... El mulo me irrita. El mulo no es grande ni por la bondad ni por el genio; no sirve para mandar ni para ser mandado; es inútil y díscolo, improductivo y vanidoso, estúpido y rebelde, incapaz y temerario...

Y lo mismo acontece en la especie bípeda-implume.—Tambien consta de tres familias. Tambien hay en ella hombres-burros, hombres-mulos y hombres-caballos.

De estas tres familias, yo preferiré siempre la de los hombres-burros, y la amaré con la infinita ternura. Asimismo toleraré y respetaré al hombre-caballo... ¡Pero líbreme Díos del hombre-mulo, del tonto con pretensiones, del necio cuya necedad empieza por no conocerse á sí misma, del sandio ingobernable, del burro disfrazado de caballo!

Y dejemos esto, no sea que mi cabalgadura se entere de lo que voy pensando, y me tire por las orejas.

Poco agradable seria; pues nos hallamos á una altura fabulosa, y el abismo sigue abierto siempre bajo nuestros piés.

Ya hemos pasado por *Caillet,* en otro tiempo cubierto de árboles, que los aludes han arrastrado en su caida...

Hace bastante frio y principia á soplar un fuerte viento, no obstante la serenidad de la mañana.

Este viento no se sentirá allá en el valle, de cuyas chimeneas vemos alzarse el humo muy sosegadamente.

¡Ah! el valle parece desde aquí un juguete de niños. El rio, las cabañas, la antigua abadía, los vastos hoteles, los prados y las colinas que los cercan, forman un paisaje cuyo tamaño no excede aparentamente del de la vitela de un abanico,

Ya caminamos sobre densas nieves. Ya terminó toda vegetacion. Vamos tocando á la cima del *Montánvert.*—El *Mont-Blanc* queda oculto á nuestra espalda.—*La Mar de Hielo* va á presentarse ante nuestra vista...

¡Alto!—Hemos llegado...

La emocion no puede estar dispuesta con mejor arte.—La áspera sen-

da termina á la puerta de una especie de ventorrillo edificado sobre el borde mismo del monte.

Entremos, y desde sus ventanas contemplaremos á vista de pájaro todo el *glacier*...—que en español se traduce *ventisquero*, á pesar de que «ventisquero» es otra cosa muy diferente...

Y si no, veamos qué es un *glacier*...

¡Oh!... ¡qué asombro! —Asomaos... Mirad...

Su nombre lo dice... ¡Esta es una *Mar de Hielo*! —Pero una mar en cólera, petrificada en el momento del combate.—Desde aquí no se ve más que hielo y nieve: blancas montañas en torno nuestro: rocas de cristal por todas partes; agujas de plata que penetran en las altas regiones de la atmósfera; y, por en medio de una y otra mole, torrentes de alabastro bajando á abastecer este piélago mudo, inmóvil, aterrador como la muerte.—Y este mar, este inmenso rio, que se pierde de vista allá á lo lejos, á dos leguas de nosotros, está como volcado en un violento declive; está colgado, por decirlo asi; parece que se despeña, á la manera de poderosa catarata, amenazando sumergir valles y montes; y asi baja, y asi llega á un punto dado; y allí se detiene; allí termina de pronto, como si la clemencia de Dios le hubiera dicho *¡párate!*, ó como si él, condolido de los estragos que iba á causar, hubiese refrenado su propia ira...—Por eso digo que se petrificó en el momento del combate.

Y lo mismo se puede asegurar de todas las cosas que nos rodean.—El rizado oleaje de la superficie de la Mar de Hielo; las amplias ondas que simula este hielo al arrastrarse por las vertientes de los montes; la violenta actitud de los témpanos supendidos en las alturas; la animada disposicion de las masas y sus menores accidentes; todo da idea del movimiento, todo revela que aquí hubo un período de accion, todo recuerda una pasada vida, como el gesto permanente de un cadáver traduce el último pensamiento del espíritu que huyó de él.—Diríase que en algun tiempo esta mar ha sido líquida; esos torrentes han fluido; esos montes han palpitado; esta soledad amortajada ha tenido voz y aromas, vida y actividad; y que repentinamente, en un súbito momento, el invierno asomó por encima de las sierras su cabeza de Medusa, conjelando, cristalizando, petrificando esta naturaleza.—La *Mar de Hielo*, en fin (y aquí terminan por ahora las metáforas), parece un mundo muerto, un planeta tallado en mármol, la estátua sepulcral de nuestro globo, ó la haz funeraria de la luna, tal como la hallamos en remotísima apariencia...

Con que digamos ahora en puridad lo que es la *Mar de Hielo* y lo que son todos los *glaciers* del mundo, aunque para ello tenga yo que valerme del mismo que me lo ha esplicado, ó sea del célebre viajero suizo *K. Bædeker*.

«En las altas regiones de los Alpes (dice); al principio de las nieves eternas (1), nieva siempre en vez de llover. Esta nieve, que cae en for-

(1) Los Alpes, considerados bajo el punto de vista de su elevacion, se dividen en *Altos*

ma de granizo, se amontona en los barrancos, donde el aire y el sol ablandan algo su superficie, y forman de ella una capa compacta, que se hiela á la noche y se ve pronto cubierta por otra nueva capa de nieve. Asi seva componiendo una masa densa de hielo, purísima en su interior y azulada por la parte afuera, la cual no es otra cosa que el *glacier* caracterítisco de los Alpes.

»Los *glaciers* primarios son largas masas de hielo, semejantes á un rio helado, que se extienden á lo largo de los valles, con una lijera inclinacion, y que llegan á medir algunas veces 1,000 y 1,500 piés de espesor ó profundidad!—La inclinacion de los secundarios es mayor, el hielo menos duro, su estension no tan grande, y están como colgados de los flancos de las montañas.

»Más arriba aún, pasando de los 10,000 piés, la accion del sol y del aire sobre la superficie del *glacier* es ya tan insignificante que no logra cambiar la forma de la nieve ni ablandarla para que despues se convierta en hielo. Esta nieve suelta, ó no condensada, que se encuentra á la cabeza del *glacier*, se llama *névé* (palabra que no tiene equivalente en español, á causa de que en España no hay alturas que excedan de 10,000 piés).—Ahora bien: cuando la nieve del *névé* (al cual no hay que confundir tampoco con nuestros ventisqueros) llega á la region del hielo, que, como hemos dicho, se halla mucho mas abajo, su capa superior se derrite bajo la influencia del sol, y el agua que resulta penetra las capas inferiores: á la noche se hiela todo, y queda formado el *glacier*.—El *glacier*, por consiguiente, es una prolongacion del *névé*.

»Pero como las nieves y el hielo se renuevan constantemente, sin que el *glacier* crezca por esto, hácese necesario que el aumento se compense con alguna disminucion. Y asi es. En primer lugar, el sol y el aire, obrando sobre la superficie del *glacier*, producen una gran evaporacion; y por otro lado, el derretimiento contínuo de sus capas inferiores produce un arroyo y hasta un rio, que corre siempre por debajo de todo *glacier*.—*La Mar de Hielo*, sin ir mas lejos, da orígen al rio *Arveiron*, que veremos al bajar.

»Tambien consta de una manera indudable que los *glaciers* están en continua actividad, y que, obedeciendo á una presion de arriba, avanzan lentamente sobre los valles.

—»Pero esto no quiere decir que se acerquen á ellos cada vez más; pues al llegar al límite marcado por la temperatura, se derrite la masa de hielo. Lo que esto quiere decir es que el hielo, la nieve ó los peñascos en ellos caidos, que se encontraban en un tiempo dado á la cabeza del *glacier*, caminan poco á poco hasta tocar á su término inferior.

»Nada menos que en doscientos años se calcula el tiempo que em-

Alpes, *Alpes medios* y *Alpes bajos*.—Llámase *Alpes altos* á los que esceden de 8,000 piés, punto en que la nieve no se derrite ya nunca hácia las vertientes septentrionales: (en las vertientes del Sur las nieves *eternas* no se encuentran sino 800 piés mas arriba.)—*Alpes medios* son las cumbres que se hallan entre los 8,000 y los 4,500, en que los árboles dejan de crecer.—*Alpes bajos* son los comprendidos entre 4,500 y 2.000 piés de elevacion.

La altura del Mont-Blanc es de 14,800 piés.

plearia en recorrer toda la *Mar de Hielo* una piedra colocada en su parte más eminente.

»La superficie de los *glaciers* no es tersa, sino, por el contrario, muy escabrosa y accidentada.

»Primeramente, hállanse en ellos las llamadas *mesas*, que son grandes losas apoyadas sobre un pie de hielo, presentando toda la forma de un velador.

»Este curioso fenómeno se esplica perfectamente. De los flancos de las montañas cae sobre el *glacier* una piedra estensa y delgada: el sol derrite con el tiempo la nieve alrtededor de aquella losa, pero no la nieve que hay debajo de ella, y á la cual sirve como de sombrilla: y al cabo de algunos meses, la piedra queda en el aire, tendida sobre un pilar de hielo, que adelgaza continuamente hasta que se rompe, y que entre tanto marca el alto nivel á que llegó la nevada en tal ó cual invierno.

»Otra rareza de la superficie de los *glaciers*, es lo que se llama un *embudo*, el cual es un agujero de la forma que indica su nombre. Estos agujeros, que á veces horadan todo el *glacier* y llegan á comunicarse con el rio que corre por su lecho, provienen de haber caido sobre aquel un ave muerta, un objeto de metal, ó una piedra de poco asiento, cuyos objetos, calentados por el sol, derriten la nieve que tienen debajo.—Es la razon cantraria á la que explica la existencia de las *mesas*.—Siempre que hay derretimientos, el agua se filtra por estos embudos, y naturalmente, va fundiendo á su paso un hielo secular á que no hubiera llegado nunca la accion del sol.

»Por la inversa: cuando la corriente lenta del *glacier* se ve obligada á pasar sobre un terreno escarpado, la masa cristalina se rompe en mil fragmentos, sobre los que obran despues el sol y el aire, las nuevas nevadas y los trastornos que ocasionan los vientos.— De este modo se producen las graciosas agujas de hielo, las pirámides y todas las demás caprichosas figuras que sorprenden al observador.

»Réstanos hablar de las *crevasses* (grietas) que se encuentran á cada paso en los *glaciers*, y que son otros tantos abismos que han costado la vida á muchos viajeros. Durante el invierno, las grietas se cierran, pero en falso, ó sea superficialmente; y á la primavera vuelven á abrirse con espantoso estrépito. Tambien suele acontecer, en las grandes nevadas, que las grietas se llenen de nieve, en cuyo caso nadie debe aventurarse á reconocer el *glacier*, pues nada es mas fácil que poner el pié sobre una *crevasse* y ser engullido por ella...»

. . . .

Hasta aquí *Bædeker*.—Ahora nosotros, ilustrados con sus noticias, descendamos por nuestro pie á la *Mar de Hielo*.

Verdaderamente, la escurcion es penosísima y bastante peligrosa. Hace pocos dias que ha nevado, y las grietas pequeñas se hallan obstruidas por la nieve. Nuestra fortuna es que anoche ha helado mucho y que el sol no ha penetrado hoy todavía en estos barrancos.

Lo que más me impone en tan monstruosa naturaleza son los *pozos de Hielo* que hemos llamado *embudos*.—Yo me he asomado á uno de ellos, tendiéndome á sus helados bordes, y me ha espantado su lóbrega profundidad.

—Allá... en lo hondo (he pensado)... debajo de esta enorme costra de hielo de mil pies de espesor, fluye un rio sobre la verdadera haz de la tierra...

Y he querido oir aquel rumor de vida, sentir la palpitacion de aquella profunda vena; y he estado escuchando mucho tiempo, y no he percibido nada.

Entonces he arrojado al pozo un pedazo de hielo, y he puesto la mayor atencion...

Al cabo de cinco segundos, el eco me ha traido el son del agua herida por el témpano.

Esto me ha conmovido sin saber por qué.—¿Quién es capaz de definir las íntimas relaciones de lo que imaginamos con lo que sentimos; de nuestras ideas con nuestros afectos?—Acaso... lo que yo acabo de esperimentar es un impulso de amor filial hácia la tierra habitable y productora que yace bajo esta helada corteza que la cubre como un sudario.—Quizás mi dicha de haber percibido la voz de la vida al través de tanta muerte, puede compararse al placer que nos causa hallar la bondad en el fondo de un carácter brusco, el amor detras del coquetismo, el manantial del llanto en el alma del escéptico, ó los latidos vitales en el corazon un niño dormido, cuya palidez y cuya inmovilidad nos hicieron temer que hubiera muerto.

Pero se me ocurre preguntar una cosa, que me preocupa mucho desde que penetré en este valle de cristal.—Dígaseme: ¿cuándo se nevaron los Alpes por la vez primera? ¿Qué quiere decir *nieves eternas*? ¿Crió Dios *nevados* estos montes al hacer el mundo? ¿Estuvieron alguna vez sin nieve? ¿Tienen razon los *neptunianos*? ¿Ha sido el agua el gran artífice, cincelador del globo? ¿Estuvo todo él cubierto de nieve en algun tiempo? ¿Se retira esta nieve hácia las cumbres de los montes? ¿Llegará á desaparecer? ¿Vendrá un dia en que las pardas moles de granito, sepultadas hace miles de años bajo esta densísima losa sepulcral, tornen á ver la luz del cielo?—¿O tienen razon los *vulcanistas*, y hubo en efecto una época en que toda la tierra se hallaba en estado ígneo? ¿Es positivo y cierto que nuestro astro se fue enfriando y solidificando luégo, hasta hacerse habitable, como lo es... en algunas zonas? Y este enfriamiento, ¿ha terminado ya; ó continúa y continuará indefinidamente? Y, si continúa, como algunos creen, ¿no podrá suceder, con el trascurso de los siglos, que toda la superficie del globo terráqueo quede sujeta á las condiciones climatológicas de los Altos-Alpes, y nuestro pobre mundo se vea convertido en un *glacier* inmenso, en una nevera, en una roca de hielo, en un espectro blanco y pavoroso que represente en los espacios infinitos la total estincion de la raza humana?

Entonces sí que un Pastor-Diaz de otro Planeta podria decir del nuestro lo que este insigne elegiaco ha dicho de la Luna:

¿Qué eres de hoy mas sobre ese helado cielo?
—Un peñasco que rueda en el olvido,
ó el cadáver de un sol que endurecido
yace en la eternidad...

Ya hemos bajado de la *Mar de Hielo*, y nos encontramos en su límite.

Aquí nace el *Arbeiron*, ó por mejor decir, aquí aparece por debajo de los témpanos y las nieves.

Su salida al valle no puede ser mas grandiosa.—Un arco de hielo sirve de entrada á una gruta azul, que allá se pierde de vista en las tinieblas. Esta gruta es, como si dijéramos, la urna alegórica de donde se vuelcan las aguas, ó mas bien la regia morada de uno de aquellos rios que en la *Iliada* y en otros poemas revisten formas humanas y pronuncian elocuentisimos discursos.

Nosotros hemos querido aventurar algunos pasos por esta gruta de zafiro; pero los *guias* nos lo han vedado, diciéndonos que ya está demasiado avanzada la estacion para acometer tal empresa sin gravísimo peligro.—Y, á este propósito, nos han referido muchas historias de viajeros aplastados por témpanos desprendidos de la alta bóveda azulada...

Apartémonos, pues, de este sitio; montemos en nuestros mulos; atravesemos otra vez el valle de *Chamounix*, y emprendamos la subida á la *Flechere*, donde nos aguarda la mejor vista que puede disfrutarse de la Cordillera del Mont-Blanc.

Porque dicho se está que nosotros no vamos á subir á la cumbre del coloso. Esto requiere tres dias de un penosísimo escalamiento pasando dos noches en medio de las nieves, y solo puede realizarse en el mes de julio.—Por lo demás, y segun el voto de los principales viajeros que han hecho esta escursion, el espectáculo que se disfruta desde arriba no vale el trabajo ni los peligros que cuesta; pues es tal la neblina que despiden los Alpes, vistos desde aquella altura, que en los dias mas serenos sólo permite distinguir confusamente los rasgos principales del pasaje.

La *Flechere*, á donde nosotros nos dirigimos, es un monte de seis mil piés de elevacion, que se levanta frente por frente del *Mont-Blanc*. La asociacion de *guias* ha edificado en su cumbre una buena casa, que viene á ser como un palco ó un observatorio, desde el cual, repito, se domina la gran cordillera mejor que desde ningun otro punto.

—Ya no esperábamos volver á subir este año á la *Flechere*, nos dicen los *guias*; de modo que lo habiamos encerrado todo hata el verano venidero. Durante el invierno, la nieve sirve de guardian á los muchos enseres que tenemos allí... Ustedes serán los últimos que visiten este año aquella altura.

En esto ya hemos atravesado el valle y principiado á subir de nuevo.

Es cerca de las doce, y el sol sale en este momento para los habitantes de *Chamounix*.

La áspera cuesta—la más áspera que he subido desde que me conozco—hace redoblados *zigzags* por un bosque de pinos que parecen hijos de la misma nieve.

Cuando salimos de este bosque, ya nos encontramos á una altura extraordinaria sobre el valle de *Chamounix.*

A cada momento volvemos la cabeza para ver el *Mont-Blanc*; y reparamos que, á medida que nosotros subimos, el *Mont-Blanc* parece subir tambien; es decir, que, cuanto más nos elevamos, más por debajo de su cima nos creemos.—Lo mismo sucede cuando se discute con una alta inteligencia, ó cuando se leen muchos libros; que, á medida que se remonta uno, encuentra más y más inaccesible el pináculo de la sabiduría.

Seguimos caminando, ó por mejor decir, escalando el monte. Los mulos no pueden más. La senda tiene una inclinacion de doscientos por ciento, y la determina un pedregal cubierto de hielo y nieve.

Echamos pié á tierra..... —¡Qué fatiga! ¡Y qué hambre!—¿Cuando llegaremos á lo alto?

Han pasado dos horas.

Hénos al fin en la *Flechere.*

Desde aquí vemos toda la blanca cordillera del *Mont-Blanc*, todos los *glaciers*, todos los picos en su verdadera altura; todo el valle, en fin... desde el punto por donde ayer entramos en él, hasta el *Col de Balme*, por donde saldremos mañana...

(Porque ya es indudable que podemos saltar desde aquí á Italia, atravesando parte de la Suiza, hasta encontrar el Simplon.—La *Tete Noire* no está tan nevada como temíamos.)

Pero mirad al *Mont-Blanc*... Vedlo ahora levantado sobre todos sus émulos.

Aunque el dia no puede ser más sereno y trasparente, vése una especie de nube sobre la cima del gigante. Desde esta mañana la estoy reparando; pero hasta este momento no me he persuadido de que no es una nube: es una cosa como humo, es un vapor plateado, es una irradiacion semejante á la que en algunas noches purísimas de enero vemos alrededor de la luna.

De cualquier manera que sea, ello es que esa nube recuerda el humeante penacho que ondea sobre los volcanes.— Al decir de los viajeros (y ya lo veremos nosotros, si Dios quiere), la cima del Vesubio humea de este mismo modo...

Asi, pues, el *Vesubio* y el *Mont-Blanc* son dos gemelos coronados.—Aquel, el rey del fuego; éste, el rey de la nieve.

Despues de contemplar durante mucho tiempo el espectáculo de tanta y tanta blancura (contemplacion en que se van las horas sin sentir, como en la del mar, en la de las estrellas y en la de todo lo que es grande y monótono), hemos entrado en la casa de los *guias*, donde estos nos

habian preparado ya una mesa con galleta, queso, nueces y un vinillo delicioso, que por el solo hecho de encontrarse aquí, se halla casi helado.

—Si quieren ustedes descansar, nos dicen nuestros conductores, allá tenemos hasta tres camas para viajeros; pero si prefieren ustedes ver el *Album de la Flechere*, que es curiosísimo, encenderemos la chimenea y estarán con más comodidad.

Nosotros optamos por esto último.

El *Album de la Flechere* es un enorme volúmen en que cada viajero escribe lo que se le antoja. Ya está casi lleno, y hállase redactado en todos los idiomas europeos, desde el portugués hasta el ruso, desde el griego hasta el inglés.—La traduccion de aquel tomo á una lengua, constituiria un precioso libro, lleno de originalidad, de ingenio, de gracia y hasta de ciencia y de poesía. Allí cada uno ha reflejado su carácter, ha dado la medida de su inteligencia y hasta ha revelado el espíritu de su país. Por lo regular, el asunto que tratan todos es la hermosura del *Mont-Blanc*. Unos la cantan; otros la niegan; estos malcicen las incomodidades que les ha costado; aquellos la comparan con otras maravillas del globo; quién le dedica versos; quien caricaturas; muchos se contentan con escribir un nombre; no pocos refieren toda una historia... Pero lo que más llama la atencien son las ardientes polémicas que se han armado en este libro entre personas que no se conocen.

Figuraos que llegó un *inglés* y dijo: v. g.

—«Hay una cosa blanca que me gusta mas que el *Mont-Blanc*, y es la espuma de la cerveza.»

Leyólo un *francés*, y puso por debajo:

—«Este inglés es un imbécil.»

Pero vino otro *inglés* y dijo:

—«Para imbéciles, usted y toda la Erancia.»

A lo que añadió un *ruso* algunos sarcasmos acerca de la alianza anglo-francesa, y un *polaco* una maldicion contra la Rusia, y un *aleman* una burla del *polaco*, y un *italiano* una mofa del *aleman*, y un *español* una censura al *italiano*, y un *portugués* un insulto el *español*, y otro *inglés* un discurso filosófico acerca de la paz universal, la fraternidad humana y la abolicion de los ejércitos.

Una de las polémicas más recientes versa sobre la anexion del *Mont-Blanc* á Francia, y son de ver las cosas que los italianos y los ingleses han escrito sobre este particular.

De lo dicho se deduce que el *Album de la Flecheres* y todos los de su clase que se encuentran en lugares desiertos, son unos temibles periódicos clandestinos en que se escriben apreciaciones que no pueden hacerse en los diarios legalizados; son como la estátua en que los romanos fijaban los pasquines; son una especie de carnaval en que todos se dicen la verdad sin rodeos ni circunloquios.

Este libro no lo ve jamás autoridad ninguna, ni nadie es responsable

de lo que en él se escribe, y sin embargo puede leerlo todo el mundo...— Figuraos lo que se dirá en él contra los reyes y contra los pueblos, contra las cosas y contra las personas...

. . . .

En esto escuchamos un tremendo estampido, mucho mas fragoroso que el de anoche...

—¡Avalancha! ¡Avalancha! gritan los guías... Miren ustedes... allá... en la *Mar de Hielo*...

Salimos á la puerta, y en el mismo instante truena segunda vez la nieve, y vemos caer de la *Aguja Verde* una gran mole, que levanta al chocar con el hielo una especie de polvo blanquecino, y luego sigue rodando y rugiendo hasta perderse en los barrancos que confluyen en la *Mer de glace...*

¡Qué horror! ¡Ya ha desaparecido el alud, y todavía rechinan en el aire los crujidos de los hielos quebrantados!...—Se diria que asístimos al simulacro de un terremoto.

Al mismo tiempo, y cual si la catástrofe le hubiese abierto camino, aparece la luna por detrás de una nevada loma que va á morir en un bosque lejano.

Son las tres y media de la tarde, y el sol ha desaparecido ya de este angosto horizonte; pero su luz dorará todovía durante dos horas toda la alta region de las montañas.

La luna está en creciente, y por lo tanto, solo presenta una estrecha faz iluminada. Su blancura no iguala ni con mucho al monte de que se destaca lentamente; pero asi y todo, hace el efecto de una pluma despeinada y luego desprendida de las alas de una gigantesca paloma.

Conque volvamos á Chamounix; que en esta elevacion, donde no puede vivir ni el heróico pino, hace ya un frio irresistible.

Pero no creais que vamos á bajar como hemos subido. ¡Quédese esto para las mujeres, para los viejos ó para los que no conozcan la vida de las montañas! Vamos á bajar por *escotillon*; quiero decir; no vamos á bajar, sino á precipitarnos rectamente, en el valle...—Aquí tenemos el lecho de un torrente, seco todo el año, menos la primavera, durante la cual da paso al agua producida por el derretimiento de las nieves. Coloquémonos en medio de él; echemos el cuerpo atrás, apoyándonos en el baston calzado de hierro, en la misma actitud que queda un pasiego despues de dar su clásico salto; clavemos los talones en la nieve; hagamos un esfuerzo, y dejémonos ir...

¡Esto es delicioso, y no ofrece ningun peligro!

¡Asi deben bajarse las cuestas muy pendientes!

Cuando os canseis ó tropeceis con un obtáculo, nada os será mas fácil qne sentaros ó tenderos...

Y de este modo (ya lo veis) se desanda en quince minutos todo lo que se anduvo en tres horas...

Apenas son las cuatro de la tarde, y ya estamos de vuelta en *Chamounix*.

Los mulos no llegarán aquí hasta las seis.

Entre tanto, nosotros hemos hecho con el viejo capataz de los *guias* el ajuste del viaje de mañana, el cual no puede verificarse sino en mulo, pues el camino es infernal y casi tan áspero como los que hemos andado hoy.—Se trata de salir del dédalo de montañas en que nos hemos metido.

—Mañana á la tarde (nos ha dicho el honrado jefe), llegarán ustedes á un terreno llano, habitable y muy frondoso, pasado mañana dormirán en la Suiza alemana; y al dia siguiente volverán á enfrascarse en nieves y hielos, atravesarán el *Simplon*, y bajarán á hacer noche en Italia.

—¡Italia! hemos exclamado Iriarte y yo con verdadera idolatría. Antes de llegar á aquella hermosa tierra, (nos ha replicado el anciano guía con cierta emulacion) aun tienen ustedes que admirar muchas maravillas en el seno de los Alpes. Mañana la *Tete-Noire*; pasado mañana el *Valle del Ródano*; y al otro dia, el soberbio camino abierto por Napoleon el Grande en la region de las nieves eternas... ¡Oh! ¡ya verán ustedes!...

Despues de esta conversacion, que ha reanimado nuestras abatidas fuerzas, y nos ha hecho desear el dia de mañana con todos sus trabajos y fatigas, he venido á sentarme en unos trojes, en mitad del valle, donde escribo estas línias, presenciando uno de los cuadros mas grandes que puede ofrecer la naturaleza, y lamentando con toda mi alma no ser el primer paisajista del mundo para trasladarlo al lienzo con todas sus tintas, con todos sus fulgores.

Por vía de despedida del *Mont-Blanc*, y en tanto que nos preparan la comida en el hotel, voy á procurar daros una idea de este momento, que no olvidaré nunca, y cuyas solemnes emociones resucitan en mi corazon una inefable poesía...

Ya son las cinco. El sol, que, como os dije, desapareció hace hora y media de este limitado horizonte, ilumina aún toda la gran cordillera.

El cielo, hácia la parte de Poniente, ostenta un color verde claro que nunca habia mostrado ante mis ojos.

Una montaña negra, tapada de árboles, y otra montaña blanca, abrumada de nieve, se juntan allí por sus bases, abriendo luego ancho camino á las suaves luces del ocaso..

Una ilusion óptica producida por el desvanecimiento del crepúsculo, me hace creer que el *Mont-Blanc* avanza, se me acerca, se me viene encima...—¡Oh... qué fascinacion ejerce sobre mí en este momento!

Mientras he afilado el lapiz, la decoracion ha cambiado completamente.

La nieve se ha vestido de color de fuego, y aquella nube que ha coronado todo el dia la eminente cima del gigante parece ahora un velo de oro...

¡Oh Dios mio¡ ¡Qué pureza de reflejos y matices! ¡Qué nitidez¡ ¡Qué limpieza!

Diríase que toda la disforme sierrra se ha inflamado en el momento que el sol acaba de ocultarse para ella.

¡Sublime apoteosis!...—¡ Estos son resplandores de gloria!... La nieve arde en un amor divino...—Yo no habia soñado nunca semejante magnificencia!

Y todavía... ¡todavía es *luz directa* del sol la que enciende aquella escelsa y soberana cumbre!

¡ Ah ! el dios de los astros defiere todos los dias á la magestad del dios de los montes y permanece en su cima algunos instantes más que sobre las otras alturas! ¡Y qué grato es ver desde la noche de los valles aquella plácida luz, recuerdo de un dia pasado; aquel sol de nuestro *ayer*!...—Son las últimas caricias que Febo enamorado hace á la cándida montaña... Es una tierna despedida en que los besos del osado amante enrojecen la púdica faz de la inmaculada nieve...

Entre tanto, resuenan en el valle los repetidos ecos de mil voces concertadas, formando un cántico solemne que parece ser la poética y sencilla historia del dia que acaba de morir. Las esquilas de los ganados que vuelven á sus rediles, los murmullos de las aguas, los gritos de los pastores que se llaman y se buscan en las sierras, el plañidero y vibrante son de la campana de la Abadía que llama á los fieles al *Rosario*, todo se combina en un solo acento que flota en el espacio encerrado por los montes; todo recuerda los afanes de la vida, y los años pasados por estas gentes en monotonas tareas, y la inevitable muerte que sigue á las cotidianas luchas del hombre de todos los paises.

Pero ya no veo... entremos en el hotel...

¡Adios para siempre, inolvidable dia! ¡ Adios, deseos ya cumplidos! ¡Adios, esperanzas trocadas en recuerdos!... Adios...

. . . .

Y tan cierto es que ya no se veia, que hoy no puedo descifrar la última línea que escribí ó quise escríbir á tientas en aquella hoja de mi cartera de viaje.

V.

EL HOTEL DE LA CASCADA.—OTRA VEZ SUIZA.—LA TETE-NOIRE.—UNAS INGLESAS.—EL VALLE DEL RÓDANO.—EL MONTE SAN BERNARDO.—MARTIGNI.—SOBRE LOS TONTOS.—SION.—BRIGG.—ENTREVEMOS LA ALEMANIA.—PRISIONEROS DE CASTELFIDARDO.—PASO DEL SIMPLON.—EL HOSPICIO.—LOS PERROS.—APARICION DE ITALIA.

A la mañana siguiente, muy tempranito, salimos de Chamounix, ginetes en los mismos mulos que ya conoceis.

A eso de las diez, llegamos á la cabeza oriental del valle, y encontrando allí un sitio en que penetraba el sol por entre dos montañas, echamos pie

á tierra; desliamos una mirienda que nos habian preparado en el hotel la noche antes, y almorzamos como unos príncipes... sobre el duro y helado suelo.

Luego volvimos á montar, y emprendimos una subida tan áspera y peligrosa como la de la *Flechere.*

A las doce perdimos ya de vista el valle de Chamounix y la cadena del Mont-Blanc, y nos engolfamos en un laberinto de nieves y peñas que parecia no tener salida.

Tocamos al fin á la cumbre, señalada con una gran Cruz, y entramos en un terreno quebrado y lleno de precipicios, en cuyo fondo se veian algunas cabañas, y hasta pueblecillos de pastores...;—pero pueblos y cabañas que sólo tienen habitantes durante el verano, y que, por consiguiente, estaban ya cerrados y desiertos.

Mas no continuaré adelante sin daros una ligera idea de estos que he llamado *pueblos.*

Las casas son de madera, y muchas veces no descansan en el mismo suelo, sino en unos altos zancos. De este modo los torrentes, que se las llevarian en otro caso en tiempo de las grandes lluvias, pasan por debajo de ellas sin tocarles.—Sobre los techos, que son de ramas, se ven enormes piedras, puestas allí á fin de que el viento no se los lleve; y aun asi y todo, nosotros encontramos ya hechas pedazos algunas de estas míseras viviendas.

Segun avanzábamos, la senda y el paisaje eran cada vez más atroces. A nuestra izquierda abria siempre un abismo su lóbrega boca; y allá, en una hondura que causaba vértigos, bramaba un rio misterioso, que lleva el lúgubre nombre de *El Agua Negra.*

Asi caminamos hasta descubrir una casita preciosa, de aspecto inglés, en cuya fachada decia un letrero: *Hotel de la Cascada.*

Nuestra jornada habia mediado.

Echamos pié á tierra, y mientras que los mulos tomaban un pienso; nos dirigimos en busca de la *cascada* que da nombre á aquel hotel.

La escursion era de media legua, y por un camino propio para águilas, pero el espectáculo valia la pena de tan áspera subida.

Un rio, *la Barberine*, procedente de una altísima montaña, se precipitaba de un solo salto sobre *El Agua Negra.* La violencia de la corriente era espantosa, y la altura de la cascada inmensa. Un monte de granito, labrado incesatamente por las despeñadas aguas, se habia partido en dos, formando el hondo tajo en que hervian y rabiaban las blanquisimas espumas. El estruendo de esta continua catástrofe asordaba la comarca.

Nosotros nos hallábamos en un balcon de palo, osadamente construido en uno de los bordes de aquel abismo, y *volado*, por decírlo asi, de tal manera, que podíamos tocar con la mano la recia columna de cristal que formaba el rio en medio del aire.—Era una situacion conmovedora,—y realmente el balcon se *conmovia* sin cesar, como si amenazase hundirse...—Era, si, una situacion interesantísima; pero, desgraciadamente,

aquel balcon (obra artificial del dueño del Hotel *de la Cascada*) estaba reconocido y garantido de seguridad por un ingeniero, y el asomarse á él costaba...medio franco por persona. . . . .

De vuelta en el hotel (donde nos dijeron que todos los *ingleses* tomaban allí una copa de *cognac*, para reparar las fuerzas perdidas al subir á la cascada, y que por consiguiente nosotros debíamos hacer lo mismo) volvimos á montar en nuestros mulos (con los que empezábamos á transigir hasta el punto de haber butizando yo el mio con el nombre de *anexionado*), y seguimos nuestro camino.

A un tiro de fusil del *Hotel de la cascada*, pasamos el *Agua Negra* (que no lo era sino de nombre) por un puentecillo de mala muerte, en que, al decir de nuestros conductores, terminaba la Saboya, esto es, la Francia (antes, la Italia), y principiaba el canton del *Valais*...

Volvíamos, pues, á entrar en Suiza.

Ninguna valla, nigun signo nos demostró al principio semejante tránsito...; pero un poco más lejos encontramos las ruinas de un muro en que antiguamente hubo una puerta...

Allí hay ahora una casilla, en que un viejo soldado suizo, de clásico aspecto, vestido con cierto *negligé* de guerra, y provisto de la indispensable pierna de palo, os pide con muy buenos modos el pasaporte; lo sella sin mirarlo; recibe una peseta ó cosa tal, y os saluda reverentemente...

Ya no podía cabernos duda de que habíamos pasado una frontera.

Un poco más adelante empezamos á encontrar gente campesina, y *chatels* ó cabañas, cuyas chimeneas humeantes daban indicio de que no estaban desiertas.

El camino que seguíamos era una cornisa tallada en la roca. A nuestros piés, á la izquierda, abríase un profundo barranco en que mujía despeñado el *Trient*, y do quiera que dirigíamos la vista hallábamos una pintoresca confusion de nieves, pinos, arroyos, cabras, pastores, peñas, puentecillos de madera, altísimas escaleras de mano para trepar á las chozas, y mil otros objetos adecuados á la afanosa vida de los habitantes de aquella naturaleza convulsa...

¡Y allí fue donde nos esperaba una de las humillaciones más grandes por que haya pasado hombre alguno!

Figuraos que Iriarte y yo, muy orgullosos con la arriesgada visita que acabábamos de hacer al *Mont-Blanc* en tan adelantada estacion, y confiando en la opinion de nuestros guías, habíamos escrito el dia anterior en el *Album de la Flechere* estas imprudentes palabras:

«*Dia* 17 *de octubre.*

«*Nosotros seremos los últimos viajeros que pongan su nombre en este libro en el presente año.*»

Y hé aquí que, á poco de pasar la frontera suiza, nos cruzamos con tres viajeros que se dirigian á *Chamounix*, provistos de sus mulos, de sus guías y de sus bastones!

Para colmo de ignominia, estos viajeros eran... dos jóvenes inglesas, de quince á veinte años, lindas como dos soles y elegantes y distinguidas hasta en los ultimos perfiles de su *toilette*, y un apuesto jóven, que frisaria en los veinte y cuatro, y que por la pinta parecia ser hermano de ellas.

¡Imposible me fuera describiros la gracia y la tranquilidad con que aquellas preciosísimas *ladys* caminaban sobre sus mulos, sin pensar en el abismo que flanqueaba la senda, sin grandes precauciones contra el mucho frio de aquella region, sin ostentar en su rostro, en su ropa ni en su peinado las huellas del penoso viaje que venian haciendo, y sin otra servidumbre que los guías!..

El camino era tan estrecho, que nos costó trabajo el dejarnos pasar recíprocamente. Ellas no se dignaron saludarnos: hízolo el hermano por toda la familia: preguntó á nuestros guías en mal francés si el valle de Chamounix estaba transitable; respondiéronle estos afirmativamente, y ellos siguieron por su lado y nostros por el nuestro...

¡Oh! si viérais qué bonitas eran aqullas inglesas ... y cuán interesantes las hacia el lugar en que las hallamos!

¡Y qué vergüenza para nosotros!—Al dia siguiente, aquellas intrépidas amazonas subirian á la *Flechere* y leerian en el Album nuestra inpertinente fanfarronada!... ¡Y se reirian! ¡Y escribirian debajo nuestra eterna deshonra!

Muy preocupados íbamos con esta idea, cuando vino á distraernos uno de los cuadros más grandiosos que debíamos admirar de los Alpes.

Estábamos en la *Tete-Noire* (en español, la *Cabeza Negra*).

Llámase asi un altísimo monte, cubierto de nieve y hielo por la base, y de oscuros pinos por la cumbre,—singular anomalía, que le da un aspecto aterrador.

Hay un punto llamado *Roche Percée* (Roca Agujereada),—especie de túnel que perfora la montaña,—pasado el cual, la naturaleza llega á tal grado de hermosura, de atrocidad, de poderío, que el viajero espantado cree contemplar las ruinas de un mundo ó el embrion informe de la creacion. En cuanto alcanza la vista, sólo se perciben selvas y sombras, rocas inmensas festoneadas de abetos, despeñaderos profundos cortados verticalmente; moles desgajadas de sus cimientos, amenazando cegar los abismos; abismos cuyo fondo no se distingue, pero donde se oyen lamentos desesperados de torrentes que luchan como titanes para abrirse camino entre las peñas; cataratas que rugen en la oscuridad; montañas hechas pedazos, cuyos escombros, estratificados caprichosamente sobre aquella ancha grieta de la tierra, forman inaccesibles grutas tapizadas de musgo y flores y adornadas de trasparentes carámbanos; un rio, en fin, un misterioso rio,—el *Trient*,—Hércules potente, que trabaja y remueve todas aquellas masas ciclópeas, empujándolas, arrastrándolas, hundiéndolas, mojándolas con su sudor, y haciéndolas temblar y bam-

bolearse al solo impulso de su anheloso aliento, cuyo estertor salvaje llena de palpitaciones la comarca...

Y todo esto, matizado de los más vivos colores; alternando el verde de los árboles con el blanco de los hielos; contrastando el amarillo y rojo de las piedras abiertas por el corazon con la negra sombra de los recónditos abismos en que el sol no penetra nunca; resaltando las tintas violadas del granito húmedo sobre el pálido vislumbre del líquen agostado...—¡Y á veces, en el hueco de un risco, una cama de violetas aromosas que se han hecho allí un mundo y una primavera aparte!...—Y en medio de todo algunas losas funerales, en que se ve escrito el epitafio del *guia* ó del viajero quepereció en aquellos sitios al querer robar sus secretos al hondo tajo de la *Cabeza Negra*...

Tal es aquel horrible desfiladero, cuya pavorosa magestad no olvidará en toda su vida quien haya tenido la fortuna de admirarla. Y tales son todas las avanzadas del *Mont-Blanc.* Tales son las condiciones de la gigante cordillera que sirve de alcázar á las puras nieves de donde nacen, para extenderse por Europa, rios tan ilustres como el Rhin, el Pó, el Ródano y el Danubio.

Dos horas empleamos en salir de aquel laberinto formidable.

Al cabo de ellas, despejóse el terreno, *humanizóse* el camino, y empezamos á encontrar aldeas *habitables en todas las estaciones*, y gentes que vivian en sociedad.

Poco despues, y al llegar al borde de un otero, apareció á nuestros ojos un anchísimo horizonte, y luégo un extenso valle, cruzado por un rio y lleno de pueblos y de praderas...

Era el *Valle del Ródano.*

Al ver allá abajo aquella grande extension de terreno, aquella apacible llanura, aquellas poblaciones, aquel sosegado rio, aquel dilatado cielo, respiramos con ansia como si acabáramos de salir de una prision...

Y, sin embargo, aquello no era todavía la libertad. Gigantescas montañas cerraban por todos lados aquel país: el valle era pantanoso, el cielo descolorido, el aire húmedo y poco trasparente...

Aún no habíamos salido de la patria de los hielos y las brumas. Aún nos faltaban dos jornadas para descubrir la tierra favorita del sol, el amoroso cielo de Italia. Aún se estendian los Alpes á nuestra izquierda como una muralla levantada entre el melancólico Norte y el ardiente y regocijado Mediodía.

En esto principió á anochecer; y nosotros, rendidos de cansancio, pero mucho más incomodadospor el frio, nos apeamos de los mulos y emprendimos á pié el descenso á *Martigni*,—término de nuestra jornada, y primer pueblo de la llanura.

La bajada era tan pendiente como lo habia sido la subida; pero á mí me la hizo llevadera el constante pensamiento de que me encontraba al pié del *Gran San Bernardo* y de que aquellas nieves que veia sobre mi

cabeza, teñidas de oro y rosa por el agonizante crepúsculo, eran las mismas con que habia soñado cuando niño, al leer la *Historia de Napoleon*, ó al ver en el teatro de mi pueblo la comedia de gran espectáculo, titulada: *Los perros del Monte San Bernardo.*

Napoleon pasó el *San Bernardo* en mayo de 1800 con los treinta mil hombres que vencieron en Marengo y en otros cien combates. Entonces apenas habia camino por esta parte de los montes, y la osadía del gran capitan llenó de asombro al mundo.—Hoy es ya la empresa mucho más fácil; pues desde mayo hasta setiembre se atraviesa en coche la cumbre del San Bernardo.

En cuanto á mí, venia ya de hacer ascensiones muy más penosas y arriesgadas que las de este tan famoso monte, y aún me esperaba la del *Simplon*, que, al decir de muchos viajeros, las supera á todas en grandeza y hermosura.—Sin embargo, tienen tal influencia en nuestra vida las primeras impresiones de la infancia, que el *San Bernardo* me inspiraba más respeto y miedo que la misma cadena del *Mont-Blanc.*

Ya era muy de noche cuando entramos en *Martigni*...

Por cierto que el pito del camino de hierro que pasa por esta ciudad y que recorre casi todo el valle del Ródano, resonó en aquel instante en nuestros oidos como una regalada música...

¡Considerad que llevábamos dos dias de viaje en mulo!

Martigni, silla episcopal del *Valais*, no encierra nada de particular, fuera de sus renombrados *cretinos.*

Los *cretinos* (á quienes ya hemos aludido una vez al hablar del *goitre* ó papera que tanto abunda en Saboya) son unos desventurados hijos de Dios, afectados de una doble enfermedad moral y material, endémica de este canton suizo y de algunos otros húmedos y profundos valles de Europa.

Yo no podré decir qué es mas deforme en los *cretinos*, si el alma ó el cuerpo. Su *idiotismo* raya en embrutecimiento, en estupidez: apenas hablan algunas palabras incoherentes: de sus cinco sentidos sólo la vista goza de completa percepcion: andan vacilantes y penosamente como si estuviesen catalépticos ó dominados por la embriaguez: cuando cambia el tiempo, sufren horribles convulsiones y dolores de huesos, que los ponen á las puertas de la muerte, y su única, perpétua y delirante aficion es un desenfrenado apetito sensual.

La montruosa figura de estos desgraciados presenta dos tipos diferentes, pero á cual más repugnantes—Unos son de pequeña estatura, cabeza ancha y mal configurada, píernas estevadas y muy cortas, quebrada cintura y escasísimo cuello.—Otros son estraordinariamente altos y endebles, muy zambos, con el cráneo estrechísimo, el cuello crecido y delgado, los brazos largos, y la cabeza caida hácia adelante.—Unos y otros tienen de comun una carne muerta, fofa, de color terroso y surcada de arrugas que se cruzan en todas direcciones; una boca entreabierta de la que fluyen

asquerosas babas; unos ojos pequeños, hundidos, llenos de inbecilidad y de lujuria; los dientes afilados; las barbas ralas y enfermizas, brotando en inconexos mechones; una enorme papera; la nariz aplastada; la raiz del pelo próxima á las cejas, y un prematuro sello de senectud en toda la fisonomía.

Vestid ahora á estos hombres con el trage habitual de los paisanos del *Valais* (ancho pantalon de pana, casaquilla corta, chaleco de paño encarnado, una gran corbata ó pañuelo de vivísimos colores, y una ridícula cachucha), y decidme si concebis nada más grotesco, más estrambótico, más horrible!

Viendo á aquellas espantosas criaturas, se comprenden todos los cuentos de trasgos, gnomos, duendes y *martinicos* de la mitología de las viejas...—A mí me daban miedo.

Diré, para concluir, que el *cretinismo* se atribuye por unos á exceso de greda en la composicion del terreno; por otros, á falta de *iodo*, y, por la generalidad, á crudeza de las aguas.—Ello es que esta enfermedad, ó lo que sea, despues de haber afligido el *Valais* desde una época inmemorial, y á veces hereditariamente, ha empezado á extinguirse de algun tiempo á ésta parte, á tal punto, que apenas se encuentra ya en él un *cretino* menor de veinte años.—Los médicos se explican este fenómeno por el mayor aseo y aumento de comodidades y recursos que la civilizacion ha introducido en la comarca.

Aquella noche dormimos en *Martigni*, y á la mañana siguiente salimos con el primer tren para *Sion*, á donde llegamos en menos de una hora.

Esta *Sion* no es la de *Tierra-Santa*, ni tampoco la *Sion Etérna* (que á todos os deseo), sino pura y simplemente la cabeza del canton del *Valais*.

Vista de lejos, es una graciosa ciudad, coronada por dos venerables castillos, que dominan todo el *Valle del Ródano*,—del cual es *Sion* altiva soberana.

Vista por dentro, llama más la atencion del viajero á causa del silencio que reina en ella, de la triste severidad de los edificios, del reposo en que viven sus habitantes, y de no sé qué aire solemne, contemplativo, filosófico, que se advierte en todas las cosas.

Y es que en *Sion* empieza verdaderamente la Suiza alemana. Cierto que la mayor parte de la gente habla todavía francés; pero la raza tiene mas de sajona que de latina.—¡No hay más que ver aquellas caras tranquilas, aquel andar sosegado de los transeuntes, y aquel *fumar* y *pensar* de los bebedores, agrupados silenciosamente en torno de un océano de cerveza y envueltos en una atmósfera de humo!

La ciudad no encierra arriba de tres mil almas, y nosotros la recorrimos varias veces en todos sentídos, buscando un carruaje que nos condujese á *Brig*, en donde pensábamos hacer noche.

Eran las diez de la mañana, de una hermosa mañana rica de sol, y

en cuantas calles penetramos,—casi todas desiertas,—oimos resonar más de un piano al través de las celosías de los balcones.

No sé por qué, aquella música matutina me hizo envidiar la vida de los habitantes de *Sion* y suspirar por una paz y una dicha de que acaso carecen tambien ellos...

Son melancolías de caminante, que no nesecitan explicacion.

A eso de las doce salimos para *Brigg* en una carretela descubierta, más adecuada á un paseo que á un viaje.—Bien es verdad que el camino era escelente.

Pasamos por *Sierre*, pequeña ciudad, más alemana aún que Sion, y asiento de la nobleza del *Alto-Valais*.

Tambien allí se oian acordes de piano en todas las calles que recorrimos...

¡Ah! ¡las alemanas!—Si las alemanas son efectivamente como yo me las figuro, ó como me las han hecho adivinar los libros y los viajeros, es una verdadera desgracia para mí el no haber estado nunca en Alemania...

Formando en la imaginacion novelas sobre este tema, tomamos en *Sierre* un vaso de cerveza, oimos tocar un *vals de Straus* á la vecina (ó al vecino) que vivia en frente de la casa de postas, y proseguimos nuestro viaje, lamentando yo con todas las fuerzas de mi alma no vivir y morir en aquella ciudad,—como pocas horas antes habia lamentado no habitar en *Sion*, y como debia de lamentar todavía muchas veces no haber nacido en otros varios pueblos...

Verdaderamente, yo quisiera vivir á un mismo tiempo en todas partes.—Lo demás no es vivir.

Despues atravesamos una selva muy oscura, célebre por los muchos bandidos que ha albergado, y por el combate heróico que los suizos sostuvieron en ella, defendiendo su independencia contra los ejércitos republicanos de Francia.

Al salir de aquella selva nos encontamos en *Finges*, pintoresco pueblecillo en que ya no se habla sino aleman.

Habíamos pasado la vaga frontera de los dos idiomas que se enseñorean de la independiente Suiza.

Tambien hacia algun tiempo que habíamos penetrado en tierra católica...

En *Finges* mudamos tiro y seguimos adelante.

El pais que recorríamos era amenísimo. Las mantañas aparecian cultivadas hasta una increible altura, y en ellas, como en el valle, se notaba á la sazon un gran movimiento agrícola, al que no eran extrañas las mujeres.

El trage de estas es allí muy semejaste al de las judías de Tetuan en

los dias de gala: saya de *medio paso*, quiero decir, estrechísima; el talle debajo del brazo, á la manera del *primer imperio*; una enorme corona parecida á una mitra oriental, y altas hombreras, formadas por la rizada manga de la camisa.

Estas mujeres, asi vestidas, discurrian á veces por el campo, cada una en compañía de un magnífico buey, que se habia dejado cargar de yerba, de leña ó de legumbres, como el más humilde jumento.

El cuadro que componian ambras rarezas no carecia de poético atractivo, de gracia, y hasta de ternura.—La mujer y el buey, nacidos para destinos más altos que los que cumplian en aquel momento (ella para el hogar, y él para el arado ó para el carro), se inclinaban con resignacion ante la dura ley de su des dicha.—Aquella mansedumbre tenia su particular encanto.

A todo esto íbamos llegando al *Simplon*, cuya gigantesca masa nos cerraba el horizonte.

Empezaba á oscurecer.

Al pié del gran coloso se percibia un grupo de lucecillas...

Era *Brigg*.

Pocos momentos despues, el camino empezó á ensanchar y á ofrecer un aspecto tal de solidez y de grandeza, que más parecia un monumento que una obra de mera utilidad.

Era que entrábamos en la maravillosa carretera, de universal renombre, concebida por Napoleon el Grande para poner á la Italia en fácil contacto con los paises del centro de Europa.

Dícese que la misma noche de la batalla de Marengo, Bonaparte, vencedor, recordó lo muy penoso que le habia sido á su ejército pasar los Alpes por el San Bernardo, y le preguntó á los ingenieros:—¿Cuándo será, señores; cuándo será que la artillería pase el Simplon en veinte y cuatro horas?

Seis años despues atravesaba los Alpes una carretera de treinta piés de anchura, construida sobre seiscientos once puentes y al través de una multitud de túneles y galerías...

Pero hénos ya en *Brigg*.—Mañana recorreremos todo ese camino de titanes.

Procurémonos ahora alojamiento en que pasar la noche, y soñemos con que estamos á las puertas de Italia, de la que nos separa solamente una muralla de granito de diez leguas de espesor y siete mil pies de altura.

El mejor hotel que encontramos en *Brigg* era muy malo; pero á mí me agradó sobremanera por tres diversas razones. Primera, porque á buen hambre no hay pan duro: segunda, por el carácter septentrional y alemanesco que todo tenia en él; y tercera, por la escena interesantísima que nos ofreció allí la casualidad.

Las diez de la noche serian cuando nosotros penetramos en el salon que servia de comedor.

Aquel salon era muy grande y negro, y estaba alumbrado en parte por los reflejos de una enorme chimenea de forma antigua en que se quemaba dando chasquidos todo un abeto.—El resto de la iluminacion consistia en una sola vela colocada sobre la mesa redonda.—El techo y los ángulos del aposento desaparecian, pues, en las tinieblas.

Los muebles, por su parte, presentaban el mismo aspecto austero y hasta sombrío. Eran de nogal liso, grandes, oscuros, de anticuada forma. Las ahumadas paredes ostentaban alguna vista del *Simplon* ó de las batallas napoleónicas, y en la atmósfera flotaba una espesa nube de humo de tabaco.

Medio envueltos en esta nube y medio alumbrados por el fulgor rojizo de la chimenea, veíanse alrededor del fuego quince ó veinte hombres, todos provistos de su correspondiente pipa, vestidos unos con destrozados uniformes militares, otros con la casaquilla del paisano suizo, y dos ó tres con sucios capotes, gorras de pieles y altas botas enlodadas, al modo de correos ó postillones.

Toda la gente *civil* prestaba suma atencion á uno de los soldados, que referia no sé qué cosa en aleman, mientras que sus compañeros parecian entregados á dolorosas meditaciones.

Nosotros nos sentamos á la mesa, dando la espalda al grupo, muertos de curiosidad por saber quiénes eran aquellos derrotados militares y conocer la historia que tanto interesaba á los paisanos.

Pronto vinieron á sacarnos de dudas algunos nombres propios de que estaba salpicada la relacion.

—*Castelfidardo... Pimodan... Lamoriciere... Cialdini...* decia á cada momento el soldado, en medio de otras muchas palabras que no comprendíamos.

Era claro como la luz del sol que aquel hombre contaba la reciente Batalla de Castelfidardo, perdida por las tropas pontificias.

En esto penetraron en el comedor dos viajeros, cuyo aire nos hizo adivinar en seguida su respectiva patria.—Eran un Inglés y un Francés.

El Inglés, hombre de unos cuarenta años, de cómica fisonomía... sumamente séria, alto como un varal, con el pantalon corto y la camisa deslumbrante de blancura, recien afeitado, y muerto de frio, principió por dirigir una tímida ojeada á la chimenea, y la vió completamente ocupada; luégo nos miró á todos, de aquella manera filosófica que los ingleses miran á los demás animales, y dió muestras de dolor al observar que todo el mundo fumaba: entonces intentó irse; pero le temió al frio que hacia fuéra, y retrocedió: de resultas de todo lo cual, calóse la gorra hasta los ojos; metióse las manos en los bolsillos de su levitilla de color de café con leche, y empredió una especie de baile, que no paseo, alrededor de la habitacion, dando saltitos muy menudos con el fin de calentarse los piés...—¡Estaba divino!

El Francés, jóven, elegante, de vulgar fisonomía y con aparencias de *commis voyageur*, siguió el sistema contrario.—Llegóse á la chimenea

interrumpió la conversacion, diciendo:—«¡Ah! ¡Diablo! ¡Hace un frio!... Perdon, señores... No se incomoden ustedes... ¡Héme aquí! Ya estoy bien... Les suplico que sigan como estaban»... Y se metió en medio de los suizos, ocupó el mejor lugar, empezó á dar vueltas para calentase por todos lados, y, cuando ya entró en calor, dirigióse á uno de los soldados, como si lo conociese de toda la vida, y le preguntó en francés:

—¿Qué uniforme *ha sido* ese, bravo militar? ¿Adonde se va? ¿De dónde se viene? ¡Mal tiempo empieza para la tropa! ¡*Sapristi*! ¡Yo me alegro de ser paisano! El ejército francés está pasando muy malos ratos en Argel, no á causa del frio, sino del calor... En fin... *Ustedes* acaban por acostumbrarse... El hombre es como los maridos, que se acostumbran *á todo*!...

Y se puso á tararear.

El suizo interpelado no respondió una sola palabra á este discurso, y su compañero siguió la relacion de la batalla...

El Inglés miraba al Francés con odio mezclado de desprecio, y quizás tambien con envidia, al verlo en posesion del mejor sitio de la chimenea, mientras que él se veia obligado á caminar á brincos, sin conseguir meter sus piés en calor...

El Francés no reparaba en nada ni en nadie; y, como echase de menos una respuesta á sus preguntas, volvió á tomar la palabra, y dijo á los soldados:

—Perdon, señores; alguno de ustedes ¿habla francés?

—Yo hablo francés, dijo uno de los militares con visible impaciencia.

—Perdone usted si le molesto. ¿Usted será tan fino que tendrá la bondad de tomarse el trabajo de haceme el favor de decirme qué diablos está refiriendo ese bravo militar, para ser escuchado con tanta atencion?

—Caballero, respondió el Suizo. Nosotros hemos sido hechos prisioneros en la Batalla de Castelfidardo.

—¡Ah! ¡Castelfidardo! ¡Hé aquí un mal negocio para la Francia! ¡Ese pobre diablo de Lamoriciere ha proporcionado á las armas francesas... (porque, al fin y al cabo, franceses eran él y los suyos, aunque enemigos del emperador...) les ha proporcionado, digo, la ignominia de una derrota; ignominia que no conocian hace muchos años!

Estas palabras, dichas con ciertá solemnidad, interrumpieron la narracion del otro suizo.

Tambien aquel comprendia el francés, y poco á poco fuí viendo que no habia en la habitacion una sola persona que no lo hablara.

El *commis* iba á realizar su propósito de convertir á su lengua una *soirée* que se habia iniciado en aleman.

—Señores (exclamó entonces enfáticamente); como buen francés, no puedo menos de simpatizar con ustedes; pues han derramado su sangre á las órdenes de un hijo de la Francia!!

—A las órdenes de un hijo de la Iglesia, replicó gravemente otro suizo. Nosotros servíamos al Papa.

—Eso era lo malo, repuso el *commis-voyaceur*. Dios no quiere que la

bandera francesa cobije causas abominables, y por eso la abandonó en Castelfidardo.

—Lo único abominable que ha habido en Castelfidardo, ha sido la traicion; lo único malo, la perfidia; y usted, que es francés, debe respetar un hecho de armas que honra á muchos franceses, aunque no honre á la Francia, ó sea al gobierno imperial!—exclamó uno de los presentes.

El comerciante compredió que iba á ser derrotado en el terreno que habia elegido, é hizo con la mayor frescura un cuarto de conversion.

—Ciertamente... Ciertamente, dijo mirando al techo. Lamoriciere representaba en aquella lucha la política histórica de la Francia, y Pimodan ha muerto en un puesto de gloria que todos debemos envidiar.

—¡Yo le ví morir! murmuró uno de los soldados.

—¿Cómo fué? Permitidme... Yo tendré mis ideas... pero soy francés, y me interesa la suerte de todos mis compatriotas... ¿Murió como un bravo?... ¿Eh?

Ya no habia remedio. El *commis* se habia empeñado en que los suizos le contasen en francés la batalla de Castelfidardo, y mi amigo Iriarte y yo lo deseábamos tambien. Terciamos, pues, en la conversacion; restablecimos el buen acuerdo entre todos, exceptuando al inglés que seguia bailando, y acabamos por averiguar lo siguiente:

Aquellos suizos se habian afiliado como voluntarios en el ejército de Lamoriciere, abandonando patria y familia, no por entusiamo político, sino por devocion al jefe de la Iglesia.—En la batalla referida fueron hechos prisioneros con otros muchos compatriotas suyos, y el gobierno piamontés, por desembarazarse de ellos, los habia conducido á la frontera suiza, dándoles la libertad bajo promesa de que en dos años no volverian á tomar parte en ninguna guerra italiana.—Habian, pues, pasado aquel dia el San Bernardo, á pié, con nieve hasta la cintura, y diseminádose en seguida, cada cual con direccion á su país.

Los que esto nos contaban, eran del canton de Lucerna.

En cuanto á su derrota, la explicaban de este modo:

—«Lamoriciere estaba en secreta inteligencia con quien podia asegurarle que los piamonteses no invadirian los Estados Romanos; y esa *persona*, ó sus representantes, *se lo aseguraron así.*

«Pero aconteció que el ejército de Cialdini empezó á moverse en la frontera toscana, y Lamoriciere, que sólo tenia once mil hombres, y de ellos la mayor parte sin instruir, pensó en retirarse hácia Nápoles, á fin de unir sus fuerzas á las borbónicas y combinar con Francisco II una defensa simultánea contra Garibaldi y contra Victor Manuel.

»Mas hé aquí que entonces... no se qué *demonio*... le dirige al paladin del Pontificado un parte telegráfico y otros avisos, diciéndole que la Francia imperial *piensa oponerse* á la invasion de los Estados del Papa por los piamonteses; que para ello es necesario que él entretenga á Cialdini algunos dias; y que, si se ve acosado, siempre puede encerrarse en

la fortísima plaza de Ancona, y *esperar allí la intervencion francesa.*

»Lamoriciere confia noblemente en estas seguridades de antiguos enemigos suyos y desiste de marchar á Nápoles.

»En tanto Cialdini y Fanti pasan de pronto la frontera y se le vienen encima con veinte y dos mil hombres y setenta piezas rayadas.

»Lamoriciere, que no esperaba la invasion ni debia esperarla, trata de refugiarse en Ancona...

»Pero los piamonteses, *que saben lo que se hacen*, le han cortado ya la el camino.

»Nuestro general no vacila, (pues no habia otros medios en que escoger) y manda el ataque, á fin de forzar la línea enemiga y penetrar en la plaza.

»Pero ¡ah! el combate era desigual. ¡Los setenta cañones de Cialcini nos deshacian!

»El general Pimodan, que iba como segundo de Lamoriciere, intenta asaltar las posiciones de *delle Crocette*, en donde se hallaba la artillería enemiga. Tres veces ataca y las tres veces es rechazado. Courten, que mandaba en Ancona, no sale á tiempo con la guarnicion, ni viene en nuestro auxilio como esperábamos... En nuestras filas, compuestas de voluntarios de todas las naciones, bisoños más de la mitad, cunden el desaliento y la desercion. Pimodan hace esfuerzos desesperados por animar á los que flaquean; rodéase de sus compatriotas (¡de los bizarros franceses!); intenta un cuarto ataque á la terrible artillería, y cae muerto con muchos de los suyos, dando esta catástrofe la señal de la fuga á los miserables que aún vivimos.

»Lamoriciere, en tanto, pugna por una sola cosa; por ganar la plaza con alguna parte de su ejército.

»El la defenderá desesperadamente hasta que lleguen los sucesos que le han hecho esperar *los hipócritas*... (y que no habian de verificarse...) El aguardará allí la hora de su venganza!

»Lucha, pues, denodadamete; ábrese camino entre el enemigo, y penetra al fin en Ancona seguido de tres mil bravos.

»Pero ¡ah! El resto de su ejército ensangrienta el campo de batalla ó es prisionero del enemigo. Los que no se rinden aquel dia, tienen que capitular al siguiente. Treinta jóvenes oficiales, pertenecientes á las más ilustres familias de Francia, de Irlanda, de Suiza y de la misma Italia, han muerto bajo los cañones sardos. Todo el bagaje del ejército ha caido en su poder... Ancona capitula más tarde... ¡Nuestra dorada ilusion de aniquilar á los enemigos del Padre Santo ha desaparecido como un sueño!»

. . . .

Esta sencilla y auténtica relacion, hecha por un hijo de los Alpes tan fuerte y rudo como pudieron serlo los antiguos francos, me impresionó vivamente...

Bien es verdad que el lugar en que la oia se prestaba á grandes consideraciones.

—Hace mas de mil años (medité yo, cuando hubo concluido de hablar aquel tosco guerrero); hace once siglos que, en una noche como esta, y acaso en este propio paraje, gente de guerra contaba una historia muy parecida á la que estoy oyendo.

El asunto era el mismo, é idénticos tambien los personajés del drama. De una parte, un Rey del Norte de Italia invadiendo los Estados de la Iglesia: de la otra un guerrero francés pasando los Alpes con un ejército reclutado en la Rhetia y en la Galia, y yendo á socorrer al Sumo Pontífice. Y el mismo combate sangriento; y la misma vuelta de los hombres del Norte á su país; y la misma conversacion en estos lugares, la noche solemne en que pudieron decir á sus familias;—«El sol que nos ha visto »esta tarde bajar de los montes y estrecharos en nuestros brazos, nos vió »esta mañana en tierra de Italia»

¡Todo, todo era igual!—Solo la accion era ahora diferente. Entonces los defensores del Papa volvian vencedores: hoy venian vencidos y dispersos...

. . . .

En esto ya era muy tarde, y nosotros teníamos que levantarnos á las tres de la madrugada, hora en que partia la diligencia.

El Francés contaba su biografía; el Inglés seguia bailando, sin atreverse á acercarse á la chimenea, y los Suizos empezaban á desfilar ó á dormirse.

Desfilamos, pues, tambien por nuestra parte, y nos acostamos en seguida.

Tres horas despues nos despertó lo que yo llamo la *diana del viajero*, ó sea los chasquidos del látigo del mayoral.

Todavía era de noche, y hacia un frio de todos los diablos; por lo cual entramos en el comedor en busca de la chimenea.

El Inglés seguia paseándose del mismo modo, sin haber logrado en toda la noche calentarse los piés, á pesar de hallarse solo en el comedor...

¡La chimenea estaba apagada!

Parece ser que el Francés la atizó y revolvió tanto antes de acostarse, que la dejó en aquel estado.

Yo estoy seguro de que el Inglés pasó la noche acariciando la idea de una próxima guerra entre Inglaterra y Francia; jurándose servir en ella en clase de voluntario, y excogitando la manera de vengarse de aquel hijo de San Luis.

Sin otra novedad que de notar sea, montamos en el interior de una pequeña Diligencia, y emprendimos la marha entre las últimas sombras de la noche.

. . . .

Al amanecer habíamos ya subido tantas retorcidas cuestas que nos encontrábamos á tres mil piés sobre *Brigg*.

El sol naciente reflejaba sus rosadas luces en las nieves del *Simplon* y

en el macilento rostro del pobre Ingles...— que iba dormido en la berlina.

Detrás de nosotros se descubrian las lejanas cumbres del *Breithorn*, del *Jungfrau* y del *Monch*. — Es decir, que la Suiza se nos aparecia entera... en el mismo instante que íbamos á abandonarla.

La diligencia rodaba ya sobre nieves y hielos, y las *casas* de posta en que se mudaba tiro tenian el nombre de *Refugios*.

Esto significaba que dependian de la benéfica asociacion que fundó los *Hospicios* del *San-Bernado*, del *Simplon* y otros muchos, como diremos adelante.

Pero lo que mas nos sorprendia y maravillaba en este viaje era la Carretera que íbamos recorriendo.

El trazado no podia ser mas atrevido, y las obras de fábrica asombraban por su grandiosa solidez. En todo el camino no hay un solo palmo de terreno en que no se hayan vencido inmensas dificultades. Unas veces se pasa por anchas cornisas talladas en la roca; otras por puentes de estraornaria altura tendidos sobre abismos espantosos; ora bajo galerias que protegen á los viajeros contra las avalanchas; ora por túneles abiertos en el hielo y el granito. En un paraje tropezó el ingeniero con el lecho de un torrente, que servia de desagüe á un *glacier* elevadísimo, y venció la dificultad construyendo un acueducto que arranca de los mismos hielos, conduce el agua sobre un arco por encima del camino, y la precipita al otro lado de él en forma de cascada. Mas lejos, la carretera es un corredor, con balcones que dan á profundos despeñaderos, en los cuales la vegetacion, las rocas y las aguas presentan á cada momento preciosísimos cuadros. —Asi caminais horas enteras, bajo techado y de balcon en balcon cual si fuérais llevado en diligencia por los claustros de un convento ó por las galerías de un palacio.—Poco despues os encontrais sobre una muralla que arranca del hondo barranco y que parece construida por titanes.—Aquí ruge la catarata sobre vuestra cabeza; allá rueda el alud bajo vuestros piés.—En una ocasion os veis sepultados bajo corpulentas moles que amenazan cerrar la vía.—A los pocos momentos os creeis suspendidos en el aire y próximos á caer despeñados en tenebrosos precipicios.—Y cuando llevais muchas horas de andar de esta manera, volveis la cabeza atrás, y os encontrais con *Brigg á* vuestros piés,—muy por *debajo* de vosotros... es verdad... pero tambien muy *cerca*,—como teneis cerca una ciudad cuando subís al campanario que la domina...

Al fin llegamos á la cumbre, señalada por una cruz de madera.

Allí hacia un frio espantoso.— Por donde quiera que se miraba no se alcanzaba á ver mas que nieve.

Ya no veíamos á *Brigg*, ni el valle del Ródano, ni tan siquiera el horizonte de la Suiza...

Habíamos entrado en la gran meseta que constituye la cima del *Simplon*.

¡Dijérase que vogábamos por el cielo!

Tanta blancura, tanta luz, tanto espacio nos deslumbraban completamente.

El sol, que se acercaba al cenit, lucia con todo su esplendor, y sin embargo, no calentaba nuestros ateridos miembros ni conseguia derretir un solo átomo de nieve.—Sus rayos caian sobre nuestro rostro, blancos y frios como los de la triste luna.

En esto hirió nuestros oidos el son de una campana, cuyo religioso eco nos llenó de espanto.

¿Quién podia vivir en aquella soledad melancólica? ¿Cómo resonaba allí la oracion de los mortales? ¿Qué alma en pena habitaba en aquel páramo, tan léjos de la tierra y tan distante del cielo?

—Vamos, señores. Estamos en el *Hospicio*... (esclamó el mayoral abiendo la portezuela). Esa campana nos dice que pasemos adelante si queremos.

El *Hospicio* del Simplon fué comenzado por órden de Napoleon I, y terminado, á espensas del convento de Agustinos de Martigni, con las mismas condiciones del famoso Hospicio del Monte San Bernardo.

En uno y otro habitan diez ó doce religiosos de una Congregacion que consta de cuarenta hermanos, y que se fundó con el solo objeto de auxiliar á los viajeros que pasan los Alpes.

El iniciador de tan piadoso pensamiento fué San Bernardo de Menthor, el cual hizo levantar el primer Hospicio sobre el monte que lleva su nombre, por los años de 962.

Los padres que enferman en tan ruda vida, y los imposibilitados por la edad, encuentran á su vez un asilo en el citado convento de Martigni.

En cuanto á aquellos heróicos *perros* que tan importantes servicios prestaban á la humanidad,—buscando á los viajeros perdidos, sacándolos de entre la nieve, y dando aviso de ello á los frailes,—tengo el sentimiento de anunciaros que su raza se ha extinguido completamente.

Hoy se piensa en sustituirlos con otros perros alemanes, muy hermosos y de extraordinario instinto, pero que, al decir de los mismos monges que los aleccionan, no llegarán nunca al grado de valor, de inteligencia y de laboriosidad que alcanzaron sus ilustres predecesores.

Estas noticias nos las dió un venerable religioso, que salió á recibirnos á la puerta del Hospicio, invitándonos á descansar en él, y que llevó su amabilidad hasta enseñarnos todo el establecimiento.

El edificio es excelente. Tiene una magnífica enfermería, un oratorio, muchos aposentos con chimenea, cocina económica, refectorio, biblioteca, un pequeño taller para remediar las averías de los coches, y varias otras dependencias.

A cualquier hora que llega allí el caminante, los padres Agustinos le ofrecen una ligera comida; y, si es á la hora en que comen ellos, lo colocan á su lado en el refectorio.

En uno y otro caso, no se le permite pagar cosa alguna; y, para colmo de edificacion, los mismos frailes sirven la mesa como humildísimos criados.

Esta última circunstancia me conmovió profundamente. Nosotros (por novelería poética; no por otra cosa) cedimos á las instancias de los religiosos y pedimos una sopa de leche,—que nos presentaron al punto, y que por cierto estaba exquisita.—Pero cuando observé que un respetable sacerdote nos ponia y quitaba los platos, la vergüenza y el remordimiento, la gratitud y el asombro me infundieron impulsos de coger la mano que me servia, y besarla humildemente...

¡Ahora me pesa no haberlo hecho!

¡Ah! si la humanidad hallase en su peregrinacion por la tierra muchas cosas parecidas á lo que encuentra el viajero en la cumbre de los Alpes, yo me prometeria todavía una larga era de paz, de dignidad y de consuelo para la sociedad angustiada.

Ahora, por si haceis alguna vez este mismo viaje, debo advertiros que en la capilla ú oratorio del *Hospicio del Simplon*, hay un cepillo de madera, donde, si os place, podeis depositar una limosna.

Conque ya estamos otra vez en marcha, y en lo más solemne de ella.—Terminada esta llanura, descubriremos el horizonte de Italia y empezaremos á bajar la inclinada cuesta que va á morir en el *Lago Mayor*...

A los veinte minutos de camino, pasamos cerca de una torre.—Es el antiguo Hospicio,—propiedad ahora de algunos pastores de los vecinos valles.

Pero observo que hemos empezado á bajar...

Demos un *adios* á la Suiza y á la Francia, y al invierno, que ya avanzaba por el Norte... ¡Hemos saltado la muralla! Estamos en el lado meridional de los Alpes...

Verdad es que la interposicion de los montes nos impide todavía ver el suelo de Italia; pero el cielo que descubrimos... ¡ya es su cielo!...

Ha trascurrido una hora; hemos bajado dos mil pies, y estamos llegando á un melancólico pueblo enclavado en la montaña.

Llámase el *Simplon*.—Habítanlo pastores, que viven á los productos de los hondos barrancos que lo cercan. El invierno dura aquí ocho meses... Nosotros no nos detenemos ni un segundo.

Vamos despeñados... La cuesta se retuerce como una culebra que pugnase por no dejarnos descender á la llanura...

Cruzamos la magnífica *Galería de Gondo*, término de una garganta estrechísima y atroz, cuyo salvaje aspecto causa espanto...

El atrevimiento y la grandeza de esta galería exceden á toda ponderacion...

A su entrada, una lápida recuerda que Napoleon la construyó en 1805, *ære italo* (con dinero italiano).

La salida del túnel está artillada con recios morteros, puestos allí por la Suiza.

Un poco mas lejos, salta (casi al alcance de la mano) la vistosa cascada de *Fressinone*, cuyas espumas rugen y se despedazan al chocar con ciclópeas moles de granito.—Sobre ella hay tendido un ligero puente de madera, que tiembla al solo impulso del aire agitado por las aguas.

Tan pintoresco y animado paraje ha sido copiado en todos tiempos por afamados pintores; y en verdad que lo merece...

Pero hénos en *Gondo*, último pueblo suizo.

El horizote sigue cerrado por altas rocas. que se elevan verticalmente sobre la carretera.

Un poco despues pasamos cerca de una Columna en que se ve grabada esta inscripcion:

Italia.—Stati sardi.

¡Entremos, pues, en Italia; en los Estados Sardos!...

Pero esto es solo en el nombre. Los Alpes sigen defendiéndose, siquier en retirada.—Como fieles amantes de la beldad que ocultan al mundo, no permitirán que nadie vea á Italia mientras á ellos les quede un solo instante de vida...

Desde el *Hospicio* hasta aquí hemos bajado cuatro mil quinientos piés... Nos faltan mil para llegar á la llanura.

Mas hé allí el primer pueblo italiano...

Llámase *San Marco*, y es una pobre aldea por el estilo del *Simplon*.—Sus habitantes hablan el *patois* piamontés, más cargado de palabras francesas que de italianas.

Seguimos rodando precipitados...

A los pocos momentos llegamos á *Isselle*, pueblo algo más importante, donde se halla la aduana sarda, y nos piden el pasaporte.

Aquí ya se leen edictos y muestras de tiendas en italiano, y tenemos ocasion de utilizar nuestra aficion á la musica y á los poetas de Italia...

Quiero decir que empezamos á hablar un italiano de *libretto* y de poema, que por cierto no sirve para pedir un plato de sopa...

Volvemos á caminar. La tenacidad con que las montañas limitan el horizonte nos llenan de impaciencia...

¡Y aún pasamos hora y media de este modo! ¡Siempre bajando, sin nunca llegar á la llanura! ¡Siempre dejándonos atrás montes y montes, sin que los montes tengan fin!

Así cruzamos otra garganta feroz, otra sorprendente galería, otro altísimo puente, hasta que, por último, en una revuelta del camino, sepáranse las montañas, bájase el horizonte, dilátase el cielo, y una mar de luz inunda nuestros ojos...

—¡Italia! ¡Italia! esclamamos con frenético trasporte.

—¡Ahí tienen ustedes á Italia! esclama el mayoral, lleno de orgullo por haber vencido á los Alpes.

Hasta el inglés se permite entusiasmarse y sacar la cabeza fuera del coche.

—¡Italia! dice, y se quita el gaban, debajo del cual lleva otro más pequeño.

¡Oh! sí... ¡aquella es Italia!—Aquel cielo turquí, aquel fulgurante sol, aquella riente campiña cruzada por plateados rios, aquellas verdes colinas coronadas de blancos palacios, aquellos olivares oscuros, aquellas praderas de esmeralda, aquellas graciosas quintas, todo aquello es lo que yo me imaginaba desde niño!

¡Cuánto fulgor en el espacio! ¡Qué matices en la llanura! ¡Qué perfumes en el aire! ¡Qué temperatura tan amorosa, despues del frio que hemos pasado!

¡Allí reina aún la primavera!... ¡Las viñas conservan todavía sus pámpanos, los árboles sus verdes hojas, el sol su creadora llama, el ambiente sus gérmenes de vida!

¡Cómo se comprende que esta tierra sea tan codiciada! ¡Cuán bella la verian todos los conquistadores al asomar por los Alpes! ¡Cuán hermosa la encontrarán sus hijos cuando vuelvan á hallarla despues de un largo destierro!

El inglés se quita el segundo gaban, y nosotros nos aligeramos tambien de ropa.—Hace calor...

En medio del gran triángulo de llanura que divisamos á lo léjos, se divisa sobre una colina un magnífico palacio blanco, de graciosas proporciones.

—¿Ven ustedes aquel palacio? (nos dice el conductor.) Pues es de una persona muy notable, á quien de seguro han oido ustedes nombrar.

—¿De quién es?

—*De Juan María Farina*, del gran fabricante de Agua de Colonia.

—¡Bien por el conductor!—Esta noticia vale un mundo.

El inglés toma nota en su cartera de viaje, y se quita su tercer gaban, quedando ya de levita.

Yo me contento con repetir esta frase de una epístola de Ventura de la Vega: «*¡Todo es verdad!...*»

Y en prueba de que es así, ya empezamos á ver hombres morenos de melodramáticas barbas y líricos ojos negros...

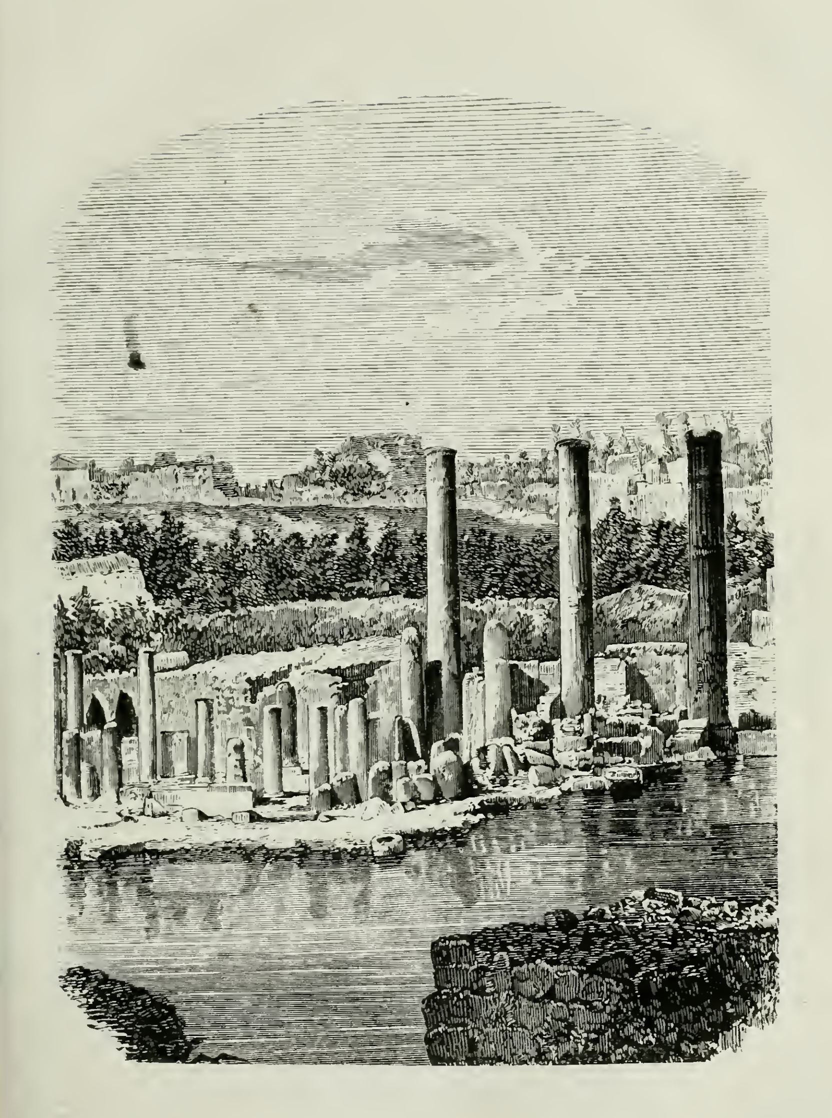
Ya principian á sonar en nuestros oidos y á presentarse á nuestros ojos palabras acabadas en *ini*.

Ya se acabaron las casacas suizas...

Estamos en *Domo d'Ossola*.

Las mujeres son pálidas y llevan mantilla negra...

La gente grita y salta. Los muchachos atruenan las calles. Las aves



TEMPLO DE SERAPIS, CERCA DE NÁPOLES.

cantan y vuelan. Las casas ostentan fachadas con columnas. Los castaños y los nogales crecen á la salida del pueblo...

Nosotros seguimos adelante.—¡Nosotros vamos á dormir á *Baveno*, á orillas del *Lago Mayor!...*

Y así pasa la tarde... ¡Tarde embalsamada y bella!... Y asi llega la noche... ¡Noche sublime, coronada de límpidos luceros!...

Serian las nueve cuando el mayoral abrió la portezuela del coche y nos encontró dormidos.

—¿A qué hotel vamos, señores? nos preguntó en su dialecto suizo. Hemos llegado á *Baveno*.

—A un hotel cuyos balcones den al *Lago Mayor*, respondimos Iriarte y yo á un mismo tiempo...

A los pocos minutos llegábamos al hotel; y, dejando íntegra para el dia siguiente la contemplacion del Lago, nos acostamos y seguimos durmiendo, como duerme por la noche todo aquel que se ha levantado á las tres de la mañana.

LIBRO TERCERO.

EL PIAMONTE.

I

EL LAGO MAYOR.—UN DOMINGO EN LAS ISLAS BORROMEAS.—LA FAMILIA DE SAN CÁRLOS.—MILICIA NACIONAL.—LA CUESTION DE ITALIA.—NOVARA Y MAGENTA.—LLEGADA Á TURIN.

Apenas la blanca aurora habia dado lugar á que el luciente Febo, con el ardor de sus calientes rayos, las líquidas perlas de sus cabellos de oro enjugase, Mr. Iriarte sacó la cabeza de entre el sudario nocturno que llamamos sábanas, y exclamó solemnemente desde su alcoba, separada de la mia por un pequeño salon:

—Buenos dias.

—Dios te los dé muy buenos, respondió mi humanidad, compareciendo de pronto en este mundo, ó sea despertando repentinamente.

—¿No sabes qué hora es? siguió gritando mi amigo.

—Serán las cinco sobre poco mas ó menos...

—¡Son las seis, señor perezoso! Por las rendijas de los balcones se filtra la luz del dia...

En efecto: algunas hebras de oro ó agujas de fuego penetraban en e saloncillo, indicándonos que habia salido el sol.

Una campana tocaba á misa... allá... muy lejos...; pero su son se dilataba puro y melodioso sobre la vibrante superficie del lago, llegando á nuestros oidos como una nota musical. El canto de los pájaros y los gritos de los hombres se esparcian limpios y sonoros por una atmósfera tensa, plácida, tranquila... Todo nos indicaba un dia delicioso.

Nuestro diálogo continuó de esta manera.

—¿Cárlos?

—¿Qué?

—¡Estamos en el Piamonte!..

—Muy mal dicho. Estamos en *Italia*.

—¡Quiéralo Dios!

—¡Ya lo veremos!—Y, á propósito, creo que debemos levantarnos.

—¡Feliz idea! Pero hagamos antes un poquito programa...

—Eso es lo primero...

—Pues orientémonos. ¿Sabes tú lo que hay debajo de nuestros balcones?

—Me lo figuro, porque hace media hora que estoy oyendo el ruido de los remos en el agua...

—Perfectamente.—¿Sabes tú lo que hay un poco mas allá?

—Mas allá... deben verse las *Islas Borromeas*, brotando de en medio del Lago como graciosas macetas de flores...

—Justo y cabal. ¿Y sabes que en *Isola Bella*, la mayor de las cuatro Islas, hay un hotel en que se almuerza perfectamente?

—Sé más que eso... ¡Sé que nosotros vamos á almorzar en ese hotel!

—¿Y sabes que hoy es domingo?

—Eso lo ignoraba; pero me alegro de saberlo; pues, si no mienten nuestras *Guias*, todos los domingos recorren varios vaporcitos el *Lago Mayor*, llevando de orilla á orilla, y de un pueblo á otro pueblo, y de una Isla á otra Isla, una infinidad de gentes de Turin y de Milan, que llegan en ferro-carril á estas márgenes encantadas...

—De manera que nosotros podemos vestirnos, cargar con nuestro diminuto equipaje, meternos en un bote á la puerta misma de este hotel, visitar las Islas, oir misa en cualquiera de ellas, almorzar donde hemos dicho, acechar el paso de un vapor, unirnos á una caravana que vaya de vuelta á Turin, tomar el ferro-carril en Arona, y llegar esta noche á la capital de Cerdeña...

—¡Sí que podemos!... Y á fin de demostrárselo á nuestros enemigos, vamos á levantarnos...

—Te comunicaré antes una cosa.

—Soy todo orejas.

—Estamos en un país excomulgado.

—¡Lo sabia!

—Pues no se te conoce...—Yo estoy nervioso desde que me he acordado de ello.

—¿Y cuándo te has acordado?

—Cuando me dijiste que no estábamos en el Piamonte, sino en *Italia*. Yo bien sabia que el Piamonte era *Italia*; pero tú has querido darme á entender que *Italia es el Piamonte*.

—*Italia* es Italia.—No hablemos de política; lo hemos convenido.

—Pero yo estoy nervioso sin poderlo remediar. ¡Tú no sabes dónde nos hemos metido! ¡Estos piamonteses son el demonio! Empieza por que están excomulgados, como te acabo de decir... Añade que se encuentran metidos en dos guerras; la una contra un rey amigo; la otra contra el Padre Santo... Recuerda, en fin, que han armado la milicia nacional... ¡Figúrate, pues, que barahunda vamos á encontrar por todas partes; cuántos peligros, cuántos contratiempos!... ¡Digo! ¡Y yo, que soy español

Porque has de saber que, en esta tierra, *español* es sinónimo de reaccionario, de borbónico, de *antonellista*, de napolitano, de inquisidor...

—Segun eso, ¿no quieres levantarte?..

—No me atrevo....

—Pues yo sí; y en prueba de ello...

—En prueba de ello...

—¡Aqui me tienes vestido y en marcha!

—¡No más vestido ni más en marcha que yo.! respondí, apareciendo en el salon al mismo tiempo que mi amigo.

Los dos habíamos tenido la idea de engañarnos, vistiéndonos con disimulo.

Abrimos, pues, un balcon,—que por cierto daba al Oriente.

Un mar de sol inundó la sala y nos dejó ciegos por un instante.

El Lago, que empezaba debajo del mismo balcon, relucia como un espejo, ó más bien como una llama... El sol se levantaba frente á frente de nosotros, radiante, alborozado, risueño, empezando su carrera por un cielo limpio de nieblas y de nubes.

Cuando mis ojos pudieron ya resistir tan vivos resplandores, quedéme estático ante la peregrina hermosura de un panorama sin rival.

No intentaré describíroslo... ¡Seria imposible!

Mejor es, por consiguiente, que os asomeis conmigo al balcon del Hotel, y disfrutemos juntos de tanta maravilla.

Mirad.—El Lago se dilata de Norte á Sur en una longitud de quince leguas; pero desde la orilla en que estamos hasta la de enfrente (que es la mayor anchura) solo habia dos leguas escasas.

Las aguas inmóviles parecen una tersa lámina de plata bruñida. En medio de ellas se levantan cuatro pequeñas y graciosas Islas, amorosamente agrupadas, cuyos palacios y jardines se reflejan y copian con admirable minuciosidad en el diáfano elemento.

Son las *Islas Borromeas*.

Diríase que son cuatro mágicas naves en que una reina voluptuosa (una Cleopatra, una Semíramis ó una Faustina) ha reunido todas las delicias de la tierra.

Más allá se extiende la márgen oriental del Lago, es decir, la márgen de enfrente, determinada por suaves colinas verdes, coronadas de árboles y de quintas, á cuyo pié se recuestan algunas blancas ciudades, que brillan al sol como sí fueran de alabastro, y que se miran tambien en las cristalinas ondas, repitiéndose y como bañándose en ellas...

¡Es la *Lombardía*!

¡Salud á esa márgen y á esos pueblos!—Ayer pertenecian al Austria: ayer amenazaban desde allí al Piamonte los cañones del extranjero: ayer salian de aquella orilla los vapores austriacos y paseaban su aborrecido pabellon por delante de la ribera sarda. Ayer piamonteses y lombardos tendíanse los brazos desde una costa á la otra; estos pidiendo auxilio;

aquellos ofreciéndoselo; los primeros lamentando su horrible esclavitud; los segundos jurando vengar el desastre de Novara...—Hoy las ciudades hermanas que se miran frente á frente desde las dos orillas del *Lago Mayor* viven en paz, libres y contentas, bajo la bandera tricolor de la madre Italia...—¡Salud; salud á esos pueblos!

Al Mediodía de la formidable plaza de *Laveno* (en que hace poco más de un año estrelláronse el valor y la fortuna de Garibaldi, y que sólo se rindió despues de la batalla de *Magenta*), descúbrese un vasto horizonte sobre una tierra lisa, verde, extensísima.

Son las llanuras famosas de la Lombardía, en medio de las cuales se asienta Milan.—Sus campos son los más ricos, los más bellos y acaso tambien los más ensangrentados de toda Europa...

Hácia el Norte, el paisaje es muy diferente. El lago penetra por entre altos y tajados montes, que proyectan su sombra sobre las aguas, dándoles un tinte verde y misterioso.—Los barcos que suben en aquella direccion y que desaparecen en el interior de la montaña, se dirigen á Suiza, á la cual pertenece la parte septentrional del Lago.

A nuestra izquierda se extiende un ancho golfo, al través del cual divisamos á *Pallanza*, pintoresca ciudad del Piamonte; mientras que por el otro lado descubrimos á *Stresa* con su magnífico palacio y deliciosas *villas*.

Por todas partes, en fin, vénse caseríos, alcázares ó aldeas, cuya reproduccion en el cristal del Lago hace soñar con los palacios submarinos de las nereidas; pues no parece sino que debajo del nivel de las aguas hay otro mundo, con sus montes, sus árboles, sus casas, sus iglesias, su cielo, y hasta sus aves, que cruzan en todas direcciones...

¡Y qué intensa luz, qué gozoso ambiente, qué dulce calor, qué acordes ruidos inundan la comarca!

¡Parece imposible que despues de haber estudiado á nuestro paso por Francia todos los portentos sociales, y de haber contemplado en Saboya y en Suiza todo el poder, toda la majestad de la naturaleza, aun encontremos aquí tantas maravillas que admirar!

Pero, mientras nosotros hacemos esta reflexion, y sin darnos tiempo de desenvolverla, se ha reunido debajo del balcon toda una escuadra de botes, gobernados por gallardos mancebos y hasta por hermosos niños, vestidos con una sencillez que no carece de gracia;—descubierta la frente, el pecho desnudo, descalzos de pié y pierna, con largos cabellos flotando sobre los hombros y los brazos al aire, extendidos hácia nosotros...

—¡Señor!... ¡Señor!... ¡Tome mi barca!... ¡Vamos á las *Islas Borromeas!* exclaman todos los patrones á un tiempo.

—Vamos á las *Islas Borromeas*, repetimos nosotros entonces... y yo os repito ahora.

El barquero en cuyo bote nos metimos (sirviéndonos de muelle la puerta misma del Hotel) tendria quince años. No bien se aseguró de que

éramos suyos, agitó los remos, permaneciendo de pié en medio del esquife; y la tajante quilla empezó á romper el unido y terso cristal de aquel apacible estanque...

El movimiento era tan leve, que durante la travesía Iriarte iba dibujando las líneas generales del paisaje, y yo, escribiendo todas estas impresiones en mi libro de memorias.

Nos dirigíamos á *Isola Madre*, la *mayor* del encantado archipiélago, y que, sin embargo, no tendrá un kilómetro de circunferencia.

Un cuarto de hora despues, atracábamos al pié de una ancha escalera tallada en la roca viva, cuyas gradas conducian á una puerta del Renacimiento, sobre la cual se veia un escudo de armas.

Eran las armas del propietario de la isla; del conde Borromeo, descendiente por línea recta del mismísimo *San Cárlos*.

Saltamos, pues, del bote á la escalinata, y llamamos á la puerta.

Un jardinero vino á abrirnos.

Era el único habitante de aquèlla mansion de delicias.

A las pocas palabras que pronunció, nos persuadimos de que era tonto; pero tonto imbécil, como los del *Valais*, —salvo el padecimiento físico.

—«¡Dichosa comarca!... ¡Verdadero eden! ¡Refugio de la paz y de la inocencia! exclamé yo entonces, quitándome el sombrero y apostrofando á aquella tierra. Tu único habitante, ¡oh *Isla Afortunada!* ¡oh *Isla de Jauja!*, es un idiota, es un hombre feliz, es un hombre de bien. *¡Ave! ¡Salve!* ¡Yo te saludo con el respeto que hubiera saludado el Paraiso antes de que Adan contrajera matrimonio!»

Y era la verdad. Aquel bienaventurado jardinero, único morador de todo un mundo en miniatura, y de un mundo tan bello y delicioso, me recordaba á nuestro primer padre, —el cual tampoco debió de ser muy avisado.

Entramos en la Isla.

Yo le habia dado en broma el nombre de *Paraiso;* pero es lo cierto que ningun otro le cuadraba mejor.

Primero nos hallamos en un bosque de laureles, por en medio del cual serpenteaba una arrecifada cuesta.

Este bosque era tan espeso, que por ninguna parte se descubria la bóveda celeste, y miles de ruiseñores, ocultos en las sombras del perfumado ramaje, prestaban voces de amor al alto silencio de aquella soledad dichosa...

Habia en todo esto un encanto, un misterio, una poesía, que recordaba el templo de la Inmortalidad imaginado por los vates de la Grecia, la sagrada mansion de Apolo, el *Parnaso*, pintado por Rafael Urbino.—Los ruiseñores, cantando en los laureles, parecíanme poetas inmortales, reunidos en Delphos en torno del Hijo de Latona; ó bien creia haber desembarcado en la isla de Delos, y halládola, no tal como hoy se encuentra, deshabitada y pobre, sino tan rica y bella como debió de ser en otro

tiempo, cuando la respetaban las devastadoras haces de Gerges y Darío y le rendian homenaje los atenienses.

Terminada la cuesta, y fuera ya de la sacra mansion de los cantores, *Isola Madre* se nos presentó bajo otro aspecto no menos delicioso.

Los altos cedros, los naranjos cargados de fruto y los pomposos aloes sustituyeron á los laureles. Las palomas reemplazaron á los ruiseñores. El cielo se veia por los claros de las ramas, y la luz del sol lograba penetrar hasta los prados de flores que se extendian en rededor de los troncos seculares.

Si el bosque de laureles me habia recordado el Templo de la Gloria, el bosque de naranjos y limoneros me recordó el Templo del Amor.—Las palomas se arrullaban y besaban volando de árbol en árbol. Los faisanes y los pavos reales se perseguian dando vueltas en torno de las camas de jazmines, luciendo, con la ufanía propia de enamorados correspondidos, las galas de su espléndido plumaje. El aroma del azahar prestaba al ambiente una plácida dulzura que penetraba hasta mi corazon... La inmovilidad de las hojas, el sosiego y soledad del vergel y hasta la ininteligente condicion del guardian de tantas maravillas, daban un aire monumental, eterno, *apoteótico* á aquella artificial naturaleza...—Y yo pensaba en la *Isla Afortunada* donde Reinaldo vivió preso entre los brazos de Armida, y en la isla de Chipre, consagrada á Vénus, y en el paraiso de Mahoma, y en los jardines fantásticos de los cuentos persas, y en Circe y en el esposo de Penélope, y en todo lo que podeis figuraros...

En medio de *Isola Madre* álzase un vasto palacio, medio ruinoso, deshabitado y sin muebles, donde sólo viven los ecos de antiguas fiestas y los suspiros de pasados amores...—El actual conde Borromeo habita en *Isola Bella*.

—Nada más natural: es la ley del mundo: es la ley de Dios: dejar á la *Madre* por la *Bella*.—«Dejarás á tu padre y á tu madre...» dice la Sagrada Escritura.

En poco mas de media hora dimos la vuelta á toda la isla y llegamos á la puerta por donde habíamos entrado.

Saltamos al bote y pusimos el rumbo á *Isola Bella*.

Durante la travesía, el barquero nos fué dando todas las noticias que necesitábamos acerca del Archipiélago Borromeo. Aquel rapaz sabia de memoria toda una *Guia del viajero en Italia*.

De estas cuatro Islas (nos decia en verdadero italiano), las dos mayores, ó sean *Isola Madre* é *Isola Bella*, pertenecen al conde Borromeo, el cual viene á ellas los otoños con su familia y muchos convidados, que bailan y se divierten hasta más no poder, y unas veces pasan la noche damas y galanes persiguiéndose por el lago en ligeras canoas; otras iluminan los jardines; ya queman arbolillos de pólvora; ya dan conciertos que se oyen desde todas las riberas y no nos dejan dormir. Anoche, sin ir más lejos, hubo una de estas funciones, y yo he estado hasta la madrugada tendido

en mi barca (pegada como una sombra á las peñas de la isla), oyendo cantar á las hijas del señor conde, á las cuales conozco ya en la voz; y, en verdad les digo á ustedes, que aquello valia la pena de ser oido por alguien que no fuese un pobre pescador como yo soy...

¿Conoceis las novelas de Jorge Sand?—Ahora soy yo quien habla: y me dirijo á vosotros, lectores mios.—¿Conoceis á *Consuelo*, á *Lelia*, *Los dos amores*... sobre todo *Los dos amores*? ¿No es verdad que al oir á este barquero de quince años, bello como un Apolo y medio desnudo como él, hablar de música y de condesas con tan fogoso entusiasmo, en el seno de una naturaleza tan ardiente y esplendorosa, cree uno ver realizarse los más apasionados *ensueños* de aquella ilustre poetisa, ó repetirse las más deliciosas *aventuras* de aquella especie de *don Juan* con faldas?

¡Oh! ¡Jorge Sand!—El, ó sea *ella*, vivió mucho tiempo en las orillas de este lago, y colocó aquí la accion de muchas obras suyas...—¡Qué lástima de que tan gran poeta fuera mujer, ó de que tan hermosa mujer fuera poetisa, ó de que la poetisa no hubiera sabido morir á tiempo, antes de que la edad ajase su hermosura y la obligase á vestirse de nuevo por la cabeza!—Yo, de niño, he sido fanático admirador de Jorge Sand, como del ser más libre, más gracioso y más elocuente de nuestros tiempos...—Pero yo lamentaré siempre el haber llegado á saber que Jorge Sand es hoy una respetable anciana de cincuenta y siete años, que vive en prosa y con guardapiés en el fondo de un pueblo de provincia...

—¡Con qué razon dijo nuestro insigne Quintana:

¡Muera más bien que envejecer la hermosa!

Pero escuchemos al pescador.

—*Isola Bella* é *Isola Madre* eran hace doscientos años dos áridas rocas completamente despobladas. En 1670, el conde Vitalio Borromeo las cubrió de tierra y construyó el palacio de *Isola Bella* y los jardines de una y otra isla. Desde este tiempo, todos los Condes se han afanado por hermosearlas, trayendo á ellas plantas y flores de lejanos paises y estátuas y cuadros de sus palacios de Turin y de Milan.—Aquella otra isla que ven ustedes cubierta de casas, se llama *Isola dei Pescatori*, por ser propiedad de los pescadores del lago, y constituye un pueblo con su iglesia, sus autoridades y todo lo demás que hay en los pueblos, menos un palmo de terreno en que plantar un árbol. En *l'Isola dei Pescatori* no crecen otras plantas que las que cada uno cuida en las macetas de su terrado. Las casas nos dejan apenas lugar para tender las redes al sol á fin de que se sequen.—En fin, aquella otra isla, llamada de *San Giovanni* (San Juan), que ve usted allá lejos, en frente de *Pallanza*, es tan pequeña que bastan á llenarla una capilla, una casa y un jardin. Toda ella ha pertenecido hasta ahora á los canónigos de *Pallanza*; pero hace pocos meses la ha comprado el conde Borromeo.—(En el lugar por donde vamos vogando en este instante, tendrá el lago setecientos pies de profundidad.)—Los condes Bor-

romeo descienden del mejor Santo que ha habido sobre la tierra.—Ya verán ustedes esta tarde su estátua colosal, cerca de Arona.—Este Santo existió hace tres siglos, y era sobrino del Papa. El fue el inventor del *Catecismo* que aprendemos en la escuela, y estuvo en el Concilio de Trento, donde trabajó como nadie contra los herejes enemigos de la *Madonna* (la Virgen María). En premio de esto, la *Madonna* le libró del puñal de unos frailes muy malos, que trataron de asesinarlo sólo porque se empeñó en meterlos por vereda y corregirlos de las malas mañas que habian adquirido. Cuando la peste de Milan, llevaba los enfermos acuestas... ¡y eso que era Arzobispo!... y pasaba la noche á la cabecera de los enfermos pobres, de los pescadores como yo, sin temer el contagio ni la incomodidad de las viviendas humildes. En fin, despues que murió, que fue á los cuarenta y seis años, Dios concedió á su sepulcro la virtud milagrosa de curar enfermedades mortales, por lo cual se vino en conocimiento de que aquel hombre tan bueno era un Santo, y Pablo V, pontífice muy célebre, lo canonizó tal como hoy se halla...—Yo me llamo Cárlos, para servir á los señores.

Esta relacion (que apenas discrepará en un ápice de la del barquero) me ha parecido digna de figurar íntegramente en mi relato; pues, sobre contener noticias muy ciertas, respira tanta gracia como inocencia y bondad.

En esto pasamos cerca de una nueva isla, tan raquítica y diminuta, que ni figura en los Mapas, ni en las Guías, ni en los Diccionarios.—E mismo barquero la habia juzgado indigna de mencion, creyendo sin duda que nosotros no repararíamos en ella.

Aquella isla, que parece una hija recien nacida de las *Borromeas*, tendrá cincuenta pasos de circunferencia y apenas sobresale un pié del nivel del lago.—En ella crecen dos sauces y medio, extremadamente endebles y muy pálidos.

Cuando nosotros cruzamos á su vista, habitábala, al modo de Robinson, un barquerillo de diez á doce años, que habia amarrado su ligera barca á uno de los sauces, y tomaba el sol, tendido boca arriba sobre la arena, fumando y cantando alternativamente.

Los sauces, la isla, la barca y el muchacho formaban un cuadro tan gracioso, tan sencillo, tan artísticamente dibujado sobre el fondo brillante de las aguas, y por añadidura tan pequeño, que todo ello junto parecia un juguete modelado en barro para servir de *palillero* en una mesa.

Réstame decir que la tal islilla suele dar sus capuzones en el agua quedar sumergida durante meses enteros; pues la superficie del *Lago Mayor* sube algunos años, en la época de las grandes lluvias, hasta tres metros y medio sobre su nivel habitual.—De aquí que los sauces sean tan débiles y enfermizos.—Los baños largos debilitan mucho.

Por lo demás, aquel paraje anfibio ha merecido los honores de llevar un nombre.—Se llama la *Isla de Malghera*.

Vogando, vogando..., como íbamos, con rumbo fijo á *Isola Bella*, no dejaba yo de mirar de vez en cuando la Cordillera de los Alpes, que cerraba el horizonte al Noroeste, complaciéndome en ver asomar, sobre las brumas que coronaban todas las cimas, un Pico blanco, limpio de nubes, que reflejaba como un espejo la luz ardiente del sol, próximo ya al Meridiano.

—Aquel Pico es el *Sempione* (el Simplon), exclamó nuestro barquero, siguiendo la direccion de mi mirada.

—Ayer á estas horas estábamos nosotros allá arriba, añadió Iriarte.

¡Parecia imposible... y era verdad!

A todo esto el lago empezaba á poblarse de botes que cruzaban de pueblo á pueblo y de isla á isla, llevando y trayendo pasajeros de los muchos que un Vaporcito iba dejando donde quiera que tocaba.

Este Vapor habia salido de *Arona*, estacion de ferro-carril, que dista de Milan dos horas y de Turin menos de cuatro.

En el Vapor y en los botes veíanse, pues, infinidad de familias, que por la mañana habian salido de aquellas capitales, á fin de pasar como quien dice «un dia de campo en el *Lago Mayor*.»— Y aquí encontrábamos la alegre *partida* de la amistad, allá el gracioso grupo del amor, en otra parte el santo cuadro de la familia; ora gentes del pueblo; ora mujeres elegantes; en un lado las célebres hermosuras milanesas, que parecen nobilísimas estátuas; en otro las hijas del Piamonte, de franca y graciosa fisonomía.

El Vapor ostentaba la bandera tricolor de *Italia*, blanca, encarnada y verde, con la *Cruz de Saboya* en medio...—¡Con la Cruz de Saboya!...— ¡De Saboya, vendida al estranjero!!

Entre los hombres, veíanse muchos vestidos con el uniforme de guardias nacionales, y condecorados con una medalla pendiente de una cinta roja y blanca.—Aquella condecoracion significaba que habian tomado parte en la última guerra contra los austriacos.

—¡Salud á los héroes de Pallestro y Solferino! exclamé yo en mis adentros, acordándome de Bailén y Talavera. ¡Salud á los defensores de la independencia de su patria!

El resto de los milaneses y sardos llevaban el traje *europeo*, quiero decir, aquel pantalon, aquel sombrero y aquella levita que son los mismos en Madrid que en París, en Roma que en San Petersburgo.—Sólo la plebe presentaba en su vestido algun carácter italiano. Entre la gente de esta clase habia tipos soberbios, cuyos rasgos principales eran los siguientes: grande nariz aguileña, ojos negros y sombríos, barbas y cabellos largos, atlética complexion y múy noble estatura. Su pintoresco trage consistia en sombrero chambergo, de castor ó de paja, corbata roja, larga chaqueta de terciopelo y anchuroso pantalon de pana.—Estas figuras, campeando sobre la popa de una barca, dibujándose en el espléndido Lago ó perfilándose sobre un cielo puro y luminoso, eran estremadamente bellas, y en muchas ocasiones hasta hermosas...

Se acercaban las doce. De todos los pueblos esparcidos en una y otra ribera, llegaban á nosotros claras y vibrantes las voces de las campanas que llamaban á misa. Hacia calor. La comarca entera rebosaba placer y regocijo. Todos los pescadores cantaban. Todos los pasajeros reian. Sólo callaban, mirándose, las parejas de enamorados que cruzaban acá y allá los cristales del lago sobre ligeras barquillas, recordándome á las palomas que vagaban libres por los bosques perfumados de *Isola Madre.*

¡Inolvidable mañana!... El recuerdo de tu sol, de tu alegría, de tus inefables encantos, vivirá siempre en mi alma como un perdurable crepúsculo...

Llegamos á *Isola Bella.*

En aquel instante dieron las doce.

La plegaria del *Ave-María* resonó en todos los campanarios de los innumerables pueblos que bordan la márgen del lago y las faldas de los montes...

Parecia que la naturaleza misma entonaba un himno á la Reina de los cielos.

La solemne emocion que nos produjo aquel concierto triunfó de la mucha hambre que teníamos.

—¿A dónde vamos? ¿Al hotel? nos preguntó el pescador, amarrando la barca y preparándose á servirnos de *Cicerone.*

—No tal, respondimos heróicamente. Vamos primero á misa.

Isolla Bella puede dividirse en dos partes. La una ocupada por el vasto palacio y magníficos jardines de los condes Borromeo, y la otra cedida al público, que tiene en ella una especie de ciudad, con su iglesia, su hotel y su mercado.

En la iglesia habria unas cincuenta personas oyendo misa.

La mayor parte eran mujeres.

Entre estas las habia con mantilla, al modo de nuestro país.

Eran las avecindadas en la isla.

Otras llevaban sombreros medio húngaros, medio calañeses.

Eran damas de Turin y de Milan.

Algunas se paseaban viendo los cuadros y los altares sin prestar atencion á la ceremonia.

Eran *touristes* inglesas.

Las pescadoras se distinguian por sus talles largos y esbeltos, por su cabeza adornada de flores, y por sus corpiños negros y sayas azules ó encarnadas.

Despues de la misa, fuimos al *Hotel del Delfin*, en el que ya nos esperaba el almuerzo, en virtud de aviso de nuestro *Cicerone.*

La mesa se hallaba colocada en un balcon, cuya vista sobre los jardines y sobre el lago era sorprendente.

El sol bañaba el limpio mantel y los apetecidos manjares; un ramo de flores y una soberbia pirámide de frutas adornaban la mesa... y á esto

se redujo la explendidez de aquel almuerzo, que no hubiéramos cambiado por los festines de Lúculo.

La pesca del *Lago Mayor* es exquisita, y nosotros *le hicimos los honores* consiguientes á un largo ayuno. — El vino era de Asti, aromático, leve, generoso, como la limpia esencia de la uva.

A los postres nos sirvieron la *Opinione* de Turin y la *Perseveranza* de Milan, periódicos del dia, que nos dieron noticias del estado de la guerra de Nápoles.

Aquel *reino* habia sido invitado á decir por medio del sufragio universal si queria ó no unirse al Piamonte y á los demás estados de Italia que se habian ya agrupado bajo la bandera de *independencia* y *unidad*.— Entre tanto, Victor Manuel y Francisco II se encontraban frente á frente, cada uno á la cabeza de su ejército, á las orillas del Volturno.—Los Estados Pontificios habian quedado reducidos al Patrimonio de San Pedro.— El Papa redoblaba sus anatemas sobre el rey y sobre el pueblo que habian tomado la inicativa en contra del antiguo órden de cosas.—Parma-Toscana, Módena, la Lombardía, las Legaciones, las Marcas, la Umbría, Sicilia y Nápoles se habian fundido en una sola nacion.—Los príncipes de los estinguidos *reinos* habian pagado caro su desatentado amor al enemigo natural de los mismos pueblos que regian, al tirano de Milan y de Venecia, al aborrecido emperador de Austria.

Terminada esta lectura, dejamos el Hotel y nos dirigimos al *Palacio*, que es verdaderamente regio, y, al decir de los peritos, demasiado grande para tan pequeña isla.

Su severa entrada ó portal es una especie de cuerpo de guardia, donde en otro tiempo se reunirian los soldados del Conde á jugar y beber, en tanto que velaban el sueño de su ilustre amo.—Allí se ven hoy colgadas de las paredes algunas viejas armaduras, que parecen el férreo esqueleto de aquella gente venal y pendenciera.—Sus armas, ennegrecidas por el moho, forman en otro lado venerables trofeos.—Debajo de ellos vése una enorme chimenea que trae á la imaginacion las noches de otros siglos y las historias de batallas y de amores que se contarian allí al amor de la lumbre y entre el azar de los dados...

Los altos muros de la soberbia escalera están adornados con disformes escudos de piedra, que llegan desde el suelo al techo, en los cuales están esculpidas de relieve las armas de la familia Borromeo.—El lema de estas armas es la palabra *Humilitas*, que se ve repetido en todos los muebles, en las cortinas, en las paredes, donde quiera que se fijan los ojos.

El salon principal es magnífico. En medio de él se alza el viejo trono condal, que, como todos los muebles, cuenta mas de trescientos años.

Magníficas camas del siglo XVI, que fueron entonces lechos nupciales, son hoy catafalcos, que solo ocupan los cadáveres de los condes, si por acaso les sorprende la muerte en la Isla...

Sin embargo, en una de estas camas descansó en el presente siglo

un ilustre Huésped, y de ella se levantó al otro dia para ganar la batalla de Marengo...

Este Huésped habia escrito con un puñal la tarde antes, en un laurel del Jardin de la propia *Isola Bella*, la palabra *Battaglia* (Batalla). —Por cierto que hoy no queda ya más que la primera letra de aquella profecía de gloria. El pedazo de corteza en que estaban las restantes, se lo han llevado poco á poco los ingleses.—Nosotros, más piadosos que ellos, respetamos la B.

Tambien es notable en el Palacio la Galería de Cuadros, en que se ven lienzos de *Lucas Jordan*, *Le Brun*, *Ticiano* y otros famosos artistas de toda Europa.

Como los Condes estaban en la Isla, no pudimos ver las habitaciones en que al presente moran.—Al decir del criado que nos conducia, se hallan amuebladas á la moderna y con extraordinario lujo.—Dirigímosnos, pues, á los Jardines.

Para llegar á ellos pasamos por un segundo Palacio, casi subterráneo, que consiste en una sucesion de grutas, revestidas de mosáico y de caprichosos riscos. Aquellos aposentos se hallan al nivel del agua y son fresquísimos hasta en el verano. Adórnanlos muebles rústicos.

Los renombrados Jardines de *Isola Bella* (que para mi gusto son inferiores en hermosura á los de *Isola Madre*) se levantan, al modo de pensil babilónico, en diez y seis terrados construidos unos sobre otros hasta formar una especie de Torre de Babel. El Jardin más alto se halla á cien metros sobre el nivel del *Lago-Mayor*, y en él, como en los demás, admírase una variada multitud de fuentes, estátuas, macetas, árboles de las cinco partes del mundo, flores de todas clases, glorietas umbrosas y cuanto puede soñar la imaginacion y combinar el arte para convertir una árida peña y unas simétricas murallas en una mansion de delicias.

Pero ahora entra lo principal.—Desde la cúspide de aquella torre encantada vimos, en una fértil huerta que linda con el Palacio, algunas damas vestidas con peinadores blancos (lo que en el dialecto elegante quiere decir *no vestidas*) las cuales andaban de un lado á otro cogiendo flores y frutas...

¡Eran las castellanas de *Isola Bella* (por cierto muy bonitas.)!

Sus voces argentinas llegaban claramente hasta nosotros...—¡Ay! ¡Las diosas de aquel mágico recinto hablaban en francés!—¡Abominable *fazon*! ¡Cuánto más mitológico no hubiera sido su propio idioma... el melodioso y dulce idioma de Petrarca!

Item: Al volver de los Jardines al Palacio, nos encontramos, en la meseta de una ancha escalera, á un caballero, vestido como cualquiera otro, con levita, pantalon y chaleco al estilo de París...

El subia y nosotros bajábamos.

Al pasar á nuestro lado, se quitó el sombrero y nos saludó cortesmente.

Nosotros le contestamos del propio modo sin saber quién era..., y creyendo que no estábamos obligados á más.

El criado que nos guiaba le hizo una profunda reverencia.

Aquel caballero era el rey del Archipiélago; el dios de aquel Eden; el señor á quien cantaban los ruiseñores y perfumaban los mirtos y laureles de *Isola Madre* é *Isola Bella*; –el actual conde Borromeo.—Cuando lo supimos, ya habia desaparecido.

El heredero da San Cárlos se llama *Vitaliano* ó *Vitalio*, como algunos de sus mayores, y es hombre de unos sesenta y cinco años, alto, delgado y de severo aspecto.—Antes de 1848 vivia en Milan, como uno de los más distinguidos patricios lombardos. Cuando estalló la revolucion de aquel año memorable, tomó en ella una parte muy activa, y, una vez espulsados los austriacos despues de cinco dias de horrible combate, fue elegido miembro del Gobierno Provisional que se estableció en Milan y que duró desde el 18 de marzo hasta el 6 de agosto de dicho año.—Dueños otra vez de Milan los extranjeros, el conde Borromeo tuvo que emigrar al Piamonte. El Austria se vengó entonces de él secuestrándole todos los bienes que poseia en territorio lombardo; pero el gobierno de Turin premió su patriótico esfuerzo, nombrándolo Senador y Gran Cruz de la órden de San Mauricio.

Vitalio Borromeo Aprese casó con una hija del marqués d' Adda, de la cual ha tenido muchos hijos. Uno de ellos es camarero secreto del Santo Padre; otro es diputado, y los demás sirven en el ejército de la nueva Italia. El menor de todos es ayudante del general Cialdini.—En cuanto á las hijas... ya las hemos visto coger flores en la huerta del Palacio.

Por último: la familia Borromeo tiene parientes en España,—y entre ellos se cuenta mi noble amigo el duque de Fernan-Nuñez.

A eso de las dos abandonamos la Isla, y nos dirigimos á *Stresa*, á fuerza de remo, ó sea en el mismo bote que tripulaba el niño de quince años.

En *Stresa* pasamos una hora aguardando un Vapor que debia llevarnos á *Arona*, estacion del camino de hierro que conduce á Turin.

Durante aquella hora visitamos el magnífico Palacio *Bolongaro* (en que vive ordinariamente la Duquesa viuda de Génova, cuñada del rey Vitor Manuel), y el famoso convento de *Rosminienses*, donde murió en 1855 el célebre obispo Rosmini, fundador de esta Órden y amigo íntimo del inmortal Manzoni,—que solia venir á visitarlo desde Milan.

De vuelta en la márgen del Lago, y en tanto que nos recogia el Vapor, cuyo penacho de humo asomaba ya por detrás del promontorio de *San Remigio*, nos sentamos en la puerta de un Café, á la orilla misma del agua...

Desde allí se veia el Lago Mayor en casi toda su longitud, ó sea desde *Sesto Calenda*, por donde se escapa el *Tessino* con direccion al *Po*, hasta las aguas suizas, que toman el nombre de *Lago de Locarno*.

Como el sol empezaba á caer, su luz heria de frente los pueblos y los palacios asentados en la ribera lombarda, destacando vivamente sobre el verde oscuro de los viñedos y olivares las blancas siluetas de los edificios. Los altos Alpes empezaban á festonearse de rosada niebla. El Lago formia

suavemente, y sobre su brillante superficie trazaban largas estelas mil y mil pequeñas embarcaciones, que se dirigian á los puntos en que debia tocar el Vapor. Cerca de nosotros, un grupo de guardias nacionales hablaba de política en la armoniosa lengua italiana. No lejos jugaba y alborotaba un gracioso escuadron de muchachos. En los balcones del Café y de una Fonda vecina veíanse algunas elegantes inglesas y extravagantes ingleses, que debian de embarcarse con nosotros. En otro lado cantaban millares de pájaros en una hermosa arboleda tendida á lo largo de un magnífico camino, que no era sino la continuacion de la carretera que habíamos nosotros abandonado en Baveno la noche antes. En una casa próxima sonaba un piano, que tocó sucesivamente el *himno de Garibaldi*, cierta cancion tirolesa, muy repetida por los organillos en las calles de Madrid, y el coro de guerreros de la *Norma*.—Todos estos ruidos, y las campanas de la iglesia de *Stresa*, acordadas musicalmente, formaban un concierto, una gran voz, un acento jubiloso y prolongado, que murmuraba en mis oidos esta sola palabra mágica, llena de promesas para mi imaginacion:—«*¡Italia!*»

Todo, todo era amor, todo belleza, todo alegría...—Yo buscaba en torno mio algo que me hablara de guerra, de muerte, de excomunion; de sobresaltos, de peligros, de lágrimas, de lutos, de ruinas, de temores, de remordimientos..., y por donde quiera que miraba sólo veia placer, tranquilidad, regocijo, bienestar y confianza.

A las tres llegó el Vapor en frente de *Stresa*; recogiónos á los muchos viajeros que lo esperábamos, y siguió su marcha al Sur.

Diez minutos despues pasábamos por delante de una punta de la ribera *lombarda*, poco distante allí de la ribera *piamontesa*.

Sobre aquella punta se levanta una fortificacion, cuyo nombre nos recordó otros lugares muy remotos.—Llámase *Anghera*, como el boquete de Sierra-Bullones, por donde los moros atacaban nuestro Campamento del *Serrallo*.

Pero toda nuestra atencion estaba ya fija en la famosa *Estatua colosal de San Cárlos Borromeo*, que habíamos descubierto á poco de entrar en el Vapor, y que, á medida que nos acercábamos á *Arona*, iba desarrollando á nuestros ojos su desmedida corpulencia.

Este monumento, célebre á un mismo tiempo por su grandeza y por su grandor, se eleva sobre un monte frondosísimo, á cuya falda se recuesta cariñosamente *Arona*.—La estatua representa al Santo en actitud de bendecir á esta ciudad (que fue su cuna), el Lago en que se mira y los risueños campos que la rodean...—El pedestal tiene cuarenta pies de altura, y la estatua sesenta y seis.—La cabeza y las manos son de bronce, y el resto del cuerpo de cobre forjado.—El interior es hueco, y, aunque con mucho trabajo, pueden subir los curiosos hasta la cabeza, trepando por los pilares de piedra que la sostienen.—Una vez arriba, las aberturas de los ojos sirven de balcones, desde los cuales se disfruta una magnífica

vista, si el que se asoma no carece de ella;—pues la pobre estátua no ve nada por sí sola, á pesar de tener los ojos tan grandes...; fenómeno muy comun en los buenos mozos.—La longitud de la cara del Santo es de siete piés y medio; la nariz no baja de dos piés y siete pulgadas, y en cuanto á la boca... ¡desgraciado el que tuviese que dar de comer á un abismo semejante!... Finalmente: dentro de la cabeza caben cuatro personas de un tamaño regular; por ejemplo: cuatro cabos de gastadores.

Esta verdadera maravilla se erigió en 1697. Costó unos 4.000,000 de reales, y fue modelada por *Cerano* y ejecutada por Ciro Zanella y B. Falconi.

En Arona, donde desembarcamos felizmente, no encontramos nada de particular, fuera de un magnífico retablo de *Guadenzio Vinci*, que vale todo lo que cuesta el subir á *Santa Maria.*

Iriarte y yo subimos, á pesar de hallarnos muy cansados.

Despues nos dirigimos al camino de hierro (*Strada-ferrata* en italiano) y tomamos billetes para *Turin.*

. . . .

Esto no se verificó sin que palpitásemos de gozo, y quién sabe si de pena, al darnos cuenta de que con aquel paso acabábamos de comprometernos á realizar en pocas horas algunos deseos de toda nuestra vida.

Los que se casan enamorados deben de experimentar, al amanecer el dia de su boda, una emocion de pesar y de alegría, semejante á la que me causó á mí el tomar aquel billete.

—Cuando esta noche me duerma (pensaba yo), habré pasado ya por *Novara;* habré visto los campos de *Magenta*; habré dejado de desear y esperar conocer á *Turin.*

Así somos.—A todos nos gusta el *mañana* más que el *hoy*, y el *ayer* más que el *hoy* y que el *mañana.*—¡Si hay algo más bello que lo que se desea, es lo que se pierde!

A lo menos yo, cuando deseo una cosa, la creo plata; cuando la tengo se me figura cobre; y cuando la recuerdo, me parece oro.

Digo más: yo me he creido desgraciado todos los dias de mi vida; y sin embargo, no hay entre todos ellos uno solo que no eche de menos ahora, y cuya pérdida no lamente como una felicidad pasada...

¡Ah! El tiempo es como las medicinas; un poco amargo de tragar; pero, despues que se ha tragado, hace mucho bien á nuestro espíritu...

. . . .

Por aquí iba yo en mis reflexiones, cuando dieron las cuatro y la campana de la estacion nos llamó al tren.

Un empleado del ferro-carril pregonaba en tanto á grandes voces los principales puntos para donde se admitian pasajeros

—¡*Novara*!—¡*Vercelli*!—¡*Torino!* (Turin.)—¡*Milano*! (Milan)—¡*Alessandria*!—¡*Génova*!... gritaba aquel hombre, sin adivinar el combate de

deseos y de impaciencias que sus palabras provocaban en mi imaginacion!

El tren en que habíamos entrado, se dividiria en *Novara* en tres partes, de las que una se dirigiria á *Milan*, otra á *Turin*, y la tercera á *Génova*.—¡Con solo desearlo, podíamos ir á dormir aquella noche (y hasta llegar á la hora del teatro) á cualquiera de tan famosas capitales!—*Génova*, que era la más lejana, distaba seis horas del lugar en que nos hallábamos...

Pero ya no habia que dudar. Nuestros billetes eran para Turin...

De *Arona* á *Novara* se emplea una hora.

A la izquierda del camino de hierro corre el anchuroso *Tessino*.

Este célebre rio nace en el *San Gotardo*; da nombre á un canton de Suiza; alimenta el *Lago Mayor*; traza la frontera de la Lombardía y del Piamonte, y va á morir en el Po, á poca distancia de los muros de Pavía.

¡Y cuánta sangre ha teñido sus ondas en todos tiempos! ¡Cuántas veces lo han pasado ejércitos poderosos, ora en son de guerra y de conquista; ora fugitivos y deshechos!—Aquellos verdes campos de la Lombardia que mirábamos dilatarse al otro lado del Tesino, y la llanura que ibamos atravesando, habian visto luchar á Anibal con Escipion, á los lombardos con Carlo-Magno, á Güelfos y Gibelinos, á la *Liga Lombarda* con Barbarroja, á Francisco I con Carlos V, y á Napoleon el Grande con el Austria.

¡Y en *Novara* fue precisamente donde, hace once años, Cárlos Alberto sufrió su terrible y gloriosa derrota!... ¡Y no lejos está el sitio en que, el año pasado, el rey Victor Manuel vengó á su padre y á su patria, enseñoreándose de la llanura de *Magenta*, cubierta de cadáveres austriacos!

Porque habeis de saber que *Magenta* y *Novara* se miran frente á frente.—El Tesino corre magestuoso entre los dos campos de batalla...—¡Y nosotros pasábamos á la vista el puente de *Bufarola*, de inmortal renombre!...

En él debió de aparecerse á Napoleon III la sombra del primer Napoleon en toda su guerrera magestad, mostrándole los ejércitos confundidos entre el humo del combate, y diciéndole melancólicamente:—«Así fue toda mi vida. Ahí tienes el secreto de mi gloria.»

A las cinco llegamos á *Novara*, donde teniamos que esperar hora y media hasta la salida del tren directo para *Turin*.

Novara es una viejísima ciudad defendida por un castillo. Tendrá de quince á veinte mil almas.

Su catedral, que visitamos. fué construida en el siglo V; pero las restauraciones le han arrebatado completamente el noble sello de tan venerable senectud.

En el *Bautisterio*, ó capilla bautismal (que en todas las catedrales

antiguas de Italia es un edificio separado, aunque próximo á ellas, con arreglo á la antigua Disciplina), se ve representada la Pasion por unos grupos de *esculturas pintadas*, que tienen tanto renombre entre la gente lega en artes, como poco mérito á los ojos de los artistas.—Aquellos son los famosos *Santos de Novara*, de que se oye hablar cien leguas á la redonda.—Por cierto que en los pueblos de Andalucía se veneran tambien grupos de imágenes por el mismo estilo, las cuales son llamadas generalmente *Pasos de Semana Santa.—Nihil novum sub sole.*

Como todavía era domingo, las calles de *Novara* estaban llenas de gente que volvia de paseo, luciendo el fondo del baul, ó sea sus mejores trages.—La lentitud y magestad con que andaban señoras y caballeros; las conversaciones casi al oido que mantenian entre sí las jóvenes hermosas; las escoltas de galanes que las seguian, y los diálogos, saludos y miradas que se cruzaban de la calle á los balcones, daban perfecta idea de la vida de provincias,—donde todos se conocen; donde los afectos son tan profundos y los amores tan platónicos; donde las gentes se ven cuando menos todos los dias de fiesta, pero no se hablan en años enteros; donde la *etiqueta*, en fin, hace casi siempre las veces de la educacion,—como en las grandes capitales la educacion hace las veces del amor y de la amistad.

Las damas de *Novara* iban *en cuerpo* y llevaban tambien mantillas negras de blonda, que no les cubrian sino hasta la mitad de la espalda, dejando ver unos talles largos y esbeltos, flexibles y voluptuosos como los de las hijas de Valencia. Este trage tan sencillo, compuesto solamente del vestido y de la mantilla, cuadraba perfectamente á la elevada estatura, á los negros cabellos y al descolorido rostro de aquellas beldades un tanto novelescas...—Muchas de ellas hubieran podido servir para heroisnas de melodrama.

En hacer estas observaciones y tomar un refrigerio en un Café pasamos el resto de la tarde.

Durante nuestra permanencia en el Café, llamóme la atencion el gran número de clérigos que en él habia, todos vestidos con levita, calzon corto, zapatos de hebilla y ancho sombrero pastoral de estendidas alas.

Estos clérigos no se parecian en nada á los de España, áun prescindiendo del traje.—Su aspecto era alegre, espansivo, desembarazado, hasta picaresco.—Los unos fumaban, los otros reian y charlaban ruidosamente; estos refrescaban con sosiego; aquellos leian y comentaban los periódicos.—¡Los habia tambien que jugaban al billar!!

Los paisanos veian todo esto sin extrañeza.—Se diria que en Italia los clérigos y los legos se conocen de más tiempo ó se tratan con más confianza que en nuestro país.—Ni de una parte hay tanta reserva, ni de la otra tanto respeto.—Unos y otros son, como quien dice, *más despreocupados*.

El mismo trage de los eclesiásticos contribuye mucho á despojarlos de severidad.—¡Yo lo encuentro hasta más gracioso y elegante que el de los

seglares!—Aquellas piernas ceñidas por la aristocrática media de seda, aquella graciosa levita con esclavina, aquel ajustado chaleco, aquella muceta blanca, aquella larga cabellera, que cae á los lados de un rostro afeitado pulcramente y en que los apasionados, negrísimos ojos se destacan con profana energía; aquella cadena de reloj, aquellos lentes de oro y aquel charolado zapato, forman un conjunto mucho más agradable, más artístico y más ventajoso para la figura, que nuestros pantalones cuadrados y nuestro sombrero de copa...—Y, por supuesto, excluyen completamente la grave austeridad é imponente misterio que los hábitos talares y el sombrero de canal prestan á los sacerdotes españoles...

¡Así anda la religiosidad de los italianos!...

A las siete menos cuarto salimos definitivamente para *Turin*.

Hacia luna..., lo cual no debe extrañaros, pues ya recordareis que pocos dias antes habíamos saludado el cuarto creciente desde las inmediaciones del *Mont-Blanc*.

El astro melancólico blanqueaba las llanuras que hay á la salida de *Novara*.

Aquellas llanuras eran el teatro de la lúgubre batalla á que aludimos mas arriba.

Allí están enterrados miles de austriacos y de piamonteses...

De allí apartaron á Cárlos Alberto la triste noche del 23 de marzo de 1849..., aquella noche en que el *rey magnánimo*, como se le llama en Cerdeña, buscaba la muerte entre las bayonetas enemigas, no queriendo sobrevivir á su hermosa ilusion de hacer independientes y libres á todos los italianos.

En aquel campo, en fin, pensaria el bravo monarca, cuando, despues de abdicar su corona en el hijo que habia de vengarle, moria de pesar, de desesperacion y de amor patrio, en el triste destierro que se impuso...

A poca distancia de *Novara*, el camino de hierro dejó de dirigirse al Sur y giró hácia Poniente.—Teníamos que desandar mucha parte del gran rodeo que habíamos dado en los dias anteriores para saltar los Alpes.—Por consiguiente, íbamos á ver á lo lejos y por sus vertientes del Mediodía casi todas las montañas que habíamos visto de cerca y por sus vertientes del Norte.

Y, en efecto: de allí en adelante, fuimos reconociendo, uno por uno, y al través de la vasta llanura que nos separaba de ellos, el *Simplon*, el *Monte Rosa*, el *San Bernardo* y el *Mont-Blanc*..., todos aquellos *amigos* (ya podíamos nombrarlos asi), cuyas blancas cimas, plateadas por la luz de la luna, nos recordaban los cinco dias que habíamos pasado entre ellos.

En cuanto al terreno que atravesábamos, consistia en unos arrozales extensísimos, que están inundados la mitad del año por las aguas de *Sesia* y del *Ogogna*.

Al término de aquella comarca hicimos alto en *Vercelli.*

Este nombre suscitó tambien en mi mente algunos pálidos recuerdos de las cosas que aprendí cuando viajaba por la Historia.

A las puertas de *Vercelli* derrotó Mario á los Cimbrios.—Es decir, que hace veinte siglos, ya corria en estos campos la sangre teutona mezclada con la latina.—Los cimbrios que escaparon de aquel terrible combate, tuvieron por conveniente refugiarse en España, donde, si no me equivoco, no fueron mejor recibidos...—Ahora: de lo que sí me acuerdo es de que *Vercelli* fue tomado despues dos veces por los españoles; la primera, en tiempo de Felipe IV, y la segunda, durante la Guerra de Sucesion...

¡Pero fuera el cuento de nunca acabar, si yo hubiera de citar una por una todas las glorias de España que recuerda el territorio en que he penetrado!—Baste decir que desde los Alpes hasta el Etna, apenas hay un pueblo, un arroyo, una montaña que no hayan regado con su sangre nuestros mayores.—En Turin como en Milan, en Nápoles como en Roma, tremoló un tiempo la bandera de Castilla, y cuando el Nieto de los Reyes Católicos daba sus leyes á dos Mundos, este poderoso reino de Italia que no acierta á constituirse era una de tantas provincias españolas...—¡Ah! ¿Qué nos valió!!

Repondiéndome estaba yo á esta pregunta, con los ojos fijos en las luces que se veian sobre las murallas de *Vercelli*, cuando el pito de la máquina me sacó de inútiles cavilaciones, y el tren siguió su camino.

Hora y media despues llegábamos á *Chivasso.*

De allí en adelante empezamos á ver á nuestra izquierda un ancho y poderoso rio, que ya no nos abandonó hasta *Turin...*

Era el *Po.*

De sus copiosas aguas se desprendia una vaga niebla que empañaba la claridad de la luna, impidiéndonos ver el paisaje.

¡Salud al *Po!* dijimos al columbrarlo. ¡Salud al viejo *Eridano*, sepulcro de la soberbia de Faeton! ¡Salud al más potente rio de Italia!

El *Po* nace en el *Monte Viso*, á pocas leguas de Turin; recibe en su seno más de cien rios desprendidos de toda la cadena de los Alpes, y recorre la Alta Italia de un extremo á otro, hasta ir á morir en el Adriático.

En aquel momento iba yo viajando contra su corriente, ó sea en inverso sentido que él; pero ya vereis que más adelante seguiré su mismo curso; lo acompañaré en su marcha de cien leguas; lo saludaré en *Pavia*, en *Piacenza* y en *Ferrara*, y llegaré con él á avistar las saladas ondas que estrechan en sus brazos á *Venecia.*

. . . .

A todo esto *Turin* se nos venia encima.

Las casas de campo principiaban á menudear á los dos lados de la via férrea...

Largas hileras de luces de gas brillaban ténuemente en el brumoso horizonte...

Los ruidos de la capital empezaban á percibirse á lo lejos...

Y la máquina silbaba como un dragon en agonía.

¡Torino! ¡Torino! gritaron al poco tiempo los empleados. ¡Preparad los billetes!

—Estamos en *Turín*, dijimos á nuestra vez todos los viajeros.

Y el techo de la estacion resonó sobre nosotros; y el tren hizo alto; y la máquina dió un largo resoplido como si se muriera; y se abrieron las portezuelas de los coches; y saltamos al anden del mismo modo que si hubiéramos llegado á otra cualquier parte...

En la capital de la reciente *Italia* eran las diez y tres minutos de la noche.

Al salir de la estacion nos encontramos en una anchísima esplanada, toda llena de coches de alquiler, entre los que habia muchos en cuyos grandes faroles se leian los nombres de los principales Hoteles de *Turín*.

Nosotros habíamos decidido ir á parar al *Hôtel d'Europe*, dirigido por el *señor Trombetta*, cuya fama es universal.

Dirigímonos, pues, á su coche, y ya ponia yo el pié en el estribo. cuando me sentí detenido por unos robustos brazos, y oí que una voz, nada española por el acento, me decia en español estas palabras:

—*¿Cómo estás?*

Me volví, y á la incierta luz de la luna y del alumbrado público, me encontré con un extraño personaje, elegantemente vestido de negro, alto y fuerte como un Sanson, moreno hasta rayar en mulato, y cuyos ojos de leon, cuyos dientes de marfil y cuya hermosa barba, azulada como las plumas del cuervo, recordaba yo haber visto en otra parte.

—*¿Y Caballero? ¿No venir contigo?* continuó preguntándome aquel hombre, con una espresion de cariño, de inocencia y de bondad en la mirada y en la risa, que contrastaba vivamente con su formidable figura.

—*¡Jussuf!* ¿Eres tú? exclamé entonces, reconociéndole.

—Sí, sí..., yo soy *Jussuf*, respondió mi aparecido con una alegría infantil.

Imaginaos nuestra sorpresa.—Jussuf era un marroquí de pura sangre, que Iriarte y yo habíamos conocido en Africa, donde vestia jaique, turbante y babuchas.—Durante la tregua que medió entre la Batalla de Tetuan y la de Vad-ras, aquel moro, que nos habia combatido hasta entonces ferozmente, vino, como otros varios, á nuestro campamento; se aficionó á nuestras costumbres; intimó mucho con mi amigo don José del Saz Caballero (por quien acababa de preguntarme); vivió en su tienda; declaróse *neutral* en la última batalla, y allá me lo dejé cuando abandoné el ejército...

En cuanto al resto de su historia, él mismo se apresuró á contárme-

la, resultando de todo, que Caballero se lo habia traido á Europa en calidad de picador; que habia recorrido con él toda España, toda Francia y toda Suiza; que en España habia hablado á la Reina; que en el *Mont-Blanc*, (donde se hallaba, vestido todavía de moro, cuando lo visitaron los Emperadores franceses), habia conversado con Napoleon y Eugenia; que, en virtud de estos antecedentes, habia solicitado de su amo (él decia *de su amigo*), que lo vistiese á la europea; que esta metamórfosis se realizó en Milan á los pocos dias; que con aquel trage y su hermosura mora era el rey de toda las doncellas y criadas de los hoteles en que iba á parar; que *Caballero* se habia separado de él hacia dos semanas, y debia llegar á Turin de un momento á otro; que él conocia ya la capital del Piamonte como si hubiera nacido en ella, y que vivia en el mismo Hotel á que nosotros nos dirijíamos; que nos serviria de *cicerone* y nos diria dónde estaban *el Gobierno* de España (la Legacion Española), *el teatro*, *el paseo*, *el café* y cuanto pudiéramos desear; y en fin, que se encontraba muy aburrido sin Caballero; pero que ya empezaba á hablar el francés y el italiano y á hacerse entender de todo el mundo.

. . . .

Esta relacion, dicha medio en español, medio en árabe, y salpicada de algunas frases francesas é italianas, nos ha entretenido desde la Estacion hasta el Hotel.—Yo he reparado, con todo, en que hemos venido por hermosísimas calles, todas rectas y profusamente alumbradas, llenas de gente, de carruajes y de lujosas tiendas, y en que el *Hotel de Europa*, en cuyo patio penetró el coche, y donde escribo estas líneas, se halla situado en una extensa plaza, rodeada de arcadas ó portales como la Plaza Mayor de Madrid.—Mañana os diré su nombre y os la describiré.

La primera impresion que me ha causado la capital del Piamonte es sumamente favorable.—Todo lo que he observado desde la estacion del ferro-carril hasta mi aposento, revela verdadera cultura y seriedad.—Por ejemplo: los empleados del ferro-carril y los del hotel no ceden en serviciales y atentos á los franceses; pero son menos charlatanes y ridículos; el cochero me ha parecido un hombre honrado; los agentes de órden público tienen cara de padres de familia; los cuadros que adornan nuestra habitacion representan nobles escenas de las tragedias de Alfieri...

Para concluir por hoy, os diré que cuando ahora poco cenábamos en el comedor (que es un vasto salon, verdaderamente régio), hemos visto cruzar por él una elegantísima dama, de singular hermosura, coronada de flores y envuelta en un lujoso capuchon blanco, la cual iba precedida de un criado con luces y seguida de un lacayo muy compuesto.—Antes que amor, infundia respeto.

Era una duquesa florentina que volvia del teatro.

Yo me inclino á creer que la aparicion de esta beldad aristocrática en semejante momento,—cuando llevamos tantos dias de rodar por valles y montes, lejos de los artificiales encantos de la sociedad,—habrá contribuido en gran parte á hacerme ver ó adivinar á Turin al través de un

prisma tan optimista y lisonjero.—¡Es tan fácil de engañar nuestra loca imaginacion!

Como quiera que sea, ya solo debemos pensar en acostarnos.—¡Harto hemos visto y pensado durante el larguísimo dia que terminará dentro de pocos minutos!

Hace diez y ocho horas que despertábamos en *Baveno*...—Desde entonces... ¡Cuántas y cuán varias emociones!...—El *Lago Mayor* reflejando un sol de fuego, que ahora alumbra los mares del hemisferio antípoda...; la misa y el almuerzo en las *Islas Borromeas*...; la ribera lombarda...; nuestra permanencia en *Stresa*...; nuestra detencion en *Arona*...; la *estátua de San Cárlos*...; el *Tesino*...; el café de *Novara*...; el horizonte de *Magenta* esclarecido por la luna...; *Vercelli*...; el *Po*...; nuestra llegada á *Turin*.... ¡cuántas y cuántas cosas en un solo dia!—¡A mí me parece que ha pasado un año desde que amaneció hasta ahora, y que ya he recorrido toda la Italia!...

Y, sin embargo, no hemos hecho más que *llegar*: todavía no hemos empezado á *ver*.

II.

TURIN.—RESÚMEN DE SU HISTORIA.—UN PASEO POR LA CIUDAD.—EMMANUEL FILIBERTO DE SABOYA.—EL PALACIO REAL POR DENTRO.—TURIN Á VISTA DE PÁJARO.—LAS INGLESAS DE MARTIGNI.—UNA ÓPERA EN ITALIA.—JUSSUF.

Turin, 22 de octubre.

Mi primer cuidado esta mañana,—no bien Dios y su profeta Morfeo me permitieron abrir los ojos,—fue hacerme traer una *Guia* y un *Plano de Turin*.

Con auxilio del *Plano* y algunas explicaciones de Jussuf, me enteré en un momento de la estructura de la ciudad, asi como del punto de ella en que me hallaba y de los caminos que debia seguir para regularizar mis excursiones.—Averigüé, pues, antes de tener el gusto de verlo por mí mismo, que habia pasado la noche en el centro de *Turin*; que mis balcones daban á su Plaza principal (la *Piazza Castello*), y que á pocos pasos de esta se encontraban los Edificios públicos y Monumentos más curiosos de la córte de Víctor Manuel.

En la *Guia* aprendí que *Turin* se halla situado á 230 metros sobre el nivel del mar:—que hace cincuenta años sólo encerraba 65,000 almas; pero que hoy la poblacion pasa de 160,000 idem,—y que entre ellas hay 1,200 protestantes, y sobre unas 2,000 y tantas judías.

En seguida recordé, ó leí en mis apuntes:

Que *Turin* se llama *Turin* porque la fundaron los *taurinos*; como el

Piamonte se llama Piamonte por hallarse al pie de los Alpes (*Pie-di-monte* en italiano):

Que Anibal destruyó esta ciudad porque no quiso aliarse con él en contra de los romanos:

Que César la conquistó (sin duda en recompensa), llamándola *Colonia Julia*...; lo cual no acredita de modesto al héroe de Farsalia;

Pero que despues se denominó *Colonia Augusta Taurinorum*,—frase ruidosa y vana, que revela dos debilidades:

Que luego cayó en poder de los *lombardos*,—á los que no hay que confundir con los lombardos de hoy, por más que estos les deban su nombre y la levadura de su sangre; pues aquellos eran unos germanos (que es como quien dice *alemanes*... ¡*tedeschi*!) recien llegaditos de su país:

Que, andando los tiempos, Carlo Magno la libró de aquella gente y se la guardó para sí, dándola á los señores de Susa, feudatarios de su Imperio:

Que, en el siglo XI, esta desventuradísima Turin fué á parar por herencia á manos de un nuevo amo, es á saber; á manos del duque de Saboya,—de lo que se acaba de vengar el Piamonte, regalando la Saboya á los franceses...!

Que, en 1418, la tan llevada y traida ciudad empezó á ser capital de uno y otro Estado:

Que despues se apoderó de ella la Francia:

Que España se la regaló ó devolvió más adelante á Enmanuel Filiberto de Saboya, General insigne que habia estado al servicio de nuestros reyes Cárlos V y Felipe II:

Que, en 1675, Turin empezó á ser capital de un Reino, por haber tomado los duques de Saboya el título de *Reyes de Cerdeña*:

Que la tal Capital hubo todavía de serlo de una Provincia, bajo la República francesa y durante el imperio del primer Napoleon:

Que, en 1815, el congreso de Viena—¡sin saber lo que se hacia!—la restituyó á la casa de Saboya, aumentando sus dominios con la que fue en un tiempo República de Génova, y que desde entonces el Reino que Turin preside tomó la denominacion de *Estados Sardos*:

Que el rey Cárlos Alberto dijo un dia: *La Italia fará da se*... (y ya hemos visto lo que *la Italia ha dispuesto de si*, segun afirman unos, ó lo que el Piamonte *ha dispuesto de la Italia*, segun pretenden otros):

Que, hasta hace pocos años, el idioma oficial y popular de Turin era *el francés*, y que sólo se empezó á legislar y hablar *en italiano* cuando el dicho Cárlos Alberto dió el *Estatuto* y empezó á acariciar la idea de Napoleon I de hacer un solo reino con toda la Italia, idea que habian tenido sus apóstoles, sus mártires y sus guerreros desde épocas muy remotas...

Y que...

Pero lo demás que recordé ó leí lo sabeis vosotros por los periódicos

Levantéme, pues, y me eché á la calle, ó por mejor decir, salí á la Plaza.

La *Piazza Castello* es el punto céntrico de Turin; tiene 225 metros de longitud por 166 de anchura, y debe su nombre á un Castillo ó Palacio que se levanta en medio de ella.

Los edificios que determinan tan vasto cuadrilongo son altos y bellos, iguales todos por los lados del Sur, de Oriente y de Poniente, y alzados sobre elegantes pórticos, que forman tres hermosas galerías llenas de tiendas á derecha é izquierda, por en medio de las cuales circula incesantemente una apretada muchedumbre...

El lado del Norte lo ocupan: una gran verja (que da entrada á otra plaza mas pequeña, en cuyo fondo se levanta el *Palacio Real*), los ministerios de Estado, de la Guerra, de Marina y de Hacienda, y la direccion de Artillería y Fortificaciones.

Al fin de la galería del Este se halla el *Teatro Regio*, que no tiene fachada, y que, dicho sea de paso, no se abre hasta la Pascua de Navidad, época en que principa lo que aquí se llama *Carnavalone*, ó sea la verdadera temporada lírica, durante la cual da sus grandes bailes la aristocracia.

El edificio que, segun hemos indicado, ocupa el centro de la *Piazza Castello*, se llama ahora *il Palazzo Madama* (antes *le Palais Madame*) y debe su nombre á la circunstancia de haberlo vivido y restaurado la madre de Amadeo II, denominada generalmente *Madame Reale*, como todas las Reinas-madres del Piamonte.—Este Palacio es antiquísimo; su noble arquitectura llama la atencion, á pesar de habérsele quitado en gran parte su carácter de la Edad Media para darle el del Renacimiento; está fortificado por recias torres en su lado oriental, y sirve hoy de residencia al Senado, á la Policía y al Museo de Pinturas. (¡Qué revoltillo!)

En resúmen, la *Piazza Castello* es digna de una gran capital. Sus vastas dimensiones; la severa regularidad de sus edificios; la amplitud de sus pórticos (*i Portici*), donde se dan cita por las mañanas los elegantes desocupados de Turin para ver pasar á las damas que van á tiendas; y, sobre todo, el venerable aspecto del *Palais-Madame*, campeando solo en medio de la extensa planicie, como un monumento, como una ejecutoria, como recuerdo histórico, sorprenden agradablemente al viajero, disponiendo su ánimo en favor del pequeño Estado que se supo crear una tan decorosa Metrópoli.

Las principales calles de *Turin* arrancan de la *Piazza Castello*.

Estas calles (que son la del *Po* la de *Dora Grossa* y la *Via Nuova*) corren en línea recta hasta los confines de la ciudad, pasando por plazas no menos bellas que la que acabo de describir.

La *Via di Po*, que indudablemente es la más hermosa, tiene diez y ocho metros y medio de anchura, y una galería de pórticos á cada lado.



PLAZA DE SAN CÁRLOS, EN TURIN.

Al término de ella se divisa la *Piazza de Vittorio Enmanuele* (una de las más espaciosas del mundo), las riberas y el Puente del *Po*, y una verde colina que cierra el horizonte.

Como yo habia de subir esta tarde á aquella colina, desde donde se ve *Turin* á vista de pájaro, dejé para entonces el recorrer la parte meridional de la ciudad; y girando por la *Piazza Castello*, me asomé á la embocadura de otra calle.

Aquella era de la de *Dora Grossa*, cuya longitud pasa de un kilómetro.

Al fin de ella se distingue la *Piazza dello Statuto*; despues una alameda; detrás un campo que se eleva gradualmente, y allá en lo último, las nevadas cumbres del *Mont-Cenis* y del *Mont-Genevre*, levantándose muy por encima de la desembocadura de la calle, como una decoracion de teatro.

Tampoco entraba en mi plan dirigirme por aquel lado, y seguí dando la vuelta á la plaza hasta llegar á la embocadura de la *Via Nuova*.

La *Via Nuova* ofrece un golpe de vista que no cede en hermosura á las dos que hemos señalado.

Es tambien recta y ancha, y termina en una soberbia plaza (*Piazza San Carlo*), en medio de la cual campea una airosa Estatua ecuestre.

Al otro lado de la Plaza, sigue la calle con el nombre de *Via di Porta Nuova*, de modo que la estatua, en vez de destacarse contra un muro, descuella en el espacio de aquella otra larga via,—que por su parte va á terminar en la magnífica Plaza de *Carlo Felice*, ornada de árboles, detrás de los cuales asoma el embarcadero del ferro-carril.

Esta sucesion de Plazas y Calles, cuyo límite definitivo es la conjuncion aparente del verde campo y del cielo azul, presenta un aspecto magestuoso, muy superior á la decantada vista de la calle de la Paz, la columna Vendome y la calle de Castiglione de París.

Bajando, pues, por la *Via Nuova*, llegué á la *Piazza San Carlo* y al pié de aquella Estátua ecuestre que tan airosa me habia parecido desde lejos.

La *Piazza San Carlo* es para mi gusto la mas bella de Turin.—Los edificios que la forman no son ya notables solamente por su tamaño y su regularidad, sino tambien por su noble arquitectura y conjunto armonioso. Las alas laterales son dos extensos Palacios, levantados sobre amplios pórticos mucho mas artísticos que los de la *Piazza Castello*. El ala del Sur,—partida, como hemos dicho, por la *Via di porta Nuova*,—está ocupada por dos Iglesias: la de *San Carlos* y la de *Santa Cristina*. Al principio y al fin de la plaza entran en ella simétricamente, aislando los dos palacios citados, cuatro calles trasversales, por las que se descubren tambien, ora el Po, ora otras plazas, ora las campiñas y los montes.....

Esto último se explica por la regularísima planta de *Turin*, cuyas calles todas, tiradas rigorosamente á cordel, se cortan en ángulos rectos,

cual si la capital entera hubiera sido hecha de una vez como se hace un solo edificio.—Y la verdad no es otra. La capital del Piamonte, arrasada varias veces por los conquistadores, y una de ellas, al principio del siglo pasado, es hoy la córte más moderna de Europa, aunque se levante sobre cimientos tan antiguos.

El empedrado es uno de los mejores que yo he visto hasta ahora, no solo por su disposicion, sino por la calidad de la piedra; la cual, al decir de los inteligentes, es por lo general tan rica, que, si se la pulimentase, podria servir para adorno interior de alcázares y templos.—Aparte de los Pórticos, que tanto abundan en *Turin*, y que protegen al transeunte contra el sol del verano y las nieves del invierno, las calles tienen aceras, y además una especie de carril (y hasta dos, en las muy anchas) trazado con una doble hilera de losas, á fin de marcar su derrotero á los coches.

En cuanto á las casas, todas son buenas, sin que haya ninguna extraordinariamente hermosa.—El carácter especial de la poblacion consiste principalmente en esto.—Yo no he hallado en toda ella (ni en los barrios mas apartados) una sola casucha de las que alternan en París y Lóndres con sus grandes hoteles y suntuosos palacios; como tampoco me ha llamado vivamente la atencion hotel ni palacio alguno.—Esta monotonía no será pintoresca; pero es agradable en otro sentido.—En Turin son tan raros los pobres de solemnidad como los Cresos y los Midas....

Mas observo que me extravío.—Decíamos que llegué al pié de la Estátua ecuestre que decora la *Plaza de San Cárlos*.

El ginete de bronce que envaina allí su espada con la más noble ufanía, representa á un hombre tan venerado en España como en Cerdeña, y á quien los españoles debemos tanto amor y gratitud como sus compatriotas, siendo de lamentar que no se nos haya ocurrido antes que á ellos la idea de levantar monumentos en su honor.—Es el famoso general *Enmanuel Filiberto de Saboya*, apellidado *Cabeza de hierro*, quien, desposeido de sus Estados por los franceses (como ya hemos indicado), entró al servicio de Cárlos V, y despues al de Felipe II, cabiéndole la gloria de mandar á los españoles en la batalla de San Quintin.—Allí derrotó completamente á nuestros enemigos, que tambien eran los suyos, y esta victoria y otros memorables hechos de armas, que eternizaron la memoria del *ilustre saboyano*, como lo nombra Mariana, produjeron la paz de Chateau-Cambrésis, tan ventajosa para la política de Felipe II, y en la cual se le devolvieron á Filiberto sus Estados, que él, con su propio esfuerzo y la ayuda de España, habia sabido redimir de la dominacion estranjera.

Ha sido, pues, muy feliz la idea del escultor de representar á *Enmanuel* en ademan de envainar la espada despues de haber concluido una paz tan gloriosa.—Y por eso dice la inscripcion del pedestal: «que Cárlos Alberto dedicó aquel monumento *al vengador y salvador de su familia.*»—Por lo demás, la estatua es tambien muy bella en sí, como simple obra de arte.—La figura del guerrero está llena de vida y magestad, á

pesar de lo violento de la actitud, y expresa perfectamente la bien sentida intencion de su autor, el famoso *Marochetti.*—La armadura es copia fiel de la que usó Filiberto (Ya la veremos en el Museo de Armas).—En el pedestal hay dos bajo-relieves, de los cuales uno representa la *Batalla de San Quintin* y el otro la Paz de *Chateau-Cambrésis.*

De la *Piazza San Carlo* me fuí al *Palacio Real.*

Segun os he dicho antes, una alta verja de hierro sirve de entrada á la plaza que lo precede.

Sobre los pilares que hay en medio de esta verja, vénse dos Grupos de Caballos de bronce, más buenos ó más malos, pero que son allí de un gran efecto...

El Palacio es de ladrillos, que están al descubierto (pues la fachada no ha sido aun revestida ni tan siquiera revocada), lo cual, como supondreis fácilmente, le da un aire tan pobre é insignificante que nadie lo tomaria por la morada de un rey.

Por dentro ya es otra cosa. Desde que se entra en el peristilo, empiezan á llamar la atencion las grandiosas y bien concertadas proporciones del edificio y el lujo con que se halla decorado.

Cerca de la escalera vése en una gran hornacina la Estátua ecuestre de Victor Amadeo I, primer rey de Cerdeña.—La Estátua es de bronce y el caballo de mármol blanco, sirviéndole de palafreneros dos Esclavos bastante bien esculpidos.

Mientras subia la ancha escalera, experimenté una rara emocion, que no acerté á discernir si era tristeza ó miedo, al considerar que el en otro tiempo pacífico habitante de aquella soberbia morada, hállase en lejanas tierras al frente de su ejército, comprometido en una audaz empresa, en que juega el todo por el todo; anatematizado y maldecido por clases enteras de la sociedad; mirado con odio por fortísimas potencias, que acechan el momento de aniquilarlo; vencedor afortunado, pero que acaso no dispondrá nunca de un solo instante de reposo en que saborear sus triunfos; instrumento fatal, elegido por la Revolucion para dar el asalto á la autoridad temporal de la Iglesia, combatida y cercada hace tiempo; mantenedor, en fin, de la noble empresa de librar á Italia de la dominacion del extranjero, de principes desnaturalizados, que conspiraban contra sus propios súbditos, y de gobiernos parricidas, que atentaban á la madre patria...

¡Oh! ¡sí! Al recorrer aquel palacio desierto, háme causado espanto la tremenda posicion en que una generosa idea, prematura ó torpemente manifestada, ha colocado al héroe de Pallestro y San Martino; á aquel hombre á quien todos saludábamos con entusiasta admiracion cuando juraba no visitar el sepulcro de su padre hasta vengar su muerte y el desastre que la produjo; cuando enviaba á la Crimea aquel puñado de valientes que tanta gloria alcanzó á orillas del Tchernaia, y cuando Milan lo aclamaba su rey, despues de la Batalla de Magenta!

Pero sigamos adelante.—El Palacio del *Rey de Italia* se halla hoy todo revuelto y desordenado, á causa de estarse enviando á Nápoles algunos de sus muebles, y por haberse ya empezado á preparar las habitaciones para el invierno. Han llamado, sin embargo, mi atencion, por su magnificencia y por otras consideraciones, primeramente: el *Salon del Trono* (donde hace pocos dias resonaron tan importantes mensajes y discursos, con motivo de las anexiones de Parma, Módena, Toscana y parte de los Estados pontificios) y despues la *Sala del Consejo*, donde el rey trataria el año pasado con sus ministros todas estas cosas que nosotros vamos leyendo hoy en los periódicos á medida que suceden.

Mas ¿qué digo? La mesa redonda que se ve en medio de aquel aposento, cubierta con un tapete verde, y rodeada de ocho ó diez sillones, entre los que sobresale el destinado al rey, pudiera contar otras escenas aun más curiosas.—Figuraos que lleva veinte años de *asistir* al Consejo de Ministros!—Allí, pues, dijo Cárlos Alberto la primera palabra de esta Revolucion que hoy ha tomado tanto cuerpo...

En otra magnífica estancia me han mostrado la cama en que falleció la madre de Victor Manuel; y, en un reducido gabinete, la trampa ó escotillon con que bajaban al jardin á su esposa, la encantadora María Adelaida, que, como sabreis acaso, murió de consuncion hace poco tiempo.

Y he llamado encantadora á esta princesa, porque tal me ha parecido en los muchos retratos suyos que he visto en el Palacio; porque la fama lo afirma tambien asi, y sobre todo, porque los piamonteses, que no pecan de místicos, la tienen en opinion de Santa.

Pero lo que más me ha interesado en esta regia morada ha sido el aposento que habitaba ordinariamente la princesa Clotilde, hija de Victor Manuel, casada con el príncipe Napoleon.—Excusado es decir que la princesa Clotilde tenia designado en el palacio un vasto departamento, compuesto de tantos salones y gabinetes cuantos son los ordinarios usos de la vida,—(gabinetes y salones á cual más espacioso y magnífico)...—Pero como no por ser reyes ó príncipes se tiene más de un cuerpo ni más de un alma (y gracias si los que se tienen valen algo), aquella jóven se procuró el siguiente *nido* en la fria soledad de su anchurosa vivienda.

Los muros del palacio son gruesísimos, y los balcones muy grandes; de donde resulta que cada hueco de aquellos tiene unas tres varas de fondo por cuatro de ancho y como seis de altura; espacio que dejan aislado y oculto, al caer, los grandes cortinajes de los aposentos.—Ahora bien; la princesa empezó por huir del salon al gabinete; luego huyó del gabinete á la alcoba; despues se refugió en el tocador; del tocador pasó al cuarto del baño; y, encontrándolo todavía demasiado grande para una persona sola, demasiado alto de techo, demasiado mudo y solo, se escondió detrás de una cortina y fijó su residencia en el hueco de un balcon.—Allí hizo poner un divan, un taburete, una mesa, un diminuto estante con una biblioteca en miniatura, dos jarros de flores, un recado de escribir, una jaula con un ruiseñor, un costurero, pequeños retratos de

su familia, un espejo en que retratarse ella, un reloj, una lámpara y otras muchas cosas que no recuerdo..., y con esto se dió por perfectamente alojada.

Victor Manuel,—en quien todos reconocen como sentimiento dominante el amor paternal,—no ha querido que se cambie cosa alguna en este singular aposento, que le recuerda á su hija ausente, y que á mi me ha dado ocasion esta mañana para discurrir cuanto me ha parecido acerca de la condicion humana; de las vanidades de la vida; de lo verdadero y de lo falso; de lo que pensarán los reyes cuando están á solas con su propia humanidad; de lo necesario y de lo supérfluo; de lo finito y de lo infinito; de la insuficiencia de los sentidos para complacer á la imaginacion; de lo limitada que es la vida y de lo ilimitado que es el deseo; de la impenetrabilidad de los instantes, ó sea de la imposibilidad de vivir dos veces á un tiempo mismo; de la implacable marcha del tiempo, que no sale de su paso por nada ni por nadie; de la fatal precision de dormir; de lo que fuera un hombre *ubiquo;* de las diferencias que hay entre la nada y lo pasado, y entre lo pasado y lo futuro; de las fuerzas excedentes ó sobrantes del alma; de nuestra loca aspiracion á una nocion absoluta; de los afanes gratuitos ó injustificados de la imaginacion; de la máxima profundísima: *Ignoti nulla cupido...*, y de otras muchas cosas que aún me bullen en la mente, pero que me fuera imposible representar por medio de palabras.

Porque esta es la verdad.—Nosotros no sabemos lo que sabemos; nosotros no nos damos cuenta de lo que pensamos; nosotros no nos oimos...

Nosce te ipsum (¡conócete!) decia un filósofo...

¡Yo lo creo imposible!—Por más atencion que presto á las voces de mi alma, no acierto á percibir sino muy pocas, y esas confusamente...

El que muere abrasado por un rayo, no ve el rayo, ni lo siente siquiera, ni menos se da cuenta de lo que le ha ocurrido...

Pues casi lo mismo, aunque en sentido inverso, acontece con ciertas ideas,—que pasan por nosotros sin que las veamos, y de las cuales solo sabemos *que pasaron ya...*

¿No habeis formado alguna noche el necio empeño de saber cuando os dormís, de tener conciencia de vuestra última idea, y de poder deciros: «*¿Todavía estoy despierto...—Ya no lo estoy...?*»

¡Pues tan necio fuera empeñarnos en saber algunas cosas de las que pensamos despiertos!

Diríase que nuestro pensamiento es una bola maciza de oro puro, de la cual solo podemos ver una parte de la superficie.—El que lograse ver á un mismo tiempo, de una sola ojeada (¡oh qué absurdo!), todo el oro que contiene esa bola, átomo por átomo (¿pero qué hablo de átomos?), reduciendo el metal á mera superficie... (lo que ni aun se puede imaginar); el que hiciera eso (cual si la materia no fuese divisible hasta lo infinito, y cual si la fraccion mas infinitesimal no guardase otra masa escondida); el que eso consiguiera (lo cual equivaldria á convertir la materia en espí-

ritu), ese podria tambien saber todo lo que encierra el alma humana; ese se conoceria á sí mismo; ese tendria conciencia de su propio entendimiento; ese seria Dios!

Hablemos, pues, solamente de lo que sepamos.

Por ejemplo: sigamos hablando del Palacio Real de *Turin*.

Pero el caso es que ya no nos queda nada que contar acerca del tal Palacio.

Pues ¿y las habitaciones del Rey? preguntarán algunos.

A estos les responderé que VICTOR MANUEL II no es en su palacio sino una especie de empleado: que, cuando está en Turin, vive en el piso segundo, en una modesta casa amueblada á la moderna y con menos lujo que la del último de sus cortesanos: que de allí baja al piso principal á desempeñar su oficio de *rey*, como van los ministros á sus ministerios, y que en su casa y en la calle hace la vida de un simple particular.

Victor Manuel, el rey *galantuomo* (hombre de bien), recibió una severa educacion militar y científica, que lo inclinó á la rudeza y á la sencillez de costumbres. En vida de su padre mandaba un Regimiento, no en el nombre, sino real y efectivamente. Segun una tradicion de esta familia, siempre que el rey sale á campaña tiene que llevar consigo á su hijo mayor, y asi lo hizo Cárlos Alberto en 1848.—Victor Manuel recibió un balazo en una pierna en la batalla de Goito, que precedió á la de Novara.—El, por su parte, ha cumplido tambien con el precepto tradicional, confiando en 1854 el mando de una brigada á su hijo Humberto, presunto heredero del trono, á pesar de que solo tenia quince años; y el jóven príncipe demostró en las batallas de Pallestro, de Magenta y Solferino que corria por sus venas la sangre de Filiberto de Saboya.

La gran aficion de Victor Manuel es la caza, á tal punto que se le ha visto muchas veces solo, recorriendo á pié montes y selvas, lejos ya de los Sitios Reales, llegar á la cabaña del pastor á pedir algun frugal alimento, y continuar despues su ruda tarea, hasta que la noche le ha sorprendido, obligándole á buscar, ora una Estacion de camino de hierro, ora un pueblo en que alquilar un carruaje, ora la mansa cabalgadura de un campesino para volver á la córte, inquieta ya con su tardanza.

Este género de vida ha dado lugar á raros encuentros y singulares aventuras, dignas del romance y de la novela, que os recomiendo leais en las historias que tratan de este rey, á quien se tiene por el primer cazador, el mejor soldado y el mas constante madrugador de su reino.

Detrás del palacio hay un magnífico jardin (*in Giardino reale*), abierto al público desde las once hasta las cuatro.

Como yo acababa de verlo desde un balcon, renuncié á bajar á él, prefiriendo emplear aquel tiempo en visitar el *Museo de Armas*, que está tocando al Palacio.

Allí he tenido el placer de contemplar, entre otras muchas cosas, la *armodura* de Emmanuel Filiberto, un hermoso *escudo* cincelado por

Benvenuto Cellini, una *montura* de terciopelo encarnado, que perteneció á Cárlos V, y una *armadura* de colosales dimensiones, con la cual asistió á la batalla de Pavía un escudero del rey de Francia.—El tal escudero debia de ser un gigante.

Desde la *Armería* me vine al Hotel, donde me aguardaba Iriarte, que habia empleado la mañana en retratar á Jussuf; y, una vez reunidos, discutimos el programa del resto del dia, dándole voz y voto al nunca bien ponderado sectario de Mahoma.

Del debate resultó que lo más urgente para nosotros era buscar una altura que dominara á *todo Turin*, á fin de contemplarlo á vista de pájaro y formar perfecta idea de su *aspecto general*, límites y circunstancias. No nos bastaba el plano: necesitábamos la *perspectiva*.—Convinimos, pues, en subir á las cuatro al convento de *Capuchinos del Monte*, que, como creo haberos dicho, está situado en lo alto de una colina, al otro lado del Po.

—Desde ahora hasta las cuatro, dije yo, podemos ver algunas iglesias, algun museo, algun...

—De ningun modo, replicó mi amigo. No involucremos las sensaciones. Lo primero de todo es ver la ciudad por fuera, comprenderla, sentirla, dominarla. Despues la desmenuzaremos.—Ahora estamos todavía en el período de síntesis. Mañana entraremos en el de análisis.—Pido, pues, que vaguemos por las calles hasta la hora de subir á *Cappuccini*.

Aprobóse tan juiciosa observacion.

Entonces propuso Jussuf que fuésemos á la noche á un teatro que él conocia, en el cual se cantaba hacia muchas noches *una cosa*, que por las señas que nos dió el avisado marroquí, comprendimos debia ne ser la *Norma*.

Esta idea fue tambien aprobada por unanimidad y entre los mayores aplausos.—¡Ir á la ópera en Italia!... ¡En el país clásico de la música!... ¿Qué cosa más natural, más propia, más indígena?

—¡Vereis qué bien cantan! esclamó Jussuf.

—¿Quién lo duda, si estamos en la fuente? respondimos nosotros con indecible alegría.

Y como durante la sesion hubiésemos almorzado, pusímonos en la del rey, más libres, sin cuidados y dichosos que los gorriones que tomaban el sol en los tejados.

Hacia un hermoso dia de sol: habíamos almorzado como se almuerza en el *Hotel Trombetta*: aún nos quedaban cigarros españoles: teníamos buenas y recientes noticias de nuestras familias: carecíamos de equipaje en que pensar: el dinero que llevábamos encima nos parecia inagotable, aunque estaba muy lejos de serlo: veíamos á nuestra disposicion toda una hermosa capital en que nadie nos conocia: podiamos disponer de un idioma que los demás ignoraban (el español), y éramos capaces de entender á medio mundo, á favor de seis lenguas que hablábamos entre los tres; y,

por último, para un caso de necesidad, contábamos con los puños del moro, que deshace las piedras con los dedos y echa por tierra al caballo que le desobedece...—¿Quién soñó nunca tan completa felicidad?

Ufanos, pues, y alegres, como triunfadores por país conquistado, entramos en la *Via di Po*, en cuyas anchas galerías (llenas de gente, de tiendas, de anuncios, de puestos de libros y de frutas, de estamperías, de muestras fotográficas y de cuantos objetos é industrias pueden dar idea del movimiento social de un pueblo) vagamos á la ventura, *flaneamos*, como dicen los franceses, observando, leyendo, comparando; haciendo preguntas, juicios y comparaciones; formando cálculos; entregándonos á reflexiones sérias; diciendo chistes inocentes, y sobre todo, procurando sacar, deducir, extraer de tantas cosas el espíritu popular, la opinion pública, la conciencia y el deseo de la nacion.

Si algo enseñan los viajes es precisamente esto.—En vano es que un país trate de ocultar su índole; de disfrazar sus tendencias; de negar, por boca de sus gobiernos, sus odios, sus ambiciones, sus simpatías, sus esperanzas... Y en vano es tambien que os presenteis en ese país con antiguas opiniones (con *preocupaciones*, por mejor decir), con pasion de partido, con propósito firme de encontrar solamente lo que os agrade...—El país hablará á pesar suyo, y vosotros escuchareis á pesar vuestro. La sensibilidad os irá enterando poco á poco de la verdad de las cosas: esta verdad se desprenderá de todas partes, de lo animado y de lo inanimado, como un efluvio, como un perfume, y os penetrará por los poros hasta formar en vuestra conciencia una íntima conviccion.—Demasiado sé que, si esta verdad os disgusta; si se opone á vuestros intereses; si los coloca en contradiccion con cuanto habíais proclamado antes, podeis ocultarla, y hasta negarla en alta voz; pero la llevareis eternamente en lo íntimo del espíritu, como un remordimiento, como un miedo, como una luz inestinguible encerrada en un sepulcro!

De esta manera fatal, indeliberada, irresistible, he adquirido yo hoy ciertas opiniones y creencias (que ya irán apareciendo en mi discurso), á medida que iba considerando la forma en que estaban expuestos en la *Via di Po* los retratos de Pio IX, de Victor Manuel, de Cavour, de Napoleon y de Garibaldi; el lujo y el precio de cada uno de ellos; los atributos que los adornaban; el modo que tenia el mercader de pregonar su venta; la venta que hacia; la expresion con que los miraban los soldados, los milicianos, los clérigos y las mujeres; lo que estas gentes exclamaban ó se decian; cómo trataban los *bersaglieri* (los zuavos del Piamonte) á los guardias nacionales; cómo se miraban los clérigos y los seglares; qué libros servian de muestra en las innumerables librerías que inundan á *Turin*; qué títulos llevaban esos folletos que solo viven un dia, y que son la espresion cándida y sincera de lo que ocultan los diplomáticos; qué decian los periódicos callejeros, y cómo lo decian; y (en otro órden de cosas) qué precio tenian los géneros de los almacenes; qué valor la moneda; qué *literatura* los comerciantes; qué mañas los compradores; qué aspecto los

transeuntes; qué fórmulas la cortesía; qué maneras y qué fisonomía la generalidad de las gentes; si habia más alegres que tristes, más ligeros que graves, más tontos que discretos, ó más buenos que malos; si existian costumbres; si la sociedad era antes que el individuo, ó el individuo antes que la sociedad; si la vida giraba en torno de ideales abstractos, o de realidades terrenas, y si estas realidades eran permanentes ó transitorias; por cuánto entraban el sentimiento en el arte y la poesía en la política; qué lugar ocupaba la mujer en la escala de las devociones; y, en fin, otras muchas, innumerables fases que me presentaban en la *Via di Po* las personas y los objetos;—fases claras, distintas, reveladoras (sobre todo en un país tan libre y tan tolerante como este), que ora hablaban á la observacion, ora á la intuicion, ora á la sensibilidad, ora á la razon fria; pero que hablaban en suma...—por lo que nada tiene de particular que yo me haya enterado de tantos secretos.

No desconfieis, pues, de los dictámenes que yo emita, que no serán muchos, ni los creais gratuitos é infundados.—En cuanto á mi sinceridad, sé que no dudais de ella...

. . . .

Pero todo este exordio es completamente inútil, ó cuando menos estemporáneo, puesto que yo no pienso abordar ahora ninguna cuestion importante.

Ahora me contento con que me acompañeis en mi paseo y vayais viendo conmigo el animado cosmorama de esta ámplia y recta calle.

Jussuf, con su admirable olfato de moro, avivado por un odio fundado en el desprecio, descubrirá los judios que anden mezclados con la muchedumbre, aunque se hallen vestidos á la europea.

Nosotros comprenderemos por nuestra parte que los piamonteses profesan una verdadera adoracion á la dinastía de Saboya, al ver repetido el nombre de sus reyes en los azulejos de calles y plazas, en los monumentos públicos, en historias y grabados, en la denominacion de teatros y paseos, telas y muebles, modas y usos, cual si el pueblo se creyera representado en la Familia Real.

En un lado encontraremos que las principales oficinas del Estado se hallan en edificios provisionales.

En otro repararemos que hay muchas obras importantes suspendidas.

Aquí nos sorprenderá ver un mísero inquilino ó un pobre establecimiento en un vasto y hermoso local.

Allí nos convenceremos de que la ciudad ha sido construida en la prevision de altísimos destinos, y que es demasiado grande para la poblacion que contiene.

Y lo que sobre todo echaremos de ver es que *Turin* empieza á perder la esperanza de ser la capital del nuevo reino.

La misma actividad febril con que el gobierno se apresura á construir un gran Parlamento provisional, á fin de que la primera Asamblea italiana se reuna en *Turin*, y no en otra ciudad rival de ella, indica el temor

que abriga esta vieja córte de verse anulada por sus propios hechos.

Porque ya comprendereis que además de la *Turin política*, hay una *Turin municipal*; y que todo lo que la Turin política ganaria con trasladar su trono á Roma (por ejemplo), lo perderia la Turin municipal irremisiblemente.

Asi es que esta mañana hemos visto una caricatura muy graciosa, titulada *Historia de Gianduja*, que representa perfectamente estas dos ideas.—*Gianduja* es un personaje imaginario, de invencion popular, equivalente al *Girolamo* de Milan, al *Arlequin* de Bérgamo, al *Pulcinella* de Nápoles, y del que se puede decir que es la personificacion del Piamonte. —Ahora bien, en la caricatura citada, *Gianduja* empieza por ser un sugeto muy delgado y muy gloton.—Principia luego á comer, y se traga sucesivamente la Saboya, la república de Génova, los condados de Asti y Niza, los ducados de Monferrato y de Aosta, el señorío de Vercelli, la isla de Cerdeña, parte del ducado de Milan, etc., etc., con todo lo cual llega á ser un mozo robusto y bien portado que causa envidia á las gentes.— Pero *Gianduja* sigue comiendo, y devora la Lombardía, los ducados de Módena, Parma y Toscana, el reino de Nápoles y los Estados Pontificios. —Entonces se pone tan gordo, que revienta, dando de sí un hermoso reino de *Italia*, mientras que él se queda mas flaco y miserable que al principio de su carrera, despreciado y desatendido de la misma criatura que ha nutrido con su sangre!!

Haciendo estas y otras observaciones, bajamos toda la *Via di Po*, y llegamos á la *Piazza Vitorio Emanuelle*, de trescientos sesenta metros de longitud por ciento once de anchura.

Al término de ella corre el *Po*, sobre el cual pasamos por un magnífico puente de cinco arcos, construido á principios de este siglo, cuando *Turin* formaba parte del imperio de Napoleon.

La decoracion que se alcanza por todos lados desde el promedio de aquel puente, es verdaderamente deliciosa.—Dejais atrás á *Turin*, hasta cuyo centro penetra la vista.—A un lado y otro teneis el rio, magestuoso y opulento, de entre cuyas ondas brotan dos islas, largas y estrechas como dos esquifes.—Pomposas alamedas embellecen ambas márgenes, sobre todo por la parte de la derecha, ó sea *rio arriba*.—La mirada reposa en los lindos barrios del *Rubatto* y *Borgo di Po*, en el *Asilo de Mendicidad*, la *Vanchiglia* y el *Puente de hierro*,—lejanas perspectivas de uno y otro balcon,—y allá, en último término, descúbrense los jardines y los muros del *Castel del Valentino*, Real casa de campo, tan ilustre por su antigüedad como reputada por su hermosura.

Al otro lado del puente se levanta una suave colina, cubierta de árboles, flores, iglesias y palacios, en la cual pasan el verano muchas familias aristocráticas de *Turin*.—Era la altura á que nos dirigiamos nosotros para gozar de la vista panorámica de toda la poblacion.

Pero antes de subir allí, reparamos en la iglesia de la *Gran Madre di*

Dio, que se alzaba cerca de nosotros y á la que conducia una anchísima escalinata. Este famoso templo fue erigido en 1814 por la Ciudad y por el Gobierno para celebrar el fin de la dominacion francesa y la vuelta de Victor Manuel I á su antigua córte. El *Pantheon* de Roma le sirvió de modelo. Delante del pórtico se ven dos Grupos de escultura, que simbolizan la Fé y el Amor.

Por último: á nuestra izquierda descubríase entre los árboles, y ya en la altura, la *Viña de la Reina*, residencia de estío, sumamente celebrada; mientras que al otro lado divisábamos el Convento de *Capuchinos del Monte*, famoso por la mencionada *vista de Turin* que se disfruta desde su atrio...

Subimos, pues, echándonos para ello al cuerpo una pendientisima cuesta, sombreada por altos álamos y trazada en redobladas eses...

Una vez arriba, nuestra primera operacion fue asomarnos al balcon de piedra que rodea la plazoleta ó *compás* en cuyo centro se alza el edificio..., y ahora quisiera yo poder daros una idea del extenso y grandioso panorama que se descorrió entonces á nuestros ojos.

Primeramente veíamos debajo del balcon un bosque espesísimo, dispuesto en anfiteatro, de tal modo que, empezando al alcance de nuestra mano, iba á morir al pie de la colina, á la orilla misma del Po...

Despues interponíase la ancha faja del sosegado rio, brillante como un espejo, perdiéndose de vista háccia Poniente y Levante, sin que una sola barca turbara su quietud, su tersura, su apacible soledad.

En seguida descubríamos el cinturon de árboles y paseos que rodea á *Turin*, en sustitucion de sus antiguas murallas.

Luego venia la Ciudad, pacíficamente asentada en la llanura, mostrándose toda entera, descubriendo sus calles y plazas, revelando claramente su estructura, como si aun la estuviésemos viendo en un plano.

(*Nota.—Turin*, á vista de pájaro, es sumamente rojo, por estar cubierto de barnizadas tejas de este color, asi como París es ceniciento oscuro, á causa de estar cubierto de pizarra.—Este rojo subido de los tejados de *Turin*, hace que las calles se dibujen con estricta precision, al modo de largas cintas amarillentas, y da lugar á que el caserío contraste vivísimamente con el verde de los campos y con el azul del cielo.—Ahora bien, como la capital del Piamonte carece de grandes torres y cúpulas; como todas sus casas son igualmente altas, y todas las calles se cortan en ángulos rectos, resulta que, al verla desde el convento de *Capuchinos del Monte*, se comprende la cómica metáfora de un amigo mio muy querido, que comparó á *Turin* con media libra de chocolate.)

A la izquierda de la ciudad y por detrás de ella, serpentea otro gran rio al través de amenísimas campiñas.—Es el *Dora*, cuyas aguas entran en el *Po* á las puertas mismas de *Turin*.

Mas allá se dilata una pintoresca llanura, cubierta de olivos, sembrada de quintas y de aldeas, y cruzada en todas direcciones por acequias y ca-

nales, hasta que la vista tropieza con una cordillera de montes oscuros, que á su vez se destaca en la línea semicircular de los nevados Alpes.

La esplendidez del dia,—verdadero dia italiano;—la magestad de la hora... (el sol empezaba á declinar); las variadas tintas del otoño; el sosiego del aire; la paz de nuestro espíritu..., todo contribuia á engrandecer y hermosear el espectáculo de la ciudad y de los campos, de los rios y de los montes, tendidos á nuestros pies, bajo la bóveda transparente de un placidísimo cielo...

A nuestros oidos llegaba el alto rumor del *Po*, ó mas bien, de una gran presa que interrumpia el solemne curso de sus aguas. A aquel rumor se mezclaban el ruido de los talleres, las voces de los hombres, los ecos de alguna campana, el crugido de los látigos, el rodar de los carruajes..., la respiracion, en fin, de la gran capital, que llegaba al término de un dia más de trabajo, de lucha con la vida, de elaboracion histórica... —Estos carruajes y estos hombres, empequeñecidos por la distancia, iban y venian por plazas y calles, como indecisos é inquietos, al modo de un atribulado ejército de hormigas...—De los cuarteles, y acaso tambien de algun Campo de Instruccion que nosotros no descubríamos, salian á veces agudos toques de corneta, los cuales, unidos al sordo estruendo de uno que otro tiro disparado por cazadores ocultos en los sotos cercanos, traian á la mente vagas ideas de combates, sensaciones de gloria, ráfagas de muerte, inciertas profecías, que no acertaba á descifrar el alma, pero que la sumergian en dudosas é incoherentes meditaciones...

Jussuff creyó sin duda que nos dormíamos y me tocó en un brazo, volviéndome á una vida más real y limitada.

—Mira, me dijo el moro, mostrándome dos viejos capuchinos, de largas barbas y descoloridos hábitos, que se paseaban detrás de nosotros, á la puerta del convento.

Aquella era otra faz de la existencia humana; y el moro constituia una tercera. Pensé, pues en la vida contemplativa y descuidada del claustro y del desierto; en Jussuff, cuando aún no vestia levita, y en los frailes, cuando aún eran dueños de impedir que subiera la gente á turbar su soledad en aquel monte..., y suspiré por una libertad individual, por una paz y una quietud que ya son muy raras sobre la tierra... ¡Suspiré, sí, por lugares ignorados, por asilos inviolables, por destierros de la sociedad!.. Suspiré, finalmente, de amor á lo infinito, cuya posesion pierde el hombre á medida que se aleja de sí y corre por el mundo de las mortales idolatrías...

Sin duda estaba fatigado.—Era la reaccion consiguiente á las extensas consideraciones en que habia ejercitado mi espíritu, primero en las calles de *Turin*, analizando nimiedades, y despues, en la montaña, resumiendo la capital entera en una sola sensacion. Dichosamente, estas convulsiones del alma duran poco.

Cuando ya nos disponíamos á bajar, despues de haber visitado la iglesia y el convento, que nada notable encierran, reparamos en que los

frailes que habíamos dejado paseándose en el compás, se hallaban rodeados de hombres, mujeres y niños, que les mostraban sucesivamente la boca abierta, despues de lo cual unos penetraban en el convento y otros se marchaban desconsolados.

Preguntamos á un rapaz la significacion de aquello, y entonces supimos que de tiempo inmemorial los Capuchinos del Monte ejercen caritativamente el oficio de saca-muelas.

—¿Y las sacan bien? le pregunté.

—Admirablemente, me respondió el muchacho. A mí me acaban de sacar una.

—¿Y lo hacen de balde?

—Tan de balde, que hasta costean las pastas, los enjuagatorios y las demas medicinas.

—¡Pues no andarán muy medrados los dentistas de *Turin!*

—¡Tanto mejor para los pobres!

—Ya lo creo; así no están espuestos á perder otras muelas que las verdaderamente dañadas...

—¡Toma! repuso el chico.—Y si la medicina se ejerciera tambien caritativamente, habria muchos menos enfermos, y las enfermedades serian mas cortas.

—Chico, ¿sabes que no eres tonto? esclamó Jussuf.

—Soy de Génova, señor, dijo el tunante, haciendo un raro mohin, que terminó en una reverencia.

Acercábase la noche.—Iriarte, Jussuf y yo emprendimos la bajada á la ciudad.

Cuando llegamos al hotel, resonaba el tercer toque de campana, llamando á los huéspedes á la mesa redonda, y las puertas de todos los cuartos se abrian dando paso á damas y caballeros de diversos paises.—Estaba yo todavía tan preocupado con los capuchinos, que parecióme ver á una comunidad que salia de sus celdas y se dirigia al refectorio...

Pocos momentos despues, el soberbio comedor de que hemos hablado contenia de ochenta á cien personas, sentadas á una misma mesa, á pesar de no haberse visto en toda su vida.—Allí habia familias inglesas, suizas, alemanas, francesas, hasta rusas. Allí habia unos jóvenes que hablaban español, pero que no eran *españoles*, sino *americanos*, lo cual me hacia muy mal efecto! Allí estaba la duquesa florentina que ví anoche. Y allí encontré... ¡oh rubor! tres caras conocidas,—dos de mujer y una de hombre,—las de mujer sumamente hermosas, y la de hombre un tanto burlona á costa nuestra...

¡Porque aquellas tres caras estaban vueltas hácia nosotros!... ¡Porque aquellas tres personas nos miraban!

¡Ay! ¡Eran las dos inglesas y el inglés que encontramos hace pocos dias en el camino de *Martigni!*

La expresion de sus rostros nos decia claramente que habian leido en

el *Album de la Flechere* aquellas imprudentes palabras nuestras: *Nosotros seremos los últimos viajeros que pongan su nombre este año en el presente libro.*—¡Y ellos habrian escrito despues el suyo! ¡Y ellos se habrian reido de nuestra necia baladronada!

—¿Cuándo han llegado al hotel aquellos jóvenes ingleses? preguntamos á uno de los criados que servian la mesa.

—Esta tarde, nos respondió.

—¿De dónde vienen?

—De Chamounix.

—¿Por qué camino?

—Por el San Bernardo.

—¡Por el San Bernardo!

—Sí señor; por el camino de Aosta.

No me quedaba más que oir.—¡Aquellas dos divinidades aristocráticas habian hecho lo que Iriarte y yo no nos habíamos atrevido á hacer

¡Y sin embargo, su tez parecia de hojas de rosa, sus manos blanqueaban como las azucenas, sus ojos irradiaban inocencia, reposo y alegría!—Era cosa de venerarlas..., á pesar de que nos gustaban muchísimo.

Al comprender que las reconocíamos, pusiéronse las dos muy coloradas,—para lo cual necesitan poco las señoritas y hasta las matronas de los tres reinos unidos.

Nosotros devoramos en silencio nuestra humillacion y todos los *grissini* que habia al alcance de nuestra mano.

(Dejo á vuestro cuidado el averiguar qué cosa se entiende por *grissini*).

Despues de comer, todas las señoras volvieron á sus habitaciones, en tanto que los hombres nos reuníamos en otra pieza á fumar y tomar café.

El jóven inglés,—el hermano de sus hermanas,—se dignó entonces tambien ruborizarse... y sonreirnos.

Nosotros empezamos á comprender que su reserva no procedia de orgullo, sino de timidez natural, y de aquella refinada etiqueta que forma la base de la educacion de los insulares.

—Ese inglés quiere hablarnos, me dijo Mr. Iriarte. Lo estoy viendo luchar con su temperamento; pero al cabo su curiosidad vencerá. Dejémosle, pues, tomar la iniciativa. Probablemente pasará toda esta noche sin dormir, pensando en las cosas que hubiese podido decirnos, si se hubiera atrevido, y en la manera de abordarnos mañana. Antes de tres dias seremos amigos de nuestras aparecidas de la *Téte Noire*.—Hoy somos ya toda una aventura en el viaje de esos tres jóvenes: mañana podremos ser una novela.

En esto el jóven inglés acabó de fumar, y se marchó.

En cambio de esto vino á buscarnos Jussuf, ganoso de hacernos conocer su *teatro*.

Nosotros ardíamos tambien en deseos de ir á él.—Segun ya habíamos

pensado esta mañana, oir la *Norma* en Italia era el colmo de nuestras ilusiones.—Equivalia á comer ostras en Ostende, á ir á los toros en Sevilla, á ver un serrallo en Asia, á tomar leche en Suiza, á verse vigilado en Venecia, á presenciar un asesinato en Roma, á beber cerveza en Lóndres, á hablar de filosofía en Viena...

Tomamos, pues, el camino del *Teatro Nacionale.*

El tal teatro hállase situado á un extremo de la ciudad, cerca del *Giardino Pubblico*, que es como si en Madrid dijéramos: en el Buen Retiro; ó en Chamberí; ó donde Cristo dió las tres voces...

Pero las verdaderas sorpresas principiaron en el Despacho de billetes.

Nosotros pedíamos butacas, lunetas (*stalles, fauteuils)*, ó cosa por el estilo, y á todo ello nos contestaban alargándonos tres llaves.

—No es un palco, ni mucho menos tres, lo que queremos, insistíamos nosotros. Queremos butacas, lunetas, *fauteuils d'orchestre...*

—Pues bien, eso les doy, respondia el espendedor, que hablaba indistintamente francés é italiano. Aquí se llaman *sedie chiuse* (sillas cerradas). Con estas llaves las abrirán ustedes.

—Pero, señor, ¿cómo se abre una silla?

—Ya se lo dirá el acomodador.

—¿Y son estas las mejores localidades de la platea?

—Sí señor: son las mas caras: son lo que se llama en Francia *sillon de orquesta.*

—¿Y cuánto valen?

—Cuatro mutas *(mute)* cada una, comprendida la entrada.

La *muta* es una moneda especial del Piamonte, que ni es de cobre, ni de plata, sino una mezcla de plata y cobre, como la que antiguamente se llamaba *vellon* en España.—Cada *lira*, ó sea cada franco, equivale á cinco mutas.—Nos habian, pues, pedido unos tres reales por cada sillon de orquesta.

—¡Barata anda la música en este país! exclamé yo.

—Es natural, me contestó Iriarte. ¿No ves que aquí se cria?

—Por esa misma razon debe de ser mejor que en ninguna otra parte.

—Lo que ya no admite duda es que los cantantes italianos no son pagados en su tierra como en la extranjera.

—*Nemo propheta est...*

Provistos de esta fé y de las susodichas llaves, entramos en el teatro.

La sala era espaciosa, si bien demasiado alta para su longitud y anchura. El decorado me pareció sumamente pobre, y el público... de última calidad. Los ciento diez y seis palcos en que se dividia el anfiteatro estaban llenos de hombres, mujeres y niños. Los niños lloraban ó gritaban... segun su edad. Las mujeres comian castañas. Los hombres conservaban el sombrero puesto.—Esto en cuanto á los palcos.—En la platea habia cuatro ó cinco filas de *sedie chiuse*, y otras diez ó doce de asientos de madera lisa,—quedando sin localidades una tercera parte del pa-

tio. donde se agrupaban de pié los que sólo habian comprado entrada...— En cuanto á la *sedia chiusa*, se llama así porque su asiento (que se levanta y se baja, como el de las sillas de coro de algunas catedrales) está sujeto al espaldar con una cerradura de hierro, á fin de que únicamente pueda ocuparlo el poseedor de la llave...

(Segun nos dijeron nuestros vecinos, estos usos y costumbres son iguales en casi todos los teatros de Italia).

Yo empezaba á perder mis ilusiones...

—¡Con tal que canten bien!... exclamaba á cada momento.

Ya estaban encendidas las luces de la orquesta, consistentes en unos enormes quinqués de aceite, que mucho me engaño ó debieron de conocer á Guido el Aretino.—Del techo del salon pendia una araña de gas.

El telon de boca, que era una alegoría del *Estatuto Sardo*, empezaba á menearse...

El público rugia de entusiasmo y de impaciencia al oir templar los ínstrumentos.

Jussuf se multiplicaba para atender á las innumerables víctimas que esperaban una mirada de sus africanos ojos.

Los primeros acordes de la sinfonía restablecieron al fin la calma en el público, ahuyentándola de mi corazon...

¡Dios de Israel! ¡Qué orquesta! ¡Qué algarabía! ¡Qué trompetazos! ¡Qué violines, sonando como rabeles! ¡Qué furia marcial la del *signor direttore!*—¡Ah! ¡perro moro! ¿Para qué nos has traido aquí?—Ah, querido Iriarte!... ¿Quién diria que estamos en Italia?—¡Oh, divina Euterpe! ¡Cómo toleras semejantes abominaciones!

En esto se corrió el telon y apareció la sagrada selva.

El público siguió con el sombrero puesto.

Esto me consoló en cierto modo.

Cuatro galos y un cabo, y ocho druidas seguidos de *Oroveso*, ocuparon la escena.

Uno de los druidas salia temblando como un azogado, á fin de significar que era viejo.—Media arroba de lino le servia de barba.

En cambio habia otro con bigote y perilla.

A *Oroveso* le llegaba la barba á las caderas..., y no exagero ni una pulgada.

Toda esta tropa rompió á cantar sin pararse en barras, levantando los brazos con una simultaneidad y un concierto que desgraciadamente no empleaban al levantar la voz.

Luego salió *Pollione*, formidable sugeto de dos varas y media de estatura, el cual empezó á gritar desaforadamente. A los pocos momentos desafina; luego da un espantoso gallo...—El público aplaude... ¡tal vez irónicamente!...—El artista saluda con la mayor seriedad,—y toda su aria trascurre de este modo.

En seguida sale *Norma*, no trágica, sino patibularia figura, de recios y descarnados huesos, macilenta fisonómica y amanerado trage.—La

Casta Diva es cantada de tal manera, que ni su autor la hubiera reconocido.—Al final del aria aparece un criado en la escena, llevando un gran ramo de flores, que entrega á la *prima donna* delante de todo el mundo y de parte de no sé quién.—El publico aplaude á más y mejor, no sé si de veras ó de broma.—Jussuf nos mira con aire de triunfo, como diciéndonos:—*¡Ya veis á dónde os he traido: todo esto me lo debeis á mí!*

Yo no puedo más, y abandono el teatro.—Iriarte se queda allí, haciendo sin duda estudios caricaturescos.

. . . .

Al poner el pié en la calle, renegando, no de mis ilusiones músico-italianas (pues aquello no era el arte, ni aquel el público, y ya me habian dicho que hasta el 25 de diciembre no empezaba en Turin la temporada lírica), sino de mi triste error de haber empezado por semejante profanacion el catálogo de las impresiones musicales que debia producirme Italia; al salir á la calle, digo, quiso mi buena suerte que tropezase con una veintena de soldados y otros tantos pescadores del Po, que vagaban del brazo por el *Giardino Pubblico,* cantando á la luz de la luna (tan escarnecida por su sacerdotisa poco antes) el famoso *Miserere* del *Trovatore*...; pero con voces tan hermosas, con tal afinacion y gusto, que me dí por indemizado del mal rato que acababa de pasar.

Del *Giardino Pubblico* me dirigí á la *Piazza Castello*, dando un gran rodeo por la orilla del rio, y con ánimo de venirme á casa á escribir estos apuntes.

Pero al llegar á los pórticos que hay delante de nuestro hotel, me encontré de manos á boca con Iriarte.

—¿De dónde vienes? le pregunté.

—Del hotel; de buscarte.

—¿Pues no te divertías tanto en el teatro?

—¡Oh! no he podido resistir á *Adalgisa*...— Norma es una sublimidad al lado de ella.

—¿Y Jussuf?

—Allá queda aplaudiendo. Creo que tiene intereses comprometidos en el cuerpo de coros.

—¿Y dónde vamos? Son las nueve de la noche.

—Podemos ir á otro teatro, que hay aquí cerca, y en el que he oido música al tiempo de pasar. A la puerta he visto muchos coches, y la orquesta no parece mala...

—Ese será el *Teatro Carignan;* pues, si no me equivoco, la plaza de este nombre se encuentra por aquí. En ese teatro, construido bajo la direccion de Alfieri, se representaron por la primera vez las tragedias de este inmortal poeta. Es el segundo coliseo de Turin..., segun dice la *Guia*...

—Pues mira: aquí lo tenemos.

—Entonces... ¡adelante!

El *Teatro Carignan* es muy lindo; pero tambien en él hay una parte de

sala sin asientos; tambien en él asiste el público á la representacion con la cabeza cubierta; tambien en él hay *sedie chiuse*..., por cierto bastante incómodas.

En cambio, los palcos de *primo* y *secondo ordine* estaban esta noche ocupados por la mejor sociedad de *Turin;* ó sea por la parte de ella que no se halla en el campo.

Dábase un baile titulado *La Esmeralda*, cuyo argumento está sacado de *Notre Dame de Paris.*

La señorita Salvioni, la heroina de la fiesta, es una bailarina muy hermosa, aunque demasiado alta para sílfide, y excesivamente propensa á la traspiracion...—Por lo demás, baila bien, y era aplaudida con locura.

Pero no ha sido seguramente el espectáculo lo que más acaba de llamarnos la atencion en el teatro *Carignan*; sino un célebre personaje que formamaba parte del público.

Este personaje se encontraba solo en el palco-platea de proscenio de la derecha, sentado de espaldas á los espectadores, que solo veian de él á veces los muchos periódicos que iba leyendo y depositando en otro sillon.

Era el Conde de Cavour.

Siempre que la Salvioni aparecia en escena, el presidente del Consejo de Ministros dejaba los periódicos; avanzaba al antepecho del palco, y fijaba sus gemelos en la voluptuosa *Esmeralda*.

En torno nuestro decia la gènte que el noble Conde se perece por e baile y las bailarinas.

Cavour es hombre de unos cincuenta años, grueso, de pequeña estatura, elevada frente y vivísimos ojos, que relucen al través de las gafas; descuidado, aunque decoroso, en el traje; con más aire de sabio, de bibliómano ó de arqueólogo, que de diplomático ó de guerrero; sencillo, en fin, y llano en su aspecto y actitudes.

Yo le comuniqué estas observaciones al individuo del público que me habia dicho:—*Aquel es Cavour*...

—Pues si conociera usted su vida, contestó mi vecino, veria usted que corresponde perfectamente á su figura. Cavour se levanta á las cuatro de la mañana y estudia hasta las seis. A esa hora empieza á despachar los dos ó tres ministerios que tiene siempre á su cargo. A las diez puede usted verlo dando un paseo á pié por las calles de Turin. A las once viene al café del *Cambio* (que se halla al lado de este teatro), donde almuerza confundido con la multitud. Despues va á palacio ó al Consejo de Ministros. En seguida al Parlamento. Luego come espléndidamente. A la noche recibe á los diplomáticos ó da audiencia pública. A las diez viene un rato á ver bailar, á leer los periódicos estranjeros, á hablar desde su palco con las bailarinas y á aplaudirlas con el furor que usted ve. Desde aqui se va á hacer alguna visita particular, y á las doce se mete en la cama. Esto quiere decir que solo duer me cuatro horas

Yo sabia por mi parte que el Conde *Camillo Benso di Cavour* es uno de los hombres más ricos de Italia, y que su familia pertenece á la primera nobleza del Piamonte.

El pueblo turinés, que lo conoce, quiere y respeta mucho (á pesar de Garibaldi), le llama generalmente: —*Papá Camillo.*

. . . .

Concluyo por hoy diciéndoos que la duquesa florentina y las heróicas inglesas estaban en el teatro.

III.

IGLESIAS DE TURIN.—PALACIO DEL TASSO.—GALERÍA REAL DE CUADROS.—ESTABLECIMIENTOS PÚBLICOS.—ISABEL Y JUANA.—LA FOTOGRAFÍA.—UN ALMUERZO CON ESPAÑOLES.—EL MUSEO EGIPCIO.—LA SUPERGA.—EL CEMENTERIO.—JUICIO DEL PIAMONTE.

Turin 30 de octubre.

Han trascurrido ocho dias.

Dentro de dos horas habré abandonado á *Turin.*

Me dirijo á *Milan*, pasando por *Marengo* y *Pavía.*—(Directamente, emplearia cuatro horas. Así emplearé treinta. Pero *Marengo* y *Pavía* bien se merecen este rodeo.)

Mi amigo Iriarte se habrá embarcado en Génova con direccion á Nápoles.

Va en busca de la guerra.

Yo he preferido por ahora la paz y el arte, y no pisaré el suelo napolitano sin haber visitado antes á Venecia, Florencia y Roma.

Jussuf seguirá en *Turin* esperando á Caballero.

En adelante, pues, viajaré solo,—lo cual debe de ser poco alegre.

Pero vamos al asunto; quiero decir, á lo pasado.

Durante esta última semana he recorrido y estudiado prolijamente á *Turin.*

Hé aquí mis principales observaciones y aventuras:

Empezaremos por las Iglesias.

La capital del Piamonte encierra ciento nueve templos católicos y uno protestante, y, entre todos ellos, no hay ninguno de primer órden.

La *Catedral* (San Juan Bautista) tiene una regular fachada del Renacimiento, y un cuadro de Alberto Durero digno de atencion.—El edificio comunica por un lado con el Palacio Real, y por otro con la famosa Capilla del *Santo Sudario.*

La Capilla del *Santo Sudario* es indudablemente la obra más notable que se debe á la devocion piamontesa.—Figuraos una gran rotonda de mármol negro, formada por una multitud de columnas, cuyas bases, así

como los capiteles, son de bronce dorado. Cuatro sepulcros de mármol blanco, adornados con estátuas y con figuras alegóricas, se destacan valientemente sobre el fondo oscuro de tan lúgubre columnata. Aquellos sepulcros contienen las cenizas de cuatro Duques de Saboya, uno de los cuales es *Emmanuel Filiberto*, de quien ya hemos hablado al ver su Estátua ecuestre.—La cúpula consiste en una superposicion de muchas bóvedas, caladas artificiosamente, en medio de las cuales la luz del dia finge una gran corona aérea, una especie de estrella rutilante, cuyo fulgor esclarece la fúnebre capilla, yendo á desvanecerse en el pavimento, que es de mármol celeste, salpicado de estrellas de bronce.—Diríase, pues, que aquel luctuoso recinto se eleva sobre el cielo y que la cúpula trasluce ya un reflejo de la Gloria.

En el Altar hay un gran relicario de plata, bajo un fanal magnífico.—En él se guarda el *Santo Sudario* que envolvió el cuerpo de Jesús.—El sacristan que nos acompañaba sostuvo acaloradamente (contestando á las observaciones de un inglés), que los otros *Santos Sudarios* que se veneran en San Pedro de Roma, en Besanzon y en Cadouin son apócrifos y supuestos, y que el único auténtico y verdadero era el que teníamos delante.

Despues de la Catedral y de esta Capilla, las Iglesias más notables son:

San Lorenzo, celebrada con justicia por su doble cúpula ingeniosísimamente edificada:

La Consolata, famosa tambien por la devocion que inspira y muchos peregrinos que atrae una Vírgen que hay en ella:

San Felipe Neri, la mas espaciosa de Turin, construida, como todas las anteriores, por el padre Guarini:

El *Corpus Domini*, y su aneja el *Espíritu Santo*, insignes las dos por la riqueza de sus adornos, y muy renombrada la última á causa de haber abrazado en ella el catolicismo Juan Jacobo Rousseau, á la edad de diez y seis años,—conversion que anuló en Ginebra veinte y seis años despues, volviéndose al protestantismo:

Y por último, *Il Tempio Valdese ó Iglesia Evangélica*, que es como quien dice *protestante*, erigida á consecuencia de la proclamacion de la libertad de cultos en 1848, y bastante bella como obra de arquitectura.

Pasemos, pues, á otra cosa; pero antes de pasar á ella, consignemos una especialidad negativa de Turin.

Turin, mis amados lectores, es acaso la única gran ciudad de Europa en que no se ve ni una sola fuente monumental.

La *otra cosa* de que iba á hablaros es del *Palacio del Tasso*, que se levanta en la calle de la Basílica, y en el que leí la siguiente inscripcion:

TORQUATO TASSO
NEL CADERE DELL'ANNO MDLXXVIII
ABITÓ QUESTA CASA PER POCHI MESSI E LA
CONSACRO PER TUTTI I SECOLI.

(Torcuato Tasso, á fines del año de 1578, habitó esta casa pocos meses y la consagró para todos los siglos.)

Esta inscripcion se refiere á una de las muy contadas épocas felices de la vida del gran poeta.—Os diré el caso, tal como lo sé.

Reinaba en *Turin* el célebre Emmanuel Filiberto, de quien tantas veces hemos hablado, é iban pasados tres años desde que la *Jerusalen libertada* (á pesar de la envidia y de la ignorancia, que tan mal la recibieron) habia demostrado á la Italia que Torcuato Tasso era el primer poeta de su siglo.

Cuantos príncipes y señores gobernaban á la sazon la península (que lo ménos serian ciento), procuraban atraer á su córte al creador de *Tancredo* y de *Reinaldo*; pero el pobre cantor se habia enamorado perdidamente de Leonora, hermana del Duque de Ferrara, y no sabia alejarse de ella, á pesar de los tormentos que su esquivez y el orgullo de su hermano le daban á probar contínuamente.

Perdió en esto la razon el infeliz Tocuato, y con ella la esperanza de ablandar aquellos corazones de roca; por lo cual huyó de la ciudad de Ferrara, y empezó á vagar de córte en córte; honrado, sí, en todas ellas, pero indiferente ya á todo halago, enfermo, loco, miserable, y sin podèr apartar de su alma la imágen de Leonora.

Sabedor Emmanuel Filiberto de tanta desventura, creyó encontrar la manera de remediarla, proporcionando al gran poeta un triunfo y un honor de que no hubiera ejemplo en la antigüedad.—Imaginó, pues, construir á las orillas del Po una copia de los *Jardines de Armida*, y dar en ellos una fiesta semejante á las que describe Torcuato en su inmortal poema, y envió emisarios á éste, invitándole á dirigir la obra y la representacion,—pretexto decoroso que le permitiria asistir á la apoteosís de su genio.

El Tasso acudió á tan delicado llamamiento (y esta fué la ocasion en que habitó el Palacio de la calle de la Basílica). Las *Fiestas de Armida* llegaron á tal grado de esplendor, que se habló de ellas en toda Europa. El infortunado vate descansó algunos meses en la culta y galante córte de *Turin*, y sus dolores se adormecieron en medio de los agasajos, de las atenciones, del amor y del entusiasmo que lo rodearon á todas horas.

Lo que despues sucedió al Cantor de *Godofredo*, ya se lo contaré á quien lo ignore, cuando pasemos por Ferrara y cuando visitemos el convento de San Onofre en Roma...—Ahora os contentareis con saber que hace pocos años un inspirado artista y célebre hombre político, Massimo d'Azeglio, pintó un magnífico cuadro que representa las *Fiestas del jar-*

din de Armida, tal como la historia las relata, con los retratos de todos los personajes de la córte de Emmanuel Filiberto que tomaron parte en ellas, el del duque, el de su esposa y el del poeta laureado.

Tambien he visitado estos dias el *Palacio Carignan*, antigua morada de los Príncipes Reales del Piamonte, cedido por Cárlos Alberto á la nacion para ser convertido en *Cámara de Diputados.*

El Salon de Sesiones podria contener apénas cómodamente á los representantes del que era *Reino de Cerdeña* ántes de las anexiones famosas; y, sin embargo, *se le ha obligado* á servir últimamente para cuádruple número de diputados.—Esto no ha podido verificarse sin estrechar los asientos hasta lo sumo, sin levantar una fila sobre otra en violento declive, sin aprovechar los huecos de los balcones y hasta las escaleras que ponen en comunicacion las filas altas con las bajas, sin convertir finalmente la cámara en una especie de colmena asaz ridícula.

(Creo haberos ya dicho que para la reunion del primer Parlamento italiano, en que tomarán parte todos los pueblos de la península, ménos Venecia y Roma, se construye en el patio del mismo palacio una gran Cámara Provisional, ó sea una enorme jaula de madera y telones pintados,—asi como los acróbatas y los cómicos ambulantes improvisan un teatro ó un hipódromo en las pequeñas ciudades de provincia que carecen de ellos).

Item: He vuelto al Palacio Real, donde he registrado la magnífica *Biblioteca del Rey*, compuesta de dos mil manuscritos preciósos y de más de cincuenta mil volúmenes impresos.

Entre los manuscritos me han enseñado uno, que se ha encontrado últimamente en un viejísimo archivo, y que me alegraria ver algun dia publicado en español.—Es nada menos que el *Diario militar* de Emmanuel Filiberto de Saboya.

Consérvanse además allí muchas cartas de este príncipe, algunos autógrafos de Napoleon y de Federico el Grande, y una infinidad de cartones y dibujos de Rafael, Leonardo de Vinci, Correggio, Ticiano y otros célebres artistas.

Y á propósito de arte:—En el *Palais Madame* he recorrido las diez y ocho salas que constituyen la *Galería Real de Cuadros*, la cual consta de seiscientos lienzos, más ó menos notables, de pintores de todos los paises.

En tan numerosa coleccion, no hay ninguna obra verdaderamente maestra, de esas que atraen á los peregrinos del arte y dejan una impresion indeleble en su ánimo.

Llaman, sin embargo, la atencion una *Madonna della Tenda*, de Rafael, igual á otra que tenemos en Madrid;—un *Moisés salvado de las aguas*, de Pablo el Veronés;—los *Hijos de Cárlos I de Inglaterra*, pintados por Van Dyck;—un buen Rembrant;—una *Madonna* de Palma el Viejo, rodeada de ángeles y santos, y algunos otros cuadros insignificantes, ilustres solamente por la grandeza de sus autores.

Ticiano, Guercino, Francia, Giorgione, Gerard de la Nuit, Rubens y Julio Romano están representados en este museo de una manera lamentable, lo cual me confirma en una idea de que ya estaba convencido, y es que los piamonteses no unen á sus grandes cualidades cívicas, militares y domésticas el noble sentimiento de lo bello.

Esto que digo es proverbial en Italia y en Europa. El Piamonte no ha producido un solo grande artista ni en pintura, ni en escultura, ni en arquitectura, ni en música.—Gaudencio Ferrari y Girolamo Giovenone, de quien ví algunos cuadros en la sala piamontesa de la *Galería Real de Cuadros*, son sus pintores eminentes, y sin embargo, no pasan el nivel de la medianía.

En punto á Letras, el Piamonte puede al ménos envanecerse de haber sido cuna de Alfieri y de Silvio Pellico.—(El conde José le Maistre es saboyano).—Gioberti, como filósofo, y Massimo d'Azeglio, como pintor y novelista, honran tambien á Turin.—*Et voilà tout.*

En compensacion de una tan completa esterilidad artística y limitada produccion literaria, el Piamonte ha sido y es fecundo en hombres de mucha ciencia, entre los cuales descuella el famoso matemático Lagrange.

El *Gabinete de mineralogía*, la *Coleccion numismática*, la *Coleccion zoológica* y el *Museo egipcio y de antigüedades* de Turin, son de los mejores de Europa.—La *Biblioteca de la Universidad* es tambien importantísima. Baste decir que empezó á formarse en el siglo X.—La universidad comprende sesenta y cinco cátedras y tiene un magnífico Gabinete Anatómico y Patológico, Laboratorios y Anfiteatro de química, Gabinete de física, Jardin Botánico y un patio revestido de bajo-relieves preciosísimos, inscripciones griegas y latinas y otras curiosas Antigüedades.

Además de la *Galería Real de cuadros*, hay en Turin otras cinco ó seis galerías particulares, cuyos dueños las abren al público algunos dias.

Yo recorrí algunas de ellas, y las encontré tan insignificantes como el Museo del *Palazzo Madama.*

Los establecimientos de Beneficencia de esta capital son sumamente notables.—En el *Hospital Mayor* hay cuatrocientas diez y ocho camas. En el de la *Caridad* se albergan hoy mil y quinientos pobres. El de la *Maternidad* contiene seiscientas mujeres y otros tantos niños.—Cuéntanse además dos *Hospitales Militares* y el *Manicomio Real*, en que habrá ahora mas de seiscientos dementes...—y no son muchos, atendidas las circunstancias políticas del país.

Asimismo he visto el *Arsenal*, que es soberbio, y donde se halla un Museo de armas, con puentes, barcos y herramientas; una Escuela de Metalurgia; un Depósito de planos en relieve de las principales fortificaciones de Europa; una Fábrica de cañones; un Gabinete de Historia Natural, y una Escuela de Artillería.

En cuanto á la *Academia real militar*, no he podido verla; pero me aseguran que es de primer órden.

Turin encierra doce Teatros, de los que casi todos están cerrados todavía.—En ellos se dan durante el invierno representaciones de ópera italiana, de bailes franceses, de comedias, dramas y tragedias en francés y en italiano, de autómatas, de ejercicios ecuestres y de juegos malabares.

Pero esto no es lo convenido: yo no escribo la *Guia de Turin*, sino mis propias impresiones.—Apresuremos, pues, á referir y copiar aquellas escenas y panoramas que más nos hayan sorprendido en esta capital, y levantemos el campo sin pérdida de tiempo.—El tren para Alejandría sale á las diez de la mañana, y ya son las ocho y media...

Empezaré por deciros que los tres hermanos ingleses se humanizaron al fin; que he tomado el té con ellos estas últimas noches; que me he visto obligado á hacerles un plan de *viaje por España*, y que me han confesado que se rieron mucho á nuestra costa cuando vieron el *Album de la Flechere*, donde se contentaron con escribír, debajo de nuestra frase y de nuestros nombres, esta elocuente y tremebunda nota:

«Isabel y Juana W..., menores de edad, naturales de Lóndres, leyeron las anteriores palabras á los dos dias de ser escritas.»

—¡*Horror*! ¡*Horror*! ¡*Horror*!... digo yo, como dice Shakspeare.

En cambio de esta mortificacion, las encantadoras inglesas nos han proporcionado muy buenos ratos, ora luciendo su habilidad al piano, ora cantando baladas escocesas, ora mostrándonos sus albums de dibujo, ora (y esto era lo mas delicioso) dejándonos contemplar estáticamente su peregrina hermosura, escuchar su dulce voz, recibir su modesta y tentadora sonrisa, respirar la atmósfera de gracia, de distincion y de pureza que las rodeaba, y por último, acompañarlas á la Estacion del ferrocarril de Génova, y despedirnos allí de ellas y de su honorable hermano como buenos amigos, despues de cambiar las señas de nuestra habitual morada, y de haber escrito ellos tres sus nombres en nuestras carteras, y nosotros los nuestros en las suyas...

¡Porque el caso es que se han ido!... ¡Ah! ¡Quién sabe si Mr. Iriarte me habrá abandonado por seguirlas!

Yo de mí sé decir que he estado á pique de enamorarme...

Pero ¿de cuál de las dos?

Esto es lo que no sé.—Mi corazon no podia comprender á la una sin la otra.—Eran dos figuras diferentes, que se completaban al reunirse.—Separarlas hubiera equivalido á deshacer un armonioso grupo de escultura.

Isabel era más alta y más fuerte. Tenia los ojos y los cabellos negros, la tez mate, los dientes como perlas, y el talle noble y gentil como el de Juno.—Juana era rubia, de ojos azules, blanca y delgada, alegre y chispeante.—Sin Juana no hubiera sonreido nunca Isabel.—Isabel prestaba en cambio su serenidad melancólica á la impresionable Juana.—Eran, en fin, dos flores de un mismo tallo.—La una era la gracia y la otra la her-

mosura; pero esta hermosura y esta gracia se influian recíprocamente, combinándose en un solo atributo, que constituia el principal encanto de ambas.—Asi es que lo que más me agradaba en ellas, lo que más me seducia, era oirlas hablar entre sí, verlas abrazadas, mirarlas mirarse, considerar cuánto se querian, en qué se diferenciaban, cómo se equilibraban sus diversos atractivos, y hasta qué punto hubiera sido imposible á un hombre prendarse solamente de una de ellas.

Creo, pues, que me hubiera enamorado de las dos.—Los gemelos de Siam eran dos almas en un solo cuerpo.—¡Juana é Isabel eran dos cuerpos con una sola alma!—¡No amarlas juntas hubiera sido amarlas á medias!...—(Regalo este asunto á cualquier novelista, suplicándole que me dedique la novela).

Ni han sido estos los únicos ratos de *buena sociedad* que he disfrutado en la capital del Piamonte; pues he tenido la dicha de encontrar en ella, de ministro plenipotenciario de España, al distinguido publicista señor don Diego Coello, con cuya amistad me honro hace algunos años.

Siempre es grato al que viaja por el extranjero, penetrar en la Casa cobijada por la bandera de su país, y á cuya puerta se ven las Armas que simbolizan su nacionalidad. ¡Dentro de aquellos umbrales está la patria! ¡Allí cree uno respirar el aire amigo que meció su cuna! A pocos pasos que dé, resonará en sus oidos la lengua natal; encontrará afables compatriotas; recibirá noticias de la materna tierra... Pero esta impresion es mucho más dulce cuando se encuentran, como yo encontré en *Turin*, la patria y la amistad reunidas bajo un mismo techo, la acogida mas cariñosa, las atenciones mas delicadas y hasta un reflejo de los perdidos goces de familia.

Asi es que yo recordaré siempre con placer las noches que he pasado en casa del señor Coello, oyendo á su amable cuanto bella y elegante esposa recordar, al piano, las melodías populares de España; departiendo amigablemente sobre nuestro país con los ilustrados jóvenes agregados á la legacion; trabando una amistad, que promete ser cordial y larga, con el secretario señor Duro, que tanto me ha acompañado y atendido; jugando al tresillo con el famoso ingeniero y diputado español señor Ardanaz y con mi delicioso amigo el nunca bien ponderado duque de la Roca, antiguo conde de Requena, ó viendo más de mil retratos fotográficos de otras tantas personas de Madrid, casi todas amigas ó conocidas mias;—beldades afamadas, hombres políticos, periodistas, militares, poetas, músicos y danzantes...

¡Oh, la fotografía es á la vista lo que el telégrafo eléctrico al oido!...

Pero regalo este asunto á cualquier poeta.—Por mi parte... son las nueve menos diez minutos, y no puedo detenerme en divagaciones...

Vuelvo, pues, á los hechos consumados.

El señor Coello trasladó una mañana toda su tertulia á *Stupinigi*, donde nos dió un magnífico almuerzo.

Stupiniggi es una Residencia Real de caza, situada á dos leguas de *Turin*.

El Intendente de Palacio la habia puesto aquel dia á disposicion de nuestro Ministro.

El castillo, que se alza en medio de unos extensos jardines y dilatados bosques, ostenta sobre su techo un enorme ciervo de bronce dorado, como símbolo venatorio.

Nosotros nos instalamos en una linda glorieta, cerca de un lago artificial, á la sombra de espesísimos árboles, desde donde se gozaba una admirable vista de todos los jardines y de las interminables alamedas que arrancan del castillo.

La hermosura de aquel lugar, en que la naturaleza y el arte han acumulado singulares encantos; la esplendidez y serenidad de un apacible dia de otoño; la alegría de los comensales; el idioma español, único que se habló desde por la mañana hasta la noche; la vaga melancolía que nuestra condicion de extranjeros no podia menos de infundirnos, y la dulce tristeza que á mí no podia menos de inspirarme aquel dia de efusion y cordialidad, despues de tantos otros de soledad y meditacion, precisamente en vísperas de volver á empuñar el báculo de peregrino, sin la compaña ya de mi amigo Iriarte; todo esto, digo, producia en mi alma una sorda inquietud, un suave placer, unos tácitos movimientos de ternura, una confusion, en fin, de encontradas emociones, que nunca olvidaré...—ni lo deseo.

Al otro dia, que fue el de ayer, cambió la decoracion completamente.—Tres escursiones hice, y las tres me pusieron en inmediato contacto con los muertos.

Fué la primera al *Museo egipcio*, que, como ya indiqué más atrás, es de primer órden.—Algunos afirman que no tiene rival en Europa.

En él ví los despojos de un pueblo, de una civilizacion, de una edad del mundo.—Desde las estátuas de los dioses que se veneraban antes del nacimiento de Moisés, hasta las de los reyes que edificaron las Pirámides; desde las esfinges y los animales inmundos que se adoraban en el valle del Nilo, hasta las momias de los mismos que los adoraban; desde las armas del guerrero hasta las telas preciosas y las alhajas que adornaron á las reinas; desde los manuscritos en *papyrus* y los jeroglíficos en piedra que han revelado la historia de tan remotos tiempos, hasta los instrumentos de agricultura, el ajuar doméstico, los vasos llenos de pinturas y los emblemas mitológicos que han descubierto el misterio íntimo de aquella vida y de aquellas costumbres...; todo, todo lo encontré en tan magnífico Museo; todo acreditaba allí las más peregrinas aseveraciones de la historia; todo hablaba un severo lenguaje que llenó mi espíritu de fria tristeza.

Porque esta es la verdad. Cuando los testimonios del tiempo pasado se refieren solamente á tres, á doce, hasta á veinte siglos, producen en el

alma poéticas vibraciones; pero cuando se extienden mas allá de la historia de nuestra raza; cuando nos hablan de civilizaciones anteriores á la nuestra; cuando nos revelan otro mundo completamente extraño á nuestra genealogia histórica, lo que despiertan en el espíritu es una glacial filosofía, una ráfaga de muerte, que aniquila y barre todas las imágenes que son vida de la vida y sustancia de la imaginacion.—Un sepulcro de la Edad Media, por ejemplo, se contempla por todo latino con amor, con devocion, con reverente melancolía... Diríase que á él nos une un sentimiento filial y religioso... Pero las ruinas de Palmira, una sepultura pelasga, un jeroglífico de Tébas, nos inspiran graves y áridos pensamientos y una indiferencia estóica muy semejante á la misantropía.

Estas eran al menos mis ideas al contemplar las momias del *Museo egipcio*.—¡Tenia ante mi vista una infinidad de cadáveres, cuya carne, cuyos ojos, cuyos cabellos, cuyos dientes, cuyas facciones todas se conservan de tal modo, que si volviesen á la vida tal y como se hallan, de seguro se reconocerian los hijos y los padres, los amigos y los enemigos, los amantes y las amadas, los deudores y los acreedores, los vasallos y los reyes!—¡Y, sin embargo, hace cuatro mil años que aquellos cuerpos se despidieron de sus almas! ¡Hace cuarenta siglos que yacen en aquella postura, que duermen con aquel gesto, que están liados con aquellas fajas de engomada tela!

Ruego encarecidamente á mis albaceas testamentarios (que nombraré con el tiempo), que no me embalsamen de manera alguna, ni me sepulten en ataud incorruptible, ni tan siquiera me entierren en un nicho de los que se estilan hoy.—Volvedme á la tierra cuando la tierra me llame.—No me legueis á la sacrílega curiosidad de futuras generaciones. ¡Que no me vea yo... esto es, que no me vean á mí las gentes con el poco amor, con el ningun miedo, con la falta de respeto y hasta de asco con que miro yo ahora á estos infortunados egipcios!—¡Infortunados, sí!—¡Hace cuatro mil años que se les niega la madre tierra!—¿Qué *destierro* podrá compararse con el suyo?

Desde el *Museo* me fuí á la *Superga*.

La *Superga* (de la que no sé como no os he hablado ya muchas veces) es la mas alta cumbre de la serie de colinas que llevan el nombre de *Montes de Turin* y de que forma parte el *Monte de los Capuchinos* que ya conocemos.

Sobre aquella eminente cumbre levántase un hermoso Templo, que se divisa á muchas leguas de distancia por cualquier parte que se acerque el viajero á la capital del Piamonte.

En aquel Templo duermen el sueño de la muerte los Reyes de Cerdeña.—Es, como si dijéramos, el Escorial de la dinastía de Saboya.

De Turin á la *Superga* hay dos leguas escasas, pero muy penosas, en razon á que se componen de ásperas cuestas y complicados rodeos. Para llegar en carruaje á la misma puerta de la Iglesia, hay precision de en-

ganchar cuatro caballos, y aun asi se va muy lentamente y con gran peligro de rodar cejando hasta estrellarse.—La costumbre inglesa es hacer la escursion en asnos.—Yo hice la mitad en coche y la otra mitad á pie.

Sólo la vista que se disfruta desde lo alto de este monte, que se eleva mil cuatrocientos pies sobre *Turin*, vale la pena de la subida.—Por desgracia, el dia no era muy trasparente; pero, sin embargo, alcancé á ver todo el Piamonte, todos los Alpes y mucha parte de las llanuras lombardas.

La Iglesia de la *Superga* tiene muy noble aspecto. Precédela un peristilo corintio, al que se sube por una escalinata. El edificio principal es redondo y termina en una elegante cúpula. A los lados, y armonizando con él, hay unas casitas cuadradas, coronadas por altas torres.

Los franceses, que no cuentan nunca sino sus victorias, se han cuidado muy bien de omitir en sus libros de viajes el orígen del panteon de la *Superga*.—Es el siguiente.

Al amanecer el dia 7 de setiembre de 1706, hallábanse en el mismo sitio que hoy ocupa la Iglesia, el famoso Príncipe Eugenio (generalísimo del emperador de Austria) y el duque de Saboya (Víctor Amadeo I), observando los movimientos de un ejército francés que se acercaba á *Turin*, á cuyas puertas estaban acampados los soldados imperiales.—Mandaban las tropas francesas el duque de Orleans y el mariscal Marchin, batidos ya muchas veces por el Príncipe, y como notara éste cierta vacilacion en la marcha y maniobras del enemigo, cuando aun no habia principiado la batalla, exclamó, dirigiéndose á Víctor Amadeo:

—*Señor, se me antoja que aquella gente está ya medio vencida.*

El duque de Saboya creyó en el presagio, é hizo en seguida voto de dedicar una Iglesia á María Santísima en el mismo lugar que entonces pisaba, si el Príncipe Eugenio derrotaba aquel dia á los franceses.

Asi sucedió, en efecto, pocas horas despues; y fue tan decisiva y brillante aquella victoria, que terminó la campaña y le valió al duque de Saboya el recuperar todos sus Estados y cambiar su título de *duque* por el de *rey*.

Dicho se está que la Iglesia fue edificada; y, para colmo de piedad, se dispuso hacer un gran Panteon debajo del templo, donde serian sepultados todos los Reyes de Cerdeña...

Yace allí, pues, Víctor Amadeo I, tal vez en el mismo lugar en que hizo la promesa, y en pos del suyo, siguen los sarcófagos de la regia dinastía que principió en su persona.

El Panteon tiene la forma de una cruz, y en su centro se alza un magnífico sepulcro, donde es costumbre depositar el cadáver del *último rey muerto*, hasta que viene su sucesor á relevarlo.

Por consiguiente, aquel sepulcro, siempre provisional, contiene hoy los restos mortales de Cárlos Alberto.

Su ataud está completamente cubierto de coronas de siemprevivas,

ó de plata y oro; de guirnaldas de flores; de ramas de laurel, y de otras ofrendas que renueva sin cesar el amor de los agradecidos piamonteses...

En una de las torres de los edificios contiguos á la Iglesia hay un salon, cuyas cuatro paredes están cubiertas con los retratos de todos los Papas.

¡Y qué singulares ideas despertó en mi ánimo ver á los Pontífices Romanos *encerrados* en la torre más alta de Turin!...

—Mire usted, me dijo el conserje. Este Papa era español.

Y me señalaba á Calisto III.

—Eso quiere decir que usted sabe que yo tambien lo soy, le respondí afablemente.

—He visto á tantos extranjeros, que adivino por la voz la patria de cada uno.

—Es natural. Pero dígame usted. ¿Por qué está más estropeado que los demás el retrato de Pio IX, siendo asi que debe de haber sido pintado de los últimos?

—¡Ah!... Señor... Los liberales... los ingleses... los impíos...

—Basta.—¿Y aquel? ¿Por qué está colgado del revés?

—Porque es Alejandro VI.

—¿Pero quién lo ha colocado asi?

—Los estudiantes, señor... los estudiantes...

—¿Y aquel otro? ¿Por qué tiene la cabeza para abajo?

—¿Pues no la conoce usted? ¡Es la papisa Juana!...

—Y usted, ¿qué dice á eso?

—¡Yo digo, señor... que cada uno cree sus cosas! Los tiempos andan de este modo, y yo estoy esperando que el mejor dia me echen á mí y á los Sumos Pontífices por ese balcon.

—¿Luego usted ha conocido otros tiempos en este mismo oficio?

—Ya lo creo... ¡Hace cuarenta años que vivo aquí!

—¡Oh!... ¡hace cuarenta años!...

—Hace cuarenta años todo el mundo entraba rezando por esa puerta. Ahora entran los muchachos diciendo de corrido la historia de los Papas. ¡Y qué historias! ¡Peores que las comedias!

—Pero ¿qué es eso? ¿No hay católicos en Turin?

—Los hay; sí, señor. Pero la han tomado con el clero... ya me entiende usted... con el clero alto...—¡Con Roma!—añadió, bajando la voz.

—¿Y á eso? ¿Qué dice usted?

—Señor, yo no digo nada.

—Pues ni yo tampoco.

Y el hombre se quedaria diciendo:—«Todos estos españoles son absolutistas...»

Y yo me fuí diciendo... lo que os podeis figurar.

Cuando bajé á *Turin* serian las tres de la tarde. El tiempo estaba hermoso; mi espíritu se encontraba templado algo filosóficamente, y el coche me pertenecia hasta el oscurecer.

—¿A dónde vamos? me preguntó el cochero.

—Al Cementerio, le contesté sin vacilar.

El *Campo-Santo* de Turin, ó sea el *Cementerio Nuevo*, abierto *al público* (¡qué frase!) en 1829, se halla situado á una media legua de la capital, á orillas del tortuoso *Dora*.

Cuatro galerías de arcos, revestidas de nichos, habitados en su mayor parte, encierran un vastísimo cuadrilongo, sembrado de lápidas y cruces, y dividido por una quinta galería.

Allí moran los cuerpos de cuatro hombres, cuyas almas conocí yo y traté en mis pasados tiempos de estudiante, por haber ido á buscarme á Guadix, adheridas á las hojas de algunos libros.

Estos libros se llamaban *Las veladas de San Petersburgo, Le mie Prigioni, Francesca de Rimini, Eufemio di Messina, Ensayo sobre lo bello, El jesuita moderno, Mérope, Agamenon y Mirra.*

Dicho se está pues, que los hombres de que hablo, y cuyas tumbas visité ayer tarde, son el conde José le Maistre, Silvio Pellico, el abate Gioberti, y Víctor Alfieri.

En punto á Monumentos artísticos, el único digno de mencion que encierra aquel Campo-Santo es el de Pier Dionigi Pinelli, dos veces ministro y otras dos presidente de la cámara popular de *Turin*.—Este sepulcro es obra de G. Albertoni.

Finalmente, el conserge del *establecimiento* me dijo que se trataba de ensanchar aquella vasta necrópole, añadiéndole nuevas galerías de nichos; y esto me hizo volver á reprobar el sistema de inhumacion que se emplea generalmente en nuestra época.

—¡Ilusos mortales! murmuré en mis adentros... ¿A dónde ireis á parar por este camino? ¿Tratais de construir *una casa* para albergar á cada difunto? ¿Creeis posible retener sobre la tierra á todas las generaciones? ¿No se os ocurre que si ensanchais los cementerios á medida que se vayan poblando, llegará un dia en que las ciudades de los muertos serán más grandes que las de los vivos? Y despues... ¿qué sucederá? Que los cadáveres ocuparán todos los campos; que llegarán á las puertas de nuestras capitales; que nos echarán de nuestras casas; que cubrirán toda la superficie del globo...

¡Oh, cese ya tanta locura! ¡Dejad comer á la hambrienta tierra! ¡No quebranteis las leyes naturales!—¿Quién puede asegurar que el oidium, el cólera, el trastorno que se nota en las estaciones, las nuevas ideas que tanto os intimidan, los fenómenos morales que os asustan, la decadencia de las bellas letras, la escasez de algunos metales preciosos, y hasta la carestía de los inquilinatos, no consisten en que la madre tierra echa de menos su racion de carne humana?

¡Quién lo sabe, señores, quién lo sabe!...

Pero son las nueve y media... No hay tiempo que perder. Las demás cosas que he visto en *Turin*, asi como las que no he visto, serán asunto de otra conversacion, si por acaso vuelvo á esta ciudad, lo cual puede suceder...

Ahora pensemos solamentente en que esta noche dormiremos en *Pavia* y mañana á la noche en *Milan*; y en que hoy es plenilunio, y yo necesito estar en *Venecia* antes del cuarto menguante.

Adios, pues, al Piamonte... Adios... ó ¡*á rivederci*! —En medio de todo, fuerza es confesar que este es un gran pueblo.—Su civilizacion; sus buenas costumbres; el severo carácter, acendrado patriotismo, probada continencia y noble compostura de la clase media; la sensatez y laboriosidad de las clases pobres; la ilustracion de la aristocracia; el órden administrativo; las virtudes cívicas y privadas de que dan sus hombres públicos tantos ejemplos; la paz y la libertad que reinan en todas partes, á pesar de las graves circunstancias por que atraviesa el país; la red de ferro-carriles, carreteras y canales de riego y navegacion que envuelve todo el territorio; el esmerado cultivo de los campos; la seguridad con que se camina por las más solitarias comarcas, y la prodigiosa rareza de los crímenes, se atraen la simpatía del viajero, haciéndole olvidar lo que haya de violento, de temerario, de desleal y de odioso en los medios de que, al decir de muchos, se ha valido del gobierno piamontés para hacer extensivas á toda Italia la libertad, la prosperidad y la independencia que aquí se disfrutan...

¡Las diez menos cuarto!...—Cojo mi saco de noche; dejo el hotel; entro en una *vettura*; grito al cochero: «¡*Strada-ferrata di Alessandria!...*;» llego á la Estacion del camino de hierro cuando el tren principia á moverse; lo asalto al paso con mil apuros..., y pocos momentos despues estoy ya tan lejos de *Turin*, que apenas diviso, por encima de los frondosos árboles de *Moncalieri*, la enhiesta cima y el mortuorio templo de la *Superga*, paladion de la moribunda autonomía del Piamonte.



VICTOR MANUEL, REY DE ITALIA.

LIBRO CUARTO.

LA LOMBARDÍA.

I.

EL AUTOR TIENE UNA ESPLICACION CON LOS LECTORES.—MARENGO.—CASTEGGIO.—UNA TARDE EN PAVÍA.—RECUERDOS DE LA PATRIA.—«EL ALBERGO DELLA CROCE BIANCA.»—LUGAR DE LA BATALLA DE PAVÍA.—LA CARTUJA.—LOS MONJES.—LA CELDA DE FRANCISCO I.—DIVISO A MILAN.

Pues señor, héme aquí solo en mi solo cabo, empaquetado en un coche del tren que me sacó de Turin, rodeado de extranjeros que no he visto ni volveré á ver en toda mi vida, y reducido á hablar conmigo mismo, ó sea con mi Libro de memorias, único camarada que sabe aquí quién soy yo, de dónde vengo, á dónde voy, y á quién habria que enviarle mi saco-de-noche, si por acaso me muriera ó este ferro-carril hiciera de las suyas...

¡Oh! ¡cuánto envidio á los hombres que sienten y callan, ó, por decir mejor, que pueden callarse lo que sienten!—Yo he pecado siempre por el extremo opuesto, de trasmitir al primer recien-venido mis alegrías, mis pesares y mis entusiasmos;—debilidad que me ha acarreado muchos sinsabores y bastantes compromisos; pues no todos los hombres administran honradamente las confidencias de sus prójimos.—Desde que adquirí tan amargo convencimiento, dejé de dar á nadie parte de mis dolores, y los encerré con siete llaves en mi corazon, á riesgo de morir de una aneurisma; pero en cambio me siento cada vez más inclinado á comunicar á los demás todos mis contentos y felicidades.

¡Singular filantropía!... Cuando me encuentro solo, delante de alguna cosa bella, de algun hermoso espectáculo, de algun prodigio natural ó creado por el arte, lo primero que se me ocurre es lamentar que no se halle en torno mio toda la humanidad, participando de mi admiracion; y, si estoy acompañado, necesito, para que mi goce sea completo, que los demás se conmuevan tanto como yo, que lo demuestren, que lo procla-

men, que me prueben que no soy yo solo el afortunado, el entusiasta, el sensible.

De aquí mi indeclinable necesidad de referir todo lo que veo y me sorprende; de aquí mi determinacion de ir escribiendo este viaje; de aquí la publicidad que le daré mañana; de aquí mi resistencia á dejar el oficio de escritor por otro más regalado y lucrativo...—¡Oh! si yo no escribiera cuando viajo solo; si no hablara con el papel cuando me entusiasmo; si hubiera de devorar siempre mi admiracion, mis inspiraciones y mis dichas, como devoro mis inquietudes y mis penas, estoy seguro de que me ahogaria.

Y de aquí, en fin, que, cuando escribo, no me propongo nunca, como principal objeto, que mi libro guste á los lectores, sino que les gusten aquellas cosas que me gustaron á mí y cuya descripcion les hago.—Quiero que viajen, no que me lean: que miren, no que me oigan. No les presento una pintura, sino un espejo: no les ofrezco una copia de los objetos, sino un lente para que los vean por sus propios ojos.—Asi es que, si yo fuera *cuatrillonario,* en vez de dar este libro al público, costearia á todos mis lectores un viaje por Italia, y vendria confundido entre ellos, á fin de participar de sus emociones!

Mas, no estando en ese caso, ni mucho menos, admitid, lectores mios, los mal trazados renglones que iré escribiendo, con lápiz y sobre la rodilla, en mi *libro de memorias*, siempre que lo permita el movimiento del vehículo en que camine, ó siempre que haga un alto en mi viaje; pues á vosotros van dirigidos, y muy particularmente á las personas caras á mi alma de que me acuerdo en cada lugar y á cada hora durante mi solitaria peregrinacion.

Por ejemplo: este viaje de *Turin* á *Milan* te lo referiré á tí, padre mio, que me hablaste el primero de los lugares que voy á recorrer; á tí, que me esplicabas, cuando yo era niño, la Batalla de Pavía, cuyo teatro saludaré esta tarde; á tí, que darias un año de tu preciosa vida por poder decir, como yo diré dentro de algunas horas: «*he visitado* LA CARTUJA *que retembló con el estrépito de aquel combate, y pasado por el mismo lugar en que entregó su espada el rey Francisco I.*»

Lo que es hasta ahora, poco tengo que contarte.—El ferro-carril que voy recorriendo es, segun la fama, uno de los mejores que se han construido en Europa; pero sus grandes obras se hallan acumuladas cerca de *Génova*, en el paso de los Apeninos; de modo que yo no las veré hasta dentro de algunas semanas.—Hoy dejaré esta línea en *Alejandría*, y tomaré otra que me conducirá á *Casteggio*, por donde pasaré al Milanesado.

Lo único notable que me ha salido al encuentro en la hora escasa que llevo de camino desde que abandoné á Turin, ha sido algun que otro puente de los muchos atrevidos y vistosos que diz se hallan á cada paso en esta línea.

Ahora estamos parados en *Asti*, viejísima ciudad, rodeada de intermi-

nables viñedos, que producen el delicioso vino de que ya he hablado en varias ocasiones.

Asti se halla situada en la confluencia del Tanaro y del Borbore.—El Tanaro es muy conocido en nuestra historia por haberse dado á sus orillas una gran batalla en que los españoles y los franceses, mandados por el infante don Felipe, derrotaron á los piamonteses y á los austriacos... allá por los años de 1745.—¡Singulares alianzas! . . . .

Pero el tren vuelve á marchar...—Olvidemos á *Asti*, para pensar en lo que nos salga al paso.

El país que recorremos es monótono, aunque muy rico...

El sol empieza á nublarse...

Y no ocurre más por ahora.

Poco despues divisamos los muros y las torres de *Alejandría*; y apenas he tenido tiempo de recordar que esta célebre Plaza Fuerte ha sido la base de operaciones de muchos ejércitos beligerantes, y, sin ir más lejos, de los mandados por Napoleon III y Victor Manuel el año pasado, cuando el tren llega rugiendo á las puertas de la ciudad y penetra en una estacion vastísima, llave y centro de cuatro ferro-carriles de primer órden...

Alessandria della Paglia (Alejandría de la Paja) se llama asi, porque en su orígen, cuando el papa Alejandro III la hizo construir aceleradamente, como posicion estratégica que tuviera á raya á sus adversarios *los gibelinos*, era toda ella de tierra y paja...—Yo no sé cómo será hoy, pues la estacion (de la cual no puedo retirarme) se halla en las afueras; pero su perspectiva me hace comprender que desde los tiempos del gran pontífice *güelfo* hasta nuestros dias, la ciudad ha adelantado mucho...—Sin embargo, la *Guía* dice que Alejandría *no encierra nada de particular*...

¡Me alegro mucho!—Asi podré almorzar tranquilamente en el *buffet* de la Estacion, aprovechando la media hora de parada que se hace aquí para mudar de tren...

¡Sólo siento no ver las famosas esclusas del Tanaro, que sirven para inundar esta comarca, derramando el rio en torno de la ciudad, siempre que la amenazan y cercan ejércitos enemigos!...—Pero ya volveremos por aquí..., y, si no, paciencia! Estos son los inconvenientes de viajar en camino de hierro...

Si alguna cosa pudiera dar una idea completa del movimiento y vida de la época actual, seria el espectáculo que estoy contemplando mientras almuerzo.

El vasto salon del *buffet* contiene más de trescientos viajeros, que comen apresuradamente lo primero que hallan; casi todos de pié; cada cual vestido á su manera (pues nada hay que se preste tanto al capricho como una *toilette* de viaje); revueltas las familias; confundidos los sexos; mezcladas las clases; hablándose unos á otros con la mayor franqueza, á pesar de no haberse visto nunca, y gritando la mayor parte, golpeando en

la mesa ó en las copas, ó dando recias palmadas, á fin de atraer á los mozos, que contestan desde lejos con no menores gritos...

Toda esta gente se ve reunida aquí por un momento, y partirá dentro de pocos minutos en diversas direcciones. Ya os he dicho que en *Alejandría* se cruzan cuatro grandes ferro-carriles. Uno de ellos viene del Norte, habiendo recogido viajeros del Lago Mayor, de Milan, de Como, del Tirol, de Venecia y de Alemania; otro llega de Susa y de Turin; el tercero sube de Génova, trayendo á remolque toda la península italiana; y el cuarto acude desde Bolonia, atravesando los ducados de Módena, de Parma y de Plasencia. — Y esto sin contar con el pequeño camino de hierro de Acqui, tributario tambien de *Alejandría*.

De vez en cuando, óyese gritar á la puerta del comedor.—¡*Partenza*!...

Y todo el mundo deja de comer y presta oido atento á lo que sigue...

Y lo que sigue es una lista de los pueblos para donde va á salir tren ahora mismo.

Y cada uno, al oir nombrar el pueblo á que se dirige, tira el tenedor ó la cuchara; arroja unas monedas al mozo, y sale á escape, como si le acabaran de anunciar que está ardiendo la casa...

—¡*Marengo*! ¡*Spinetta*! ¡*San Giuliano*! ¡*Tortona*! *Pontecurone*! ¡*Voghera*! ¡*Casteggio*! oigo gritar yo... y hago lo que los demás.

¡*Marengo*! ¡*Marengo*! voy esclamando maquinalmente mientras me dirijo al tren.

Y mi imaginacion lo ve todo bajo la forma de un hombre pálido y delgado, de pequeña estatura, lacios cabellos, ojos claros y luminosos y nariz aguileña, vestido con un largo redingote gris y llevando el clásico sombrero napoleónico...

Es el Primer Cónsul; es la Estátua de la columna de *Vendome;* ¡es Bonaparte!

Algunos minutos despues el tren atraviesa una vasta llanura, cubierta toda de interminables y holgadas hileras de olivos y de morales.

A lo lejos se distingue un pueblecillo, dominado por la alta y solitaria torre de su iglesia.

Es *Marengo*.

El Fantasma del rendingote gris y del sombrero clásico corre desalado por los campos que median entre el ferro-carril y aquella aldea.

Acaso ese fantasma es una ilusion óptica producida por el humo de la máquina.

Las estensas y ordenadas filas de árboles galopan en pos de él, á medida que nosotros recorremos la llanura.

Se diria que son columnas de combatientes que se lanzan al ataque.

Decididamente, estoy viendo la batalla.

El estruendo del tren imita el fragor de la pelea. El humo de la locomotora representa el de los cañones. El movimiento aparente del terreno finge las cargas de caballería. Mi imaginacion suple el resto.

Hace sol; pero tambien en el cielo hay contienda entre las nubes.—Pardos ejércitos se buscan ó se evitan en la atmósfera, dibujando sobre la tierra la movible sombra de sus masas...

Yo me creo trasladado al 14 de junio de 1800. Yo me imagino la acometida simultánea, la lid sangrienta, las rápidas maniobras, la fiebre, el horror, la dispersion, los cadáveres...

En esto se nubla el sol... Un velo de luto cubre la llanura de *Marengo*...

Los austriacos han vencido... Los franceses huyen por todas partes... —Son las tres de la tarde... ¡de aquella tarde sangrienta...!

Mas el sol vuelve á salir...

Nuevos fantasmas recorren estos campos...

¡Es *Desaix* que llega con sus tropas al teatro de la accion, atraido por la voz de los cañones!

Bonaparte mira el fatigado astro del dia con mas ansiedad que Josue en Gabaon; consulta la hora, y dice á sus generales: —*Aun tengo tiempo de dar otra batalla.*

Y recomienza la lucha. Desaix se lanza al frente de sus escuadrones sobre la línea austriaca, y consigue romperla. El resto de los franceses cae sobre las dos alas enemigas, y las desbarata en una hora...

Torna á ocultarse el sol...

¡Desaix ha muerto!... ¡El bravo Desaix, que acaba de llegar de Egipto, cubierto de inmarcesible gloria; el noble Desaix, cuyo monumento corona la cima de los Alpes!...

Pero la victoria es de Napoleon. El desastre de por la mañana ha sido vengado con creces á la tarde.

Esta doble jornada entrega toda la Alta Italia á la República francesa.

Bonaparte sueña ya con el trono.

El sol luce de nuevo, inundando de oro el horizonte...

Marengo ha desaparecido.

Nos acercamos á *Montebello*.

He aquí *Tortona*... Hé aquí *Voguera*..., riquísimas ciudades ambas... —Pero el tren apenas les concede un minuto de audiencia.

Hé aquí *Montebello*, donde el general Lannes derrotó tambien á los austriacos y ganó su título de duque, pocos dias antes la batalla de Marengo, y donde cincuenta y nueve años despues, el verano del año pasado, volvieron á luchar austriacos y franceses.

Pocos kilómetros más allá encontraremos á *Casteggio*,—Otro teatro de la misma reciente lucha; otro laurel del tercer Napoleon...

¡*Casteggio*!..., gritan en esto fuera del tren.

Hemos llegado.

Yo echo pié á tierra, pareciéndome que acabo de despertar de una horrible pesadilla.

El tren sigue hácia Levante en busca de *Plasencia*, *Parma*, y *Módena*...

Yo me quedo.

¡Estoy á cinco leguas de *Pavía*!—La silla de posta del correo me llevará en tres horas.—No hay tiempo que perder...

Y á la verdad, no pierdo ninguno.—Cuando llego á la Administracion, encuéntrome los caballos enganchados y el conductor sobre su trono

Partimos.

El terreno que atravesamos constituye el punto de interseccion de las fronteras del Piamonte, la Lombardía y el ducado de Parma.

Por donde quiera que miro, sólo veo morales y más morales, signo que demuestra la inmensa cantidad de seda que produce este país.

Pronto pasamos el *Po* (no sin espanto de los caballos) por un largo puente de barcas que amenaza hundirse bajo el peso del carruaje.

El avariento rio lleva aquí doble caudal del que le conocí ayer en Turin, y eso que todavía no han ingresado en él las abundantes aguas del Tessino.—(La confluencia se verifica á legua y media de este puente).

El terreno sube un poco... Los caballos van á escape... El mayoral los arenga en Italiano...

Caminamos bajo la ancha sombra de una gigantesca nube; pero allá, á lo lejos, se vé una zona alumbrada por el sol. En medio de ella distingo una altiva ciudad, coronada de muchas torres, ceñida por las brillantes aguas de un rio, y cercada de frondosas huertas y extensos y verdes campos...

Es Pavía.

¡Salud á Antonio de Leyva, su heróico defensor! ¡Salud á las armas españolas! ¡Salud á don Fernando de Avalos, á Lannoy, á Hernando de Alarcon, al marqués del Vasto, á don Hugo de Cardona!—¡Salud tambien al valeroso rey vencido! ¡Salud á Francisco I!...

Otro puente...—Hé aquí el *Gravellona*, que no es sino un brazo del *Tesino*.—El otro brazo ciñe las murallas de *Pavía*...

Y esto me recuerda aquel ardid de guerra del Rey de Francia, que reunió en el *Gravellona* todas las aguas del *Tesino*, á fin de asaltar la ciudad por el álveo seco de la corriente que la defiende hácia el Sur: ardid ingenioso, que era una imitacion del que empleó Ciro para entrar en Babilonia; pero que no dió buen resultado al Rey Francisco; pues las aguas rompieron todos los diques, á consecuencia de una gran lluvia, y tomaron su curso acostumbrado.

El *Gravellona* sirve ó servia de frontera al Piamente y á la Lombardía.—Aquí, pues, estaban antes las Aduanas sarda y austriaca.—Hoy no hay más que una pobre castañera, establecida con su gran anafe á la cabeza del puente...—¿Será austriaca esta mujer?

Del otro lado del *Gravellona* principia una larga alameda, que vá á terminar en la almenada puerta de *Pavía*...

La tarde se ha nublado definitivamente.—El viento, frio y húmedo, me trae remotos clamores de campanas que tocan á muerto.—Esto me

hace pensar en que pasado mañana es víspera de Difuntos.—Debí recordarlo al ver á la castañera.

En el *cupé* del correo ha venido conmigo un buen hombre, natural y vecino de *Pavía*, confitero de profesion, que salió anteayer para Casteggio á ver á un hermano suyo, y que vuelve á su casa lleno de afan por encontrar á su mujer y á sus hijos. — ¡Hace cuarenta horas que está separado de ellos!

Nuestra conversacion por el camino ha versado casi toda sobre el estado de *la confitería* en Italia y en España.—Yo le he explicado los progresos que esta industria ha hecho en el Reino de Granada y de Valencia, y él me ha puesto al corriente de la marcha de sus negocios, ventajas de su establecimiento, *géneros* que ha inventado y estudios á que consagra sus insomnios.—El tal confitero es hombre de elevada ambicion y de no comun inteligencia. Aspira á ser el Napoleon de su oficio, y tiene en más la gloria de su confitería que los provechos pecuniarios.—Ahora se dedica á perfeccionar el dulce de pimiento.

Al avistar á *Pavía*, le he preguntado hácia dónde cae el lugar de *la Batalla*, pero él ha respondido (cual si le hablara de la de Magenta):

—Fue mucho mas allá..., en el camino de Milan á Turin.

Yo le he dicho que se trataba del siglo XVI, y de un Rey de Francia hecho prisionero por los españoles, en el parque de una Cartuja.

—La Cartuja se halla al otro lado de la ciudad, me ha respondido gravemente; pero yo soy de *Pavía*, y no he oido hablar nunca de semejante batalla. ¡Ya sabe usted que se miente mucho cuando se trata de paises lejanos! Aquí no se han conocido más batallas que la que le he dicho á usted y la de Marengo; y esas se riñeron á bastantes leguas de *Pavía*.—¡Como no lo diga por Garibaldi!...—Pero bien que usted habla del siglo XVI...—¡Nada..., nada!... Usted viene equivocado. Aquí no ha sido preso jamás ningun Rey de Francia ni de ninguna parte.—Este es un país monárquico.

Yo me he dado por satisfecho con semejante explicacion, y he vuelto al capítulo de los confites.

Mas hé aquí que al llegar á la puerta de *Pavía* (*porta di Ticino*), mi compañero de viaje se apea del coche y pasa á los amantes brazos de su familia...

Penetro, pues, enteramente solo en la ciudad, asomándome alternativamente á las cuatro ventanillas del cupé, con el lápiz en una mano y la cartera en la otra...

Son las tres y media de la tarde.

Los vecinos de *Pavía* se asoman por su parte á las puertas y á los balcones para ver pasar el correo.

La importancia que dan á un acontecimiento tan insignificante, y el silencio que reina por doquier, me demuestran desde luego que la ilustre *Pavía* es una ciudad sedentaria, falta de vida y animacion, que vegeta pacíficamente á la sombra de su histórico pasado.

Las calles que recorro hasta llegar á la Administracion de Correos son tristes y solitarias. La yerba crece impunemente entre el empedrado.

Las casas tienen grandes balcones, muy volados ó salientes, como en muchas ciudades de Andalucía.

Estos balcones están llenos de enormes macetas, en que no solo crecen flores, sino tambien árboles frutales y otras corpulentas plantas, entre cuyas verdes hojas cantan su presente desdicha y sus pasados amores millares de pájaros prisioneros.

Sobre las puertas de las casas se ven muchos más escudos heráldicos que muestras y rótulos de tiendas.

Todo esto me recuerda muchísimos barrios de Valladolid, de Segovia, de Toledo y de casi todas las ciudades de España.

Y la verdad es que el parecido se justifica por el parentesco.—*Pavía* ha pertenecido durante siglos enteros á la monarquía española.

Desde el Correo me han traido al *mejor hotel* de la ciudad, ó sea al *Albergo de la Croce Bianca.*—El genuino *hotel* italiano se llama *albergo*, así como el *restaurant* ó fonda se llama *trattoria.*

Héme aquí, pues, en el *Albergo de la Croce Bianca*, caseron antiquísimo, sumamente incómodo, en que no hay un solo huésped, por lo que me han alojado en el aposento principal.

Este aposento es un salon, en que pueden correr caballos, adornado con muebles seculares, y provisto de dos camas inmensas, altísimas, históricas, en que han debido dormir Antonio de Leiva y Juan de Urbina, y morirse diez ó doce generaciones...

Afortunadamente, toda esta fúnebre grandeza se disfruta casi de balde.

Son las cuatro.—Salgo á recorrer la *ciudad de las cien torres*, á disponer mi escursion á la *Cartuja* y al lugar de la *Batalla*, y á preparar mi viaje á *Milan*,— que dista de aquí nueve leguas.

Vengo de visitar todas las cosas notables que encierra *Pavía*. Sólo me falta ver la *Cartuja*, en la cual me detendré mañana á mi paso para *Milan.*

En cuanto al *Parque* en que se dió la Batalla, ya sé donde se encuentra.

Trabajo me ha costado adquirir esta ultima noticia; pues todas las personas á quienes he preguntado por esas calles de Dios, me han respondido..., lo mismo que el confitero, á saber: que aquí no se conocen más batallas que las de Casteggio, Montebello, Magenta y Cavriana.

—Merezco este castigo (me decia yo al oír tales contestaciones). Merezco este castigo, por desmemoriado, ó por ignorante,—que es igual.

O bien, esclamaba,—para vengarme de aquellas gentes:

—¡Comprendo que estos desgraciados no tengan noticia de semejante batalla! ¿Qué les va á ellos en tan señalada gloria? Aquel memorable dia no pertenece á los anales de Itàlia, sino á los de España y Francia.

Los italianos (entonces, como otras muchas veces) fueron testigos de ajenos triunfos; eran la prenda disputada por los extranjeros; dejaban de ser esclavos del vencido para pasar á serlo del vencedor. ¿Qué les importa, pues, á los hijos de *Pavía* que en 1525 los españoles vencieran bajo estos muros á los franceses, ó que los franceses hubieran vencido á los españoles?...—¡A' fé que en España no se olvidará nunca aquella lid!—¡A fé que los franceses no la olvidarán tampoco!

Quiso al fin el cielo depararme un padre cura muy entrado en años y de bondadosa fisonomía, el cual salia de una iglesia al mismo tiempo que yo entraba.

Yo tuve (como era natural) levantada la mampara hasta que pasó, y, respondiendo entonces al expresivo saludo con que me dió las gracias, me atreví á decirle, sombrero en mano:

—Perdone usted, señor cura.

—Hable usted, señor caballero,—contestóme él.

(Todo esto en italiano; ó, lo que es lo mismo, en música.)

—¿Quisiera usted decirme hácia qué parte de la ciudad se dió hace tres siglos y medio una batalla?...

El cura se sonrió cariñosamente, y me interrumpió de este modo:

—¡Lo habia adivinado!... Usted es español...

—Para servir á usted, padre mio, respondí, soltando la mampara.

—Y como español (continuó el buen viejo, prendado de mi respetuosidad), va usted buscando el lugar en que sus compatriotas derrotaron é hicieron prisionero al rey de Francia...

—Justamente, señor. Eso es lo que busco.

—Pues bien, hijo mio. Vamos á cuentas. ¿Viene usted de *Milan*?

—No señor. Voy á *Milan*.

—Mejor. ¿Usted deseará ver la famosa *Cartuja de Pavía*?

—¡Oh! ¡si lo deseo!...

—Perfectísimamente.—Usted acaba de llegar á Pavía por la *porta Ticino*... ¿No es cierto?

—Hace media hora...

—Por consiguiente, ¿no ha visto usted todavía nada?...

—Nada...

—¡Buenísimo!—Pues, señor... de todos modos, yo iba á dar un paseo por las calles, atento á que la tarde está demasiado fria para ir al *Stradone* (el paseo público) y además amenaza lluvia... Pasearé con usted; le enseñaré las principales cosas que comprende la ciudad, y luego lo dejaré en su casa...—¿Dónde vive el señor caballero?

—En el *Albergo de la Cruz blanca* me tiene usted á sus órdenes.

—¿Y cuándo piensa usted partir?

—Mañana mismo.

—Entonces, lo primero que vamos á hacer (prosiguió mi venerable *cicerone*) es ir á ajustar un carruaje particular que le conduzca mañana á *Milan*. Llevando usted el coche por su cuenta, puede hacer alto en la

Cartuja (que se halla á media legua de aquí) y detenerse allá todo el tiempo que quiera. Cerca de la *Cartuja*, ó sea en torno de ella, está el parque de *Miravello*, en que se dió la Batalla...—Aquel es un paraje amenísimo, donde le aconsejo que almuerce... para lo cual hará usted que le dispongan esta noche en el *albergo* un cestito de provisiones.—Allí podrá usted recordar la Batalla, despues de haber visitado la *Cartuja*; y, con tal que prosiga su camino antes del mediodia, llegará á *Milan* con sol.—¿Qué le parece mi programa?

—Excelente, dije yo con toda verdad; y sólo siento que usted se incomode...

—Yo no me incomodo... Al contrario... ¡Yo tengo particular afecto á los españoles! Como hijo que soy de *Pavía*, he leido con detencion la historia de esta ciudad, y no he podido ménos de entusiasmarme ante los grandes hechos que realizaron aquí los generales y soldados de Cárlos V.—No es que yo sea cortesano de la fortuna y me ponga siempre del lado del vencedor, sino que hallo más grandes, más nobles y más generosos á Pescara y á Leyva que á tantos otros capitanes de diversas naciones como alternaban con ellos.—Vea usted, si no, lo que hizo el francés Lautrec en 1527 para vengar la derrota de 1525... ¡Entregó á *Pavia* al pillaje de sus tropas durante una semana!... ¡Permitió el saqueo y la violencia!... ¡Se ensañó en una ciudad inocente y desarmada! ¡Como si *Pavía* tuviera la culpa de que los franceses no hubieran podido resistir á los españoles en el parque de *Mirabello*!!—¡Ah! ¡pero Antonio de Leyva!... ¡El que á mí me enamora es Antonio de Leyva!—Yo me lo figuro encerrado aquí sin recursos de ningun género, casi moribundo, con la mayor parte de la guarnicion sublevada porque no recibia un cuarto hacia muchos meses; con la plaza casi abierta hácia el Sur, á consecuencia de haber extraviado los franceses las aguas del Gravellona; sin noticias del ejército español; amenazado por el hambre... Pues bien: ¿Qué cree usted que hizo aquel insigne caudillo en semejante aprieto?—Leyva empezó por reunir á los españoles, que constituian la mitad de la guarnicion de *Pavía*, y, en vez de pagarles, les pidió, y alcanzó que le dieran, todo el dinero que tenian. (Verdad es que los españoles nó eran los sublevados.) Con aquel dinero apaciguó á los alemanes (que componian la otra mitad de la guarnicion y que eran los deshonribles), y de esta manera pudo contar con todos ellos á los pocos dias, para rechazar un tremendo asalto, en que mataron dos mil franceses y al duque de Longueville que los mandaba. En otra ocasion, y para acallar tambien las quejas de los mismos tudescos, reunió toda la plata de las iglesias, la que pidió prestada por la ciudad y la mucha que habia empleada en adornos militares, y acuñó una infinidad de moneda.—¿Pues y sus salidas y sus ataques al campamento enemigo? ¿Y el convertirse de sitiado en sitiador? ¿Y su último rasgo, el dia de la batalla, cuando se hizo llevar á ella en una silla de manos al frente de la guarnicion, que cayó como un rayo á retaguardia de los franceses y decidió en un momento la victoria?... ¡Ah!

¡bravo! ¡bravo Leyva! ¡Crea usted que, aunque soy eclesiástico y me veo tan viejo, pelearia yo todavía con gusto á las órdenes de un hombre semejante!

Aunque yo sabia todos estas cosas, me agradaba oirlas en *Pavía* y de boca de aquel viejo, por lo cual me guardé muy bien de interrumpirle.

En esto llegamos á la *Plaza Grande*, donde hicimos el ajuste del coche que ha de llevarme á *Milan*.

La *Piazza Grande* es fea, vieja, súcia, melancólica. Rodéanla unos pórticos enanos, desiguales, de arcos algo apuntados, construidos, se conoce, hace algunos siglos.

Lo único agradable que he visto en ella ha sido unas enormes pilas de hermosísimas frutas de muchas clases, en que no sabia qué admirar más, si el tamaño, si la variedad ó si la profusion.

En la Casa de Ayuntamiento (que diríamos en España), llamó mi atencion una imágen de la Vírgen, delante de la cual ardia una lámpara...

—Veo, le dije al cura, que los vecinos de *Pavía* son muy devotos.

—Como todos los lombardos, me respondió el padre de almas. Ya verá usted en Milan.

—Observo tambien que sus paisanas de usted son extraordinariamente altas.

—Las lombardas lo son por lo general; pero, sobre todo, las hijas de *Pavía* tienen fama por su estatura. Las hay que miden cinco piés y medio.

El cura se quedaba corto. En aquel momento cruzaron á mi lado dos señoras que hubieran podido pasar por gigantes en la feria de mi pueblo.

Estas señoras y otras muchas que he encontrado esta tarde, llevaban mantilla de tul.—En su rápido andar y desgarbados movimientos habia no sé qué fantástica nobleza.

En cuanto á los hombres, casi todos usan nuestra capa española.

A este propósito, me recordó el cura que hace poco mas de un siglo, en 1745, los españoles se hicieron otra vez dueños de *Pavía*.

—Yo tengo setenta años (prosiguió despues con tristeza el buen sacerdote), y durante ellos *Pavía* ha cambiado cinco veces de nacionalidad. Cuando yo nací era *austriaca*; luégo la hicieron *francesa;* despues la devolvieron al *Austria*; en seguida se emancipó y fue *italiana;* al poco tiempo la recobraron los *austriacos*, y hoy forma parte de los Estados del rey de *Cerdeña*. ¡Tal es el destino de *Pavía*! Y, sin embargo, ella ha sido ilustre y poderosa como las más grandes ciudades de Europa. Ella ha sido en la antigüedad Capital de la Lombardía, República independiente, Estado feudatario del imperio de Carlo-Magno. Aquí tiene su palacio la célebre familia Malaspina. Aquí nació Lanfranc, el fomoso arzobispo de Cantorbery, que civilizó la Inglaterra. Aquí nació Cardan...

—¿Cómo? ¿Cardan es de Pavía!

—Ni más ni menos que yo.

Este Cardan es aquel sabio médico, matemático, astrólogo, visionario, *espiritista*, como se dice hoy, que predijo el dia en que habia de morir, y que, á fin de no equivocarse, dejó de comer cuando vió que se acercaba el plazo, consiguiendo á la postre que el hambre cumpliera su profecía.

El cura continuó de esta manera:

—Hoy sólo le queda á Pavía su renombrada universidad, y 25,000 habitantes dedicados á la agricultura, á la sedería y á las ciencias. Verdad es que, dentro de quince dias, esta desanimacion y tristeza que advierte usted hoy en calles y plazas, se tornarán en júbilo y ruido, con la llegada de 1,400 estudiantes que están de vacaciones; pero luégo viene el verano, y vuelve la decrépita ciudad á su pacífico sosiego.

En estas y otras conversaciones se nos ha pasado la tarde, que, merced á la afabilidad é instruccion del señor cura, ha sido una de las más aprovechadas de mi vida.

Asi fuimos á la *Catedral*, á la *Universidad*, al *Castillo*, y á otras muchas partes; yo preguntándole lo que no sabia, y él refiriéndome lo que se le antojaba.

La *Catedral* se empezó en el siglo XV y aun no está concluida. Una de las cosas que quedan por hacer es la cúpula, en cuyo hueco se ha tendido provisionalmente un cielo raso.

En este templo hay un magnífico Sepulcro de mármol blanco, adornado con más de trescientas estatuitas de santos y personajes alegóricos, de un mérito nada comun.—Aquel sepulcro encierra las cenizas de San Agustin.

Acerca de la identidad de estas cenizas, hay encontrados pareceres.—Por ejemplo: el *Itinerario de Italia* la niega; y el sacristan que enseña el monumento la afirma.—Aquel dice: *pretendu tombeau*. Este dice: *vera tomba*.—Yo me quedo con el *vera* del sacristan.—En cuanto al vecindario de *Pavía*, lo llama piadosamente: *l'Arca di San Agostino*.

La *Universidad* es magnífica y una de las más antiguas y reputadas de Europa. Su fundacion se atribuye á Carlo-Magno. Comprende cuatro patios espaciosos, una multitud de clases, el mejór *Gabinete Anatómico* de Italia, un *Museo de Historia Natural*, otro de *Física*, una gran *Biblioteca* y un *Jardin Botánico*.

Il Castello es el antiguo Palacio de los Visconti, convertido hoy en cuartel.—Allí debió de habitar Antonio de Leyva.

Pero la verdadera rareza de *Pavía* no es ninguna de estas, sino sus famosas *cien torres*, de que ya quedan muy pocas en pié.

Estas Torres no coronan templos, castillos, ni palacios, como cualquiera se figurará, sino que arrancan de la tierra, en medio de las plazuelas y hasta de las calles, y se levantan solas, escuetas, cuadradas, angostas, altísimas, al modo de colosales maderos clavados en el suelo.—Todas son de ladrillo, sin que el arte haya entrado por nada en su construccion.

—Padre, ¿qué representan esas torres? le pregunté al señor cura. ¿Para qué servian? ¿Qué significaban?

—No servian de nada, y significaban solamente el ridículo extremo á que puede llegar la vanidad del hombre. Estas torres las levantaban los antiguos magnates de Pavía (los *Botticella*, los *Olevano*, los *Mezzabarba*, los *Brambilla*, y otros de que ni aun queda memoria), para conmemorar el nacimiento de sus hijos. Al principio fueron pequeñas; pero luégo los señores empezaron á competir sobre quién las construia más altas, y llegó á haber algunas de una elevacion prodigiosa. Estas fueron las que se hundieron más pronto... no sin graves daños para la ciudad. ¡Como eran tan altas y tan endebles, el menor terremoto las derruia!—Y lo mismo les pasa á los soberbios...

Confesad que mi *cicerone* de hoy vale un mundo.

Cerca del oscurecer, el señor cura hizo una paradita de las suyas, y me dijo:

—*Amigo mio* (permítame usted darle este nombre), yo me retiro á casa...

—Señor cura, tendré el honor de acompañarle á usted...

—No lo permito, á menos que quiera usted tomar posesion de ella y acompañarme á hacer colacion.

—Le doy mil gracias; pero harto he abusado de su bondad. Si usted quiere venir á mi pobre *albergo*...

—Está usted en la puerta...

—¡Oh! ¡qué bondad! ¡me ha traido usted hasta aquí!

—¡Nada! Descanse usted, que mañana tiene que hacer un viaje.

De buena gana seguiria copiando la larga série, no de *cumplidos*, sino de requiebros y protestas del alma que nos hemos dirigido todavía antes de separarnos el señor cura y yo. Tendria una complacencia en ello, aunque sólo fuera por no olvidar nunca las afectuosas palabras del respetable anciano y aquellas en que yo le he expresado mi gratitud y reconocimiento; pero temo enojaros con semejante relacion, y habré de limitarme á deciros que el buen viejo lloraba cuando me dijo *adios*, y que yo me quedé clavado en mitad de la calle, como una de aquellas macilentas torres, procurando darme cuenta de la profunda emocion con que veia desaparecer para siempre á aquel personaje que dos horas antes me era desconocido.

¿Quién sabe? ¿Quién conoce los parentescos ignorados, físicos ó espiritueles, que mediarán entre personas que se crean estrañas? ¿Quién me dice á mí que este padre cura no es un alma española en un cuerpo italiano? ¿Quién me puede convencer de que su cuerpo no es una renovacion del de cualquiera de los españoles que murieron en Pavía hace trescientos treinta y cinco años? ¿Quién me asegura que su cuerpo y hasta su alma no descienden de algun personaje con quien yo simpatizo al través de la historia?

Como quiera que sea, yo he vagado por las calles otra hora más, embozado en una capa que en nada se diferencia de las que aquí se usan, solo y bastante triste, viendo jugar á los chicos en las plazuelas, á la luz de la luna, y oyendo en todos los campanarios el toque de *Vigilia* con que se recuerda á los fieles que mañana es víspera de *Todos los Santos*...

Y como este toque, y aquella luna, y aquel juego de los muchachos, y aquellas vetustas casas, y aquellos grandes balcones (al través de cuyos cristales se percibia ya la luz de la velada doméstica, y acaso tambien la amante sombra de alguna beldad que esperaba á su rondador); como todo esto, digo, era igual á lo que se ve al anochecer en las antiguas ciudades españolas, á lo que ahora mismo se verá en aquella en que yo nací, á lo que constituye el tétrico fondo de la historia de mi niñez..., he tenido momentos de profunda melancolía, en que he suspirado por la remota patria y momentos tambien de ilusion, en que me ha parecido estar en España, y he creido reconocer á los transeuntes, y amar de largo tiempo á alguna de aquellas pensativas y descontentas hijas de familia que hacian la centinela en los balcones, y ser tertulio y familar de muchas de las casas en cuyo portal acababan de encender un farolillo, y á cuya puerta daba un aldabonazo, muy conocido ya sin duda, el padre que volvia de paseo ó el novio que entraba de visita...—Y este delirio, alimentado á un mismo tiempo por los afectos del hombre y por la imaginacion del poeta; esta fantasmagoría, fruto del corazon y del alma, se combinaba y fundia con los recuerdos históricos; iba y venia por el tiempo, reflejando lo pasado en lo actual; daba cuerpo y vida á los dramas y leyendas, á las novelas y pinturas que esta lejana tierra ha inspirado á los ingenios españoles; y, confundiendo la verdad y la ficcion, unas generaciones con otras, y la distancia con la antigüedad (cosa sumamente fácil), hacíame creer, por último, que me encontraba en España, dormido y soñando con una ciudad quimérica; que la historia era un mundo fabuloso; que *Pavía* sólo habia existido en la imaginacion de un romancero, y que, si no hubiera España, no habria *Pavía*, como si no hubiera ojos, tampoco habria colores.

En el momento que escribo estas líneas, mis ideas son muy diferentes.

Serán las diez de la noche. Me encuentro solo, en el vasto salon de los dos lechos. La bujía que me alumbra no alcanza á esclarecer los altos artesonados ni los ángulos de la habitacion; pero, cerca de mí distingo vagamente una lámina, único adorno de la pared en que se apoya la mesa.

Esta lámina representa una escena de la *Rosmunda* de Alfieri...—Lo comprendo: Rosmunda es toda una faz de los primitivos tiempos de *Pavía*...

En un cuarto contiguo al mio, y separado de él por una puerta *condenada*, oigo hablar en Italiano á unos huéspedes que han llegado esta

tarde al *Albergo*, durante mi paseo con el señor cura, y que han comido conmigo en la *mesa redonda*.

Son dos jóvenes marqueses de *Milan*, soldados voluntarios, sargento el uno y cabo el otro, que vienen de *Florencia* con parte de su Batallon á relevar la guarnicion de *Pavía*.

Los demás soldados se han alojado en las casas de la ciudad.

Ahora poco, cuando aún estábamos á la mesa, entró en el comedor una elegantísima y hermosa jóven, que se arrojó en los brazos del maqués sargento, y le llenó de besos toda la cara.

Era una hermana suya, residente en Milan, que no lo habia visto desde antes de la última guerra, y que, sabedora de que esta noche llegaba el marqués á *Pavía*, ha venido á sorprenderlo por tal modo, haciendo uso de su reciente indemnidad de casada.

De la conversacion de los tres jóvenes, he deducido que el feliz hermano ha hecho toda la campaña de 1859; que fue ligeramente herido en *Pallestro*, y que tiene una novia, amiga de su hermana y hermana de su amigo el aristocrático *cabo*.

Despues de las primeras expansiones, han entrado los tres en esa habitacion, donde los oigo hablar y reir, ó tocar el piano y cantar...—La marquesita tiene una voz preciosa.

Esta escena es la última faz de la historia de *Pavía*:—la faz política de hoy.

En medio de su alegre *soirée*, ha venido á interrumpirlos el *sargento segundo*, con otros cabos de la compañía, á fin de darle cuenta *al primero* del alojamiento de la tropa, y pedirle no sé si dinero ú órden para sacar raciones; todo lo cual ha entretenido largo tiempo al pobre marqués. —Pero no bien han quedado solos los tres aristócratas, ha vuelto á principiar la fiesta; y en verdad os digo que yo no recuerdo haber oido muchas carcajadas tan argentinas, tan frescas y tentadoras como las que lanza á cada instante la recien-casada marquesita...

Ya ví mi cielo yo claro a'gun dia...
Mostrábaseme amiga la fortuna,
Pareciendo en mi bien estarse queda...

dice fray Luis de Leon.

Conque vamos á acostarnos en cualquiera de esas dos horribles é inconmensurables camas que, más que para el sueño, parecen dispuestas para la muerte ó para el insomnio.

Mañana á estas horas me encontraré probablemente en el teatro de la *Scala* de *Milan*.

Esta esperanza me consuela de muchas cosas.

. . . .

Dia 31 de octubre.

Son las once de una hermosísima mañana.

Estoy en el parque de *Mirabello*, á una legua de *Pavía*, en el mismo lugar en que, al decir del sacristan de la *Cartuja*, fue hecho prisionero el rey Francisco.

Acabo de pasar dos horas en el Monasterio, cuyos altos obeliscos y arrogante cúpula aun distingo desde aquí.

Tambien he almorzado ya..., del modo y manera que me aconsejó el cura.

El cochero que me conduce, y que ha participado de mi merienda, ha vuelto á enganchar los caballos al cabriolé ó calesa en que he venido, y me aguarda sosegadamente en medio de la carretera, que distará de aquí un tiro de bala.

Voy, pues, á abandonar estos lugares...; pero antes, bueno será que me desahogue en mi *Libro de memorias* del entusiasmo ardiente que me ha causado la maravillosa *Cartuja* y de los gratos pensamientos que me asaltan en este parque.

La *Cartuja de Pavía* es indudablemente un prodigio de suntuosidad y de trabajo. La imaginacion no puede soñar un monumento más rico, más primoroso, más acabado. Acaso, en cuanto á *belleza espiritual*, la superan otras muchas obras de arquitectura; por ejemplo, nuestras catedrales de Leon, de Sevilla, de Búrgos y de Toledo... Quizás, y sin quizás, aquellos templos hablan mas alto á la imaginacion, despiertan mas nobles y religiosos sentimientos, elevan más el ánimo, son más sublimes, y, por decirlo asi, más ideales... Pero la *Cartuja de Pavía* no debe considerarse desde este punto de vista: en ella no hay que atender al espíritu, sino á la forma: su ideal no es la religion; su ideal es el arte... y tambien el lujo. —Dicho se está, por consiguiente, que su estilo es del *Renacimiento*.

Para mí, el *Renacimiento* revela un gran fenómeno moral, social, político, religioso, cuyas causas no debo examinar ahora.—Baste decir el efecto que me producen sus creaciones mas peregrinas.—Yo creo que, en la Edad-Media, el arte se hallaba al servicio de la religion, y que desde el *Renacimiento*, la religion se puso al servicio del arte.—En las iglesias góticas y bizantinas, en las pinturas anteriores á Rafael, y hasta en la primera época de este soberano artista, la forma es lo secundario: lo principal es el sentimiento. Pintores y arquitectos trabajan por devocion; y la fé, el amor divino, inspiran todas sus obras: el mundo espiritual es su mundo; la hermosura del alma su tipo de belleza; la glorificacion de Dios, su afan y su deseo. El *Renacimiento* (ya lo dice su nombre) es la vuelta del paganismo; es la adoracion del ideal humano; es la exaltacion de la belleza terrena; es el culto de la forma; es el arte por el arte.—Los términos se han invertido. El *fin* se ha convertido en *medio* y el *medio* en único fin.—La religion es ya el asunto, el pretexto, la ocasion del arte; como antes el arte habia sido el auxiliar, el devoto, el sacerdote de la religion.—*Giotto* ó *Perugino*, por ejemplo, le decian á su paleta: «dáme colores con que pintar á Jesus.»—Ticiano y Miguel Angel le decian á Jesus: «dáme asunto para pintar un cuadro.»—Y lo mismo

aconteció con la arquitectura y la escultura.—Y lo mismo aconteció tambien con la poesía.

Pero todo esto seria demasiado largo de exponer y de probar, y la ocasion no se brinda á ello... Diré, pues, únicamente, que si la *Cartuja de Pavía*, con ser un portento de arte, de gusto y de riqueza, no inspira místicos sentimientos, consiste en las razones prefijadas.—Su conjunto maravilla, pero no impone; causa admiracion, pero no atrae; recrea, pero no conmueve.

Examinada en detalle, ya es otra cosa. Como obra de transicion (pues está muy lejos de ser puramente clásica ó pagana); como término medio entre el gotico y el greco-romano; como hija del siglo XIV; como *plateresca*, en fin (que este es su verdadero carácter), la Cartuja de Pavía refleja todavia en sus pormenores el espíritu austero de los siglos medios. Los bajo-relieves, las esculturas y los mosáicos que la revisten, reunen muchas veces el primor artístico y el sentimiento cristiano. El aspecto general de la fachada, de las naves y hasta el de las capillas ofrece todavía, gracias á la multitud y finura de sus adornos, algo de aquella sutileza, de aquella vaguedad, de aquel espiritualismo que excluyen por otro lado sus lineas horizontales, sus arcos perfectos, sus recias columnas y el triangular frontispicio que hay encima de la puerta. La riqueza, en fin, la gracia, la asombrosa inventiva de tantos y tan renovados accidentes como decoran todas y cada una de las partes del edificio, hacen á este templo digno de su fama, y concluyen por acallar las más severas exigencias de la más rigorosa crítica.

Pero os estoy hablando demasiado de cosas que todavía no habeis *visto*; y creo que me agradecereis mucho más el que os haga contemplar con vuestros propios ojos la Iglesia y el Monasterio de que se trata.

Viniendo de *Pavía*, por una carretera espaciosa, que va recta y llanamente á *Milan*, encuéntrase á la derecha, despues de andar una legua ó poco menos, un camino de segundo órden, que lleva, por entre altos árboles, hasta un puente echado sobre un Canal navegable.

Este Canal (*naviglio*) pone en comunicacion á Milan y Pavía. Al otro lado de él se pasa una verja de hierro y se llega á un *vestíbulo* de hermosa arquitectura, cuyo interior está pintado al fresco por *Luini*, de quien, segun mis informes, tendremos ocasion de hablar mucho dentro de pocos dias.—*Luini* fue el discípulo más aventajado de Leonardo de Vinci.

Despues del vestíbulo, encuéntrase un ancho *patio ó compás*, de más de cien metros de longitud, cerrado á derecha é izquierda por altos y regulares edificios (que son Hospederías, Almacenes y otras dependencias del Monasterio), en cuyo fondo se ve la *Fachada principal* de la Iglesia.

A pesar de cuanto hemos dicho, ó sea *antes de pensar en ello*, no habrá quien no se detenga maravillado al descubrir aquella obra portentosa.—Su magnitud; su noble regularidad; el brillo del mármol blanco, dorado por los siglos; las mágicas labores que bordan toda aquella gran masa; la

armoniosa disposicion de sus accidentes; sus mil columnitas; sus altas galerías de calados arcos; sus innumerables estátuas; la piedra de colores que da más realce á lo esculpido en el segundo cuerpo ; la abundancia y prolijidad de los adornos, de los bajo-relieves, de los bustos, de los medallones; y, sobre todo, el lujo y la magnificencia que se combinan allí con el gusto más refinado, hacen creer al caminante que lo que tiene ante los ojos es un precioso manto colgado del cielo, que le oculta regiones sobrenaturales; ó un velo de gasa y oro, en que los ángeles, no los hombres, han bordado primorosos trasuntos de cuanto vieron en su patria, la Jerusalem Eterna.—Y si al caminante no se le ocurre nada de esto, por lo menos habrá de reconocer que, á pesar de la fama universal de la *Cartuja*, nunca se prometió encontrar en el seno de los campos, en tan solitario y monótono paraje, un tan singular prodigio; y que, siquiera una vez, la realidad ha mejorado con mucho las más brillantes ilusiones de su mente.

Vista de cerca esta *Fachada*, causan verdadero asombro las mil obras maestras que constituyen su ornamentacion. Hay detalles allí que gozan de una celebridad europea. Los bajo-relieves son tan preciosos, que algunos crueles amantes del arte no han podido resistir á la tentacion de arrancar ora una cabecita, ora una mano casi imperceptible, ora un ángel entero, del tamaño de una mariposa, lo cual ha dado orígen á sérias reclamaciones cuando se ha sabido su paradero.—Estos bajo-relieves representan por lo general episodios de la vida de Juan Galeazzo Visconti, fundador de la *Cartuja*, ó asuntos tomados de la historia de la órden de San Bruno.

Todo el mundo sabe que Juan Galeazzo Visconti fue un Duque de Milan, perteneciente á aquella familia de Atrídas que por espacio de dos siglos presidió los destinos del Milanesado.—Este tal contentóse, á lo que parece, con asesinar á un tio y á unos primos suyos, á fin de héredar el trono, y con enjendrar dos hijos, Juan María y Felipe María, que dejaron en mantillas en punto á crueldad á todos los Visconti, sin exceptuar al renombrado Azon. Mas, por fortuna suya (de *Galeazzo* hablamos), y por fortuna tambien de la humanidad y del arte, casó con una mujer piadosa, que logró infundir en su alma el temor de Dios y vivos remordimientos por tamaños crímenes, y, ya en este estado, quiriendo el usurpador y asesino desenojar al cielo, fundó nada menos que la Catedral de Milan y la Cartuja de Pavía. Para esta última obra, dió el *parque* en que nos hallamos (el cual mide legua y media de circunferencia), disponiendo que se levantara al lado de la Iglesia, dedicada á la Vírgen de Gracia, un Monasterio para veinte y cinco cartujos, asignándoles un millon de renta, á fin de que incesantemente perfeccionasen la maravilla que les dejaba á medio hacer...

Ahora bien, uno de los bajo-relieves que adornan el porche de la puerta principal, representa el acto de poner Visconti la primera piedra de tan insigne monumento. Esta ceremonia se verificó el dia 8 de

setiembre de 1396, á presencia de toda la córte y vecindario de Milan, que habian acudido por una parte, mientras que por la otra habia venido una Legacion, comisionada al efecto por el Sumo Pontífice, compuesta de Priores y Visitadores de las principales Cartujas de Italia.

Otro de los bajo-relieves representa la Consagracion de la nueva Iglesia por un Cardenal español, obispo de Murviedro, á presencia tambien de muchos opispos y caballeros. Entre estos últimos se ve al Embajador de España en la córte de Milan.—De buena gana quisiera yo saber ahora quién era este Embajador...

En el interior del arco de la portada se lee la siguiente dedicatoria:

MARIÆ VIRGINI, MATRI, FILIÆ, SPONSA DEI.

(A la Vírgen María, Madre, Hija y Esposa de Dios.)

El interior del templo no puede describirse.—Yo no acierto á decidir que es más notable en él, si el gusto ó si la riqueza; si las líneas generales ó la ornamentancion; si el primor de los accidentes considerados en sí, ó el armonioso aspecto de su conjunto.—Os diré, pues, únicamente, á fin de que vuestra imaginacion conozca siquiera el espacio que ha de poblar con sus más bellas creaciones, que la Iglesia tiene la forma de cruz latina y se divide en tres naves, además de las dos que forman los brazos de la cruz. Todas las bóvedas son azules con estrellas de oro. La arquitectura recuerda mucho el gótico, sin serlo precisamente. Diríase que es un gótico *italianizado*, más amplio, más regular, más simétrico, más sólido que el de España y el del Norte. En la base ó arranque de aquella bóveda, que semeja un cielo, vénse grandes frescos del Borgognone, representando patriarcas, santos y profetas. Siete capillas, separadas de la nave central por verjas de bronce y hierro y que se comunican entre sí, constituyen cada nave lateral. Cualquiera de estas capillas pasaría en otra parte por un portento. Durante trescientos años, una dinastía de artistas (la familia Sacchi) ha tenido vinculado el encargo de adornarlas, y son innumerables los mosáicos, las estatuas y los bajo-relieves de gran mérito que han acumulado allí una y otra generacion. Añadid á esto una soberbia coleccion de Cuadros del mismo Borgognone y del maestro del divino Rafael, ó sea del sublime Perugino (estos cuadros del Perugino son copias: los originales han sido robados por los conquistadores ó vendidos por los religiosos en épocas de tribulacion); revestid los altares de ricos mármoles, de enormes malaquitas, de pórfido, de alabastro oriental, de serpentina y de piedras aun más preciosas; imaginaos las verjas, de una riqueza y de un gusto artístico que exceden á toda ponderacion; salid á la nave central y ved los monumentales candelabros del célebre Fontana; las puertas de concha, nácar, marfi, plata y ébano; los magistrales vidrios de colores y la sillería del coro, riquísimo museo de escultura en madera; figuraos, en fin, la alta y elegante cúpula, en que Casolani di Sienna ha pintado al fresco el *Apocalipsis*, con una notable

fuerza de fantasía y de colorido, y aún no tendreis idea de todo lo que la paciencia, el saber, la devocion, el arte y la opulencia han reunido en aquella Iglesia solitaria.

Réstame hablar, como de una de sus obras más acabadas y sublimes, de la capilla mortuoria de Juan Galeazzo, situada en la nave trasversal de la derecha.—Los religiosos, agradecidos al fundador de tan suntuosa Iglesia y rico Monasterio, no han escaseado medio alguno de embellecer y realzar el Mausoleo de Visconti.—Cincuenta ó sesenta años emplearon varios insignes artistas en esculpir su sepulcro, que es una especie de retablo, del mas delicado estilo plateresco, en el que la piedra ha llegado, bajo el cincel del genio, á conmoverse, á sentir, á palpitar, á idealizarse, á hablar de tal modo, que parece haber desaparecido la primitiva materia de aquella obra milagrosa, para convertirse en flores, ángeles, marciales atributos y seres animados. Allí se ven dos grandes bajo-relieves, que representan escenas de la vida de Galeazzo; una hermosa estatua de la Vírgen, coronando el altar, ó sea el segundo cuerpo del sepulcro; y en la parte inferior, detrás de dos elegantes arcos, encuéntrase la urna cineraria, de noble y severo corte, sobre la cual yace la estatua del poderoso Duque, custodiada por dos magníficos genios, que son, si no me engaño, a *Fama* y la *Victo ria*.

¡Y ved lo que son las cosas humanas!—Juan Galeazzo dispuso en su testamento que su corazon fuese trasladado á Vienne, en el Delfinado; que sus entrañas se sepultasen en la catedral de Santiago de Galicia, y que sus huesos fuesen conservados en la Iglesia de la Cartuja, en el lugar donde se levanta el fúnebre monumento que he descrito. Ahora bien; mientras este se contruia, los religosos depositaron en otra parte los restos de su protector; mas hé aquí que, una vez terminado el mausoleo. nadie pudo acordarse del sitio en que habian enterrado provisionalmente á Visconti.—La suntuosa urna de que hemos hablado está, por consiguiete, vacía.

Es decir, que aquel hombre que habia erigido dos de los templos más hermosos de la cristiandad; aquel hombre que habia fundado un monasterio, ricamente dotado, para que fuese su perpetuo albacea y prosiguiese la obra de reconciliarle con Dios; aquel hombre que murió convnecido de que sus restos dormirian el sueño eterno en un magnífico sepulcro y á los piés de su abogada la Virgen María; aquel hombre, en fin, á cuyas cenizas hubieran tributado los cartujos, durante siglos y siglos, todo linaje de exequias y de honores, yace en ignorada sepultura, sin que una cruz preste sombra á sus despojos mortales, sin que una oracion, una flor ni una lágrima haya purificado la olvidada tierra que tragó ansiosa al parricida, al asesino, al usurpador, al tirano.—Diríase que Dios no habia querido admitir al réprobo en su santa casa! Ni faltaria quien creyera, en aquellos tiempos supersticiosos, que el diablo se habia llevado el cuerpo de Visconti á los profundos infiernos, no contento ni pagado con tener allí su alma.— De cualquier manera, el lance es sumamente có-

mico y yo me he reido mucho al saberlo de boca del sacristan, quien acabó tambien por reirse.—La Iglesia ha sido siempre democrática en sus relaciones con los reyes.

El monumento de Juan Galeazzo recibe luz de una alta ventana, en cuyos vidrios se ve pintado, por cierto magistralmente, un colosal retrato de San Gregorio el Grande.—¿Qué hace allí el austero y noble Pontífice, interpuesto entre el cielo y el mausoleo de Visconti?—¿Es un mediador ó es un anatema? ¿Defiende al arrepentido, ó acusa al hipócrita que pretendió engañar al cielo? ¿Acepta la Cartuja, ó la rechaza?—¡Quién lo sabe!

Desde la Iglesia he pasado al *Monasterio*, que es vastísimo.

El *Claustro grande*, en torno del cual se encuentran las celdas de los religiosos, tiene 125 metros de largo por 102 de ancho. Su arquitectura es severa y magestuosa.

Pero al penetrar en aquellos sitios, yo no he pensado ya en las artes, sino en los cartujos. Una honda paz, nunca sentida, se ha apoderado de mi espíritu. Reinaba un silencio perenne, sublime, deleitoso. La luz del sol se esparcia alborozada por tanta soledad... Unicamente las aves, que cruzaban el alto cielo y pasaban inadvertidamente sobre el patio, daban señal de la vida del mundo y del mundo de la vida...

Todas las celdas (que son veinte y cuatro, sin contar la del Prior) estaban cerradas, y algunas de ellas vacías, ó sea habitadas por el recuerdo del último cartujo que vivió en ellas...

En esto se abrió una, y apareció un monge.

Yo me estremecí involuntariamente, creyendo ver un resucitado.

—Es el padre Ludovico, me dijo al oido el sacristan. Va á la celda del Prior.

El religioso avanzaba entre tanto con los ojos clavados en el suelo.

Al pasar por delante de mí bajó aún más la cabeza y se levantó un poco la capucha.

Era un hombre alto, moreno, demacrado, todavía jóven...—Yo creo que no tendria treinta años.—Llevaba afeitada la cabeza, y vestia un sayo blanco de lana, ceñido á la cintura con una correa negra.—Sí yo hubiera visto sus ojos, podria conjeturar algo de su historia... Pero como no se los ví, ni aun adivinarla me es dado.

Despues entramos en una celda vacía—Su último morador se murió hace dos meses.

—¿Era viejo? le pregunté al sacristan.

—Tendria cuarenta años.

La celda, ó por mejor decir, la *casa* de cada cartujo, se compone de dos pisos y un pequeño jardin.—El piso bajo comprende una habitacion con chimenea de campana, y un cuartito para leña, y el piso alto dos aposentos, uno de ellos con chimenea. El jardin de la celda que yo veia, habria tenido flores... Pero sus secas matas estaban ya por tierra.—En un rincon habia un pozo, cuyo ocioso acetre y reposadas aguas me llenaron de melancolia.—No lejos se adivinaba el lugar de la sepultura, abier-

ta mil veces por el monje que allí habia vivido, y cerrada la última vez por sus compañeros...

En uno de los aposentos del piso alto, ví tendido en el suelo un jergon de paja que habia servido mucho tiempo de cama al solitario.—Allí se acostó con sus pensamientos; alli se resolvió con sus dolores; allí soñó tal vez con su pasado...—Sobre una pobre mesa se veian un crucifijo, una calavera, un tosco recado de escribir y un rosario.—Completaban el ajuar una silla, una alhacena con algunos libros, una pila de agua bendita y una palmatoria.

En el otro aposento habia algunas tablas y un banco de carpinteria con sus correspondientes herramientas.

¡Y nada más!—¡Y aquello era... aquello habia sido toda una vida!

Hé aquí ahora las noticias que me dió el sacristan acerca de los cartujos, refiriéndose sin duda á algun libro; pues su relacion fue tan rápida y acompasada que se conocia que hablaba de memoria.

—«Aquí no se sabe nunca nada de lo que pasa en el siglo. Los acontecimientos que más ruido hacen en el mundo, son ignorados por los religiosos durante años y años, hasta que el Priór cree conveniente revelarlos á la comunidad.—Los cartujos son á un mismo tiempo cenobitas y solitarios. Como cenobitas, van todos los dias á la iglesia á celebrar los Santos Misterios y cantar los Divinos Oficios. Los dias ordinarios se reunen tres veces: una, á media noche, para cantar maitines; otra, por la mañana, durante la misa conventual y misas privadas; y otra, por la tarde, á la hora de vísperas, que en los dias feriados van seguidas del oficio de difuntos. Los domingos y fiestas comen reunidos en el refectorio, donde uno de ellos lee en alta voz, sin que sea permitido á los demás hablar palabra. Una vez por semana dan juntos un paseo de tres horas, y los dias de fiesta gozan de algun recreo, en que están prohibidos los juegos, la música y todo lo que sea contrario á una vida de oracion y recogimiento.—Como solitarios, los cartujos pasan todo el tiempo restante metidos en su celda, en donde no pueden recibir á nadie sin licencia del prior, y de donde no salen sino para ir á la iglesia en las horas de oficios, ó al cuarto del superior cuando lo reclama algun asunto muy importante.—En cuanto al empleo que hacen de su soledad, consiste en rezar las *horas* que no se cantan en la iglesia y un oficio particular á la Vírgen; en estudiar la Sagrada Escritura, la Teología y los Santos Padres, y en hacer algun trabajo manual que sirva de distraccion al espíritu y de ejercicio al cuerpo.—Estos trabajos son generalmente obras de carpintería, ó el cultivo de su jardin.—Cada cual tiene en su celda un cuadro en que están marcados todos los deberes y ocupaciones que tiene que cumplir en cada hora del dia, segun las estaciones.—Acuéstanse temprano, y despues de cuatro horas de sueño, la campana les evisa que se levanten y recen en su celda los maitines del oficio de María, y tres cuartos de

hora despues han de estar en la iglesia, donde se canta á media noche el oficio canonical. De vuelta en sus habitaciones, rezan aun hasta las tres de la mañana, que se acuestan para dormir otras dos ó tres horas.—Los cartujos ayunan ocho meses del año, y comen perpetuamente de vigilia. Durante el Adviento y la Cuaresma, asi como todos los viernes y muchos dias señalados, se abstienen hasta de lacticinios. Por último, les está prohibido el uso de ropa blanca, y duermen siempre vestidos, sobre un pobre jergon como el que acaba usted de ver.»

Esta relacion, lejos de espantarme, me ha causado envidia, y he lamentado mi flaqueza de alma, que me impide abrazar una vida semejante. Su rigor no me asusta... ¡Ni aquello es rigor! Yo he llevado en Africa una existencia mucho más dura, más incómoda, menos sana, más llena de privaciones y peligros, y sin embargo, no recuerdo haber vivido nunca más feliz, más alegre, más descuidado, más satisfecho.—El desprecio de la materia, la reduccion de las necesidades, la vida natural, la certidumbre del porvenir, la comtemplacion solitaria, el olvido de toda vanidad, el coloquio perpetuo del hombre con su alma y de su alma con el infinito, son goces muy superiores á todos los placeres que encierra la sociedad...

—¿Y la mujer?—me direis.

Es verdad.—Pero yo supongo que cuando os encerrais en una Cartuja llevais ya en la mente un océano de recuerdos.—La mujer pasó ya por vuestra vida, escribiendo adorados nombres en vuestro ardiente corazon.—¡Y lo mejor de una mujer es su nombre y su memoria!—Para el que amó ya; para el que vió morir, ó envejecer, ó volverse loca, ó convertirse en lodo viviente las prendas de su alma, el retiro es la reivindicacion de lo pasado; es la vuelta á los primeros amores; es un arreglo á la turca con todas los mujeres de su vida; es un Valle de Josaphat, en que vuelve á ver todo lo que perdió; es una resurreccion anticipada; es la fidelidad de la muerte.—¿Qué mejor casamiento?

—Pero ¿y los hijos?

Teneis razon.—La gloria, la honra, la magestad y la dicha de tener hijos deben comprarse al precio de la paz de la existencia, y hasta me atrevo á asegurar que se saldrá ganando.—¡Tener hijos debe de ser un cielo!—El que tiene hijos no envejece, no pierde tiempo, no malversa la vida, no malgasta su alma. Sus años van cayendo en una especie de caja de ahorros, que en cualquier momento puede presentarle reunido, efectivo, contante y sonante, todo el capital que antes se le convertía en sombras, en recuerdos, en olvidos ó en remordimientos.—«¿Qué he hecho yo de estos años! ¿Dónde está mi ayer? ¿Dónde está mi juventud?» se pregunta un padre; y vuelve la cabeza, y ve reunidos en el hijo de sus entrañas, en otro *él*, en *él* mismo, en su propia sustancia, en la vida de su vida, todos aquellos años, toda aquella historia, toda aquella juventud que echa de menos.—¡Ay del que muere sin dejar fruto ni semilla! ¡Ay del que no vincula sus esperanzas! ¡Ay de los solterones!

¡Macbeht no tiene hijos!—¡Consuélate, pobre padre, que has perdido el tuyo!—¡Macbeht tiene mujer... y una mujer estéril!!

Quedamos, pues, en que ser cartujo es preferible á ser casado, y en que ser casado y tener hijos es preferible á ser cartujo.—La suprema desgracia, por consiguiente, seria hacer el sacrificio de casarse, y dar con una mujer infecunda.—Esta desgracia es mucho mayor que la de tener hijos y perderlos.— En este último caso, yo creo que optaria por tenerlos y morirme.—Lo que nadie debe desear es no casarse y tenerlos... ¡Esto menos que nada!—Pero hasta ahora no se me ha ocurrido el colmo del horror...—¡El colmo del horror debe de ser el llegar á dudar de que nuestros hijos sean *nuestros!!!*—Vuelvo á creer que lo mejor es ser cartujo.

Conque vamos al grano, que el sol se acerca al cenit, los caballos se impacientan en el camino, y yo quiero llegar á *Milan* de dia, segun me aconsejó el señor cura.

Poco me resta que contar.—Al volver á la Iglesia, mostróme mi bondadoso guía una silla del coro, y me dijo:

—En esa silla se sentó muchas veces Francisco I, durante los dias que estuvo preso en esta Cartuja.

—¡Ah! ¡es verdad! respodí yo. Se me habia olvidado pedirle á usted noticias acerca de aquellos acontecimientos.

—Al pasar por el Claustro Grande, ha podido usted ver el balcon del aposento en que vivió el Rey de Francia. No le he llevado á usted á él, porque no se puede entrar sin licencia del Prior.

—Dígame usted. ¿Y cómo fue que los españoles trajeron su prisionero á la Cartuja, en vez de llevarlo á la Fortaleza de Pavía?

—Porque lo pidió él mismo, tomando á mengua el entrar preso en una ciudad que no habia podido rendir en año y medio. Venia levemente herido, cubierto de sangre y rendido de cansancio; pero resignado y hasta afable. Al entrar en esta Iglesia, rodeado de su córte, prisionera como él, los religiosos, que cantaban vísperas en el Coro (indiferentes á lo ocurrido á las puertas mismas del Monasterio), entonaban precisamente el psalmo 118, que dice: *Bonum mihi, quia humiliasti me, ut discam justificationes tuas...*—(Es un bien para mi que me hayas humillado, para que aprenda á conocer tus juicios.)—Y es fama que el Rey cayó de rodillas y unió su voz á la de los monjes, cantando en voz alta y con un fervor indecible aquellas palabras tan consoladoras y tan acordes con su situacion.

A la verdad, yo no sé qué fué mas bello en esta escena: si la calma solemne con que los cartujos siguieron aquel dia los preceptos de su regla, sin prestar atencion al estruendo de la Batalla ni á la suerte de los imperios, ó la magnánima resignacion del Rey vencido, que interpretó tan piadosamente su desgracia, y escribió luégo á su madre aquellas palabras célebres:—*Madame, tout est perdu, fors l' honneur.*

Mientras yo pensaba asi, el sacristan me ha sacado de la Iglesia para

conducirme á este punto del Parque, donde me ha dejado solo, despues de decirme con la mayor finura:

—Le he traido á usted al lado de esta pobre casa, que se llama por más señas *la Repentita*, porque aquí fue precisamente donde el Rey Francisco se vió obligado á rendirse.—Allí tiene usted el coche.—Felicidad y buen viaje.

Y aquí me teneis hace dos horas procurando rehacer en mi imaginacion el cuadro que presentaria este Parque el viernes 24 de febrero de 1525.—Y veo luchar como en una justa, cuerpo á cuerpo y brazo brazo, á tantos ilustres capitanes y valerosos príncipes vestidos de hierro, terciopelo y oro... Veo al Marqués de Pescara, caballero en su viejo y querido *Mantuano*, que murió aquí, sembrar el terror y la desolacion al frente de los arcabuceros de Castilla... Veo á otro puñado de españoles arremeter contra la numerosa artillería francesa y apoderarse de los cañones, matar á los artilleros y desjarretar los caballos... Veo aparecer por la parte de Pavía las heróicas tropas que la guarnecen, capitaneadas, por Leyva, que va moribundo en una silla de manos. La caballería francesa, viéndose atacada por la espalda, huye y atropella á los suizos: estos se dispersan arrojando sus armas; y, *perdida la vergüenza*, dice la Historia, huyen tambien los franceses... Veo, en fin, al rey de Francia hacer prodigios de valor. Sus más ilustres capitanes, Tremoville, Bonivet y La Pallissade, han muerto ya á manos de nuestros arcabuceros. El lucha todavía, y vence y mata con su lanza irresistible á enemigos tan poderosos como el marqués de Santangel. Pero todo es ya inútil... Sus alemanes están deshechos... Su gente de armas riega la tierra con su sangre... Sólo le queda el recurso de la fuga, si no prefiere morir.—Así lo comprende el bravo monarca, y poniendo espuelas á su caballo, se dirige hácia el Tesino. . . . .

«Iba casi solo (dice el soldado Juan de Oznayo, más adelante fraile de Santo Domingo) cuando un arcabucero le mató el caballo, é yéndose á caer con él, llegó un hombre darmas de la compañía de don Ugo de Moncada, llamado Joanes, vizcaino, é viéndole tan señalado, va sobre él cuando el caballo caia, y poniéndole el estoque al costado, díjole que se rindiese. Y viéndose en peligro de muerte, dijo: «A vida, que yo soy el Rey.» Y el vizcaino lo entendió, é diciéndole otra vez que se rindiese, dijo: «Yo me rindo al emperador.» Como esto dijo, vió el vizcaino luego allí á Cuenca, alferez de su compañía, que le tenian cercado de franceses, y en peligro, porque le querian quitar el estandarte, y el vizcaino, como buen soldado, por honrrar su bandera, sin tener acuerdo de pedir gage ó señal de rendido al Rey, le dijo: «Si vos sois el Rey de Francia, hacedme una merced,» y él le dijo que se la otorgaba: entonces el vizcaino alzó la vista del almete, y le mostró ser mellado, que le faltaban dos dientes de la parte de arriba, é le dijo: «En esto me conocereis;» é dejándole en tierra, é la una pierna debajo del caballo, fué á socorrer á su alferez, é hízolo tan bien que con su llegada dejó el alferez de ir á

manos de franceses; é luego volvió á donde habia dejado al Rey, y estaba con él otro hombre de armas de Granada llamado Diego de Avila, y como viese en tierra al Rey y con tales atavios, fué á él que se le rindiese, y el Rey le dijo quién era, é que ya estaba rendido al emperador. y preguntándole si habia dado gage, dijo que no, y Diego de Avila se lo pidió, y el Rey le dió el estoque que traia bien sangriento y una manopla: é apeándose Diego de Avila trabajaba de le sacar de debajo del caballo. Estando en esto llegó allí otro hombre de armas, gallego de nacion, llamado Pita, el cual ayudó á levantar al rey, y le tomó la insignia de San Miguel que la traia al cuello en una cadena de oro. El rey le ofreció por ella 6,000 ducados: mas no los quiso, sino traerla al emperador. Estando ya el Rey en pie, acudimos allí algunos soldados é arcabuceros, los cuales, no conociéndole, quisieron matarle, no dando crédito á los que le traian; y sin duda no le pudieran salvar la vida si no acudiera por allí Mosiur de la Mota, gran amigo de Borbon, que habia andado con él, y desmandándose hácia aquella parte, vió la contienda que allí tenian. Los que le querian matar alegaban lo que el Marqués habia mandado, no creyendo ser el Rey. Como entendió Mosiur de la Mota que la contienda era por no haber quien le conociese, pidió que se le dejasen ver; é llegado le conoció, é hincadas las rodillas le quiso besar las manos; y el Rey le conoció, é haciéndole levantar le dijo que le rogaba que hiciese como simpre habia hecho. Viendo esto los soldados, se certificaron ser aquel el Rey, y quitándole Diego de Avila el almete por limpiarse el Rey el sudor, se ensangrentó el rostro con sangre que en la una mano traia, é pensaron algunos que estaba herido; pero no fue asi. Luego llegamos algunos soldados, é unos le tomaban los penachos é bandereta que en el yelmo traia, é otros le cortaron pedazos del sayo que traia sobre las armas, para memoria: cada uno como podia llevaba su pedazo, de suerte que en breve espacio no le dejaron nada del sayo. A todo esto siempre se mostró magnánimo, mostrando holgar de todo, y los soldados le daban materia para que riese, diciéndole cosas donosas. En esto, el escuadron de gente de armas, é los esguízaros que con Mosiur de Lango (1) cuñado del Rey, habian rompido nuestra gente italiana, por poco que se quisieron detener á descansar é reposar del mucho trabajo y daño rescebido, como tan presto conocieron la perdicion é desbarato de su gente é ejército, recogiendo la gente que hácia aquella parte huia, tomaron el camino de una buena villa, 18 millas de Pavía (2), donde muchos señores de los franceses tenian su recámara é estaba bien guardada. La otra gente comenzó á huir por diversas parte: algunos pudieron llegar á la puente que Guevara guardaba, é recogidos los mas que pudo, viendo ya venir la gente española que iba en el alcance, cortó la puente é fuese con aquella gente en salvo, la vía de Turin, y de allí pasaron en Francia. Otros muchos

(1) Era el Alezon.

(2) Sandoval, hablando de esto dice que tomaron el camino de Vigenvea que es una buena villa, 18 millas de Pavia.

que no pudieron tomar el camino de la puente se lanzaron en el rio, é como venia grande, se ahogrron. Entre estos fué el escudron de los esguízaros é frontopinis (1), que salian de la batalla, y tomando la via del rio, no bastaban voces de españoles que tras ellos iban, prometiéndoles buena guerra é asegurándoles las vidas, porque no pereciese tanta multitud. Finalmente, con el gran temor que llevaban se lanzaron los mas en el rio, y todos se ahogaron, que fueron mas de 6,000 hombres; y otros temblando se venian á poner en manos de los españoles, asidos á los estribos, y asidos unos á otros. Asi venian con cada uno cuarenta ó cincuenta rendidos, é con algunos mas de setenta, todos con lágrimas pidiendo misericordia, que era compasion. Los españoles los aseguraban é prometian hacerlo bien con ellos; como cierto lo hicieron. A esta sazon un buen soldado español de caballo, llamado Cristóval Cortesía, se topó con el Príncipe de Navarra, é se procuraba poner en salvo: el español, saliéndole al encuentro, hobieron su batalla, é el príncipe quedó rendido é preso prometiéndole 20,000 ducados por la vida. Alguna otra gente huyó la via de Milan, de los cuales muchos fueron muertos por el villanaje que andaba en cuadrillas de toda la comarca, como lo han de costumbre de perseguir al vencido, y era cosa maravillosa que las propias mujeres de estos se habian juntado allí, é con la batalla andaban despajando los que caian... (2)

. . . .

Hasta aquí el soldado de entonces: lo dèmás me lo ha contado el sacristan de ahora.

Prosiguen mis apuntes:

..... Recordando todas estas cosas, espero á que mi reloj marque las doce; salgo del Parque; despierto al cochero; subo al cabriolé, y seguimos adelante hácia *Milan*.

Hace calor. El último sol de octubre se despide de la tierra, enviándole todo el fuego, todo el amor, toda la vida que aún pueden derramar sus rayos...—La naturaleza, próxima ya á la muerte, y presintiéndola quizás, está sumergida en una somnolencia estática, semejante á la felicidad melancólica que esperimenta una hermosa y enamorada tísica el último dia que se levanta... ¡el último dia que ve la luz y el cielo, sentada cerca de un balcon, en frente de un jardin que principia á perder sus hojas!...

Duerme sosegado el aire... Zumban aún algunos insectos sobre las flores postrimeras del otoño... Los pájaros se disponen á abandonar los árboles en que han pasado tantos meses de amor y de ventura... El agua devuelve al cielo su plácida sonrisa...—El cochero, poseido, como toda

(1) Sardoval dice *Frantopines:*

(2) Relacion de la Batalla de Pavía, escrita por el soldado Juan de Oznayo, páje de lanza de Marqués del Vasto, encontrada en un Códice de la Biblioteca del Escorial y publicada en la *Coleccion de Documentos inéditos para la Historia de España.*

la creacion, del misterioso encanto de esta hora, ha vuelto á dormirse sobre el pescante...—Los mismos caballos trotan jubilosa y acompasadamente, sin que nadie los fustigue, cual si fuese en ellos voluntario (y hasta les causase cierto placer) el pasear por estos campos en un dia como el de hoy...—¡Inolvidables momentos!

La llanura se pierde de vista por todos lados, sin que se descubra en ella alma viviente; ni un pastor, ni un viajero, ni un campesino... ¡Nadie!—Y como el cochero duerme, y los caballos parecen dos máquinas, y hay tanta quietud en cielo y tierra, y todo se diria sumergido en un parasismo magnético, mi soledad es absoluta, mi aislamiento completo y mi constante meditacion la única conciencia de la vida universal.

A veces creo que viajo por el aire. El coche, los caballos y el cochero parecen hechos de una sola pieza de materia inerte, impelida por un poder fantástico.

El camino sigue leguas y leguas entre dos solitarias filas de árboles..., y, paralelamente con él, dilátase á la izquierda el Canal de que que ya hemos hablado, cuyas aguas ponen en comunicacion al Pó y á Pavía con Milan y con los Lagos Mayor y de Como.—Este canal es la antigua grande arteria del comercio lombardo.

Allá, muy lejos, descubro los Alpes, mudos testigos, vigilantes eternos, que nunca dejan de ver, por mucho que se aparte de ellos, al que recorre los extensos territorios de la Alta Italia.

Pero ¿qué otra *montaña* es aquella que distingo á seis ó siete leguas de distancia, sola en mitad de la llanura, y en cuya masa cuadrada reverbera á veces la luz del sol como en un colosal espejo?...

Yo no os perdonaria que no hubiéseis leido la mejor novela que ha visto la luz pública despues de nuestro QUIJOTE. Yo quiero creer que todos conoceis la obra inmortal de Manzoni, I PROMESI SPOSI, á cuyo lado palidecen las mágicas resurrecciones de Walter-Scott, y dejan de ser tan singulares y milagrosos los estudios de Balzac ..—Pues si habeis leido ese libro, recordareis que el pobre *Renzo*, el noble y sencillo amante de *Lucia*, el *héroe por fuerza* de aquella célebre asonada (que se deja muy atrás la descrita por Victor-Hugo en *Notre Dame de París*), hizo un viaje de Monza á *Milan*, en donde nunca habia estado ni conocia á nadie; y que, al llegar á cierto punto de esta misma llanura, aunque por otro lado de ella, vió á lo lejos *quella gran macchina del duomo*, que se elevaba sola sobre el llano, como si en vez de surgir de en medio de una ciudad, se levantase en un desierto; y recordareis tambien que el jóven campesino, olvidando todas sus penas, se *empinó sobre la punta de los pies...* (¡oh Manzoni!) *para ver mejor*, aunque á tal distancia, aquella octava maravilla de que tanto habia oido hablar desde muchacho!

Ahora bien: lo que yo estoy mirando es lo mismo que vió Renzo hace doscientos cincuenta años: ¡es la *gran macchina del duomo;* es la *catedral de Milan*!

Tambien yo he oido hablar de ella desde niño: tambien la ví en mis

primeros años en aquellas *catalinetas* que hoy se llaman *cosmoramas*: tambien me he puesto de pie en el coche, como si de este modo hubiera de ver mejor lo que pasa en este pais por octava maravilla, como entre nosotros el Escorial; tambien me asombra á mí aquel enorme edificio, que brota de la llanura como se destaca una isla sobre la superficie de Océano...

. . . .

A mitad de camino pasamos por *Binasco*, donde el cochero despierta, y cambia de caballos, en tanto que yo veo el antiguo Castillo (restaurado últimamente) en que Felipe María Visconti dió tormento y decapitó á su mujer, la bella y virtuosa *Beatrice di Tenda*, por celos infundados, ó por ferocidad natural de aquel hijo y nieto de asesinos.

Y no digo más acerca de este asunto; pues supongo que lo habeis sentido y llorado con toda el alma al dulce son de las melodías de Bellini. —¡Solo os advertiré (pues esto no consta en la ópera) que si Felipe María Visconti mató á su mujer, su hermano, Juan María Visconti, mató á su madre!!...—¿Qué os parecen los hijos de *Galeazzo*, del fundador de la Catedra de Milan y de la Cartuja de Pavía?

. . . .

Estamos otra vez en marcha ..

El cochero canta para no dormirse; y canta una balada tirolesa, tan expresiva y tierna como toda la música de montaña...

Los caballos de este tiro son más fogosos que los del anterior...

En el camino se empieza á ver alguna gente.—Primero nos alcanza el correo de Pavía: despues se cruzan con nosotros varias sillas de posta...

Todo, todo ha cambiado en el viaje...—Ya no es solamente *il Doumo* lo que se descubre de *Milan*, sino una multitud de torres, cúpulas y campanarios...—Un vientecillo fresco y aromoso menea mansamente los altos árboles que se cruzan á veces sobre la carretera.—Del canal que siempre nos acompaña se desprenden mil ramales que esparcen el riego por toda la llanura...—Demos un adios á la soledad y á la tristeza.

Ya principian las casas de campo, ó sea las *avanzadas* de Milan...—El suelo es cada vez más fértil —Los olivares y los bosques de morales y moreras se pierden de vista por todos lados.—La Capital, que se divisaba desde tan lejos, no se distingue ahora que la tenemos tan cerca...; pero, en cambio, se oye su vago y contínuo murmullo...

Estas casas y estos huertos que vemos á los lados del camino constituyen ya un barrio de *Milan*.—Hé aquí la Muralla ..—Hé aquí la Puerta... *(Porta Ticinese)*.—Pasamos la verja de hierro que sirve de entrada;—luégo, bajo un arco de triunfo, sustentado por cuatro columnas de granito;—despues, sobre un gran canal..., y ¡esto es hecho! estoy en la capital de la Lombardía...: estoy en *Milan*!

Son las cuatro de la tarde.

II.

UN PASEO POR LAS CALLES DE MILAN.—ESTÉTICA RECREATIVA.—PRIMERA VISITA Á LA CATEDRAL.—GUILLERMO TELL EN EL TEATRO REAL DE LA SCALA.—RECUERDOS HISTÓRICOS.

—¿A qué hotel vamos, señor? me pregunta el cochero, parándose en la confluencia de tres calles.

—Al que esté mas cerca de la *Catedral*, con tal de que sea bueno.

—Entonces iremos al *Hotel de la Ville*, que se halla situado á pocos pasos del *Duomo* y en la mejor calle de Milan; en el *Corso Francesco*...

—Vamos andando; pero no muy deprisa.

El coche toma por la calle de en medio.

El primer aspecto de *Milan*, al menos por este lado, recuerda en cierto modo á Sevilla.—Las casas son grandes, y entre una y otra se ven á veces magníficos jardines. Las calles, limpias, bien empedradas, pero estrechas y torcidas, buscan indecisamente un centro. La ciudad es completamente llana. Hermosas tiendas de comercio alternan con los ámplios y vacíos portales de los palacios. A veces asoman corpulentos árboles por encima de las tapias de los huertos, y prestan sombra, olor y frescura á la calle contigua. El ornato y color de las fachadas son por lo general alegres y graciosos. No hay, en fin, rincon ni esplanada, calle ni plazuela, donde no se encuentren abundantes puestos de flores.

Pasamos sobre otro *Canal*, que marca el recinto de la ciudad antigua. —Aquí ya el movimiento y la vida de la poblacion son extraordinarios. Miles de carruajes, muchos de ellos elegantísimos, discurren en todas direcciones. La gente *comm'il faut* se dirige á paseo en carretelas descubiertas, en lindas *victorias*, en *americanas* y en otros vehículos á la moda. Los coches de alquiler conducen á hombres de atareados. Los ómnibus llevan de una parte á otra falanges enteras de ciudadanos de todas clases.

Desde luego llama mi atencion la singular hermosura de los milaneses de ambos sexos.—Yo he oido tachar á estas bellezas, sobre todo á las femeninas, de demasiado fuertes, de muy huesudas y pesadas, y reconozco que algo habrá de cierto en esto cuando se las contemple de cerca. Pero vistas asi, á distancia, las hijas de *Milan* son lo que se llama en nuestra tierra muy buenas mozas.—Su noble estatura; sus ámplias proporciones; su altiva cabeza; su despejado y tranquilo rostro, blanco, lleno y descolorido, en que se destacan briosamente las dobles trenzas de su pelo, negras y relucientes como sus ojos; su misma quietud, su misma pesantez marmorea, les dan un aire grandioso, monumental, estatuario, que si carece de la exquisita insinuacion de la gracia, inspira en cambio un sentimiento muy parecido al culto, y no sé qué temeraria ambicion, se-



MILAN.

mejante á la que nos hace desear subir á la escelsa cumbre de los montes.

Porque no hay que olvidarlo: la mujer es la musa, la inspiradora, el modelo ideal de todas las artes, como el alma del hombre es la suma y clave de todas las ciencias.—Ya dijimos que en el entendimiento del hombre está condensada y oculta, inexplorada y latente la sabiduría infinita: pues, asimismo, en la belleza de la mujer reside la pauta misteriosa, la ley estética de todo lo que es y puede ser hermoso en la madre naturaleza y en las fantasmagorías del genio.—Hay, por consiguiente, *mujer-poesía*, *mujer-pintura*, *mujer-escultura*, *mujer-arquitectura* y *mujer-música*.—Y hasta hay *mujer-oficio*, *mujer-industria* y *mujer-comercio*. —Pero estas últimas son aberraciones monstruosas, como las culti-latiniparlas, las amazonas, las vestales y las feas.

En cuanto á las primeras que he citado (y permitidme la digresion); en cuanto á los cinco tipos eternos de las artes, ya comprendereis que no deben confundirse entre sí.—Las cinco pueden ser bellas y no parecerse en nada. Digo más: alguna puede no ser hermosa, é inspirar, sin embargo, vehementísimas pasiones.

La *mujer-música*, por ejemplo, puede llegar á ser una divinidad, aunque esté desposeida de hermosura física, esto es, aunque tenga las facciones irregulares, con tal que no sea antipática al estómago, á la conciencia ni á los sentidos. (Y no llamo mujer-música á la mujer que canta, sino á aquella que produce en nuestra imaginacion los mismos efectos que el canto, y que por consiguiente lo inspira.) La mujer-música, para ser un prodigio, sólo necesita que su alma se filtre al través de su cuerpo; que sus ojos besen; que sus manos hablen entre las vuestras; que, al tiempo de andar, las leves ondulaciones de su talle revelen la exquisita naturaleza de sus más recónditos pensamientos: que sus ademanes, su voz, su calor, su hálito, su perfume, sus gustos, sus instintos, sus aficiones de todo género den por resultado un conjunto armónico de elegancia, de delicadeza, de gracia, de pasion, de refinada sensibilidad, de no sé qué *espiritualismo voluptuoso*, que parezca el celaje intermedio que separa ó eune los cuerpos y las almas.

La *muj er-poesía* no tiene tampoco precision de ser hermosa. Basta con que recuerde y represente algo bello. La fealdad y la belleza no son antitéticas. Fea es una tempestad; fea es una tigre; feos son los verdugos del *San Bartolomé* de Rivera; y sin embargo, todo esto es bellísimo. Yo considero, pues, *mujer-poesía* á aquella que corresponde á un sentimiento poético: v. g. la de anticuada figura, que se diria sacada de una hornacina gótica;—la tétrica y sombría, que parece una lady Macbeth;—una tísica en segundo grado, cuyos ojos reflejan ya la eternidad;—una campesina fresca y arrebolada como un albaricoque criado al sol;—una gitana de color de cobre, flexible como las mimbres con que fabrica sus cestas y que recuerda la vida nómada de Asia y Africa;—una americana d-ra. jeroz,

de aplanada cabeza, torva mirada, amenazante boca y desenvueltos hombros, que traiga á la imaginacion la historias primitivas, las trajedias salvajes y los amores de las fieras,—y otras muchas mujeres por el mismo estilo, cuyo principal encanto ha de ser siempre la singularidad dramática.

La *mujer-pintura* es aquella en que adoramos la suavidad de su tez, las penumbras de la garganta, las medias tintas de las ojeras, el carmin de los frescos labios, el amoroso vapor en que nadan los lindos dientes, la sombra de los párpados sobre las mejillas, la plácida lumbre de los ojos, el rico tono de la carne, los suaves hoyos de la risa, el lánguido ondear del pelo, los dintornos del talle, puestos de relieve por los siete colores de la luz, y sus puros contornos, dibujados por los tres lápices de las tinieblas; la tersura, la diafanidad, el color, el claroscuro, la mirada, la sonrisa, la noble regularidad de las facciones...; pero no el alma y la gracia como en la *mujer-música;* no la originalidad y el misterio como en la *mujer-poesía;* no todavía el dibujo, ni las proporciones, ni la economía general, como en la *mujer-escultura*, de que hablaremos despues.—La *mujer-pintura* es la que generalmente se llama *una mujer bonita.*

Mujer-arquitectura es la que no puede considerarse sino en determinadas circunstancias, en cierta hora, en tal ó cual sitio, rodeada de tales ó cuales atributos. Como este arte es complejo, y por decirlo asi, compuesto, la mujer que lo simboliza se representa siempre combinada con otras muchas cosas que no son ella. La *mujer-arquitectura* ha de estar, por lo tanto, peinada de este ó aquel modo, vestida de una manera dada, de pie sobre un trono, recostada en una barca á la luz de la luna, leyendo debajo de los árboles, bailando, corriendo la posta, galopando en un brioso troton, asomada á una ventana, etc., etc. Para esta mujer se inventaron los miriñaques, los vestidos de cola, las diademas, los revoques y afeites, los velos, los carruajes de doble suspension, los palcos de los teatros, las plumas, las joyas, y los lacayos elegantes.—En resúmen: estas mujeres sólo son bellas dentro de una posicion accidental, ó sea como *composicion.*

Viniendo ahora á la *mujer-escultura,* que es la que estamos viendo, os diré que es aquella de correctas formas, justas proporciones, clásicas líneas y equilibrados miembros, que, con espresion ó sin ella, insulsa ó agraciada, ingeniosa ó estúpida, simpática ó repulsiva, despierta en nuestro corazon aquel amor innato á la belleza humana que tantas veces se convirtió en idolatría, y una instintiva adoracion al inmutable tipo de la forma, ideal artístico de los griegos;—Elena inmortal, tan infiel como querida, tan hermosa como ingrata...

Decíamos, pues, que las milanesas parecen nobilísimas esculturas.

En cuanto á los milaneses..., que los analicen las escritoras.

Yo repetiré solamente que son tambien muy buenos mozos..., y continúo.

Milan es hoy un pueblo alegre, ruidoso, voceador, entusiasta.

Y digo *hoy*, porque *ayer* no era lo mismo... ¡Ayer gemia bajo la dominacion austriaca, y los viajeros que iban estos últimos años de *Milan* al Piamonte nos hablaban de la tristeza, del marasmo, del lúgubre silencio que reinaban en toda la Lombardía, como hoy se habla en la Lombardía de la tétrica desesperacion y amargo desaliento en que yace la mísera *Venecia*!

Figuraos, pues, el júbilo, el vértigo, el ánsia de vida y de placer que agitarán ahora á *Milan*, despues de tantos años de servidumbre.—La bandera tricolor italiana ondea, no sólo en los edificios públicos, sino en muchas casas particulares. Las esquinas se hallan totalmente cubiertas de anuncios de libros, de espectáculos y de ceremonias referentes á la resurreccion de la Lombardía, á su independencia, á su libertad. Los retratos de Garibaldi, Víctor Manuel, Napoleon y Cavour se encuentran en todas partes. La Milicia Nacional (de rigoroso uniforme) recorre calles y plazas, respirando á grandes tragos el aire de la libertad y midiendo con marciales pasos el alborozado suelo de la nueva Italia. Los organillos tocan, entre otros, aquel vehemente himno, cuya letra dice:

¡Que muera Radetzky!...

himno prohibido durante once años, bajo pena de la vida; ó aquel otro, compuesto el año pasado, cuyas primeras palabras son, si mal no recuerdo:

Evviva l'Italia
é Napoleone...

Los últimos resplandores del sol, hiriendo horizontalmente las fachadas de algunas casas, reverberando en las vidrieras de los balcones y haciendo bullir como un dorado humo el polvo de las calles, presta su alborozada luz á la gozosa muchedumbre..., en tanto que la lengua italiana deja sentir sus melódicos acentos en gritos y cánticos, en los pregones de los vendedores y en los fugaces diálogos de los transeuntes...

. . . .

Al doblar una esquina, leo en un cartel: TEATRO DE LA SCALA... *Oggi mercoledi*... GUILLERMO TELL...

¡Oh fortuna! ¡Esta noche se canta *Guillermo Tell*... la obra maestra de Rossini! ¡Y en el *Teatro de la Scala*!—No faltaré, á fé mia.

Asi andamos todavía un cuarto de hora.—El cochero se ve muy apurado para abrir camino al cabriolé entre tantos carruajes como se cruzan en todas direcciones.

Al fin desembocamos en una Plaza irregular... Levanto la vista... Y ¿qué es lo que veo?

—¡Para! ¡Para! le grito al conductor.

Este detiene los caballos, y señalando á lo que tanto me habia sorprendido, dice, quitándose el sombrero:

—¡*Ecco il Duomo*!

El aviso llega tarde.—Yo he reconocido ya á la *Catedral*.—¿Qué otra cosa puede ser esta montaña de mármol que se eleva en medio de la plaza?

Pocos edificios, acaso ninguno, producirá en el ánimo del que lo mira por primera vez, una admiracion tan súbita, tan espontánea, tan decidida como la catedral de Milan. Aun para el hombre más rudo, más lego en artes, más indiferente y frio, verla y entusiasmarse serán una misma cosa. Y es que hay en este monumento (aparte de su mérito artístico, y quizás sobre él) no sé qué hermosura física, material, externa..., al alcance del gusto menos cultivado.

Semejante circunstancia, tratándose de obras de arte, no es una recomendacion, sino, por el contrario, es casi siempre un síntoma funesto.—El vulgo se paga más de lo raro que de lo bello, de lo abigarrado que de lo puro, de lo difícil y laborioso que de lo noble y sencillo. La plebe, que se detiene extasiada delante del churrigueresco *trasparente* de la Catedral de Toledo, del enorme *San Cristóbal* pintado en sus muros, de la *Fachada del Hospicio de Madrid*, de los *Santos de Novara* y de otras aberraciones por el mismo estilo, pasaria indiferente por delante del Parthenon; ve sin asombro el *Jacob* de Rivera, y no encuentra bello, sino grotesco y ridículo, un bajo-relieve del siglo XII.—Sin embargo, hay creaciones privilegiadas, que son á un mismo tiempo sublimes y populares, y cuya hermosura afecta de igual manera al perito que al profano.—Tales son, por ejemplo, el *Palacio Arabe* de Granada, el *San Antonio* de Murillo, el grupo de *Lacoonte*, el *Don Quijote de la Mancha*, y el *Barbero de Sevilla* de Rossini.

Pues esto precisamente acontece con la *Catedral de Milan*.—Y vais á comprenderlo.

La *Catedral de Milan* es el mayor edificio de mármol blanco que hoy existe, y está construida en estilo gótico.—El gótico, que da un aire místico, ascético, solemne y pavoroso, á pesar de su ligereza, á la piedra amarilla ó parda, renegrida por el tiempo, es risueño, gozoso, angelical, triunfante, cuando labra el mármol blanco.—Por otra parte, el gótico (ya lo hemos indicado una vez) modificó sus líneas al pasar los Alpes; se dilató, por decirlo asi, al ardiente sol de Italia; reflejó algo de las artes paganas que le salieron aquí al encuentro; y ensanchó sus ojivas, aclaró sus naves, modeló más profanamente sus columnas, y albergó en sus capillas y contuvo en sus bóvedas el luminoso y perfumado ambiente del Mediodía.—Semejante trasformacion (que yo no celebro; pues despojó al estilo gótico de lo más esencial de su carácter) dió orígen á una arquitectura de transicion, decadente, desvirtuada, híbrida en ocasiones (las ventanas y las puertas de la fachada del *Duomo* son greco-romanas); pero arquitectura reveladora, expresiva, acomodada al tiempo y al lugar en que se produjo, y no exenta de gracia, de sublimidad y de poesía.

Ahora bien: la *Catedral de Milan*, blanca como una paloma; vaga y aérea como todos los edificios góticos; alegre y brillante como un templo gentil; bañada en la fulgente luz del cielo italiano; bordada, cual velo de encaje, de vistosos casetones cuajados de estátuas, de elegantes doseletes, de preciosas molduras y de finas archivoltas; coronada de cien esbeltas agujas, que se levantan al cielo como atrevidos cipreses; poblada toda de esculturas, que se escalonan desde la base de las pilastras hasta su altísimo remate, y que parecen representar las gerarquías celestes, es, para decirlo en una sola frase, *más hermosa como ídolo que perfecta como símbolo*, y produce en todos los ánimos una grata y dulce emocion, un sentimiento blando y cariñoso, una plácida confianza, una devocion concreta, determinada, personal, no sé qué halagüeña simpatía, más semejante al amor que al misticismo.

Y esto se explica sin esfuerzo alguno.—Los italianos, que (cómo muchos españoles) ponen más fe en la Vírgen que en Dios, hasta el extremo de haber algunos que jamás piensan en Dios y siempre tienen en sus labios el nombre de la *Madonna;* los italianos, que no han dejado nunca de ser un poco gentiles, y sienten y comprenden mejor en la religion cristiana todo lo que es hermosura, triunfo y esperanza, que lo que es rigor, penitencia, trabajo, miedo y sufrimiento: los italianos, que por naturaleza y por tradicion se complacen en adorar como bueno lo que es bello, aunque sólo lo sea plásticamente, no llegan en su fervor religioso á aquella austera y fúnebre compuncion que hace amables á otras almas entristecidas todos los tormentos del Calvario; que las lleva á pedir á Jesucristo parte en sus dolores, y que acaba por presentarles el mundo como una larga Calle de la Amargura.—Sus iglesias, por consiguiente, no son tampoco tristes y luctuosas como aquellas que todos conocemos, y que yo tanto amo, en que el espíritu fatigado de las vanidades y alegrías mundanas encuentra no sé qué santo terror, no sé qué paz mortuoria; tinieblas y soledad en las capillas; luz profética, reflejo de otro mundo, en las mortecinas lámparas; dolor mayor que el nuestro en las Imágenes del Crucificado, santidad y sosiego en todas partes...—La religiosidad y los templos de los italianos son, como la *Catedral de Milan*, festivos, gozosos, triunfales, idolátricos, semi-gentiles.

«MARIÆ NASCENTI» (á la Natividad de María) está dedicado *il Duomo*.—Y su riente aspecto, su blancura, su esplendidez, justifican la advocacion.—El estilo gótico ha perdido aquí su solemne tristeza. El sentimiento germánico se ha trocado en pasion latina. El sol de Italia ha desvanecido las eternas nieblas del Norte. La piedad se ha convertido en amor: el misterio en júbilo: la oracion en himno.—La *Catedral de Milan* es, por tanto, la Casa de la Vírgen: es un monumento de triunfo levantado en su honor: es la Vírgen misma:—*Domus aurea.*

Pensando estas cosas y otras muchas he permanecido en la *Catedral* más de media hora, sin atreverme á examinar pormenores, de miedo de

pasar en ella el resto del dia; pero sin resolverme tampoco á dejarla.....

Al fin decido esto último, considerando que todavia *no he llegado* verdaderamente á *Milan*; que *todavía estoy de viaje*; que el coche y el cochero que me aguardan á la puerta, son los que he sacado de Pavía, y que no entró anoche en el trato el que pasasen toda esta tarde á la puerta del *Duomo*, despues de una tan larga jornada...

Prométole, pues, á la Catedral volver antes de una hora, y me encamino al *Hotel de la Ville*, tomando por el *Corso Francesco*, que principia en la misma Plaza de la Catedral.

(Llámase *Corso* en este país toda calle que, arrancando del centro de una ciudad, llega hasta sus afueras.—Las calles secundarias llevan el nombre de *contrade*, y las de circunvalacion el de *strade*.)

El *Corso Francesco* es la arteria principal de Milan, y luego se dilata con los nombres de *Corso* y de *Borgo* (barrio) *di Porta Orientale*.—Es ancho y vistoso, aunque no recto, y sirve de punto de exhibicion á la alta sociedad lombarda, que se pasa la tarde andándolo y desandándolo *in carrozza*, y departiendo amigablemente con los que pasean á pie por las aceras.

. . . .

El *Hotel de la Ville*, donde ya me encuentro, es inmenso y destartalado, pero magnífico y lujoso.

El balcon de mi cuarto da al *Corso*, frente por frente de *San Cárlos Borromeo*,—enorme Iglesia mal proporcionada; remedo servil, pero infortunado, como tantos otros, del *Pantheon* de Agripa; redonda, por consiguiente; coronada de una cúpula chata, y precedida de un exagerado pórtico de colosales columnas corintias de granito, en que se apoyan algunas casas viejas, acabando de afearlo y escarnecerlo...

En cambio, la vista del *Corso*, lleno de suntuosas tiendas, y cuajado de elegantes coches y de una copiosa multitud, es muy bella y animada en este instante.—Por supuesto, que damas y caballeros, tiendas y carruajes, edificios y cocheros, están adornados al estilo de París...

. . . .

Desde el *Hotel* me vuelvo á la *Catedral*; pero al llegar á la plaza que lleva su nombre, reparo en otro gigantesco edificio, en que hace poco no fijé la atencion, preocupado como estaba con la fachada del *Duomo*.

—¿Qué palacio es aquel? pregunto á una viejecita que vende estampas, medallas y relicarios alusivos á San Cárlos Borromeo, sentada delante de una mesilla, á las puertas de la Catedral.

—El *Palacio de la Corte*, me responde la interrogada,—no sin aconsejarme que le compre algo, como memoria de mi visita al *Duomo*.

Yo tomo el consejo; pero dejo para mañana la segunda visita á la Catedral, (pues no es cosa de ver de prisa y con poca luz aquello que se ha estado deseando durante un cuarto de siglo), y diríjome al *Palacio*, adivinando que en él habrá mucho menos que estudiar.

El *Palacio de la Corte* sólo es notable, como obra de arquitectura, por su extraordinaria magnitud.

Segun el conserje, fue construido á principios del siglo XIV por Azon Visconti, y contuvo muchos frescos de *Giotto*. Despues empezó á arruinarse y quedó deshabitado, hasta fines del siglo último, en que se reconstruyó casi totalmente. (Los Visconti, los Sforza y los Gobernadores españoles y franceses habian vivido entre tanto en el *Castello*, situado á la otra parte de la ciudad, y convertido hoy en Cuartel y Ciudadela.)—Por consiguiente, la gran importancia histórica del *Palacio* en que nos hallamos consiste en haber albergado á los Vireyes y Gobernadores-generales austriacos, cuando *Milan* era capital del Reino Lombardo-Veneto, ó sea hasta hace quince meses.—Este ha sido, pues, el centro del odio de los italianos al Austria. De aquí partian las medidas de rigor, los decretos tiránicos, las prisiones arbitrarias, las sentencias de muerte; y hácia aquí se dirigian las maldiciones, los juramentos de venganza, las conspiraciones contínuas, las canciones patrióticas, los alborotos de los teatros, los conatos de regicidio...—Hoy no lo habita nadie; pero está amueblado y dispuesto para recibir á Victor Manuel, que pasará aquí el Carnaval...

Tiene este edificio otro aspecto interesante, y es el que se refiere á Napoleon I.—El moderno César se hizo coronar aquí rey de Italia.—El gran *Salon de las Cariátides*, que es precioso, se halla adornado con la *Apoteosis* del vencedor de Marengo, pintada al fresco por Appiani. Bonaparte está representado bajo la figura de Júpiter, apoyado en el Aguila.—En otro salon se ven dos admirables bustos del insigne conquistador, esculpidos por *Cánova*, por el inmortal Cánova, por el último descendiente de Fidias!—Estos dos bustos y el célebre grabado de *Calamata*, copia monumental de la mascarilla modelada sobre la faz exánime del prisionero de Santa Elena, son los mejores y más vivos trasuntos que han quedado de la hermosa, clásica y sublime cabeza del capitan del siglo.—De los dos bustos de Cánova, uno representa á Bonaparte, jóven, delgado, sentimental; al general de Italia; al héroe de las Pirámides; cuando más, al primer cónsul. El otro es ya el César; el legislador; el dueño de Europa; el caudillo de Jena; el diplomático de Tilsitt...

En otra habitacion me enseñan el lecho en que durmió Napoleon III despues de la batalla de Magenta.—Por cierto que, para recibirlo, hízose una pueril reforma en el *Palacio*, consistente en cortar una de sus dos cabezas á las águilas austriacas bordadas con oro sobre los tapices de terciopelo. Con esto y con añadirles algunas Cruces de Saboya, consiguieron los italianos que estas águilas pudiesen pasar por latinas.—Sugongo que ahora se apresurarán á suprimir tambien las tales cruces.

Pero son las seis y cuarto, y la mesa redonda del *Hotel* es á las seis y media.—Vámonos allá sin pérdida de tiempo.—El *teatro de la Scala* se abre á las ocho, y quiero oir la sinfonía.

Estamos á la mesa en el soberbio comedor del *Hotel de la Ville.*

Entre las veinte personas que comen al mismo tiempo que yo, no figura una mujer agradable; no tengo ni un amigo; no hay siquiera dos personas que se conozcan.—Reina, pues, un silencio sepulcral...

Yo me acuerdo de la *table d'hote* de Turin, de Iriarte, de las inglesas... Yo me acuerdo despues de España, de aquellas amables familias madrileñas que dan hospitalidad en su mesa á los hijos pródigos, librándolos así de la esquiva soledad de las fondas y casas de huéspedes, y póngome melancólico, y reniego de mi viaje, y créome el hombre más desventurado del mundo.

Pero pronto viene á consolarme la idea de que todos los que callan en torno mio se encontrarán en mi mismo caso.—A mi izquierda come un jóven *aleman*, y á mi derecha un jóven *inglés*.—Uno y otro llevan su nacionalidad impresa en la fisonomía.—En frente de mí hay un caballero que me mira tenazmente, y cuya patria no he podido adivinar. Yo lo miro tambien, pareciéndome haberlo visto en otra parte.—Será ilusion mia...

El *aleman* que tengo á la izquierda no habla una palabra de italiano, y me suplica que diga á un camarero no sé qué cosa.—Yo lo complazco, sin darme cuenta, al principio, del idioma en que me ha dirigido la súplica...

La mesa es muy larga, y más de la mitad se halla desierta, como un arenal, como una pampa, ó como el Valle de Chamounix cuando yo lo visité.

Al extremo de ella acaban de colocarse de pié tres fatídicos espectros armados de instrumentos músicos.

Son tres artistas callejeros, vestidos con una elegancia que da espanto...

Empiezan á tocar...—¡Hé aquí el terceto final de *Hernani*!—Pláceme la eleccion.

Ella...—porque hay una *ella* (y por cierto jóven y hermosa, aunque lúgubre como el hambre),—ella toca el violin. Un hombre de treinta años lleva la voz cantante en un clarinete. Un pobre viejo toca el violon...—el *violoncello*, quiero decir.—El resultado es admirable.—¡Infelices! ¡Tan artistas y pidiendo limosna.

De pronto asáltame el recuerdo, ó bien despiértaseme la conciencia de que acabo de oir hablar en español.—El eco de la palabra *usted* resuena en mis oidos... ¡Y ha sido el *aleman* quien la ha pronunciado!... ¡no tengo duda!

Interpélole sobre el particular, y resulta que el jóven habla el castellano como Cervantes.—Es hijo de Prusia; pero hace ocho años que vive en la América española, representando una casa de comercio y acreditado como cónsul de Dinamarca en la capital de una república del Sur.

La circunstancia de tener yo amigos muy queridos en aquella apartada region, y amigos que él tambien conoce, acaba de relacionarnos.

H. de V..., que así se llama el prusiano, ha venido á Europa á ver á

su familia, con la que ha pasado un mes. Despues ha recorrido la baja Italia. Ahora se dirige otra vez á su casa por Venecia y Viena; y el 1.° de diciembre debe embarcarse en Liverpool para el Nuevo Mundo, donde piensa permanecer aún otros ocho años.—¡Esto es viajar; no lo que yo voy haciendo! ¡Ese jóven sí que tiene motivos para ponerse melancólico á ratos!—Pero él es *aleman*.

Al levantarnos de la mesa es ya cosa convenida que haremos juntos el viaje de *Milan* á *Verona* (donde yo quiero detenerme un dia), y que luégo volveremos á vernos en *Venecia*...

Conque vamos al teatro.

Preguntando se va á Roma, y preguntando voy yo al *Teatro de la Scala*.

Al fin lo descubro en una plazoleta formada por la confluencia de seis calles.—La luz de la luna ilumina su alta y graciosa fachada. Muchos faroles de gas alumbran el vestíbulo. Lujosos carruajes acuden por todas partes, y de ellos descienden esas huecas, blancas, flotantes, fantásticas visiones, que representan á la dama principal del siglo XIX en toda su vaporosa magestad. Un enjambre de revendedores de localidades y de expendedores del programa de la funcion, del libreto de la ópera, del argumento del baile y de los periódicos de la noche, obstruye todas las puertas del coliseo. La milicia nacional monta la guardia.

Yo no veo todas estas cosas sin emocion. ¡Ha oido uno hablar tanto desde niño de este colosal templo de Euterpe! ¡Se han formado aquí tantas reputaciones! ¡Han *debutado* aquí tantos cantantes que despues alcanzaron renombre universal! ¡Se han estrenado aquí tantas obras maestras!—En este teatro presentó Donizetti las partituras manuscritas de *Anna Bolena*, *Lucrezia Borgia* y *Gemma di Vergi*, y esperó temblando, con aquel terror que sólo conocen los autores de obras líricas ó dramáticas, el fallo inapelable del público. Aquí se oyó por primera vez la música de Verdi (*Oberto di San Bonifazio*). Aquí aparecieron tambien *Ernani*, *I Due Foscari* y *Nabuco*. Aquí ensayaron y dirigieron sus principales obras Rossini y Bellini, y de aquí fueron llevados en triunfo á sus casas. Aquí, finalmente, recogieron larga cosecha de aplausos la Pasta, la Malibran, su hermana Paulina, Tamburini, Moriani, Rubini, Ronconi y tantos otros célebres cantantes!

Por lo demás, el *Teatro de la Scala* fué construido en 1778 por una sociedad particular, y debe el nombre que lleva á la circunstancia de haber sido edificado sobre las ruinas de la iglesia de *Santa María de la Scala*, erigida por una princesa de la familia de los *Scala* de Verona, casada por mas señas con Barnabo Visconti, duque de Milan, grande amigo de Petrarca y padre de aquel famoso *Galeazzo*, que tanto nos dió que pensar esta mañana en la Cartuja de Pavía.

Conque vamos adelante.—En el despacho de billetes compro por unos

treinta reales una llave de *sedia chiusa*, ó sea una butaca, y penetro en es coliseo...

Indudablemente es magnífico, de ámplias y elegantes proporciones, más noble y desahogado que los de París y Turin, y el más espacioso de toda Europa. Cierto, sí, que sorprenden sus seis órdenes de palcos y su ornamentacion del mejor gusto; cierto que habria razon para admirarlo cuando tenia pocos rivales, y que, áun hoy, debe llamar la atencion de los franceses, cuyos teatros son tan incómodos y abigarrados; pero con todo, no es tan singular y extraordinario, tan monumental y grandioso como se lo promete la imaginacion del viajero.

En cuanto á mí, digo más.—Yo proclamo que la sala, los palcos, los pasillos y las butacas de nuestro *Teatro Real* de Madrid, esceden con mucho en suntuosidad, en holgura, en *confort*, en buen tono, á la sala, los palcos, las butacas y los pasillos del *Teatro de la Scala*.—El *Teatro Real*, con ser más pequeño que este; con tener solamente cuatro órdenes de palcos; con no poder albergar sino una mitad de los espectadores que caben aquí, ofrece tal lujo ó prodigalidad de espacio; aposenta al público tan cómodamente; respira tanta magestad y tanto decoro, que parece doble más espacioso de lo que es, cual si, á los ojos de la ilusion, *grandor* y *grandeza* fueran una misma cosa.

Añádase á esto que en el *Teatro de la Scala* no se ve ni por asomos aquella brillante y aristocrática sociedad que en el *Real* de Madrid ocupa siempre todos los palcos y butacas; aquel *mundo* elegante, rigorosamente vestido, que acude á la ópera como á una fiesta; aquellos dos mil guantes blancos (á dos guantes por persona) que se agitan en el aire en el momento del aplauso.—En el *Teatro de la Scala* está la gente como en la plaza pública; como antiguamente estaria en el teatro pagano, abierto á la luz del sol y al aire libre; con no sé qué abandono y confianza, que demuestran que el espectáculo escénico no es para los italianos una funcion solemne, sino el acto más ordinario y familiar de su vida. Así es que, exceptuando los palcos de platea y los *d'ordine nobile* (principales), en que se ven damas y caballeros *en grande tenue*, el público se halla vestido de cualquier modo, conserva el sombrero puesto durante la representacion (como en los antiguos anfiteatros), se agrupa de pié en el fondo de la sala, lo mismo que vimos en Turin; se embriaga con la música como nosotros con los toros, los franceses con el *cancan* y los ingleses con las carreras de caballos; y, al aplaudir frenéticamente,—cosa qne hace con demasiada frecuencia,—denota que aplaude á un mismo tiempo á los cantantes, al compositor, al libretista, á sí propio, al idioma italiano y hasta á la Italia misma... ¡á la noble Italia, patria de la música; á la imperecedera Italia, señora ayer del mundo, y hermosa vestal hoy, encargada de mantener vivo el fuego inmortal del arte!

Con que héme en mi *sedia chiusa*, que ya es una *silla abierta*, y por cierto nada cómoda...

¡Qué casualidad! A mi derecha se halla sentado el caballero que ha comido en frente de mi en el hotel; aquel que me miraba fijamente y cuya patria no he podido adivinar.—Es hombre de unos cuarenta y cinco años, sério, condecorado con una cinta roja, y de elegante y distinguido porte.—Yo me afirmo cada vez más en que lo he visto antes de ahora; pero no recuerdo dónde, cómo ni cuándo.

Empieza la sinfonía; la sublime sinfonía de *Guillermo Tell*, oda inmortal que sirve de prólogo á un poema.

La orquesta es de primer órden, numerosa, bien proporcionada, magistral, y hállase soberanamente dirigida.

Córrese el telon.—El escenario es inmenso; las decoraciones exceden á todo elogio; los coros y los trajes son excelentes.

Unicamente los cantantes dejan mucho que desear...—Todos me son desconocidos..., hasta de nombre. La compañía no es de *primo cartello*, ni aun de *secondo*.

Está visto; hasta que llegue la pascua de Navidad, no conseguiré oir cantar bien en Italia.—Los grandes artistas se hallan ahora dando conciertos en Inglaterra, Alemania y Rusia.

Sin embargo, la pobre gente que profana este clásico escenario, desgarra mis oidos y marchita mis ilusiones, es mucho más soportable que la del *Teatro Nacional* de Turin...

Por lo demás, el programa de la funcion lírica se compone tan solo de los dos primeros actos del *Guillermo*.—Despues hay un baile de espectáculo.

El argumento de este baile es turco, la música francesa, y los pasos y pantomimas cosmopolitas.—En cuanto á las bailarinas, las hay verdaderamente hermosas...

¡Quién me lo dijera! ¡Me estoy aburriendo soberanamente en el *Teatro della Scala*!

Mi vecino y compañero de mesa se aburre tambien á lo que parece.

Con este motivo hablamos, primero en italiano y luego en francés; y él y yo nos convencemos de que ni el uno ni el otro idioma es el *nuestro*, y de que no somos tampoco ingleses ni alemanes.

—¡Usted es español! me dice de pronto mi vecino.

—Sí, señor: y usted tambien, le contesto yo en un castellano tan claro como el que él acaba de emplear.

—Me lo habia figurado desde que lo ví á usted en la mesa...

—En cambio, yo creo haberlo visto á usted antes en otra parte...

—Yo soy el duque de U..., me contesta el condecorado.

(Como sabreis, el duque de U... es grande de España de primera clase).

—Pues si es usted el señor duque de U. (le replico), declaro que no lo he visto á usted nunca; pero conozco y trato á la señora duquesa de U., á sus hijos y á toda su familia: de modo que le he sacado á usted por la pinta.

—Yo falto de Madrid hace tiempo.—Y usted, ¿quién es?

—Yo soy, etc..., etc.

—¿Conocerá usted á Fulano?

—Sí..., mucho..., ¡Qué guapo es!

—¿Y qué se hizo de Mengano? ¿Sigue...

—¡Vaya si sigue!

—¡Hombre! ¿Y Zutano?

—¡Ah! ¡Zutano! Yo lo quiero mucho.—¿Y á Perengano? ¿lo conoce usted?

—¡Ya lo creo!—¡Qué bueno es Perengano!

—¿Y cómo anda *aquello?*

—¡Ah! España es esto y lo otro..., y lo demás de ella... ¡Pero no hay nada como España? Los italianos son así, y los franceses del otro modo, y los españoles..., ¡ah! ¡los españoles!

—¿Y viene usted por mucho tiempo á Italia?

—¿Y volverá usted pronto por aquella tierra?

—¿Y vió usted á mi familia antes de partir?

—¿Y vive usted en el *Hotel?*

—¿Y usted no conoce á Milan?

Etc., etc., etc...

—Pues, entonces... tomaremos té en el *Café del Comercio*, plaza de la Catedral, y nos iremos á casa... ¿Se parece á usted bien?

Es la una de la noche.

Paréceme que acabo de darme un baño de España.

¡Cuánto hemos charlado ese buen aristócrata y yo! ¡Qué modo de convenir en ideas! ¡Qué manera de elogiar á todos los ausentes! ¡Qué buenos han resultado cuantos hombres conocíamos los dos! ¡Qué embellecido por la distancia hemos visto á Madrid! ¡Qué gana teníamos ambos de hablar en español y como españoles!

—«¡*Qué tontería es viajar*! ¡*No hay nada como España*!» nos hemos repetido cien veces.—¡Y cuánto nos hemos divertido!...

Ahora estoy solo, en mi celda de viajero, completando mi larga historia de hoy y formando mi programa de mañana.

¿Qué será á estas horas del señor cura de Pavía?...

¡Pero, no retrocedas, ¡oh mente! ¡No te pares en esta cruel peregrinacion, en que los sentidos, como otros tantos bárbaros, van asolando todas tus añejas ilusiones; van desvaneciendo todos los fantasmas del deseo; van reduciendo á prosáicas realidades tus sueños dorados de ver el Mont-Blanc, el Pó, la Cartuja, *il Duomo*, el *Teatro della Scala* y tantas otras cosas! ¡Sigamos adelante, á fin de que pronto la luz crepuscular del recuerdo preste una nueva poesía, mucho más bella que la de la esperanza, á estas fugaces y desabridas emociones!

¡Estoy en *Milan*!—Esto no significa hoy nada para mí, sino con referencia al ayer.— Si yo hubiera nacido en *Milan*, habria deseado conocer

á Andalucía.—Y cuando el año que viene esté en Andalucía, la memoria de mi residencia en *Milan* me llenará de encanto.—Ya lo he dicho: el hombre no ama nunca lo que *tiene*, sino lo que *desea* y lo que *pierde.*

¡Estoy en *Milan*!—Posesionémonos bien de esta idea.—Analicemos lo que esto quiere decir.—Establezcamos cuál era la importancia que yo daba á *Milan* antes de penetrar por sus puertas.—Recordemos su historia; consultemos su plano, estudiemos su estadística.

Milan fue fundada por los Galos 587 años antes de la venida de Jesucristo, y despues de haber sido capital de los Insubres, formó parte del imperio romano y se vió eclipsada por Módena y Mantua.—Pocos siglos despues mereció ya ser considerada como la capital de la alta Italia, tanto que el emperador Maximiano residió en ella.—Aquí fue donde Constantino dió su famoso Edicto en favor de los cristianos, que cambió la faz del antiguo mundo.—Tomáronla despues los lombardos y la supeditaron á Pavía, donde establecieron su capital; pero cuando Carlo-Magno destruyó esta última ciudad, *Milan* volvió á ser la Metrópoli lombarda, categoría que no perdió ya nunca.—Más adelante, al principiar la lucha entre *Güelfos* y *Gibelinos*, ó sea entre los *Papas* y los *Emperadores*, ó por mejor decir, entre Italia y Alemania, *Milan* declaróse *güelfa*, emancipóse de la dominacion imperial y erigióse en república independiente. —Esta actitud heróica atrajo sobre ella la ira del emperador Federico I, que la destruyó en 1162, no dejando piedra sobre piedra.—De aquí nació la célebre *Liga Lombarda*, alianza guerrera formada entre *Milan* y otras Ciudades, que se habian propuesto tambien sacudir el yugo aleman.—Esta formidable Liga derrotó en *Legnano* al emperador Federico Barbarroja y obtuvo la ventajosa *Paz de Constanza.*—Entre tanto *Milan* habia vuelto á brotar de la llanura, más floreciente y poderosa que antes.—Cincuenta años despues, los emperadores de Alemania volvieron á probar fortuna; pero formóse la segunda *Liga Lombarda*, y la victoria militó de nuevo bajo sus banderas.—Entonces aconteció lo que acontece siempre en estos casos: la gloria reemplazó á la libertad. La guerra habia hecho célebres á algunos hombres, y estos hombres se prevalieron de su fama para convertirse en señores, trocando en obediencia el amor que inspiraban á sus conciudadanos.—El *César* de Milan fue un tal *Pagano della Torre*, oriundo de los Alpes, que habia ganado una gran popularidad curando heridos; popularidad que le valió ser proclamado Jefe de la República.—Una vez las cosas en este camino, se adivina el resto: el mérito se hizo hereditario: la gratitud popular á sus libertadores y el amor á la independencia se cifraron á una familia: los *della Torre* vincularon en su nombre el gobierno de *Milan.*—Despues de *Pagano* vino *Martin*, que dominó como *Podestá.* —A este siguió *Felipe*, que acabó con las franquicias republicanas y ejerció la dictadura; pero que, en cambio, dió mucha gloria á la República en los campos de batalla.—Muerto Felipe, asomó un sobrino suyo, llama-

do *Napoleon della Torre*, el cual arrojó ya la máscara; intitulóse *Señor de Milan;* oprimió al pueblo; reinó por el terror, y no reconoció como arzobispo de Milan á *Othon Visconti*, á pesar de estar nombrado por el Papa.—Pero este arzobispo era hombre que lo entendia, y en vez de andarse en discusiones escolásticas, montó á caballo; empuñó una espada; sublevó la Lombardía; derrotó en una batalla á *Napoleon della Torre*; hízole prisionero; entró en *Milan* triunfalmente; asumió la direccion y mando de lo temporal y lo eterno, y fue orígen de aquella dinastía *Visconti*, que habia de reinar en el Milanesado carca de dos siglos.—De la historia de esta familia ya hemos adelantado los principales rasgos. Todos sus señores y duques fueron tiranos, fratricidas, parricidas ó algo por el estilo, y pocos de ellos murieron de muerte natural. En cambio dieron muestras de amor á las letras y á las artes, y se les deben grandes monumentos.—A los *Visconti* sucedieron los *Sforza* en virtud del casamiento de la última heredera de aquella casa con un famoso caudillo.—Los *Sforza* fueron tambien déspotas, y casi todos ellos murieron asesinados, desterrados ó prisioneros.—A fines del siglo XV, Francia los arrojó del trono y se apoderó del Milanesado; per o Cárlos V intervino en el asunto del modo que sabemos, y, habiendo vencido á los franceses en Pavía, repuso en su trono á Francisco Sforza.—Poco tiempo despues, y á la muerte de este duque, *Milan* formó parte de los Estados del Rey de España, en cuya situacion permaneció hasta principios del siglo pasado, que fue á poder del Austria, á consecuencia de la *Guerra de Sucesion*.—Lo demás, ya nos lo dijo el cura de Pavía. El Milanesado fue invadido por los ejércitos republicanos de Francia en 1796. El tratado de Campo-Formio lo hizo centro de la República Cisalpina. En 1805 formaba parte del reino de Italia, y Napoleon ceñia á su frente la *corona de hierro*. Los tratados de 1815 entregaron nuevamente á Milan al imperio de Austria, que la puso á la cabeza del reino Lombardo-Véneto, y desde entonces hasta nuestros dias sólo registra dos fechas notables: 1848 y 1859.—¡No puede darse más triste y azarosa historia!

Milan, con ser extensísima, sólo cuenta 200,000 habitantes.—Como hemos dicho, se halla situada en una fértil llanura, levemente inclinada de Norte á Mediodía.—A su izquierda corre un modesto rio—el *Olona*—; pero el riego y la navegacion interior de la comarca se hacen por medio de magníficos canales que atraviesan la ciudad en varias direcciones.—*Milan* es una de las ciudades más ricas, cultas, y manufactureras del continente. Aparte de la sedería, que es acaso su principal industria, cuenta innumerables fábricas de lanería, platería, loza, espejos, instrumentos de matemáticas y astronomía, y de obras de bronce, marfil, alabastro, coral y otras materias.—Su campiña, muy semejante á la de Valencia, produce una cuantiosa cosecha de arroz.—El hierro, el mármol y el carbon de piedra constituyen la riqueza de sus montañas.—Los habitantes de la llanura hilan y tejen el algodon en sus casas, pudiendo decirse que cada hogar de campesino es una pequeña fábrica.—Por lo

demás, la Lombardía es la tierra más poblada, más feraz y mejor cultivada y regada de toda Europa.

Volviendo á la ciudad, diremos que encierra cuanto puede contribuir al lustre y la cultura de una capital importantísima, llevando ventaja á muchas, y entre otras á nuestro Madrid, en el número y esplendor de los grandes establecimientos destinados á consagrar y propagar los adelantos y conquistas del saber humano. Hay en Milan un *Palacio Real de Ciencias y Artes* con *Observatorio*, Academias especiales de *Escultura* y *Arquitectura*, otra general de *Artes* y *Ciencias*, otra de *Artes* y *Manufacturas*, varias *Galerias de cuadros y estátuas*, una magnífica Universidad, dos Liceos, dos Gimnasios, la famosa *Biblioteca Ambrosiana*, que comprende mas de 15,000 manuscritos; un Museo y Gabinete de Historia natural; treinta Hospicios y Hospitales; centenares de imprentas, que no dejan de producir libros importantes ó curiosos en varios idiomas; Círculos literarios, Casinos, Institutos y otros muchos centros de ilustracion y de trabajo, que fuera prolijo nombrar.

Los progresos materiales del pais corresponden á los intelectuales, y ceden en honor de la dominacion austriaca. *Milan* se comunica por medio de ferro-carriles con el Lago de Como, esto es, con los Alpes; con Turin, y por consiguiente con el Mediterráneo; con Verona y Venecia, y por lo tanto con el Adriático, con Trieste, con Austria, Prusia, Bélgica, Francia, Suiza, Polonia y Rusia; y pronto se comunicará con Pavía y Piacenza, enlazándose de este modo á la Línea que corre por Parma, Módena y Boloña, y que iria muy luego á buscar á Ancona y la baja Italia, uniéndose á su paso á los caminos de hierro que cercan á Florencia. —Además de esto, cuenta con una inmejorable red de carreteras y de canales.

Milan, en fin, es una de las ciudades más importantes del mundo: por su representacion histórica; por los Concilios que en ella se celebraron; por los varones eminentes que cuenta entre sus hijos (santos, guerreros, artistas, poetas, sabios, inventores); por sus grandes desventuras; por sus monumentos; por sus iglesias, cuya historia se enlaza íntimamente á la religion cristiana; por los dramas de que fue teatro; por las guerras á que dió lugar; por los hombres ilustres de todas las naciones que figuran en sus anales; por su hermosura; por su riqueza; y sobre todo (para mí, que soy español) por haber ondeado sobre sus muros durante doscientos años la bandera de Castilla...

Tal es la ciudad en que nos hallamos.

Acostémonos, pues, y hasta mañana, si Dios quiere.

III.

LA CATEDRAL POR DENTRO Y DESDE LO ALTO DE SU PIRÁMIDE.—MUSEO DE PINTURAS.—EL ARCO DE LA PAZ.—UN ANFITEATRO ROMANO.—LA «CENA» DE LEONARDO DE VINCI.—IGLESIAS ANTIQUÍSIMAS.—LA VÍSPERA DE DIFUNTOS EN UN CEMENTERIO ITALIANO.—UN DRAMA PATRIÓTICO EN EL TEATRO DE «S. RADEGONDA.»

Milan 1.° de noviembre.

¡Qué dia el de hoy! ¡Cuánto he visto! ¡Cuánto he andado! ¡Qué tropel de ideas nuevas en mi mente! ¡Cuán diversas emociones han agitado mi alma! ¡Qué extraña confusion de cosas pasadas y presentes, de sagrado y de profano, de júbilo y de pena, de entusiasmo y de fastidio!

Pero vamos por partes.

Esta mañana, no bien fue de dia, tomé el camino de la *Catedral*, donde permaneci tres horas.

Como hoy ha sido dia de *Todos los Santos*, el templo estaba lleno de fieles oyendo misa, y yo empecé tambien por oir una, aunque no con la devocion que debiera, pues me tuvieron constantemente distraido las *novedades* que eché de ver en la manera como celebraba el sacerdote el Santo Sacrificio. Consultando al fin mis recuerdos de aquellos años en que estudiaba Sagrada Teología, díme cuenta de que las alteraciones que estrañaba tenian su esplicacion en que *Milan* no está sujeto al Rito Romano, sino á otro peculiar de sus Iglesias, compuesto por San Ambrosio, obispo que fue de esta diócesis, y cuyo nombre lleva.—Tambien extrañé alguna cosa en el tono y la forma de *cantar Horas* en el Coro, y á esto me dijo un monaguillo que aquel era el *Canto ambrosiano*, que sólo se usa en la Lombardía.—Por lo demás quedé completamente edificado con la suma devocion de que daban muestras en el templo todas las clases de la sociedad.—El cura de Pavía tenia razon: los milaneses son muy religiosos.

Cumplido él Precepto, púseme bajo la direccion de un semi-sacristan, semi-*cicerone*, que me enseñó prolijamente todas las maravillas que encierra la catedral.—Este sacristan-*cicerone* (dicho sea por lo que valga), era calvo, y usaba dentro de la iglesia un enorme solideo; pero, cuando salimos del recinto sagrado para subir á la parte alta del edificio, púsose un képis de miliciano, que contrastaba grotescamente con sus medias negras y sus zapatos de hebilla.—Yo no podré esplicaros cómo, no siendo clérigo, se cubria la cabeza dentro de sagrado, ó cómo, siéndolo, era al mismo tiempo guardia-nacional... Pero la verdad es que eso vi; y pues que lo ví, lo cuento.—Sálvese el que pueda.

En cuanto á la *Catedral*, tampoco intentaré hoy describirla minuciosamente, ni creo que esto seria dado á la más hábil y experimentada plu-

ma.—Figuraos cinco naves góticas, sostenidas por cincuenta y dos gigantescas columnas, de cuyos soberbios capiteles, bordados de esculturas, arrancan elegantes bóvedas ojivales. Figuraos bajo estas bóvedas un espacio de 148 metros de longitud por 57 de anchura y 64 de elevacion. Figuraos en los muros, en los pilares y en las capillas hasta 679 estatuas, y casetones y doseletes dispuestos para otras 158 que aún quedan por hacer... (En la parte exterior del *Duomo* hay cerca de 2,000 esttáuas, y le faltan unas 600. Total de estátuas que tendrá con el ti empo, 3,400 y tantas.—En la *Catedral de Milan* se trabaja incesantemente hace mas de 500 años, y aún no está concluida. Los trabajos se han emprendido últimamente con grande actividad, y se cree que esta generacion verá terminado el colosal pensamiento de *Galeazzo Visconti*). Figuraos, detrás del Altar Mayor, tres inmensas ventanas, adornadas, como todas las del templo, con magníficos vidrios de colores; en el intrados de las bóvedas, pinturas que fingen adornos esculturales; en las capillas, algunos retablos de gran mérito por su antigüedad ó por su primor artístico; en otros parajes, magníficos sepulcros de Arzobispos y Cardenales; figuraos, digo, todo esto, con su riqueza, sus inmensas proporciones, su magestad y su hermosura, y formareis una vaga idea del conjuto de la insigne *Catedral*.

Descendiendo ahora á algunos pormenores, os diré las cosas que más llaman la atencion al recorrer aquellas naves.

Primeramente se repara en un *Pilon de pórfido*, donde se bautiza *por inmersion*, como prescribe el Rito ambrosiano.—Se dice que este Pilon pertenece á unas antiguas termas de no sé qué emperador de Roma.

Sobre la puerta principal de la Iglesia, y en su lado interior, hay un gran balcon sostenido por *dos columnas de granito*, de una sola pieza, cuya longitud es de siete metros, por un metro y veinte centímetros de diámetro. Estos dos trozos de piedra son los mayores que existen en Europa, al decir del *cicerone*.

No son menos notables los *Púlpitos* que rodean completamente los dos pilares próximos al Altar Mayor. Son de bronce dorado, y están sostenidos por grandes cariátides. En la parte alta se ven los cuatro Evangelistas y los cuatro Doctores de la fe.—Esta maravillosa obra se debe á los cardenales San Cárlos y Federico Borromeo.

La famosa Estátua que representa á *San Bartolomé desollado*, de que todos habreis oido hablar, es una obra de gran paciencia, que revela profundos conocimientos anatómicos; pero está muy lejos de ser una escultura interesante,—quiero decir, artística, en el sentido elevado de la palabra.

Mucho más bello me ha parecido un colosal *Candelabro* de siete brazos, del mejor estilo gótico, entre cuyas primorosas labores, que imitan follaje, se ven innumerables diminutas estátuas. Este candelabro se llama el *Arbol de la Virgen*.

Pero el gran prodigio de la Catedral; su mas importante obra y el centro de la piedad milanesa, es la *Capilla Sulterránea* en que descansan

los restos mortales de *San Cárlos Borromeo.* Esta Capilla está toda cubierta de bajo-relieves de plata. El sepulcro es del mismo metal y de cristal de roca, y deja ver el incorrupto cuerpo del Santo, vestido de pontifical. Diez y seis millones de reales se han gastado en adornar aquella sepultura, que es al mismo tiempo un santuario, y en que no se sabe qué admirar más, si el gusto artístico ó la fastuosa riqueza que brilla por todas partes.

En cuanto al antiguo y célebre *Tesoro* de la Catedral, tan saqueado por los innumerables conquistadores que han dominado este pais, todavía ostenta algunos objetos de gran valor; entre ellos, dos *Estátuas de plata*, una del mismo San Cárlos, de 100 libras de peso, y otra de San Ambrosio, de 125; una *Paz* de oro, mas preciosa aún por su trabajo que por la materia en que está cincelada, y un *Frontal* de plata maciza, tambien de mucho precio.

Finalmente, en el Abside se ve el Sepulcro de *Mariano Caraccioli*, famoso cardenal, que tuvo la gloria de coronar á Cárlos V.—«*Qui primam Carolo V Imp. ad Aquasgrani coronam imposuit,*» dice una cláusula de su epitafio...

Despues de haber estudiado detenidamente todo el templo, me disponia ya á marcharme, cuando el *cicerone* me dijo:

—Espérese usted; que todavía no ha visto la *Catedral de Milan.* Si quiere usted comprender de una sola ojeada toda la grandeza de este edificio, venga detrás de mí.

Y asi diciendo, abrió una puerta que hay cerca de un soberbio Mausoleo, dibujado, segun la tradicion, por Miguel Angel y el cual encierra las cenizas de algunos *Médicis.*

Aquella puerta daba á una escalera de mármol.

Empezamos á subir... y hubo momentos en que me figuré que no íbamos á acabar nunca. ¡Aquella escalera tiene 486 gradas!

Cuando llegamos á lo alto, me encontré sobre la pirámide central de edificio, y ví á mis piés una inmensurable masa de mármol blanco; una montaña semejante á aquellas, cubiertas de nieve, que visité en Saboya; un bosque de caladas agujas y de estatuas colosales; un laberinto de escaleras, azoteas, esplanadas, arcos, puentes y pasadizos...—¡Era la *Catedral* á vista de pájaro!

En aquella *ciudad de piedra* hay una *poblacion...*, ó sea un *vecindario,* de piedra tambien. Sobre las 135 agujas que se levantan sobre los techos, álzase una multitud de Angeles y Santos, que, en actitudes diferentes, parecen pugnar por abandonar la tierra. En medio de las plazas embaldosadas se ven, al modo de monumentos, preciosas esculturas que no se distinguen desde parte alguna de *Milan*, y que parecen estar expuestas á la sola contemplacion del cielo. Entre aquellas estátuas las hay hasta de Miguel Angel: tales son un *Adan* y un *Cain niño*, no muy bellas por cierto, aunque siempre notables por el nombre de su ilustre autor.

La *Catedral de Milan* carece de una Torre ó campanario (*campanile*) digno de su magnificencia.—Tiene, sí, uno provisional, cuadrado, de pésimo gusto y rara arquitectura, que da albergue á las campanas; pero repito que es interino, y piénsase en derribarlo, sustituyéndolo con un *Campanile* gótico, adecuado al monumento de que será remate y coronacion.—Sin embargo, hasta ahora no se ha presentado ningun proyecto que merezca la aprobacion del Cabildo.

Como podreis suponer, desde lo alto del *Duomo* se goza una hermosísima vista.—Primeramente se descubre toda la Ciudad, calle por calle, plaza por plaza, iglesia por iglesia...—Mi mirada penetró, pues, en los jardines de los Palacios y hasta en algunas de sus habitaciones.—En las azoteas se veia mucha gente que descansaba ó trabajaba al sol.—Por lo tanto, las jóvenes que se creian solas... estaban acompañadas de mi espionaje, y los amantes que se hacian señas de un terrado á otro, me entregaban, sin saberlo, el secreto de sus almas.—En una parte divisé á una madre que peinaba á su hija; en otra á unos pequeñuelos que jugaban con sus padres; aquí al estudiante que repasaba su leccion; allí al que fumaba tranquilamente.—¡La catedral, como Dios, lo veia todo!

Más lejos se descubrian los campos, las aldeas, los canales, las quintas, las carreteras, los ferro-carriles, ocupando leguas y leguas...

—¿Ve usted aquella cosa blanca? (me decia el *cicerone*). Pues es la *Cartuja de Pavía*.—Aquel monte es la *Superga*... Debajo está *Turin*... —Aquellas cimas azules son los *Apeninos*.,.—Aquella faja de niebla es el *Po*...—Hácia aquel lado cae *Magenta*...—Allí tiene usted á *Monza*...—Todas aquellas blancas montañas son los *Alpes*...—Aquel Pico último dista de aquí 40 leguas...—Desde ningun punto de Italia disfrutará usted una vista panorámica de los montes tan completa como desde aquí.—Desde aquí está usted viendo á un mismo tiempo el *Monte-Viso*, el *Mont-Cenis*, el *Mont-Blanc*, el *Gran San Bernardo*, el *Mont-Rosa*, el *Simplon*, el *Jungfrau*, el *Finsteraarhorn*, el *San Gothardo*, el *Sphügen*, el *Ortler*... ¡De la Francia al Tirol! ¡Cien leguas de cordillera! ¡Un horizonte sensible de trescientas leguas de circunferencia! ¡Tanto cielo como en los desiertos de Africa!

¡Era, en verdad, un panorama sublime!

Pero se pasaba el tiempo, y yo ardia en deseos de ver otras muchas cosas... y muy particularmente el *Palacio de las Ciencias y las Artes* y la celebérrima *Cena* de *Leonardo de Vinci*, obra maestra de pintura, que todos habreis visto reproducida en magníficos grabados y en cuya posesion fundan los milaneses un legítimo orgullo.—Estudié, pues, desde aquella altura mi itinerario, y bajé á la plaza del *Duomo*, desde donde tomé el camino que me habia trazado.

Algunos minutos despues entraba en el *Palacio de las Ciencias y las Artes*, llamado Brera.

El palacio de *Brera* (antiguo convento, cuya licenciosa Comunidad

atentó á la vida de San Cárlos Borromeo cuando este insigne varon trató de corregirla, por lo que fue disuelta y severamente castigada) encierra, además de la *Galeria de Cuadros*, un Gimnasio, la Escuela de Bellas-Artes, el Observatorio, el Gabinete de Numismática, una gran Biblioteca con 200,000 volúmenes, y el Instituto de Ciencias, Artes y Letras.— Dicho se está, por tanto, que es un enorme edificio.

Entrase en él por un espacioso patio, en medio del cual se encuentra provisionalmente la *Estátua colosal de Napoleon*, esculpida por *Cánova*.— En la meseta de la escalera hay otra Estátua que representa al jurisconsulto *Beccaria*, al ilustre impugnador de la pena de muerte.—En el piso principal se halla la *Pinacoteca*, ó sea el *Museo de Pinturas*,—que era lo que yo iba buscando.

Este no llega ni con mucho al nuestro de Madrid; pero encierra sin embargo muchos y muy buenos cuadros de maestros tan eminentes como Rubens, Tintoreto, Dominiquino, Palma il Vecchio, Guido Reni, Van-Dyck, Pablo el Verones, Giorgione y otros que citaré mas adelante.

En el vestíbulo admiré unos hermosísimos *frescos* de aquel *Luini* cuyo nombre oí pronunciar por la primera vez en la Cartuja de Pavía.

(Bernardino Luini, á quien se supone discípulo de Leonardo de Vinci, por lo mucho que se le asemeja en el estilo, es generalmente desconocido fuera de Italia. Esto se esplica fácilmente. Las obras de Luini no han viajado, por la sencilla razon de que casi todas son *frescos*, y su reputacion no viajó tampoco, porque tuvo la desgracia de nacer al mismo tiempo que aquellos colosos del arte llamados Rafael, Miguel Angel y Leonardo de Vinci. Solamente hoy ha empezado á hacerse justicia al exquisito gusto y suave delicadeza de su pincel, que se inspira á un mismo tiempo en la piedad y en la forma, y combina sabiamente el espiritualismo de los pintores *trecentistas* con la verdad humana—pagana, por mejor decir,—á que propendia el Renacimiento.)

Entre las obras que Luini ha legado á la posteridad en el citado vestíbulo, se ve una *Santa Catalina trasportada al cielo por tres ángeles*, que es indudablemente el original ó el tipo de otras muchas composiciones análogas que andan por el mundo, y las excede á todas en dulzura, inspiracion y maestría.

Más adelante llamó mi atencion un *San Jerónimo en el desierto*, de Ticiano, que me recordó otro cuadro mayor, pero copia de este, que hay en el claustro principal alto del Escorial.

Tambien descuella en el Museo de *Brera* el célebre *Baile de los amores* de Albano, lienzo copiado miles de veces por el pincel, el lápiz y el buril, y que es acaso la primera obra de su género.

El conserge de la Pinacoteca tuvo especial cuidado de decirme, al llegar en frente de un cuadro de Guercino da Cento, que representa á *Abraham repudiando á Agar*, que lord Byron se habia pasado muchas horas en diferentes ocasiones contemplando extasiado aquella pintura...— Yo la miré entonces con el detenimiento que podeis imaginaros, y pa-

recióme llena de defectos, aunque no de tantos como le atribuye la crítica de los inteligentes. Y, á fuerza de examinarla, comprendí que lo que habia interesado tanto al gran poeta inglés era la *hermosura mortal* de la madre de los agarenos y su tristísimo lloro, que no hace sino duplicar sus atractivos.—Añádase á esto la posibilidad de que lord Byron hubiese hallado en sus largos viajes, y amado tal vez, y repudiado en cierto modo, sin reparar en que llevaba en las entrañas un hijo suyo, á alguna egipcia (ó no egipcia) parecida á la rival de Sara, y se justificará la predileccion que le merecia el cuadro de Guercino.—Ahora, lo que yo no me esplico es cómo el autor de *Parisina* pudo detenerse tanto tiempo delante de *Agar* ni de otro ningun cuadro de este *Museo*, existiendo en él una de las más nobles y felices creaciones del arte; el *Casamiento de la Vírgen*, obra inmortal del divino Rafael.

El *Spozalizio*, que es como lo llaman los italianos, eclipsa completamente todas las demás pinturas del palacio *Brera*.—Dibujo, composicion, interés, poesía... hasta color... (cosa rara en el sublime artista) ¡todo es notable en tan peregrino lienzo!—Permitidme detenerme á explicaros la manera como el Pintor de María ha representado los Santos Desposorios.

Ocupa toda la parte alta del cuadro un grandioso Templo, al que se sube por una larga y amplísima escalinata.—Al pie de esta escalinata hay trece figuras de tamaño natural, que son la Vírgen, San José, el Sacerdote hebreo, cinco mancebos y cinco doncellas.—El Sacerdote, venerable anciano, suntuosamente revestido, está entre los dos Desposados, cuyas diestras tiene cogidas, acercándolas suavemente, á fin de que San José coloque el anillo nupcial en la de María.—María, bella sobre toda ponderacion; sencilla, graciosa y noblemente vestida, alarga sus dedos de marfil hácia el conmovido esposo. Los castos ojos de la Vírgen de quince años están clavados en el suelo. Todo su rostro expresa no sé qué triste ventura.—José tiene tambien los ojos bajos, y adelanta el brazo respetuosamente, sin atreverse á dar un paso más hácia la hija de Joaquin. Si tímida y modesta es la actitud de la Esposa, humilde y piadoso es el temor del Marido.—Sin los trajes, atributos y accesorios que revelan el asunto de esta obra, nadie dudaria, sólo con ver las caras de los dos Novios, que estos son los descendientes de David, en cuya casa naceria el Hijo de Dios. No es el triunfo del amor; es un santo misterio el que se cumple en aquel instante, el que adivinan los contrayentes, el que los turba y desasosiega.—Las doncellas, agrupadas detrás de María, atienden al acto con reverente y afectuosa curiosidad.—Los mancebos que siguen á San José rompen sus varas, significando de este modo el mal éxito de sus pretensiones á la mano de la Vírgen...—En cambio, la vara de San José está coronada de flores.

Tal es la forma en que Rafael ha presentado esta escena, tantas veces y de tantos modos tratada por la pintura.—Lo que yo no podria haceros comprender, es la pureza y la gracia del dibujo y la *difícil facili-*

dad de la composicion.—Diré solamente que, como obra de la primera época del discípulo de Perugino, domina aún en la disposicion de los personajes algo de aquella simetría propia de los cuadros devotos de la edad media; pero que hay tal animacion, tal vida, tanta verdad y belleza en el movimiento particular de cada figura, que ya se admira la clásica maestria del Renacimiento, sin que por esto falte en la accion el sublime misticismo que por aquellos dias se empezaba á echar de menos en las creaciones del arte.

Mas no es todavía ocasion de que nos estendamos en largos discursos acerca del genio de Rafael y de su influencia en la pintura. Aplacemos esta cuestion para el dia en que veamos sus grandes obras en el Vaticano y en otros Museos de Roma, y sigamos ahora recorriendo la galería de *Brera*.

Pocos fueron los cuadros que me impresionaron vivamente despues del *Spozalizio*.—Sólo recuerdo una *aguada*, tambien de Rafael, que representa á varios personajes alegóricos, completamente desnudos, que disparan flechas á un *Término* cubierto con un escudo; una *Virgen y el Niño* de Luini, en que pude admirar aun la esquisita dulzura de este pintor; un *Monje dormido*, de nuestro inmortal Velazquez, sumamente deteriorado por el tiempo y las restauraciones, pero en el que se ven ciertos valientes toques de la mano del maestro; y un lienzo de Leonardo de Vinci, que hubiera sido notable, si se hallara concluido, y en el que los artistas pueden estudiar el procedimiento de que se valia Vinci para pintar sus cuadros. Su asunto es *La Virgen, teniendo en brazos al niño Jesus, que juega con un cordero*, y está desempeñado admirablemente como dibujo,—que es como sólo puede juzgarse.

Por mi parte, recuerdo haber visto en el Museo del Louvre, en París, un cuadro análogo á este, tambien de Leonardo de Vinci, en que el pensamiento está mas desarrollado y que produce una tierna emocion en cuantos lo miran...

Desde el Palacio de *Brera* pasé á una *trattoria*, hostería, taberna, figon ó lo que fuese, que ví en la acera de enfrente, donde pedí de almorzar á *todo riesgo*, con tal de conocer la auténtica y legítima cocina italiana.

Allí habia tambien un magnífico *cuadro*; pero *cuadro vivo*, digno del pincel flamenco.—Borrachos, humo, poca luz, una Maritornes, vino de Monza, peces fritos, queso de Parma, juramentos *per Baco* y una estampa de la Vírgen, alumbrada por una mariposa...—Hé aquí los rasgos característicos de aquel almuerzo.

Yo volví á acordarme de *I Promesi Sposi* y de *l'ósteria* en que tanto peroró el pobre *Renzo* la noche del tumulto.—Era la misma mesa estrecha y larga: eran los dos mismos escaños de madera: eran los mismos comensales. En vano habian pasado sobre *Milan* dos siglos y medio!

Repuestas mis fuerzas, la *Strada del Portaccio* me llevó á unos jardi-

nes y alamedas que delimitan una estensísima Plaza, la mayor que he visto en toda mi vida.—Era la *Plaza de Armas.*

Indudablemente, aquel es el punto más bello y mas grandioso de todo *Milan.*—Diez mil árboles rodean la gran planicie, formando redobladas calles.—En un lado se ve el *Castello*, antigua morada de los Duques, convertida hoy en cuartel, pero imponente y noble todavía.—Detrás de la fortaleza se distingue una vista panorámica de la Ciudad, cuyas torres y cúpulas campean airosamente sobre el cielo.—Entre ellas se levantan arrogantes las caladas agujas de la *Catedral*, como los cedros entre los pinos.—Esta vista panorámica es mucho mas artística que la *vista de pájaro* que se disfruta desde lo alto del *Duomo.*

En otro lado se eleva magestuoso el célebre *Arco de la Paz* ó del Simplon, erigido en la puerta por donde Napoleon I entró en Milan el año de 1807.—Por cierto que más tarde, cuando el Austria volvió á imperar en Lombardia, este arco fué consagrado, no ya á la gloria, sino á la mengua del vencido en Waterloo, y se grabaron en su mármol fechas tan aciagas para Francia y para Italia como la Batalla de Leipsik, la Capitulacion de Dresde, la Entrada de los cosacos en París, la Vuelta de los austriacos á *Milan* y los Tratados de 1815.

Todas estas inscripciones se han borrado despues de la Batalla de Magenta, escribiéndose en su lugar las siguientes palabras:

ALLE SPERANZE DEL REGNO ITÁLICO
AUSPICE NAPOLEONE PRIMO
I MILANESI DEDICARONO L'ANNO MDCCCVII
E FRANCATI DA SERVITU
FELICEMENTE RESTITUIRONO L'ANNO MDCCCLIX.

El nombre de *Arco del Simplon*, que en mi concepto es el que más legítimamente le corresponde, significa que allí termina la gran carretera que ya conocemos.—Por lo demas, la obra es soberbia, de puros y elegantes contornos. Toda ella está construida con mármol blanco, y corónanla el Carro de la *Paz*, arrastrado por seis Caballos de bronce, y cuatro Estátuas ecuestres del mismo metal, representando Heraldos que parten en encontradas direcciones á estender la buena nueva.—El costo de este monumento pasó de 17.000,000 de reales.

Finalmente, entre el *Arco* y el *Castello* vénse los muros de *l'Arena*, inmenso Anfiteatro, digno de la antigua Roma;—pero no obra suya, como cualquiera creeria á primera vista; sino de un hombre de estos tiempos, digno tambien de los siglos clásicos.

L'Arena fué construida por órden de Napoleon I, en 1805. Su forma es elíptica y está ajustada perfectamente á los modelos de la antigüedad.—A la entrada hay un pórtico de ocho columnas de granito.—El diámetro grande del Circo es de 750 piés.—En las gradas, cubiertas hoy de

yerba, caben más de treinta mil espectadores.—Todo el espacio destinado á las carreras, puede llenarse de agua, convirtiendo el anfiteatro en *naumaquia*, y así se hizo en 1807 para obsequiar á Napoleon con el espectáculo de una regata de bateleros y nadadores.—¡Indudablemente, el héroe de Marengo y de Austerlitz dejó en esta obra el sello de su grandeza cesárea!

Desde lo alto de la gradería de *l'Arena* volví á admirar la vista de la *Plaza de Armas*, de la antigua *Ciudadela* y de todo *Milan*.—El dia ha sido purísimo. Los caballos del *Arco de la Paz* parecian bordados sobre el cielo. La blanca silueta de la Ciudad recortaba graciosamente el azul profundo del espacio. Los árboles, que todavía conservan sus hojas, aunque muy amarillentas, contrastaban con los campos, en que verdea la cosecha del otoño.

El horizonte era inmenso y la luz del sol deslumbradora. Las chimeneas de las fábricas que rodean la capital parecian otros tantos obeliscos. El estruendo de la vida industrial bramaba allá á lo léjos... Todos los relojes daban las doce, y las campanas de cien iglesias entonaban la oracion del medio dia. Los pájaros cantaban los últimos soles del año bajo las últimas sombras de las alamedas.

En esto, los silbidos remotos de una locomotora me hicieron reparar en un tren que salia para *Venecia*.—Luégo lo ví desaparecer hácia Levante, y exclamé:—«Ya te sigo.»

En opuesta direccion recorria los campos otro larguísimo tren que llegaba de *Turin*, dejando en la atmósfera una larga faja de humo, como los barcos dejan estela en el mar.

Finalmente, dentro del *Castello* sonaban tambores y cornetas, que tocaban á no sé qué cosa, y hácia el *Corso Francesco* se oian, ya ruidosa, ya vagamente, los acordes de una música militar... Seria algun regimiento que iba á misa...

Todo esto producia en mi ánimo sensaciones diferentes, pero que se resumian en admiracion y respeto á *Milan*, cuya importancia se me revelaba en fórmulas confusas, hasta que brotó en mi mente una idea y de mis labios una frase:—«¡Esta es, (dije) la augusta capital de la Alta Italia!...»; frase que podia tambien traducirse así:—«¡Cuánto la llorarán los austriacos!»

De la *Plaza de Armas* á *Santa Maria delle Grazie*, donde se guarda la famosa *cena* de Leonardo de Vinci, quedábame ya poco que andar; tan poco, que con atravesar los paseos y las huertas en que termina la ciudad por el Oeste, encontréme en aquel antiguo convento.

Pero el antiguo convento es hoy cuartel. Atravesé, pues, claustros y patios llenos de tropa, y llegué á una puerta del que fué *refectorio*, sobre la cual se leia en una lápida: «*En este aposento se conserva la cena* (il cenacolo) *de Leonardo de Vinci.*»

Llamé; abrióme *il custode* de la obra maestra, y entré en una habita-

cion desmantelada y ruinosa, en medio de la cual habia una máquina fotográfica y una mesa llena de estampas, libritos y otras publicaciones referentes á la gran maravilla artística.

Por último, en un decrépito muro descubrí el célebre *fresco* (que nunca fué verdadero *fresco*, sino una pintura al óleo sobre cal).

Pero ¡triste es decirlo! En aquella pared no existe ya hoy pintura alguna de Leonardo de Vinci. Lo que allí se vé es la malhadada obra de imbéciles restauradores, la barbarie de los frailes que poseyeron tal tesoro, las injurias del tiempo, mil abominaciones sucesivas... y ni una sola pincelada del inmortal artista.

Me apresuro, sin embargo, á consolaros. Nosotros veremos *il Cenacolo* tal cual fue... Yo os lo describiré en su primitiva grandeza...; y para ello, voy á principiar por referiros su historia.

Leonardo de Vinci, uno de los hombres más ilustrados del siglo XVI, arquitecto, ingeniero, escultor, poeta, escritor, musico; dotado además de grandes ventajas físicas por su hermosura y extraordinaria fuerza; gladiador y nadador sin rival, habia alcanzado ya imperecedera fama por tan múltiples y raras calidades cuando hizo olvidar sus propios méritos pintando el cuadro de la *Cena*.—Desde entonces, ya no se acordó nadie del magnífico Canal que habia dirigido y que puso á *Milan* en comunicacion con el Adda; ni del certámen en que habia ganado un premio cantando magistralmente y acompañándose en una lira de plata, fabricada por él, un precioso Romance, cuya música y cuya letra eran tambien suyas; ni de la Estátua de Francisco Sforza, con que venció á su maestro Verrocchio; ni de las Fortificaciones que habia inventado, como ingeniero militar que era, á fin de neutralizar los efectos de la Artillería, que empezaba á emplearse por entonces; ni de sus notables trabajos en la construccion de la Catedral; ni de sus inspirados Sonetos... ¡de nada, en fin, sino del pintor!—Milan, Florencia y Roma se disputaban al artista. Los reyes de España y Francia se procuraban su amistad. Miguel Angel le temia, y conspiraba en contra de él... ¡La gloria de Leonardo llenaba el universo!

Desgraciadamente, la *Cena* habia sido pintada, como hemos dicho, mediante un nuevo é infortunado procedimiento (al óleo sobre cal) y en una habitacion húmeda, que en cierta ocasion llegó á verse hasta inundada. A consecuencia de esto, la pintura empezó á caerse á pedazos, cuando aún no llevaba treinta años de existencia.—Tambien quiso la desgracia que el fogon de la cocina del convento se encontrara precisamente del otro lado de la misma pared ilustrada por Vinci, lo cual sometió los colores á una alternativa de resecacion y humedad que acabó por destruirlos.—Despues aconteció que los frailes, á fin de recibir la comida más caliente, hicieron ¡*en medio de la obra maestra*! una ventana de comunicacion entre el refectorio y la cocina.—Pero hubo más: en 1826, un tal Belloti, encargado de restaurar el *fresco*, llevó su temeridad hasta repintar casi todas las figuras; en 1770, hizo lo mismo un señor *Mazer*, y

en 1796 el Refectorio era cuadra de la caballería francesa.—Más tarde sirvió de pajar.—Algun tiempo despues, no sé qué alma caritativa creyó encontrar un remedio á tantos males, tapiando á piedra y lodo la puerta de la habitacion; pero, cuando á los pocos años se entró en ella, encontráronse indicios de que habia estado llena de agua, á consecuencia de un largo temporal, hasta una grande altura! ¡Toda esta agua habia desaparecido por evaporacion!... ¡Figuráos cómo estaria la obra de Vinci!—Finalmente, hace pocos años, el *fresco* ha sido restaurado en lo posible y con bastante inteligencia; pero ya solo se trata de conservar en aquel sitio una sombra, un reflejo, una memoria de la perdida maravilla...

Por fortuna para el arte, mientras que unos destruian bárbaramente el cuadro de *Santa María delle Grazie*, otros lo copiaban y rehacian con religioso cuidado. Para ello buscaban la admirable copia hecha al óleo sobre lienzo por un discípulo de Vinci (Marco d'Oggione); estudiaban los bocetos de las cabezas de los Apóstoles, que el grande artista habia conservado y que hoy existen aun en Inglaterra, y Bossi hacia un carton, del tamaño del original, en que, ateniéndose á los dibujos, noticias y restos que quedaban de la obra de Vinci, la restablecia tal como debió ser. Al mismo tiempo en Viena se ejecutaba un mosáico, que es acaso (á lo que dicen los artistas) un perfecto *fac símile* del primitivo *fresco*; y en fin, Morguen, el insigne grabador, auxiliado por todos estos datos, á costa de largos viajes, despues de pasar meses y meses en el húmedo refectorio y de emplear nada menos que seis años en su tarea, produjo un magnífico grabado que es un verdadero milagro artístico.

Ahora bien, yo conocia muchas de las copias y bocetos que acabo de citar, y además habia visto esta mañana en el Palacio *Brera* (y os lo ocultaba con toda intencion) el boceto de la cabeza del mismo Cristo que figura en la *Cena*, dibujado con lápiz rojo y negro por Leonardo de Vinci; yo he estudiado luégo delante del *fresco* las muchas fotografías del mismo y del *Mosáico* de Viena que vende el *custode*; yo habia examinado tambien esta mañana, en el dicho Museo, otra copia al óleo hecha por el caballero Rossi; y, compulsando todas estas interpretaciones, reuniendo todos estos elementos y contemplando detenidamente la obra original (en que á lo ménos quedan las líneas generales, ó sea el dibujo y la composicion), puedo decir que he entrevisto, que he sentido, que he comprendido aquel prodigio de la pintura.

Y, á la verdad, no sé qué me ha admirado mas en él: si la naturalidad y el arte del conjunto; si la variedad y la energía de los afectos que espresa cada Apóstol, ó si la hermosura verdaderamente celestial de Jesucristo!

El momento de la *Cena* elegido por Vinci es aquel en que el Redentor dice con melancólica ternura: *Amen dico vobis, quia unus vestrum me traditurus est.* (En verdad os digo que uno de vosotros me ha de entregar).—Estas palabras han producido en los discípulos un movimienio de asombro, de indignacion, de curiosidad, de miedo...—La fisonomía de

Jesús (ya sabeis que me refiero á la original de Vinci que he visto en *Brera*) expresa dolor y mansedumbre. Sus manos extendidas revelan la paz y la resignacion con que espera los mayores tormentos.—*Simon*, colocado el último, á la izquierda de Jesús, duda que haya entre ellos quien cometa semejante felonía, y está tranquilo como su conciencia. *Tadeo*, con aire sombrío, vuelve el rostro para no ver á Judas, cual si le asaltase una sospecha. *Mateo* repite enérgicamente las palabras del Salvador, como diciendo: «No debeis dudarlo, puesto que Jesús lo afirma. Entre nosotros hay un traidor:»—Estos tres personajes forman un grupo, ó sea una escena del drama.—Luego viene otro episodio de mayor vida y más poderosos afectos.—*Felipe*, suavísima figura, se ha puesto de pié y se dirige á Cristo con las lágrimas en los ojos, diciéndole: «Yo no soy, yo te amo.» *Santiago el Mayor*, mudo de espanto, abre los brazos con energía, como si exclamara: «Lee, Señor, en mi corazon, y verás que ni podia sospechar que eso sucediera.» *Tomás* se acerca al Divino Maestro, por detrás de Santiago, y, levantando el dedo con ciega furia, jura vengarle si tal sucede.—Este segundo grupo no puede ser más vehemente, más persuasivo, más inspirado.—Sigue el *Hijo de María*, bello sobre toda ponderacion, grande en su humildad, imponente en su tristeza.—A su derecha está *Juan*, el dulce y amado apóstol, con la cabeza caida y las manos cruzadas, lleno de afliccion y de pesadumbre. *Pedro* estudia las fisonomías, pregunta á Juan, y les amenaza á todos lleno de ira. *Judas*, sentado, afectando tranquilidad, revela en su semblante, sabiamente colocado por el artista en una media luz, la turbacion del criminal que se ve descubierto. *Andrés*, maravillado, parece decir: «Señor, no me dejes caer en semejante tentacion.» *Santiago el Justo* mira á Pedro, acechando una ocasion de hablarle, cual si esperase saber por él de quién se trata. *Bartolomé*, en fin, está de pié é inclinado sobre la mesa, creyendo haber oido mal y como pidiendo á Cristo que repita sus palabras.

Tal es la accion del cuadro, vária en sus accidentes, y llena de interés y vida por su unidad. El semblante de cada Apóstol es un trasunto fiel del carácter con que aparece en los Evangelios y de los hechos posteriores de su vida. Conservando todos el tipo judío, son, sin embargo, tan diferentes entre sí como lo fueron en sus relaciones con Jesus y en sus predicaciones y escritos. Otros cuadros referentes á este asunto adolecen de monotonía y amaneramiento, á causa de estar todas las figuras sentadas en fila; pero en la pintura de Vinci, aunque los doce Discípulos se hallan tambien necesariamente en un mismo *término*, hay tal movimiento en las actitudes, tanto arte en la composicion, tanta naturalidad y tanto fuego en cada personaje, que su obligada disposicion delante de la mesa parece accidental ó escogida por el artista.

Al salir de *Santa María delle Grazie*, formé una lista de las más notables Iglesias de *Milan;* tomé un carruaje, y díjele al cochero que me hiciese pasar por todas ellas.

Las *Iglesias* de Milan pueden dividirse en tres clases: *Antiguas Basílicas*, venerables por su fecha, por su rara arquitectura y por los grandes varones que figuran en su historia; *Iglesias del Renacimiento*, resplandecientes de lujo y alegría, é *Iglesias Modernas*, sólo recomendables por su clasicismo artístico.

Entre las primeras, la que más llama la atencion es *San Ambrogio*, fundada por San Ambrosio en el siglo IV, y en la cual se cree tuvo efecto aquella célebre escena, tan soberanamente reproducida por la pintura, en que el dicho santo prohibe la entrada en el templo al emperador Teodosio, á consecuencia de haber éste mandado degollar siete mil habitantes de Tesalónica.—Tambien fue en esta iglesia donde San Agustin abjuró sus errores y se convirtió al cristianismo.—En ella predicaron San Bisilio, San Juan Crisóstomo y otros Santos Padres, y bajo sus bóvedas fueron coronados muchos reyes y emperadores.—Monumentos de tan grandes tiempos son los innumerables bajo-relieves, bustos é inscripciones que decoran el Atrio, verdadero museo de las artes cristianas.—El interior del templo ha sido restaurado varias veces y en diversos estilos, lo cual le han arrebatado su primitivo carácter.

En *San Lorenzo*, tambien antiquísima, se encuentran asimismo grandes recuerdos de los primeros siglos de la Iglesia; entre otros, una Capilla, cuya fundacion se atribuye á la mujer de nuestro rey Ataulfo.—Muchos arqueólogos é historiadores niegan el hecho; pero la tradicion señala hasta el sepulcro que encerró las cenizas de Placidia.

San Nazaro Grande, erigida por San Ambrosio sobre un teatro gentil, y *San Stéfano in Broglio*, edificada por San Estéban en el siglo V, merecen del mismo modo, como vestigios de las artes bárbaras, todo el respeto y toda la admiracion del viajero.

Las *Iglesias del Renacimiento*, que tanto abundan en Milan, son alegres, brillantes, lujosas como las habitaciones destinadas á saraos y festines en los palacios reales. El oro y el mármol relucen por todas partes. La pintura, la escultura y la arquitectura agotan todos los medios de lucir sus encantos, con tal de hermosear la casa de Dios; y la verdad es (á mi juicio) que no logran sino profanarla.—La luz del sol refleja en los dorados capiteles de las columnas corintias, en los frescos de las cúpulas, en el bronce de los pedestales, en los mármoles bruñidos, y la riente hermosura que resulta de esto es demasiado mundana.—*San Alejandro* y *la Madona di San Celso* son las que brillan más por semejante estilo.

En cuanto á las *Iglesiasmodernas*, de arquitectura greco-romana, lo mismo podrian servir para Teatros que para Bolsas, para Templos de Vesta que para Academias ó Liceos.—Su belleza es puramente artística.

Réstame consignar que unas y otras deben visitarse aunque sólo sea como Museos de pinturas.—Luini, Ferrari, Crespi, Lodi, Borgognone y otros grandes artistas han dejado en ellas sus mejores obras.—En este sentido recomiendo á *San Maurizio il Maggiore* y á *San Giorgio in Palazzo*.

De camino que he recorrido todos estos templos, situados en opuestos estremos de *Milan*, he visto la ciudad entera, asi los barrios elegantes como los habitados por la plebe, y en todos ellos he pasado á la puerta de seculares *Palacios*, notables unos por su bella arquitectura, y otros por los históricos nombres que llevan. Pero el lugar que más me ha impresionado, á causa del sello de antigüedad que conservan todos los edificios, es la *Piazza dei Mercanti*, verdadero centro del *Milan* de todas las épocas, foco de los motines, emporio del comercio, mentidero público, asiento de la Bolsa y atrio del palacio de la *Ragione*; palacio construido para servir de asamblea al *Consejo de los ochocientos*, cuando *Milan* era república independiente.

En otras Plazas he visto *Fuentes públicas* bastante graciosas, pero no tan bellas como las *Puertas de la ciudad*, entre las que merecen especial mencion la *Porta Orientale* y la *Porta Romana*.—Esta última es un Arco de triunfo, levantado para celebrar la entrada de Margarita de Austria, mujer de Felipe III de España, en la ciudad de Milan, cuando la ciudad de Milan era una capital de provincia dependiente de Madrid, como hoy Barcelona, Murcia ó Badajoz.

Finalmente, he pasado media hora en la *Biblioteca Ambrosiana*, donde he visto muchos libros... más de cien mil; pero donde no he abierto ninguno...

En cambio, he leido varias cartas de amor, originales de Lucrezia Borgia, dirigidas al cardenal Bembo.—Una de ellas dice: «*Ahí te envío, mi bien amado, algunos de estos mis cabellos que tantas veces elogiaste...*»

Al llegar á este punto, dióme la humorada de preguntar al bibliotecario:

—¿Y los cabellos?

—Arriba los verá usted, me respondió éste con la mayor seriedad.

Y en efecto, en una Galería de objetos preciosos que hay sobre la Biblioteca, enseñáronme despues, al través de un cristal, un hermoso rizo de cabellos rubios perfectamente conservados!

¡Ay de mí! ¡Ya no hay mujeres como Lucrecia Borgia!—*Mujer temible* se llama hoy á la que devora... *el caudal* de los hombres...—¡Hasta el crímen se ha empequeñecido entre nosotros!

Asi me explico que la contemplacion de los cabellos muertos de aquella duquesa tan hermosa, tan feroz y tan enamorada, me haya conmovido hasta la médula de los huesos!...—Pero esto no es escribir: esto es pecar.—Me arrepiento, pues, de lo que acabo de decir..., aunque no sin dolerme de no haber sido víctima de aquella mujer de cuatro maridos...

Lucrezia Borgia, Margarita de Valois y María Stuardo tendrán siempre sus devotos...—¡Amaron tanto!... ¡Eran tan bellas!...—Mas dejemos esto.

Desde la *Biblioteca ambrosiana* fuí en busca de mis amigos del *Hotel* (el prusiano H. de V. y el español duque de V.), con quienes estaba ci-

tado, y nos marchamos juntos á visitar los Cementerios, como buenos cristianos que somos (el prusiano es protestante), y como víspera de Difuntos que ha sido hoy.

Los *Cementerios* de Milan son muy sencillos. Redúcense á extensos bosques de cruces de madera.—En ellos habia muchísima gente arrodillada, rezando, llorando ó cantando psalmos mortuorios. Todos tenian la cabeza descubierta. Nadie comia castañas ni otra cosa alguna.

Yo recordé nuestros Cementerios de Madrid, y la sacrílega romería que va a ellos todos los años, en son de fiesta, á conmemorar los finados, y tuve que reconocer que en Milan se trata á la Muerte más cristianamente que entre nosotros.

Pero esta compuncion era del público; no del gobierno.—El gobiern, ha permitido que esta noche haya funcion en los teatros.—Y tanto es así que yo vengo en este instante de uno.

Dos funciones interesantes se daban esta noche: la una era en el *Teatro Ré*, donde se estrenaba el drama nuevo titulado: *El desembarco de Garibaldi en Sicilia;* y la otra, en el *Teatro de San Redegonda*, donde se representaba: *Daniel Manin ó Venecia en* 1848.—El duque, el prusiano y yo, obligados á optar entre dos alardes de *patrioteria*, elegimos la más distante, ó sea el drama *Daniel Manin.*—Ademas, que Manin fue muy superior á Garibaldi... y ya ha muerto.

En el teatro de *San Redegonda* cuesta un palco *d'ordine nobile* (esto es, la localidad más cara que puede tomarse) la cantidad de 3 francos, inclusas tres entradas.—Y sin embargo, ni el coliseo, ni la compañía ni el público eran de última clase.—Ya os he dicho que el teatro para los italianos no es un artículo de lujo, sino de primera necesidad.

En cuanto al drama, escrito últimamente para excitar el amor y la compasion á la mísera Venecia, tiene la fuerza de un millon de caballos.—En él se habla del rey de Nápoles, llamándole simplemente el *rey Bomba;* en él se trata á Pio IX de una manera lamentable; en él se nombra á Cavour, á Garibaldi, á Victor Manuel, al emperador de Austria, á Radetzky y á otros muchos personajes que andan por el mundo; en él hay *vivas* y *mueras*, himnos, cañonazos, policía austriaca, motines populares... todo lo que puede encender la sangre de las masas.—¡Por supuesto que el personaje más interesante, despues del defensor de Venecia, es un inglés, partidario de la independencia y de la unidad de Italia!

Pero voy á daros una idea detallada del *Cuadro final.*

La escena se ha trasladado á París.—*Manin*, devorado por el amor patrio, por el dolor de ver sufrir bajo el yugo extranjero á la hermosa ciudad que creyó un dia hacer libre, y por la más melancólica *nostalgia*, se encuentra moribundo.—En el momento de expirar, otórgale Dios la vision del porvenir, y presencia la emancipacion de una y otra ciudad de Italia; y ve á *Roma* en un trono; y en torno suyo á *Turin*, *Milan*, *Florencia*, *Nápoles*, *Palermo*, *Parma*, *Bolonia*, *Módena*..., amorosamente agrupadas.



EL CARDENAL ANTONELLI.

Estas ciudades eran representadas por otras tantas actrices, que daban forma corpórea á las imaginaciones del agonizante patricio.—Cada una llevaba la bandera y los atributos de su pasada historia, y los deponia á los pies de la Capital de la Península, es decir, de la *Ciudad* por antonomasia, de *Roma*...—Sin embargo, el canto de triunfo no se entonaba.

—¿Y *Venecia*? preguntaba Manin...

¡Y nadie respondia!—Venecia yacia aún en triste servidumbre...

Entonces óyense remotos cañonazos, rumor de espadas y gritos de agonía...—¡Todos tiemblan!...

Pero hé aquí que por último estalla el himno de *victoria*... el ansiado canto de triunfo... y aparece en escena una mujer pálida, vestida de negro, llevando en la mano un estandarte hecho girones...

¡Es *Venecia*!

¡Venecia, que acaba de emanciparse, y que se prosterna á los pies de *Roma*, concurriendo á formar con todas sus hermanas el que por tanto tiempo se ha llamado *soñado reino*, la unidad de Italia, la *Italia de los italianos*!

Os lo diré con franqueza. Este final de un drama tan ridículo, tenia algo de sublime. Aquella alegoría estaba bien imaginada; el asunto era noble y digno; la causa de *Venecia*, justa; el entusiasmo de los actores indescriptible...—Así es que el público lloraba y aplaudia.—«¡*Venecia*! ¡*Venecia*!» gritaban más de mil voces.—¡Hasta los músicos de la orquesta se habian puesto de pie, y tocaban vueltos de cara á los espectadores, á fin de manifestarles su emocion de este modo!...—¡Hasta nosotros aplaudimos, sin darnos cuenta de ello!!

. . . .

Todavía no sé qué pensarán de los recientes acontecimientos en los demás pueblos de Italia; mas, por lo que he visto en *Milan* desde que puse aquí la planta hasta este momento, me atrevo á decir que la anexion de la Lombardía al Piamonte ha sido el deseo y el voto de *todos los milaneses*; que no existen entre el Po y los Alpes elementos algunos de reaccion, y que, por el contrario, la opinion pública, la opinion unánime, empuja á Victor Manuel á ultimar su obra, libertando á *Venecia* y estableciendo su córte en *Roma*.—La gratitud de los lombardos á los piamonteses sólo puede compararse á su odio á los austriacos, y su devocion y religiosidad son tan fervientes como profunda es la antipatía que les inspira el gobierno de los Estados Pontificios. Todas las personas con quienes hablais, desde el eclesiástico al militar; desde el prócer al mendigo; así el pobre cochero, á quien *examinais* para entretener los ocios de una caminata, como el escritor y el artista cuyas obras se ven expuestas en la calle; lo mismo el rico comerciante que el mozo de café, distinguen y separan perfectamente á Pio IX, representante de Jesucristo en la tierra, de Pio IX, rey de Roma; y aman y respetan al primero, tanto como combaten al segundo.

. . . .

Al salir del teatro he reparado en que la luna empieza á menguar; y como yo tenga empeño de entrar en *Venecia* de noche, en góndola y con luna, he decidido partir mañana mismo.

Segun estaba tratado, H. de V. me acompañará hasta *Verona*, donde yo haré noche y permaneceré pasado mañana casi todo el dia.—(El me esperará en *Venecia*, en el *Hotel d'Europe*.)

Y, como de *Verona* á *Venecia* se va en poco más de cuatro horas, resulta que pasado mañana á la noche dormiré al blando arrullo de las lagunas, en el seno de la reina del Adriático...

Durmámonos, pues, esta noche, arrullados por tan dulce esperanza.

LIBRO QUINTO.

EL VENETO.

I.

ADIOS Á LOMBARDIA.—EL LAGO DE GARDA.—LA FRONTERA AUSTRIACA.—ITALIANOS Y TUDESCOS.—LA POLICÍA.—EL CUADRILATERO.—VERONA.—NOCHE LÚGUBRE.

Son las once de la mañana del dia 2 de noviembre,—del *Día de Difuntos*!

Las campanas tocan á muerto, y yo estoy dispuesto á marchar.... no al otro mundo, sino á *Venecia*.

Escribo estas líneas en la estacion del ferro-carril, en un salon de descanso, esperando la salida del tren.

Vengo de recorrer algunos templos, y en todos ellos se alza un fúnebre catafalco.

La poblacion de Milan, sin distincion de clases, se halla al pie de los enlutados altares, rogando por los finados.—Nobles y elegantes damas, graves ancianos, bellísimas jóvenes, tiernos infantes, todos vestidos de negro, van de un templo á otro en sus lujosos carruajes á ofrecer todo género de sufragios por el reposo eterno de sus muertos queridos.

Yo creo adivinar la razon por qué este año son tantos y tan ilustres los milaneses que están de duelo.—En la campaña del verano pasado, la flor de la juventud de Milan murió luchando contra el Austria.

Y es que aquí la revolucion no fue la obra de un partido, ni la tiranía de la gente descontenta y revoltosa sobre la pacífica y acomodada. Fue un alzamiento general, capitaneado por la aristocracia y secundado por todas las clases; en que el príncipe y el obrero pelearon como simples soldados; en que los caballos habituados á lucir en el *Corso-Francesco* fueron á caer con sus gallardos ginetes en los campos de batalla; en que los elegantes carruajes de las damas milanesas estuvieron siempre á disposicion de los pobres heridos.

¡Todo el mundo recuerda aquel Regimiento de Caballería, compuesto de Voluntarios pertenecientes á la primera nobleza lombarda, que fue abrasado por la metralla en la llanura de Pallestro!...—Pues bien: las lágrimas que hoy vierten las primeras familias de *Milan*, responden á la sangre de aquel dia...

«¡Gloria y honor á tan insignes mártires!»—digamos tambien nosotros, aunque extranjeros en esta tierra.

Tales son mis últimas impresiones al penetrar en la estacion del ferro-carril que ha de llevarme en cuatro horas á la frontera del Veneto, al terrible *Cuadrilátero*.—El drama de anoche y los enlutados de hoy han depositado en mi corazon no sé si miedo ó aborrecimiento al Austria...—Ello es que no emprendo este viaje sin cierta emocion, sin cierto sobresalto. Paréceme que voy á entrar en país enemigo; que voy á tomar parte en una batalla; que voy á atravesar un país salvaje, contra cuyas hordas no son garantía las leyes de la sociedad.

H. de V. calma mis poéticos temores, diciéndome que él habla aleman, conoce perfectamente el Austria y sabe que mi condicion de español me evitará el espionaje y las molestias que encuentran otros viajeros al entrar en el Veneciado.

Estas seguridades me desesperan.—¡Yo queria drama!

—¡*Partenza*! grita al fin un empleado del camino de hierro. ¡*Treviglio*! ¡*Bérgamo*! ¡*Brescia*! ¡*Peschiera*! ¡*Verona*! ¡*Vicenza*! ¡*Padua*! ¡*Venecia*!

Y un aluvion de viajeros deja los salones de espera y toma por asalto el tren...

Nosotros seguimos la corriente.

Estamos en marcha.

Hace un dia magnífico...—Se diria que el buen tiempo está vinculado al cielo de Italia. Ha principiado noviembre, y ni la atmósfera pierde su sereno azul, ni las campiñas su verdura.

La comarca que recorremos es deliciosa. Innumerables palacios campestres (*villas*) se ven á la falda de suaves colinas pobladas de árboles y viñedos. La llanura empieza á rizarse y á ondular. Algunos riachuelos bajan del Norte, abriéndose camino hácia el lejano *Po*, al través de fértiles soledades.

Así pasamos por delante de *Linito*, *Melzi*, *Pecco* y *Cassano*, pequeños pueblos en que hay estacion de ferro-carril.

Luégo llegamos á las márgenes de un gran rio, y lo atravesamos por un soberbio puente de seis arcos.—Es el *Adda*.

El *Adda* es la segunda de las ocho trincheras naturales que defendian al difunto *Reino Lombardo-Veneto*; su segunda línea; su segunda paralela.

(En este país tan llano, los rios constituyen las posiciones estratégicas.—¿Quién no se acuerda de haber leido el año pasado en los partes de la Guerra: «Los aliados han vadeado el *Tessino*...» «Los austriacos se han

visto obligados á pasar el *Adda*...» «Los franceses se hallan sobre el *Oglio*...» «Los austriacos han abandonado la línea del *Mincio*...» «Napoleon y Victor Manuel están ya sobre el *Adige*?...»—Pues esto consiste en que el Tessino, el Adda, el Serio, el Oglio, el Mella, el Chiese, el Mincio y el Adige bajan casi paralelamente del Norte á buscar el *Po*, partiendo en zonas estratégicas la Lombardía y el Veneciado.—Solo el Adige gira hácia Levante antes de llegar al Po y entra por sí mismo en el Adriático.)

A poco de pasar el *Adda*, que es la derivacion ó desagüe del Lago de Como, llegamos á *Treviglio*, graciosa ciudad de 10,000 habitantes, á cuyas puertas permanecemos tres minutos.

Desde *Treviglio* á *Bérgamo* el ferro-carril deja de dirigirse al Este y sube hácia el Norte hasta llegar al pie de los montes de la Valtelina, hijos de los Alpes tiroleses...

Pero hé aquí *Bérgamo*, patria del ilustre Donizzetti, y patria tambien de *Arlequin*, del bufon clásico de Italia.

Bérgamo es una capital muy importante y muy rica; mas nosotros nos habremos de contentar con verla por fuera, asentada en anfiteatro sobre verdes colinas y bañada por el *Serio* y por un confluente suyo.—En cambio, podemos solazarnos en contemplar el frondosísimo territorio que se extiende á sus pies, y que es acaso el más feraz y pintoresco que hasta ahora he visto en Italia.—¡Qué inmensos bosques de árboles frutales! ¡Qué numerosos ejércitos de olivos! ¡Cuántas amarillentas viñas! ¡Qué graciosas aldeas! ¡Qué profusion de cristalinas aguas! ¡Qué perfumado ambiente! !Cuántos ganados en las laderas de los montes! ¡Qué poéticos trajes los de la gente campesina!—¡Y qué zagalas, medio italianas, medio alpestres, con sus cabellos negros y su corpiño rojo, vienen á ofrecer á los viajeros *aqua limone, arancia e cedrato*!..

Pocos minutos despues de abandonar á Bérgamo, cruzamos el *Oglio*, que baja del *Lago de Iseo*.

Luégo pasamos por delante de los alegres pueblecillos de *Palazzuolo*, *Coccaglio* y *Ospitaletto*, señores de algunos valles tapizados de vides, hasta que hacemos alto en frente de la antigua y heróica ciudod de *Brescia*.

A la vista de sus viejas murallas, recuerdo á Carmagnola, al ilustre enemigo de los Visconti, al osado general, al servidor de Venecia, víctima de la feroz ingratitud del *Consejo de los diez*...

Y el nombre de *Carmagnola* me lleva naturalmente á pensar en la famosa trajedia de Manzoni, y pone en mis labios aquellos sublimes versos con que el gran *Condottier*, sentenciado á muerte, trata de consolar á su esposa y á su hija :

¡La morte!...
Il piu crudel nemico altro non puote
che accelerarla.—¡Oh! gli uomini non hanno
inventata la morte: ella saria
rabbiosa, insoportabile:—dal cielo
ella ne viene, et l'acompagna il cielo
con tal conforto, que ne dar ne torre
gli uomini ponno...

Brescia me recuerda tambien á Gaston de Fox y al caballero Bayardo, que tales proezas llevaron á cabo y contemplaron tambien al pie de sus muros, y los tiempos de la *Liga Lombarda*, en que figuraba esta pequeña República como uno de sus elementos más poderosos.—¡Ah! Los hijos de *Brescia* fueron siempre enérgicos y batalladores, y estas nobles cualidades les hicieron padecer horriblemente durante la dominacion austriaca. —Todo el mundo sabe, por ejemplo, la heróica resistencia que opusieron no hace muchos años al general Haynau.

Pero,—dicho sea francamente,—la gran celebridad de este pueblo proviene de haber dado cuna y nombre al audaz é infortunado reformador *Arnaldo de Brescia*, mísero fraile, que hizo tanto ruido en el si-XII como Napoleon el Grande en el siglo XIX (1).

Brescia es hoy una ciudad de 40,000 almas, no muy bella, dicen; pero rica de antigüedades y monumentos.—Sin embargo, yo no la veré... —¡Me llama Venecia... y me llama con tan fuertes voces, que bien sabe Dios que, si pienso detenerme esta noche en *Verona*, Shakespeare tiene la culpa!...—¿Cómo no visitar el nido de los amores de *Romeo* y *Julieta*?

Pero ¿que es esto?—¡En *Brescia* se queda casi toda la gente que venia en el tren!...

Comprendo el motivo. *Brescia* es la última ciudad de la Lombardía; el último pueblo importante de la *Italia... oficial*.—¡Nos acercamos á la frontera *austriaca*!

Asi es que no bien salimos de *Brescia*, un silencio de muerte reina en los coches, como si hubieran enmudecido de pronto los cincuenta viajeros que todavía los ocupan.—¡Dolorosa mudez! ¡Casi todos ellos son *italianos*, y sienten vergüenza ó remordimientos de ir á la tierra dominada por el comun enemigo!

—«¡Ah, traidores!... (se diria que exclama cada uno mirando á los demás.) ¡Con que no veníais á Brescia! ¡Con que os dirigiais al Austria! ¿Qué vais á hacer allí? ¿Vais á servir al tirano de *Venecia*? ¿Vais á vender la Italia? ¿Habeis sido espías en las ciudades libres y vais á ser sus delato-

(1) Hé aquí sucintamente la historia de Arnaldo, tal como la trae un *Diccionario Biográfico*, escrito por hombres muy ortodoxos:

Arnaldo de Brescia, famoso hereje, nació en dicha ciudad el año de 1100. En su juventud pasó á Francia y fue discípulo de Abelardo, despues de lo cual volvió á su pais y tomó el hábito de religioso. Pretendió reformar el clero y restablecer la primitiva iglesia, sosteniendo que los eclesiasticos no podian poseer bienes temporales sino á trueque de condenarse. Hizo un gran número de partidarios y produjo turbulencias en muchas ciudades en que el pueblo empuñó las armas contra los sacerdotes. Condenado por el papa Inocente II y por el concilio de Letrau en 1139, se retiró algun tiempo á Suiza; pero en 1144, viendo crecer su partido, fué á Roma y arrojó de ella sucesivamente á los papas Lucio II y Eugenio III. Enlazando la reforma política á la reforma religiosa, restableció la antigua república y creó un senado. Durante diez años fue dueño de Roma; pero al cabo de este tiempo, Adriano IV logró entrar en la capital, haciendo huir á Arnaldo, que se refugió en Toscana. El emperador Federico Barbaroja, á quien Adriano habia pedido auxilio, prendió al fin á Arnaldo y lo entregó al prefecto de la ciudad eterna, el cual le hizo cortar la cabeza en el castillo de *Sant'Angelo*, el año de 1155.

res en la ciudad esclava? Yo hago este penoso viaje, compelido por sagrados intereses de familia... ¿Lo haceis vosotros para decir á los *tudescos* que yo soy ardiente italiano y que aborrezco de muerte á Francisco José?»

Algo por este estilo irán pensando mis compañeros de viaje. El hecho es que callan, ó se hablan secretamente, y que se miran con recelo y desconfianza, y que el fuego del odio reluce en sus pupilas, y que el respeto al gran infortunio que van á presenciar entristece sus semblantes...

Asi cruzamos por *Lonato*; asi atravesamos un largo túnel y un hermosísimo viaducto, y asi llegamos á las tres y media de la tarde á *Peschiera*.—¡Nos hemos metido en la boca del lobo!

La frontera austriaca pasa por la Estacion que tiene el ferro-carril á las puertas de esta ciudad, de cuyas resultas la policía del Imperio ha establecido aquí una especie de torno, como el de los conventos de monjas, en el cual entra el viajero, para ser prolijamente examinado y requerido. —Una vez reconocidas la formalidad de su pasaporte, la legalidad de su equipaje, la inocencia de su historia y la honradez de su fisonomía, se le hace pasar al otro lado del torno, y nuestro hombre se halla en territorio austriaco.

Yo acabo de sufrir esta humillante inspeccion, este interrogatorio, esta pesquisa en mi pobre saco-de-noche, y hasta ciertas miradas á mis bolsillos (que llegué á recelar se tornaran en un registro grosero), y me encuentro ya en el *Cuadrilátero*, en la cárcel de un pueblo ilustre, en el triste presidio de la que fue soberana República de Venecia.—En cuanto á mi pasaporte, se halla aún en manos de la Policía, acompañado de una declaracion que acabo de prestar acerca del objeto que me trae á este país, del tiempo que pienso permanecer en él, de mi procedencia y de mis intenciones...—¡Y á esto se llama *reinar*!...

. . . .

Peschiera, Plaza Fuerte, situada sobre el *Mincio*, á su salida del *Lago de Garda*, forma, con Legnano, Mántua y Verona, el famoso *Cuadrilátero* en que se apoya el Austria para dominar el Veneto.—La frontera corre ahora por en medio de este lago y de este rio, como antes pasaba por en medio del Tessino y del Lago-Mayor.

Yo espero mi pasaporte y el permiso de continuar mi viaje, asomado á un balcon de la sala-de-espera, que da sobre el *Lago de Guarda*, y desde el cual se descubre un panorama soberbio...

Son las cuatro de la tarde.—El sol empieza á declinar, recostándose en un pabellon de nubes de púrpura y enrojeciendo las sosegadas aguas... —El lago parece de sangre.—A las orillas del *Mincio* vagan algunos soldados con levita blanca y capote gris...—Yo he visto antes de ahora esos uniformes en litografías que represntaban las batallas de Magenta y Solferino, y siempre los vestian los heridos y los muertos!

¡Son los austriacos!—Al otro lado del rio, y al término de una dilata-

da llanura, distingo dos pueblecillos, cuyas torres parroquiales se miran á gran distancia.—El uno es *Villafranca*: el otro es *Solferino*.—Hácia el Norte se elevan unas corpulentas montañas de color de violeta, á cuyo pie se distinguen muchas villas y ciudades.—Las de esta orilla son libres: las de la otra son siervas.—El Veneciado y la Lombardía se miran aquí al través de las aguas con la misma angustia que antes se miraban, al través del Lago-Mayor, la Lombardía y el Piamonte.—Finalmente: algunos vapores cruzan las olas, paseando á la vista de los redimidos habitantes de *Desenzano*, *Salo y San Marcos* la aborrecida bandera austriaca!...

Dentro y fuera de este salon, en torno mio y á lo lejos, reina un silencio sepulcral.—Sin esto, me pareceria que sobre ese Lago se está dando en este instante una batalla.—La niebla, enrojecida por el sol poniente, semeja el humo de la inflamada pólvora... El relucir del agua trae á la imaginacion el brillo de los aceros... El odio, que reina noche y dia en esta comarca, aguarda sólo una señal para trocarse en encarnizada lucha...

Esa batalla se dará indefectiblemente.—Todo lo violento es transitorio.

. . . .

Mientras escribia en mi cartera estas reflexiones, se ha acercado á mí un señor muy rubio, y se ha puesto á ver, por encima de mi hombro, lo que yo hacia con el lápiz sobre el papel...—¿Si creeria que estaba ideando un plan de ataque contra *Peschiera*?

De cualquier modo, se habrá quedado en ayunas; pues mis abreviaturas españolas no son para leidas por cualquier aleman...

Al fin me dan el pasaporte.—Trae doblado un pico, y algunas señales misteriosas hechas con lápiz...—¿Qué significará esto?—¿Será una patente de mi inocencia, ó atraerá sobre mí la vigilancia de la policía?

Ello dirá.

A eso de las cinco salimos de Peschiera, pasando el *Mincio* sobre un magnífico puente.

Los coches del nuevo tren son hermosísimos. Los campos están perfectamente cultivados. Los caminos vecinales podrian servir de modelo. —Pues, señor; está visto: en cuanto á *bienes materiales*, la administracion austriaca no deja nada que desear.

Ya van en el tren tantos tudescos como italianos.—El silencio se hace más terrible, más amenazador que nunca!—En mi coche, por ejemplo, se respira una atmósfera pesada, aflictiva, cargada de odio y de maldiciones...—Dentro de él va un inspector de policía.—Yo creo que si se cerrasen las ventanillas y se encediese un fósforo, estallaria el carruaje, como una habitacion llena de gas...

En las Estaciones se ven escudos de armas del Imperio y gruesos destacamentos de tropa, cuyas severas levitas blancas y hermosas y serias fisonomías me recuerdan siempre la campaña del año último...—Los ita-

lianos fingen no reparar en nada.—Los *vencidos* están tristes; pero no domados.—Asi es que todo el mundo conviene en que desean *volver á empezar...*

. . . .

Llegamos al fin delante de *Verona.*

Verona se aparece al caminante precedida de muchas líneas de fortificacion,—fosos, parapetos y trincheras;—rodeada de sólidos muros, flanqueados de recias torres;—protegida por un doble cinturon de *fuertes* aislados;—dominada por grandes palacios y un Castillo,—y defendida además por el anchuroso y profundo *Adige*, que cerca casi completamente la antigua Ciudad, separándola de una Isla y de un Barrio que llevan el nombre de *Veronetta.*

¡Yo soy el único viajero que se queda en *Verona!* Los demás siguen en el tren hácia *Venecia*, á donde llegarán á las once de la noche.

Despídome de H. de V., y quédome solo y triste, entre unos esbirros que examinan de nuevo mi pasaporte y mi equipaje, y unos cocheros que me nombran todos los hoteles y *albergui* de Verona, brindándose á llevarme á ellos.

Casi estoy ya arrrepentido de haberme quedado.

Empieza á oscurecer.—La atmósfera está húmeda.—Este país es malsano.

Tengo frio...; pero un frio que me anuncia la fiebre.

—¿A dónde va usted á parar? me pregunta un comisario de policía.

—Venga usted al *Hotel de las Dos-Torres*, me dice un cochero.

—No señor; al de la *Torre de Lóndres*, me aconseja otro.

—A la *Gran Czarina*, añade un tercero...

—Decídase usted, continúa el comisario.—Yo me quedo con el pasaporte. Mañana á las diez se presentará usted en la Policía á recogerlo. Entre tanto, conserve usted este papel.

¡Qué nombres de hoteles! ¡*Las Dos-Torres*! ¡*La torre de Lóndres*!—Yo creo que me dicen que elija prision.—¡*La Gran Czarina*! ¡Qué adulacion á la despótica Rusia!—¡Y además se quedan con mi pasaporte!...—Esto es cortarme las alas. ¡Ya no seré libre! ¡Ya no podré marcharme en el momento que se me antoje, ni sin decir el pueblo á dónde me dirijo!...—¡Adios, pues, mi hermosa independencia! ¡En adelante seré esclavo de mi palabra y de las concesiones de un comisario!

—Vamos al hotel de *Las Dos-Torres*, exclamé por último.

El papel que me ha dado la policía dice así,—en inglés, francés, aleman é italiano:

Il viaggiatore si presentará entro il termine de 24 ore all' I. R. Uffizio di Polizia per ottenere la vidimazione del suo passaporto, od il permesso di soggiornare in questa cittá.

¡El permiso de vivir en esta ciudad!...—¡Pobre Austria... y qué tra-

bajo le cuesta tener un puerto de mar y algunos millones de esclavos!

Con estas y las otras, cuando subo á *Verona* ya es de noche.

Entro por la puerta del Obispo (*Porta-Vescovo*).

Las calles que recorro son anchas y solitarias.

Todavía no han encendido el alumbrado público, ni acaso lo enciendan; pues en el almanaque hace luna...

Y digo *en el almanaque*, porque una espesa niebla impide á sus plateados rayos llegar hasta las calles de *Verona*.

El coche pasa luego sobre el *Adige* por un largo puente. En seguida recorremos diez ó doce calles cortas y rectas, en que se ven pocas tiendas y muchos soldados, hasta que al fin llegamos á una plaza en que se levanta una gran Iglesia.

A la derecha del templo hay un viejísimo y deforme Palacio.—Es el *Hotel*, coronado por las dos Torres que le dan nombre.

Yo estoy por decir que me han encerrado en una de ellas, como á un prisionero de los tiempos románticos.

En todo el Palacio no he encontrado más alma viviente que el camarero que me ha conducido á mi habitacion.

Esta es muy grande, muy triste y muy fria...

Dichosamente, tiene chimenea...

Pero ¡ah! la chimenea da humo...

—Todavía no hemos alfombrado, dice el servidor, reparando en la displicente mirada que dirijo al aposento.

Lo que yo creo es que el dueño del *Hotel* no habia previsto que pudiese parar aquí este año viajero alguno.

Y á la verdad que el que acaba de penetrar por sus puertas no le sacará de pobre.—Una violenta calentura me hace temblar como un azogado...—Digo, pues, que ya he comido; pido agua de naranja, y me acuesto, despues de apagar la chimenea.

¡Qué noche! A las cuatro de la madrugada aún no he podido conciliar el sueño.

En cambio, lucho desesperadamente con mil visiones y pesadillas, producidas por la fiebre que me devora.

¡Y cosa estraña! el sentimiento dominante en mis alucinaciones es un miedo cerval á los austriacos; no sé qué terror pueril, parecido al que me inspiraba en mi niñez una habitacion oscura.

Yo no he tenido el gusto de vivir bajo el antiguo régimen. Yo no conozco la tiranía sino de nombre. Cuando abrí los ojos al mundo, me encontré en una sociedad libre, digna, racional, que ofrecia á todos los individuos el sagrado amparo de las leyes.—Todo lo que despues ha querido pasar en España por despotismo, me ha hecho reir. La tiranía de nuestros ministros responsables me ha parecido siempre cómica, y no he tenido nunca la fortuna de temer la ira de aquellos sultanes de sainete que arrancaban á los periódicos tantas lamentaciones.—No: yo no he co-

nocido el drama político, sino la vulgar comedia. Yo he envidiado la suerte de nuestros padres, que tuvieron que luchar contra la arbitrariedad de los conquistadores, contra la Inquisicion, contra Fernando VII... enemigos respetables hasta cierto punto! Yo he dicho en cierta ocasion:

> ¡Oh!... ¡quién me diera de la antigua fama
> digno un lugar, en que la estéril vida
> rendir en feudo á patria, Dios y dama!
> ¡Quién el desierto de la edad perdida
> poblar pudiera de esforzados hechos,
> dignos de un alma á batallar nacida!

Yo he suspirado, en fin, por trágicas situaciones, lamentando no haber nacido en Polonia, en Hungría ó en Venecia.—¡Ah! en estos pueblos es imposible el ocio del alma! ¡El amor y el odio tienen grandes objetivos! ¡El esfuerzo individual halla dispuesto un gran teatro y puede prometerse un noble premio! ¡La vida y la muerte encuentran á cada instante un empleo digno, que á cualquiera le es dado alcanzar, con aplauso de Dios y de la patria!...

Ahora bien: la esclavizada *Verona* reproduce en mi imaginacion todos mis sueños de conspiraciones, luchas, cárceles, tormentos y patíbulos.

Aquí reina un despotismo serio, dramático, pavoroso.—Asi eran la España de 1809, invadida por Napoleon, y la España de 1824, dominada por el absolutismo.—Tal se encontraba tambien Francia en la época del Terror.

Estas ideas, confundiéndose con otras, me han hecho pensar en el Santo-Oficio, en la Vendée, en las crueldades marroquíes, en Antonio Perez, en la Ley de Sospechosos, en el 2 de diciembre, en el *órden* de Varsovia, en la Saint-Barthelemi y en Silvio Pellico, en Savoranola y en otros muchos horrores y heroicidades.

Y uniéndose esto á cierto drama que ví representar cuando niño, titulado *Jusepo el Veronés*; y al *Congreso de Verona*, que produjo la gran iniquidad de 1823; y al fúnebre desenlace de *Romeo y Julieta*; y al recuerdo de la familia *Scala*, que tantas atrocidades hizo aquí; y á todo lo que se cuenta de las prisiones y persecuciones que en estos dias se llevaron á cabo contra los pobres veroneses que aman el dulce nombre de *Italia*, háceme pasar una noche que no olvidaré jamás y que con sobrada razon he llamado *noche lúgubre*. . . . .
. . . .

II.

«REDEUNT SPECTACULA MANE.»—EL PALACIO «GIUSTI.»—UN PASEO POR VERONA.—OTRO ANFITEATRO.—EL SEPULCRO DE JULIETA.—PASO POR PÁDUA.—VENECIA A LO LEJOS.—LLEGADA A VENECIA.

Verona, 3 de noviembre de 1860.

Son las doce de la mañana; de una mañana hermosa, templada, refulgente, rica de sol y de alegría.

El cielo está azul; el aire sosegado; mi espíritu tranquilo.

La fiebre y sus visiones desaparecieron con la noche y sus tinieblas.

Me encuentro en los Jardines altos del soberbio *Palacio Giusti*, que dominan á toda *Verona*.

El dia está tan claro que distingo desde aquí un horizonte de veinte leguas.—El *Adige* reluce por todas partes, como una inmesa serpiente de plateadas escamas que se desliza ondulando por la amplísima llanura.—Allá, hácia el Norte, se perciben las ásperas montañas del Tirol.—Por la parte del Sur y Levante, el terreno se inclina suavemente, adivinándose ya su muerte en el Adriático.

A mis pies se extiende la Ciudad, coronada de torreones, cúpulas y campanarios, y atravesada por el ancho rio, cuyo magestuoso curso cortan cinco puentes. A mi alrededor se levantan árboles seculares, viejas estatuas, escaleras de mármol que conducen de un jardin á otro, y un Palacio del siglo XIV que pudiera pasar por prision y fortaleza.

Imposible parece que Shakspeare escribiera su gran tragedia sin haber venido á Italia, sin haber estado en *Verona*, sin haber visto este Palacio.—En estos jardines, llenos de fúnebres cipreses y rodeados de altos muros, se respira no sé qué romántica tristura semejante á la que domina á todos los personajes de *Romeo y Julieta*.—El mismo alborozo con que cantan los pájaros, rien las aguas y abren sus cálices las flores, infunde honda melancolía, cual si se adivinase que los encantos del amor y de la belleza han de vivir cautivos y atormentados en este severo recinto.

Mas no creais por esto que el *Palacio Giusti* tiene relacion alguna con aquel doloroso drama.—La casa de Julieta, al decir de los veroneses, se encontraba situada al otro lado del Adige, sin que se designe el sitio.—No sucede lo mismo con su sepulcro, al cual haremos luégo una visita,—siempre bajo la fe de la tradicion.

Tambien recuerda este Palacio aquellos tiempos de *Verona* en que reinaba en ella el *Can grande de la Scala*, jefe del partido gibelino y amigo y protector de Dante.—(Sabido es que los *Scala* fueron en la historia de *Verona* lo que los Visconti en la historia de Milan: los verdugos de la ciudad y la gloria y la grandeza del Estado).

Para venir desde el Hotel hasta aquí, he seguido el camino más largo, deteniéndome en calles y plazas, penetrando en algunas Iglesias y procurando sentir y comprender los principales caractéres de *Verona*.

(Al mismo tiempo he rescatado mi pasaporte.)

Verona, á pesar de sus 50,000 habitantes, de su gran importancia militar y nobles recuerdos históricos, pasaria hoy á los ojos de un hombre *práctico*, por una capital pobre y fea.—Para mí, su pobreza y su fealdad constituyen todo su mérito.—*Verona* es una ciudad de la edad media, alumbrada por el sol del siglo XIX.—Parece, pues, un ilustre señor arruinado, pero no degradado, que soporta orgullosamente su miseria sin descender á oficios indignos de su elevada clase.

Las calles de *Verona* son por lo regular anchas y largas, y rara es aquella en que no se ve más de un antiguo palacio de melancólico aspecto, cuya portada gótico-lombarda, ó del Renacimiento, ó bizantina, contrasta amargamente con los vidrios rotos de los balcones, con las apolilladas maderas de las puertas y con la humilde condicion de sus actuales inquilinos.

En la *Plaza de los Señores* he visto el antiguo *Palacio de los Scala*, convertido hoy en Casa Municipal, y el *Palacio del Consejo*, adornado con las Estátuas de los Veroneses célebres, entre los cuales se cuentan hombres tan insignes como Cornelio Nepote, Catulo y Plinio el Jóven.—¡Bien podian los modernos haber añadido una escultura más, en honor del grande artista *Pablo el Veronés*!

La *Piazza delle Erbe (Plaza de las yerbas)* me ha llamado aún más la atencion, por el sello de antigüedad que conservan todos los edificios. Las fachadas de la mayor parte de las casas particulares están pintadas al fresco. En un lado se ve la *Loggia* de los mercaderes, ó sea la Alhóndiga, ó la Lonja, edificada en el siglo XIII. En otro se levanta el Palacio de los célebres *Maffei*, donde nació hace dos siglos el mas insigne individuo de esta familia, el marqués Francisco Scipion, capitan y literato muy famoso.

Hay todavía en *Verona* otra Plaza notable, la *Piazza Bra*, en la cual no he estado todavía, pero á la que he de ir forzosamentete; pues en ella se levanta el tan celebrado anfiteatro romano, conocido con el nombre de *l'Arena*.

Además de ese monumento, encierra esta ciudad otros muchos que acreditan el alto grado de importancia que alcanzó en los grandes tiempos de Roma.—Entre ellos merecen citarse la *Porta Borsari*, arco de triunfo que se encuentra en medio del *Corso* (calle principal, que sirve de paseo á la aristocrocia veronesa), y *l'Arco de Leoni*, que se cree erigido por Vespasiano.

En cuanto á las *Iglesias* de *Verona*, que pasan de cincuenta, y de las que, como os he dicho, he visitado algunas esta mañana, son dignas de toda la atencion del viajero por su venerable antigüedad. Ellas solas bastarian para resolver muchos problemas de la historia del arte y acla-

rar el caos de aquella época en que el sentimiento cristiano buscaba su espresion en la arquitectura *lombarda*, asimilándose y purificando los corrompidos restos de la antigua forma clásica, adulterados al chocar con el gusto bizantino, y pugnando por fundirlos con el estilo gótico, floreciente en Alemania.

Lo más notable que encierra *Verona* en este género es la Iglesia de *San Zenone*, fundada por Pepino, restaurada en el siglo X y reedificada, tal como se halla hoy, á mediados del siglo XII.

Pero es cerca de la una, y á las dos sale el tren para Venecia, á donde llegaré esta tarde á las seis.—Aprovechemos esta hora en ver el *Anfiteatro* y la *Tumba de Julieta*, y partamos.

Estoy en la *Arena*, que, como os he dicho, se halla situada en la *Plaza Bra*.

Esta plaza constituye el centro de *Verona*, y se comunica con e *Stradone de Porta Nuova*, ancha y hemosa calle formada por palacios y jardines.—Adornan la Plaza dos *Cuarteles* monumentales, uno antiguo *(Gran Guardia antica)* y otro moderno *(Palazzo de la gran Guardia)*, asi como un bello Teatro, precedido de Pórticos llenos de preciosidades arqueológicas, que hacen de aquel lugar un verdadero museo.

En cuanto al *Anfiteatro*, en cuyas gradas más eminentes estoy sentado escribiendo estos apuntes (como hace dos dias en *la Arena* de Milan), es una impotente y grandiosa construccion que respira aquella magestad cesárea peculiar de las grandes obras de los romanos. Su forma es elíptica, y el gran diámetro no baja de 450 pies. Hasta hoy se han hundido dos pisos, y con ellos todos los palcos, quedando solamente cuarenta y cuatro gradas de mármol blanco en que caben 22,000 personas.

Tan sensible ruina ha provenido de la funesta idea que tuvieron los veroneses, hace algunos siglos, de levantar tiendas y hasta habilitar casas sobre este colosal cimiento,—casas y tiendas que no desaparecieron hasta hace 200 años. Hoy habita todavía alguna gente en los vomitorios y en las galerías bajas; pero sin que le sea permitido á nadie añadir ni quitar una sola piedra á tan augusto monumento.

Dos mil años de fecha cuenta esta obra portentosa, y aún parece recien construida en su mayor parte, causando asombro la solidez y atrevimiento de sus arcos y galerías. Puede, pues, asegurarse que seguirá de pie miles y miles de años, si la barbarie ó un cataclismo no la destruyen, y respétasela tanto por lo que ha visto en veinte siglos de existencia pasada, como por lo que le resta que ver en las edades futuras.

¡Quién sabe cuántos monumentos, cuántos palacios, cuántas ciudades que hoy se levantan, se borrarán sobre el haz de la tierra antes que acabe de sepultar su frente en el polvo este gigante moribundo!—Para imaginarlo, basta pensar en las cosas que han nacido y han muerto desde que esta dilatada galería recibe la visita diurna del infatigable sol.

lo demás, yo me he complacido varias veces, durante las dos horas

que llevo de recorrer estas gradas, en figurarme el anchuroso Circo poblado por los 50,000 espectadores que cabian en él, y he creido verlos, sentados á la sombra de cortinajes de seda, vestidos con la túnica y el manto, descubierta la frente, hablando el latin, nuestra materna lengua, en tanto que de las 24 prisiones que acabo de visitar iban saliendo los esclavos, los criminales ó los cristianos destinados á las fieras...

Y recordando nuestras fiestas de toros, he escuchado, sin hacer un gran esfuerzo de imaginacion, el vocerío de la muchedumbre, el grito del condenado, el rugido del tigre que se lanzaba sobre él, el atronador aplauso, el alarido de las trompetas...

Y luégo, andando el tiempo, he visto desaparecer aquellas gentes, y reinar el silencio y la soledad en el *Anfiteatro*, y crecer la ociosa yerba entre los mármoles, y aparecer por un vomitorio una procesion de hombres pálidos y tristes, vestidos ya de otra manera, que paseaban solemnemente una Cruz por uno y otro corredor, por las gradas, por los acueductos que servian para los juegos navales, por las prisiones empapadas de lágrimas, por la arena empapada de sangre, y por la tribuna que profanó la crueldad bajo la investidura de la justicia...

Todo esto he creido ver.

Y despues he visto, no ya con la imaginacion, sino con los ojos, otra cosa que me ha hecho reir homéricamente y que merece ser contada.

Es el caso que, en medio de la arena del Circo, se ha construido modernamente un *Teatro*, improvisado con madera y lienzo, en el cual, á lo que me han dicho, se representan pantominas los domingos porla tarde. —Una tercera parte de las gradas tienen vista sobre el escenario, y en ellas se coloca la plebe. En el espacio que media entre el *Teatro* y las gradas hay algunas hileras de sillas en que se sientan las personas de mas suposicion. Y por último, desde el proscenio hasta la circunferencia del Circo, avanzan divergentemente dos galerías, cubiertas de tejas, en que se hallan los palcos de la aristocracia. Un insignificante corredor del colosal edificio sirve de café, y aún resulta grande para tal uso!

Cualquira diria que un espíritu burlon ha concebido la idea de este coliseo para establecer un contraste entre los pasados y los actuales tiempos de *Verona*.

—Esta *rebanada* (permitidme la palabra) del antiguo anfiteatro, sirviendo para contener un templo de las artes modernas y al público veronés de hoy, es la mas cruel irrision que puede hacese del destino de algunos pueblos y de las vicisitudes humanas.

Aparte de esto, las galerías inferiores sirven para almacenes de heno y paja de la caballería tudesca. En otro lado se ve un gran depósito de leña, de donde creo que se surte toda la capital! ¡Y sin embargo, el edificio es tan inmensurable, que con encerrar tantas cosas, resulta todavía desierto y desocupado!

Para venir del *Anfiteatro* á la *Tumba de Julieta* he pasado por una

hermosa calle, en la cual he visto asomadas á calados balcones de renegrido mármol, ó á ferradas rejas, algunas *Julietas* de nuestros dias, vestidas de tartan y de otras humildes telas ahora en uso.

Entre estas Julietas habia una tan hermosa como pudo serlo la de Shakspeare, y su vista me ha hecho el mismo efecto que el sol contemplado desde las gradas de *l'Arena.*

El sol, tan jóven y amoroso hoy como lo era hace veinte siglos, contrastaba allí con las obras del hombre, cuya vida es una continua muerte y para las cuales existir es envejecer y aniquilarse.

Pues lo mismo acontece con el amor.—El amor, que se hubiera dicho enterrado con *Romeo*, *Páris* y *Julieta*, ha vuelto todos los años á *Verona* á inflamar nuevos corazones.

Y la bella adolescente que acabo de admirar, es el sol del amor que vuelve hoy al mundo, mientras que el corazon de algunos hombres se parece á las ruinas del Anfiteatro.

La *Tumba de Julieta*, ó sea el sepulcro vacío de granito rojo que, al decir de todo Verona, encerró el cuerpo de aquella infortunada amante, se encuentra hoy en un Establo vecino á un Jardin, que fue en otro tiempo Cementerio de un Convento de franciscanos.

Este Convento, al que perteneció indudablemente aquel bondadoso fraile que protegia á *Julieta* (el padre *Lorenzo*, si no recuerdo mal), es hoy Cuartel de los ingenieros austriacos.

El Jardin pertenece á unos pobres hortelanos que lo obligan á criar lechugas y calabazas. Algunos parrales, que lo hermosearian antiguamente, yacen ahora por tierra. Las flores, desterradas por la horticultura, se han refugiado en algunos rincones, al pié de las tapias, donde viven y se aman tímidamente, sin incomodar á nadie.

Un niño de ocho á nueve años, hijo del dueño de la huerta, sirve de conserge del establo en que se halla el *sepulcro*, y es el encargado de mostrar y esplicar á los viajeros aquella venerada peña..... que no sé yo por qué es objeto de tan solemnes pereginaciones.—Pues ¡qué! ¿el amor ha muerto?

Yo comprendo que se visiten las ruinas de pasadas instituciones, de hundidos imperios, de civilizaciones desvanecidas... y las tumbas de los conquistadores, de los artistas y de los sabios... ¡Pero visitar el sepulcro de una enamorada cualquiera, de una muchacha vulgar, sin importancia histórica, desposeida hasta de virtud..., ¡y todo porque amó mucho, y porque dos hombres murieron por su amor!...

No nos hagamos ilusiones.—La importancia de esta jóven no está en ella misma, sino en ser heroina de una tragedia de Shakespeare, del primer genio dramático del mundo, y el homenaje que los viajeros tributan á este sepulcro (de cuya autenticidad se duda con sobrado motivo) pertenece por entero al gran poeta.

Asi y todo, el tierno guardian del amatorio monumento me ha dicho

que la archiduquesa María Luisa (la viuda de Napoleon I) se hizo labrar un collar y unos brazaletes con granito de este sepulcro, y que todas las damas sentimentales de Verona dieron en llevar entre sus diges un pequeño sarcófago de la misma materia, pagada á peso de oro...

Háse, pues, prohibido rigorosamente por el gobierno austriaco semejante comercio, sin embargo de lo cual (y sentiré que esta declaracion mia pare perjuicio al hijo del hortelano) yo mismo he entrado en codicia, á causa quizás de la prohibicion, y llevo en el bolsillo un pedazo muy regular de tan codiciado tesoro, con el cual pienso hacer un tintero...

Por lo demás, este pobre muchacho, que penetra en la vida pronunciando á todas horas, y sin comprenderlas, las dos palabras sacramentales de los humanos destinos—*amor y muerte*,—sabe de memoria el argumento de la tragedia del inmortal Guillermo, y cuenta las cosas con tanta inocencia, naturalidad y gracia, que hay momentos en que cree uno que *Capulet*, *Montaigu*, *Scalus*, *Baltasar*, *Mercutio* y *Gertrudis* existen todavía; que *Romeo*, *Julieta* y *Páris* murieron hace dos ó tres años, y que este chico se acuerda vagamente de ellos y de su trágico fin, como de una cosa que sucedió cerca de su cuna.

—¿Ve usted en aquella tapia?—dice el rapaz con su voz argentina.—¿Ve usted allí unas piedras desmoronadas que dejan una brecha en el muro?—Pues por allí entró *Romeo* en el cementerio.—¿Ve usted estos agujeros del sepulcro?—Pues se hicieron para que respirase *Julieta*, la cual, como usted sabe, no estaba muerta cuando la enterrarion, sino solamente narcotizada.—¿Ve usted esta ligera concavidad?—Pues este era el lugar de la cabeza...

. . . .

En medio del ex-jardin, bajo una medio hundida glorieta, formada por vides y calabazas muy gordas, se ve el sitio que ocupó antes el sepulcro.

Al sacarlo, ha quedado una especie de estanque, lleno de agua hasta la mitad.

¿Son las lágrimas de los peregrinos? ¿Es la lluvia del cielo?

Aunque *Verona* no es el lugar más á propósito para que un español recuerde con gusto á Chateaubriand, no puedo menos de repetir aquí las patéticas palabras con que termina *El Ultimo Abencerraje*:

«Aquel monumento (la tumba de *Aben-Hamet*) es muy sencillo: la piedra sepulcral es toda lisa, sin adorno ni inscripcion: solamente en medio de ella, segun una costumbre antigua de los moros, hay una especie de concavidad, cortada á propósito con el cincel á manera de una pila. El agua de la lluvia se recoge en el fondo de aquella copa fúnebre; y en aquel clima ardiente, las aves del cielo bajan allí á aplacar su sed.»

¡Pues señor, estamos en marcha para Venecia! ..

¡Nada podrá ya detenerme!—Pasaré por *Vicenza* y *Pádua* sin hacer

alto; ¡y eso que Pádua me interesa vivamente!...—Pero ya la veré cuando vuelva de Venecia con direccion á la Romaña.

Al salir de Verona, el tren ha cruzado el *Adige* sobre un magnífico puente.

Luégo hemos visto á la derecha los *Baños de Caldeiro*, en cuyas cercanías combatieron muchas veces, á principios de este siglo, Francia y Austria, y se cubrió de inmarcesible gloria el general Massena.

Más adelante hemos saludado los célebres campos de *Arcole*, regados tambien de sangre austriaca y francesa, y una de las páginas más brillantes de la historia de Napoleon I.

Despues hemos pasado cerca de dos Castillos ruinosos que, segun la tradicion, son las antiguas moradas de las familias enemigas de Romeo y Julieta, esto es, de los *Montaigu* y los *Capulet*, ó sea de *Capulletti e Montechi*, como se dice en la ópera.—Ello es que se levantan sobre dos colinas gemelas y que se miran frente á frente.

Ahora, en fin, nos encontramos parados al pie de *Vicenza*.

. . . .

Vicenza es famosa en la historia del arte por ser cuna y contener las principales obras del inmortal *Palladio*, arquitecto ilustre que fijó el gusto vacilante del Renacimiento y sirvió de modelo y guia á la arquitectura moderna.—Yo siento en el alma no ver los Palacios y las Iglesias que constituyen la gloria de ese artista; pero consuélame de todo la idea (que ya no me abandona ni un instante) de que dentro de tres horas habré surcado la laguna en que se sienta *Venecia* y me pasearé ufanamente por la plazá de San Marcos!...

. . . .

Despues de algunos minutos de detencion, durante los cuales nos dejan algunos compañeros de viaje é ingresan en el tren otros nuevos, silba el pito de la locomotora, óyese cerrar apresuradamente todos los coches y seguimos nuestro camino.

. . . .

Al cabo de una hora de atravesar como un relámpago por fértiles campiñas, llenas de quintas y de aldeas, y por dos largos túneles, y sobre algunos riachuelos, volvemos á hacer alto, y un empleado del ferrocarril grita con voz estentórea:

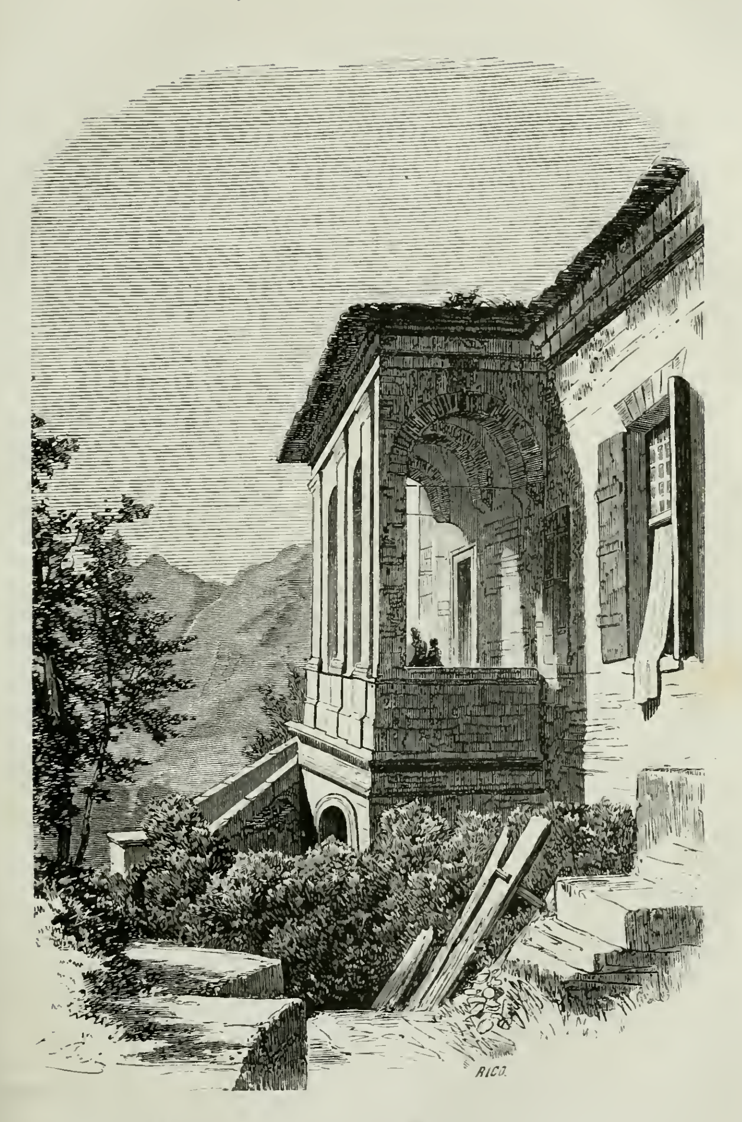
—¡*Padova*! ¡*Padova*! ¡*Cinque minuti*!

—¡*Pádua*! ¡La ciudad de San Antonio! ¡La ciudad de *Angelo, tirano de* idem! ¡La patria de Tito-Livio! exclamo yo, consultando apresuradamente mi memoria.

Y miro por las ventanillas del coche, y sólo veo una estacion como cualquiera otra, á la derecha del camino de hierro, y detrás una carretera, y luego un collado en que aran algunos labradores, y en último término unas voluminosas cúpulas, doradas por el sol poniente...

¡Aquella es *Pádua*!...—Ya volveré dentro de algunos dias...

. . . .



ARQUA.—CASA EN QUE MURIÓ PETRARCA.

Tornamos á caminar.

El terreno baja progresivamente... Algunos canales se dirigen hácia Levante... A lo lejos se abre un horizonte profundo...

Nos acercamos al Adriático.

. . . .

Al ocultarse el sol, pasamos el melancólico *Brenta*, cuyas aguas van á alimentar la *fatal laguna.*

Sucédense los pantanos; escasean las tierras cultivadas; ya no se ve humana vivienda por ninguna parte...

Los tristes resplandores del crepúsculo se pierden en la monótona soledad...

Ya respiramos el ambiente marino...

Acércase la noche...

. . . .

Mestre es la última estacion de tierra firme...

En la pequeña ciudad que lleva este nombre, empiezan ya á encender el alumbrado...

Es noche completa.

. . . .

Al salir de *Mestre*, pasamos al lado de algunos Fuertes.

Luego vemos blanquear el terreno á derecha é izquierda del camino...

—¿Qué es eso que blanquea? pregunto á un compañero de viaje.

—Es agua... me responde.

En efecto, aquello es agua... alumbrada ténuemente por la luna.

Hemos entrado en el magnífico Viaducto de una legua de largo que une á *Venecia* con el continente.

En otro tiempo ya habríamos tenido que tomar un barco para llegar al archipiélago que constituye la Ciudad.

Hoy pasa el Ferro-carril por encima de las aguas, como el pueblo hebreo sobre el Mar Rojo.

Este istmo artificial es una de las obras más atrevidas que existen en Europa.

¡Y qué emocion causa sentirse llevado con tal violencia, y como por arte mágica, sobre la extension de las olas!—A cualquier parte que se mire, no se ve más que agua; agua sin fin por la izquierda; agua y más agua á la derecha; agua delante y detrás de la locomotora...—Y sin embargo, esta ruge, y camina, y devora la distancia, arrastrando su formidable séquito de wagones y reflejando la lumbre del fogon y la luz rojiza de sus linternas en el unido cristal de la plácida laguna.

Entre tanto empiézase á ver surgir del plateado horizonte una fulgente constelacion de luces, que forma como un inmenso collar de topacios, cuyos reflejos tiemblan en las olas...

Luego se destacan sobre el estrellado cielo algunas pardas sombras de cúpulas y campanarios...

Despues se distinguen ya los cristales de los balcones, irradiando, ora

la blanca claridad de la luna, ora la luz dorada que brilla en cada aposento...

Todo aquello parece un colosal navío de ébano, plata y oro, ó un fantástico alcázar en que los resplandores de una maravillosa fiesta logran hacer más bella que el dia la lúgubre oscuridad de la noche...; pero lo cierto y positivo es que tenemos ante los ojos á la esposa del mar; á la reina del Adriático; á la ciudad de los *Dux*; á la encantadora *Venecia*!

. . . .

En esto desaparece tan espléndida vision, y penetra el convoy en un vasto recinto cubierto de hierro y de cristal é iluminado intensamente por colosales faroles...—Estamos en la Estacion.—Hemos llegado.

—¡*Venezia*! ¡*Venezia*! gritan los empleados del camino de hierro, con la misma indiferente tranquilidad y rutinario tono con que pudieran decir:—¡*Getafe*! ¡*Getafe*!

Venecia—leo yo en el muro de la Estacion.

Y por donde quiera que miro, sólo veo mozos, polizontes, empleados, carbon de piedra, reverberos, máquinas, coches, el *buffet*, el *café*, las oficinas, el despacho de billetes, el salon de equipajes y otras vulgaridades por el estilo.

Esto me desespera.

—*Signor... ¿Vuole una góndola?*—Me dice al fin un muchacho que parece copiado de la *Consuelo* de Jorge Sand.

¡Una *góndola*!... Esta palabra me vuelve todas las ilusiones que empezaba á perder...

¡Sí..., sí!... le digo,—añadiendo en mis adentros:

—¡Huyamos pronto de esta realidad prosáica! ¡Busquemos la soledad en las lagunas! ¡Entremos en Venecia á nuestro modo!

Y mientras hablo así, el reloj de la Estacion marca las siete de la noche...

En Madrid serán las cinco y media de la tarde...

Esto es ya encontrarse en Oriente.

III.

PRIMER PASEO POR VENECIA.

Al salir de la Estacion para venir al Hotel donde escribo las presentes líneas, bajé unas escaleras y ví enfrente de mí una infinidad de faroles, cuya viva luz me deslumbró al principio.

En los cristales de aquellos faroles se leian (como en los de los ómnibus que esperan la llegada de los trenes en París, Turin y otras capitales) los nombres de los principales hoteles de *Venecia*; nombres que eran repetidos á grandes gritos por sus comisionados y representantes.

¡Albergo Reale!—*¡Albergo della Vittoria!*—*¡Hotel de la Luna!*—*¡Hotel d'Evrope!*—*¡Hotel d'Italia!*—*¡Hotel de la Ville!*—*¡Hotel dell'Aquila d'Oro!* —*¡Hotel de la Gran Bretagna!*..., etc., etc., decian las voces y los letreros.

Entonces reparé en que aquellos ómnibus no tenian caballos; en que estaban en el agua; en que eran góndolas...

La escalera que acababa de bajar, tenia por último peldaño la laguna...

La clásica góndola veneciana es hoy la misma que era hace doscientos años; pues existe una rigorosa ley suntuaria que prohibe hacer variacion alguna en su forma. Es una especie de esquife estrecho y largo, todo negro y de una fantástica elegancia, en medio del cual hay una como litera ó caja de coche, en que pueden encerrarse cómodamente cuatro personas.

Antes de entrar en la góndola del muchacho que se habia encargado de mí, eché una mirada en torno mio.

Me encontraba á la orilla de un ancho canal, que se dilataba á derecha é izquierda entre elevados edificios, cuya parte superior blanqueaba la naciente luna, mientras que la parte de abajo se perdia en densas tinieblas.

Al través de los cristales de muchas ventanas y balcones se filtraba la luz de las veladas nocturnas, yendo á reflejarse vagamente en la inmóvil y tersa superficie de las aguas.

El alumbrado público proyectaba tambien largas fajas luminosas, mucho mas brillantes, en el líquido elemento...

Este cuadro, donde todo era resplandeciente ó negro, agua y luz, ó impenetrable sombra, inspiraba una fúnebre tristeza.

El canal se perdia de vista por sus dos extremos, retorciéndose de modo que formaba como una S inconmensurable.

El silencio y la soledad que reinaban en él, contrastaban lúgubremente con el ruido de mi anterior viaje y con el tumulto de la estacion.

Entré en la góndola. Hacia frio. Envolvíme en mi capa española y abrí las ventanillas de la que he llamado *litera*, á fin de ver todo lo que fuese encontrando al paso.

El gondolero que me habia hablado antes, se colocó á popa, y otro, aún mas jóven, hermano suyo, permaneció á proa.

Cada uno estaba armado de un largo remo, y los dos siguieron de pie durante toda la travesía.

—¿A dónde vamos, señor? me preguntó uno de ellos con un suavísimo acento en que noté ya las dulces inflexiones del dialecto veneciano, célebre por su infantil ó femenina ternura.

—Al *Hotel d'Europe*, contesté, recordando mi cita con el prusiano.

Ese hotel está al otro estremo del *Canal Grande*...

—¿Es este el *Canal Grande*?

—Sí señor: aquí principia. Tiene cerca de una legua de largo; pero

nosotros tomaremos pronto por algunas callejuelas que nos ahorrarán mucho camino...

—Como querais.

Bogamos...

Los remos levantaban fosforencias en el agua, y producian un lento, claro y melancólico ruido, única señal de vida que daba la ciudad.

El resto de los viajeros se habia quedado en la estacion sacando sus equipajes.

Mi góndola era, pues, la única que surcaba el *Gran Canal*, triste y solitario en aquel paraje, por ser aquella parte la más humilde y pobre de la poblacion.

Segun revolvíamos la ámplia curva del *Canal Grande*, la luna iba alumbrándolo de lleno, hasta que, por último, bañó su misteriosa luz toda el agua que servia de suelo á la calle, y brotaron de la oscuridad, fantásticas é indecisas, las graciosas fachadas de algunos Palacios, cuya noble y aérea arquitectura se copiaba en las olas trasparentes.

Al ver aquellos otros edificios debajo de la góndola, parecíame que esta volaba, como una golondrina, por una calle cualquiera, á media altura de las casas...

Entre tanto, el Canal se ensanchaba y embellecia poco á poco.—Ya tendria cuarenta metros de anchura.—El alumbrado era cada vez más frecuente y esplendoroso. Los Palacios y las Iglesias se sucedian sin interrupcion. Las puertas de unos y otras, y las de todas las casas grandes ó pequeñas, estaban como á vara y media de altura sobre el nivel del Canal. De cada puerta arrancaba una escalinata de mármol, cuyo último escalon era siempre agua...—Cada lado del Canal podia compararse á un inmensurable navío.

Frecuentemente, desembocaban en la via principal que nosotros seguíamos, algunas modestas callejuelas...

Yo escrutaba entonces con ávida mirada hasta el fondo remoto de aquellas travesías, y siempre encontraba lo mismo:—agua dormida entre dos hileras de edificios; agua opaca y silenciosa, cuya existencia se revelaba solamente por el largo reflejo que, cual estela de oro, trazaba, á todo lo largo de encrucijadas y callejones, algun turbio reverbero, destacándose de una equina...

Nada más triste y pavoroso que el dédalo de estrechísimos canales que se adivinaba allá adentro.—Ni un alma, ni un rumor, ni un punto de terreno en que tenerse de pié se percibian en aquellos barrios interiores, cuyo cielo apenas se alcanzaba á ver por encima de las altas y estrechísimas callejas, y cuyo pavimento era siempre un abismo taciturno.

Yo no habia creido nunca que fuera absolutamente verdad todo lo que cuentan los libros acerca de las calles de agua de *Venecia*; pero fuerza me es reconocer que, por esta vez siquiera, no hay exageracion en los asertos de los novelistas.—*Venecia* es más poética, más romántica, más interesante de lo que se la puede fingir la imaginacion.

Seguíamos bogando.—Los gondoleros remaban en silencio. Sus airosas figuras, vestidas con un largo gaban y un sombrero de anchas alas, parecian formar parte de la embarcacion y se destacaban, agigantadas y negras, sobre el agua fulgurante y el esclarecido firmamento...

¡Oh! la luna, la arquitectura y el agua! ¡Qué riente y grandiosa perspectiva! ¡Qué espléndida suavidad! ¡Qué lontananzas plateadas! ¡Qué círculos de juguetonas luces en torno de la góndola, producidas por la quilla y por los remos! ¡Cuántos millares de quebradas lunas en el movible espejo del prolongado estanque! ¡Qué fulgor submarino! ¡Qué palacios acuáticos! ¡Qué fantásticas torres, avecinándose al cielo y repitiéndose en el abismo! ¡Qué hermosura! ¡Qué fantasía!—Dijérase que *Venecia* es de cristal y que tiene luz propia como los astros.

El plácido arrobamiento en que venia sumergido no me ha dejado voluntad ni accion para preguntar cosa alguna á los gondoleros. Un palacio se sucedia á otro. A la puerta de algunos de ellos se veian *atracadas* varias góndolas que indicaban ó que los señores iban á salir, ó que tenian visitas.—Asi juzgamos en otras ciudades cuando vemos carruajes á la puerta de una casa.—Los gondoleros fumaban sentados en la húmeda escalinata de aquellas antiguas mansiones de fiestas y placeres.

Al deslizarnos por enfrente de un altivo Palacio, cuyos numerosos balcones irradiaban una viva iluminacion, he oido cantar al piano el aria de tiple de *María de Padilla*...—¡Amores de Andalucía que conmueven las almas en Venecia!—La voz de aquella mujer era limpia, sonora y apasionada como las notas graves del ruiseñor.

El cadencioso y tardo latido de la laguna herida por los remos se mezcló largo rato á aquella lejana música. Luego dejó de percibirse la voz y volvió á resonar sola, en el alto silencio de la noche, esta monótona palabra, que el agua soñolenta nos decia cada vez que los remos turbaban su quietud:—*Pasad*...—*Pasad*.

Y nosotros pasábamos, dejando en pos nuestro, revueltas y turbadas, las antes adormecidas olas.

Yo no he visto nunca barco alguno de remo que marche tan de prisa como esta especie de piragua llamada góndola.—Entre uno y otro golpe de remo mediará siempre un intervalo de cinco segundos, y en este tiempo la nave hiende las ondas como una exhalacion, adelantando más de cincuenta brazas de camino.

Despues de una media hora de navegacion, he divisado un elevado puente de un solo ojo, tendido sobre el canal.

Nuestra góndola debia pasar por debajo de él.

—*Il ponte de Rialto*, esclamó solemnemente un gondolero.

¡Qué mundo de recuerdos! ¡Qué recuerdos de antiguas esperanzas!—¡El *Puente de Rialto*!...—En una novela que escribí yo hace nueve años, hice pasar á una góndola por debajo de este puente, sin conocerlo.—¡Cuán poético soñaba yo este sitio! ¡Y cuánto lo es en efecto!

Encima del puente hay trece arcos, dispuestos en sentido longitudi-

nal.—El de en medio está vacío. Los otros doce son otras tantas tiendas, profusamente iluminadas. Delante de éllas hay un barandado ó balcon, al través de cuyos balaustres se veia andar á la multitud. Por el arco hueco pasaban tambien longitudinal y trasversalmente algunas personas. Esto significa que el puente sirve de asiento á tres calles, una interior y dos esteriores, formadas por las balaustradas y las tiendas y que el susodicho arco central es al mismo tiempo una travesía.

Las tiendas, sus luces y el ojo del puente se copiaban por entero en el Canal, trazando en sus cristales otro semicírculo, que unido al de arriba, formaba un ancho óvalo argentado por la luna y ornado de rojizos esplendores; una especie de aro ó disco, semejarnte al que rompen de un salto los acróbatas, y por el centro del cual pasó nuestra embarcacion como un relámpago.

Siquiera allí, la Ciudad daba señales de vida. Pasos, gritos, golpes resonaron un momento sobre nosotros. Los habitantes de Venecia se nos aparecian en los aires, como una bandada de pájaros marinos, ó como la tripulacion de un barco gigantesco, vista desde un humilde bote que pasara cerca de él.—Allá arriba todo era luz, animacion y movimiento.—Abajo, en la laguna, seguia reinando la callada soledad.

Pasado el Puente, el *Canal Grande* se dilató y hermoseó mas todavía. La luna se bañaba en el centro de un desierto de agua, iluminándolo todo, tornando en líquida plata el melancólico, elemento esclareciendo con los reflejos de su hermosura las lejanías del horizonte, y trocando en filigrana y encaje la piedra labrada de alcázares y templos.

Al llegar á este punto, la góndola viró á la izquierda, y, dejando el gran Canal, se deslizó en un callejon oscuro por entre los muros sombríos de dos palacios.—Empezábamos la anunciada travesía, que habia de traerme al *Hotel d'Europe*, evitando un larguísimo recodo.

Aquí ya la navegacion cambió completamente de carácter.

La luna no penetraba en las angostas y profundas callejuelas ó pequeños canales que hemos atravesado.

Los remos daban con frecuencia en las paredes.

Sobre nuestras cabezas pasaban de una manzana á otra infinidad de puentecillos, que no eran sino las *calles de tierra*, las *vias sólidas*, por decirlo asi, de la ciudad anfibia.

Sobre aquellos puentecillos se sentian á veces los sordos pasos de algun transeunte.

El sentiria á su vez debajo de sí el rumor de la góndola en el agua.

Algunos faroles, colocados muy altos, alumbraban al mismo tiempo, y asaz débilmente, nuestro camino y el suyo.

Nada mas medroso que todos estos lugares, que todos estos encuentros, que todos estos ruidos.

Asi pasábamos de un callejon á otro; asi encontrábamos plazoletas de agua; asi doblaba la góndola una y otra esquina: asi torcíamos á la derecha, luego á la izquierda; dejábamos á un lado y á otro cien y cien

canales que llevaban á otros puntos; asi me persuadí finalmente de que se puede recorrer toda la ciudad navegando.

A veces, oíamos detrás de una esquina el són de otros remos.

Entonces los gondoleros que me conducian, ó los que venian á encontrase con ellos, decian dos palabras, á que no contestaba nadie; pero que daban lugar siempre á una maniobra.

—*¡Sia premi!*

—*¡Sia stati!*

—*!Sia di lungo!*

Con uno de estos tres gritos se indicaban lo que debian hacer para evitar un choque ó un *pase-por-ojo* al tiempo de doblar una esquina.

¡Y qué lúgubre, qué dramático efecto produce en el recien-llegado este lacónico grito, que tiene su música especial!

A poco de oirse la advertencia entre el murmullo del agua, veis pasar á vuestro lado una cosa larga, estrecha y enlutada como un atahud.

¿De dónde viene? ¿A dónde vá? ¿Qué guarda dentro?

Nada sabeis.

Ni una palabra se cruza de una góndola á otra.

O los que las llevan no se conocen en tanta oscuridad, ó dejan de hablarse, por respeto á las personas que conducen.

Ello es que la góndola pasa... y se pierde en los oscuros canalizos.

¿Quién sabe si detrás de aquellas persianas negras se esconden el amor ó el crímen, el dolor ó el placer, la riquza ó la miseria, el horror ó la hermosura?

Mi góndola atracó por último al pie de una empinada escalera que bajaba de un alto puentecillo.

—¿Hemos llegado? pregunté.

—Estamos muy cerca del *Hotel d'Europe* (me respondió el mayor de los gondoleros). Desembarcaremos aquí, y recorreremos tres ó cuatro calles á pie. De este modo nos ahorramos mucho camino.—*Jacobello* (continuó, dirigiéndose á su hermano): espérame aquí con la góndola, que yo voy á conducir al señor.

Subí, pues, aquella escalera, y me encontré en el segundo piso de Venecia, ó sea en la *Venecia terrestre*.

Allí era tambien grande el silencio; pero no tan profundo como en las lagunas.

Las calles que he recorrido para venir al Hotel son sumamente estrechas, pero resplandecian de luz, y estaban llenas de cristales y de vistosos objetos, como las galerías de un palacio ó como los *pasajes* principales de París.

En *Venecia* todo es subir y bajar escaleras.

De aquí que no sean posibles ni conocidos los carruajes ni los caballos.

Y de aquí tambien el silencio que reina en la ciudad.

La gente que faltaba en los canales iba y venia por aquellos corredores y pasillos que tienen el nombre de calles.

El embaldosado suelo brillaba como el de la más cuidada habitacion.

En *Venecia* no se conoce el polvo.—¿Ni cómo ha de conocerse?

Nadie hablaba en alta voz...—Sólo se oia el rumor de los pasos.

Este es otro rasgo característico de *Venecia*.

La mayoría de los transeuntes se componia de pandillas de oficiales austriacos, cuyas espadas producian un lúgubre són al golpear los peldaños de las escaleras que bajaban á los canales ó subian á los puentes.

Aquel silencio podia compararse al que interrumpe la alegría de un festin, cuando un convidado pronuncia palabras amenazadoras á que no puede seguirse sino un duelo.

Y mientras las gentes callaban de este modo, las calles ardian, por decirlo asi, con las multiplicadas luces de innumerables tiendas, cafés, almacenes y bazares que en nada se diferenciaban de los del resto de Europa.

Resulta, pues, de todo esto, que hay dos Venecias, comprendidas mutuamente la una en la otra: la Venecia exterior y la Venecia interior; la alta y la baja; la oscura y la luminosa; la italiana y la tudesca; la del agua y la luna y la de los brillantes aparadores, en que resplandece el comercio; la de los palacios y la de las tiendas; la solitaria y la poblada; la de las góndolas y la de los ambulantes.

Y resulta tambien que desde una Venecia no se adivina la existencia de la otra. El que discurre por las tenebrosas lagunas no puede sospechar que sobre su cabeza y al otro lado de las casas hay una ciudad despierta, viva, radiante, esplendorosa: como el que pasea por las calles no se da cuenta de que debajo de él y en torno suyo hay otra ciudad dormida, silenciosa, llena de oscuridad y de misterio.

Y, sin embargo; asi como desde la góndola oí alguna vez en los aires sordos pasos de fantásticos transeuntes, del mismo modo he oido desde los puentes balbucir el agua en coloquio con los remos, y tenido conciencia de que alguien pasaba por debajo de mí.—Pero esto era rápido y transitorio como una distraccion del sentido, y luégo tornaba á la realidad de lo que veia, olvidando ó no comprendiendo la faz oculta de *Venecia*.

De este modo he llegado al Hotel.

La puerta de cristales por donde he entrado en el Edificio da á una extensa galería, al fin de la cual hay otra vidriera semejante, que dá sobre el *Gran Canal*: es decir; que el *Hotel d'Europe*, como todas las casas de Venecia, tiene una entrada por tierra y otra por agua.—La fachada principal mira siempre á los canales.

Pero todo lo examinaremos mañana con nuestros propios ojos.—Hasta ahora me atengo á las explicaciones del hermano de *Jacobello*.

Conque hénos en *Venecia*.

Yo no pienso salir ya esta noche. Estoy fatigado y quiero madrugar.

¡Mañana!...—Mañana veré la *Plaza de San Márcos*, el *Palacio de los Dux*, el *Lido*, las Iglesias bizantinas, las obras maestras de Ticiano, el *Puente de los Suspiros*, las *Prisiones*, los Palacios del *Canal Grande*... ¡cuántas y cuántas cosas que constituyen los más dorados sueños de mi vida!

Ahora son las ocho de la noche. Todas las campanas de *Venecia* repican á vuelo.—Mañana es dia de San Cárlos...

—Esas últimas que suenan (me dice el camarero) son las campanas de *San Márcos*.

—¡De *San Márcos*! repito yo con devocion artística.

Despues me da otra noticia muy diferente.

—Venecia (me dice) no está hoy para fiestas. Acaba de saberse que Victor Manuel ha perdido una batalla á orillas del Garegliano. La derrota de los piamonteses ha sido completa, y Francisco II estará á estas horas de vuelta en Nápoles.—Así, al menos, lo afirman los periódicos de esta noche.

—Pues ¿qué? le pregunto yo. ¿Hay periódicos en Venecia?

—Sí señor: todos los dias. Aquí tiene usted uno de hoy.

La primera cosa que leo en el diario que me alarga el camarero, es la siguiente frase con que principia un suelto:

«*S. M. I. R. A., se ha graciosisimamente dignado etc.*»

La abreviatura S. M. I. R. A. quiere decir: *Su Magestad Imperial Real Austriaca.*

—Veo que los periódicos de Venecia son del gobierno (dígome entonces)... Acaso sea tambien del gobierno la noticia de la derrota de Victor-Manuel.—¡*Batalla del Garegliano*!... Esta frase suena bien en oidos españoles.—Hace tres siglos y medio don Fernando el Católico le ganó una *batalla del Garegliano* á Luis XII de Francia...—¡Con que Victor-Manuel derrotado por Francisco II!—Ahora comprendo el lúgubre silencio que reinaba esta tarde en el tren, y esta noche en las calles de Venecia.

—¡*Povera Venezia*!—como dicen á cada instante los gondoleros.

Y, pensando y escribiendo estas cosas, conozco que me voy quedando dormido...

¡Oh felicidad! ¡Dormir *en* Venecia!...—¡Es casi lo mismo que dormir *con* Venecia!...

IV.

VENECIA Á VISTA DE PAJARO.—UN PASEO POR EL LIDO.—LA PIAZZETTA. LA PLAZA DE SAN MÁRCOS Á LAS DOS DE LA TARDE.—LOS VENECIANOS Y LOS AUSTRIACOS.—EL CAFÉ FLORIAN Y EL CAFÉ CUADRI.—LA NOCHE DE UN DOMINGO.

Venecia 4 de noviembre.

Las ocho serian apenas esta mañana, cuando tomámos café en el magnífico balcon de piedra del comedor del *Hotel d'Europe* mi antiguo

amigo H. de V., un jóven inglés llamado *Sir Arturo* y vuestro atento servidor.

De H. de V. ya sabeis que es prusiano de nacimiento, dinamarqués de profesion y español por el trato y las costumbres.

Sir Arturo es hijo de un opulento banquero de Lóndres, y ha venido á *Venecia*, de paso para la isla de Corfú, en donde está convidado á una cacería.

Sólo un inglés camina desde Inglaterra á Grecia sin otro objeto que matar un ciervo.

Por lo demás, Sir Arturo tiene veinte años, es blanco y rubio como una Ofelia, y se pone colorado siempre que le dirigimos la palabra.

Este inglés es el mismo que comia con nosotros en el Hotel de *Milan*.

De aquí nuestro conocimiento.

Más advertencias:

El prusiano y yo nos entendemos por lo regular en español.

El inglés me habla en italiano.

El prusiano y el inglés se comunican en aleman.

A veces cambiamos de sistema, y el inglés y el prusiano hablan inglés; el prusiano y yo nos lanzamos al francés, y el inglés me dirige la palabra en latin.

De esto resulta que no es posible que nos entendamos los tres á un mismo tiempo, por la sencilla razon de que, entre esos seis idiomas, no hay ninguno que nos sea comun.—El prusiano no conoce el italiano ni el latin; el inglés no comprende el francés ni el español, y yo ignoro completamente el inglés y el aleman.

Nuestros diálogos son, por consiguiente, una maraña de traducciones.

Dos palabras ahora sobre el lugar de la escena.

El *Hotel d'Europe* fue en otro tiempo *Palacio Giustinani*.

Es decir, que aquí nacieron ó moraron muchos individuos de una de las principales familias patricias de *Venecia*.

Cuéntanse entre ellos: *San Lorenzo Justiniano*, primer patriarca de la Ciudad; *Bernardo Giustiniani*, senador, diplomático y célebre historiador; *Agustin Giustiniani*, renombrado orientalista, y *Marco Antonio Giustiniani*, dux de Venecia, debelador de los turcos.

El Palacio data del siglo XV: su arquitectura es noble y severa.

La familia *Giustiniani* ha desaparecido, como tantas otras que florecieron en la extinguida República.

¡Y su ilustre solar es hoy propiedad de un hostelero francés!

¡Tal, y aún más desgraciada, ha sido la suerte de la reina del Adriático!...

Dos bailarinas, la *Taglioni* y la *Elssler*, compraron últimamente la famosa *Ca d' oro* y el Palacio de no sé qué Dux.

El palacio *Cavalli* pertenece al duque de Burdeos.

El de los *Foscari* es hoy Cuartel de Infantería austriaca.

Continuemos.

El balcon en que tomábamos café esta mañana, es un *cierre* de cristales volado sobre la Laguna; ó sea una especie de gabinete suspendido en los aires, desde el cual se disfruta la más deliciosa vista.

Ya os he dicho que el *Hotel d'Europe* se halla situado á la entrada del *Canal Grande*, en el punto en que éste es más ancho y más magnífico.

Veíamos, pues, á nuestra izquierda el que pudiéramos llamar *Boulevard* ó *Corso*, que parte en dos mitades la Ciudad.

Las aguas que forman tan magestuosa vía, brillaban al sol de una manera deslumbradora.

Los Palacios y los Templos se miraban en ellas, y se destacaban además en el turquí purísimo del cielo.

Algunas góndolas cruzaban de un lado á otro del Canal, parándose á las puertas de las casas ó desapareciendo por angostas callejuelas.

Este panorama no podia confundirse con ningun otro.—Indudablemente, estábamos en *Venecia*!

En frente del balcon, al otro lado del Canal, y como un centinela colocado á su embocadura, teníamos la *Dogana di mare* (la Aduana de mar), arrogante edificio, sobre cuya torre, que se dibuja dos veces en las ondas y en el espacio, se levanta una estatua giratoria de la Fortaleza.

Al lado de la Aduana, descubríamos la iglesia de *Santa Maria della Salute*, brotando tambien de las fulgentes olas, que copiaban como en un espejo su doble cúpula, su fachada embellecida con 125 estátuas, sus gigantescas volutas y recio campanario.

Más allá se dilataba la *Laguna*, azul y solitaria, y en medio de ella veíamos dos grandes islas, la de *San Giorgio Maggiore* y la *Giudecca*, en que hay más jardines que edificios.

Despues seguia la Laguna, extensa ya y magestuosa como la mar vecina...

—¡Hé aquí Venecia! repetíamos maquinalmente y á cada instante mis compañeros y yo.

Ecco la mia Venezia...
Ecco il suo mare...

Pero en vano me esfuerzo por conseguir que mi pluma haga lo que no acertarian á hacer los más hábiles pinceles.—En vano trato de daros una idea del cuadro que descubríamos esta mañana desde el gran balcon de este hotel.

Yo pudiera bosquejar las líneas; establecer los términos; demarcar las perspectivas; pero ¡cómo expresar el color, la luz, el ambiente radioso, las sombras de las islas en el agua; la deslumbrante blancura ó el áurea esplendidez de los palacios bañados por el sol y por el reflejo de las ondas; los recortes de los edificios sobre el fondo de plata del Canal Grande y su limpia silueta sobre el azul del firmamento! ¡Cómo haceros ver esta ciudad de nácar y zafiro; estos prodigios de arquitectura, surgiendo de las olas, como los templos y alcázares de las ninfas, y estas góndolas

negras (únicos puntos de oscuridad en tan fulgurante panorama), que van de una parte á otra llevando escondido al antiguo veneciano, que no se ha dejado ver todavía del opresor extranjero!.

¡Imposible completamente!

Sin embargo, seguid conmigo; que yo cuento con vuestra imaginacion, y algo lograreis adivinar, si por acaso acierto (lo cual es más fácil) á *referiros* mis impresiones.

El prusiano tenia la palabra.

—Queda dicho (exclamó, resumiendo la discusion que acabábamos de sostener acerca del programa del dia); queda dicho que hoy veremos á *Venecia* á *grandes rasgos*; que estudiaremos su conjunto; que la contemplaremos á lo lejos y desde una altura; que la recorreremos ligeramente sin penetrar en ninguna parte; y que yo, como más antiguo en la Ciudad, puesto que llegué á ella veinte y cuatro horas antes que vosotros, mandaré en jefe la expedicion.

—Queda dicho, le contestamos el inglés y yo.

—¡Magnífico! continuó el prusiano. Ahora vamos á lo alto del *Campanile* (como se dice aquí) de la Basílica de San Márcos. Desde aquella elevacion veremos á nuestros pies á *Venecia* entera, como se ve un navío desde el tope del palo mayor.

—Aprobado.

—Pues en marcha... Pero antes he de advertiros una cosa. Para ir al *Campanile*, tenemos que pasar por sitios muy importantes, muy bellos, muy sorprendentes. Yo os suplico que no los mireis. Clavemos la vista en el suelo y penetremos en la *Torre* sin reparar en la *Plaza*. Ya hemos convenido antes, en que confundir las impresiones es no saber viajar. A las ciudades, como á los cuadros, hay que buscarles la luz...

—Comprendido.

—Entonces... adelante.

Cinco minutos despues atrevesábamos á escape un ángulo de la famosísima *Plaza de San Márcos*...

Esta expedicion la hacíamos por tierra.

La plaza de San...

Pero no debo hablaros todavía de la *Plaza*. — Suponed que no la ví.—Y, en verdad, aquello no pudo llamarse verla.

El *Campanario de San Márcos* no es, como cualquiera podria imaginarse, una Torre adherida á la Basílica de este nombre. El *Campanile* de San Márcos es un edificio aislado, contiguo á la Catedral, que se levanta solo, en un extremo de la gran Plaza, á la manera de obelisco.

De su aspecto exterior, y de la *Loggia* que le sirve de pedestal, hablaremos más adelante.—Ahora sólo toca decir que el *Campanile* es una *torre* cuadrada, embutida en otra, y que entre los muros de las dos hay 32 rampas, como las de la Giralda de Sevilla, por las cuales se puede subir

á caballo hasta una altura de 240 pies, de donde arranca lá aguja ó flecha, que tiene por su parte 60 pies de elevacion.

Se comprende sin esfuerzo que esta colosal atalaya, levantándose en medio de una ciudad tan lisa como Venecia,—rodeada á su vez de una planicie de agua. y de las bajas y pantanosas, tierras en que termina el Veneto,—domina soberanamente un vastisimo territorio, se enseñorea sobre él, lo ve tendido á sus plantas... como un inmenso mapa geográfico.

El *Campanile* se empezó á construir á fines del siglo IX, destinándosele principalmente á torre de vigía, desde donde se descubriese el Adriático y pudiera prevenirse á la Ciudad siempre que apareciesen velas en el horizonte.—¡Era ya *Venecia* tan poderosa y tenia tantos enemigos!—Determinóse, pues, que hubiese constantemente un vigilante en lo alto de la *Torre* y que diese una campanada cada cuarto de hora, á fin de indicar que estaba alerta.—Este centinela avisaba además á los vecinos siempre que descubria un incendio en la ciudad, marcándoles el barrio en que era, segun el número de campanadas que daba.

Tambien fue en esta torre donde Galileo ensayó por la primera vez su célebre telescopio.

Hácia la mitad del *Campanile*, y por su parte exterior, se ve aún el lugar en que antiguamente se colgaba una jaula de madera, dentro de la cual eran encerrados con pan y agua los sacerdotes que habian cometido ciertos crímenes.

Pero todas estas consideraciones son nada en la mente del viajero desde el instante que llega á lo alto de la Torre y contempla el maravilloso cuadro que se desarrolla en torno suyo.

Ya lo he dicho: toda Venecia se abarca desde allí de una ojeada: ¡toda Venecia, clara, completa, distinta; esmaltada sobre el agua resplandeciente; partida en dos por el *Canal Grande*; que ondula por medio de ella como una culebra de cristal; matizada de jardines en algunos parajes; con sus cien *Iglesias* y sus mil *Palacios*; con sus ciento cincuenta *Canales*, que dividen la ciudad en ciento treinta *Islas*, y con sus cuatrocientos cincuenta *Puentes*, que las enlazan de mil modos!...—¡Era una grandiosa perspectiva!

Al pie mismo de la *Torre* se dilataba la vasta planicie de la *Plaza de San Márcos*, formada por nobles, bellos y regulares edificios y por la soberbia *Catedral*.—El suelo de la plaza, magníficamente enlosado, relucia como la encerada cubierta de un buque.—La gente que cruzaba por aquella especie de salon regio, dirigiéndose de unos pórticos á otros, aparecia tan achicada por la distancia, que llamaban mucho más mi atencion las palomas que revolaban sobre los tejados.

Al lado de la *Plaza* veíamos las nueve cúpulas de la *Basilica;* la famosa *Piazzetta*, museo histórico de la ciudad; los techos de plomo del *Palacio Ducal*; su patio, sus prisiones, y el canal angosto que pasa por debajo del *Puente de los Suspiros*. Más lejos divisábamos el *Puerto*, antes tan concurrrido, hoy pobre de mástiles; en otro lado las *Dár{s}enas*, los *Cam-*

pos de Instruccion y los Cuarteles; por una parte los canales, las góndolas, los embarcaderos de madera; por otra los puentecillos coronados por la multitud; en algunas plazas remotas, mucha gente que entraba y salia en las Iglesias, como domingo que ha sido hoy y dia de San Cárlos; en el *Jardin Público*, familias que iban de paseo; aquí el famoso teatro de la *Fenice*, cerrado todavia; allí el teatro *Malibran*...

En torno de esta gran masa de edificios, distinguíamos algunas de las apartadas *Islas* que rodean á Venecia como hijas cariñosas.—Cada una de ellas ostentaba sus iglesias, sus casas, sus jardines, sus huertos, viniendo á ser como un barrio de la capital. — Y estas *Islas* tenian tambien sus canales interiores, sus puentes, sus vistosos reflejos en el agua; una belleza, en fin, muy semejante á la de la reina de las olas.

Despues descubríamos en todas direcciones la *Laguna* solitaria, cortada hácia poniente por el istmo artificial que recorrí ayer, y cuyos centenares de arcos, repitiéndose en las aguas, le daban una fantástica apariencia.

A lo lejos, y por la parte de Levante, reposó mi mirada en una estrecha y larguísima *Isla* que cerraba la Laguna, separándola del Adriático...

¡Era el *Lido*!

En aquella *Isla*, especie de dique ó antemural que la naturaleza ha levantado, acumulando granos de arena, para proteger á la ciudad de San Márcos contra el recio embate del mar, se veian algunas pobres *casas*, muchas *huertas* y dos ó tres *Fuertes* ó *Castillos*.

Aquellos *Castillos* defienden la entrada de los canales que ponen en comunicacion á la Laguna con el Mar.

¡El Mar!... Detrás del *Lido* descubríamos sus agitadas olas, perdiéndose en la inmensidad del horizonte... Y su verdoso color contrastaba con el apacible azul de las aguas en que se copia *Venecia*.

Aquel era el *Adriático*; el mar italiano, dálmata, turco y griego; el escondido golfo en que se miran frente á frente y se reflejan su poesía dos civilizaciones hermanas, que ya se reconocen apenas, pero que se reconciliarán algun dia; Roma y Bizancio; Oriente y Occidente; las dos Iglesias; los dos Imperios!

Por el opuesto lado, y tambien á gran distancia, se ofrecia á nuestra vista una costa humilde, melancólica, en que yacian abandonados dos ó tres pueblecillos...

Aquella tierra insalubre era el Continente; el límite oriental del suelo italiano, inundado casi siempre por desbordados rios; la region que ve morir en el mar, tristes y desatendidas, despues de una triunfal carrera al través de populosas ciudades, aquellas mismas aguas que miré yo nacer de las nieves de los Alpes, y cuyo curso he seguido durante más de cien leguas.

Finalmente, al término ya del horizonte, por el lado del Noroeste, asomaban algunos fantasmas azulados, que á veces se confundian con el cielo...

¡Eran todavía los Alpes!

Ahora bien; teñid este inmenso panorama de blanco, verde y azul; recamadlo de plata refulgente; imaginaos el cielo y el agua compitiendo en trasparencia y hermosura; figuraos la luz del sol refractada de uno en otro espejo; ved la Ciudad dibujada en la Laguna; ved la Laguna aprisionada entre el Lido y la Tierra Firme; ved todo esto, inundado de vívidos fulgores, y tendreis una vaga idea de este célebre rincon del mundo, que albergaba ayer tanto esplendor y poderío y que encierra hoy tanta orfandad y desventura.

Bajamos del *Campanile*, y, fieles á nuestro programa, apartamos los ojos de la *Piazzetta*, en la que nos proponíamos entrar solemnemente al cabo de pocas horas, y nos dirigimos de nuevo al Hotel, á cuya puerta nos aguardaban nuestras góndolas.

Digo *nuestras góndolas*, porque cada uno de nosotros tiene desde esta mañana la suya, alquilada por 10 francos diarios.

Yo he hecho buscar al gondolero más viejo de Venecia, á fin de que me sirva al mismo tiempo de *cicerone*.

Beppo (que asi se llama mi hombre) tiene setenta años, y se acuerda de los tiempos de la República y de los *Dux*.

El mismo parece un dux, con su larga vestimenta, su gorro frigio y sus venerables barbas.

Su hijo *Gaetano* maneja el remo de proa.

Gaetano tiene diez y ocho años: lleva las piernas y los brazos desnudos; un gaban con capucha cuelga de sus hombros, y cubre su cabeza un sombrero negro, cuyas luengas alas dan sombra á sus cabellos castaños, á sus ojos negros y á su aguileño rostro, curtido por la intemperie.

En virtud de estas excelencias, mi góndola fue preferida á las otras dos para hacer la excursion al *Lido*.

Nos embarcamos, pues, en ella, y surcamos la Laguna.

La góndola (ha llegado el momento de describirla minuciosamente) es, como hemos dicho, una embarcacion estrecha y larga, en medio de la cual hay una especie de camarin.

El casco es de hierro y madera, pintado de negro y cuidadosamente barnizado. El camarin está forrado por fuera de paño negro tambien, y por dentro de terciopelo del mismo color. Penétrase en él por delante. Las ventanillas, que son tres, tienen cristales y persianas como los coches. Los asientos son de *marroquí* negro.—Verdaderamente, la góndola ha sido imaginada para que dos personas solas vayan sentadas en el fondo y extiendan los pies sobre unas banquetas laterales; pero si se aprovechan estas banquetas, puede albergar cómodamente otras dos personas.—Por último, el que hemos llamado *camarin* va cubierto de un forro de gruesísimo paño, llamado *felze*, que se quita y se pone, segun la estacion y á medida que se teme más ó menos ser conocido.

Ya hemos indicado que todas las góndolas de Venecia, lo mismo las

de los magnates que las de los pobres, asi las públicas como las de dominio particular, son completamente iguales. Esta igualdad procede de una Ley dada hace tres siglos, á causa de las grandes sumas que los nobles, empeñados en una insensata competencia, gastaban en adornar sus góndolas; ley de que sólo están exentos los embajadores.

Ahora bien: la más pobre imaginacion podrá adivinar el cúmulo de misterios á que se presta semejante uniformidad, y el aspecto interesante y dramático de estas enlutadas navecillas, cuyo número no baja de 9,000.

Y, á propósito: la poblacion de *Venecia*, en estos últimos años, ha fluctuado entre 120 y 130,000 almas.—Bajo la república pasaba de 200,000.

Hablando de estas cosas, nos acercábamos al *Lido*....

El *Lido* es una larga y estrecha isla, ó por mejor decir, un banco de arena, que se extiende entre la Laguna de Venecia y el Adriático.—*Lido* en español significa *ribera*.

En otro tiempo se llamó *bovense*, por el mucho ganado vacuno que pastaba en sus prados. Más tarde levantáronse en él muchas casas, de que aún se ven los cimientos. Despues fue cementerio de judíos, como lo acreditan todavía algunas preciosas tumbas medio arruinadas.—Hoy está todo plantado de viñas y huertas.

No bien desembarcamos en el *Lido*, mi primera operacion fue atravesarlo en línea recta, buscando la playa marítima.—Crucé, pues, fuera de camino, sobre vides y sembrados, y en menos de cinco minutos me encontré en frente del Adriático, ó por mejor decir, con los pies en sus espumas...

El Mar es para mí un antiguo y buen amigo, á quien siempre encuentro con placer. Debo, sin embargo, advertir que el Océano me infunde veneracion y respeto, y el Mediterráneo amor. Asi es que nunca podré olvidar el entusiasmo con que un dia, desde las estribaciones del pequeño Atlas, entre Tetuan y Tánger, los ví á los dos á un mismo tiempo; el uno, á mi derecha, azul y reposado; el otro, á mi izquierda, verde y tormentoso.—Aquel dia me di cuenta, mejor que nunca, de los varios afectos que me inspiran. El Mediterráneo me parecia la vida; el Oceano la eternidad. El Mediterráneo me hablaba de muchos lugares conocidos, de ciudades amadas, de horas inolvidables, de séres ligados á mi corazon... El Oceano elevaba mi mente sobre la existencia humana y sumergía mi pensamiento en lo infinito.—El mar que principia en las Columnas de Hércules y termina al pie del Monte Carmelo, me recordaba nombres, pueblos, historias, civilizaciones afines con mi alma; mi religion, mi patria, la historia de Europa, sus guerras, sus primeros pobladores; Egipto, Fenicia, Cartago, Grecia, Roma gentil y Roma cristiana; la Palestina, cuna de nuestra fé, y el litoral africano, de donde se lanzaron sobre España... quién sabe si vuestros ascendientes ó los mios...

El otro mar no me decia nada... y me lo decia todo... El otro mar no

tenia nombre. Era la inmensidad anónima que recorrieron por primera vez Colon, Bartolomé Diaz, Vasco de Gama, Magallanes y Kooc y que todavía no es completamente conocida...

Figuraos ahora cuáles serian mis impresiones al encontrarme esta mañana con el Mediterráneo en este apartado lugar, en este paraje escondido, adonde llegan sus olas penetrando atrevidamente por entre la Italia, la Grecia y la Dalmacia...

¡Ah! El Adriático es un misterio, es una aventura amorosa del Mediterráneo.—Despues de su gran temeridad de pasar los Dardanelos, el Bósforo y el estrecho de Yenikalé para formar el Mar de Mármara, el Mar-Negro y el Mar de Azoff (esforzándose por separar el Asia de la Europa), nada ha emprendido tan osado y romancesco como venir casi al pie de los Alpes, á visitar á la encantadora *Venecia*.—Asi es que yo lo contemplaba esta mañana con entusiasta admiracion y cariñoso júbilo, cual si fuera un compatriota y amigo mio á quien encontraba en pais extranjero.

. . . .

En la playa del *Lido* que mira al mar, se ven algunas chozas de pescadores, varios cobertizos pertenecientes á un Establecimiento de Baños, y dos ó tres Fuertes que defienden la entrada en el Puerto de *Venecia*.

El Canal más profundo y mas frecuentado que pone en comunicacion á la Laguna con el Adriático es el que pasa por delante de *Malamocco*, antiquísimo pueblo que dió orígen á *Venecia*, situado sobre una isla que viene á ser la continuacion del *Lido*.

Por aquel canal se verificaban las bodas de cada nuevo Dux con el Adriático. Por allí salia, en el *Bucentauro*, ó sea en la dorada góndola de a República, el anciano elegido Jefe de la nacion, á arrojar su anillo en las olas, como en prenda de amor y de alianza. Por allí salieron tambien las galeras venecianas á conquistar todo el Adriático, el Archipiélago griego, Constantinopla, Candia, Chipre y tantos otros pueblos como rindieron vasallaje á la Tiro de la Edad-Media.—Por aquel Canal salió el Dux Enrique Dandolo al frente de la Cuarta Cruzada, llevando en pos suyo cerca de quinientas naves.—Por allí salieron, en fin, los que, aliados con el Papa y con España, derrotaron á los turcos en Lepanto.

Despues de recorrer el *Lido* de parte á parte, tornamos al lugar en que habíamos desembarcado.

Allí hay una pobre casa, habitada por dos ó tres familias de hortelanos y pescadores.

Aquella gente se habia encargado de darnos de almorzar.

Sentámosnos, pues, á la puerta de su cabaña, debajo de un emparrado, cuyos pámpanos amarillentos empezaban ya á alfombrar la misma tierra á que habian dado sombra durante el pasado estío.

Desde allí se descubria toda *Venecia*, de la que nos separaban dos millas de laguna.

Las cúpulas de *San Márcos* se destacaban sobre el cielo.—Estas cúpu-

las son de un estilo muy particular, medio árabe, medio chino, quizás algo moscovita, completamente extraño á cuanto yo habia visto hasta hoy. Su amplia cimbra, su hinchazon y sus remates recuerdan los kioskos, las pagodas, las glorietas orientales, y sobre todo traen á la imaginacion la iglesia de Santa Sofía de Constantinopla, que todos conocemos gracias á la fotografía, y que, al decir de los críticos, sirvió de modelo á la Basílica veneciana.

Ni son estas cúpulas la única reminiscencia oriental que ofrece *Venecia*. La mayor parte de sus palacios, construidos de manera que las grandes masas sólidas se levantan sobre huecos, esto es, sobre galerías de columnas; las torres de sus Iglesias, muy parecidas á los alminares moriscos: la línea horizontal de los techos; los dobles arcos de las ventanas, semejantes á ajimeces; lo angosto de las calles; lo apiñado de las casas; el esplendor del cielo...; todo contribuye á dar á la última ciudad latina un caracter levantisco y musulman, semi-griego, semi-asiático, que ha hecho decir á no sé á qué viajero: «*Venecia parece un pirata viejo retirado de los negocios.*»

Por lo demás, el almuerzo fue tan sencillo como indígena:—pesca de mar y pesca de la laguna; alcachofas y frutas de una huerta vecina, y vino de aquella misma parra que todavía nos daba sombra.—Este vino, áspero, tinto, ligero y espirituoso, lleva el poético nombre de *vino del Lido*.—Nuestros gondoleros le hicieron largamente los honores, en pago de habernos servido la mesa, y, con este motivo, el viejo republicano nos contó muchas y muy interesantes cosas, de las que recordaré solamente las que se refieren á lord Byron.

Lord Byron es para *Venecia* lo que nuestro Zorrilla para Granada: el gran panegirista de su hermosura, el cantor infatigable de su peregrina historia, el que creó en todas las imaginaciones un mágico ideal de su belleza; el que dijo al mundo, olvidado ya de una ciudad que habia cumplido su destino histórico: «Venecia existe todavía: sus encantos no han desaparecido con su poder: sus palacios no se han hundido con sus guerreros y navegaates: la poesía y la tradicion levantan aquí su voz entre las ruinas. ¡Venid á verla!»

El Canto cuarto de *La peregrinacion de Childe-Harold*, que principia: «Estaba yo en Venecia, sobre el Puente de los Suspiros, entre un palacio y una prision...» fue la primera señal de aquel entusiasmo por la ciudad de los Dux que le llevó á escribir despues sus dos famosas tragedias *Marino Faliero* y *Los dos Foscari*, y por último, la sublime *Oda á Venecia*:

«¡Oh Venecia, Venecia! Cuando tus palacios de mármol esten ya al nivel de tus olas, se oirá el grito de las naciones sobre tus ruinas, y un largo lamento resonará en las orillas del agitado mar.—Si yo, peregrino del Norte, lloro sobre tus escombros, ¿qué no te deberán tus hijos?—¡Todo, menos estériles lágrimas!—Y sin embargo, ellos se contentan con mur-

murar en medio de su sueño! —¡Qué contraste con sus mayores! ¡Ah! ellos son á sus padres lo que el verdoso fango, desechado por la mar, es á la potente ola que separa al marinero de su nave!»

Estos enérgicos acentos pusieron de moda á *Venecia* en ambos mundos. Desde entonces, la poesía, la música y la novela hicieron de la hija de las lagunas la Isla de Delos del romanticismo, y los poetas y los artistas fueron en peregrinacion á saludarla.

La musa de Byron, heredera de la de Shakspeare, levantó la proscripcion que el neo-paganismo del siglo XVIII habia hecho pesar sobre las obras del gran Guillermo, y *Otelo, Syllock* y*Pedro Jaffier* volvieron á repetir en el teatro el nombre de *Venecia*. Entonces Fenimoore Cooper escribe el *Bravo*: Mad. Stael habia ya imaginado á *Corina*: Victor Hugo lanza á la escena á *Angelo* y á *Lucrezzia Borgia*: Jorge Sand crea á *Consuelo*: Martinez de la Rosa presenta en Paris su drama *La Conjuracion de Venecia*: Alfredo de Musset, Jules Sandeau, Chateaubriand y Lamartine visitan la ciudad y recuerdan todo lo que Rousseau y Montesquieu habian escrito acerca de ella... Pero ninguno habla de nuestro QUEVEDO, huésped tambien de *Venecia* y de los mas esclarecidos!...—Entre tanto, toda Inglaterra y media Francia pasan los Alpes para venir á ver la patria de *Margarita Cogni*, la *Fornarina* de *Harold*.

Tal es lord Byron para el viajero que llega á esta insigne ciudad, ó para el vate que la acaricia en sus sueños.

Para los venecianos es algo más interesante todavía.

Lord Byron vivió muchos años en *Venecia*, habitando, ora en el palacio *Moccnigo*, situado en el Gran Canal, ora en una *villa* ó quinta, á dos leguas de Pádua y á otras dos de Fusina, desde donde venia á *Venecia* en góndola.

En una y otra parte; en la ciudad como en el campo, fue tanto el ruido que metieron sus aventuras amorosas, tal el efecto que causó su extravagante género de vida, tanto el dinero que derrochó á manos llenas; fueron tantos, en fin, los viajeros que acudieron á visitarlo ó á verlo desde lejos, que Venecia toda se llenó de su nombre, y no hubo en el Véneto mujer, niño ni anciano, de cualquier clase de la sociedad que fuese, que ignorara que residia entre ellos un hombre extraordinario, un ingles medio poeta, medio diablo, terror de los maridos, encanto de las damas, providencia de los pobres y anfitrion de los calaveras, al cual se consideraba (y es cuanto se puede decir) tan superior á los demás hombres como al terrible Napoleon Bonaparte, prisionero á la sazon en Santa-Elena.

—Baste decir (continuó mi gondolero) que yo mismo me ví obligado á averiguar su vida y costumbres, á fin de contestar á las innumerables preguntas que me hacian cuantos extranjeros conducia en mi góndola. —«¿Conoce usted á lord Byron? me decian todos antes de entrar en ajuste. Y como les respondiera afirmativamente, seguia el interrogatorio de esta manera:—¿Cómo es? ¿Dónde vive? ¿Qué hace? ¿A qué hora se le vé? ¿Por dónde pasa? ¿Qué come? ¿Qué dice? ¿Cojea mucho? ¿Es verdad

que bebe sangre? ¿Tiene muchas queridas? ¿Es cierto que no duerme nunca?...»—y no sé cuántas cosas más.

—¿Y qué les contestaba usted?—preguntamos nosotros al gondolero.

—¡Ah! ¡yo conocia á lord Byron tanto como á mi góndola! Hasta me atrevo á decir que era su amigo.—El tenia dos góndolas propias; pero, sin embargo, recurria muchas veces á las nuestras; y, en este caso, si yo me encontraba donde él pudiera verme, preferia siempre la mia á las de todos mis compañeros. ¡Oh! ¡cuántas veces lo llevé del Palacio Mocénigo al puerto de Fusina! ¡Cuántas lo traje al Lido! ¡Cuántas lo paseé de noche por los canales!—Esto era en 1819.—El noble Lord vivia ordinariamente en *La Mira* (que asi se llama la *villa* que hemos dicho) con su querida, la condesa Guiccioli, una de las mujeres más hermosas que entonces habia en Italia. Pero cuando venia á habitar el palacio Mocénigo, hacia trasladar dos de sus caballos á esta misma cabaña. Por las tardes salia de su casa en góndola, cruzaba la laguna y desembarcaba aquí, donde lo aguardaba un criado con los caballos dispuestos. El gran poeta montaba en uno y salia á escape por esas playas, recorriendo el Lido en todas direcciones, sin dar respiro alguno al animal. Cuando el primer caballo no podia ya correr, tomaba el segundo y lo fatigaba del mismo modo en un violento é incesante galope. En seguida se embozaba en su capa, entraba en su góndola y volvia á Venecia.—Allí frecuentaba dos tertulias: la de Mad. Albrizzi y la de la condesa Benzoni, y en ambas era mirado como una divinidad,—¡Verdaderamente, yo no he conocido hombre más hermoso que lord Byron!—Despues de la tertulia, recorria en góndola los más intrincados canales, hasta las altas horas de la noche; y, cuando ya dormia toda Venecia, hacíase conducir al muelle de la *Piazzeta*, si era noche de luna, y allí desembarcaba, penetrando solo en la Plaza de San Márcos, donde permanecia largo tiempo paseándose.—Era la única hora del dia en que marchaba á pié.—Ustedes sabrán que era cojo, y que nada le humillaba tanto como que echasen de ver que tenia esta imperfeccion.—En la época á que me refiero habia conseguido á fuerza de estudio y de voluntad disimular de tal modo su cojera, que cuando entraba en un salon, sólo se notaba que andaba muy despacio y que balanceaba el cuerpo con cierta languidez que podia atribuirse á coquetería.—Otra de las excursiones favoritas de lord Byron era á la isla de *San Lázaro de los Armenios* (en la qué tocaremos, si ustedes quieren, al volver á Venecia). Allí hay un Convento de frailes armenios, sumamente sabios, entre los cuales halló muy buenos amigos el poeta inglés. Esta espedicion solia hacerla completamente solo, manejando él mismo el remo de la góndola, y eligiendo para ello las ocasiones en que habia tempestad en la laguna. ¡Sí vierais cuántas veces se le dió por muerto en Venecia!—Pero Byron era tan consumado nadador como infatigable ginete, y aunque las olas devorasen su nave, como sucedió más de una vez, no por eso dejó él de llegar á tierra sano y salvo.—¡Oh! ¡indudablemente habia en aquel hombre algo de sobrenatural!...

El jóven sir Arturo escuchaba embelesado al gondolero.—Hugo de V. no entendia una palabra y fumaba tranquilamente.—Yo recordaba la visita de Tomás Moore á lord Byron, el retrato del amante de Margarita Cogni, escrito por madama Albrizzi, las escenas sublimes de *Marino Faliero* y de los *dos Foscari*, la historia entera del bardo peregrino, su juventud disipada, su tormentosa vida, su heróica muerte...; y sentia ganas de llorar, como si se tratase de un antiguo amigo mio.

Siguiendo el consejo del gondolero, al volver á *Venecia*, tocamos en la Isla de *San Lázaro de los Armenios*, y visitamos el convento de *Mekhitaristas* que le da nombre.

Allí supimos que el sabio religioso, amigo de lord Byron, que le enseñó el armenio, murió en 1853.

Un jóven profeso, tan ilustrado como amable, y cuyo nombre siento no recordar, nos enseñó el monasterio, la biblioteca y la famosa imprenta de donde salen á luz continuamente curiosísimas obras orientales, traducidas al armenio por la comunidad.

Las obras de lord Byron, con ser tan profanas, han merecido tambien la honra de esta traduccion y de ser impresas con extraordinario lujo.—Asi han obsequiado los religiosos la memoria del malogrado genio que tantas pruebas les dió de estimacion y de cariño.

Cuando íbamos ya á marcharnos, el jóven Mekhitarista nos presentó un álbum, rogándonos que escribiésemos en él nuestros nombres, como lo han hecho todas las personas que de muchos años á esta parte han visitado el Convento.

Yo hojeé el álbum, y encontré algunos nombres españoles, entre ellos los de mis muy queridos amigos los marqueses de Molins, y el del general Narvaez.

Más adelante, entre las firmas últimamente sentadas, leí: *Salustiano Olózaga.—8 de octubre de* 1860.

Es decir que nuestro ilustre orador estaba en Venecia hace menos de un mes.

A todo esto era la una de la tarde, y nosotros queriamos hallarnos en la *Plaza de San Márcos* á las dos en punto, á fin de oir la música austriaca, que toca en ella todos los domingos, y asistir á la comida de las célebres *palomas*.

Dejamos, pues, la Isla de San Lázaro y pusimos el rumbo á la *Piazzetta*.

La *Piazzetta* es, como quien dice, una antecámara ó recibimiento que precede á la *Plaza de San Márcos*, y que indudablemente la aventaja en hermosura.

Al descubrirla desde la góndola; al ver que nos acercábamos á ella, nos pusimos de pie indeliberadamente.

Parecíanos que bogábamos hácia el escenario de un teatro, pasando sobre la sala ó *parterre* para atracar en el mismo proscenio.

En frente de nosotros veíamos á la izquierda la soberbia fachada del *Palacio de los Dux*, cuya masa enorme, afiligranada como las construcciones árabes, se levantaba sobre dos aéreas galerías de elegantes arcos, que parecian arrancar del agua, ó más bien apoyarse en otras dos galerías sub-marinas, que no eran sino el reflejo de las primeras.

A la derecha se alzaba otro Palacio no menos bello la *Librería Vieja*), revestido de dos órdenes de arcadas jónicas y dóricas, que se copiaban tambien en la laguna.

Entre ambos edificios se extendia la *Piazzetta*, en medio de la cual surgian dos altísimas *Columnas* de granito, como dos centinelas apostados allí para defender la entrada en el *forum* veneciano.

Una de aquellas columnas sostiene la *Estátua de San Teodoro*, primitivo patrono de *Venecia*.

Sobre la otra campea el *Leon alado de San Márcos*, defensor de la ciudad.

En cuanto á las *Columnas*, fueron trasportadas del archipiélago griego, hace más de siete siglos, por el dux *Michieli*, y erigidas en 1170 en el lugar donde hoy se hallan.

Detrás de ellas, veíamos dos grandes *Pilastras*, procedentes de Siria, y no lejos un *Grupo de pórfido*, llamado la *Pietra del bando*, en que de tiempo inmemorial se fijan los edictos del gobierno.

Despues descubríamos el principio de la *Plaza de San Márcos*, la *Torre del Reló*, los *Tres mástiles*, enhiestos sobre sus pedestales de bronce, y la aguja audaz del *Campanile*.

Todas estas cosas, surgiendo al parecer de las aguas y destacándose en el cielo, dan á aquel lugar una fisonomía inexplicable, en que no acierta uno á distinguir si lo que ve es un navío, un templo, un palacio, una decoracion teatral, ó un museo de arquitectura.

Y aquello no es hoy más que un monumento fúnebre que pregona la muerte de *Venecia*.

¡Ah!... ya no ondean en los tres elevados mástiles las banderas de Chipre, de Morea y de Candía: ya no es esta la Venecia que dominaba todo el Oriente del Mediterráneo, en Grecia y en Turquía, desde Italia á la Tierra-Santa; la que reinaba en Constantinopla y humillaba á Roma y Viena; la que imperaba en los mares, como Tiro, Sydon y Cartago en la antigüedad, ó como Inglaterra en nuestros dias.—El descubrimiento de América le arrebató su poder y su importancia; la revolucion francesa acabó con su aristocrática república; el tratado de Campo Formio la entregó maniatada al extranjero.—1848 fue un sueño de libertad y gloria, y la promesa de 1859, una palabra vana...—Venecia espera, sin embargo.

¡Oh, cuántas veces arribó el *Bucentauro* á este muelle de la *Piazzetta* en que nosotros vamos á desembarcar! El nuevo Dux que acababa de desposarse con el Adriático, en el puerto de Malamocco, pasaba de la do-

rada góndola á unas lujosas andas y era paseado por delante del Palacio Ducal, esparciendo puñados de plata y oro entre la apiñada muchedumbre, miéntras que la campana de San Márcos anunciaba solemnemente la proclamacion!—¡Cuántas otras viéronse cubiertas estas aguas de iluminadas góndolas, en las alegres noches del Carnaval, y millares de máscaras, agitadas por el amor, por la intriga ó por la sed de sangre, inundaban la *Piazzetta*, á la luz de los vasos de colores que festoneaban los palacios, mientras que el *Consejo de los Diez* aprovechaba los misterios del disfraz para ejercer su terrible espionaje; para prender ó asesinar á los nobles, ó para fingir motines que justificasen otros bárbaros atentados! ¡Y cuántos reos de delitos políticos, que diríamos hoy, han amanecido colgados de esas altas columas que sostienen á los Patronos de la ciudad!...

El golpe de la ferrada proa, chocando contra la escalinata del muelle de la *Piazzetta*, me sacó de estas cavilaciones.

Habíamos llegado.

Eran las dos menos cuarto de la tarde.

La *Piazzetta* estaba solitaria,—salvos los centinelas.

En el pórtico ó soportal del *Palacio de los Dux*, cerrado con una verja de hierro, conté hasta seis cañones, que apuntaban á la *Plaza de San Márcos*, como amenazando con destruir su hermosura, de que tan orgullosos están los venecianos...

¡Qué insolente amenaza! ¡Qué alarde de violencia y tiranía!

La *Plaza de San Márcos* es un vasto é imperfecto cuadrilongo formado por grandiosos y regulares edificios, unidos con elegantes pórticos.

En verdad, aquel sitio, más que una Plaza, parece el patio interior de un palacio enorme.

En el lado oriental, elévase aislada la *Basílica de San Márcos*, ocupando todo un frente.

Los lados de Poniente y Mediodía pertenecen al *Palacio Real*, residencia del gobierno austriaco.

Al Norte están *le Procuratie Vecchie*, en que ántes moraban los procuradores de San Márcos, y hoy propiedad de varios particulares.

En un ángulo de la Plaza se levanta la *Torre del Reló*, y hácia la parte por donde nosotros entramos, hállase el *Campanile*, que ya hemos descrito, al que sirve de pedestal un edificio precioso, llamado la *Loggia*.

Esta *Loggia*, revestida de ricos mármoles, adornada con estátuas y bajo-relieves, ceñida por una hermosa balaustrada, y decorada además con magníficas puertas de bronce, es una de las primeras preciosidades artísticas de *Venecia*.

Allí se reunian antiguamente los nobles á murmurar ó á conspirar.—Luégo fue cuerpo de guardia.—Hoy... yo no sé lo que es.

Delante de la *Basílica*, álzanse aquellos tres colosales *Mástiles* que

habíamos divisado desde la laguna, símbolos arrogantes del gran poder marítimo de la república.

Nada tan triste y expresivo como aquellos altísimos palos, plantados á la puerta de la Iglesia, como ayer lo estuvieron en poderosas naves.—Yo no recuerdo haber experimentado ante monumento alguno una impresion tan melancólica y solemne como la que aquellos trofeos produjeron en mi ánimo.—Y es que toda reliquia auténtica tiene algo de cadáver.—Los *Mástiles* de la Plaza de San Márcos parecen el esqueleto de la difunta Señoría.

La fachada de la *Basilica* está considerada por todo el mundo como la obra más acabada y bella de la arquitectura bizantina.

Mañana, cuando estudiemos el arte veneciano, haremos tambien su descripcion.

Hoy nos contentaremos con dirigir una mirada á sus elegantes arcos, á sus grupos de delgadas columnas, á sus preciosos mosáicos sobre fondo de oro, á su elegante balaustrada, á sus diez y seis torrecillas y cinco cúpulas, á sus ocho puertas de bronce y á los cuatro célebres caballos del mismo metal, levantados sobre la puerta de en medio, como heraldos que pregonan que aquella suntuosa basílica fue erigida á costa del heroismo veneciano, con los tesoros ganados en remotas guerras y en accion de gracias al cielo por el poder de que habia dotado á la República.

La historia de estos caballos es larga de contar. Yo la referiré en dos palabras.—En la antigua Roma adornaron los arcos de triunfo de Neron y de Trajano. Despues fueron en pos de Constantino á la hermosa ciudad que tomó su nombre. En 1204, el dux Enrique Dandolo, el conquistador de Constantinopla, se los trajo á Venecia y los hizo colocar donde hoy se hallan. En 1797, los franceses se los llevaron á París, y los pusieron sobre el arco de Carrousel. Finalmente, cuando en 1815 los aliados entraron en París, se apoderaron á su vez de los caballos, y los devolvieron á Venecia.—¡Quiera Dios que este haya sido su último viaje!

Pero olvidemos ohora las artes muertas; olvidemos la historia veneciana, muerta quizás tambien, aunque insepulta, y fijemos nuestra atencion en los actuales moradores de Venecia, que toman el sol paseándose á todo lo largo de la Plaza.

Los que hayan estado en Cádiz en invierno y concurrido á la *Plaza de San Antonio* los domingos y fiestas de guardar, de dos á tres de la tarde,—hora en que las bellas gaditanas (que se han vestido lujosamente para ir á misa de doce ó de una y hacer algunas visitas) lucen sus galas y encantos en aquel sitio verdaderamente delicioso,—podrán formarse idea del aspecto que presentaba hoy á las dos de la tarde la plaza monumental de San Márcos.

Las más lindas mujeres de Venecia,—vestidas (¡triste es repetirlo otra vez!) al estilo de París, y escoltadas de enamorados jóvenes, cuyo trage era tambien el uniforme *de dia* del paisanaje europeo (pantalon de color, levita negra y sombrero de copa),—iban y venian de la *Loggia* al *Ala*

nueva del Palacio Real, electrizando el aire con sus graciosos movimientos, con el crugido de sus faldas de seda y de sus abanicos de nácar y con sus argentinas voces y mal sofocadas risas.

Las venecianas son muy hermosas. Reunid en un solo tipo el fuego de la andaluza y la interesante belleza de la valenciana, y tendreis á una hija de Venecia.

Esta es alta, por lo regular; esbelta, morena muy esclarecida, pálida, de noble perfil, grandes ojos (negros como el cabello), y pie, manos y cintura extremadamente reducidos.

En este modelo, que parece valenciano puro, son andaluces los relámpagos de la mirada, el andar voluptuoso, la gracia tentadora de la alegría ó de la pena, y cierta vehemente inquietud, que en las hijas del Turia es plácido reposo y lánguida terneza.

Los venecianos, con sus luengos cabellos negros, su faz pálida y sombría, sus ojos de luto, su aire lento y silencioso, y su tranquilidad, que no es la calma, sino la espectativa de la lucha, revelan en su semblante, en su actitud, en su manera de mirarse y de mirar á los extranjeros, todo el horrible drama que palpita en lo recóndito de su corazon.

Cruzándose con ellos, discurrian por la plaza innumerables oficiales austriacos, de severo porte, serios y tranquilos, respetuosos hácia el pueblo que avasallan; entristecidos tal vez con sus recientes derrotas en la Lombardía; pero no humillados ni descorazonados por ellas; sin rebajarse al miedo ni tampoco á la baladronada; como quien ni *la busca ni la excusa*; dignos y corteses, enérgicos y afables; con la grave actitud, en fin, que adoptan los caballeros al presentarse en un desafío, cuando ya no consideran á su ofensor como á enemigo odioso, sino como á respetable adversario.

Por lo demás, estos oficiales son generalmente muy buenos mozos; casi todos blancos y rubios, altos y delgados; elegantes con su levita blanca ó su capote gris, y marciales y distinguidos al mismo tiempo, como personas de una esmeradísima educacion militar y literaria.

Los venecianos y los austriacos no se miran nunca cara á cara.—Hasta se podria decir que no se ven.—Cierto que pasean juntos en un mismo sitio; pero lo hacen como los locos en el patio de un hospital, evitándose mútuamente, cual si los unos fuesen para los otros meros obstáculos materiales,—árboles ó columnas.

¡Ya se miraron una vez hace dos años!—¡Ya volverán á mirarse algun dia!

Y, sin embargo (véase lo que son las mujeres);—las venecianas, aunque no *miran* á sus opresores, se *dejan mirar* por ellos.

Supongo que sabeis lo que significa *dejarse mirar*.—*Dejarse mirar* equivale á *hacerse admirar*.

Ahora bien: yo me figuro á un oficial austriaco, enamorado en silencio, sin esperanza y sin poderlo remediar, de una de estas hijas de las olas, cuyo moreno mate recuerda el color de las Venus de Ticiano,—ó

bien me imagino á una veneciana muriendo de amores, sin atreverse á confesárselo á sí misma, por uno de estos maldecidos extranjeros, cuyas tristes y respetuosas miradas le dirán á todas horas: «*La fatalidad nos impide amarnos...*»—¡Qué magnífico drama! ¿no es verdad?—De esto á *Romeo* y *Julieta* no hay más que un paso.

Porque tambien puede suceder que los azules melancólicos ojos del guerrero germánico y los negros apasionados de la náyade del Brenta se sobrepongan á los odios de raza y concluyan un tratado de paz y amistad...

Ya en este caso, figuraos las citas misteriosas; los peligros arrostrados los momentos de terror que amenizarán las entrevistas; la lírica combinacion del amor y el miedo; las lágrimas y los remordimientos de la amada; la infinita gratitud y los temerarios proyectos del amante; las sospechas del hermano; la delacion del gondolero; el encuentro de dos rivales en una oculta galería; el desafío ó el asesinato; la maldicion del indignado padre; la cautividad de la liviana hija; el rapto y la fuga; el convento, el suicidio, la tísis ó el casamiento de conveniencia;—ó bien el cambio de guarnicion, la ausencia, la infidelidad y el olvido del austriaco; la imposibilidad de quejarse en que queda la italiana; las cartas sin respuesta; los plazos que no se cumplen; la noticia de la muerte del oficial, acaecida en Pallestro ó Solferino, y la enfermedad sin nombre de la soltera-viuda; y el retrato de un mancebo rubio, besado disimuladamente en las noches de agonía; y la muerte de la desposada; y su blanco sepulcro, sobre cuya lápida fria revelan los confidentes la secreta historia, de la cual se apodera un vate; y finalmente, el poema, la tragedia ó el melodrama que este vate escribe, y las lágrimas piadosas de la posteridad entusiasmada!

Tales eran hoy mis pensamientos en la *Plaza de San Márcos*.

Entre tanto, algunos soldados iban colocando en medio de ella unos atriles con papeles de música, en cuya cubierta se leia: «Sonnambula, *per Vincenzo Bellini*,» mientras que los profesores de una numerosa banda militar templaban sus instrumentos.

En esto dieron las dos en *l'orologio di San Marco*.

Lo que pasó entonces en menos de diez segundos, no podria referirse en una hora.—Yo lo diré en resúmen.

Primeramente, oyóse un redoble de tambor que terminó en un golpe de música.

No bien sonó este golpe, toda la gente que se paseaba por la Plaza, echó á correr y se desbandó en varias direcciones, apresurándose y atropellándose por desaparecer en seguida y no oir la música tudesca.

Esta *manifestacion* del odio de los venecianos á sus opresores se repite todos los domingos.

¡Y, sin embargo, los pobres tudescos iban á rendir un homenaje al genio nacional, tocando la obra maestra de Bellini!

Un momento despues la Plaza estaba casi desierta.

Las venecianas se dirigian por tierra á sus palacios.

Los venecianos se habian refugiado en el café *Florian* ó seguian en la *Piazzetta* el paseo principiado en la Plaza.

En cuanto á los oficiales austriacos, se habian ido todos al café *Quadri* un momento antes de la consabida *manifestacion*, á fin de no presenciarla.

El *Café Quadri* se halla situado bajo los pórticos de *le Procuratie Vecchie*, en el lado septentrional de la plaza, en frente del *Café Florian*.

Nota.—Los austriacos no van nunca al *Café Florian*; como no hay un solo veneciano que haya puesto los pies en el *Café Quadri*.

Ya iremos nosotros á los dos cafés y veremos muy buenas cosas.

Continuemos ahora nuestro relato.

Aquella misma primera campanada de las dos que habia dispersado á los venecianos, dejándonos solos á quince ó veinte extranjeros y á los desairados músicos, fue una especie de conjuro que atrajo sobre nuestras cabezas un tropel de más de mil palomas, las cuales, despues de asordar el aire, durante un momento, con el crugido de sus alas, bajaron á tierra y se reunieron en el ángulo Noroeste de la plaza, cubriendo materialmente un inmenso espacio de terrenos.

Aquellas palomas, azules en su mayor parte, habian acudido simultáneamente de las torres y cúpulas de *San Márcos*, del *Campanile*, del *Palacio Ducal* y de todos los tejados circunvecinos.

Una vez reunidas en apiñado grupo, abrióse sobre ellas un balcon (el balcon 14°) del segundo piso de una de las casas en que está dividido el extenso Palacio de *le Procuratie Vecchie*, y apareció en él un criado con una bandeja en la mano.

Las palomas se estremecieron de júbilo.

La bandeja estaba llena de trigo.

El doméstico lo esparció á puñados sobre las impacientes aves; sacudió la bandeja, y desapareció, cerrando la ventana, con la mayor indiferencia del mundo.

Hace bastantes siglos que esta singular escena se repite todos los dias á la misma hora y en el mismo lugar.

Hé aquí su explicacion:

En los primeros tiempos de la República de Venecia, acostumbrábase el Domingo de Ramos á soltar, despues de la *Procesion de las Palmas*, un gran número de palomas; pero cargándolas de cierto peso, á fin de que no levantasen un vuelo muy largo y pudiese el pueblo apoderarse de ellas.

A pesar de esta precaucion, cada año escapaban á la codicia popular algunas docenas de aquellas aves presidiarias, las cuales, no pudiendo

atravesar la laguna con la especie de grillete que les habian atado al pie, se refugiaban en los techos de la *Basílica* y del *Palacio Ducal*, donde encontraban fáciles y seguros nidos.

Allí se propagaron extraordinariamente; y, como acontece siempre en casos análogos, al cabo de cierto tiempo llegaron á ser objeto de amor y veneracion para los mismos que las habian perseguido.—Ellas, en cambio, habian tomado carta de naturaleza en la ciudad, y aunque libres ya de *la cadena* que antes les impidiera irse á sus lares patrios, quedáronse de buen grado en aquellas extranjeras cúpulas que habian visto nacer á sus pichones.

Asi las cosas, y atendidos los pocos recursos que ofrecian las Islas á la creciente colonia, dispuso el Dux Mocenigo, que en adelante se alimentase á aquellas inocentes criaturas por un delegado de los graneros públicos, á costa de la ciudad que las habia retenido á dura fuerza, y que se les guardasen los mismos respetos y consideraciones que á los demás habitantes de *Venecia*.

Desde entonces, las palomas bajaron de sus altas viviendas y se hicieron amigas de los venecianos, con los cuales pasean hoy tranquilamente por la *Plaza de San Márcos*, y cuyas casas visitan sin recelo alguno.

Pero aún no habian terminado los sufrimientos de esta tribu infortunada.—En 1797, al hundirse la República, el gobierno francés les retiró la pension que disfrutaban hacia siglos, y las pobres palomas atravesaron algunos años de verdaderos apuros. Pero, felizmente, quiso Dios tocar al corazon de una noble señora de la familia de *Pocastro*, moradora de la casa á cuyo balcon habian acudido desde los tiempos de Mocenigo las hijas adoptivas de la ciudad á recibir el pan de socorro; y dicha señora se constituyó y constituyó á sus herederos en la sagrada obligacion de alimentar á sus expensas, gratuita y generosamente, á estas huérfanas de la República, hasta tanto que la ilustre Señoría sacudiese la servidumbre y pudiese restablecer las antiguas prácticas.

Y tal es hoy el estado del asunto.

Mientras yo me enteraba de él, la música austriaca seguia tocando el primer acto de la *Sonnámbula*, y, ciertamente, de una manera admirable.

Esta última opinion no es mia: es de los mismos venecianos.

Los paisanos del insigne Pórpora aman la música sobre toda ponderacion, y si razones de patriotismo les impiden disfrutar públicamente de las acordadas armonías de las bandas tudescas, no es mucho verlos parados detrás de las esquinas que dan á la *Plaza de San Márcos*, con el oido atento á las melodías italianas, interpretadas magistralmente por los profesores alemanes, ni menos es raro oirles exclamar á cada momento:

—¡*Corpo di Dio*! ¡*Questi barbari eseguiscono come angeli*! (Estos bárbaros tocan (ejecutan) como ángeles!)

No una, sino muchas frases por el mismo estilo, oimos esta tarde mis

amigos y yo en el *Café Florian*, en donde entramos en busca de sombra y de descanso, cuando ya hubieron concluido de comer las palomas.

Tocaban á la sazon los austriacos la magnífica introduccion del primer acto de *Lucrezzia Borgia*, en que, no sé por qué misterio de la sensibilidad humana, Donizetti ha pintado con notas musicales, y todos hemos entrevisto al oirlas, una mascarada de Venecia.

Los más ardientes patriotas de la ciudad (que es como quien dice, las personas principales de ella), parroquianos constantes del *Café Florian*, no prestaban atencion alguna á los periódicos de París y Lóndres que tenian en la mano, y llevaban con la cabeza el compás de la música, exclamando maquinalmente:

—¡Magnífico! ¡Soberbio! ¡Delicioso!

El son de sus propias palabras les recordaba entonces que estaban aplaudiendo á sus mortales enemigos, y haciendo un brusco movimiento como para sacudir una fascinacion, tornaban á la lectura del *Journal des Debats*, del *Times*, de la *Presse* ó de la *Patrie*, en cuyas largas columnas encontrarian indudablemente palabras de consuelo y esperanza.

Alrededor de cada lector habia un grupo de ocho ó diez amigos suyos, que alargaban la cabeza para oir tal ó cual noticia ó comentario, dicho en voz muy baja y precedido de una mirada recelosa hácia algun que otro personaje rubio que refrescaba tranquilamente, sentado solo en una apartada mesa.

Aquellos individuos rubios eran agentes de policía, disfrazados de caballeros.

Como habia tanta gente en el Café, nosotros nos vimos obligados á sentarnos muy cerca de uno de aquellos grupos de lectores, los cuales nos miraron y se miraron con marcado recelo y bajaron más la voz siempre que se dirigieron la palabra.

Yo atribuia aquella actitud á la cara alemana de H. de V., á los cabellos dorados de sir Arturo, que tambien podia pasar por tudesco, y á algunas palabras españolas que yo le dirigí al jóven cónsul; pues ya os dije en el Lago Mayor que, en toda Italia, *español* es hoy sinónimo de austriaco, de teócrata, de partidario de Francisco II.

Sin embargo, á pesar de toda su reserva, comprendimos que se ocupaban de la reciente batalla del *Garegliano*.

Los jóvenes patricios se reian y bromeaban al leerse algunas noticias.

Esto me afirmó en una sospecha que tenia yo desde anoche; y sin encomendarme á Dios ni al diablo, aconsejé á sir Arturo que metiese la cabeza en uno de aquellos grupos y pidiese noticias de Nápoles.

Sir Arturo no vaciló, aunque se puso muy colorado; y valiéndose de su italiano de colegio, saturado de un marcadísimo acento inglés, arrojó estas palabras en medio de aquel *club*.

—Perdon, caballeros. Yo soy inglés, y por consiguiente amigo de la

Italia. ¿Tendrian ustedes la bondad de decirme qué ha sucedido en el Garegliano?

La pregunta de sir Arturo fué perfectamente recibida.

En Venecia, *inglés* es sinónimo de liberal, de amigo de San Márcos, de enemigo de Antonelli, de protector de Garibaldi.—La extratagema de *Marsala* está muy reciente.

—*Sono inglesi*, exclamaron los venecianos, despejando el ceño.

Y mirándonos con afabilidad, respondieron á la pregunta de nuestro amigo:

—Las tropas italianas han ganado la batalla del Garegliano. Cápua y Mola di Gaeta están en poder del rey *Galantuomo*. El ejército borbónico ha sido aniquilado, y sus restos se han visto en la precision de encerrarse en Gaeta con Francisco II. El asunto de Nápoles puede darse por concluido. Vea usted los despachos telegráficos.

¡Qué imbecilidad tan ridícula la de todos los opresores! ¡Qué nécia candidez la del gobierno austriaco!—¡Ayer pone en sus periódicos que Francisco II ha derrotado á los piamonteses, y hoy deja circular por Venecia los periódicos de París y Lóndres en que se afirma lo contrario!—Bien es verdad que poco hubiera adelantado con recogerlos. En Venecia entran todos los dias tres largos trenes de viajeros, procedentes de Milan y Turin, y por estos se hubiera descubierto la mentira.—Pero entonces, ¿á qué llenar de grotescas falsedades los periódicos destinados á promulgar las leyes?—¡Qué feo, qué difícil y qué deslucido es el papel de tirano!

Pero basta por hoy de política.

El *Café Florian* tiene un renombre europeo y es el más lindo que conozco. Más que un café, parece el tocador de una reina, adornado en un estilo medio Médicis, medio Luis XIV. Sus habitaciones son muy pequeñas y están decoradas con tanto lujo como primor artístico. Las puertas, los sillones, la vajilla, todo respira en él una ortodoxia estética (perdóneseme la frase) que no se encontraria ni en un gabinete dibujado por Rafael. Las paredes, en vez de estar cubiertas de papel ó estuco, se hallan pintadas al fresco y revestidas luego de espaciosos cristales. Unas estatuitas doradas, del mejor gusto, sostienen las luces de gas en lámparas pompeyanas. Muelles divanes de terciopelo azul ó rojo dan la vuelta á cada aposento. Las mesas, de mármol de Carrara, son sumamente chicas y se apoyan en una sola columna, de forma bizantina, labrada tambien en mármol. Las vidrieras, los aparadores, el mostrador, los más insignificantes enseres del servicio son verdaderas preciosidades dignas de atencion y estudio. Para decirlo de una vez: el café *Florian* es propio de la *Plaza de San Márcos*, como la *Plaza de San Márcos* merece ser, cual es, la sala principal de *Venecia*.

El *Café Florian*, y algunos otros, permanecen abiertos toda la noche segun práctica inmemorial.

En cuanto al café *Cuadri*, en el cual entrábamos algunos momentos

despues, no nos llamó la atencion por su riqueza ni por su hermosura, pero sí por su concurrencia.

Todo él estaba lleno de oficiales, entre los que se veian algunos paisanos austriacos, empleados sin duda del gobierno.

Allí se leian periódicos en aleman, se fumaba, y se bebia cerveza...

¡Sin embargo, el dueño del establecimiento es italiano!...

Yo creo que el café *Cuadri* está destinado á ser hecho ceniza por el pueblo, así como cierta tienda en cuya muestra se lee: *All'Imperatore d'Austria.*

El resto de la tarde y el principio de la noche los hemos pasado vagando á la ventura por las calles *sólidas* de Venecia.

La *Venecia terrestre*, con sus callejuelas alumbradas de gas, llenas de un brillantísimo comercio (apenas sombra de lo que fue antiguamente), con sus pequeñas plazas, con sus angostas y complicadas travesías, con su limpio é inmejorable empedrado, me recuerda la arábiga Sevilla y me hace comprender lo que seria una ciudad mora en que lograse penetrar la civilizacion.

La extraña y al principio ininteligible complexion de *Venecia*, es bastante sencilla.—Cada una de las numerosas Islas, medio naturales, medio artificiales, que constituyen la Ciudad, comprende dos largas manzanas de casas, entre las cuales corre una calle. Estas casas arrancan inmediatamente del agua por la parte exterior de la isla, teniendo cuando menos una puerta hácia el canal que separa á una isla de otra, mientras que, por el lado opuesto, miran á la calle interior que hemos citado, á la cual dan dos ó tres puertas generalménte ocupadas por tiendas de comercio.— De esta manera se explica que no haya casa alguna que no tenga acceso por agua y por tierra.—Centenares de puentes enlazan á islas con islas y á calles con calles, formando el intrincado dédalo de la Ciudad.

Resulta de aquí que puede uno á cada instante interrumpir su marcha, si va fatigado, y continuarla en góndola.—De cien en cien pasos, y áun con mayor frecuencia, os hallais entre dos escaleras: una que sube y otra que baja. La que sube va á un puente, por el que podeis pasar á otra isla. La que baja lleva á un canal, donde nunca falta una góndola que os ofrezca sus servicios.

Durante la escursion de esta tarde, hemos pasado por enfrente de algunas magníficas *Iglesias*, situadas por lo regular en el centro de las más espaciosas Islas, y rodeadas de árboles y monumentos. De buena gana hubiera entrado en algunas de ellas, á admirar las obras maestras de pintura ó á visitar los sepulcros de grandes hombres que encierran casi todas; pero esto se apartaba de nuestro programa de hoy, y lo hemos dejado para otro dia.

En cambio, hemos pasado y repasado por sus tres vias paralelas el famoso *Puente de Rialto*, deteniéndonos más de una vez á contemplar desde su elevada cimbra el magnífico panorama que á un lado y otro presenta-

ba el *Canal Grande*, enrojecido primero y teñido de ópalo despues por las luces del crepúsculo, que prestaban una fantástica apariencia á los Palacios.

Cuando ya fué de noche, volvimos á la *Plaza de San Márcos.*

Una espléndida iluminacion de gas, reflejándose en las bruñidas losas del suelo, en los cristales de los Cafés y en las hermosas fachadas de *le Procuratie Vecchie* y del *Palacio Real*, le daban el aspecto de un salon de baile.

Las venecianas y su séquito de amadores estaban de vuelta en la Plaza.

Su animacion y su alegría eran aún mayores que esta tarde. Los novios italianos, protegidos por la noche, paseaban juntos, y hasta los oficiales austriacos se propasaban á mirar á sus *enemigas*, yendo en largas hileras, cogidos del brazo. El ruido de sus sables se confundia con las carcajadas de las hermosas. Diríase que la velada es en *Venecia* una hora de olvido y reconciliacion. Mil conversaciones distintas,—balbucientes declaraciones, juramentos á media voz, íntimas confidencias, apasionados suspiros, murmuraciones, chanzas, incoherentes preguntas, nombres pronunciados en voz alta, reprimendas de madres, sordos rugidos de celosos cónyuges, alguna amenaza, alguna queja, tal vez alguna lágrima cruzándose con una risa, el tararco indiferente del que iba solo,—todas estas cosas juntas formaban un confuso rumor, plácido y melancólico, en que palpitaba y gemia nuestra pobre vida humana, el eterno poema de la juventud, *amor che nullo amato amar perdona; Venecia*, en fin, que no ha muerto todavía, ó que sale de su sepulcro durante la noche y recuerda los tiempos que pasaron.

¡Oh! *¡Venecia! ¡Venecia!*—Cuando á esa hora se la ve recobrar algo de su antiguo júbilo, de su apasionada alegría, de aquella alegría que no lograban turbar los sangrientos dramas públicos ó secretos de que era teatro en los grandes dias de su libertad; cuando se oye el blando murmurio de su armonioso idioma, que aun repite bajo el dogal extranjero los suaves acentos del amor, y contempla uno á sus hijas, tan bellas hoy y encantadoras como en los tiempos en que Tintoreto y Ticiano las legaban á la admiracion del mundo, la imaginacion recompone el magnífico pasado de la ciudad galante, y se figura las mil y mil escenas que la música y la pintura han eternizado, uniéndolas á la celebridad de Shakspeare y de Rossini, de Byron y de Donnizetti, de Verdi y de Victor Hugo.

El muelle de la *Piazzetta*, á donde nos trasladamos luégo, atraidos por los acordes de un concierto ambulante, acabó de exaltar mi fantasía, haciéndome soñar con las poéticas historias que he citado.

Allí se embarcaron Otelo y Desdémona para la isla de Chipre, de donde nunca más volvieron.—Allí desembarcó *Lucrecia Borggia*, viniendo de Ferrara en busca de su adorado hijo.

El concierto callejero se componia de guitarras, violines y contrabajos.

Los músicos eran siete, contándose entre ellos tres mujeres, hermosas y tristes, á cuyas ropas de luto se asian algunos pequeñuelos, probablemente sus hijos, cansados de vagar todo el dia de una calle en otra y rendidos ya por el sueño.

Sus padres tocaban distraidamente, mirando de reojo á aquellas pobres criaturas, temerosos sin duda de que se durmieran y rodasen por el suelo...

Y, sin embargo de esta preocupacion, y de la inquietud que sentirian acerca de si el público que los escuchaba se iria á la postre sin pagarles, tañian los instrumentos con inspiracion tan sentida, con suavidad tan patética, que se hubiese dicho que en el fondo de aquellas armonías lloraban agrupados el genio del arte, los númenes de la Ciudad y el adverso destino de aquellos miserables trovadores.

A veces, toda aquella tribu de famélicos artistas, lo mismo las madres que los esposos, y que los soñolientes hijos, unian sus quejumbrosas voces al són de los instrumentos, y cantaban en dialecto veneciano no sé qué historias de amores de fortuna, no sé qué luchas con la suerte, no sé qué desgracias vagamente definidas, que me parecian á mí su propia historia y acaso tambien la historia de *Venecia.*

La menguada luna aparecia en tanto por encima de los muros del *Arsenal*, en busca de los mismos Canales donde yo la ví bañarse anoche, sola y sin recelo.

Y *Beppo*, el astuto veneciano, sentado en su góndola, á pocos pasos de nosotros, nos invitaba á un paseo por el agua, permitiéndose describirnos con celadas y discretas frases las delicias ocultas de *Venecia,* ó sea los gabinetes vestidos de raso, brillantes de luz, y llenos de perfumes, que (segun él tiene entendido) se ocultan detrás de los muros negros y medrosos de los más lóbregos canales.

Y yo me acordaba de que Chateaubriand (quien, dicho sea entre paréntesis, escribió parte de sus *Memorias de Ultratumba* en el mismo Hotel en que nosotros vivimos), cuenta que al pasar una noche por no sé qué puente de Venecia en que habia una Vírgen, alumbrada por muchos faroles, vió á unas hermosas y desdichadas mozuelas que rezaban Ave-Marías, y que con la mano derecha hacian la señal de la cruz, mientras con la izquierda detenian á los transeuntes, hablándoles de aquellos mismos encantados recintos que nos describia mi gondolero...

Por nuestra parte, si accedimos á la invitacion de *Beppo*, y saltamos de la *Piazetta* á la góndola, fué tan sólo para venirnos honestamente al Hotel, donde hemos dedicado la velada á escribir, cada cual á su modo, la historia de nuestro primer dia veneciano...

¡Ah! ya no están de moda aquellas escandalosas escenas en que era de rigor cantar el brindis que Victor Hugo pone en boca de Maffio Orsini:

¡Amis, vive l'orgie! etc.

reemplazado en la ópera de Donizetti con aquella estrofa tan popular:

Il segreto per esser felice, etc.

Hasta mañana, pues, y concluyamos por hoy copiando la copla veneciana que Gaetano, el hijo de Beppo, canta al pié de mis balcones:

Coi pensieri malinconini
no te star á tormentar:
vien con mi, montemo in góndola,
andremo in mezzo al mar...

Antiguamente, los gondoleros no cantaban, á la puerta de esta mansion, tan pobre y vulgar literatura, sino las octavas sublimes de la *Gerusalemme liberata*.

Verdad es que antiguamente el suntuoso Palacio *Giustiniani* no era una posada pública.

Dice bien el poeta Niccolini, imaginando que habla desde los siglos pasados:

¡Città superba! tuo crudel Lione
disarmato dagli anni andrá deriso;
privo dell'ire onde la morte è bella,
egli cadrá senza mandar ruggito.

Conque muy buenas noches.

V.

EL PALACIO DE LOS DUX.—DE LA ESCALERA DE LOS GIGANTES AL PUENTE DE LOS SUSPIROS.—SALA DEL GRAN CONSEJO.—SALA DEL CONSEJO DE LOS DIEZ.—EL CONSEJO DE LOS TRES.—LOS PLOMOS Y LOS POZOS.—RECUERDOS DE SILVIO PELLICO.—LUGAR DEL TORMENTO.—UN CICERONE COMO HAY POCOS.—EL CANAL DE LA PAGLIA.

Venecia, 5 de noviembe 1860.

Son las doce de la mañana, y acabo de salir del *Palacio Ducal*, donde he pasado cuatro horas.

Creedme: una verdadera y profunda emocion de espanto y miedo me embarga todavía.—La luz del sol me causa en este instante la misma extrañeza que á los que salen de su alcoba por la primera vez despue s de una larga enfermedad en que han entrevisto la muerte.

¡Ah! Yo ví esta mañana el esplendor del cielo: luégo me sumergí poco á poco en una tremenda noche; y ahora, que he tornado al mundo, me parece que me hallo en otro dia; que despierto en un letargo; que la marcha del tiempo ha estado suspensa durante algunas horas, ó que yo

repito un dia de mi vida y vuelvo á ver un sol que ya se habia puesto para mí.—Mejor dicho: en este instante experimento aquel asombro indefinible en que pasé este verano la perdurable tarde subsiguiente al eclipse total de sol que presencié desde las ruinas de Sagunto.

¡El *Palacio Ducal!*...—Yo entré en él por la *Escalera de los Gigantes*, refulgente de luz y de hermosura, y he salido por la angosta y sombría escalera de los *Pozos*, ¡por donde sacaban los cuerpos de los ajusticiados para llevarlos á enterrar ó echarlos en la laguna!...

¡Dichosa, sí; pero no *interesante* edad la nuestra, en que me ha sido tan fácil y tan poco arriesgado recorrer el laberinto pavoroso donde miles de hombres se han perdido para siempre!—No hace todavía muchos años, entrar en el *Palacio Ducal* por la *Piazzeta* para salir por el *Canal della Paglia*, equivalia á ir de la vida de la muerte.—Entre una y otra puerta estaban el *Consejo de los Diez*, las Prisiones, la Sala del Tormento y la Horca espantosa que yo acabo de tocar con mis manos!—Y si alguno llegaba vivo al término de esta calle de amargura, no era sin que sus cabellos, por negros y juveniles que fuesen á la entrada, blanqueasen, como pavesas, á la salida.—¡Cuántos y cuántos invirtieron treinta ó cuarenta años en recorrer la *Via Crucis* que yo he visitado en cuatro horas!...—¡Oh, mísera poesía! Tú *te vás*, como muchos otros númenes, dejándonos demasiado venturosos á los cultos habitantes del planeta! —¡Oh, libertad! ¡cuan dulce es *desearte!*

Pero dejemos estas filosofías, y describamos el *Palacio Ducal* y las interesantísimas escenas que acaban de ocurrirme en él.

El Palacio de los Dux es una de las obras más bellas é imponentes que ha creado la arquitectura. Yo no sé qué nombre dar al estilo de su fachada: si el de *árabe italiano* ó el de *gótico-bizantino*. Mejor será decir que es puramente *veneciano*.—En aquella fachada resplandecen los mosáicos orientales, los arcos romanos, las ojivas góticas, la decoracion *plateresca* y las columnas bizantinas, y todas estas cosas juntas dan por resultado una belleza exclusivamente veneciana, que resume los varios caractéres de la historia de la República y armoniza con la extraña contextura de la ciudad.

En efecto: donde el pavimento de las calles es de agua, se concibe que la base de los edificios sea una doble columnata aérea, que dibuje en el cielo y en las ondas los esbeltos perfiles de sus abiertas galerías; y donde confluyen el Imperio aleman, la clásica Italia y el esplendoroso Oriente, se explica que las estátuas gentiles figuren en hornacinas cristianas; que el arco apuntado se levante sobre la cornisa griega, y que el *macizo* bordado de arabescos descanse en los calados rosetones góticos.

Pero el Palacio Ducal no puede describirse.—Hay esquinas que son obras maestras de ornamentacion; escaleras que parecen sueños de la fantasía; perspectivas ideales; verdaderos tesoros de pintura y de escultura; un asombroso lujo de mármoles y bronces, y sobre todo esto un aire de Edad Media, un perfume histórico, una grandeza monumental que

llenan el alma de veneracion y respeto...—¡Imposible enumerar tantos prodigios!—Citaré, pues, tan solo aquellas cosas que me impresionaron más vivamente.

En medio del *Patio interior* (que es por sí solo una maravilla, y bastaria para atraer á los viajeros á Venecia) ví dos elegantes *Cisternas de bronce*, que son las mismas que veia Silvio Pellico desde la reja de su prision.—Ahora, como entonces, acuden á ellas algunas hijas de la ciudad, con su clásica ánfora en la cabeza, en busca del agua del cielo.—¡Y esto es lo único que resta de los antiguos destinos del Palacio de la Señoría!—En aquel Palacio se redactaban antes las Leyes, se administraba justicia, se gobernaba el Estado. Allí estaban las prisiones y los suplicios: allí vivia el Dux; allí celebraba sus sesiones el Gran Consejo; allí era este vigilado por el *Consejo de los Diez*; allí reinaba sobre el *Consejo de los Diez* la Inquisicion de *los Tres* (*I Capi*)...—Hoy no busca allí el veneciano sino el agua llovediza.—El Palacio está deshabitado.

Pero no: que en él moran todavía, siquier inmóviles y mudos, todos los Legisladores y Guerreros de *Venecia*, pintados en las paredes ó representados en estátuas.—Los conquistadores han hecho bien de dejarlos allí solos. Así podrá decirse todavía que *Venecia* no ha muerto: que *Venecia* vive en el *Palacio de los Dux*.

Conque avancemos. En el mismo *Patio interior*, y en frente de las puerta de entrada, empieza la famosa *Escalera de los Gigantes*, llamada así á causa de dos *Estátuas colosales* que representan á *Marte* y á *Neptuno*, deidades protectoras de la ciudad anfibia.

Esta *Escalera* es sumamente bella, tanto por la riqueza de los mármole. que la revisten, como por la delizadeza y primor con que están labradoss

En su ancha *meseta* se verificaba la coronacion de los Dux, y áun se dice que en ella fue decapitado *Marino Faliero*... Pero esta última parte de la tradicion es á todas luces inexacta, dado que la *Escalera de los Gigantes* no fue empezada hasta diez años despues de la ejecucion del anciano esposo de *Angiolina*.

La *Escalera de Oro*, adornada de riquísimos dorados, notables frescos y bellas esculturas, conduce á un gracioso vestíbulo.

Luégo se penetra en la vastísima *Sala del Gran Consejo*, verdadero Capitolio de la República veneciana, cuyos techos y paredes están revestidos de muy famosas pinturas, debidas á Pablo el Veronés, Tintoretto, Bassano, Palma el Jóven y otros célebres artistas.

Los cuadros de las paredes representan los fastos de la República,—las alianzas del Dux y de los Cruzados; las dos Conquistas de Constantinopla; la coronacion de los Dux más eminentes; la vuelta de guerreros vencedores; la batalla de Lepanto; los tratados con los Pontífices y con los césares de Alemania; las guerras con los vecinos de la altiva señoría, con los *Este* de Ferrara, con los *Visconti* de Milan, con los *Scala* de Verona; una victoria (no he podido recordar cual) obtenida sobre un rey de Aragon; los triunfos del infortunado *Carmagnola*, cuya prision ví más ade-

lante; la presentacion de los Emisarios venecianos en el campamento sitiador de Pavía, y otros muchos episodios históricos que acreditan lo muy temido y respetado que fue en toda Europa el *Leon alado de San Márcos.*

Entre estos lienzos hay uno que pasa por el mayor en tamaño que existe sobre la tierra.—Su altura es de treinta piés y su anchura de setenta y cuatro.—Representa la *Gloria del Paraiso,* y está firmado por *Tintoretto,* quien, como émulo que era de Miguel Angel, se propuso indudablemente con este cuadro crearle un rival, ó cuando menos un hermano, al famoso *Juicio Final* de la Capilla Sixtina.

Sin conocer yo todavía la grande obra de *Buonarotti,* sino por el grabado, me atrevo á asegurar que Tintoretto no consiguió, ni aun remotamente, su propósito.—La *Gloria del Paraiso* carece de unidad, de conjunto, de expresion armónica. Es una aglomeracion de mil figuras, una amalgama de episodios, una multitud de cuadros análogos reunidos en un solo lienzo.—En cuanto al color, está completamente perdido.—Sin embargo, esta obra es digna de admiracion y respeto por la fuerza de inventiva que revela y por el correcto dibujo de casi todas sus partes.

En el Friso de la sala se ven los retratos de *Setenta y seis Dux de Venecia...*

Mas no de setenta y seis; que en el lugar donde debia hallarse el de *Marino Faliero* hay un cuadro negro con estas lúgubres palabras: «*Hic est locus Marini Falieri, decapitati pro criminibus.*»—Unico monumento que recuerda en el *Palacio Ducal* al que puso su primera piedra.

El Techo de la *Sala del Gran Consejo* no desmerece de los muros.—En él se vé primeramente una de las obras capitales de la pintura veneciana: *Venecia en medio de las nubes coronada por la Gloria,* de Pablo el Veronés.—En otro lado está *Venecia coronada por la Victoria,* de Palma el jóven.—El resto del techo representa á *Venecia rodeada de las divinidades del Olimpo,* y es obra de Tintoreto.

En aquella especie de competencia, triunfa Pablo el Veronés.

Despues de la Sala del Gran Consejo, viene la del *Escrutinio,* en que eran votados los *Dux.*

Allí son tan notables los ricos dorados y artísticos adornos de las paredes como los cuadros que las adornan.—En el fondo de esta Sala se eleva, sirviendo de puerta, un *Arco de triunfo,* erigido por el Senado en honor de F. Morosini.

Luégo se entra en la *Biblioteca de San Márcos,* compuesta de 120,000 volúmenes y 10,000 manuscritos: de ella se pasa á la *Camera Degli Scarlati,* en que se guardaban las togas rojas de los Consejeros; en seguida se penetra en la *Sala dello Scudo,* donde se colocaban las armas ó blasones del Dux reinante, y al fin se llega á la *Sala della Bussola,* antecámara del Consejo de los Diez, donde antes habia una *Cabeza de leon,* en cuya boca depositaba la cobardía delaciones anónimas contra los enemigos del Gobierno.

Todas estas Salas merecerian un detenido exámen, no sólo por su im-

portancia histórica, sino por las obras de arte que encierran.—Allí se ven, entre otras maravillas, algunas *esculturas griegas* de gran mérito: una *Minerva* colosal; una copia antigua de la *Venus de Médicis*; un grupo lascivo de *Júpiter y Leda*, lleno de expresion y encanto; otro de *Ganimedes robado por el águila*, atribuido por Cánova nada menos que á Fidias; varios *Gladiadores*, y otras muchas magistrales estátuas.

Sin embargo, yo no me he parado á estudiar prolijamente aquellos preciosos mármoles. Esto hubiera introducido una fatal perturbacion en mis sensaciones. En *Venecia* persigo solamente el ideal de los Tiempos Medios.—Pronto iré á Florencia, donde empieza la patria del arte clásico, y allí, y en Roma, y en Nápoles, encontraré repetidos hasta la saciedad todos los prodigios de la escultura antigua.

Una vez fuera de la Biblioteca, pasé por la *Sala dei Capi*, donde se reunian los *Tres Inquisidores* que reinaban sobre el *Consejo de los Diez*, y al fin penetré en el aposento en que celebraba sus sesiones este pavoroso Tribunal...

Aquellas célebres estancias no dirian nada á la imaginacion sin la explicacion del Conserje. Por el contrario: las hermosas pinturas que las adornan, los raudales de luz que penetran en ellas por puertas y ventanas, y la graciosa ornamentacion de las paredes y de los techos, alejan de la mente toda idea de horror y sobresalto.—Yo crucé, pues, por aquellos tremendos sitios sin emocion alguna, aunque muy satisfecho y orgulloso con el mero pensamiento de que ya podria decir toda mi vida que los habia visitado.

Esta desilusion principiaba á mortificarme un poco, cuando hé aquí que repentinamente cambió por completo el carácter de mis impresiones, convirtiéndose en lo más dramáticas, auténticas y terribles que nunca hubiera imaginado.

Fué el caso que el Conserje, despues de enseñarme y explicarme bajo el aspecto artístico todas las habitaciones que acabo de enumerar, me llevó de nuevo á la *Sala dei Capi*; abrió una puerta secreta, perfectamente disimulada, y, señalándome un pasadizo oscuro que principiaba en ella, me dijo:

—Entre usted por ahí; al fin de ese corredor encontrará al *Conserje de las prisiones*. Yo he concluido ya de servir al caballero.

Y hablando así, me tendió la mano, en la cual puse una moneda, y se marchó, dejándome solo en medio de la más triste oscuridad.

La puerta por donde yo acababa de entrar se cerró detrás de mí.

Era cosa de tener miedo, y lo tuve.—Lo pasado apareció á mi imaginacion, real, elocuente, pavoroso, resucitado.

Para tranquilizarme y atreverme á dar algunos pasos por aquellas tinieblas, tuve que recordar que estamos en el año 60 del siglo XIX, y que el *Consejo de los Diez* dejó de existir hace muchos años.

Anduve, pues, á tientas por el lóbrego corredor, y llegué á una puerta entornada por donde salia un débil rayo de luz.

—*¿Quién va?* dijo una voz cavernosa detrás de aquella puerta.

Yo no respondí; pero la abrí de par en par.

La puerta daba á la meseta de una escalera, de la cual se veian, á la luz de un opaco farolillo, algunos peldaños que subian y otros que bajaban.

En medio de la meseta estaba sentado en un enorme sillon un viejo decrépito, liado en un largo rendingote oscuro con capucha y mangas perdidas, y cubierta la cabeza con un gorro negro de dormir, que parecia el gorro frigio de *Venecia.*

Aquel hombre tenia la barba cana y crecida, cuidadosamente afeitada por ciertos lados, y no llevaba bigote.

Parecia un Dux.

Si yo hubiera tenido en Francia un encuentro semejante, habria sospechado que aquel lúgubre personaje era una máscara; esto es, que se le habia buscado y vestido de aquel modo á fin de producir una ilusion artificial en el ánimo de los viajeros... ¡Pero en *Venecia* no se está hoy para farsas!

—¿Quién sois? volvió á preguntarme aquel hombre, cuyo rostro enjuto, verdinegro, arado por hondas arrugas, revelaba un carácter violento, impaciente, melancólico.

—Soy un curioso, le respondí. ¿Y vos? ¿quién sois?

—Yo soy Conserje de las prisiones de la señoría de Venecia hace sesenta años. Tengo setenta y siete de edad. He pasado catorce bajo la República de San Márcos. He conocido á dos Dux. Nací en este Palacio, donde mi padre era carcelero, como yo lo soy ahora; con la diferencia de que él custodiaba prisiones llenas de reos, y yo custodio unos aposentos vacíos ó llenos de telarañas. ¡A tales tiempos hemos llegado!

—¡Este viejo está loco!—fué la primera idea que me ocurrió al oir el anterior discurso.

Pero luégo recordé haber leido no sé dónde que en el *Palacio Ducal de Venecia* existia un famoso *conserje*, fanático defensor del *Consejo de los Diez*, al cual era preciso oir con paciencia, si se queria formar verdadero juicio del Gobierno de la República...; y comprendí que estaba delante de él.

Díjele, pues, zalameramente:

—¡Ya tenia yo noticias vuestras! Vos fuísteis el que esplicó á lord Byron y á Chateaubriand...

—¡Chateaubriand! ¡Lord Byron! (me interrumpió el viejo, temblando de colera). ¿Por qué no me nombrais tambien á Silvio Pellico? ¡Todos vienen con la misma cancion! ¡Reniego de los poetas! ¡Si yo hubiera sabido que iban á mentir con el descaro que lo han hecho, no los habria tratado con tanta bondad!—¿A qué venís aquí? (prosiguió, mirándome de hito en hito). ¡Aquí no hay nada que ver! Todo lo que cuentan los poetas es mentira. Aquí no se martirizaba á nadie. Esta era una cárcel como cualquiera otra. Los austriacos hacen muy mal en permitir que el público

se pasee por estos sitios; y yo soy muy desgraciado, puesto que el hambre me obliga á acompañar á los poetas, sabiendo como sé que luégo salen de aquí calumniando al *Consejo de los Diez* y á la ilustre *Señoría*.—¡Lord Byron!—Yo he leido sus obras, y son un tejido de patrañas. El Gobierno de la República era más clemente, más justo, más paternal que todos los que se han sucedido despues en Venecia....

—Sin embargo (repliqué), yo os suplicaria que me enseñáseis los *Plomos* y los *Pozos*...

El hombre me miró de una manera espantosa, al ver que yo sabia el nombre de aquellos tremendos lugares; y, dando una especie de rugido, continuó diciendo:

—¡Los *Pozos*! ¡los *Plomos!*—Ni hay tales *Plomos*, ni hay tales *Pozos*. Venid á verlos, y hallareis que son las prisiones más cómodas del mundo.—¡Ah! ¡los poetas! ¡los poetas! ¡Silvio Pellico! ¡*Le Mie prigioni!* ¡Calumnias! ¡tonterías!

Hablando de este modo, cogió un manojo de llaves y empezó á subir penosamente la escalera de que he hablado.

Yo lo seguí.

Al término de aquella larga, estrecha y empinadísima escalera, encontramos una especie de crugía, muy baja de techo, á la que daban cinco ó seis puertas iguales, chapadas de hierro y cargadas de cerrojos y fuertes cerraduras.

El Conserje abrió una de ellas, y entramos en una pequeñísima bohardilla, á cuyo techo se tocaba con la mano.

Una angosta ventana de reja dejaba ver el cielo y algunas chimeneas, y daba paso á torrentes de viva luz.

A pesar de que estamos en noviembre y de que hoy ha hecho un dia muy fresco, en aquel zaquizamí se sentia un calor insoportable.

El techo de la prision se reducia á la fuerte lámina de plomo que cubre todo el *Palacio Ducal*.

El sol la habia ya caldeado... ¡y eso que eran la diez de la mañana!—Gradúese, pues, á qué estado de incandescencia llegará á las dos de la tarde de un dia de verano!

—Estos son *los Plomos* (*i Piombi*), prosiguió el Conserje. ¡Ya ve usted que no tienen nada de particular! Como prision, no conocerá usted ninguna más alegre. Aquí hay luz; desde aquí se ve el cielo; desde aquí se ve hasta la Ciudad... ¿Dónde se encontraria un calabozo semejante? Un hombre encerrado en esta habitacion, podia creerse en su casa. Por esa ventana entraba el sol á visitarlo : las palomas se paraban en los hierros de la reja y le daban los buenos dias: los rumores de la poblacion, el ruido de los remos, los repiques de las campanas, los golpes de los talleres, los cantos de las criadas, hasta las conversaciones de las calles llegaban á sus oidos.—No era, pues, estar preso: era estar en el mundo.—¡Vayan los poetas noramala, y díganme dónde podria pasar un pobre los rigorosos inviernos de Venecia mejor que en el último piso del Palacio de los Dux!

Mientras que el implacable cancerbero hablaba así, yo pensaba en *Le Mie Prigioni;* recordaba todo lo que padeció Silvio Pellico, abrasado bajo aquella lámina de plomo, devorado por los cínifes, colgado sobre el mundo, suspendido entre el cielo y la tierra; solo, en medio de la humanidad; muerto para todos, cuando todos vivian para él y le dejaban oir sus ecos de júbilo y alegría y la música inefable de la libertad!...—¿Qué mayor tormento? ¿Qué prision más espantosa?

¡Y cuenta que la estancia ocupada por el autor de *Francesca da Rimini*, situada en el extremo Norte del *Palacio Ducal*, era la más cómoda y ventilada de todas!

Volvimos á bajar, sin que yo hubiese contestado nada al discurso del conserje.

En medio de la escalera habia una puertecilla, que daba á una galería oscura, en la cual penetramos...

El carcelero se detuvo delante de dos puertas iguales, y abrió una.

—Vamos á cruzar (exclamó) el famoso *Puente de los Suspiros.*

El *Puente de los Suspiros* es un doble pasadizo cerrado, suspendido á una grande altura sobre el Canal de la *Paglia*, y que pone en comunicacion al *Palacio Ducal* con el *Palacio de las Prisiones.*

Este *Palacio de las Prisiones*, construido á fines del siglo XVI, es una cárcel como cualquiera otra, notable solamente por su artística fachada.

De las dos galerías que comprende el *Puente de los Suspiros*, la una daba entrada en la cárcel á los *presos ordinarios*. Por la otra comparecian ante los Inquisidores los *prisioneros de Estado.*

Cada una de aquellas galerías cubiertas tiene dos ventanas con reja de hierro y celosía de piedra, por las cuales los reos que iban del Tribunal al suplicio, ó venian de la prision al Tribunal, veian un instante la laguna, las góndolas, la ciudad, el cielo...

Dícese que entonces suspiraban, y que de aquí viene el nombre de *Puente de los Suspiros.*

Otros creen que esta denominacion procede de los gemidos que iban dando los reos al pasar por allí despues de haber sufrido el tormento en el *Palacio Ducal.*

Yo consulté sobre esto al Conserje.

El Conserje se puso hecho una furia cuando me oyó hablar de tormento.

—¡Aquí no se atormentaba á nadie! (exclamó con voz de trueno) ¡Eso lo han inventado los poetas!—Es decir... aquí no se daba tormento sino á los convictos y no confesos... ¡Ya ve usted que ellos se tenian la culpa!—¿Por qué no confesaban? Además que todos esos rigores eran para los reos políticos... Los reos ordinarios vivian perfectamente en el *Palacio de las Prisiones.*—En cuanto al nombre de *Puente de los Suspiros*, no lo inventó el pueblo, como dicen los poetas; lo inventamos nosotros, los de casa, al ver que los prisioneros suspiraban por su perdida libertad siempre que pasaban cerca de estas claraboyas.—Y la prueba de que no sus-

piraban porque les dolieran los huesos de resultas del tormento, es que el tormento se daba despues de haber pasado este puente.—Desengáñese usted: ¡los poetas no han contado más que fábulas!

Yo me asomé á una de aquellas claraboyas, y gemí tambien á pesar mio, al respirar un aire más puro que el de las mazmorras y escaleras que acababa de recorrer, y al contemplar la luz, el cielo, la radiante laguna y la alborozada humanidad, que pasaba cantando por debajo de aquel altísimo puente, tan gracioso y artístico, visto desde fuera, como horrible y pavoroso, visto por dentro.

—Ahora vamos á los *Pozos*..., dijo el carcelero, sacándome de mi contemplacion.

Yo me estremecí.—¡Cuántas veces habria pronunciado aquel hombre las mismas palabras, dirigiéndose á infelices condenados que no debian volver á ver la luz del dia!

Mientras yo pensaba esto, el extraño personaje habia encendido una lámpara de aceite, fija en la punta de cierto baston negro cuya vejez causaba verdadero espanto.

—¡Esto es de *aquellos tiempos*! murmuró con bárbara complacencia.

Y me miró y sonrió con ferocidad, dejándome ver la caverna de su boca desdentada.

Entre tanto habia abierto otra puerta y me invitaba á bajar detrás de él una escalerilla húmeda y tenebrosa, en cuya bóveda, cubierta de telarañas, se reflejaba lúgubremente el rojizo fulgor de la pestilente lámpara.

Yo me detuve un momento, no precisamente porque me dominara un terror moral, sino porque aquel camino era repugnante, físicamente incómodo, desaseado.

El carcelero, que habia bajado algunos escalones, volvió la cabeza al reparar en que yo no lo seguia.

¡Oh, cómo lo ví entonces!—¡Nunca olvidaré aquella patibularia figura!—Yo no habia visto jamás nada tan horrible como aquel anciano medio esclarecido por la turbia luz del humeante mechero, medio sepultado en la tenebrosa espiral de la escalera y tan extrañamente vestido; con aquella barba blanca, con aquel gorro negro, con aquella especie de hopa, con aquellos ojos, con aquella risa...

—Vamos adelante... ¡No tengais miedo! dijo, atizando la lámpara.

Yo lo seguí, creyendo que iba á conducirme á no sé qué Infierno de no sé qué Mitología.

Y bajamos, bajamos....

El aire era cada vez más húmedo y mefítico. La lámpara, levantada en alto, alumbraba el techo, pero no los peldaños de la escalera.—El viejo, que conocia el tiento, bajaba deprisa. Yo iba tentando con pies y manos, y me quedaba á veces atrás, solo, en medio de las tinieblas...—Entonces se paraba él y alargaba hácia mí aquel asqueroso baston, en cuya punta ardia la humeante luz, falta ya de aceite y próxima á expirar...

La idea de que iba á apagarse me hacia apresurar el paso.

Los muros que tocaba con la mano estaban frios... A veces chorreaban agua.

Los escalones, mojados y lodosos, se escapaban bajo mis pies. .

Al fin hicimos alto en una oscura esplanada, baja de techo y rodeada de puertas chapadas de hierro y de rejas muy angostas.

El conserje abrió una de aquellas puertas.

Al ruido de la llave parecia natural que respondiese dentro del calabozo algun doliente gemido...

Mi imaginacion padeció como si lo oyera...

Sin embargo, en la prision no habia nadie.

—Aquí tiene usted un *pozo*, murmuró el carcelero.

Al mismo tiempo se extinguió la lámpara.

El viejo hizo un movimiento, sin duda para acabar de apagar el pábilo, y oí resonar el manojo de llaves que pendia de su cintura.

La oscuridad era completa.

Yo creí por un momento que el carcelero se iba y cerraba la puerta detrás de sí, dejándome preso...

En esto divisé cerca del techo un agujero redondo, por el cual se filtraba un débil resplandor del dia.

Algunos instantes despues aquella ténue claridad hirió más vivamente mis pupilas, y hallé cerca de mí al lúgubre personaje.

—Estamos bajo la laguna (dijo tranquilamente). El nivel de las aguas se halla dos ó tres palmos debajo de aquella reja.

En comprobacion de estas palabras, oí sobre mi cabeza sordos golpes de remos.

Luego pasó una sombra por delante de la ventanilla, es decir, cerca del techo, dejando durante un momento en absoluta oscuridad la fúnebre prision.

Aquella sombra que habia pasado, era una góndola.

Dentro de ella, y á la luz del sol, cruzando el aire sin fin de la hermosa libertad, irian el amor, la juventud, la dicha, el orgullo, la esperanza...

¡Oh, qué vision tan dolorosa á los ojos de un prisionero!

El carcelero seguia en tanto con su tétrico estribillo.

—¡Ya ve usted (me decia) que, á pesar de estar los *pozos* bajo el nivel del agua, los presos no tenian nada que temer de la humedad! El suelo que pisamos es de madera, y aquí tiene usted otro tablado más alto, que servia de lecho. Todavía falta en él la paja que lo cubria, á fin de que el criminal encontrase la cama blanda. ¿Qué más podia hacer la República con sus enemigos, que conspiraban á todas horas contra ella; que querian su muerte; que atentaban hasta á la vida del Dux?

Salimos del *Pozo* á la esplanada oscura que antes he descrito.

Yo tenia ya deseos de concluir, de ver el sol, de respirar el aire de la vida.

—Subamos, le dije al conserje.

—Espérese usted, me contestó abriendo otra puerta, que daba á una reducida estancia, á la cual se subia por tres ó cuatro escalones.

Aquella habitacion estaba tambien medio alumbrada por una alta claraboya.

—Aquí se verificaban las ejecuciones, añadió el implacable anciano.

Y me señalaba á una especie de nicho que habia en una pared.

—Se metia al reo en ese hueco; se le hacia sentarse de espaldas; se liaba este cordon de seda alrededor de su cuello; luégo le pasaba la punta por esta anilla; el verdugo tiraba..., y el hombre quedaba estrangulado... asi...

Dijo el viejo, y tiró del cordon...

Al mismo tiempo oí un chisporroteo como de sarmientos que ardian... ¡No sé qué triste y crugiente ruido que me erizó los cabellos!...

—¿Qué es eso que suena? pregunté, retrocediendo.

—¡Venga usted detrás de mí! continuó el conserje, quien, poseido ya de un vértigo sanguinario, no atendia á mis preguntas.

Y abrió una puerta, y despues otra.

Los chasquidos de la lumbre continuaban...

Al abrirse la segunda puerta, una vivísima claridad hirió mis ojos y me dejó ciego.

Un océano de llamas lucia ante mi vista.

Era el sol; era el agua; era el dia.

Estaba libre. Tenia los pies en el borde mismo de la laguna.

Me hallaba en la puerta del *Palacio Ducal* que da sobre el Canal de la *Paglia*, debajo del *Puente de los Snspiros*.

—Por aquí se sacaba de noche el cuerpo de los ajusticiados (prosiguió el viejo carcelero). Aquí esperaba una góndola con dos esbirros, que arrojaban el cadáver en la laguna, despues de atarle una bala de cañon á los pies, si la causa habia sido secreta, ó lo llevaban á la Iglesia de San Juan y San Pablo, donde era sepultado, si la causa habia sido pública y notoria.

Mientras el Conserje terminaba así sus explicaciones, yo reparaba en una especie de portería, situada entre las dos puertas que habíamos atravesado últimamente, y destinada á cocina por no sé qué irrision de los tiempos.

Allí freia pescado una vieja centenaria; sin duda la mujer del Conserje.

No era otra la causa del ruido que me habia sobresaltado tanto.

Aquella habitacion, que sigue á la del suplicio, habia sido durante muchas generaciones el *Depósito de Ajusticiados.*

—*Buona salute*, me dijo el carcelero, guardándose unas monedas que le alargué.

Y cerró la puerta detrás de mí.

Yo me encontré solo, entre el Palacio y el Canal; es decir, preso otra vez ó sea cogido entre la puerta y el agua.



PUENTE DE LOS SUSPIROS EN VENECIA.

Dichosamente, allí hay siempre góndolas.

Llamé una; entré en ella, y pasé bajo el *Puente de los Suspiros*, cuya belleza arquitectónica (dicho sea entre paréntesis) excede á toda ponderacion, y al cual ha llamado no recuerdo qué poeta: *un sarcófago colgado sobre el mar.*

Me parecia que acababa de despertar de una horrible pesadilla.

VI.

IGLESIAS Y PALACIOS.—TICIANO.—CÁNOVA.—DOS NOCHES DE TEATRO.—ESCURSION Á LAS ISLAS.—ADIOS Á VENECIA.

Venecia 18 de noviembre.

Llevo quince dias en *Venecia*.—Durante ellos, he visto más de una vez toda la Ciudad, todos sus Templos, todos sus Palacios, todas sus maravillas de Pintura y Escultura, los Teatros que están abiertos, los Paseos, las Islas (que son como arrabales de la capital), las Bibliotecas, los Museos, las Academias, todo!

Al mismo tiempo me he divertido mucho; he hecho la antigua vida veneciana; he abusado de la góndola; he penetrado en el fondo de las costumbres de este singularísimo pueblo; he plagiado á lord Byron; he visto la Ciudad de San Márcos á la luz de los dos crepúsculos, en las sombras de la noche, despierta y dormida, solo y acompañado.

Hoy hace frio. La Laguna está muy alborotada. El tiempo amenaza lluvia...—Decididamente, me marcho de *Venecia*.

Mucho me duele separarme de la ciudad de mis sueños... ¡y tal vez para siempre!—Pero, ¿qué he de hacer?—Me he quedado solo: Sir Arturo partió hace tres dias para Grecia, y el prusiano se marchó tambien anoche. Además: yo no habia de permanecer aquí toda la vida... Partiré, pues, cumpliendo con mi destino de caminante, que es amar las cosas y perderlas.

Para consolarme, pienso en *Florencia*, en la ciudad de las flores y las artes, donde estaré dentro de cuatro ó seis dias; en *Pisa*, donde el invierno es tan dulce; en *Sienna* la monumental, que me abrirá el camino de *Roma*...—¡Oh! sí..., partamos.

Pero no lo haré ciertamente sin ordenar antes mis recuerdos y compaginar mis apuntes acerca de las cosas más notables que he visto estos dias en *Venecia*.

Empecemos por los Templos.

A la caida de la República, es decir, hace sesenta y tantos años, encerraba esta ciudad más de doscientas Iglesias abiertas al culto. Hoy no pasan de sesenta. Las restantes fueron destruidas ó destinadas á usos pro-

fanos durante la dominacion de los franceses.—Afortunadamente, se respetaron las más hermosas y se acumularon en ellas todas las obras de arte que encerraban las demás. Así es que las Iglesias actuales de *Venecia*, edificadas por arquitectos tan ilustres como *Sansovino*, *Palladio*, *Massari*, *Sammicheli*, etc., llenas de cuadros de *Ticiano*, *Tintoretto*, *Pablo el Veronés*, los dos hermanos *Bellini* (uno de ellos maestro de Ticiano y de Giorgione), los dos *Palmas*, (el *Jóven* y el *Viejo*,) y otros célebres artistas, y adornadas de bronces y estátuas de *Vittoria*, *Tulio Lombardo*, *Antonio Dentone*, *Leopardi*, *Grapiglia* y otros maestros de la misma fama, son verdaderos museos en que las cuatro artes del dibujo compiten en prodigios de belleza.

Dicho se está que mi primera visita fue á la *Basilica de San Márcos*, hoy Metropolitana de la ciudad.

Ya la he descrito por fuera, si bien muy ligeramente. Ahora, para formar una idea completa de su magnífica fachada, habreis de imaginaros (¡oh futuros lectores de estos apuntes!) un inmenso retablo medio árabe, medio gótico, en cuyas líneas generales, así como en la ornamentacion, se ven confundidos el génio místico y sombrío del Norte y la risueña y voluptuosa inspiracion del Oriente. Figuraos una armónica combinacion de la más austera capilla de la Catedral de Toledo y de la más riente y graciosa estancia de la Alhambra; ved vacilar el arco entre la herradura y la ojiva; considerad reunidas la cúpula y el alminar; encerrad el mosáico bizantino bajo la cimbra aplanada de un arco oriental bordado de arabescos; representaos la severidad gótica, vestida de lujo por los más ricos y variados mármoles; dadle color á la arquitectura; confundidla con la pintura, como hacen siempre los artistas mahometanos; mezclad el oro, los colores y la piedra, como están mezclados en la *Sala de los Abencerrages* de Granada; pero, en vez de producir con esas dos artes amalgamadas unas labores geométricas ó unas piadosas inscripciones, dibujad y pintad Vírgenes y Santos, y sabreis lo que es en *Venecia* el arte bizantino; lo que son las dos Iglesias, la de Oriente y la de Occidente, cuando inspiran un solo monumento; lo que es, en fin, la fachada de *San Márcos*.

Este mismo espíritu, que parece engendrado por dos crepúsculos; que es hijo de la lucha de una barbarie civilizada con una civilizacion bárbara; que simboliza el instante en que el Oriente y el Occidente se disputaban la dominacion de Europa; que refleja de un modo maravilloso los siglos de las Cruzadas, y bastaria para probar, si la historia no lo demostrara, que al principio de la Edad Media el Cristianismo fué á buscar cultura á los mares de Levante; este mismo espíritu, vuelvo á decir, domina en el interior de la Basílica, siendo más patente y manifiesto á medida que se estudian su forma general y los adornos que lo decoran.

Yo no puedo detenerme en este exámen, que me llevaria demasiado lejos. Os haré sentir solamente la dulce oscuridad, la venerable senectud y la majestuosa riqueza que engrandecen aquel templo. Gruesísimos pilares y arcos enormes forman austeras naves y misteriosas cúpulas, re-

vestidas de oro é incrustadas de mosáicos, que representan la historia de la Vírgen y la de San Márcos, San Teodoro y otros Santos amigos de la República de los Dux. En torno de la Igelsia, y á media altura de sus bóvedas, gira un balcon ó galería que recuerda el *gyneceo* de los templos cristianos de Constantinopla. Toda la Basílica ostenta una asombrosa profusion de los más ricos mármoles orientales; por donde quiera se ven columnas de pórfido, de serpentina y de verde-antiguo; en todas partes abundan las estátuas, los dorados, los bronces, la plata, la pedrería...; y, sin embargo, *San Márcos* no es un templo alegre, profano, gentil, como las Iglesias lujosas que ví en Milan. *San Márcos* es austero, solemne, místico, á la manera de las viejas tablas alemanas, ó como un cuadro de Cimabue,—y traslada la imaginacion á los primitivos tiempos de la Iglesia, á los siglos de los Santos y de los Expositores, á la cuna del Cristianismo, al ya difunto Oriente.

¡Ah! de no ser góticos, que sean bizantinos los templos del Crucificado!—En el sagrado limbo de estas melancólicas tinieblas, goza el alma con la lejanía del mundo. La Religion de los tristes no ha necesidad del jubiloso y triunfante aparato de las Iglesias del Renacimiento. Para llorar las miserias de la vida basta un rincon oscuro, lleno de testimonios de la fe de nuestros padres, cargado de años y merecimientos, palpitante de autenticidad histórica.

Y á propósito: Más de quinientas columnas de las que adornan la *Basílica de San Márcos* son turcas y griegas, conquistadas por los Dux.—Chateaubriand ha dicho que Venecia entera es un trofeo.

Por lo demás, *San Márcos* fue erigida hace cerca de mil años, bien que sólo sea Catedral desde la caida de la República.—Antes lo era la Iglesia de *San Pietro di Castello.*

Conque descendamos á pormenores.—Entre las cosas que más me han llamado la atencion en la Basílica, citaré las *Tumbas* de los Dux Bartolomeo Gradenigo, M. Morosini y Vitale Faliero, que se hallan en el peristilo; las tres *Puertas* principales del templo, maravillosamente taraceadas de plata, el *Sepulcro* de Andrea Dandolo, desgraciado general, sí eminente literato; y la *Pila* del agua bendita, sostenida por un preciosísimo altar de la antigua Grecia.

Tambien debo mencionar, aunque sólo sea por la originalidad de la advocacion, la *Capilla de Nuestra Señora de los Machos* (la *Madonna de' Mascoli*), llamada así porque las mujeres estaban excluidas de la cofradía que la erigió, y hasta creo que de rendir culto á aquella imágen de María.—(Esto es islamita puro, y trasciende á Constantinopla tanto como los ajimeces que suplen por ventanas ojivales en las torres de la fachada).

Sin embargo, en esta capilla se venera tambien el *Arbol genealógico de la Virgen.*—¡Qué mejor vindicacion de la mujer!

El *Tesoro* de San Márcos, famoso en otro tiempo por sus fabulosas riquezas, ha sido saqueado hasta el punto de no quedar ya en él sino una joya, y esa de mérito disputable.—Tal es un ánfora de granito en que se

lee una inscripcion grabada con caractéres caldeos cuneiformes, que dicen que dice: ARTAGERGES, GRAN REY.

Pero la gran preciosidad de la Basílica es indudablemente el *Altar Mayor*.—Consiste éste en un tabernáculo de verde-antiguo, sustentado por antiquísimas columnas de mármol griego, en las cuales está primorosamente esculpida la historia del Redentor.

Finalmente: Adorna este altar un *icono*, pintado al óleo sobre madera, dividido en catorce partes y del mejor gusto griego. Es obra del maestro Paolo y de sus dos hijos, y una de las pinturas más antiguas de Venecia. Debajo de este *icono* hay otro, que sólo se descubre los dias festivos, construido en el siglo X en Constantinopla, por encargo de la Señoría. Llámase la *Pala de oro*, y consiste en una lámina de este metal, pintada con esmalte de colores y adornada de perlas, camafeos y piedras preciosas. El dibujo es bizantino, y se le considera como una de las obras más acabadas de aquella civilizacion.

Despues de *San Márcos*, la Iglesia que más me ha impresionado ha sido *San Juan y San Pablo*, de la que ya nos habló el carcelero del Palacio Ducal.

A la puerta de aquel Templo, en medio de una plaza irregular, levántase la hermosa estátua ecuestre de *Colleoni*, célebre General de la República.

Yo no sé quién es más famoso en Venecia: si este general ó su estátua.—Tal vez lo sea la estátua.—En todo caso, esto sería justo, pues el grande hombre tuvo la debilidad de acordarse á sí mismo el honor de la apoteosis, destinando en su testamento una crecida suma á la ereccion de su estátua ecuestre.

La Iglesia de *San Juan y San Pablo* (*SS. Giovanni é Paolo: San Zanipolo*, en dialecto veneciano) es el Panteon histórico de *Venecia*.—Allí, bajo altas ojivas góticas, á la misteriosa luz de preciosos vidrios de colores y entre magistrales pinturas de *Ticiano* y *Tintoretto*, duermen en suntuosos *Mausoleos* diez y seis Dux de los más renombrados; entre ellos Morosini, Loredano, el heróico y sin fortuna Marco Antonio Bragadino, Malipiery, tres Mocenigo... Allí descansan los restos de innumerables guerreros, artistas y prelados; el almirante Canal, Palma el jóven, el general Giustiniani, en cuyo palacio vivo hoy yo por el dinero, y otros muchos varones ilustres, que fuera prolijo nombrar.

Pero la verdadera maravilla de esta Iglesia es la *Muerte de San Pedro Mártir*, celebrado cuadro de Ticiano, considerado como una de sus más grandes obras.

Este lienzo (y ya os diré por qué es *lienzo*) representa un bosque, que por sí solo es un prodigio, y que bastaria para dar celebridad á Ticiano como eminente paisajista. San Pedro, dominico lombardo, que vuelve de un Concilio, acompañado de otro fraile, ha sido sorprendido por unos bandidos. En primer término sólo hay tres figuras: San Pedro caido en

tierra; un bandido, que lo retiene, pisándole los hábitos, y se dispone á herirle por segunda vez, y el otro monje, que huye. La viveza dramática, el fuego del dibujo, y sobre todo, el rico y valiente color de esta escena exceden á toda ponderacion. Allí arriba, entre los árboles, se ven dos ángeles que acuden con la palma del martirio á premiar al Bienaventurado. Este no mira al asesino feroz que lo pisotea y le va á herir, sino que tiene los ojos clavados en aquella vision de gloria, como refiriendo su muerte á Aquel que murió por todos los hombres. El otro dominico (naturaleza más vulgar), aunque visiblemente compadecido de la suerte de San Pedro, apela á la fuga, no sintiéndose con valor para ser mártir. El lugar de la catástrofe, admirablemente pintado, la energía de las figuras, los efectos de la luz entre los árboles, todo contribuye á dar á este cuadro un interés, una vida, un movimiento, de que carecen por lo general las obras religiosas del pintor de las *Vénus*.

Dícese que el Senado (que ya habia nombrado á Ticiano primer pintor de la República) se entusiasmo tanto al ver el *Martirio de San Pedro*, que prohibió, *bajo pena de muerte*, el que saliese nunca de *Venecia*. Pero Napoleon I, el gran derogador de toda ley antigua, desatendió tambien este decreto y se llevó el cuadro á París.—La Academia de Bellas Artes lo sometió allí á una arriesgada operacion, que lejos de haberle perjudicado, le ha favorecido y prolongará muchos siglos su existencia. Tal fue la de desprender la pintura (¡los colores!) de la tabla en que la colocó Ticiano, y fijarla sobre un lienzo, sin alterar en nada el aspecto de tan peregrina obra. Por último: cuando en 1815 volvieron tantas cosas á su antiguo ser, el *Martirio de San Pedro* volvió tambien á Venecia.

Pero fuera cuento de nunca acabar si yo hubiese de describiros todos los portentos de arte que guardan los Templos de *Venecia*. Sólo *Santa María della Salute* (que, como os he dicho, se alza enfrente de mis balcones) encierra diez ó doce obras de Ticiano, algunas de primer órden; y en *San Rocco*, Iglesia no muy notable, hay más de cincuenta pinturas de *Tintoretto*, de las que citaré únicamente la *Piscina probática*, llena de inspiracion y rica de colorido.

En *San Sebastiano* he visto el *Sepulcro de Pablo el Veronés*.—El *Mausoleo* del insigne autor de las *Bodas de Canaan* y del *Rapto de Europa*, consiste en una sencilla lápida. En cambio, se ven cerca de su sepulcro tres lienzos suyos, y suyas son tambien las pinturas del techo de la Iglesia. ¡Qué mejor monumento para un artista!...

Más dichoso *Ticiano*, tiene un magnífico Mausoleo en la iglesia de *I Frari*.—Allí descansa entre héroes el amigo de Cárlos V y de Ariosto, el pintor de la *Asuncion* y de *Danae*, el cortesano de Lucrezzia Borgia y de la princesa de Eboli, y allí lo acompaña tambien una obra suya, pálido vislumbre de su genio.

El *Sepulcro de Ticiano*, de mármol oscuro con estatuas blancas, ha sido construido en estos últimos años. Su epitafio dice: TITIANO, FERDI-

NANDUS I.—¡Qué me place este tributo de admiracion rendido por el dominador extranjero á las glorias italianas! —En el mausoleo están esculpidos en bajo-relieve los principales cuadros religiosos del inmortal artista: *La Asuncion*, *el Martirio de San Pedro*, *San Lorenzo*, *la Visita de Santa Isabel* y *el Entierro de Cristo*.

Ticiano pintaba este último cuadro á los noventa y nueve años de edad, cuando le atacó la peste que reinaba entonces en Venecia (1576). El gran pintor cayó al suelo y empezó á agonizar. En aquel instante entraron unos ladrones en el taller, y sin respetar el estado en que encontraban al ilustre anciano, se llevaron todos los objetos que le eran queridos y lo dejaron en las garras de la muerte. Expiró, pues, solo y abandonado, como su *San Pedro Mártir*, en frente del fúnebre lienzo en que habia representado el entierro del Hombre-Dios, y cuando sus discípulos entraron en el taller, situado por cierto en el Palacio Barbarigo, *Ticiano*, que era ya cadáver, conservaba aún el pincel entre sus crispados dedos.

El Senado de Venecia, á pesar de que acababa de mandar que se destruyeran los cadáveres de los apestados, hizo una excepcion en favor del egregio artista, y mandó que fuese enterrado con gran pompa en el lugar donde hoy se halla.—El fúnebre cortejo recorrió en góndolas los canales, entre las lágrimas de la aterrada muchedumbre, horriblemente mermada por la epidemia, y más de un pintor dibujó aquel dia tan luctuosa ceremonia, objeto despues de muchos célebres cuadros.

En cuanto al *Entierro de Cristo* fue terminado por Palma el jóven.

No lejos del *Sepulcro de Ticiano* se encuentra el del infortunado *Francisco Foscari*, á quien todos hemos visto más de una vez morir en escena al oir la campana de San Márcos que anuncia la proclamacion de su sucesor.

Questa e dunque la inicua mercede
Che servasti al canuto guerriero...

dicen los versos de la ópera de Verdi.

—«La campana de *San Márcos* toca por la eleccion de Malipieri,» dice el Jefe del *Consejo de los Diez* en la tragedia de lord Byron.

—«Reconozco su sonido..... —contesta del Dux.—Lo he oido otra vez en mi vida... ¡Una vez solamente! De esto hace treinta y cinco años... cuando tampoco era yo jóven!!»

En esta misma iglesia de *I Frari* se ve otro suntuoso *Mausoleo*, que encierra el corazon del último grande hombre del Veneciado.—Es el monumento de *Canova*.

Canova es el último escultor; el único heredero de Miguel Angel; el postrimer suspiro del genio griego.—*Canova*, Napoleon, lord Byron y Bellini son los cuatro hombres fabulosos, las cuatro figuras clásicas, los cuatro semidioses que presidieron á la entrada del más grande de los siglos. Los cuatro brillaron juntos, como una constelacion de gloria, y se apagaron casi al mismo tiempo.—Napoleon murió en 1821. *Canova*, en 1822,

Lord Byron, en 1824. Bellini en 1834.—Los cuatro pasaron por *Venecia*, y se repartieron los aplausos de la pobre Italia.—*Canova* labró los bustos del moderno César. Lord Byron cantó sus triunfos y lloró su muerte. Bellini cubrió de flores su sepulcro. Son cuatro genios hermanos que resúmen la poesía del siglo XIX.

El *Sepulcro de Canova* fue dibujado por él mismo para que guardara las cenizas de Ticiano.—Representa al Genio de la Patria apagando su antorcha, mientras que el Leon de San Márcos gime desesperado á sus plantas. Razon hubo, pues, para destinarlo al autor de *Hebe*, de *Venus triunfante* y de *Magdalena penitente*, último sacerdote del númen artístico de *Venecia*.

En *Venecia* quedan aún algunas esculturas de *Canova*. En el *Palacio Treves* se conservan con veneracion y se enseñan al público dos estatuas colosales de *Hector* y *Ayax*.—En el *Palacio Barbarigo*, y precisamente en el mismo aposento en que murió Ticiano, he admirado su grupo de *Dédalo é Icaro*. En el *Palacio Ducal* ví la estátua de *San Jorge*, una de sus primeras obras. En el *Arsenal*, lleva su nombre el Monumento del Almirante *Emo*, adornado de preciosos bajo-relieves, y en la *Academia de Bellas Artes* me han enseñado el modelo original de su grupo *Hércules y Lycas*.

En Génova, Florencia y Roma veremos sus verdaderas obras maestras, que tan populares han hecho los vaciados en yeso y el grabado.

Los *Palacios* de Venecia, sobre todo los situados en el *Canal Grande*, no ceden en mérito artístico á los Templos que acabamos de mencionar.

La mayor parte de aquellos, y ciertamente los más grandiosos, son de estilo ojival, entre gótico y morisco; *veneciano*, en fin.

El *Palacio Foscari* y el de *Cavalli* recuerdan el *Palacio Ducal*, que ya hemos descrito.

El *Palacio Foscari*, especialmente, situado en la vuelta ó recodo del dicho Canal, donde se copia todo entero en el agua, es tan proporcionado y aéreo, tan histórico y melodramático, que con dificultad habrá en el mundo un edificio más interesante.

Pero ¿qué digo? ¡Toda la doble serie de *Palacios* del Canal Grande, parece una calle de tumbas, como la Via Apia de Roma!—Los nombres de aquellas régias moradas forman la cronología de los Dux de *Venecia*, desde Anafasto hasta Luis Marini; esto es, desde 697 hasta 1797: ¡la historia de 1,100 años!

Por lo demás, aquellos suntuosos alcázares son hoy propiedad de avaras bailarinas, albergue de viles cortesanos, oficinas del opresor extranjero, cuarteles, posadas públicas, ó asilo de príncipes desterrados...

¡Todas las profanaciones fueran como la del *Palacio Mocenigo*, donde lord Byron escribió el *Don Juan, Marino Faliero, Los dos Foscari* y otras obras inmortales!

Digamos algo acerca de la *Academia de Bellas-Artes* de Venecia, que encierra unos setecientos Cuadros, notabilísimos en su mayor parte, y casi todos firmados por los más ilustres artistas nacidos en la ciudad de San Márcos.

Entre las obras capitales que allí se admiran, cuéntase la famosa *Asuncion* de Ticiano, verdadera joya de la escuela veneciana, con la cual se dió á conocer al mundo el discípulo de Bellini, eclipsando la gloria de su maestro y la de todos los pintores de aquella privilegiada edad.

L' Assunta (como se la llama en Venecia) es un prodigio de arte, asi por la composicion y el colorido, como por el dibujo y la expresion de casi todas las figuras. El lienzo mide siete metros de alto por tres de anchura. La accion se compone de tres episodios, magistralmente combinados. En la parte inferior del cuadro se ven once Apóstoles, que en diferentes actitudes,—ora de éxtasis, ora de pesar, ora de adoracion, ora de asombro,—miran á la Madre de Jesus, que se remonta por los aires. En medio del lienzo está la Vírgen, de pié sobre una nube, con las piernas púdicamente cruzadas bajo la túnica revuelta, con los ojos y las manos levantadas al cielo, y rodeada y bendecida por un coro de Angeles. En la parte superior se ve al Padre Eterno, que abre los brazos para recibir á su predilecta Hija.—Los críticos hallan en esta obra demasiada belleza humana, afectos terrestres, no sé qué profano sabor á naturaleza mortal.—Es muy cierto: entre los Angeles que cercan á la Vírgen, si bien hay algunos que Murillo adoptaria, por el ingénuo y santo júbilo con que la aclaman su Reina, hay otros que parecen *Amores*, ó por mejor decir, *Cupidos*, y que revelan el verdadero genio de Ticiano, más mitológico que religioso. La misma Vírgen es demasiado mujer.—Pero, áun asi y todo, este cuadro merece su universal renombre, si no como obra de devocion, como obra de arte; y su vigorosa entonacion, su intenso colorido, sus masas de luz y de sombra, el relieve y viveza de los grupos de figuras y la suprema beldad de aquella nobilísima Matrona suspendida en el espacio, bastan á ufanar el humano ingenio, capaz de crear tales maravillas con un puñado de tierra deleznable.

Despues de la *Assuncion*, los cuadros que más entusiasman al que visita la *Academia*, son la *Presentacion de la Virgen en el Templo*, del mismo Ticiano, obra tambien muy importante y precioso modelo como *color*;—*Un pescador presentando al Dux el anillo ducal, encontrado en el vientre de un pescado*, de Pàris Bordone, pintor que yo no conocia, pero á quien esta obra coloca seguramente entre los colosos del arte;—y la famosa *Cena en casa de Levi*, de Pablo el Veronés, grandiosa pintura perteneciente á ese género propio de los grandes tapices, que pudiera denominarse *mural*; género que necesita para cada cuadro todo un pueblo y que prefiere los fondos de arquitectura á los de paisaje.

Las firmas que más abundan en los *setecientos cuadros restantes* son las de Ticiano, Pablo el Veronés, Tintoretto, Bellin, los dos Palmas, Caravaggio, Bassano, Van-Ostade, Pordenone y Victor Carpaccio, siendo

innumerables las buenas pinturas que se admiran allí, suscritas por nombres desconocidos en toda Europa.

Tambien se ven en la *Academia* muchos dibujos origidales de Leonardo de Vinci, Miguel Angel y Rafael, entre los que se encuentran los bosquejos de casi todas sus grandes obras.—¡Imaginaos el placer y el entusiasmo con que se contemplarán aquellos primeros gérmenes de tantas maravillas de arte!

No produce la misma emocion, sino otra muy dolorosa, por no decir repugnante, el ver bajo un fanal la mano derecha de *Canova*, negada á la madre tierra por el cruel sentimentalismo de un sacrílego entusiasmo.—Siempre se ha dicho que de lo sublime á lo ridículo no hay más que un paso... Pues bien: ménos distancia media algunas veces entre la ternura y la ferocidad.

Conque acabemos, y resolvámonos á abandoñar á *Venecia*.

Para ello dejaré de contaros mi visita á la *Galería Manfrini*, donde ví dos magníficos retratos pintados por Ticiano, el uno de su madre y el otro de su amigo Ariosto.

Tambien pasaré por alto la descripcion minuciosa del *Arsenal*, que pasa como uno de los primeros del mundo.

En él se ven á un tiempo las Armas y las Banderas conquistadas por la extinguida República, y el inmenso poder material con que el Austria pesa hoy sobre *Venecia*.—¡Penosísimo contraste!

Allí he contemplado tambien un diminuto fac-simile del *Bucentauro*, del simbólico bajel de la ilustre Señoría.—Los venecianos quemaron el original cuando los franceses los *libertaron* del gobierno tiránico de los. Dux...—Temerario auto de fé, que puede considerarse como un suicidio

Una palabra no más acerca del famoso *Mapa-mundi* de Fra-Mauro, que se conserva en el Palacio de los Dux.—Este *Mapa* lleva una fecha anterior al descubrimiento del Cabo de Buena-Esperanza (1460), y, sin embargo, da una idea muy aproximada de todo el litoral de Africa, completamente desconocido para los navegantes de aquel tiempo, y hasta parece adivinar la existencia del Continente americano.—Yo recuerdo haber leido, creo que en César Cantú, que el célebre Toscanelli mostró este Mapa á su jóven discípulo Cristóbal Colon, asegurándole que asi comprendia él la forma de la Tierra.—Por consiguiente, el tal documento es un verdadero prodigio.

Mis paseos bajo los árboles del *Jardin público*, donde he visto jugar á los futuros ciudadanos de *Venecia*, acaso destinados á ser libres, presos hoy bajo la vigilancia de niñeras y criados; mi eypedicion á la *Isla de San Cristóbal*, sólo habitada por cadáveres, pues ella constituye el *Cementerio* de la ciudad; el dia inolvidable que pasé con H. de V. y con sir Arturo en la *Isla de Murano*, donde están las famosas *Fábricas de espejos* y de otras obras de cristalería en que *Venecia* no tiene rival hace muchos siglos; nuestras correrías por la *Riva d' Schiavoni*, acompañados del fantasma

de lord Byron; nuestras cenas en la *Isla de la Giudecca* (Judería); nuestras excursiones en góndola alrededor de la ciudad; nuestras horas de acecho para ver á las elegantes venecianas salir de sus góndolas y entrar en misa; las canciones de *Gaetano*, el hijo de mi gondolero, á media noche, en mitad del *Canal Grande...;* la salida del sol por el mar, que nos dejaba entrever un momento las lejanas costas de la Istria; las tardes en que lo veíamos ponerse hácia los Estados Romanos, y decíamos: «todavía lo verán en España durante hora y media...;» todas estas cosas pudieran ser objeto de otros tantos capítulos acerca de la vida veneciana; pero yo me contento con mencionarlas aquí, por vía de índice, á fin de que mañana me sirvan para coordinar mis plácidos recuerdos.

A todo esto no os he dicho nada de los Teatros de *Venecia.*

Verdaderamente, poco tengo que decir.

El *Teatro de la Fenice,* donde se han estrenado tantas óperas magistrales, y uno de los primeros del mundo, segun la fama, se halla cerrado hace tiempo por órden del gobierno austriaco, á consecuencia de las *manifestaciones* ó tumultos que allí ocurrian frecuentemente.

Ved qué tumultos eran estos.

Todos los grandes músicos de Italia han sido y son republicanos; lo mismo Bellini que Donizetti; asi Verdi como Rossini: por consiguiente, los argumentos que han elegido para casi todas sus óperas respiran libertad é independencia.—Ahora bien, los Druidas de *Norma*, clamando contra la dominacion romana; los Suizos, alzándose contra el Austria en *Guillermo Tell*; los *Puritanos*, gritando libertad y patria; los *Mártires*, caminando gozosos al suplicio con tal de no renegar; el pueblo hebreo, gimiendo bajo los Faraones en el *Moisés*; Babilonia, escandalizada por *Nabuco*; los amigos de *Beatrice di Tenda*, pugnando contra la tiranía de Visconti, y otros tantos casos análogos como abundan en las obras de aquellos maestros, eran estrepitosamente aplaudidos por el público veneciano, que aprovechaba la ocasion para cantar desde palcos y butacas, y á coro con los artistas, mágicas frases de ardiente patriotismo, que los gobernadores austriacos no podian sufrir con paciencia,—tanto más cuanto que en todas esas óperas *lo straniero* acababa siempre por ser degollado...

El teatro de la *Fenice* fue, pues, cerrado indefinidamente.

El de *San Benedetto*, en que se acostumbra á representar comedias italianas, no se abrirá este año hasta fin de diciembre.

Me he contentado, pues, con asistir una noche al teatro *Apollo*, y otra al teatro *Malibran.*

En el teatro *Apollo*, grande y pobre, incómodo y baratísimo, se representaba la tragedia de Alfieri: *Orestes.*

Entre la orquesta y las butacas habia dos centinelas austriacos, con la bayoneta calada, encargados de mantener el órden.

La compañía era detestable, y sin embargo, representaba con un fu-

ror y un énfasis, con una suficiencia y una magestad, que me hicieron pasar una noche muy divertida.

La concurrencia, que pasaria de mil personas (y por cierto de mediana condicion), aplaudia á rabiar los gritos desaforados de aquellos histriones.

Los italianos aplauden facilísimamente.

En el teatro *Malibran*, más pobre todavía, más grande y más barato (un palco entresuelo y tres entradas nos costaron 10 reales), vimos un *vaudeville* melo-dramático; ó por mejor decir, no lo vimos; pues el aburrimiento nos hizo desertar á los pocos minutos.

Resignado estoy ya á no ver en los teatros de Italia nada digno de atencion, hasta la Pascua de Navidad, en que, como os he dicho, principia el *Carnavalone*.

Tal es el pálido resúmen de mis impresiones en la Ciudad más interesante del universo.—Mucho dudo haber conseguido que mis lectores se imaginen vagamente los cuadros que he descrito, ni que se figuren los que apenas he bosquejado.

Sin embargo, habrán comprendido, por el afan con que me he empeñado en esplicarles á *Venecia* punto por punto, que la llamada con justicia *Reina del Adriático* es una maravilla de arte; que su hermosura ha superado los ensueños de mi imaginacion, y que su poética memoria me acompañará toda la vida.

Yo le doy un adios tanto más melancólico, cuanto que adivino que no volveré á verla, y hago votos al cielo porque pronto sacuda los hierros de la esclavitud.

Ese dia llegará tarde ó temprano.—La dominacion de una raza sobre otra será siempre pasajera. Sólo los pueblos hermanos pueden conquistarse y fundirse. El aleman será eternamente extranjero al Mediodía de los Alpes. En cuarenta y cinco años de dominacion, el Austria ha ensayado todos los medios de asimilarse el Veneciado, de captarse la voluntad de sus hijos, de echar raices en su suelo. Y el halago, la adulacion, el beneficio, el ruego, la amenaza, el castigo, el terror, la muerte... todo ha sido inútil. Los tudescos son hoy en *Venecia* lo que eran el primer dia. La sangre repele á la sangre. La tierra se niega á fecundar la semilla de abominacion. Todo lo que el Austria implanta en *Venecia*, caduca y muere falto de jugo, falto de aire, falto de sol amigo.—Son el agua y el aceite: podrán estar cercanos el uno al otro; pero nunca confundidos, nunca identificados.

Y esto mismo se ve en otras muchas partes. Esto se ve en Polonia: esto se ve en Turquía.—Polonia, despedazada por tres grandes potencias, de las que cada una se atribuyó y devoró su parte; borrada del mapa de Europa; muerta y sepultada al decir de los políticos, da muestras hoy de estar viva, entera, animada, poseida de su derecho, como ántes de sucumbir.—Las gentes que moran entre la Grecia y el Danubio, avasalladas

hace cuatrocientos años por una raza asiática, mueven sus hombros al cabo de los siglos, y el poder otomano se hunde, y el imperio cristiano de Oriente resucita.—*Los turcos*, se dijo hace mucho tiempo, *no están mas que acampados en Europa.*

Tal será siempre el porvenir de toda dominacion exótica: tal será el porvenir de *Venecia.*—Los hombres suelen atentar á la obra de Dios, torciendo el curso de los rios y fundando ciudades en el álveo seco de la antigua corriente; pero llega un dia en que el agua rompe los diques y reparos, y busca su antiguo lecho, en el cual deja sepultados á los impíos.

Sin embargo (ved si los poetas somos crueles), yo me alegro (en cuanto poeta, se entiende) de haber visitado á *Venecia* en su época de tribulacion. De no haberla visto cuando era poderosa República independiente, señora de extensos mares y apartadas tierras, con sus Dux y su Senado, con sus navegantes y sus guerreros, con sus fiestas tradicionales, con sus terrores y sus alegrías, de ningun modo la hubiera encontrado más interesante que con sus tocas de duelo, llorando en las ruinas de su glorioso pasado, misteriosa y callada, solitaria y digna, sin que el estruendo de nuestra prosáica civilizacion turbe el magestuoso sueño de sus patricios; sin que los gritos de la Bolsa espanten á las palomas, hijas adoptivas de la Ciudad; sin que los modernos Midas, enriquecidos en el agio, se posesionen ufanos de los palacios de los Dux; sin que cruce sus lagunas la góndola del hombre de negocios... capaz de establecer una Sociedad Anónima para cegar los canales y sustituirlos con calles á la parisien.

Yo me imagino á *Venecia* libre y convertida en provincia del Reino de Italia. Yo, repito, le pido á Dios que esto suceda pronto. Pero entonces, ¡adios, poesía!—La milicia nacional recorrerá las calles cantando himnos como en Milan; un Prefecto cualquiera profanará el pavoroso misterio del Palacio de los Dux; la seguridad personal acabará con el dramático miedo de las noches venecianas; la libertad le perderá el respeto á todo; la riqueza comprará á peso de oro la historia; el trabajo estirpará la melancolía; el movimiento industrial traerá gentes de otras comarcas de Italia, y desaparecen los tipos, los trajes y el dialecto de *Venecia*...—¡Esto será horrible para los poetas y los artistas!

En resúmen de mi teoría abominable: á *Venecia* le sientan muy bien las cadenas.

No diria más un *realista* español del tiempo de Fernando VII.

VII.

UN DIA EN PÁDUA.—SAN ANTONIO.—LA FRONTERA PONTIFICIA.

El 17 de noviembre de 1860, á las nueve de la mañana, atravesé por última vez el *Canal Grande de Venecia* desde un extremo á otro, en la

góndola de *Beppo,* del viejo *Beppo,* que hasta fingió llorar al tiempo de dejarme.

En la proa iba mi saco de noche.—A popa iba yo con mi tristeza de peregrino...

Llegué al fin á la Estacion del camino de hierro, á la cual no habia vuelto desde aquella poética noche en que ví surgir ante mis ojos á la reina de las olas, esclarecida por la naciente luna...—¡Qué diferencia entre ambos momentos!—¡Entónces deseaba ver lo que ya abandonaba! ¡Ya temia olvidar lo que codiciaba entonces!

«¡Ah! ¡Venecia! ¡Venecia! ¡Tú seguirás viviendo lejos de mí, tan bella como yo te he visto!—Tú te quedas ahí, en el Oriente; y yo he emprendido ya mi vuelta hácia el Ocaso.—Y llegaré á él...; llegaré tambien al ocaso de mis dias...; moriré como tantos otros que admiraron y cantaron tu hermosura, y tú seguirás recibiendo los besos de las olas, las miradas del sol y las caricias del astro de la noche!—¡Adios, adios, adorada *Venecia*!»...

Estas y otras cosas pensaba yo, cuando la Policía me hubo dejado salir de *Venecia,* despues de someterme á nuevas inquisiciones, y en tanto que la locomotora nos arrastraba sobre las aguas por aquel maravilloso Istmo que me recordaba en cierto modo el camino de *Puerta de Tierra* que une á Cádiz con la Península Española...

Hora y media despues, el tren hizo alto, y volví á oir gritar, como quince dias antes:

—¡*Pádua*! ¡*Pádua*! (¡*Padova*! ¡*Padova!)*

Y, como entonces, ví á lo lejos unas grandes cúpulas, que salian de un suave barranco.

—Hé aquí mi camino... murmuré, echando pié á tierra, algo consolado de mi afliccion.

Y mientras el tren seguia en marcha hácia Verona, yo subí á un ómnibus con dos ó tres viajeros más; crugió el látigo del automedonte; galoparon los caballos; envolviónos una nube de polvo, y en menos de cinco minutos nos encontramos en la Ciudad.

Pádua está rodeada de muros, y tiene siete Puertas.

Nosotros entramos por la *Puerta Codalunga.*

Las calles que recorrimos para ir al *Hotel della Stella d'Oro,* en donde paraba el ómnibus y donde yo me instalé, eran las principales de la ciudad, y sin embargo, no brillaban por su alineacion, por su alegría ni por su buen empedrado. En muchas de ellas ví pórticos, nada elegantes, que me recordaron los de nuestra Palencia. Entre las casas, antiquísimas y adornadas con escudos heráldicos, habia bastantes Palacios en estado de decrepitud.

Leo en un libro que *Pádua* contiene 45,000 almas.—Yo no me lo hubiera imaginado al entrar en ella. Tales eran el silencio y la soledad que reinaban por todas partes.

Sólo en las Plazas encontré alguna animacion, y esa era debida á los soldados austriacos que iban y venian, cargados de sacos de harina y de cajones de pólvora.

El sol estaba nublado desde una hora despues de mi salida de Venecia, y el dia se habia vuelto muy frio, á pesar de que *Pádua* se halla solamente á 33 metros sobre el nivel del mar.—Los paduanos, embozados en sendas capas, iguales á las de nuestro país, vagaban tétricamente bajo los Pórticos.

Todo esto contribuia á presentarme á *Pádua* bajo un aspecto sombrío, lúgubre, melancólico, que simpatizaba con mi tristeza de amante separado de su querida....—¡Venecia seguia reinando en mi imaginacion!

De esta manera llegué al Hotel, donde permanecí una hora, sin resolverme á tomar ningun partido.

Al cabo de este tiempo comprendí que debia sacudir el marasmo que me dominaba, y á fin de conseguirlo, me eché á la calle, ó por mejor decir, á la Plaza en que se levantaba mi albergue.

A la puerta habia una especie de calesa desvencijada, en cuyo pescante costóme trabajo descubrir á un muchacho de catorce ó quince años, jorobado como una *etcétera*, de lo más jorobado que nunca he visto, jorobado hasta el punto de que el lazo de la corbata le adornaba el comienzo de las piernas...

Y lo más extraño de todo, es que aquel jóven parecia el ser más alegre y más feliz del mundo.—Riendo y bromeando, ofrecióme *il suo legno* (su coche), no sin añadir que tenia toda la ciudad en la palma de la mano y que me llevaria á la iglesia del SANTO, á ver los frescos de *Giotto*, al *Prato della Valle*, al *Café Pedrocchi*...

—¡Alto! exclamé al llegar á este punto. Llévame al *Café Pedrocchi*.

Yo habia oido decir toda mi vida que aquel Café era uno de los prodigios de Italia y la gran curiosidad de la Ciudad de San Antonio.

—Tengamos la gloria (me dije) de almorzar en el *Café Pedrocchi*, y despues recorreremos la ilustre ciudad de *Padua*.

El *Café Pedrocchi*, como todas las cosas de su género que gozan una antigua celebridad, ha llegado á ser indigno de ella. Aquel inmenso edificio, abigarrado, oscuro, ahumado y feo, seria nna maravilla hace treinta años, cuando se abrió por primera vez al público. Entonces tenia pocos y débiles competidores. Pero hoy lo aventajan en lujo, comodidad y belleza casi todos los Cafés principales de Europa.

Sin embargo, en el *Café Pedrocchi* se almuerza todavía perfectísimamente.

Despues de almorzar, pasé allí otra media hora fumándome un detestable cigarro austriaco, coordinando mis ideas acerca de *Padua*, trazándome el itinerario de mis excursiones, y repartiendo el tiempo de que pensaba disponer.

—Estoy en Pádua (pensaba yo): en Pádua, antiquísima ciudad, cuyo

orígen se pierde en los tiempos mitológicos. En Pádua, oprimida sucesivamente por los romanos, por Atila, por los húngaros, por los emperadores alemanes, por los Scala de Verona, por los Carrara, por la República de Venecia y actualmente por el Austria. Estoy en la tierra de los sepulcros, en la patria de Tito Livio y de Mantegna, en la ciudad amada de Dante y de Giotto, los dos ilustres amigos. Aquí murió y está enterrado aquel franciscano *Antonio* (San Antonio), nacido en Lisboa, que ha extendido el nombre de *Pádua* hasta las aldeas y cortijos del territorio español. Aquí pasó Petrarca los últimos años de su vida, como Canónigo que era de esta Catedral. En esos montes que se elevan al Oeste se halla la aldea de *Arqua*, donde murió y está sepultado el sentimental poeta. En ese palacio, en fin, que he visto al pasar por la *Piazza dei Signori*, figuró Victor Hugo la tremenda accion de su drama *Angelo*, que tan pavorosa celebridad ha dado en toda Europa á esta ciudad sin fortuna.

Y tambien pensaba en otras cosas y en otros nombres... que ahora no vienen á cuento.

Ello es que volví á la calesa; dí mis instrucciones al jorobado, y empecé á correr por las calles de *Pádua* con una rapidez vertiginosa.

Primero fuí á la *Catedral*, magnífica obra del Renacimiento, dibujada, á lo que se dice, por Miguel Angel.—Allí ví un busto del amante de Laura, en el hueco de una losa negra, con una inscripcion en que sólo se dice que Francisco Petrarca fue canónigo de aquella Catedral, sin hacer mencion alguna de sus timbres literarios, como si la gerarquía histórica del grande hombre consistiera más en haber gozado de tal prebenda que en haber escrito sus sonetos y sus *Rimas*.—Y no recuerdo más acerca de aquel. Templo.

De la Catedral me hice conducir al *Palazzo della Ragione*, una de las primeras curiosidades de Pádua, donde se ve *la Sala mas grande del mundo*. Esta Sala mide 300 pies de longitud por 100 de anchura, y fue construida á fines del siglo XII. El techo de tan vasta habitacion fue plano al principio; pero se hundió en el siglo XIV, y hubo que sustituirlo con una bóveda. Asi y todo, es un prodigio de edificacion.

El *Salone*, como se le llama por antonomasia, se extiende paralelamente al Ecuador, y en medio de él hay trazado un meridiano, al que baja un rayo del sol por un pequeño agujero de la bóveda á marcar á los paduanos la hora del medio día...—Pero aquel dia estaba nublado, y tuve que contentarme con la noticia.

En torno de la Sala y á media altura de sus extensas paredes, corre una balaustrada ó galería, á la que se sube por cuatro magníficas escaleras, y desde aquella especie de balcon se estudian facilmente las cuatrocientas pinturas que adornan los muros de tan descomunal aposento.

Dichas pinturas representan los varios destinos de la humanidad, juzgados por un criterio histórico-astrológico.—Yo no he visto nunca alego ría más extravagante, más disforme, más incoherente y gratuita (pero

grande al mismo tiempo, en medio de su locura, al modo de las aberraciones de los cuadros fantásticos del *Greco*) que aquella multitud de episodios de la vida humana, relacionados *ad libitum* con los movimientos de los astros, con la marcha de las estaciones ó con la representacion mitológica de cada estrella.

Tambien es de notar en el Salon el *Monumento de Tito Livio*, asi como su *Sepulcro*, por más que muchos nieguen que sean los huesos del célebre historiador los que se veneran como tales...

—¡*Chi sa!* me dijo filosóficamente el *cicerone* cuando le pregunté su opinion sobre este punto.

¡*Quién sabe!* repito yo á mi vez.

Conque tal es el famosísimo *Salone* de Pádua, *Forum* y *Capitolio* de la Ciudad durante muchos siglos.—Allí se ha administrado justicia por los *Podestá*; allí se ha reunido el Concejo; allí se han celebrado Elecciones; allí han dado audiencia los Tiranos; allí han funcionado, en fin, todos los Poderes, todas las Instituciones, todas las Corporaciones que han regido á *Pádua* en sus multiplicadas vicisitudes.—¡Hoy no pasa allí nada, absolutamente nada! —El *Palazzo della Ragione* es hoy pura y simplemente un monumento fúnebre que recuerda á los viajeros la pasada historia de la ciudad.

Lo mismo sucede en Venecia con el *Palacio de los Dux*, segun observamos oportunamente.—Diríase que el Austria, cediendo á un pudoroso escrúpulo, ó á un supersticioso respeto, no se atreve á establecer su odiada dominacion sobre estos venerandos santuarios de la nacionalidad italiana.

Pues aún hay en *Pádua* otro monumento más venerado que el que acabamos de describir.

Tal es la *Iglesia de San Antonio*, llamada comunmente EL SANTO;—y van dos veces que escribimos esta palabra con tan visibles caracteres, á fin de expresar de algun modo el énfasis y la uncion con que la pronuncian los paduanos.

La *Iglesia de San Antonio*, blanca y luminosa, sin unidad de estilo, con sus ocho cúpulas, con sus capillas cuajadas de monumentos, con sus esculturas en mármol y madera, con sus antiquísimas pinturas, reune al mismo tiempo los opuestos caracteres de una grandiosa mezquita, de un lúgubre templo gótico y de una espléndida catedral del *Renacimiento*.

Semejante heterodoxia artística le sienta bien á una iglesia de pura *devocion*.—La ingénua y candorosa piedad de los niños adorna así la *Cruz de Mayo* con todo lo que puede embellecerla, sin fijarse en el simbolismo de cada cosa.

¿Quién no ha reparado en estos *altares*, ó quién no los ha levantado en su niñez?—En ellos colocábamos el vistoso schal de colores de nuestra hermana, las flores del jardin, los retratos de Mina y de Castaños, los ani-

llos de nuestra madre, el busto de Napoleon, armas y brazaletes, santos y soldados, bandejas y escribanías, y un frasco de agua de rosas, traido de Argel, al lado de un salero lleno de incienso ó de pebete.—Y todo era un homenaje rendido á las ecxelencias de la *Cruz* que se alzaba en medio de aquella mesa revuelta....

Pues tal procede siempre la devocion, y tal es el punto de vista estético de la Iglesia de San Antonio de Pádua.—La *Cruz* que allí se venera es el Cuerpo del *Santo*.

La *Capilla* que encierra su *Sepulcro* es un prodigio de riqueza. Toda ella está revestida de mármol blanco y negro. Estátuas de bronce y preciosos bajo-relieves, alusivos á la vida del Santo, adornan los muros. En el centro se levanta el *Altar*. Este es de *verde-antico*, sobre el cual se destacan cuatro *Angeles* de mármol blanco, que sostienen otros tantos candeleros de plata. Delante del Altar hay dos *Grupos de Angeles*, tambien de mármol, que son obras maestras de escultura. Cada uno de aquellos grupos sirve de base á un enorme *Candelabro de plata*, de admirable ejecucion. El *Candelabro de la izquierda* pesa 1,607 onzas: el de la derecha 1,450.—Del techo del Santuario penden innumerables *Lámparas de plata y de alabastro*, constantemente encendidas. Y en fin, por todas partes se ven ricas y piadosas ofrendas, *ex-votos*, cuadros que representan los recientes milagros del Santo (diligencias volcadas, enfermedades, caidas, naufragios y otras desventuras, remediadas todas por la intercesion de San Antonio).

Detrás del Altar hay una *Lámina de bronce* que sirve de Puerta á la Tumba del glorioso Portugués.—Yo no he visto nunca, y cuidado que he vivido en Andalucía y en Valencia, devocion semejante á la que inspira este *Sepulcro* á los hijos del Veneciado. Yo fuí á visitarlo á las dos de la tarde de un dia cualquiera, y estaba rodeado de damas y caballeros, de gentes del pueblo, de niños y de ancianos, que con el mayor recogimiento oraban de rodillas.—Los campesinos, que habian ido á *Pádua* al mercado ó á negocios, entraban, fatigados de los quehaceres del día, con sus compras debajo del brazo, á tocar medallas y rosarios en aquella plancha de bronce; á aplicar á ella sus miembros doloridos, como á una fuente de salud; á que sus hijos impusieran allí sus manos, su boca y su cabeza, á fin de que fuesen buenos de pensamiento, palabra y obra; á confiar sus penas al Patrono de la comarca; á pedirle ayuda ó consejo; á darle las gracias por anteriores mercedes; ó meramente á visitarlo, á cumplir con él, á llevarle expresiones de sus familias, quienes, al despedirlos aquella mañana, les habian dicho indudablemente:—«Que no te vengas sin ver al *Santo*.»

Al lado de la Iglesia está la antigua *Scuola del Santo*, que merece ser visitada, aunque no sea más que por los muchos y muy notables *Frescos de Ticiano* que adornan sus paredes, alusivos todos á la historia de San Antonio...

Mas no es aquel todavía el gran monumento artístico de *Pádua*.— Este hay que buscarlo en las ruinas de la antigua iglesia llamada *Madonna dell' Arena*.

La *Madonna dell' Arena* fue edificada á fines del siglo XIII sobre los cimientos de un anfiteatro romano,—y de aquí su nombre.—Hoy está cerrada al culto, desmantelada y ruinosa, en el fondo de un jardin de propiedad particular.—Sin embargo, pocos serán los viajeros que pasen por *Pádua* sin ir á ver en las vacilantes paredes de aquella nave vacía los célebres *Frescos* de *Giotto*.—

Estos *Frescos* (ya lo he dicho) son un monumento del arte.—Su fecha no baja de 1276.—*Giotto* es todavía el pintor ideal, genuinamente cristiano, algo bizantino como su maestro el griego Cimabue; pero propende ya á resucitar la belleza pagana y á convertirla en expresion y forma de su teológico misticismo. Esta idea la habia heredado de su maestro, en quien era un instinto de su sangre helénica, y la legó á sus discípulos, que encontraron en el Mediodia de Italia mal apagados recuerdos de la beldad gentílica. Asi, pues, *Giotto* es, como si dijéramos, el segundo príncipe de la dinastía del Renacimiento.

Verdad es que hubo un dia en que el ascetismo cristiano, combinándose con la hermosura humana del arte antiguo, produjo la escuela estática, de que es lucero radioso el inimitable *Beato Angelico*; pero despues llegó *Perugino*, el maestro de Rafael, y la revolucion del arte siguió su rumbo. —Perugino se afana por no inmolar el espíritu en alas de la forma; mas no intenta ni por un momento retroceder en el camino que ha adelantado el arte. Sus cuadros son una *transaccion* entre lo divino y humano, entre lo inmaterial y lo terreno, sólo que, como el espíritu es siempre más grande, más noble, más augusto que la belleza mortal, sus vivos resplandores dominan y resplandecen sobre la materia.—Rafael no es ya la *transaccion*, sino la *transicion*. Su primitiva *manera* refleja todavía el genio místico de su maestro. Esta es la época de sus Vírgenes sobrehumanas, de sus rostros seráficos, de sus visiones de gloria. Más tarde, Rafael conocerá á Miguel Angel, estudiará el arte griego, se enamorará de la forma por la forma, y pintará la *Transfiguracion*... (la *Transfiguracion*, en que él tambien se transfigura; pero no convirtiéndose de hombre en Dios, como Jesus; sino trocando su intuicion de ángel por la sabiduría de hombre y olvidando la naturaleza divina, para complacerse en la copia y exaltacion de la naturaleza humana...)

Pero me alejo demasiado de *Giotto*.

Entre los Frescos de la *Madonna dell' Arena*, hay unos que son del mismo *Giotto*, y otros que se atribuyen á sus discípulos, por la religiosa fidelidad con que se sigue su escuela.—Los del Maestro se conocen por la concepcion del asunto, por las sencillas actitudes de los personajes y por la ideal poesía de los rostros. Todos ellos recuerdan escenas de la vida de Jesus y de la Vírgen, á excepcion de uno que cubre una pared entera (sobre la puerta de entrada), y que representa el *Juicio Final*.

Esta célebre pintura, anterior en tres siglos al *Juicio Final* de Miguel Angel, recordaria la *Divina Comedia* áun á aquellos que ignoraran que Dante y Giotto fueron íntimos amigos; que el poeta vivió mucho tiempo en *Pádua* en casa del artista, y que uno y otro se dieron en sus obras muchos testimonios de amor y de estimacion (Dante, hablando de Giotto en unos sublimes versos, y Giotto, retratando más de una vez al infortunado Dante).—Lo que nadie ha podido decidir hasta ahora es si la *Divina Comedia* fue inspirada por el *Juicio Final*, ó si la idea de esta pintura surgió en la mente de Giotto al oir á su amigo recitar el inmortal poema de los Siglos Medios.—Como quiera que sea, todos los críticos han hallado (y yo la he hallado tambien, aunque no soy crítico), grandísima semejanza entre una y otra obra. En el *Juicio Final*, como en la *Divina Comedia*, la concepcion es elevada, un poco abstrusa, eminentemente teológica, ó por mejor decir, escolástica, sombria como el genio bizantino, tremenda y misteriosa como aquella noche de lúgubres pesadillas que se llama la Edad-Media. En la pintura como en el poema, la disposicion del cuadro es cándida y pueril, abigarrada y confusa, irracional ante las leyes de la perspectiva. Y por último, en ambas obras hay episodios y figuras de una belleza ideal, de una expresion encantadora, de un nobilísimo dibujo, en que se advierte la influencia de aquella elegancia gótica que trajeron de Oriente los Cruzados.—El *Juicio Final* de Giotto ostenta más de una *Beatriz*, más de una *Francesca*, más de una *Pia*.

Yo no haré la descripcion detallada de aquella pintura disforme. Esto seria muy largo. Me contentaré con decir que el Sumo Juez ocupa el centro, y que de sus pies brota un rio de llamas que inunda toda la parte izquierda de la composicion...

—«Allí están, dice la *Guia de Pádua*, las mujeres de mal vivir y los obispos simoniacos, todos con la bolsa en la mano...»

A la derecha se ven los Elegidos, los Santos, los Angeles y las Vírgenes.

En un lado, por consiguiente, todo es fealdad, tristeza y agonía: en el otro, todo es belleza, amor y bienaventuranza.

De la *Madonna dell' Arena* me hice llevar á la *Iglesia de Santa Justina*, sólo por ver el *Martirio* de esta Santa, famosa pintura de Pablo el Veronés.

Santa Justina es un hermosísimo templo del Renacimiento, que pudiera servir dignamente de catedral en una córte esplendorosa como París ó Lóndres.

(Lo mismo digo de otras muchas iglesias secundarias de Italia, que no tienen nombre en Europa, pero que, si se alzaran en un país en que no fuesen tan comunes las obras maestras de arquitectura, bastarian por sí solas para dar nombre y lustre á las capitales que las encerraran).

Pues bien: *Santa Justina* sirve hoy de granero á los austriacos.

Ayer, cuando la ví, contendria más de veinte mil sacos de trigo, sobre

los cuales estaban tendidos, jugaban ó cantaban algunos soeces soldados tudescos, cuyas voces resonaban sarcásticamente en las altisimas cúpulas, á donde subia el humo..., no del incienso como otras veces, sino de las pipas de aquellos impíos.

(Diré aquí de paso que el Austria, en vista de lo que acontece en Nápoles, está acumulando hace algunos dias en las orillas del Po, tropas, víveres y municiones, y que los paduanos creen que de un momento á otro las águilas de Hapsburgo pasarán el rio y caerán sobre los nuevos Estados de Victor-Manuel.)

En cuanto á la pintura de Pablo el Veronés que yo habia ido á ver á *Santa Justina*, hállase todavía en el Altar Mayor; pero recibe allí tan mala luz, encuéntrase tan ahumada por los cirios que la alumbraban en otro tiempo, y ha sido restaurada últimamente con tan mala fortuna, que apenas pude formar juicio de su verdadero mérito.

A todo esto eran las cuatro de la tarde. Yo estaba fatigado, y además habia visto los más notables monumentos de *Pádua*. Dí, pues, por terminada mi excursion artística, y dije al astuto jorobado que me pasease por los principales sitios de la ciudad.

El rapaz aceptó con júbilo el mando discrecional que le confiaba, y blandiendo el látigo denodadamente, puso al escape la apolillada calesa, que empezó á dar saltos mortales sobre el incoherente empedrado, haciéndome creer á cada momento que habia llegado mi última hora.

Asi pasamos por la *Plaza de los Frutos*, en que se venden los granos, por la *Plaza de las Yerbas*, por la *Plaza de las Uvas*, y no sé por cuantas plazas más, hasta que finalmente llegamos al *Prato della Valle*, cuya hermosura desdice del resto de la Ciudad, y donde pasé lo que quedaba de tarde, dando vueltas á pie ó en coche bajo unas amarillas arboledas.

El *Prato della Valle* es la Plaza principal de *Pádua*. En medio de ella hay un gran *Jardin* cubierto de césped, cruzado por varirias calles de árboles y rodeado de un *Canal* elíptico, en cuyas dos márgenes se elevan hasta *Setenta y cuatro Estátuas de italianos célebres*, paduanos en su mayor parte. La forma de aquel Jardin recuerda la de un *Anfiteatro* que ocupaba antiguamente el mismo lugar. Las Estátuas son meno que medianas; pero, confundidas con los árboles, repetidas en el agua, dibujadas en el cielo, ennoblecen y hermosean aquella Plaza monumental, en que sólo eché de menos alguna gente de agradable porte que me acompañase en mis paseos.

Pero la verdad es que ayer tarde hacia demasiado frio en la insigne ciudad de *Pádua* para que las ahijadas de San Antonio dejasen sus históricas viviendas.—Hube, pues, de contentarme con verlas detrás de los cristales de sus antiquísimos balcones,—y lo que ellas no saben es que cuando alguna me llamaba la atencion, le pedia noticias suyas al tremendo jorobado, el cual me revelaba el nombre de la beldad, su historia, sus amores, su posicion, sus gustos, la iglesia á que iba á misa, los trajes que

usaba habitualmente, y otras muchas cosas que me hacian tanto efecto como la mejor novela de Balzac.

¡Oh! nada hay tan melancólico en nuestra vida humana como estas intersecciones de dos destinos, procedentes de diversas y apartadas cunas, y llamados á no encontrarse más sobre la tierra!—Ni ¿quién será tan insensible que no haya experimentado alguna vez la vaga ansiedad de semejantes emociones?

Pasais por una ciudad sedentaria en que nunca habeis estado y á la que no pensais volver. Veis en un balcon una hermosa jóven pensativa, que por casualidad fija en vos sus tristes ojos. Indudablemente, ella se ocupa de vuestro destino durante un fugitivo instante...

—«¡Un hombre! ¡un desconocido!... (murmura distraidamente su pensamiento.) ¿Quién será? Seguramente será *alguien* para algunos. El creerá que para mí no es *nadie*. Y es que yo no soy *nadie* para él. El pasa por aquí viniendo de *no sé dónde* y dirigiéndose á *alguna parte*. Nuestras vidas no se conocen. Sólo se han visto nuestros cuerpos. Nuestras almas no miran á un mismo polo. El habrá ya constituido sus afectos, como yo los mios...—¡Dobló la esquina!... Héme aquí otra vez sola, encerrada en el círculo de hierro de mi monótona, rutinaria y fastidiosa existencia.»

Así, pues, el viajero es para aquella mujer la sombra querida de la libertad, la imágen del porvenir, lo desconocido, lo insólito, lo poético... el más allá de los muros de su casa y de las montañas de su horizonte.

En cambio, aquella mujer es la esfinge de la vida del viajero.

—«¿Quién sabe (se pregunta uno) si esa mujer tiene el alma gemela de la mia; si me está esperando hace mucho tiempo; si ella seria mi felicidad? ¿Quién sabe si yo estoy pasando ahora mismo por delante de la dicha, sin adivinarlo siquiera, y he de seguir adelante buscando una cosa que ya me he dejado atrás? ¿Quién sabe si mañana volveré á encontrar á esta mujer en mi camino, y la amaré y suspiraré por ella, y entónces será ya tarde?»

Y en medio de estas dudas, nos maravilla que aquel ser haya existido diez y ocho ó veinte años sin que nosotros lo supiéramos, sin que lo hubiésemos imaginado siquiera; y nos duele el corazon al comprender que ya nunca volveremos á saber de aquella vida; que ignoraremos su futura historia; que no tendremos noticias de su muerte; que al dejar aquella calle será cuando verdaderamente moriremos el uno para el otro... ¡y que, sin embargo, era tan bella, era tan expresiva, era tan grave, hubiera sido tan cariñosa!...

¡Oh, lo desconocido!—¡Lo desconocido es lo infinito! ¡Lo desconocido es todo lo que nos falta! ¡Lo desconocido es el cielo!

Mientras yo pensaba de este modo (sin más razon ni motivo que haber visto moverse las cortinillas de dos ó tres balcones y haber columbrado entre cristales, aquí unas trenzas sedosas, allí unos ojos negros rasgados, acá una mano aristocrática, acullá un talle juvenil mal desfigurado por los pliegues de una bata), el dia empezaba á desaparecer; los pájaros

cantaban, reunidos ya en las marchitas copas de la arboleda; el frio se hacia sentir cada vez más; la niebla se levantaba del suelo é iba á reemplazar á las nubes que empezaban á desalojar la atmósfera, y en los balcones de algunas casas brillaba ya la luz de la velada de familia...

Todas estas cosas dieron otro rumbo á mis ideas, y pensé en que al dia siguiente haria muy buen tiempo, puesto que la niebla empezaba á helarse; y en que, habiendo ya visto á *Pádua*, estaba en el caso de continuar mi camino.—Pregunté, pues, al jorobado cómo se hacia el viaje á *Ferrara*, y me dijo que todas las mañanas á las cinco salia una silla de posta con direccion á esta ciudad, á la que se llegaba en diez horas.

Fuíme, pues, al Hotel: comí solo, lo cual es más triste que no comer (suponiendo que se haya almorzado): escribí á España una carta, muy más interesante y curiosa que este capítulo: envié á la Posta por un billete para *Ferrara*: arreglé mi diminuto equipaje, y me acosté con peor humor que me levanté por la mañana.

¿Dónde estaba ya *Venecia*?

Venecia, y no sólo Venecia, sino tambien *Pádua*, se habian hundido en ese abismo sin fondo que se llama *lo pasado*.

A las cuatro de la madrugada estaba ya de pie; dirigíme á la Administracion de Correos; subí en la *mala-posta*; y poco despues salia de la Ciudad por la Puerta de *Santa Croce*.

Segun habia adivinado la tarde anterior, el dia apareció magnífico. La tierra estaba escarchada; los árboles, todavía verdes, brillaban al naciente sol, y las aves cruzaban el limpio azul de la atmósfera, aprovechando como yo el buen tiempo para emigrar al Sur de Italia.

La carretera se dilataba por entre viejos álamos, que la cubrian de dulce sombra.

Aquellos magníficos arrecifes sólo pudieran compararse al Paseo de las Rosas de Aranjuez.

Asi anduve leguas y leguas.

A un lado y otro del camino veia constantemente dos canales; el de *Bataglia* y el de *Monselice*.

Si yo no hubiera estado triste y solo, este viaje habria sido tal vez el más cómodo y delicioso de mi vida.

Ni polvo, ni frio, ni calor, ni gran movimiento en el coche...—Nada me recordaba las fatigas ordinarias de un viaje.

Los caballos trotaban acompasada y briosamente, y la silla de posta se deslizaba sobre el compacto arrecife, sosegada y ligera como por una alameda de los Campos Elíseos de que hablan los poetas.

A unas seis leguas de Pádua, pasé á la vista de la ciudad de *Este*, cuna de la ilustre familia del mismo nombre, que reinó en casi todos los Estados del Norte de Italia.

Una rama de esta familia dió orígen á la dinastía de Brunswick, que reina todavía en Inglaterra y en Hannover...—Pero yo estaba muy lejos

de pensar en semejantes cosas.—Yo no pensaba más que en *Alfonso I d'Este*, el *cuarto marido* de Lucrecia Borgia, cuyo palacio iba á visitar en *Ferrara*, y en Alfonso II, el hermano de aquella *Eleonora* inmortalizada por el Tasso.—La poesía es el alma de la historia

Luego pasé el poderoso *Adige*, y despues el *Adigetto*, desmembracion suya.

A orillas del *Adigetto* se levanta *Rovigo*, ciudad de 9,000 habitantes, en la cual sólo paramos el tiempo preciso para almorzar y mudar de caballos.

Al partir de *Rovigo*, sorprendióme mucho que el terreno, lejos de subir, como acontece siempre que se sale del lecho de un gran rio (y nosotros acabábamos de dejar atrás el opulento *Adige*), seguia bajando cada vez más.

El conductor, á quien comuniqué mi extrañeza, me explicó entonces que, tanto el *Adige* como el *Po* (al cual nos dirigíamos), corren en aquella comarca por unas orillas artificiales, y que los terrenos adyacentes están mucho más bajos que sus aguas. Los diques que encauzan aquellos rios han sido levantados para evitar las inundaciones, antes muy frecuentes, y para acelerar su curso, á fin de que arrastren más arena. Esta arena, depositándose siglos y siglos en las playas del Adriático, ha dado lugar á que las ciudades bañadas en otro tiempo por las olas, como *Adria*, que dió nombre á aquel mar, se encuentren ahora muchas millas tierra adentro. Y de aquí tambien que el *Adige* y el *Po* suban contínuamente de nivel y estén hoy levantados sobre la llanura, á la manera de acueductos, amenazando á *Ferrara* (y á otras poblaciones que se asientan debajo de ellos) con un espantoso cataclismo.

Por lo demás, el territorio comprendido entre el *Adige* y el *Po* no puede ser más ameno. La carretera se prolonga sobre altas calzadas cubiertas de frondosos árboles. Los olivares y las viñas se recuestan por ambos lados sobre apacibles llanuras, é innumerables arroyos, procedentes sin duda de filtraciones de los grandes rios, brillan al sol como serpientes de plata, y se pierden á la derecha en los desiertos arenales.

Llegamos en fin al *Po*.

El *Po* es la frontera entre el Véneto y los Estados-Pontificios, ó sea entre el imperio de Austria y el nuevo reino de Italia.

Hace pocos meses, la márgen derecha del *Po* (aquella tierra de que me separaba el anchuroso rio) pertenecia á la Santa Sede.—Allí empezaban las *Legaciones*.—Hoy son provincias de los Estados de Víctor Manuel.

En aquellos melancólicos parajes el *Po* es caudalosísimo, y corre lento y sosegado como un brazo de mar en calma.—Yo lo habia visto niño alborozado y jugueton á las puertas de Turin. Luégo lo hallé impetuoso y adulto cerca de Pavía. Entonces lo encontraba ya fatigado y próximo á la muerte; pero sereno y magestuoso!—Él, como yo, venia de recorrer toda la alta Italia, desde el Monte Viso al Adriático, ó sea una extension de ciento cincuenta leguas.—¡Cuántas ciudades, cuántas aldeas, cuántas

campiñas, cuántos puentes, cuántos bosques habia reflejado en sus aguas!

La silla de posta no lo pasó desde luego; sino que subió por su orilla izquierda durante dos horas, sobre la calzada que sirve de dique á la corriente.

Figuraos lo deliciosa que seria esta marcha, al galope, por aquel elevado camino, sobre aquella especie de muro, viendo á un lado, debajo de mí, la extensísima superficie del noble rio, y al otro, á mayor profundidad, una verde pradera cuajada de árboles y cruzada de arroyuelos...

Asi llegamos á un pueblecillo de pescadores y bateleros llamado *Santa María Magdalena.*

Allí está la *Aduana de los austriacos.*

Por allí debíamos abandonar el Véneto.

En frente de *Santa María Magdalena*, al opuesto lado del rio, se miraba en las aguas otro pueblecillo.

Era *Ponte-Lagoscuro*, primera poblacion de los antiguos Estados de la Iglesia., y hoy primera poblacion del improvisado Reino.

Allí se veia la *Aduana de Italia*, sobre la cual ondeaba la bandera tricolor con la Cruz blanca de Saboya.

En la orilla esclava habia un fuerte destacamento de soldados de Austria, con sus capotes grises y sus kepis aplastados.—En la orilla libre paseaban algunos *bersaglieri*, ufanos con su traje montañés y su sombrero de plumas.—¡Cómo deseaba yo llegar a ella!

Entre una y otra márgen no hay todavía puente alguno.—La travesia del *Po* se hace aún en frágiles barquichuelos.

El que debia trasladarme á mí, hallábase ya preparado.

Sufrí, pues, nuevos vejámenes de la policía austriaca; dejé que me interrogaran y que registraran mi saco de noche; dí expresiones para Giotto al conductor, que desde allí se volvia á Padua con la silla de posta, y penetré en un bote de mala muerte, gobernado por dos remeros...

Pocos minutos despues, pasábamos, en medio del *Po*, aquella línea *imaginaria*—¡demasiado imaginaria!—que separa *legalmente*, y no de otra manera, á dos pueblos dotados por Dios de unos mismos rios, de un mismo horizonte, de una misma sangre, de una misma lengua, de un mismo génio, en fin; ¡del génio de las artes, lazo indisoluble de la unidad italiana!

Cuando hubimos acabado de pasar el rio, no pude ménos de respirar fuertemente, como quien sale de una mazmorra al aire libre...

Estaba en los *antiguos* Estados Pontificios...

Es decir: estaba de nuevo en el recientísimo Reino de Italia. . . .
. . . .

LIBRO SEXTO.

LAS LEGACIONES.

I.

UNA TARDE EN FERRARA.—EL CASTELLO.—RECUERDOS DE LUCRECIA BORGIA.—PARISINA.—EL TASSO.

Ferrara, 18 de noviembre.

. . . .
. . . .

Lo repito: mi primera operacion al desembarcar hoy en *Ponte-Lagoscuro* fue respirar con toda mi fuerza, como si acabaran de quitarme de encima una montaña de plomo.

¡Estaba en un país libre; esto es, en un país *liberado*!

Maquinalmente, me volví hácia la orilla que acababa de dejar; y al ver en ella á los soldados austriacos y la bandera amarilla y negra sobre la Aduana de *Santa María*, diéronme tentaciones de significar á los tiranos del Véneto no sé qué sangrienta burla, no sé qué odio mezclado con regocijo, no sé qué amenaza y qué desprecio, que podian resumirse en este solo grito: ¡*Viva Italia*!; pero no me atreví á pronunciarlo, temeroso de que los *bersaglieri* y los habitantes de *Lagoscuro* lo tomasen por una cobarde adulacion, y los tudescos por una tardía baladronada.

Sofoqué, pues, mis afectos y me dirigí á la Aduana piamontesa.

—Puede usted continuar su camino,—se apresuraron á decirme los empleados, sellando mi pasaporte sin leerlo, y devolviéndome el saco de noche sin abrirlo.

Yo les dí las gracias, y monté en una silla de posta igual á la que habia dejado en la otra márgen.

Los caballos, que piafaban impacientes, salieron al galope.

Una hora despues (á cosa de las cuatro de la tarde) llegaba á las puertas de *Ferrara*.

Desde que penetré en la primera calle de esta antigua córte de los Duques de Este, parecióme que la ciudad era demasiado grande para la poblacion que hoy la habita.— Y no me equivoqué ciertamente: el perímetro de *Ferrara* no bajará de dos leguas y media, y, sin embargo, apenas contiene 30,000 almas.

Las calles son anchas, rectas, y están empedradas de menudos guijarros. Los enormes edificios que las forman, entre los que se ven centenares de Palacios, tienen un aire señoril, venerable, majestuoso, que recuerda los grandes tiempos de *Ferrara.*—Muchos de tan insignes Palacios están cerrados por falta de inquilinos. La yerba, amiga siempre de la soledad, crece, pues, impunemente delante de estos sepulcros de pasadas generaciones, y los Escudos de armas, tallados en piedra, que adornan las torres y las portadas, así como los que se ven engastados en los hierros de rejas y balcones, parecen los epitafícios de las nobles familias que allí vivieron y de que ya sólo queda un pálido nombre en la Historia.

Al principio atravesé calles completamente desiertas.—Más adelante ví algunos hombres embozados en capas negras, más cortas y de menos vuelo que las españolas.—Luégo entró el coche en una calle en que habia ya algun comercio, algun ruido, alguna animacion...

Llegábamos al centro de la extensa capital...

En muchos balcones ondeaba la bandera tricolor de Italia, y en las muestras de las tiendas se advertian indicios del entusiasmo que inspira á los ferrareses el nuevo estado de cosas.—*Almacen de la Unidad*, decia un letrero.—*Café de Cavour*, se leia en otro lado.—*Calle de Solferino*, rezaba un azulejo.—*Bazar de Victor Manuel.*—*¡A la nueva Italia!*—*Fonda de la Libertad*, decian otros rótulos.—Y á más de esto, veíase en las esquinas una infinidad de carteles con anuncios de folletos, libros, periódicos y espectáculos, cuyo solo título hubiera constituido un crímen ó una herejía á los ojos del *Cardenal Legado* que imperaba en esta ciudad (en nombre de la Santa Sede y con ayuda de las bayonetas austriacas) antes de las famosas anexiones del año último.

Al considerar todas estas cosas, no podia menos de conmoverme, pensando en la profunda turbacion que debió de experimentar este pueblo al pasar bruscamente desde el más intolerante absolutismo á la más amplia libertad.—¡Qué catástrofe aquella para los que vivian apegados al antiguo régimen! ¡Qué delirio de júbilo para los que deseaban, pero no se atrevian á esperar, lo que sucedió de pronto! ¡Qué terrores! ¡Qué vértigos! ¡Qué alegrías! ¡Cuántas lágrimas de placer ó de pena! ¡Cuánta locura en todas las imaginaciones! ¡Cuántas ruinas y cuántas resurrecciones en una hora!

De todas estas peripecias, sólo quedan ya en la ciudad (en el centro de ella, vuelvo á decir) los vestigios de la alegría.—La pena acaba siempre por ocultarse.

Sí. Un júbilo espansivo se reflejaba esta tarde en todos los rostros. Los

ferrareses iban y venian de una calle á otra, vestidos con su ropa de los dias de fiesta, á pesar de ser hoy dia de trabajo. Todas las jóvenes de la Ciudad (¡cosa rara en un pueblo de provincia!) salian á paseo en el momento que yo cruzaba por la *Via dei Piopponi* (y, dicho sea de paso, las paisanas de Lucrecia Borgia me han parecido muy lindas y muy elegantes). Los jóvenes, vestidos de guardias nacionales, conferenciaban gravemente á la puerta de los Cafés. Algunos organillos tocaban el *Himno de Milan* ó el de *Garibaldi*. En un *Canal* que atraviesa toda la poblacion, se veian dos ó tres falúas empavesadas con gallardetes tricolores. El sol, en fin, que se ponia por el extremo de una larga calle, proyectaba horizontalmente su radiosa luz sobre el leve tamo de la atmósfera, haciéndole bullir y reverberar como polvo de oro.—Aquella claridad de gloria aumentaba el sublime alborozo de este pueblo convaleciente, que todavía no puede contar por años sus dias de independencia y libertad.

Luégo pasamos por delante del *Castello*, antigua morada de los Señores de la Ciudad.

Su mero aspecto (pues todavía no he entrado en él) me trasportó á la Edad Media y al Renacimiento.

La Ferrara papal y la Ferrara piamontesa desaparecieron á mis ojos.

El *Castello*, ó sea el Palacio Ducal, es uno de los alcázares más poéticos, más románticos, más novelescos por su forma y por sus tradiciones, que puede imaginar la fantasía.—Aislado en medio de una Plaza, rojo, elevadísimo, rodeado de profundos fosos llenos de agua, flanqueado por cuatro esbeltas y macizas torres, con sus arcos que pasan de una ala á otra, con sus puentes levadizos, con sus muros almenados, con sus ventanas ojivales y sus cadenas de hierro, ofrece un aspecto sombrío, imponente, amenazador, como la edad en que fue construido, como los Príncipes que reinaron en él, como las historias de que son monumentos sus torreones y sus mazmorras.

Estas historias acudieron en tropel á mi imaginacion.

—«Ahí (me dije) vivieron los Azos, los Hércules y los Alfonsos de Este; aquellos otros Médicis, famosos por sus amoríos, sus crueldades y sus fiestas.—De ahí salian á pelear en defensa de la soberanía de los Papas y de la independencia de Italia, cobijadas entonces por una misma bandera.—Ahí celebraban despues sus victorias con espléndidos regocijos, que extendian por toda Europa el nombre de *Ferrara*, llamada con razon en aquel tiempo, «emporio del placer, de la hermosura, del lujo, de la galantería, de las letras y de las artes.»—Ahí tuvo lugar la tremenda tragedia de *Parisina*, cantada por lord Byron y Donizetti. Ahí los saraos presididos por Lucrecia Borgia. Ahí la disolucion, la gloria y los asesinatos cantados por Victor-Hugo.—En esos vastos salones, cuyas ventanas abiertas me dejan ver molduras doradas y lujosos cortinajes, leyó Juan Guarini su tragi-comedia *Il Pastor Fido*, en presencia de Alfonso II, de su hermana Eleonora y del infortunado Tasso.—¡*Tasso* y *Elionora*!.... Ahí se

conocieron; ahí la amó años y años el inmortal poeta; ahí leyó por primera vez su *Gerusalemme liberata*, buscando en los ojos de la ingrata beldad el único lauro á que aspiraba en el mundo, y de ahí lo llevaron un dia al *Hospital de Santa Ana*, y lo encerraron en un calabozo, tomando por locura su pasion devoradora!—Los salones de ese alcázar (continué diciéndome) recuerdan tambien haber oido á Boiardo y Ariosto recitar sus inmortales poemas;—vieron á Ticiano retratar á Lucrecia Borgia, ó inspirarse en su peregrina hermosura para pintar las *Bacantes* y el *Triunfo del Amor*;—conocieron á Tito Vespasiano Strozzi, el último poeta latino, que componia madrigales en honor de la liviana hija de Alejandro VI,—temblaron al oir la voz de Savonarola, cuyas primeras predicaciones condenaron el escándalo en que vivian los Borgias y los Este;—labergaron á Calvino, llamado á esta ciudad por su sectaria la mujer de Hércules II;—hospedaron despues por espacio de dos siglos á los Cardenales Legados;—se estremecieron un dia de asombro al ver entrar por sus puertas al primer Napoleon;—y últimamente han sufrido la ominosa ocupacion austriaca, único sosten del odiado gobierno pontificio.

. . . .

Con esto llegamos á la puerta del hotel de la *Estrella de Oro*, de que yo tenia buenas noticias, y donde escribo estas páginas. Escogí cuarto; dejé en él mi equipaje, y torné á salir á la calle, á fin de aprovechar lo que restaba de dia para acabar de ver la ciudad.

Como podreis suponer, mi primera visita ha sido á la *Prision del Tasso*.

Es ésta una especie de sótano húmedo, oscuro, infecto, que en su orígen fue leñera del *Hospital de Santa Ana*.

Sus cuatro paredes, su puerta y hasta el techo, se hallan cubiertos de nombres ilustres.

Entre ellos he leido los de Goethe, Byron y Lamartine.

Byron grabó el suyo en gruesos caracteres, labrando una piedra con un puñal.

El conserje dice que el poeta empleó dos horas en esta operacion y que pasó otras dos encerrado en el calabozo.—Lo cierto es que al cabo de ellas, y de vuelta en su casa, escribió su célebre elegía *La lamentacion del Tasso*, que termina con estos melancólicos pensamientos:

«Y tú ¡oh Eleonora! tú, que te sonrojas de tener un amante por mi estilo; tú, que no habrás podido saber sin abochornarte que álguien, además de los monarcas, se ha atrevido á encontrarte bella...., sabe que, cuando se haya apagado ya ese explendor de que te rodean el rango y la hermosura, llegarás á compartir el laurel que dará sombra á mi sepulcro. ¡No habrá entónces poder que baste á separar nuestros nombres en la muerte, como nada ha bastado en vida á arrancarte de mi corazon!... Sí, Eleonora: nuestro destino es unirnos para siempre; pero ¡ay! ¡demasiado tarde!»

Encima de la puerta de la prision hay una lápida de mármol con estas palabras en letras de oro:

RISPETATE, Ó POSTERI,
LA CELEBRÍTÀ DI QUESTA ESTANZA,
DOVE
TORCUATO TASSO,
INFERMO, PIU DE TRISTEZZA CHE DE DELIRIO,
DETENUTO DIMORÓ ANNI VII MESSI II.
SCRISSE VERSI E PROSE,
E FU RIMESSO IN LIBERTA
AD ISTANZA DELLA CITTA DI BERGAMO
NEL GIORNO VI IVGLIO MDLXXXVI (1).

Aquella mazmorra es de todo punto inhabitable, áun contando con que tuviera la otra ventana cuyo sitio indica el conserje.—Yo no comprendo cómo un hombre ha podido permanecer allí siete años..... ni siete dias.

¡Siete años! ¡Y con un alma como aquella; con una imaginacion de fuego; con un corazon tierno y afectuoso; con una vasta inteligencia; con tan viva sed de gloria!...—Repito que no lo comprendo.

¡Y sin embargo es verdad!

Entre tanto, Eleonora, la causa de las penas de Torcuato, brillaba y lucía en los saraos del *Castello*, rodeada de galanes, feliz y sonriente, olvidada del mísero poeta y dispuesta á casarse con un príncipe adocenado...

Nada más natural.—Lo extraño hubiera sido que las cosas no pasaran de este modo.—El pobre Tasso debió de ser un ángel de inocencia, cuando no contó con esto y con lo demás que le sucedió.—¿A quién no le ha ocurrido algo semejante?

El contraste de aquellos dos destinos ha sido admirablemente expresado por un gran poeta español de nuestros dias, en un drama que nadie puede haber visto representar (por la sencilla razon de que no está acabado); pero del cual sé yo de memoria algunas escenas, que su autor me ha recitado varias veces.

El poeta es Fernandez y Gonzalez; el drama se titulará *El último sueño*, y Torcuato Tasso habla en él de este modo:

Un tiempo más dichoso,
cuando la luna pálida lucía,
iba á *encontrarla*. . . . .
¡Cuán dulce el tiempo resbalaba y grato!

(1) «Respetad, oh generaciones venideras, la celebridad de esta estancia, donde Torcuato Tasso, enfermo, más de tristeza que de delirio, vivió prisionero siete años y dos meses. Aquí escribió versos y prosa, y fue puesto en libertad á instancias de la ciudad de Bérgamo el dia 6 de julio de 1586.»

¡Todo era encanto allí! ¡todo pureza!
¡todo mentira al par!!!—Y yo, insensato,
esclavo de su mágica belleza,
ángel soñaba á la beldad perjura
que en soledad de muerte me abandona
y, adúltera del alma, su fé pura
infame trueca por ducal corona.
—¡No le basta un laurel!—Pobre es mi lira;
mis héroes son soñados; mis amores
sueño que el alma en su afanar delira...
¡Todo cuanto yo soy... todo es mentira!
¡Solo hay verdad, y horrible, en mis dolores!

El guardian de la prision me ha encargado que, pues me dirijo á Roma, no deje de visitar, en el *Convento de San Onofre*, la celda en que murió el Tasso, donde veré y leeré cosas interesantísimas, referentes al laureado vate.

Lo haré así.

Desde la *Prision de Tasso* he vuelto al *Castello*: —de la casa de *Torcuato* á la de *Eleonora*...

Para ello atravesé la *Plaza Ariostea*, en medio de la cual se levanta la *Estatua* del cantor de *Orlando el furioso*.—Su pedestal ha sostenido ya otras dos Estátuas: una del Papa Alejandro VI, derribada por los revolucionarios en 1796, y otra de Napoleon I, arrebatada por los austriacos en 1815.—Pero yo no estaba ya esta tarde para pensar en otra cosa que en mis héroes románticos, y seguí mi marcha hácia el *Castello*, sin detenerme en aquella Plaza.

El *Castello* sirve hoy de Prefectura.

Algunos milicianos daban la guardia en la puerta.

Preguntéles si se podia entrar, y con la mayor urbanidad me dijeron que sí.

Entré, pues, y no encontré á nadie por ningun lado.

Empezaba á oscurecer.

Ví á la izquierda una escalera iluminada, y me dirigí á ella.

Era una hermosa escalera de caracol, ámplia, cómoda y bella, alfombrada con mucho lujo, hecha indudablemente para arrastrar colas...

Los peldaños giraban en torno de una elipse, y de aquí el que fueran tan anchos y suaves.

Yo creí encontrarme en el siglo XVI y que acudia á un baile dado por los Duques de Este.

Pero la verdad es que el primer piso del Palacio ha sido restaurado por dentro, y que el Prefecto de la ciudad daba á aquella hora audiencia en su despacho.

Pasé, pues, como sobre ascuas por delante de la puerta de la habitacion en que penetraba la tira de alfombra, y continué subiendo la escalera sin saber á dónde iria á parar.

Ya no revestian bruñidos mármoles las paredes. Ya no habia tampoco

iluminacion ninguna. Mis piés se sepultaban en una densa alfombra de polvo...—Y, sin embargo, la espiral de la escalera no terminaba, ni parecia conducir á ninguna parte.

Al fin encontré una puerta, por la cual se alcanzaba una débil claridad del moribundo dia.

Aquella puerta daba á un corredor, con ventanas al patio.

Este corredor me llevó á una galería con vistas á la plaza.

Al fin de la galería empezaba una escalera oscura, que bajaba yo nó sabia adónde.

—¿Bajaré por ella? me pregunté.

Ni ladrones ni asesinos eran de temer en el asilo de la autoridad...; pero la escalera podia estar hundida, cortada... ¡Podia llevar á una cisterna, á una prision... tal vez á la prision de *Parisina!*...—Y luégo, ¿quién está seguro de que no hay nada de fundamento en lo que se cuenta de aparecidos, de fantasmas y de almas en pena?

Renuncié, pues, á bajar, y eché por otro lado.

Entonces recorrí salones y más salones, todos vacíos y abandonados completamente.

El rojo crepúsculo, ya casi muerto, me alumbraba apenas lo bastante para no tener que ir tocando las paredes.

Por último me perdí.

Y perdido seguí mucho tiempo, andando y desandando un mismo camino. Y primero sentí fatiga; luégo sentí hambre; y por remate sentí miedo...; miedo, sí, de pasar allí la noche, ó de ser tomado por un ladron, ó de encontrarme de pronto con los cinco ataudes del festin de *Lucrezzia Borgia*, y con el Coro de Agonizantes, y con la misma Lucrecia..., armada de puñal y de veneno, envuelta en aquella rubia cabellera, tan fina y abundante, de que yo habia besado... digo, tenido en la mano... una preciosa trenza en la biblioteca de Milan!...

Comprended que mi situacion era apurada.—Yo habia acariciado el cabello de aquella terrible mujer, acaso contra su gusto... Ella se distinguió siempre por su sagaz policía y por su don de ubicuidad... Ella era muy capaz de hacer un viaje del otro mundo á éste con tal de vengar una ofensa... Ella podia haber esperado á que yo visitase su palacio para pedirme cuenta del insulto de Milan...—¡Ah! si conoceis el retrato de la Borgia pintado por Ticiano, comprendereis todo lo que aquí digo; y si conoceis la vida y aventuras de aquella mujer, comprendereis todo lo que callo...—¡Qué hermosa era, en medio de todo!

Así andaba por pasillos y crujías, por escaleras y salones, cuando (os suplico que me creais,—yo no invento nada en estos apuntes) oí unos leves pasos y el ruido de una falda que rozaba las paredes...

Ya era noche completa.

Yo me paré.

—«¿Quién va?» me preguntó entonces una voz de mujer, al fin de la galería en que me encontraba.

¡Creí que me moria!

—«¿Sois vos?» repitió el mismo acento femenil, con un timbre ronco que me pareció el de la ira.

—«¿Quién va!» dije yo á mi vez... por decir algo.

—«Soy yo» (repuso la voz, aproximándoseme). ¿El señor quiere ver la *Prision de Parisina*?

Este nombre me tranquilizó un tanto.—*Parisina* me alejaba de *Lucrecia*.—Se trataba de una historia menos terrible que la que yo recordaba en aquel momento.

—Pero ¿sois vos Parisina? repliqué entonces donosamente, adivinando mi verdadera situacion.

—Yo soy la mujer del conserje, para servir al caballero (contestó la voz á pocos pasos de mí). Os he visto entrar en el *Castello* y os he seguido.—¡Por cierto que hay poca luz y nos hemos extraviado!—Si el señor quiere ver la prision de Parisina, venga mañana por la mañana.—Mi marido tiene la llave y no volverá hasta media noche.

—Lo que quiero es que me saqueis de aquí, me apresuré á contestar.

—Seguidme, dijo la mujer.

Y bajamos una escalera, y luégo otra, y nos encontramos en el Patio Grande del *Castello*.

—¿Veis aquella luz? exclamó entonces la mujer (que era fea, y de bastante edad:—ya veis que no miento). Pues allí está la salida.—Ahora, si el señor tiene voluntad de darme alguna cosa...

Aquella luz alumbraba á una Vírgen.

Cerca de ella habia una puertecilla que daba sobre los Fosos del *Castello*.

Cuando puse el pié en la calle, experimenté una alegría mayor que la que me produjo el salir de los *Pozos* de Venecia.

Con esta aventura dí por terminada mi excursion á los tiempos pasados de *Ferrara*, y me vine al Hotel, donde me esperaba ya la comida.

Durante ella, hablé largamente de política con el que me servia á la mesa, el cual me ha contado á su modo una porcion de anécdotas de la dominacion romana, de la revolucion del año pasado y del actual órden de cosas.

Estas anécdotas no son para referidas al público; pero me sirven á m para formar juicio de la Italia de ayer y de la Italia de hoy.

Creo habéroslo dicho: cuando viaja uno por país extranjero, aprende muchas más verdades oyendo á los mayorales, á los fondistas y á los mozos de los Cafés, que departiendo filosóficamente con profundos estadistas.—Estos os dicen sus opiniones: aquellos os relatan los hechos.

Cuando salí del Hotel para ir al Teatro, encontré que *Ferrara* habia vuelto á sumergirse en la noche de su historia.

Todo era tristeza y soledad en las calles. La animacion política se habia

trasladado al Teatro, como vereis despues. Los Palacios se sucedian en la sombra, mudos y severos, olvidados de las alegrias pasajeras de esta tarde y recordando sus grandes dias de los siglos XV y XVI.

A pesar de las minuciosas señas que me habian dado en el hotel, me perdí tambien varias veces antes de encontrar el *Teatro*.

Una de ellas sirviéronme de guia tres embozados de mala catadura, que se quitaban el sombrero, sin descubrir por eso la cara, al pasar por delante de los muchos Cristos y Vírgenes que hay en las esquinas de la Ciudad. Estos embozados me llevaron por intrincadas callejuelas, en que no se veia otra luz que la de las susodichas Imágenes. Yo me acordaba de Toledo y de Guadix á las altas horas de la noche, y como que me arrepentí de haberme dejado guiar por aquella gente...

Pero tambien esta vez eran infundados mis temores, y los buenos ferrareses me sacaron á puerto de salvacion, dejándome enfrente del *Teatro*.

El *Teatro de Ferrara* es grande y bello. De sus ciento veinte palcos sólo habia ocupados doce. En cambio, el patio estaba completamente lleno. La mayor parte de la gente se hallaba de pié, y los hombres conservaban el sombrero puesto, á pesar de haberse corrido las cortinas que hacian las veces de telon de boca.

Representábase una comedia de flamante actualidad: *El desembarco de Garibaldi en Marsala*.

El público aplaudia estrepitosamente.

Yo conocia ya el asunto por los periódicos; los actores eran muy malos, y el público gente muy comun.—Díme, pues, por satisfecho con media hora de espectáculo; busqué un *cicerone* entre la multitud, lo cual me costó poco trabajo y menos dinero, y abandoné el Teatro con intencion de venirme derecho á casa.

Pero el *cicerone*, que era un muchacho muy listo, lo dispuso de otro modo, y quieras que no quieras, me hizo pasar por delante de la casa en que nació *Ariosto;* pararme delante de otra en que murió, situada á media legua de la primera, y saludar el Palacio *Guarini*, en que viven todavía los descendientes del gran bucólico.

Ahora me alegro mucho de haber hecho semejantes visitas á los Penates de dos genios que tanto amo; pero la verdad es que estoy rendido.

¡A bien que la cama que me ha caido en suerte tiene nueve palmos de anchura!—En cuanto á su fecha, yo creo que no bajará del siglo XV.

¿Quién sabe si esta cama formaria parte del mobiliario de los duques d'Este, vendido en pública almoneda en 1598, cuando la Santa Sede se apoderó de Ferrara?

¿Quién sabe si habrán dormido en esta cama Lucrecia Borgia y sus cuatro maridos?

Duca Alfonso, mio quarto marito!...

¿Quién lo sabe?

Lo que yo sé es que son las doce de la noche; que mañana he de madrugar, á fin de llegar á *Bolonia* temprano, y que me estoy cayendo de sueño.

Con que muy buenas noches.

II.

EL AMANECER EN FERRARA.—VIAJE Á BOLONIA.—LAS TORRES INCLINADAS.—PASEOS POR LA CIUDAD.—LA ACADEMIA DE BELLAS ARTES.

Son las siete de la mañana cuando escribo estas líneas al aire libre; en una ancha, recta y larguísima calle de Ferrara; sentado á la puerta de una casa (cerrada todavía, pero donde debe de vivir alguien, pues oigo barrer en el piso principal); enfrente de la Administracion de Correos, que se abrió hace diez minutos, y esperando á que acaben de enganchar cuatro caballos al carruaje que ha de conducirme á *Bolonia*.

La mañana no puede estar más hermosa, aunque bastante fria. Anoche ha escarchado mucho. El cielo se halla azul y limpio, como si Dios acabara de crearlo. El sol sale en este instante..., y, por cierto, de una manera muy original y sorprendente.

La calle en que me encuentro termina en una Puerta monumental (*Porta di Po*), compuesta de tres arcos desiguales, que se dibujan graciosamente en una verde llanura y en el turquí del firmamento.—Ahora bien: al sol le ha tocado hoy salir precisamente por aquel punto del horizonte que se divisa por el arco central de la *Porta di Po*. Ha habido, pues, un momento (hace un minuto) en que el astro del dia asomó su disco por el medio punto de la tallada piedra, como un glorioso rey que entrara en la Ciudad bajo un Arco de triunfo.

En cuanto á su luz, todavía penetra fúlgida y rutilante por aquel magestuoso rompimiento, inundando de vívidas llamas toda la longitud de la calle.—Diríase que un cañonazo de luz, disparado en el remoto oriente, ha abierto tres brechas en el muro que cerca á *Ferrara*, y barrido y dispersado las tinieblas, acampadas hacia catorce horas en esta silenciosa calle.

Ferrara duerme todavía.—Por donde quiera que miro, sólo veo enormes casas cerradas. Las únicas personas que hasta ahora han dado señales de vida son dos ó tres dependientes de la Diligencia, que conversan á su modo con los caballos; un señor que se pasea por la acera de enfrente, y en el cual adivino un compañero de viaje; la criada de la casa á cuya puerta estoy sentado (y digo *criada*, porque ya ha empezado á amenizar el barrido con algunas canciones), y yo, que escribo y tomo el sol á un mismo tiempo, experimentando un bienestar y una alegría que no sé cómo explicarme.

Al fin de esta calle, y cerca de la puerta citada, se distingue una es-

belta *Columna*, levantada en honor de Ariosto.—El daros esta noticia, me ha costado un paseo desde aquí á la columna y desde la columna hasta aquí, á fin de leer su inscripcion.

¡Qué hermosa mañana!—Ahora será todavía noche completa en mi país natal.—Si alguna persona cara á mi alma comtempla hoy allí la salida del sol, no sospechará seguramente que el astro benéfico me ha visto á mí dos horas antes que á ella, y que lo que ella toma por el primer rayo del dia es un destello cualquiera de los que yo veré lanzar al padre de la luz cuando ya se encuentre muy levantado en mi horizonte.

Mientras discurro de esta manera, la campana de un templo vecino ha empezado á tocar á misa.

¿Qué Santo es hoy?—Estamos á 19 de noviembre.... *Santa Isabel*.—Hoy, en España...

¡España! ¡Siempre España!—Hubo un tiempo, cuando yo la daba de filósofo y de *esprit fort*, que no creia en el amor de la patria; que lo juzgaba un sentimiento artificial, anticuado cuando menos, hijo de crueles preocupaciones.—«Todos los hombres son hermanos (me decia): las fronteras son una iniquidad inventada por los conquistadores y por los déspotas; toda la Tierra es patria de toda la humanidad; las demarcaciones y delimitaciones que separan á unos Estados de otros, no son sino convenciones tiránicas que anulará la civilizacion.»—Y leí libros y periódicos que hablaban de igual manera...

¡Oh! los que asi pensais todavía, salid de vuestra patria; recorred una ciudad que no se diferencie en nada de las que vísteis en vuestro pais; prestad oido atento á la campana católica, que toca lo mismo que en el pueblo que os vió nacer, y experimentareis una honda pena, un frio de soledad, una etrxañeza melancólica que no sentísteis nunca en vuestra nacion, aunque os halláseis en ciudades desconocidas y muy apartadas del lugar de vuestra cuna...

Y es que os parece que la campana extranjera habla otro idioma; es que el aire carece de diafanidad y se interpone como un muro entre vos y el horizonte; es que el cielo se os aparta y os niega abrigo, como diciéndoos:—*No te conozco*... Es que la patria existe; es que cada hombre tiene una patria, como tiene una madre; es que esa patria y esa madre no se pueden reemplazar con otras. Los amores y las aficiones pueden cambiar de término ó de objetivo: el respeto, la gratitud y el temor con que el hijo ama á su padre pueden sentirse alguna vez en cierto grado por un bondadoso protector, por un sabio maestro, por un confesor, por un héroe, por la virtud, por el arte, por Dios...; pero el amor á esas dos madres que nos llevaron en su seno, que nos nutrieron con su sangre, que nos calentaron contra su corazon, que nos echan de menos en sus entrañas; el amor á esas madres, de las que una nos reclama antes que nacemos y la otra despues que morimos; sentada aquella al borde de nuestra cuna, sentada ésta al borde de nuestra tumba; ese amor, digo, es alma de nuestra alma, vida de nuestra vida, ser de nuestro ser, como el

eterno tipo de nuestra forma terrena,—que nunca altera sus primitivas líneas, á pesar de la incesante renovacion de nuestro cuerpo.

. . . .

Mas hé aquí que una puerta se abre, á pocos pasos de la que me sirve de escritorio...

Ya era tiempo de que sucediera algo; pues de no suceder nada, Dios sabe á dónde habria ido á parar la precedente disertacion.

¡Hola! ¡una jóven sale por la puerta susodicha!—¡Extraña fisonomía y extraña vestimenta!—Yo conozco algo semejante...

Sin duda es una judía.

Bien puede serlo.—El gobierno pontificio, ménos meticuloso que los que en otros pueblos imperan en su nombre ó *siguen su política,* practica la tolerancia religiosa.

La judía permanece en frente de la puerta por donde ha salido...

Quizás espera á otra persona.

¡Ecco!—la judía es la criada y ahora sale el ama.

La judía es bella; pero la señorita á quien custodia lo es todavía más.

Ninguna de las dos tendrá veinte años.

La señorita lleva vestido de seda negro, mantilla española, y un devocionario en la mano.—Sin duda va á misa...—¡Madrugadora devocion!

La judía cierra la puerta y guarda la llave.

La señorita nos mira á los pocos personajes que estamos en la calle; mira despues á los balcones de su casa; mira en fin al Correo...., y en esto empieza el segundo toque de misa.

La señorita gira entonces sobre sus menudos piés, y toma calle arriba como atraida por la campana.

En esto la judía se le incorpora; le habla...; y las dos dan otra media vuelta, tornan á bajar la calle, y se dirigen al Correo.

La señorita se para á alguna distancia de la reja de la Administracion, y finge que se arregla el peinado, el vestido y la mantilla, y que está muy sosegada é indiferente.

Pero yo veo que sus hermosos ojos negros no saben dónde fijarse, y que su blanca y fina mano no acierta á encontrar las agujas escondidas entre el pelo...—¡Drama tenemos, sin duda alguna!

Entre tanto, la judía se acerca á la reja: habla con el Administrador de Correos; vuelve al lado de su ama; consulta con ella, y torna á la Administracion.

La señorita se pone muy colorada; échase el velo, y, sin esperar á la judía, toma otra vez el camino de la Iglesia.

A los pocos pasos se para, y vuelve el rostro con disimulo...

¡Oh divina alegría!—La criada corre ya hácia ella, enseñándole *una carta.*

Ríense las dos, ahogando en aquella risa de completo alborozo todos los escrúpulos del miedo, del pudor y de la cortesía, y una vez mano á mano, echan á correr, que no á andar, con direccion al Templo, á cuya

puerta llegan precisamente en el instante en que empieza á sonar el tercer toque de misa.

—¿Y á qué va la judía á misa? me preguntará ahora alguno.

—¿Y á qué va la cristiana? (le replicaré yo). ¡A pensar en la *carta* que ha recibido, y tal vez á leerla!

Pero no seamos hipócritas.—La verdad es que esa escena me ha encantado.

¿Cómo no? En todo lo que acabo de ver hay algo de la *Lucía* de Manzoni, ó de la *Julieta* de Shaskspeare.—Es el eterno poema italiano: amor, guerra, misa, criada... ¡todo!

Dígolo, porque yo no dudo que esa *carta* viene de las orillas del Volturno ó de los torreones de Gaeta.

La elegante madrugadora soñará todas las noches que su amante ha muerto en una batalla... y por eso va todos los dias á misa, á pedirle por él á la *Madonna*, y llega de paso al Correo...

Porque dicho se está que los padres ignoran estos amores... ó se oponen á ellos...

¡De otro modo no habria *drama*!

Convengamos en que se oponen...

Pero ya está dispuesto el carruaje... y me llaman á él.

¡Adios, *Ferrara*!...—¡Hasta nunca!

Estamos en *Bolonia*.

Cinco horas de paseo en coche por un jardin: hé aquí el viaje que acabo de hacer.

Las diez leguas que separan á *Ferrara* de *Bolonia* son deliciosísimas. Básteos saber que he pasado horas enteras viendo á los dos lados del camino interminables llanuras plantadas de árboles, rigorosamente alineados. Casi todos estos árboles eran frutales ó moreras. Al tronco de cada uno se enredaba una pomposa vid, que nacia á su pié; y, como si esto no fuera ya bastante exigir á la madre Cibeles, los espacios de tierra que mediaban entre los árboles y las cepas se veian sembrados de cereales.—No puede darse mayor fecundidad.

Al atravesar algunos terrenos pantanosos, he visto muchos búfalos domesticados que se revolcaban á su sabor en las aguas estancadas.—Su imponente bramido, muy más formidable que el de su pariente el toro, prestaba una severa voz á aquellas amenas soledades.

Lo primero que divisé al acercarme á *Bolonia*, fué una de sus célebres *Torres inclinadas*.—Confieso que no la ví sin emocion, no sólo por su amenazante aspecto, que trae en seguida á la mente ideas de terremoto, sino porque satisfacia una de las primeras y más vivas curiosidades de mi infancia.—*Las Torres inclinadas de Pisa y de Bolonia* figuran en el estrecho y maravilloso cuadro de la erudicion de todos los niños de mi tiempo.—¿Quién de nosotros habrá olvidado el asombro con que oyó hablar de ellas á su catedrático de física?

La *Torre* que yo veia era la más estrecha y alta de las dos que encierra *Bolonia*; es decir, la que lleva el nombre de *Asinelli*.—Su mole diagonal se dibujaba sobre la masa azul del próximo Apenino.

Poco despues descubrí la otra *Torre*, llamada *Garisenda*, más recia, mucho ménos alta, pero doblemente inclinada que la *Asinelli*.—Y ví tambien innumerables cúpulas, campanarios, castillos, tejados y chimeneas...: el panorama, en fin, de una importantísima ciudad.

Bolonia es, ó *era*, la segunda Capital de los Estados Pontificios. Su historia se parece bastante á la de muchas ciudades de que ya hemos hablado; pero difiere en la predileccion con que siempre la miraron los Papas.—Etrusca en su orígen, formó parte sucesivamente del Imperio romano, de las conquistas lombardas y del Imperio de Carlo-Magno. Despues fué República independiente, hasta que empezaron á disputársela varios Príncipes italianos, que la ganaron y perdieron muchas veces, abandonándola siempre en poder de los Pontífices. En el siglo XV vuelve á ser República por otro poco tiempo, é, incorporada nuevamente á los Estados de la Iglesia por el inolvidable Julio II, permanece de este modo hasta 1796, que la invaden los Franceses. Aquí empieza otra era de rápidas vicisitudes para *Bolonia*. De los Franceses pasa á manos de los Austriacos: piérdenla éstos en Marengo: recóbranla los Franceses: es devuelta al Papa en 1815: sublévase contra él en 1831 (el que hoy se llama Napoleon III tomó una parte muy activa, con las armas en la mano, en aquella guerra contra Roma): es reducida de nuevo por la Santa Sede, con ayuda de los Austriacos: levántase contra éstos en 1848, y lucha desesperadamente durante seis dias... ¡Esfuerzo inútil! *Bolonia* inclina otra vez la frente bajo los hierros.—Llega, en fin, 1859; y no bien el Austria retira las tropas con que obligaba á vivir bajo el régimen teorático á una Ciudad que lleva por lema en su escudo la palabra *Libertas*, los boloneses proclaman por unanimidad su incorporacion al naciente Reino de Italia.

Con ser tan interesante y dramática la historia de esta ciudad; al acercarme hoy á ella, no me preocupaban de ningun modo sus vicisitudes políticas. A mí me era familiar bajo otra forma. Bolonia habia vivido siempre en mi imaginacion como patria de la *escuela de pintura* que lleva su nombre; como arena en que lucharon el llamado *Francia*, los tres *Caracci*, el *Dominiquino, Guercino, Albano* y *Guido Reni*, y sobre todo, como asiento de las *Torres inclinadas*.—Esta es la verdad.—Tambien resonaba en mis oidos la denominacion de *Doctores de Bolonia*, que han llevado muchos españoles eminentes, y deseaba ver el *Colegio de Albornoz para españoles*, fundado hace quinientos años.

Decia que estamos en *Bolonia*.

La Ciudad se halla rodeada por un muro de ladrillo. Las calles son tristes, irregulares y sombrías. Casi todas tienen pórticos en vez de aceras. La gente me parece habladora y de buen humor. Ello es que el ruido

y la animacion de los transeuntes contrastan con el tétrico aspecto de los edificios.

Bolonia encierra 75,000 almas. —¡Cuántas grandes capitales en tan poco terreno!

Las mujeres son notables por su hermosura, por el lujo con que visten y por su excesivo número.—En cuanto á su sensibilidad, es probada. —Yo sé ya que en *San Petronio* hay un bajo-relieve, hecho por una celebre boloñesa, pintora, escultora, grabadora y música, llamada *Properzia Rossi*, en el cual esta Sapho de las artes se ha retratado bajo la forma de la mujer de Putifar, reteniendo por la capa á un José... en quien todo el mundo reconoció á cierto mancebo de quien la artista estaba perdidamente enamorada.—La historia, por su parte, cuenta que cuando el rey Enzius estaba prisionero en Bolonia, una señorita de la poblacion, *Lucia Ventagoli*, visitaba secretamente al real cautivo, añadiendo la tradicion que aquellas melodramáticas entrevistas dieron orígen á la ilustre familia Bentivoglio.—¡Benemérita ciudad!

A todo esto, se me olvidaba deciros que encima de todas las puertas de *Bolonia* hay un gran cartel impreso, que dice: ¡*Ewiva il nostro legitimo re Vittorio-Emanuele*!; que en todos los balcones se ven banderas italianas; que en las esquinas se leen anuncios de *Historias* de la dominacion pontificia, cuyos títulos erizan el cabello; que los muchísimos sacerdotes que discurrren por las calles, vestidos de aquella elegante manera que describimos al pasar por Novara, llevan en el sombrero una escarapela tricolor, y que las dos ó tres personas á quienes he hablado acerca del Gobierno papal, me han respondido en los términos siguientes: «¡*Eso no volverá*!... Nosotros nacimos y moriremos católicos... Pero *eso no volverá*; y antes pereceremos ó emigraremos al fin del mundo, que tolerar de nuevo el despotismo del clero apoyado en los austriacos.»

Y vosotros preguntareis:—«¿Qué diablos habian hecho las autoridades romanas, que tan mal las quieren en Bolonia?»

¡Lo que las autoridades romanas habian hecho en Bolonia, puede resumirse en una frase: *Se habian aliado con los enemigos de la patria*!

Durante la Guerra del año pasado, los funcionarios pontificios pedian á Dios que otorgase la victoria á los tudescos, á los extranjeros, á los opresores de Venecia y de Milan, y que se la negase á las águilas latinas!—¡Hacian lo que los *afrancesados* de España en 1808!

Pero almorcemos; que son las doce, y *Bolonia* tiene mucho que ver.

Acabo de almorzar en el *Hotel Brun*, que en otro tiempo fue Templo de Júpiter.—Así lo reza al menos con grandes letras de oro una *Lápida de mármol*, fija en una pared del portal.—Mucho me enorgullece esta circunstancia... ¡Almorzar en un templo de Júpiter!...

En seguida, considerando muy posible (por las razones que os diré despues) que abandone esta misma tarde la Ciudad, cojo mi equipaje y me establezco con él en un coche de plaza.—Este coche será, por lo tan-

to, mi único alojamiento en *Bolonia*, y en él iré escribiendo todo lo que observe.

Mi primera visita es á las *Torres inclinadas.*

Estas se hallan casi juntas, en medio de la Ciudad, en la confluencia de cinco anchurosas calles, y ambas fueron construidas casi á un mismo tiempo, en 1109 y 1110, la una por la familia *Asinelli* y la otra por los hermanos *Garisendi.*

Al encontrarme debajo de ellas, experimento un vértigo y un espanto que no puedo dominar. Paréceme que me amenazan, que se mueven, que se caen sobre mí, que van á aniquilarme. Yo no comprendo cómo hay quien viva en las casas que se levantan en torno de estas dos *espadas de Damocles*. Ni ménos me explico cómo *Asinelli* y *Garisenda* se tienen de pie, ó sea *sobre un solo pie*, hace tantos cientos de años!

La torre *Asinelli*, que, como os he dicho, es la mayor, se eleva á una altura de 102 metros, y tiene cerca de metro y medio de inclinacion fuera de la perpendicular.

La altura de la *Garisenda* es de 42 metros, con dos y mediode inclinacion hácia el Este y medio hácia el Sur.

El remate de ésta es cuadrado. La otra, más elegante en todo, termina en una especie de cúpula que sostiene una enorme cruz de hierro.

En 1779 hubo un terremoto en *Bolonia*, y todo el mundo temió que las dos *Torres* viniesen abajo. Pero, medidas al dia siguiente, se encontró que su inclinacion no habia aumentado ni en una línea.

Algunos años despues, en 1813, volvieron á ser medidas, y entónces se advirtió que la *Garisenda* se habia inclinado desde 1779 cerca de medio metro!...

¡ Y aún hay quien duerma á su sombra!

Desde las Torres, tomo por la Strada di San Donato y me dirijo á la *Academia de Bellas Artes.*

La *Galería de Cuadros* de esta Academia es una de las más importantes de Italia, pues que posee las principales obras de la escuela boloñesa.

Aquí admiro dos cuadros de Francesco Raibolini, vulgo *Francia*, el más original y acaso tambien el más ilustre pintor de Bolonia.—Estos dos cuadros son una *Madonna* y un *San Sebastian.*

Francia es un artista lleno de uncion, de misticismo, de poesía. Recuerda á Beato Angelico y á Perugino, y excede en ternura al mismo Rafael. Casi todas sus obras maestras se hallan en Viena y Munich. Sin embargo, todavía encontraremos algunas de ellas en el Mediodía de Italia.

Los otros grandes pintores de la escuela boloñesa carecen de originalidad, de espíritu propio. Enclavada esta ciudad entre Venecia, Milan, Florencia y Parma, sus artistas reflejan indistintamente la inspiracion de Ticiano, Vinci, Rafael y Corregio.—De aquí la calificacion de *plagiarios* que se ha dado á los grandes maestros de Bolonia.



BOLONIA.—LAS TORRES INCLINADAS.

Agustin Caracci, el menor de los tres pintores de este apellido, tiene aquí dos magníficos cuados: *la Ultima Comunion de San Gerónimo* y la *Asuncion.*—Este es un plagio servil de la *Asunta* de Ticiano que hemos visto en Venecia. El otro ha sido plagiado á su vez por Dominiquino.—Y ¡cosa extraña! los dos plagios son superiores á sus modelos.—La *Asuncion* de Caracci es más ideal, más vehemente, más viva, y por supuesto más religiosa que la de Ticiano.—La *Ultima Comunion* del Dominiquino (que se halla en el Vaticano, en frente de la *Transfiguracion* de Rafael, y que, al decir de algunos, la eclipsa y oscurece) goza de una celebridad que no ha alcanzado ni con mucho la *Ultima Comunion* de Caracci.

Luis Caracci, primo del anterior, tiene en este Museo una obra de primer órden (la *Vírgen de la Gloria);* pero los boloñeses le dan mucha más importancia á la *Madonna della Pietá* de Guido Reni, que ocupa el lugar preferente de la Galería.—Yo creo que en este juicio ha entrado por mucho la devocion; pues hay que tener presente que en la parte baja del cuadro de Guido figuran los Santos Patronos de *Bolonia.*

No diré lo mismo de su célebre *Crucificado.*—Este cuadro bastaria á la gloria de un artista.—Cristo está en agonía en la soledad del Gólgota. El pueblo y los verdugos se han marchado. Es de noche; pero no una noche natural, sino la noche milagrosa y terrible que vino sobre el mundo al expirar el Redentor. Las tinieblas del eclipse no podian ser pintadas por nadie mejor que por Guido Reni. *La luz incierta y pálida* que los críticos han censurado en todas sus obras, es aquí una belleza, lejos de ser un defecto. Diríase que el silencio, el horror y el luto del alma han encontrado colores en la paleta del artista. Jesús dirige los ojos al cielo por la última vez. Al pie de la Cruz, la rubia Pecadora, abrazada al leño, expresa admirablemente aquella singular pasion que es uno de los más bellos afectos de esta sublime tragedia. María, de pie, clásica, hermosa, contando los últimos suspiros del Moribundo, es la estatua del más grande dolor que ha sufrido el corazon humano. ¡Qué nobleza! ¡Qué magestad en esa patética figura!—San Juan, el dulce y sensible Apóstol, es hombre al fin, y como que protesta!—¡Supremo y angustioso instante! ¡Qué recogimiento! ¡Qué muda elocuencia! ¡Qué tinieblas en esas almas!—Parece inposible que haya tanta vida en tanta muerte.

Pero todavía no es ésta la obra capital que encierra el Museo...—¡Hé aquí á Rafael!—¡Hé aquí su *Santa Cecilia!...*—Cuando Rafael se inspira verdaderamente, todo calla, todo palidece, todo se marchita en torno suyo.

Santa Cecilia, rodeada de cuatro Santos, uno de ellos San Pablo, oye un Concierto de Angeles. Estos Angeles ocupan la parte alta del cuadro. La Jóven siciliana y los Bienaventurados que la cercan han caido en un delicioso éxtasis. Santa Cecilia, la inspirada Música, la Euterpe cristiana, sostiene ya apenas el salterio, que se le cae de las manos..., como vencido por aquella melodía de la Gloria. A sus pies se ven los instrumentos y atributos de la música terrestre, declarando tambien su impotencia y

nulidad.—En este cuadro callan y lloran todos los personajes, como en el *Crucificado* de Guido; pero su recogimiento es glorioso; sus lágrimas son como un rocío del cielo; su silencio está lleno de voces, como el sueño del *medio-punto* de Murillo está lleno de vida eterna.—Santa Cecilia, bella sobre toda ponderacion, niña y santa, con la faz levantada al cielo, parece inundada de una inefable melancolía, cual si aquellos cantos le trajesen el recuerdo de *su patria*. San Pablo, el varon fuerte, se acaricia la barba con blando ademán y frunce el entrecejo al sentirse conmovido. Las demás figuras (excepto la de San Pablo, demasiado vigorosa para una escena tan ideal y suave) son dulces y bellas en grado sumo.—El dibujo... es de Rafael, y está dicho todo.—En cuanto al color, aunque peca de duro y de intenso, resulta más agradable que el del *Pasmo de Sicilia.*

Un cielo, azul turquí muy oscuro, hace resaltar los contornos clásicos de tan soberana composicion.—Yo creo que Rafael usaba estos fondos y este *color*, deliberada é intencionadamente. Sus figuras se recortarian mal sobre términos más vagos. Sus obras parecen hechas para campear sobre oro, como las de los siglos precedentes.

Tambien son muy de notar en estos salones, á pesar de su falta de novedad y de inventiva, algunos cuadros del *Dominiquino*, especialmente el *Martirio de Santa Inés*, el *Martirio de San Pedro* (plagio ó parodia del de Ticiano) y una *Virgen del Rosario con el Niño Jesús.*

En este último lienzo se nota algun fuego, alguna inspiracion. El Niño Jesús esparce rosas y rosarios, como recomendando á los hombres que rindan culto á María.

En otro lado se ve una *Asuncion* de Perugino, fruto precioso de la fé y del arte.

Finalmente, *Albano*, el pintor mitológico, el autor de la *Danza de los Amores*, tiene aquí algunos buenos cuadros religiosos, entre los cuales me sorprende y cautiva extraordinariamente uno que representa el *Bautizo de Jesús.* Pero se me hace tarde y me queda mucho que ver en otros edificios...—Cerremos el libro de memorias, y partamos.

Una vez fuera de la Academia, hágome conducir á la *Plaza Mayor*, situada en el centro de *Bolonia*.

Esta Plaza es sumamente bella. Fórmanla la *Basílica de San Petronio*, el *Palacio Público* y el *Palacio del Podestá*, y en medio de ella hay una magnífica *Fuente de Neptuno*, obra del famoso escultor *Juan de Bologna*.

En esta *Fuente* son de notar cuatro hermosas Sirenas desnudas, que se oprimen con ambas manos los voluptuosos y abultados pechos hasta hacerles brotar raudales de agua.—Semejante reminiscencia de la *via láctea*, tal como la explicaba la mitología griega, no es muy propia que digamos de la plaza pública de una ciudad gobernada por Cardenales.

El *Palacio público ó del Gobierno* data del siglo XIII, y fué concluido

en el siglo XV.—Entre los adornos de la fachada figura una *Estátua de Gregorio XIII*, que pasa hace tiempo por Efigie de San Petronio.—Esta piadosa mentirilla fué absolutamente necesaria para evitar que los boloñeses la arrastrasen por las calles á fines del siglo pasado, como hicieron los ferrareses con la del Papa Alejandro VI.

En el *Palacio del Podestá* visito la Sala donde se reunió el Cónclave que eligió Papa á *Baltasar Cossa* con el nombre de Juan XXIII, en tanto que parte de la cristiandad obedecia como á Sumo Pontífice al español *don Pedro de Luna*, residente en Peñíscola, bajo el nombre de Benedicto XIII, y mientras que otra parte no pequeña de Europa se sometia á *Angelo Coriario* (Gregorio XII), que presumia tambien de ocupar la verdadera Silla de San Pedro.—¡Qué cosas han pasado en el mundo! ¡Y luego nos asombramos de las que suceden hoy!

Cerca de la *Plaza Mayor* está la *Universidad vieja* (ó sea el *Archigimnasio*), una de las más antiguas del mundo.—(La *Universidad nueva*, sumamente notable por los Museos y Gabinetes de Ciencias físicas y matemáticas que encierra, se halla en un hermoso Palacio construido en el siglo XVI en la *Strada di San Donato*).

La *Universidad vieja* me hace el efecto del cráter frio de un antiguo volcan.—Ella fué, durante la poética barbarie de los Tiempos Medios, la única luz que alumbraba la alta Italia. Otros muchos pueblos de Europa volvian anhelantes los anublados ojos hácia sus vivos resplandores, como hácia Salamanca, Oxford y la Sorbona de París, oasis del saber en el desierto de la ignorancia.—Hoy reina el silencio en la primitiva Universidad boloñesa.

Habia tambien en estas célebres aulas la gran particularidad de que era permitido á las mujeres ejercer en ellas el magisterio, contándose de muchas sapientísimas *catedráticas*, que explicaron aquí jurisprudencia, filosofía, medicina y ciencias naturales.—Una de estas doctoras, llamada *Novella*, heredó la cátedra de su padre en 1360; pero era tan jóven y tan linda, que se veia obligada á explicar detrás de una cortina, á fin de que sus hechizos no distrajeran al auditorio.—Tambien han dejado nombre la profesora de griego *Clotilde Tambroni* y la gran matemática y latina *Gaetana Agresi*, asombro y envidia de los primeros sabios de Milan.

Por los tiempos de la hermosa *Novella* fué cuando don Gil Alvarez Carrillo de Albornoz, arzobispo de Toledo, fundó en Bolonia el *Colegio para españoles* de que hemos hablado antes (1).—Este *Colegio* existe to-

(1) Este ilustre prelado nació en Cuenca á principios del siglo XIV, y fué tan insigne por su ciencia y sus virtudes, como por sus dotes especiales de hombre de Estado y de esclarecido guerrero. El rey Alfonso XI, á quien habia salvado la vida en una batalla, le tuvo siempre en grande aprecio; pero su hijo don Pedro el Cruel lo trató con tanta injusticia, que tuvo que refugiarse á Avignon al lado del papa Clemente IX, quien lo nombró cardenal. Más tarde, Inocencio VI le dió el mando de sus tropas á fin de que sometiese al poder de la Iglesia la ciudad de Roma y todos los Estados Pontificios, lo cual logró Albornoz en pocos años, teniendo la gloria de llevar á la ciudad eterna á Urbano V, sucesor de Inocencio VI, y ponerle en pose-

davía, como todo el mundo sabe; pero España lo tiene completamente abandonado.—Yo he preguntado en la portería si habia en él algunos colegiales españoles, y me han contestado que el *Colegio* no reconoce más dueño que el Rey de Italia, y que los colegiales españoles de *Bolonia* pertenecen á la historia antigua.—Podrá ser cierto desgraciadamente; pero el Colegio y sus pingües rentas son *propiedad* de España; aunque España no se dé por entendida de ello (1).

Al paso que voy haciendo estas visitas, entro en algunas *Iglesias* de las innumerables que encierra *Bolonia.*

La *Catedral* se parece, más que mi fonda, á un Templo de Júpiter. El interior es corintio, no del Renacimiento, sino estrictamente pagano. Ni tiene cúpulas ni casi segundo cuerpo. Altísimas pilastras sostienen una aplanada bóveda, que pudiera llamarse techo.—Así y todo, esta gran nave respira cierta grandiosidad, que, si no es religiosa, no deja de ser artistica.

Pero la Iglesia favorita de los boloñeses, asi como la más ilustre y bella de la ciudad, es indudablemente la basílica de *San Petronio,* patron de *Bolonia.*—Esta Iglesia fue votada por aclamacion popular cuando *Bolonia* se declaró independiente en el siglo XIV, y, para edificarla, empezaron por derribar *ocho iglesias* que habia agrupadas en un mismo punto. El plan era construir un Templo mayor que todos los conocidos hasta entonces; y en verdad que hubiera sido inmenso, á no haberse abandonado la obra cuando apenas estaba levantada una de las cuatro naves que debia tener. Sirve, pues, hoy de Basílica un fragmento del primitivo plan; y, sin embargo, *San Petronio* es la iglesia más grande de Bolonia, y una de las mayores que he visitado en parte alguna.—Su estilo es gótico italiano. La fachada no está tampoco concluida; pero ostenta preciosidades esculturales y arquitectónicas dignas de prolijo estudio. Las puertas, sobre todo, son verdaderos pródigios.—Sobre una de ellas (¡qué tenacidad!) hubo en algun tiempo una magnífica Estátua de bronce del Papa Julio II, modelada por *Miguel Angel*; mas hé aquí que el pueblo se desencadenó un dia, allá por los años de 1511, y sin respetar al Pontífice ni al artista, derribó la Estátua, la arrastró, la rompió en mil pedazos y concluyó al fin por fundirla y hacer con ella un cañon.—¡*Mihi quoque*! debió de exclamar el Arte compungido, encarándose con su madre Italia.—Por lo demás, el interior de *San Petronio* está cubierto de excelentes cuadros, bellas esculturas, vidrios de colores, y otras muchas joyas artísticas.

Sin embargo, como ornamentacion, tiene que ceder la palma á la Iglesia de *San Domenico.*—Santo Domingo, el fundador de la órden religiosa que lleva su nombre, vivió y murió en un Convento que aún se alza al lado de esta Iglesia, erigida en honor suyo y para que encerrase,

sion de cuantos territorios habia perdido la Santa Sede.—Albornoz se retiró entónces á Vitervo, donde murió siete años despues.

(1) Cuando se publica esta segunda edicion, el Colegio de Bolonia, reivindicado por nuestro Gobierno, alberga otra vez alumnos españoles.—N. DEL A.

como encierra, su venerado cuerpo.—La *Capilla de Santo Domingo* es tan rica y mucho más bella que la de San Antonio de *Pádua.*—Pinturas, esculturas, ricos mármoles, plata, oro, pedrería, todo contribuye aquí tambien á hermosear la Tumba del Santo.

Pero la obra verdaderamente maravillosa, la que tendrá pocos rivales en el mundo, es la misma urna sepulcral; llamada *l'Arca.*

Débese ésta en su mayor parte al célebre *Juan de Pisa*, que es como quien dice al Giotto de la escultura, al Dante de la arquitectura.—Toda ella está cubierta de bajo-relieves que representan episodios de la vida de Santo Domingo; pero con tal gracia, con tal sentimiento, con tanto amor, que se creerian más bien visiones del éxtasis de un bienaventurado que frutos de la inspiracion de un artista.—*Juan de Pisa*, el gran precursor del Renacimiento, tardó treinta años en labrar este Sepulcro, y lo terminó en 1231.—Sólo esta fecha bastaria para indicar la importancia de tan peregrina obra como monumento de la historia del arte.

Otro de los Templos notables de *Bolonia* es *San Stefano*, formado por la reunion de *siete iglesias* pequeñas y de diferente plan y arquitectura. Entre ellas las hay del siglo XI y del siglo XVII. El conjunto de tan heterogéneos edificios y su complicada trabazon producen en el ánimo una perplegidad semejante á la que nos causa un rápido y completo estudio de la disciplina de la Iglesia.

Pero empieza á oscurecer. Demos por terminada la visita á *Bolonia*, y pensemos en la manera de continuar nuestra peregrinacion.

Tengo que optar entre dos partidos:

El primero es seguir mi primitivo plan; dormir esta noche en el *Hotel Brun*, y salir mañana para *Florencia*, á donde se va en el coche-correo, ó sea en la *mala-posta*, atravesando el Apenino por sus mayores fragosidades, y empleando diez y ocho horas,—si los torrentes no cortan el camino, como sucede con frecuencia.

El segundo es dirigirme en este mismo instante á la Estacion del Camino de hierro... (se me habia olvidado decir que en *Bolonia* hay un ferro-carril, muy reciente por más señas—posterior á la *anexion*) y pedir un billete para *Módena*, á donde se llega en hora y cuarto. De *Módena* pasaria á *Parma*; de *Parma* á *Génova*; en *Génova* me embarcaria para *Liorna*, y en *Liorna* tomaria el camino de hierro, que me llevaria á *Florencia* en dos ó tres horas.

Las ventajas y desventajas del primer medio pueden resumirse de este modo:—*Unicas ventajas:*—Ver hermosos paisajes en el Apenino, y llegar pasado mañana, lo más tarde, á la encantadora *Florencia.*—*Desventajas seguras ó posibles:*—Pasar todo un dia y toda una noche en diligencia: helarme en las cumbres del Apenino: no ver ninguna ciudad: encontrar ladrones: volcar: ser detenido por los torrentes, ó arrastrado por ellos: no ver las célebres capitales de *la Emilia*... etc., etc.

Resúmen del segundo medio:—Unicas *desventojas*:—tardar ocho

dias, en vez de uno, en llegar á *Florencia*, y hacer un viaje de siete horas por mar.—*Ventajas* indudables: viajar en ferro-carril: ver á *Módena*, que es, como quien dice, *todo un Reino en miniatura*: ver á *Parma*.... esto es, todo otro Reino: admirar en Parma los cuadros y los frescos de Corregio, el poeta de la pintura: acordarme de Alejandro Farnesio: visitar su Palacio: creerme allí en una provincia de España: ver á *Génova*... (¡Figuraos lo que será ver á Génova, la patria de los Doria y de Cristóbal Colon, la rival de Venecia!...); ver tambien á *Liorna*...,—y de todos modos, llegar al fin y al cabo á *Florencia*.

—¡Ah! sí; ¡pero no mañana mismo!...

—¡Ah! ya; pero sin helarme en esos desiertos montes...

—¡Esos desiertos montes son el Apenino!

—¿Qué me importa ver l Apenino? ¡Yo he atravesado los Alpes!

—Pero no el Apenino...

—El Apenino se atraviesa tambien para ir á Génova, y además, lo encontraré luégo entre Florencia y Roma.

—Pero ahora vas á retroceder en tu viaje y á desandar las ciento cincuenta leguas que has andado desde los Alpes al Adriático.

—Sí; pero retrocedo por otro camino, y veo toda *la Emilia*; es decir, veo á Módena, Reggio, Parma y Plasencia, que de otro modo se me quedarian atrás...

—Bien; pero es el caso que el tren para *Módena* sale dentro de un cuarto de hora...

—¿Y qué?

—Que no hemos comido...

—Comeremos en *Módena*, á donde se llega en una hora y siete ú ocho minutos.

—Sí; pero...

—No hay pero que valga. En este mismo instante podemos echar á andar. El equipaje va con nosotros.

—Yo preferiria que lo pensáramos despacio esta noche, y que por la mañana resolviéramos...

—Esa es demasiada lentitud para este siglo...

—Tengo sueño...

—¡Acabáramos!

—¡Es que nos hemos levantado á las cinco! Recuerda que hoy nos amaneció en Ferrara; que hemos hecho un viaje en posta; que hemos visto despues toda una Capital...

—Razon de más para dormir en otra.

—Esta noche iríamos al Teatro... En *Bolonia* hay cuatro teatros. *Il Comunale*, *el Teatro Contavalli*, *el Teatro del Corso* y *L'Arena del Sole*...

—Y ¿quién te ha dicho que no hay teatros en *Módena*?

—¡Dará gusto de verlos! *Módena* ha vivido hasta el año pasado bajo el más bárbaro despotismo. El Duque de Módena era un coronel aus-

triaco que no habia reconocido á la España constitucional ni á Napoleon III... ¡Buenos teatros habria en la que fué su Córte!

—Esa no es regla. San Petersburgo y Roma tienen muy buenos teatros.—Pero hé allí un cartel que nos sacará de dudas.—¡Lee, mal que te pese!—*Teatro Reale de Módena*...

—¡Qué necedad! ¡fijar en las esquinas de un pueblo los anuncios de los teatros de otro!

—No hay tal necedad cuando esos pueblos se comunican en sesenta y siete minutos.—Leamos el cartel:

TEATRO REAL DE MODENA.

GRAN FUNCION PARA HOY 19 DE NOVIEMBRE DE 1860.

La bellísima Tragedia del inmortal Alfieri,

VIRGINIA.

EN LA QUE TOMARÁ PARTE EL EGREGIO ARTISTA

ERNESTO ROSSI.

A las ocho y media.

NOTA. *La funcion terminará antes de las doce, para dar lugar á que los forasteros puedan volver á sus hogares en los trenes que salen á media noche para Bolonia y Parma.*

—¿Qué me dirás ahora? ¡*Alfieri*, el primer poeta trágico del siglo! ¡*Virginia*, una obra maestra de Alfieri! ¡*Rossi*, el más grande actor de Italia! —¿Te parece poco todavía?

—Estoy convencido: vámonos á *Módena*

—¡Cochero; al ferro-carril!

—Pero que no se te olvide que hemos de comer antes de ir al teatro...

—¡Hombre! descuida en mi prudencia; que yo, aunque aficionado á la poesía, tambien tengo mis puntas de mortal.

(Dicho se está que esta controversia la mantuvieron mi *Cuerpo* y mi *Alma*).

LIBRO SÉTIMO.

MÓDENA Y PARMA.

ADVERTENCIA,

ESCRITA

PARA ESTA SEGUNDA EDICION.

Pocos años despues de publicarse el presente libro, mereció la singular honra de que un noble y fiel servidor de Francisco V de Este, último Duque de Módena, el señor *Conde de Galvans* (que no habia abandonado en la desgracia á su augusto amo), recibiese el encargo de refutar la parte de este Capítulo que se refiere al antiguo Ducado modenés, por considerarse que yo habia tratado con injusticia al Gobierno de aquel Príncipe.

Creo, pues, de mi deber insertar hoy aquí una traduccion del trabajo del señor Conde; traduccion tanto más literal, cuanto que la ha hecho un distinguido absolutista (1).

Ni se limitará á esto mi generosidad, sino que la llevaré hasta el extremo de no replicar cosa alguna al defensor de Francisco V, á fin de no aumentar la amargura de una augusta familia que cuenta ya diez y ocho años de destronamiento y de expatriacion, sin que en todo este tiempo se haya alzado ni una sola voz en sus antiguos dominios pidiendo que la Dinastía de los Este vuelva al trono de sus mayores.

Hé aquí la refutacion del señor Conde de Galvans:

«Segun aparece del contexto (del libro de *Madrid á Nápoles*), las impresiones del Viaje á Módena se escribieron en 1860, y por consecuencia

(1) El señor don José María Carulla, en su obra titulada *Roma en el Centenar de San Pedro.* (Madrid—Gaspar y Roig—1868).

no es maravilla que el escritor encontrase aún á los patriotas italianos en estado de febril agitacion. Verdaderamente sería de desear que el mismo señor se tomase la molestia de hacer el viaje otra vez, y de ir á la misma fonda donde hace años recogió tantas noticias. Seguro estoy de que si encontraba alguno de sus comensales de entónces, se persuadiría, no solamente de que aquel entusiasmo no ha ido en aumento, sino tambien de que no se habla hoy del Gobierno Estense como hablaban algunos en el año 1860. Vería sin duda clarísimamente que aquel brio y aquella esperanza han sido reemplazadas por el mayor abatimiento y por el desengaño más grande.

»Como las acusaciones fulminadas contra la dominacion Estense han sido rebatidas cien veces, paréceme que honraria demasiado la falsa relacion de viaje que tengo á la vista, si contestara y desvaneciera las falsedades que contiene. Escribiré solamente algunas líneas.

»Prescindiendo de las inexactitudes referentes á la historia y á la estadística, me limitaré á decir que el *tirano* Francisco IV, durante su reinado, que duró desde el año 1814 hasta el año 1846, hizo ajusticiar á ménos rebeldes que todos los demás soberanos á quienes la fama llamó generosos y liberales. El ódio que le profesan los revolucionarios se debe á la circunstancia de no haberse dejado engañar nunca por ellos, como tambien á la de no haber querido transigir jamás con la revolucion ni reconocer á los gobiernos creados por la misma. Si los demás soberanos, ó por lo menos algunos de ellos, hubieran imitado su ejemplo, es seguro que la revolucion no dominaria hoy en Europa.

»Por lo que hace al hijo y sucesor de Francisco IV, me bastará decir que durante los tres años de su reinado no condenó á ninguno á la pena capital.

»Con respecto á la Constitucion, no pudo retirarla, porque no la habia dado. Carece por consecuencia de fundamento el diálogo entre el Duque y los modeneses que el autor publica en su libro y somete á la consideracion de sus lectores: es parte de su fantasía poética. Me consta positivamente.

»El camino de hierro que alaba, suponiéndolo obra del Gobierno itaiano, estaba casi concluido cuando partió S. A. R. el señor duque de Módena en junio de 1859. Prueba de ello es que aquel pudo inaugurarse muy pronto.

»Todo lo que me consta referente á la Constitucion, es que en 1848 declaró el Duque que habia concedido una forma de gobierno en consonancia con las adoptadas por los Estados limítrofes. Ahora bien. Como en el trascurso del tiempo que medió desde la restauracion de los gobiernos legítimos de Italia, despues de la revolucion de 1848, todos los Estados confinantes con el ducado de Módena, á escepcion del reino de Cerdeña, retiraron las Constituciones dadas, y restablecieron el gobierno absoluto, cesó la condicion establecida por Francisco V para concederla á sus súbditos. Y ciertamente que el gobierno de un pequeño Estado no hubiera

podido funcionar, á elegir una forma distinta de las demás, adoptadas por sus vecinos más fuertes.

»No es verdad que se sacrificaban los intereses del Estado á los del Austria. Francisco V, como Archiduque de Austria, estaba en relaciones de parentesco con la Casa imperial; pero la prueba de que no existia el pretendido vasallaje, está en que se disolvió la liga aduanera, despues del término de prueba, por considerarse inconveniente á la generalidad de los súbditos.

»En fin, puede afirmarse con seguridad que los comensales no eran modeneses, ni del Estado que regia Francisco V. Módena era en 1860 sede del Gobierno de la Emilia, y eran por lo tanto extranjeros muchos oficiales que tenian el compromiso de sostener lo nuevo y de calumniar lo pasado.»

Hasta aquí el fiel servidor de Francisco V.

Leed ahora la relacion de mi viaje á *Módena*, tal como la escribí hace diez y siete años dentro de los muros de aquella insigne ciudad.

I.

MÓDENA.—EL ALBERGO DE SAN MARCOS.—UN POCO DE HISTORIA.—EL TEATRO DUCAL, AHORA EL REAL.—RECUERDOS DE LILLIPUT.—EL ACTOR ROSSI.—UN PASEO POR LA EX-CÓRTE.—PALACIO DEL EX-DUQUE.—LA VIA EMILIANA.

Han pasado dos horas..., y ya hace rato que estoy en la que há pocos meses era capital de *otro Reino*...—Es decir: estoy en *Módena*.

Escribo estas líneas en el *Albergo de San Marcos*, ó más bien dicho, en una *Trattoria* que hay debajo de él.—El equipaje está en el *Albergo*: yo acabo de comer en la *Trattoria*.

El viaje de Bolonia á esta ex-córte no merece ser contado; pues lo único notable que he advertido en él ha sido su propia insignificancia, su facilidad, su rapidez, su monotonía.—Sesenta y siete minutos de cruzar una llanura, ó parte de una llanura, por un ferro-carril enteramente recto...: hé aquí todo.

La antigua *frontera* entre los *Estados-Pontificios* y el *Ducado de Módena*, estaba en la aldea de *Castel-Franco*, donde nos hemos detenido diez minutos, por ser hoy estacion del camino de hierro; pero donde no hay rio, monte, barranco ni ninguna otra linde trazada allí por la naturaleza para separar dos *naciones* ó tan siquiera dos comarcas.—¡Lo que no sé es si el año pasado correria á lo largo de la *pretendida frontera* alguna de aquellas redes que han dado orígen á la palabra *redil*, con que rodean los pastores su rebaño para que no se confunda con el del vecino.

En cuanto á la ciudad de *Módena*, hállase cercada de fuertes murallas.—Nosotros hemos entrado en ella por la *Puerta de Bolonia*, en que principia el *Corso della via Emilia*, magnífico *boulevard* que atraviesa la poblacion de extremo á extremo.—Este *corso* (ya lo dice su nombre) forma parte de la antigua *Via Emiliana*, construida por los emperadores romanos para poner en comunicacion á Roma con *Ariminum* (hoy Rímini), pasando por Pisa y Plasencia; y de aquí ha tomado el nombre de *La Emilia* toda la parte de Italia que se extiende entre el Po y el Apenino, desde la region oriental de la ex-Legacion de Bolonia hasta los límites del ex-Ducado de Plasencia.

Módena, por lo que hasta ahora he visto, es una hermosísima ciudad. Las calles, anchas, rectas, enlosadas, algunas con pórticos y todas profusamente alumbradas de gas, estaban hace poco, cuando yo pasé por ellas en busca del *Albergo*, inundadas de transeuntes, entre los que figuraban muchos soldados, muchos milicianos y algunos garibaldinos con camisas encarnadas.—Todo el mundo hablaba alto, reia mucho, cantaba fuerte, miraba con arrogancia y andaba con ufanía... Innumerables organillos, violines y arpas tocaban en todas las calles (y tocan aún en este momento á la puerta de la *Trattoria*) los himnos patrióticos de que ya os he hablado varias veces. En los balcones ondean mil y mil banderas tricolores (blancas, encarnadas y verdes) con la *Cruz de Saboya* en medio. Las esquinas, las puertas, los carruajes públicos, los cristales de las tiendas, todo está lleno de tarjetones con *Vivas* á *Victor Manuel*.—No hay que dudarlo: *Módena* se halla ébria de gozo, loca de amor patrio, olvidada de sus pasados infortunios...

¡Oh! ¡si *Francisco V* viese en este instante á su antigua córte!

A propósito de Francisco V, voy á deciros (en tanto que es hora de ir al teatro) algunas de las cosas que me han contado varios patriotas de la ciudad, con quienes he comido en mesa redonda, y que empezaron por hacerme algunas preguntas *sans-facon* acerca de mis ideas, para concluir por explicarme familiarmente las suyas, y toda la historia de este lilliputiense reino.—Quien conozca á los italianos, sepa lo que es un liberal triunfante y haya tenido que ver con la milicia nacional de cualquier país, no extrañará la improvisada y cordial franqueza que me han dispensado mis comensales...

El *Ducado de Módena* (comprendiendo en él el Estado de *Massa-Carrara*, que le pertenecia últimamente) tenia diez y ocho leguas españolas de máxima longitud, por unas diez y seis y media de anchura. Su poblacion se calculaba hace dos años en 600,000 almas, de las que sólo encerraba la capital unas 32,000. La religion del Estado era la católica; pero se toleraban las demás, contándose en el Ducado 200 protestantes y 2,700 judíos.—El ejército, en tiempo de paz, constaba de 3,500 hombres.—El presupuesto de gastos ascendia á 36.000,000 de reales.—La vid, la seda y la explotacion de los célebres mármoles de Carrara eran (y

son) los principales productos del país.—El territorio estaba dividido en seis provincias: Módena, Guastalla, Frignano, Garfagnana, Massa-Carrara y Lunigiana, y Reggio.—El Gobierno era monárquico absoluto, con cinco Ministros y un Consejo de Estado.—Un *Delegado* administraba cada provincia.—Las ciudades de segundo órden tenian un *Podestá*, y las de tercera, un Síndico (*Sindaco*).

La historia *antigua* y *media* de Módena es, sobre poco más ó ménos, la de todas las ciudades del Norte de Italia, que ya hemos referido varias veces. Conque vengamos á tiempos más modernos.

Módena se dió en el siglo XIII á *Obizon II* de Este, que reinaba en Ferrara.—*César de Este* trasladó la córte á *Módena* á principios del siglo XVII.—*Francisco I*, nieto suyo, compró á España el *Principado de Correggio*, y mandó los Ejércitos franceses.—*Francisco III* fue Generalísimo de los Ejércitos españoles en la Guerra de Sucesion, lo cual le costó su Ducado, que le devolvimos en la Paz de Aquisgram.—Su hijo *Hércules III* tuvo que emigrar, dejando sus Estados en poder de los ejércitos republicanos de Francia.—Módena formó luégo parte de la República cisalpina, y despues del Reino de Italia, ó sea del imperio Napoleónico.

Estamos casi en nuestros tiempos.—*Francisco IV*, nieto de Hércules III, y educado en la emigracion (donde habia reinado nominalmente su padre *Fernando*, Archiduque de Austria y tirano de la Lombardía), entró en Módena en 1814, á la edad de treinta y seis años, y tomó posesion del trono ducal de sus abuelos maternos.—Desde luégo se mostró acérrimo enemigo de toda idea liberal, y, apoyado en el Austria y en los Jesuitas, estableció el *gobierno-modelo* de la *Restauracion*. Nadie fué tan lejos como él en fanático amor al antiguo régimen y en el desprecio y olvido de todo lo que habia pasado en Europa desde 1789 á 1815, de cuyas resultas, en 1831, secundaron los modeneses el movimiento revolucionario de Bolonia y arrojaron del trono y del país al intransigente tiranuelo. Pero este tiranuelo era Archiduque de Austria, y volvió al frente de 15,000 tudescos, que lo restablecieron en el *amor* y *obediencia* de sus súbditos. Entonces empezaron las represalias: Francisco IV mandó á los austriacos que lo vengasen, y éstos saquearon, incendiaron, hirieron, ahorcaron á su sabor durante algunos meses, hasta que el país quedó completamente tranquilo, con lo cual se marcharon los extranjeros, prometiéndole al duque hacerle nuevas visitas cuantas veces creyese oportuno afianzar y garantir la felicidad de sus italianos.

Una vez solo entre sus amados súbditos (entre su medio millon de hijos), Francisco IV publicó un Manifiesto clasificándolos en cuatro especies: *fidelisimi*, *fideli*, *traviati* y *congiurati*. A los *fidelísimos* les prometia grandes recompensas: á los *fieles* les aconsejaba que lo quisiesen con más fervor: á los *extraviados* los compadecia y perdonaba con tal que acreditasen con su conducta un firme propósito de enmienda; y á los *conjurados* les ofrecia ahorcarlos tan luégo como los cogiese. No contento con esto, fundó un periódico, titulado *La Voce della Veritá*, en que, así él

como su esposa María Beatrice, escribieron más de un artículo elogiando su gobierno paternal y jactándose de no haber reconocido á Luis Felipe. —Entre tanto, el *Almanaque Oficial* del Ducado ponia entre los Reyes reinantes de Europa á Cárlos X, que estaba desterrado en Bohemia; á Fernando VII de España, áun despues que habia muerto, y á don Miguel de Portugal, que se hallaba proscrito en *Módena* y se sentaba á su mesa.— Isabel II y María de la Gloria eran para él dos mitos, como Luis Felipe, como la Revolucion francesa, como Napoleon y sus hermanos, como el siglo XIX, como las ideas y los sentimientos de los ciudadanos de Módena.

Para sostener este anacronismo absurdo, aquel cadáver de gobierno, galvanizado por la demencia, valióse de medios tan terribles como ingeniosos, mereciendo entre ellos especial mencion el de ganarse á la más inmunda plebe *(i facchini)* por medio de licenciosas concesiones; regimentarla bajo el mando de un coronel; armarla de bastones, y permitirla apalear impunemente á los liberales.—Algo de esto se vió en España, al decir de nuestros mayores, no hace muchos años, y de igual modo tambien se mantuvieron en el trono los tres últimos reyes de Nápoles.

Así las cosas, aconteció que un dia se le antojó á *La Voce della Veritá* llamar CUADRUPEDE *alleanza* á la *cuádruple alianza* firmada entre España, Francia, Inglaterra y Bélgica para asegurar la independencia de esta última nacion y mantener á Isabel II en el trono que le disputaba su tio. La Inglaterra, que llevaba entonces en Europa la voz cantante, sintióse herida por tan grosero agravio y exigió al Duque de Módena que suprimiese inmediatamente *La Voce della Veritá*; y, en tales términos vino formulada la exigencia, que el periódico no volvió á publicarse.—Semejante contratiempo afectó sobremanera al pobre Fernando IV, y desde aquel dia prohibió en sus Estados todo género de publicaciones; *se declaró enemigo de los ferro-carriles y de los forasteros* (1); negó á sus súbditos el derecho de asistir á Congresos científicos internacionales, y murió de tristeza el 21 de enero (¡qué efeméride!) de 1846.—Su esposa, la insigne articulista de *La Voce della Veritá*, no habia sobrevivido al malogrado periódico.

Conque hénos en frente del Duque actual, ó sea del último príncipe que *ha reinado* en Módena.

Francisco V, que habia nacido en 1819, heredó á su padre y continuó y áun perfeccionó su política retrógrada.—Antes de subir al trono, escribió ya un opúsculo aconsejando una coalicion contra la Francia. Su grande orgullo consistia entonces en ser feld-mariscal al servicio de Austria y propietario del Regimiento de infantería austriaca número 32. Añádase á esto que era Archiduque del Imperio y que estaba casado con una alemana, y se formará idea del amor que profesaria á los italianos sobre que debia reinar.

Pronto tuvo ocasion de demostrarlo. En aquel mismo año de 1846, Pio IX fue elegido Papa, é inauguró su gobierno temporal anunciando á

(1) Palabras textuales de un historiador.

la Italia una era de paz y de Independencia, declarándose güelfo, proclamando la fraternidad italiana, abominando de toda presion extranjera en la Península cerrada por los Alpes, y simpatizando con el incontrastable movimiento de nuestro siglo. Estas palabras arrancaron un grito de amor y entusiasmo á veinte y cinco millones de hombres que hablaban una misma lengua, que tenian una misma sangre, que se sentian animados por un mismo génio: *Italia*, en fin, respondió á la voz del Padre Santo, y los pueblos latinos bendijeron aquel anuncio, y la Libertad regocijada se reconcilió con su madre la Religion, que en malhora habia renegado de ella, y los tiranos, los egoistas, los hombres que no conocieron nunca el amor á la humanidad, sintieron el frio de la muerte en las entrañas, como lo sienten las tinieblas á la aproximacion del dia.

(Estas frases no son de mi cosecha: las he tomado de labios de mis comensales.)

En tal estado, Francisco V de Módena no vaciló un momento. Declaróse enemigo del nuevo Papa, de las nuevas ideas y del sentimiento patriótico que conmovia á los italianos; opúsose á toda demostracion de alegría por parte de sus súbditos: prendió, encarceló, deportó, fusiló á todos los que respondieron al noble grito de Pio IX, y, por último, acabó, como acababa siempre su padre en casos parecidos, por llamar en su auxilio á los Austriacos.—¡Hizo más! ¡Les vendió la patria!—Firmó un Tratado con la Corte de Viena en que declaraba á Módena *provincia de Austria*: renunció á la nacionalidad particular modenesa, y á la nacionalidad colectiva italiana; se convirtió de Duque independiente en Procónsul de un soberano extranjero; renegó de la historia de los Este; desheredó á su descendencia; atentó á la obra de Dios..., y pretendió y creyó posible trocar en sajones á medio millon de italianos...—¡Ridícula demencia... si no fuese un espantoso crímen!

Afortunadamente, lo irracional y lo inícuo es siempre pasajero. La revolucion de 1848 obligó al Austria á concentrar sus tropas en el territorio aleman, que se estremecia como toda Europa, y el Duque de Módena quedó en frente de sus súbditos, asistido de los tres ó cuatro mil hombres (tudescos en su mayor parte) que constituian su Ejército.

Los modeneses prorumpen entonces en *vivas* al Papa.

Francisco se encierra en su Palacio, alrededor del cual establece sus *batallones* y su *artillería*, amenazando al pueblo.

El pueblo no calla por eso; y el Duque oye sus gritos que piden «*libertad ó muerte.*»

—*Antes seré cabo en Rusia que príncipe constitucional en Italia* .contesta furioso el de Este.

Y habla de 300,000 bayonetas austriacas con que cuenta para poner en órden á los revoltosos.

El pueblo le replica haciéndole saber que Bolonia, Milan, Nápoles, Roma, ¡toda Italia!, está ya sublevada, y que la revolucion triunfa en todas partes.

Entonces transige el Duque, y ofrece una Constitucion calcada sobre el Estatuto del Piamonte.

—¡*Es tarde*! responde solemnemente el pueblo, avergonzado ante tanta ambicion unida á tanta debilidad.

Francisco V se vió, pues, obligado á partir.

Delante de él salieron don Cárlos (el ex-pretendiente á la corona de España) y toda su familia,—de la que forma parte, como ya sabreis, una hermana del duque de Módena, casada con don Juan de Borbon.

El pueblo los dejó pasar en silencio.

Luégo salieron las princesas.

El pueblo las saludó.

Por último salió Francisco V.

El pueblo le volvió la espalda:

—*Ya tornaré* (dijo), y *seré constitucional*...

El pueblo se encogió de hombros.

—*Os concedo* (añadió el príncipe) *una ámplia amnistía. Cuando vuelva, no recordaré nada de lo sucedido. Todos estais perdonados.*

El pueblo soltó una carcajada.

Un año despues, vencida la revolucion en toda Europa, entraba Francisco V en *Módena*, al frente de un ejército austriaco, ofreciendo á sus súbditos instituciones liberales y un completo olvido y generoso perdon de las pasadas revueltas.

—*Sólo excluiré de esta amnistía* (dijo) *á los pocos, poquisimos jefes y promovedores que extraviaronn el ánimo de mi amado pueblo.*

La mayor parte de los modeneses comprometidos en los últimos sucesos desconfió de las promesas del duque y emigró á lejanos paises.

Los que creyeron en ellas y se dedicaron en su virtud á redactar proyectos de constitucion, á hablar ó á escribir en sentido liberal, viéronse presos y procesados de la noche á la mañana.

Al mismo tiempo el Duque desarmaba la milicia nacional; volvia á llamar á sus Estados á los Jesuitas; decretaba destierros y fusilamientos; resucitaba los hechos del año anterior, á pesar de la otorgada amnistía; declaraba indecoroso para los nobles el asistir á las aulas y el adquirir grados universitarios, y prohibia á la juventud el ir á estudiar fuera del Ducado; *temeroso* (decia el decreto) *de que se pervirtiese su inteligencia con las doctrinas del siglo.*

Celoso imitador de su padre, fundó despues un perióco titulado *Il Distributore* (que el pueblo llamó *Il Disturbatore*), en que se vanagloriaba de no haber reconocido á Napoleon III, y en que eran tratados y tenidos como Reyes reinantes el Conde de Montemolin, el Conde de Chambord y don Miguel de Braganza.

Por entonces, tuvo y perdió una hija, *de nadie festejada ni sentida.*

Cuando estalló la Guerra de Crimea, colocó sus simpatías del lado de los rusos, y persiguió y afligió á las familias que tenian parientes en la division piamontesa que se cubrió de gloria en el Tchernaia!

Por último, en 1859, cuando los franceses pasaron los Alpes, viniendo en auxilio del Piamonte contra el Austria, Francisco albergaba á su cuñado el pretendido Enrique V, y juntos acariciaban la idea de un nuevo Waterloo y de otro Tratado de Verona que remachase más y más los hierros de la infortunada Italia.

¡Asi cumplió el noble Duque su palabra empeñada de ser italiano y liberal en el segundo período de su reinado!

La batalla de Pallestro fue el toque de agonía para tan odioso y repugnante despotismo.

El dia que se recibió la noticia de aquel suceso, los modeneses celebraron ruidosamente la victoria de las armas italianas y corrieron en gran número á alistarse bajo la bandera tricolor...

Francisco intenta castigar á su pueblo; pero el cañon de Magenta le advierte que no tiene tiempo que perder. Decide, pues, partir en seguida: reune sus tropas; pónese á la cabeza de ellas, y abandona la ciudad.

Al marcharse en 1848, ofreció libertad y clemencia para el dia que volviese.

Esta vez se aleja diciendo:

—*Ya tornaré, modeneses; ya tornaré... ¡Yay entonces de los traidores! Mi venganza será implacable.*

Quedó, pues, casi desierta la ciudad de *Módena* durante muchos dias.

Sólo se veian en ella ancianos, niños y mujeres.

Los hombres se habian ido á luchar divididos en dos bandos.

El Duque y su ejército, compuesto de extranjeros mercenarios, ingresaron en las legiones austriacas.

Los ciudadanos de Módena, sin distincion de clases, fueron á pedir armas y un lugar en la refriega al rey Victor Manuel.

Los campos de Solferino los vieron á unos y á otros luchar frente á frente.

Allí vencieron una vez más los aliados á los austriacos.—Allí venció tambien el Pueblo de Módena á su aborrecido Duque.

¡Tiempo hacia que estaban emplazados para aquella lid!... Y Dios quiso que los modeneses vengansen en un solo dia los agravios de muchas generaciones, y tuviesen la inefable satisfaccion de ver caer juntos en una misma derrota al emperador de Austria, á la dinastia *Estense*, al odiado Francisco y á sus cuatro mil sicarios!...

—¡Ahora comprendereis (me han dicho los guardias nacionales y los voluntarios garibaldinos al terminar su relacion) el frenético entusiasmo y el delirante júbilo que estremece todavia á los habitantes de *Módena*!— ¡Estábamos muertos y hemos resucitado!

—Ahora comprendereis (os digo yo á vosotros) por qué exclamé hace un momento con tan cruel delectacion:

—«¡Oh! si Francisco V pudiese ver en este instante á su antigua Córte!»

Sólo el cuadro que presenta la *Trattoria* en que escribo estos apuntes, le haria morir de impotente rabia.—Tres magníficos retratos, uno de Cavour, otro de Garibaldi y otro de Victor Manuel, adornan las ennegrecidas paredes. Más de cien militares (oficiales sardos, guardias nacionales de la ciudad y voluntarios garibaldinos) hablan de los asuntos de Italia, censuran á Antonelli, befan á Francisco II, ensalzan á la Inglaterra; repiten mil y mil veces las palabras antes proscritas de *Patria* y *Libertad*; brindan por la *unidad italiana*; se rien de los tudescos; entonan canciones aprendidas al dia siguiente de Montebello, de San Martino, de Marsala y de Garegliano; son dueños de sus acciones; pueden expresar sus ideas; ejercitan su voluntad; piensan, hablan, viven... ¡Y el mundo no se acaba por eso! ¡Y el sol sale y se pone como antiguamente! ¡Y existen la Religion, la familia, el amor á la virtud, el respeto á la propiedad, el órden más admirable!...—¡Y, sin embargo, Francisco V no es duque de Módena!!

Pero ya han dado las ocho y media: vámonos al teatro.

Estamos en el *Teatro Reale* (antes *Ducale*).

La Sala es grande y hermosa, y está completamente llena.

En sus ciento cincuenta palcos se ve una multitud de bellas y lujosas damas y de elegantes caballeros, ora modeneses, ora de las ciudades vecinas.

Módena, gracias al ferro-carril (obra del nuevo gobierno), dista de Bolonia una hora y minutos, como ya hemos visto; media hora de Reggio, ciudad muy importante; hora y media de Parma, córte de otro ex-reino; dos horas de Plasencia, capital de otro antiguo estado; siete de Génova, ocho de Turin y once de Milan.

El célebre actor Rossi ha hecho acudir á *Módena* mucha gente de todas estas poblaciones.—Mañana será la cita en otra parte, y allí volverán á reunirse y á tratarse como paisanos y vecinos los que antes vivian separados por absurdas fronteras, por mezquinas rivalidades, por bastardas ambiciones....—¿Qué diria si viera estas cosas el difunto Francisco IV, el insigne *enemigo de los ferro-carriles y de los forasteros?*

El teatro está animadísimo. Aquí ¡gracias á Dios! veo ya sin sombrero durante la representacion al público de la platea; pero siempre queda en ella un gran espacio sin asientos ocupado por la apiñada muchedumbre.

El palco ex-ducal, sumamente lujoso, se halla vacío.

Yo me figuro el cuadro *moral* que presentaria esta sala hace dos años. —¡Qué inmenso poder, qué absoluta soberanía, qué exceso de omnipotencia en Francisco V, si se comparaban estas facultades con el estrecho círculo en que las ejercía! El Duque conoceria á todos sus súbditos; los gobernaria *inmediatamente*; sentiria el placer del mando en toda la plenitud de su vanidad; veria en todas partes el reflejo de su propio esplendor; seria rey en su reino, como cada individuo es rey en su casa.—Exento de grandes cuidados; sin miedo á ninguna nacion, á fuerza de tenérselo á

todas; invencible á causa de su misma debilidad, como los niños y las mujeres; respetado, pero no envidiado por sus vecinos; indiferente al movimiento del siglo; no pensando en mejorar la condicion de su pueblo; desembarazado de toda intervencion del pais en el Gobierno; esto es, no fiscalizado por la Representacion Nacional; desocupado, libre, olvidado, solo, el Duque de Módena no probaria más parte del poder que las satisfacciones, las prerogativas, las inmunidades, la arbitrariedad, lo que halaga la soberbia, lo que lisonjea el orgullo.—¡Y qué pesada, qué terrible, qué insoportable seria para los demás la presencia de este déspota ocioso, cuya mirada, cuya accion, cuyas pasiones penetrarian en el seno de la familia, pasarian de la vida pública á la privada, intervendrian en lo urbano tanto como en lo nacional, é invadirian constantemente la esfera de las personalidades!...

Tal es la condicion de todos los Estados sumamente pequeños. En ellos, la tiranía del amo es necesaria, fatal, inevitable, como pasatiempo, como distraccion, como recurso contra el fastidio. Un rey absoluto, encerrado con sus vasallos en estrechos límites, tiene que vivir solo ó degradado; ó es déspota, ó no es rey. El continuo contacto con unas mismas personas, produce la familiaridad y la llaneza, ó el odio y el rigor. La proximidad mata el respeto. *Nadie es grande hombre para su ayuda de cámara.* Los chismes de vecindad, que son la polilla de los pueblos de provincia, son un veneno en las córtes *lilliputienses.* Si de algun modo se explican los crímenes espantosos que forman la historia de Italia, es por su division en diminutos Estados. Los *Scala* de Verona, los *Visconti* de Milan, los *Este* de Ferrara, los *Carrara* de Pádua, los *Gonzaga* de Mántua y tantos otros como fueron señores de vidas y haciendas en escaso territorio, usaban del poder de tal manera, que lo que le faltaba en extension, le sobraba en densidad.—Todo el mundo sabe que es regla establecida que no sean válidos, al saltar á tierra. los desafíos ajustados á bordo de un buque durante una larga travesía, y la filosofía de esta sábia ley se funda en la experiencia que tienen los navegantes de que muchos hombres encerrados en un reducido espacio, y viéndose todos los dias, acaban por estorbarse, por chocar unos contra otros, por aborrecerse, por desear aniquilarse.—Ahora bien, convertid á uno de esos hombres en Señor de los demás, y llegará un momento en que arrojará al agua á todos sus compañeros de viaje.... —Ni es esto todo: yo sé de un gran genio, á quien su prodigiosa imaginacion habia revelado en pocos años todos los misterios de la vida, el cual, cansado y disgustado ya de una monótona existencia, que nada nuevo podia enseñarle, deseó muchas veces, durante sus accesos de melancolía, tener en su mano el poder de Dios, no para mejorar el mundo, sino para volverlo á la nada.—Asi somos los hombres; y por eso valemos algo. Tal es nuestro ambicioso espíritu, y por eso le creo yo destinado á mejor vida....

Pero ¿á dónde voy á parar? ¿Qué tiene que ver nada de esto con el buen *Rossi*, que exclama ahora mismo con verdadera inspiracion:

.. Presto à morir son sempre:
è duolmi or sol l'aver vissuto io troppo!

Rossi es un buen actor trágico; pero, aunque muy jóven todavía, está ya próximo á su decadencia. Grita mucho y es exagerado como todos los actores de Italia, lo cual ha debilitado prematuramente sus facultades. Diríase que ha explotado mal la cantera de su voz, y que al sacar de ella algunas estátuas, ha quebrantado el mármol restante. Quizás es tambien demasiado enfático, demasiado solemne; pero cuando se distrae, tiene arranques sublimes.—En resúmen: á mi juicio, vale más que todos los actores trágicos que he oido en Francia y en España, excluyendo á la Ristori.

¡Ah! Los italianos son artistas por naturaleza, por tradicion y porque respiran el arte en el aire patrio.—En los últimos histriones de una compañía ambulante échase de ver no sé qué grandeza clásica, no sé qué instintos magistrales, no sé qué tentativas de sublimidad, que no pueden consistir en otra cosa que en la costumbre de contemplar en todas partes, en la iglesia, en la plaza pública, en los paseos, en los mismos campos, nobles estátuas, elegantes pórticos, maravillosas pinturas, venerables ruinas; modelos, en fin, de la perfeccion artística á que tantas veces ha llegado Italia.—Yo he visto á un niño de doce años dibujar con carbon sobre las losas de una calle de Milan cabezas de Vírgenes y de Santos, llenas de defectos, es verdad, pero notables por su *estilo*.—Yo he oido cantar á los trabajadores y á los soldados, en las calles y en los caminos, con una inteligencia y un gusto que se adquieren difícilmente en los Conservatorios de otros pueblos.—Yo no he hallado todavía en Italia cuadro, escultura ni edificio tan detestable que no recuerde, siquier pálidamente, las excelencias de los grandes maestros inmortalizados por la fama.

Volviendo á *Rossi*, diré que la noche que estoy pasando viéndole hacer el papel de *Virginio* en la VIRGINIA del sublime Alfieri, es la primera en que he realizado parte de mis ilusiones acerca de los teatros de Italia.

Entre tanto, la tragedia es interrumpida á cada paso por los aplausos frenéticos del público, que encuentra en todas las escenas algo que referir, por vía de epigrama, al gobierno difunto de los Este.—Y el público no se equivoca en ello; pues Alfieri, como todo el mundo sabe, era un tribuno ardientísimo, disfrazado de poeta, y sus obras inmortales están sembradas de alusiones, máximas, profecías y predicaciones políticas, que han contribuido no poco á mantener vivo en toda la península italiana, durante los últimos años de opresion y tiranía, el amor á la libertad y el afan de independencia.

Debo tambien hacer notar que no es solamente el *insensato vulgo, siempre dispuesto á las mudanzas* (como llamaba Radetzky á la clase popular) el que aplaude con furor los rasgos patrióticos y liberales de Alfieri: son tambien las más principales damas, los más nobles caballeros,

los ancianos patricios, los jóvenes de moda...—Siguiendo mi sistema inquisitorial, he preguntado á mis vecinos el nombre de las personas que daban mayores muestras de entusiasmo en los palcos de *ordine nobile*, y me han dicho:

—Ese es el conde; esa es la marquesa; ese es el duque de tal; ese es un magistrado; ese es un sabio; esa es la hija de un banquero; ese lleva tal ó cual ilustre apellido...

Y yo he exclamado en mi interior:

—¿Quiénes serán en *Módena* los partidarios de Francisco V? ¿En qué se fundarán algunos publicistas extranjeros para llamar *inicua usurpacion* á la anexion de Módena al Piamonte, y ridícula farsa al sufragio universal que dió por concluida la autonomía modenesa?

¡Aquellos publicistas lo sabrán!

Con estos pensamientos me vuelvo á mi casa, donde al fin voy á complacer á mi estúpido Cuerpo, entregándolo al descanso.

Módena, 20 de Novimbre.

Es la una de la tarde.

Hállome en la Estacion de la *Strada ferrata*, esperando la salida del tren que ha de llevarme de *Módena* á *Parma* en cosa de hora y media.

En este momento acabo mi excursion por *Módena*; excursion en que he gastado toda la mañana.

He estado en la *Catedral*, cuyo indudable mérito es más bien arqueológico que arquitectónico. Data del siglo XI, y su fundacion se debe á la famosa *Condesa Matilde*, de quien hablaremos cuando vayamos á Elorencia. El estilo es lombardo, y, como tal, sumamente curioso para los peritos en el arte de Vitrubio. Lo único que en la *Catedral* agrada á los profanos, es la célebre *Torre* llamada la *Ghirlandina* (uno de los *campaniles* más altos de Italia), cuyo nombre proviene de una guirnalda de bronce que ostenta alrededor de la veleta.—Todo el exterior de aquella elegante y corpulenta mole está revestido de mármol blanco.

Desde allí he ido al *Palacio ex-ducal*, cuya magnitud y hermosura me han sorprendido extraordinariamente.—Lo mismo digo de aquel edificio, que dije anoche del poder de los Duques de Módena: ni el uno ni el otro estaban en proporcion con la pequeñez del Estado.—El tal Palacio hállase aislado en la confluencia de tres calles magníficas, desde las cuales ofrece un aspecto magestuoso. Su arquitectura es del Renacimiento. El patio, la escalera, las galerías y los salones tienen una grandeza verdaderamente cesárea.

En cambio, el ajuar es pobre y hasta mezquino en muchas habitaciones. Nótase en él una mezcla de esplendor y de miseria, que deja comprender que el Reino no le bastaba al Alcázar. En unas habitaciones se ven sillones riquísimos, preciosos dorados, soberbias colgaduras; en otras un mueblaje antiguo, apolillado, roto; aquí sofás y butacas de *gutta-percha*,

veladores y mesas de caoba lisa, un menaje, en fin, sumamente modesto, propio de simples mortales, igual al que decora las casas dela clase media; allí trastos viejos é inservibles; en algunos aposentos... absolutamente nada.

La *Galería de pinturas* de este Palacio era de primer órden hace dos siglos; pero el Duque Francisco III se vió un dia en apuro y vendió al Elector de Sajonia cien magníficos Cuadros, entre los cuales iban cinco ó seis *Correggios*.—Hoy sólo quedan en la Galería veinte ó treinta lienzos medianos, casi todos de la escuela boloñesa.—Un *Fraile*, que lleva el nombre de Velazquez, y un *Labrador*, que se atribuye á Murillo, son dos falsos testimonios levantados por los príncipes de Este á los príncipes de la pintura española.

Actualmente no vive nadie en el *Palacio*. Cuando yo lo he visitado, se celebraba en él una almoneda de los juguetes de los hijos del último Duque. Estos juguetes son pobres y ridículos, y el pueblo, en vez de hacerles postura, se entretiene en mirarlos y reirse.—Entre ellos he visto una locomotora de carton con este letrero: «*De Módena á Monaco*.»

¡Ah! el bueno de Francisco V se consolaba pensando en Estados más pequeños que el suyo!—¡Con qué soberbio desden y con cuánta complacencia recordaria á todas horas las repúblicas de *Andorra* y de *San Marino*!—¡Al lado de ellas, el Ducado de Módena era el Imperio de Alejandro!!!

Despues he vagado por las calles, y, últimamente, he venido á la Estacion del ferro-carril, dando una vuelta en coche por encima de la *Muralla* que ciñe la ciudad.—Esta muralla, como la de Cádiz, sirve de *Paseo público*, y desde su lado meridional se goza una hermosísima vista de la mole azul de los Apeninos...

Pero el tren piafa de impaciencia...—Partámos; que tiempo tendremos de contemplar estos Montes.

II.

DE MÓDENA Á PARMA.—LOS FARNESIO.—RECUERDOS DE ESPAÑA.—CORREGGIO.—UN TEATRO ANTIGUO Y OTRO MODERNO.

El ferro-carril de Módena á *Parma* corre paralelamente con la *Via Emiliana*, á lo largo de una fértil llanura, cortada á cada paso por impetuosos arroyos y hasta por verdaderos rios, que bajan del Apenino y van en busca del Po á mezclarse con las aguas procedentes de los Alpes.

Primero pasamos el *Secchia*.

Luégo nos detenemos algunos minutos delante de *Rubira*, aldea fortificada, en donde encerraban los *Este* á los grandes reos de Estado.

Y un cuarto de hora despues hacemos alto á las puertas de *Reggio*, la segunda ciudad del Ducado de Módena, rodeada de murallas y defendida por una gran fortaleza.

Reggio, que sólo encierra 19,000 habitantes, tuvo tambien sus tiempos de República independiente y de Reino infinitesimal.—Decididamente, un viaje en ferro-carril al través de tantas antiguas monarquías, se parece en cierto modo al *Viaje de Micromegas.*

Despues de salvar otro riachuelo, paramos en la estacion de *San Hilario*, cerca de la cual se ve sobre la via Emiliana un *Arco de triunfo*, levantado hace dos siglos en celebridad del casamiento de un Farnesio con una Médicis.

En seguida pasamos á la vista de *San Lázaro*, poblacion famosa por su hospital de leprosos, y llegamos á las orillas del

Enza, caudaloso torrente, que sirve ó *servia* de *frontera* á los Ducados de Parma y Módena.

En *San Próspero*, primera aldea del *Estado de Parma*, el pais llega á un indecible grado de fertilidad y hermosura.—El verde manto del Apenino baja hasta aquí, recamado de plata por mil arroyos bullidores, que sólo están en actividad durante la primavera y el otoño. El verano los seca y el invierno los petrifica en su cuna.

A lo lejos distingo ya entre el arbolado las cúpulas y campanarios de *Parma*, dorados por el sol...

¡Por cierto que la Ciudad de los Farnesio, asentada en medio de tan amena y dilatada llanura, me parece, más que una córte de Italia, un inmenso palacio campestre, un *sitio real*, perteneciente á la corona de España!...

Esto es injusto y egoista...; pero ¿quién pone una mordaza á la loca imaginacion?—¡Ha oido uno decir tantas veces que España tiene *derechos* al Estado de Parma! ¡Están tan enlazadas sus historias! ¡Van tan unidos sus nombres! ¡Asi es que mis afectos se sobreponen á mis ideas; y despues de haber abominado de la fatal division en que los italianos han vivido hasta ahora, estoy ahora por lamentar la fusion de Parma en Italia.—Ya me acusé el otro dia, viendo salir el sol desde una calle de Ferrara, de cierto fanatismo patrio.—«¡*Perezcan los principios y sálvense las colonias*!» Tal es mi primer grito cuando se trata de la patria...

Sin embargo, esto no pasa de ser una intemperancia del afecto, que la reflexion se apresura á reprobar. Seamos consecuentes con nosotros mismos y con la justicia. Por muchos tratados que firmen los poderosos de la tierra, los derechos de un pueblo á reinar sobre otro son fátuas convenciones que repugnan á la razon.—Los hechos consumados por la fuerza no tienen más razon de ser que la fuerza misma, y cuando esta cesa, los hechos cesan tambien, sin que sea dado invocar entónces la autoridad del tiempo.—El tiempo no sanciona lo absurdo: antes lo desvirtúa constantemente, puesto que acredita la inmortalidad y la impenetrabilidad del derecho. —Mil años de violencia pueden ser anulados por un solo dia de libertad.

Conque dejemos á Italia ser Italia, y contentémonos nosotros con ser España, ó, por mejor decir, lamentémonos de no serlo *enteramente.* Olvidemos un poco nuestros *derechos eventuales* á Parma, y acordémonos algo

de nuestros *derechos eternos* á Gibraltar...,—lo cual no quita para que nos bañemos en el agua de rosas de nuestra historia; para que nos recreemos con nuestro poético pasado; para que nos engriamos de haber tenido unos padres tan poderosos, que, no sólo pudieron hacer lo justo, sino tambien su santa voluntad..., como paso á demostraros.

La historia especial ó peculiar de *Parma* principia con la dinastía de los Farnesio, á mediados del siglo XVI.

Pablo III, Papa, que en el siglo se llamó Alejandro Farnesio, erigió el ducado de Parma y Plasencia para su hijo Pedro-Luis, habido en un matrimonio secreto que contrajo cuando era seglar.

Este *Pedro-Luis-Farnesio*, primer Duque de Parma, fué uno de los hombres más abominables que han aparecido sobre la tierra.—Su pueblo le hizo justicia: los nobles le dieron de puñaladas, y la plebe lo arrastró por las calles de la Ciudad.

Su hijo *Octavio* fue reconocido por Cárlos V, quien le dió en matrimonio á su hija la famosa Margarita de Austria, gobernadora de los Paises Bajos. Octavio reinó en Parma sábia y gloriosamente, durante más de treinta años, y murió bendecido de sus súbditos.

Alejandro, hijo de Octavio y de Margarita, penetró aún más en la historia de España.—Este es el famoso *Alejandro Farnesio*, general de los Ejércitos Españoles en tiempo de Felipe II, compañero de don Juan de Austria en Lepanto, su sucesor en el gobierno de Flandes, vencedor de Mauricio de Nassau y de Enrique IV de Francia, y uno de los hombres más ilustres de aquel siglo de oro de la Europa.

Alejandro no estuvo nunca en sus Estados. Sus descendientes reinaron aquí sin gloria ni fortuna, y ya expiraba la dinastía y eran flojos los antiguos lazos que unian á Parma y á España, cuando nuestro Felipe V se casó con la célebre *Isabel Farnesio*, que le llevó en dote este Ducado.

Estrechóse, pues, más y más el antiguo parentesco entre ambos Estados.—El primer Borbon de España continuaba la obra de Cárlos V.—Pero Isabel entendió las cosas de otra manera, y no bien su hijo Cárlos entró en la mayor edad, envióle á reinar á Parma.

Este *Cárlos* pasó luego al trono de Nápoles, y acabó por ser rey de España con el nombre tan popular de Cárlos III.

Un hermano suyo, el infante *D. Felipe*, le reemplazó en la soberanía de Parma, é hija de este príncipe fue la célebre María Luisa, esposa de nuestro buen Cárlos IV.—Nuevo lazo entre las dos monarquías.

A *D. Felipe* le heredó su hijo *D. Fernando*, desposeido del ducado de Parma y Plasencia por Napoleon I, quien le dió en cambio la Toscana, erigida en *Reino de Etruria*.—Don Fernando protestó contra semejante arreglo, y murió sin aceptar el reino de Etruria, aunque iba ganando en el cambio.

Pero su hijo *don Luis*, casado con una hija de Cárlos IV de España (vuelve á remacharse el parentesco), fué menos escrupuloso y admitió la Toscana.

(Esta hija de nuestro Cárlos IV es la famosa *Reina de Etruria*, que tanto brilló en la córte de Napoleon por su lujo, su belleza y su carácter, cuando pasó por París con su esposo antes de tomar posesion del improvisado reino.)

Muerto don Luis en 1803, la *Reina de Etruria* siguió en el trono, como Regente en nombre de su hijo *D. Cárlos II*, hasta el año de 1807, en que fue desposeida de nuevo, por haber sido incorporada tambien la Toscana al imperio de Napoleon, y se dirigió entonces á Francia, en donde compartió el destierro de su padre Cárlos IV y de su hermano Fernando VII, víctimas como ella de sus debilidades con el Emperador.

Entre tanto, el *Ducado de Parma y Plasencia* habia sido hecho tres pequeños Principados, en que reinaban *Paulina Bonaparte*, *Cambaceres* y *Lebrun*.

1814 arregló las cosas de otra manera. El *Ducado de Parma* fue dado á la *ex-Emperatriz María Luisa*, esposa de Napoleon (prisionero ya en la isla de Elba), para ella y para su hijo el llamado *Rey de Roma*, y la Reina de Etruria recibió el pequeño *Ducado de Luca* para su desheredado hijo *D. Cárlos II.*

1817 fué más favorable á los Borbones. En dicho año declaró la Europa que el Ducado de Parma volveria á poder de los nuevos Señores de Luca, á la muerte de la ex-Emperatriz, lo cual equivalia á despojar de todo patrimonio al Rey de Roma.—*María Luisa* aceptó: dejó en poder del Austria al hijo del Héroe vencido en Waterloo: dedicóse á gobernar á *Parma* en union del Conde de Niepperg, general austriaco y su primer ministro, con quien mantenia criminales relaciones: tuvo de él tres hijos, en vida del Prisionero de Santa Elena; y, no bien murió éste, casóse con aquel oscuro soldado, que habia hecho su carrera peleando contra la Francia...

—«¿Qué me mandas, señor, al tiempo de dejarme?» le preguntó á un héroe griego su afligida esposa, en tanto que le ceñia la espada con que iba á rechazar á los enemigos de la patria.

—«Te mando (contestó el héroe) que, si muero y vuelves á casarte, elijas un esposo digno de mí, que te haga madre de hijos dignos de entrambos.»

La viuda de Napoleon murió en 1847, y en el mismo año volvió al trono de Parma la dinastía de Borbon, en la persona de don *Cárlos II*, hijo de la Reina de Etruria, el cual cedió el ducado de Luca á la Toscana.

Al año siguiente, don Cárlos II era arrojado de Parma por la Revolucion, y abdicaba en su hijo *Fernando-Cárlos III.*—Entró éste en sus Estados en 1849, donde reinó pacífica y prudentemente, si bien con el régimen absoluto, hasta el año de 1854, en que un jóven, impulsado á lo que se cree por odio particular, lo asesinó en el paseo público, en medio del dia, cuando sólo contaba el Príncipe treinta y un años de edad.

Por último: su viuda, nieta de Cárlos X, Rey de Francia, y hermana del pretendido Enrique V, Conde de Chambord, es la famosa *Duquesa de*

Parma (tan conocida en el mundo político) que ha gobernado aquí hasta el año pasado, en nombre del mayor de sus hijos, *Roberto I de Borbon*, nacido en 1848.

De esta Princesa elogian los mismos italianos las virtudes privadas y la templanza y el acierto con que ha regido á sus súbditos, asegurándose que sólo altas razones patrióticas (la necesidad de unirse contra el Austria, y el pensamiento de formar un gran reino con tantas flacas monarquías) han podido llevarlos á buscar otro Gobierno.—En cambio, no ha sabido conducirse dignamente en la desgracia, sino que ha hecho lo mismo que los antiguos Duques de Parma desposeidos por Napoleon I: ha mendigado un trono al César francés; ha reconocido y lisonjeado á un poder popular, enemigo nato del derecho divino; ha arrastrado por los suelos las lises de la casa de Borbon!—Esto se llama *no saber morir.*—Por odiosos que me sean los enemigos de la libertad y los verdugos de la Italia, yo aplaudiré siempre, aunque no sea más que en nombre de la unidad de accion, del interés dramático y hasta de la dignidad humana, á los vencidos que no se entregan: por ejemplo; al último Duque de Módena luchando en Solferino contra Napoleon III y contra la Italia.—¡Siquiera allí habia consecuencia, habia lógica, habia sinceridad!—Cuando el pueblo ha fallado y condenado, el arrepentimiento de los reyes es tardío, y sólo puede contribuir á su mayor mengua. El arrepentimiento debe ser anterior al juicio. Despues de la condenacion, *nulla est redentio.*—Los Borbones de Italia se han acordado de ser liberales y patriotas cuando ya no era tiempo.—La Duquesa de Parma debió conocer que, si no sus errores, los de sus parientes, amigos y aliados la habian perdido para siempre.—¡Además, que su gobierno era absoluto, y se apoyaba cuando era menester en las bayotetas austriacas!...

Pero hénos ya dentro de la capital del Ducado.—Dejémonos de historias; consignemos que la poblacion, el territorio, el presupuesto y el ejército del Estado de *Parma y Plasencia* eran sobre poco más ó ménos iguales que los del de Módena, y describamos la antigua córte de los Farnesio....

Parma es una hermosa y alegre ciudad, de anchas, rectas y limpias calles, rodeada de muros, llena de antiguos palacios y buenas casas modernas, atravesada de Este á Oeste por la *Via Emiliana* (que se convierte aquí, como en Módena, en una especie de *boulevard*, con el nombre de *Strada-Maestra*), y cruzada de Sur á Norte por el rio Parma, sobre el cual hay tres dilatados Puentes.

Siguiendo mi costumbre, he tomado un coche en la Estacion, el cual no sólo me ha traido á la Ciudad, sino que me servirá en ella de albergue durante todo el dia. En él va mi equipaje: en él escribo: él me llevará á ver todo lo notable que encierra la capital, y él me conducirá á la noche á cualquiera fonda en busca de mesa y cama.—Además de esto,

el cochero me economiza un *cicerone*.—Creo que no se puede simplificar más un viaje.

Parma está vestida de fiesta como Ferrara, Bolonia y Módena. Por todas partes banderas, músicas, letreros, alegría....—Parece ser que *Il Re Galantuomo* y *Garibaldi* vencen todos los dias en el Sur de Italia, y que el Reino de Nápoles pertenece ya á la historia.—Yo no he politiqueado, sin embargo, aquí tanto como en Módena, sino que me he dedicado casi exclusivamente á las Bellas Artes.

Mi primera visita ha sido para la *Catedral*, vieja y de estilo lombardo como la de Módena. Las torres y la fachada se hallan todavía por concluir, y eso que la obra fué principiada en el siglo XII. Este templo es, sin embargo, célebre en todo el mundo, por encerrar una de las más grandes maravillas que ha producido el arte:—la *Cúpula* pintada por Correggio.

Este inmenso *fresco* representa la *Asuncion de la Virgen*, asunto predilecto de los pintores de Italia. Todos convienen en que el triunfo de María no ha sido imaginado por nadie con tanta inspiracion, con tanto fuego, con tanta gracia como por el maestro parmesano. En cuanto á mí, prefiero su *Asuncion* á todas las que hasta ahora he visto; á la de Rubens, á la de Ticiano, á la de Perugino, á la de Caracci.

Correggio es el verdadero jefe de la escuela lombarda; pero, original é inspirado como ninguno, resume en sí las excelencias de otras escuelas. La vista de un cuadro de Rafael le reveló su genio: las obras de Ticiano le descubrieron los secretos del *color*: en Vinci admiró la gracia de la *forma*; en Miguel Angel la osadía y el poder del *dibujo*. El, por su parte, traia en el alma la nocion de la luz y de la sombra, la magia del claro-oscuro, la intuicion de los esplendores celestes. Con todos estos elementos, aspiró á pintar lo que nadie habia pintado hasta entónces: el color en la luz y el color en la sombra; la luz sobre la luz; las medias tintas de la penumbra; los crepúsculos misteriosos determinados por la distancia. El y Murillo son los únicos que han sabido copiar la luz sobrenatural de la Gloria, tal como la percibe el alma en éxtasis. Aquel mismo radioso ambiente en que flotan las *Concepciones* del Rafael andaluz, sirve de fondo á las inspiraciones de Correggio. Tambien se parecen los dos en su aficion á pintar niños, y en el amor, la gracia, la inocencia y la hermosura de que los revestian. Pero, dicho sea en verdad, Correggio no es tan místico, tan ascético, tan inmaterial como Murillo.—Para deslindar este punto, me bastará con describir la *Asuncion*. Pero ántes, habiendo ya dicho cómo pinta Correggio, tengo que decir cómo dibuja.—Correggio evita siempre las líneas rectas: sus figuras no están nunca en *término* dado: el *escorzo* es su constante empeño. No se contenta con presentar una fase del cuerpo humano, sino el cuerpo entero, visto por todos lados. Yo no podré explicaros cómo lo consigue; pero lo cierto es que coloca las figuras de tal modo que la mirada gira en torno de ellas, como alrededor de una estátua.

La *Virgen* de la Cúpula de la Catedral, por ejemplo, va acostada en-

teramente sobre un lecho de nubes, de cara al cielo. Diríase que está pintada para vista, no desde la tierra, sino desde la Gloria; para contemplada desde arriba, no desde abajo.—Desde abajo sólo deberia verse la nube en que va tendida, ó cuando más su túnica flotante y su cabellera de oro.—Pues bien: lo mismo desde el Altar Mayor que desde lo alto de la Cúpula (adonde he subido), se ve toda la figura de María; se ve su cara; se ven sus ojos; se ve de frente y de espaldas; como si se levantara alejándose de vos, y como si se os acercara al mismo tiempo; como si estuviérais esperándola en el cielo y la viérais subir en vuestra busca. —¡Y qué mirada; qué leve sonrisa la suya! ¡Qué boca entreabierta! ¡Qué ojos, anegados en amor y alegría! ¡Qué fuego en su actitud!... ¡Es la primera vez que estalla el júbilo de la que habia sufrido tanto!—Allá en el éter, en medio de una luz que no es de este mundo, se ve un ejército de Arcángeles, de Querubines y de Santos que sale á recibirla. De los Querubines sólo se distinguen las inspiradas cabezas entre nubes de ópalo y rosa. Los Arcángeles se hallan más próximos con las alas estendidas. Entre los Santos se destacan los Apóstoles, los amigos de la Madre de Jesús. —Los Angeles, esto es, un tropel de niños alegres y graciosos, sostienen á María; empujan la nube que le sirve de carro triunfal; rompen el aire, como abriéndole camino... ¡Este es su acompañamiento! ¡Con aquellos inocentes ha hecho el viaje de la tierra al Cielo! ¡Y cuán ufanos van ellos con su Reina y Madre! ¡Con qué entusiasmo y regocijo tocan instrumentos y bailan en derredor suyo, la aplauden palmoteando, la requiebran, levantan por alto inútiles antorchas, queman perfumes, esparcen flores...—Es una explosion de gozo, de caridad, de bienaventuranza, que no tiene rival en la historia del arte.—Hay quien dice que, más que el místico triunfo, aquella pintura es la *apoteosis* de María.—Tal vez sea cierto, y por eso he establecido yo la comparacion entre Correggio y Murillo.

Desde la *Catedral* me he venido al *Palacio Ducal*, donde escribo estas hojas de mi cartera y donde me pasaré toda la tarde; pues aquí se hallan reunidas las demás cosas célebres é ilustres que encierra *Parma*.—Porque habeis de saber que el *Palacio Ducal* es una coleccion de edificios que comprende: la *Regia Morada* de los antiguos Duques, el famoso *Teatro Farnesio*, la *Academia de Bellas Artes* (renombrada en toda Europa por las obras maestras de Correggio que aún adornan sus muros), los *Archivos*, la *Biblioteca*, el *Museo de Antigüedades*, y finalmente, el vasto y frondoso *Jardin Ducal*, que sirve de *Paseo Público*.

Una vez dentro de aquel laberinto de construcciones, diríjome á la *Academia*, en busca de una celebérrima obra de Correggio que hace mucho tiempo deseo admirar.—Tal es su famoso lienzo, conocido con el nombre de *San Gerónimo*, llamado así, no porque este Santo sea la figura principal del cuadro, sino por lo admirablemente representado que se ve en él al insigne Autor de la *Vulgata*.

La figura principal de la composicion es la Vírgen con el Niño Jesús, al cual le besa los pies la Magdalena, mientras que un Angel le muestra un libro abierto y San Gerónimo lo contempla con indecible amor.—Este cuadro, radiante de luz y de vida, se llama generalmente *el Dia*, en contraposicion á otro que pintó el mismo Correggio, y que fue denominado *la Noche*, por la suprema inteligencia de las *sombras* que en él demostró el artista.—(*La Noche* (ó sea *la Natividad*) se encuentra en el Museo de Dresde).—Como en todos los cuadros de Corregio, lo que más sorprende en *el Dia* es la silueta de una luz sobre otra luz y de la carne sobre la carne; el gran movimiento y vida de las figuras; la belleza de las formas... á pesar de ser algo *aflamencadas*, y la riqueza y la armonía del color, que parece una descomposicion *natural* de los rayos solares.

Esta *Academia* encierra otras obras notabilísimas del mismo autor, entre las cuales merece especial mencion la *Madonna della Scodella*, interesante episodio de la Huida á Egipto.

En la *Biblioteca* veo unos magníficos *grabados*, que se están haciendo ahora, de todas las pinturas de Correggio que hay en *Parma*, y su hermosísimo fresco, *la Incoronata*, cuidadosamente trasportado á este lugar desde una ruinosa iglesia.

De vuelta en la *Academia*, contemplo el busto de la segunda esposa de Napoleon, esculpido por Canova; un *Apostolado* de nuestro Ribera, que no vale ni con mucho lo que el que tenemos en Madrid; un *Jesús Nazareno* de Ticiano y un *Viejo* de Murillo, pálidos vislumbres del genio de estos artistas; y una *Madonna* del inimitable *Francia*, cuya celestial belleza excede á toda ponderacion.

La falta de luz (pues el sol empieza ya á declinar) me obliga á salir de la Academia.—Ninguna hora más á propósito para visitar el *Teatro-Farnesio*.

El *Teatro-Farnesio*, que como dejo dicho, forma parte del *Palacio Ducal*, es el coliseo más grande del mundo. Fué edificado á principios del siglo XVII, y en él se han dado espectáculos de todos géneros (hasta simulacros de combates navales), en presencia de muchos reyes y emperadores.—Todo el edificio es de madera, asi como las *Estátuas colosales* que lo adornan.—Hoy empieza ya á arruinarse tan gigantesca máquina.

¡Y cuán melancólico aspecto ofrece á la consideracion del viajero esta costosa y magnífica obra, levantada para templo del bullicio y la alegría, abandonada ya para siempre, sepultada en el silencio de lo pasado, entristecida por la soledad de las tumbas, como los tiempos y las generaciones que fueron testigos de su grandeza!—Las vacilantes esculturas, las tablas hendidas, los adornos desprestigiados, el anfiteatro que se hunde, todo gesticula y se descompone, como trabajado *por la vida de la muerte*. La vaga y confusa luz de la tarde, penetra dudosamente por las rotas ventanas y apolillados techos, dando una fisonomía fantástica al empolvado y desvencijado edificio, y haciéndole asemejarse á un descomunal esqueleto,—al esqueleto de la antigua *Parma!*

Cuando dejo el Teatro y salgo á la calle, todavía no es de noche.

El cochero me brinda con un paseo por el *Stradone*,—donde á esta hora, dice, se reunen todos los paseantes de la ciudad,—y yo acepto.

El *Stradone* es una magnífica arboleda, situada al Sur de *Parma*, entre la *Ciudadela* y el *Jardin botánico*.

En él encuentro solamente cinco ó seis coches cerrados, al través de cuyos cristales percibo algunas encantadoras cabezas, que brillan como pasajeros meteoros en el cielo de mi vida.

La tarde está muy fria, pero diáfana y apacible.—Los coches giran aceleradamente alrededor de esta especie de *Bosque de Boloña*, ó de *Fuente Castellana;* hasta que muy luégo el crepúsculo se apaga sobre las cumbres del Apenino, teñidas de color de violeta.

El paseo se va quedando solo...—Ya no hay más coche que el mio.—Esto me pone melancólico.—Hace diez y ocho dias que vago de ciudad en ciudad, sin encontrar un español. Hace cuatro dias que no resuena en mis oidos la lengua patria. Desde que me despedí del prusiano, no he vuelto á decir «*usted*,» ni nada de lo que he pensado.—Decididamente estoy muy triste.—Hablar idiomas extranjeros equivale á vestir las ideas de máscara.—¡No puedo más!

¡Y, sin embargo, ahora tengo que ponerme á buscar un techo bajo el cuál pasar la noche; una luz que sustituya á la que se extingue en el ocaso; una mesa en qué hacer la triste y solitaria colacion del caminante; un hogar comprado, que mañana prestará su calor á otro peregrino; una cama que desconozco y que desconocerá mis sueños!...—Repito que no puedo más.

El *Albergo della Croce Bianca*, donde me he alojado, hospeda tambien esta noche á no sé qué General recien llegado de Nápoles.

Una inmensa muchedumbre inunda el patio, las escaleras y los corredores que he atravesado para venir á mi cuarto.

En el patio hay una música militar, que toca himnos y walses en tanto que el General come.

La multitud aplaude los himnos, gritando al mismo tiempo: ¡*Viva Italia*!

Algunas mozuelas de buen humor bailan los walses á la puerta del *Albergo*.

Yo hago colacion entre tanto en un vasto salon lleno de largas mesas, á las cuales están sentados en dobles filas más de cien parroquianos ó pasajeros, casi todos militares.—Cada uno pide por su cuenta; pero todos comemos lo mismo.—La lista de los *albergos* y *trattorias* de esta parte de Italia es muy limitada y siempre igual. En Pádua, Ferrara y Módena, lo mismo que aquí, el *menu* se compone siempre de *brodo*, *menestra*, *manso*, *cervello*, *formaggio é frutti*, ó sea de caldo, legumbres, buey, sesos, queso (estamos en la tierra de uno muy famoso) y frutas.—El vino de *Reggio* es excelente.

Despues de comer voy al *Teatro Nuovo*, que es de primer órden, edificado durante el gobierno de la viuda de Napoleon.

París no tiene teatros tan bellos y cómodos como los de estas pequeñas Córtes de la *antigua no-Italia*.

En el que visito ahora se representa un drama muy patriótico, titulado: I CARBONARI *owero* SILVIO PELLICO, cuya obra es una segunda edicion ó plagio del *Daniele Manin* que ví en Milan.

La sala está muy concurrida y bien alumbrada.—Por lo demás, el mismo entusiasmo, las mismas declamaciones que anoche en Módena.

Decididamente, estos pobres italianos no saben lo que les pasa!—¡Quiera Dios que tanto patriotismo no se evapore en gritos y en aplausos!—Yo preferiria encontrarlos sérios y tranquilos como ví á los piamonteses.—El porvenir de la nueva Italia depende ahora de la virtud, de la cordura, de la abnegacion, de la concordia, de la laboriosidad de sus hijos: no de ociosas manifestaciones de entusiasmo y alegría; no de vítores y canciones; no de estériles alardes de liberalismo.

Conque vámonos al *albergo;* que mañana hemos de madrugar, á fin de coger el tren-correo que sale á las siete para *Génova*...; es decir, para otra antigua Nacion de las que componen la resucitada Italia.

LIBRO OCTAVO.

GÉNOVA.

I.

ENTREACTO.—EL AUTOR HACE NOVILLOS Y SE VUELVE Á TURIN.—VISITA AL CONDE DE CAVOUR.—TEATROS.—VIAJE Á GÉNOVA.—UN FERRO-CARRIL EN LOS APENINOS.

Génova 8 de diciembre.

Hace más de quince dias que salí de Parma con direccion á *Génova*, á donde pensaba llegar á la mañana siguiente, decidido á embarcarme en seguida para Liorna.

Pero el autor pone y el hombre dispone.—Hasta esta mañana no he llegado á *Génova*, y todavía no he visitado la Toscana.

—«Pues ¿y esos quince dias? me direis. ¿Dónde los has pasado? ¿Cómo has tardado medio mes en un viaje que debiste hacer en seis horas?»

Esto seria largo de contar; pero yo os lo indicaré en pocas palabras.

Es el caso que aquella mañana (la mañana siguiente á la noche que pasamos en el teatro de Parma) amanecí muy más triste que me habia acostado, lo cual no me impidió tomar el primer tren y salir con direccion á Génova, adonde esperaba llegar á la una y media de la tarde...

De Parma á Alejandría todo fué perfectamente. Crucé á la vista de Plasencia (*Piacenza*), triste y solitaria capital de otro antiguo Ducado; ví á lo lejos el sitio en que existió *Veleya*, ciudad importantísima, sobre la cual se hundieron hace mil y quinientos años los vecinos montes, sepultándola completamente con todos sus habitantes; y por último, llegué á *Casteggio*, en donde el camino empezaba á serme conocido, por haberlo

andado, como recordareis, cuando hicimos el viaje de Turin á Milan pasando por Pavía.

Una vez en *Alejandría de la Paja*, el tren hizo alto durante media hora, que yo pasé sentado á la misma mesa en que almorcé veinte y tres dias antes.

¡Hallábame á dos horas de *Turin*!...—En *Turin* habia españoles y tenia amigos...—y ya os dije en Parma que estaba cansado de viajar solo y de no hablar el idioma patrio.—Por otra parte, un antiguo y excelente camarada mio, de quien ya he hablado otra vez (don José del Saz Caballero, el compañero de viaje, ó sea el amo del marroquí *Jussuf*), me habia escrito desde la capital del Piamonte (adonde habia llegado despues que yo partí) diciéndome que pensaba ir á Florencia y Roma y que se alegraria de que hiciésemos juntos el viaje, para lo cual me pedia razon de mi itinerario, prometiéndome salirme al encuentro cuando menos lo pensara...

Ahora bien: Caballero estaba todavía en *Turin* esperando mi contestacion.

—¿Por qué no he de llevársela yo mismo? (me dije entonces). ¿Qué me importan dos horas más de viaje? ¿No deseo tanto verme entre compatriotas? ¿No tengo necesidad de un compañero, de un amigo? Pues en *Turin* me lo depara Dios!—Yo le avisaria por telégrafo.., diciéndole que le aguardo en *Génova*... Pero ¿y si tarda? ¿Qué voy á hacerme allí solo?—¿Y mis otros amigos de *Turin*? ¿Y Duro? ¿Y la Roca? ¿Y Campredon? ¿Y Escalante?—(El señor Coello habia protestado en nombre de España contra los recientes sucesos, y partido á Madrid con su familia).

Por aquí iba en mis reflexiones, cuando ví sobre la mesa la *Gazzetta di Torino*.—En aquel periódico se anunciaba que la célebre actriz *Adelaida Ristori* llegaria á *Turin* aquella misma tarde, de paso para Rusia, y que antes de partir daria dos representaciones en el *Teatro-Carignano*.

Esta última noticia acabó de decidirme.—¡Yo no encontraria solamente en la Ristori á la inspirada artista de quien soy fanático admirador, sino tambien á una noble y antigua amiga, que estimo mucho, y á la cual no habia visto desde 1857!—Dejé, pues, marcharse el tren de Génova; entré en otro que salia en aquel mismo instante con direccion contraria, y dos horas despues me hallaba á las puertas de *Turin*.

Como ya os he descrito aquella Ciudad, pasaré muy de ligero sobre mi segunda estancia en ella.

Sólo os diré que, durante dos semanas, he cambiado un poco de vida y de equipaje; he dejado el estudio de pinturas y de estátuas por el trato y comunicacion con gentes de carne y hueso; he vivido en la sociedad; me he divertido mucho; he hablado español hasta por los codos, y he visto representar á la Ristori la *Fedra* y la *Medea*.

La eminente actriz sigue digna de su fama, y los turineses la han

oido con verdaderos trasportes de entusiasmo.—A estas horas se encontrará ya en San Petersburgo.

Tambien he tenido el honor de hablar con el *Conde de Cavour*, á quien me ha presentado nuestro Encargado de negocios.—El conde de Cavour, cuya figura os he descrito ya, es tan sencillo y apacible en su trato como en su aspecto y en sus costumbres. Difícil seria hallar una afabilidad como la suya en otro hombre de su importancia y de su celebridad. La mansedumbre de su palabra y el agrado y la paciencia con que escucha á sus interlocutores, tienen algo de frailuno, y perdonadme la expresion. Se ve que el grande hombre de Estado ha formado ya un juicio inapelable acerca de las cosas y las personas, y que va derecho á su fin, sin gastar pólvora en salvas.

Nuestra conversacion ha girado sobre la actitud de España en presencia de los hechos que se cumplen en Italia, y el señor Conde ha sabido distinguir y separar la causa de nuestro gobierno de la causa nacional; la causa nacional de la causa de los partidos; y la causa de los partidos de la causa de la dinastía.—Yo no olvidaré nunca estas frases, resúmen y compendio de todo lo que me dijo el presidente del Consejo de Ministros de Víctor Manuel.—«Si en vez de nacer yo en esta península hubiera nacido en la vuestra, y hubiese llegado á ser allí lo que soy aquí, habria seguido la misma política que estoy siguiendo. La causa de los españoles es la misma que la de los italianos. Tenemos intereses y enemigos comunes. El malestar de Italia era más apremiante, y por eso hemos principiado nosotros. Ya nos seguireis con el tiempo.»

Asimismo he tenido el gusto de asistir al estreno de una ópera nueva, titulada *Victor Pisani*.—La música era de un tal *Aquiles Peri*.—El éxito fue desgraciadísimo.

En cambio he aplaudido de todas veras en el teatro Alfieri al famoso actor *Módena*, el primer trágico de Italia.—Representaba la *Claudia* de Jorge Sand.—El pobre está muy viejo.

La buena sociedad turinesa, que empezaba ya á volver de sus expediciones campestres, se reunia por lo regular en el teatro *Carignano*, donde la *Salvioni* seguia bailando la *Esmeralda*.

Pero mi espectáculo favorito en *Turin* ha sido la magnífica coleccion de fieras del célebre *Mr. Charles*, establecida en sólidas jáulas en una plaza del *Borgo nuovo*.—Los rugidos de los leones se oian en todo *Turin* durante el silencio de la noche, y rara ha sido la mañana que no he ido á ver al domador darles de comer y enseñarles algunas habilidades.—Entre los animales más bellos y terribles de que me ha hecho amigo el amabilísimo *Mr. Charles*, figuraban tres leones (uno de ellos árabe, digno de acompañar á San Gerónimo); dos leonas; un hermoso tigre de Bengala sumamente grande; un oso blanco y otro negro, que se aborrecian de muerte; un elefante enorme, pero muy tratable y afectuoso, y la familia de monos mas divertida y malvada que he conocido en parte alguna.

—«Los leones se doman por hambre (he pensado yo allí), y el ham-

bre no consiguió domar á los habitantes de Numancia.—Hacen, pues, mal los poetas en comparar con el leon al hombre fuerte.»

Ni han quedado aquí mis *paralelos* entre los irracionales y la raza humana.—La honradez del elefante, la sagacidad y los vicios del mono, la ferocidad del tigre, la hipocondria de la hiena, la ternura imbécil del oso, la abnegacion sublime del perro, y otros muchos afectos, instintos y hasta pasiones que he estudiado detenidamente en la vida privada de la compañía de *artistas* que enriquece á Mr. Charles, me han dado asunto para todo un libro, que escribiré con el tiempo, cuando haya completado y madurado mis ideas acerca de los que llamamos brutos.

Por las tardes, he admirado desde la *Plaza de Armas* el magnífico y siempre nuevo panorama de los Alpes, cubiertos ya de nieve hasta su anchurosa falda.—¡Cuántos y cuántos sitios de los que yo recorrí en octubre son ahora inaccesibles, ó han desaparecido bajo masas enormes de nieve y hielo!

Finalmente, hoy, dia de la Concepcion, he sacudido la pereza y el irresistible hechizo que me retenian en una ciudad tan monótona y triste, al decir de algunos, y tan agradable y deliciosa, en mi opinion, como la capital del Piamonte; y, acompañado de mi amigo Caballero y de *Jussuf*, del inimitable Jussuf, he reanudado mi peregrinacion, firmemente resuelto á pasar la Noche-Buena en Roma, despues de haber recorrido la Toscana.

Del camino que enlaza á Turin y *Génova*, ya conoceis la mitad, ó sea hasta *Alejandria*.

Al llegar *por tercera vez* á aquel centro estratégico de mis viajes por la Alta Italia, saludé el vasto horizonte que se dilataba á mi izquierda.—Por allí me habia alejado cuarenta dias antes: aquel cielo cobijaba á Pavía, á Milan, á Verona, á Venecia, á Pádua, á Ferrara, á Bolonia, á Módena, á Parma... ¡á tantas y tantas ciudades como habia recorrido solo y triste; pero cuyo recuerdo me era ya tan grato!—Esta vez dejé partir el tren que iba á atravesar en breves horas aquellas ciento veinte leguas de amenos campos y de maravillas de arte, y seguí hácia el Mediodía en el mismo coche que me sacó de Turin.

Pronto pasamos por *Novi*, rica ciudad, á cuyas puertas fueron vencidos los franceses en 1799, es decir, cuando ya empezaban á acostumbrarse á vencer á todo el mundo.

A pocas leguas de Novi, el camino de hierro principió á engolfarse en los *Apeninos*.—¡Al fin iba á atravesar aquella azulada cordillera que habia estado viendo constantemente á mi derecha cuando recorria la Via Emiliana!

Al llegar á *Arquata*, encontrámonos ya cercados por los Montes, cuyas más altas cimas se levantaban delante de nosotros como cerrándonos el paso.—Desde Arquata á *Génova* sólo hay siete leguas; pero estas siete

leguas puede decirse que constituyen el espesor de un muro de granito, al través del cual tiene que abrirse camino la locomotora.

Los trabajos practicados para salvar tan enorme obstáculo son verdaderamente admirables. El camino de hierro es una sucesion de largos túneles, de terraplenes inmensos, de fabulosos desmontes, de puentes atrevidísimos, de viaductos ciclópeos, de edificaciones de titanes. ¡Y cuán bellas, cuán sorprendentes son todas estas obras en el seno de una salvaje naturaleza; entre peñas y árboles, bajo nieves eternas, sobre torrentes impetuosos, al lado de abismos, en los flancos de descomunales rocas, en el corazon de gigantescas montañas!—Para vencer de esta manera la tenaz resistencia del áspero *Apenino*, diríase que el hombre ha dispuesto del terremoto.—Atlas y Hércules no hubieran bastado á tamaña empresa.

Despues de haber admirado los Alpes, encuéntranse pequeños los panoramas del Apenino. Sin embargo, son sumamente pintorescos, aunque por un estilo diferente. Los Alpes, con ser más *abruptos* y poderosos y estar cubiertos de un eterno sudario de nieves, ostentan no sé qué aire risueño, inocente, feliz; no sé qué paz y alegría; no sé qué luz gozosa que aleja todo terror del hombre que vaga por sus más ocultas soledades. Los Apeninos, hijos de los Alpes, son tristes y severos, oscuros y misteriosos. En ellos, más que la solemne melancolía y augusta soledad de las grandes eminencias, se advierten los tormentos de un corazon trabajado por hondas convulsiones. Los Alpes nos muestran su frente encanecida que se levanta al cielo, libre ya de todo recuerdo de la tierra. Los Apeninos nos dejan ver sus desgarradas entrañas, palpitantes de miedo y de dolor. Aquellos son como un anciano feliz: estos, como un jóven sin ventura ni esperanza. Los Alpes representan un edificio levantado por todo el poder de la naturaleza. Los Apeninos, las ruinas de una comarca, los resultados de un cataclismo espantoso, la obra de la destruccion.

Volviendo al camino de hierro, enumeraré rápidamente los trabajos que más llaman la atencion en él.

El primer *túnel* que se encuentra es el de *Pietra Bissara*, de 682 metros. Luego se pasa una garganta estrechísima entre dos montañas casi verticales. Para cruzar aquel barranco, ha sido menester levantar una altísima calzada de 300 metros de longitud, sobre el lecho mismo de un torrente, y hacer luego un *puente* de cincuenta metros de luz, á fin de saltar de una montaña á otra.—En seguida se repiten los *viaductos* y llegan tres *túneles* sucesivos, uno de 838 metros, otro de 440, el tercero de 708, enlazados por temerarios *puentes*, que conducen á la famosa *Galería dei Giovi*. Esta galería ó túnel tiene cerca de una legua de largo y se halla construida á 1,200 pies sobre el nivel del mar.—Cuando se sale de ella, empieza á bajar el terreno; pero tan rápidamente, que no se conoce otro ferro-carril de una inclinacion semejante.—Y es que en aquel punto se encuentra ya el tren á muy poca distancia de *Génova*; pero á una grande altura sobre esta ciudad.

Asi es que al salir de un último *túnel* de 714 metros, se abre el horizonte, y se halla uno con *Génova* y el mar debajo del camino; pero tan próximos y tan distantes al mismo tiempo, que no se comprende como podrá el convoy llegar á la ciudad, si no se hunde por escotillon.

Y lo que sucede es que el ferro-carril traza entonces una ámplia curva en torno de los mon ículos en que se asienta *Génova*, pasando por encima de los tejados del Barrio *delle Grazie*, hasta que al fin logra encontrar acceso en la Ciudad de los Doria por su extremo occidental.

II.

VISTA DE GÉNOVA.—RECUERDOS HISTÓRICOS.—CRISTÓBAL COLON.—PASEOS POR LA CIUDAD.—LOS GARIBALDINOS.—UNA MANIFESTACION PACÍFICA.—ME EMBARCO PARA LA TOSCANA.

La gran vista de *Génova*, dicen, es la que se goza cuando se llega por mar á su magnífico Puerto.—Ya tendremos nosotros ocasion de contemplarla de este modo, cuando regresemos del viaje que vamos á emprender al Mediodía.—En cuanto al panorama que ofrece la Ciudad á los que llegan por tierra, es tambien sumamente bello, á lo ménos para mi gusto.

Desde que se empieza á salir de las cordilleras del Apenino, esto es, poco más de dos leguas ántes de entrar en *Génova*, principian á aparecer por todas partes, asi en las cumbres de las colinas, como en las verdes soledades de los barrancos, hermosísimas *Casas de recreo*, pintadas de los más vivos colores, *Palacios campestres*, graciosas *Quintas*, *Aldeas* enteras, compuestas de jardines y soberbios edificios...

Todas estas viviendas, diseminadas en las suaves estribaciones de los montes, sirven de refugio á la aristocracia genovesa en la estacion del calor.—La mayor parte de aquellas *villas* tienen pintadas al fresco sus cuatro fachadas, con figuras, y hasta composiciones, que producen el más singular efecto en medio de los pomposos árboles, de las rocas y de las aguas despeñadas.—Es la primera vez que he visto la pintura asociada á la agreste naturaleza.

Para llegar á la Estacion, término del viaje, se pasa por túneles abiertos debajo de algunos palacios y por encima de los techos de humildes casas. Desde aquellas alturas se ve la capital de la antigua Liguria, escalonada en anfiteatro entre el Mar y el Apenino; apretada por las murallas y las olas; semejante á las ruinas de un inmensurable circo de mármol. La *arena* de este circo es el Puerto, casi cerrado, dentro del cual se ven millares de buques de todas las naciones del mundo. Detrás de los dos *espigones* del muelle se perciben las extendidas aguas del golfo.

Una vivísima luz, un esplendente cielo, una infinidad de jardines entremezclados con las casas, y un aire tibio y aromoso, en que apenas se perciben las salobres emanaciones del mar, revelan al viajero que se halla en una de esas ciudades del Mediodía de Europa, que reflejan algo del

VISTA DE GÉNOVA.

opuesto litoral africano; en una Málaga, en una Marsella ó en un Nápoles; en un pueblo levantisco, en fin, animado por el comercio, enriquecido por las olas, amigo, sino dueño, de otras muchas poblaciones marítimas situadas en apartados mares, como lo fueron Pisa, Venecia y Cádiz y los antiguos puertos fenicios y cartagineses.

Y, al mismo tiempo que la fisonomía material de Génova, veis, con los ojos de la imaginacion, su fisonomía histórica.—La Ciudad en que entrais es *Génova la Soberbia*, emporio del comercio durante muchos siglos;—que compartía el dominio de los mares con Venecia y Pisa, y las combatió y las venció;—la que llevó á los Cruzados á Oriente;—la que ganó tierras y estableció colonias en el Archipiélago griego, en Crimea, en el mismo Bósforo;—la de las revueltas y conmociones populares, inquieta siempre por su libertad;—la que cambió cien veces de forma de gobierno, ensangrentando un dia y otro sus plazas y sus calles, y sufrió el yugo extranjero con la misma facilidad que lo rompió entre sus manos, segun le pareció mejor á sus inconstantes hijos;—la de aquellos *Dux* (no ménos gloriosos que los de Venecia) que se llaman *Simon Bocanegra*, *Adorno*, *Fregoso*, *Montalto*;—la de los *Doria*, *Fieschi*, *Grimaldi* y *Spinola*, patricios ilustres, famosísimos guerreros por mar y tierra, entre los que se cuenta el insigne *Andres Doria*, acaso la primera figura de su siglo, y eso que vivió en el siglo de los grandes capitanes...:—*Génova*, en fin, la patria de Cristóbal Colon,... ¡título el más grande que tiene á la veneracion y al amor de los españoles que la visitan!

¡Cristóbal Colon!—La primera cosa que vimos al entrar en la ciudad (en una pequeña Plaza que se encuentra al salir de la Estacion del ferro-carril) es un *Monumento* —empezado hace muchos años y que ahora se trata de concluir—en honor del infortunado y sublime descubridor del Nuevo-Mundo.

Al votar la Ciudad de *Génova* este público testimonio de admiracion al más ilustre de sus hijos, ha dado una prueba de noble abnegacion;—pues el descubrimiento de América acabó por ser tan perjudicial á los genoveses como ántes lo habia sido á los venecianos, segun hemos dicho en otra parte. El señaló la hora de la decadencia de las Repúblicas comerciales de Italia; él arruinó el tráfico de Oriente; él empobreció á los navegantes que iban á Constantinopla y á Alejandría á esperar las caravanas cargadas con las riquezas de la India. La aparicion del Continente Americano, verificada bajo los auspicios de la Nacion española y coincidiendo con el descubrimiento del Cabo de Buena-Esperanza, despobló de naves el Mediterráneo, y dió suma importancia á Cádiz.—«¡*Plus ultra*!» exclamaron todos los pueblos de Europa, lanzándose al Occidente...

¡Y, sin embargo, Génova tributa homenajes y alabanzas y erige monumentos á su inmortal hijo!—Entre tanto, España, que debió un mundo al peregrino de la Rápita; que le debió la mayor gloria que ilustra los anales de pueblo alguno; que le debió tantas riquezas, tanto esplendor y tanto poderío, no ha levantado todavía una estátua, una sencilla piedra,

un testimonio material de su gratitud y su admiracion á aquel grande hombre!—¡Verdad es que ya le pagó en vida tantos beneficios, cargándolo de cadenas y encerrándolo en una prision!!—¿Qué mayor recompensa que el martirio para el bienhechor de la humanidad? ¿No habia echado él sobre sus hombros la Cruz de Cristo y la habia llevado de un Continente á otro? ¿No lo proclamaba asi al escribir su sagrado nombre:—*Xpo. ferens?* ¿No mendigó el pan del sustento ántes de redimir un mundo? ¿No fue tenido por loco? ¿No lo escarnecieron los escribas y fariseos de la ciencia? ¿No *lo negaron* sus compañeros la víspera de su gloria? ¿No lo crucificó la ingratitud?—¡Pues á fe que no lo hemos desconocido! ¡En verdad que lo hemos tratado como á quien era!—¡Dios lo queria para sí, y nosotros lo purificamos en el purgatorio de nuestra injusticia! ¿Qué importa que no le levantemos estátuas en la tierra, si le hemos dado un trono en el cielo?

¡Oh hidalga España! ¿Cuándo será que tu noble orgullo se traduzca en obras? ¿Cuándo recobrarás el concepto de tí misma?

. . . .

Génova me ha recordado mucho á la Venecia *terrestre.* Las mismas callejuelas oscuras, moriscas, formadas por altísimos Palacios; la misma suntuosa arquitectura, aunque de diferente estilo; los mismos puentes, las mismas escaleras para ir de una calle á otra; igual acumulacion y superposicion de edificios; idéntica abundancia de mármoles.

Ya os he dicho que la Ciudad está construida en anfiteatro; y de tal manera es esto cierto, que hay en ella calles que se cruzan en el aire; otras que suben desde la orilla del mar á una inmensa altura; Palacios escondidos entre miserables viviendas; salones edificados allá en las nubes, en los que se ven relucir por la noche lujosos dorados, al fulgor de las bujías, miéntras que resuena en ellos el compás de la música y del baile, y se ven cruzar voluptuosas figuras al través de las artísticas ventanas...—Durante el dia, la animacion de la ciudad es extraordinaria. (Ya supondreis que en esto no sigue pareciéndose á Venecia). Los genoveses son alegres, decidores, entusiastas.—Las mujeres se parecen á todas las hijas del Mediterráneo: gracioso andar, talles esbeltos, morenos rostros muy descoloridos, noble perfil, hechiceras miradas... hé aquí sus principales caractéres, propios de Venecia como de Málaga, de Marsella como de Valencia.—Casi todas llevan una toca ó mantilla blanca, llamada *mezzaro.*—El *mezzaro* de las poco acaudaladas es de percal, vistosamente floreado de vivísimos colores.

La poblacion de *Génova* (140,000 almas) cabe apenas en el reducido perímetro de la ciudad. En los hombres del pueblo se advierte una díscola soberbia, impropia de los italianos. Hoy, sin duda por ser dia de la Concepcion, habia una infinidad de gente ébria en todas las calles y plazas. Esta gente cantaba, bailaba, jugaba y se divertia de mil modos, sin incomodar á nadie; pero como si supiera tambien que nadie se atreveria á incomodarla.

Dentro de *Génova*, como en sus afueras, casi todas las casas están pintadas de fuertes y variados colores; las unas de rojo, las otras de verde; estas de azul, aquellas de amarillo. Las portadas que más abundan son las platerescas y las salomónicas. En muchas fachadas se ven además extensos frescos, colosales estátuas de los antiguos señores que allí moraron, ó abultadas cariátides que exhiben su desnudez á los transeuntes. Tambien hay muchos Jardines; y, como en Granada, se ven árboles y flores encima de los balcones y azoteas y hasta en los tejados.—Esto último depende de una ilusion óptica, y consiste en la disposicion de la ciudad, escalonada sobre los erguidos montes.

La proximidad de Carrara se revela en la profusion con que se ha empleado en *Génova* el más rico mármol blanco.—Encima del Muelle hay una gran *Muralla* de doce metros de espesor, de la que pudiera decirse que lo que allí se ha construido es una cantera de precioso mármol.—Dudo que exista en el mundo una muralla tan lujosa y bella. Su plataforma sirve de paseo público. Desde aquel extenso balcon se domina todo el Puerto, y se tienen casi al alcance de la mano los millares de buques surtos en él.

Génova ha recobrado su antigua importancia marítima desde que se unió al Piamonte en 1814. El camino de hierro la ha hecho el Puerto de *Turin*.

La calle más notable de la ciudad es la *Strada Nuova*, formada por dos hileras de magníficos *Palacios*, debidos casi todos al célebre arquitecto Galeazzo Alessi, el restaurador de *Génova*.—La *Strada Nuova* es en Génova lo que el *Canal Grande* en Venecia.

En medio de esta suntuosa calle se encuentra el *Municipio*, antiguo *Palacio Doria*, uno de los muchos que esta ilustre familia levantó en su ciudad natal.—En el portal del *Municipio* hay varios *frescos*, que ántes adornaban el Palacio Grimaldi. Entre ellos ha llamado vivamente mi atencion uno que representa la *Llegada de don Juan de Austria á Génova*... (creo que despuos de la batalla de Lepanto), y la obsequiosa recepcion que le hacen el dux Grimaldi y el Consejo de la República.

Arriba, en el *Salon de Sesiones* del que nosotros llamaríamos *Ayuntamiento*, he visto, con la emocion que podreis imaginaros, un *Busto* de Cristóbal Colon, levantado en frente de la Presidencia. En el basamento que sostiene el Busto hay una *puertecilla de plata* sobredorada, que se abre con tres llaves. Allí se conservan *tres cartas* en español, escritas por el descubridor de América, y el original de los *Privilegios* dados al mismo por los Reyes Católicos. En él he visto las firmas de Isabel y Fernando y el *Escudo de armas de Colon*, tal vez el primero que se dibujó para la ilustre familia que principiaba en él. En uno de los cuarteles hay un grotesco y numeroso Archipiélago y luégo una costa de Tierra Firme...—¡Sí, sí! ¡Eso fue, ingratos y celosos reyes! ¡Tales eran sus conquistas!... ¡Todo un mundo!—¡Y ese mundo no llevó su nombre; y esos privilegios

que le dísteis, se los quitásteis despues: y esas mismas firmas con que lo agasajábais tanto, autorizaron al fin la órden de su encarcelamiento!

Despues del *Municipio*, he visitado el *Palacio Ducal ó de la Ciudad*, asiento hoy de la Policía, construido en 1262 por el abuelo de Simon Bocanegra y reedificado en 1778.—Allí moraron todos los *Dux* de la antigua República genovesa.

Luégo he ido (atravesando toda la poblacion) al célebre *Palacio de Andres Doria*, en cuya puerta se lee una inscripcion que dice que este hombre ilustre, despues de haber sido Almirante del Papa, de Cárlos V, de Francisco I y de su patria, edificó aquel asilo en 1529, con el propósito de descansar en los dias de su vejez.—El *Palacio*, que ha debido de ser hermosísimo, se halla abandonado y ruinoso; pero no asi los magníficos *Jardines* que lo cercan, desde los cuales se domina todo el Puerto.—En ellos me han enseñado (¡singular Monumento!) el sitio que ocupó durante muchos años el *Mausoleo de un perro*, llamado *Rœdan*, que Cárlos V regaló á Andrés Doria...—*Aquí yace mi mejor amigo*, escribió lord Byron en la tumba de otro perro.

Tales son hasta ahora mis impresiones en *Génova*.—La noche no me ha dejado ver más.—Pero tiempo de sobra tendremos de hacer nuevas excursiones, pues el Vapor que ha de llevarnos á *Liorna* no sale hasta pasado mañana á la noche...—Por lo tanto, *buona sera*.

Se me habia olvidado deciros que en *Génova* todavía es verano.

Génova, 10 de diciembre,—á las nueve de la noche.

Dentro de una hora nos embarcamos para *Liorna*, y mañana al amanecer nos encontraremos en la Toscana, en la tierra clásica de las flores y las artes, en la patria de la hermosura!

Antes de entregarnos á tan dulces emociones, y por si la mar, que está agitada, no me permite escribir esta noche á bordo, voy á referiros brevemente las principales cosas que he visto ayer y hoy en la encantadora *Génova*.

Ayer empecé por seguir recorriendo los mas célebres *Palacios* de la ciudad.—Despues del *Palazzo Reale*, comprado por Cárlos Alberto á no sé qué patricio genovés, y sólo notable por su magnitud, fuí á ver la famosa *Galería de pinturas* del *Palacio Brignole-Sale*, llamado comunmente el *Palacio Rojo*, por estar pintado de este color. Su dueño vive casi siempre en París, adonde ha trasladado muchas obras de dicha Galería; pero aún quedan en ella algunos *Retratos* de Ticiano y de Van-Dick, y varios *Cuadros religiosos* de Reni, Guercino, Lucas Jordan y los dos Palmas.—En los Palacios *Adorno* y *Pallavicini* hay muchas y muy buenas *Pinturas* de los mismos maestros y de otros de la escuela holandesa.

Tambien merece ser visitada la *Universidad*, grandioso y elegante edificio, lleno de luz y de gracia.—Una doble *Columnata* dórica gira en torno del patio, y sobre ella se levanta otra de órden jónico. Enfrente de

la Puerta de entrada está la *Escalera*, que es magnífica, y al través de sus arcos se perciben los naranjos, laureles y cedros de un alto *Jardin*, cuya verde pompa da mayor realce á tan soberbia arquitectura.—En el *Salon de Exámenes* hay seis bellas *Estátuas* del célebre Juan de Bolonia.

Las *Iglesias de Génova* son tan celebradas como criticadas por su excesivo lujo, y sobre todo por el extravagante empleo que se ha hecho en ellas de mármoles negros y blancos puerilmente combinados.

La *Catedral*, ó sea *San Lorenzo*, revestida por el exterior de esta manera, no ofrece en el interior nada de particular, pues aunque data del siglo XI, perdió todo su carácter al ser restaurada en el siglo XVI.—Lo único que me ha llamado la atencion en aquel Templo ha sido el tan famoso *Sacro Catino* (fuente sagrada) traido de Cesarea por los Cruzados.—Los genoveses dicen que aquella fuente es de esmeralda, y que por lo tanto vale muchos millones.—Yo solo puedo asegurar que es verde, de una sola pieza y de una tercia de diámetro.—Añade la conseja popular que la reina de Saba le regaló esta joya al mismísimo Salomon...—¡Dado lo de la esmeralda, el presente es digno de tan altos personajes!—Dícese en fin (y esto último me lo ha repetido un señor canónigo de la catedral), que en esta Fuente sirvieron á Jesús el Cordero Pascual la noche de la Cena.

Oigamos ahora á los incrédulos.—Los incrédulos dicen que el *Sacro Catino* no es de esmeralda, sino de vidrio, y que por eso dió la República de Génova, en 1476, aquella extraña é incomprensible ley que condenaba nada menos que á muerte al que lo tocase con cualquier materia *dura*. En seguida añaden que si la República atribuia con tal ahinco un vil valor material al inmenso valor moral de tan sagrado objeto, era con el solo fin de que los judíos de la ciudad siguiesen prestándole enormes sumas bajo la hipoteca de la supuesta esmeralda. Despues cuentan que el famoso naturalista francés *Mr. Charles Marie de La Contamine* estuvo en Génova en 1750, y que habiendo notado en el *Sacro Catino* ciertas burbujas propias del vidrio, trató de rayarlo con un diamante que llevaba preparado; pero que el fraile que le acompañaba se lo estorbó violentamente, y fueron necesarios todos los respetos del célebre académico para que la mera tentativa no le costase cara. Y por último refieren (y yo creo que debian empezar por aquí), que Napoleon I se llevó á París en 1809 el *Sacro Catino*, creyéndolo de esmeralda; pero que, examinado allí por personas competentes, se encontró que era de vidrio, y fué devuelto á la catedral de Génova.—Por mi parte, y para concluir, diré una sola cosa: de vidrio ó de esmeralda, el *Sacro Catino* tendrá siempre el inapreciable mérito de haber pasado por las manos de Jesucristo, de Salomon y de la reina de Saba.—Lo demás importa poco.

La Iglesia de *L'Annunziata* (cuya fachada está tambien revestida de mármol blanco y negro, en alternados cuadros, lo que le da el aire de un tablero de damas) es suntuosísima por dentro. La cúpula y las naves, completamente doradas, relucen al sol como los incendiados celajes de

una *Gloria* de Murillo. Entre tanto fulgor se perciben algunos Frescos malamente restaurados.

Otro de los Templos notables de Génova es *San Siro*, ¡fundado en el siglo III'... y el más grande de la ciudad.—En él se celebraban las elecciones de los Dux.—Hasta el siglo X fué Catedral.—Posteriormente ha sido reedificado de modo que no queda nada de la primitiva obra...—¡Es lástima!

En *San Mateo* he visitado una profunda y lujosa *Cripta* en que se halla enterrado Andrés Doria.—En la *Sacristía* me han enseñado una espada que el Papa Paulo III le regaló al célebre Almirante, y que éste usaba en las grandes ocasiones.

Finalmente, he subido á *Santa María de Carignan*, situada en una áspera cumbre.—Desde la *Torre* de este Templo se abarca de una ojeada toda la Ciudad de *Génova*, con sus pintorescas cercanías, con sus murallas, con sus jardines, con su puerto, con sus barcos... ¡toda en fin!...—y en verdad os digo que es un panorama digno de verse.—En cuanto á la *Iglesia*, es tambien la mejor de la ciudad como obra de arte.—El Renacimiento no ha levantado edificio más regular, más armonioso, más puro.

En aquella altura me pasé la tarde contemplando el mar, y á la noche fuí al *Teatro Paganini*.

En el *Teatro Paganini*, nuevo y hermoso (el tan celebrado de *la Fenice* se está restaurando para la próxima temporada), se cantaba la TRAVIATA por una señorita, llamada la *Dégola*, hija tercera de un difunto senador.

Esta jóven, que ha sido algunos años el mejor adorno de los más aristocráticos salones, se ha visto obligada últimamente, por graves desgracias de familia, á dedicarse al teatro.—Es bella y elegante, pero se dice que está tísica.—Todas estas circunstancias, unidas á la inspiracion y al gusto con que canta, hacian que el público la escuchase con respetuoso entusiasmo, con afectuosa consideracion, con piedad y con cariño. Hubiérase dicho que era la misma heroina de la ópera la que estaba en escena.—A mí me hacia daño aquel espectáculo doloroso. La infortunada *Dégola* no puede ya cantar bien sino el tercer acto de la ópera; aquel en que *Violeta* lucha desesperadamente con la tísis!...—¡Esto es horrible, bárbaro, inhumano!—El público hubiera hecho mejor en socorrer privadamente á la enferma, relevándola de la cruel necesidad de vender su agonía.

En un palco próximo al mio, estaba el famoso pintor, poeta, militar, músico, novelista y hombre de Estado *Massimo d'Azeglio*, uno de los hombres más ilustres del Piamonte; presidente del Consejo de Ministros del rey Victor Maduel durante algunos años y precursor de Cavour en aquel puesto; autor de muy célebres cuadros que se conservan en los Museos del Louvre y de Turin; creador de las célebres novelas *Héctor de*

Fieramosca y *Niccoló dei Lapi*; aguerrido soldado, cubierto de honrosas cicatrices; publicista eminente en favor de la independencia y libertad de Italia... y yerno del inmortal *Manzoni*,—lo cual es tambien una gloria en mi concepto.

Massimo d'Azeglio tendrá hoy sesenta años : es rubio, alto, delgado, elegante, de aspecto melancólico.—Se parece mucho á nuestro general Ros de Olano.—Acompañábale en el palco una hermosísima señora, hija suya, nieta del autor de *I Promessi Sposi* y tataranieta del ilustre *Beccaria.*

Tal fué mi dia de ayer.—Hoy he hecho muy diferente vida.

Esta mañana aparecieron todas las esquinas de *Génova* cubiertas de carteles, recordando que hoy era aniversario del dia 10 de diciembre de 1746, en que los genoveses, *con fiero atto de maestá nazionale, vendicabano le sue mura, violate degli austraci invasori*, etc.—Pero los carteles se olvidaban de decir que si los genoveses arrojaron á los austriacos en la fecha citada, fué con ayuda del torrente *Bisagno*, que corre á las puertas de la ciudad, el cual salió de madre á consecuencia de un repentino y espantoso aguacero; inundó y asoló lôs parajes en que estaban acampadas las huestes invasoras, poniéndolas en la mayor tribulacion, y dejó muy poco que hacer á los hijos de Génova para acabar de aniquilarlas.

Como quiera que sea, desde el amanecer se notó hoy en la Ciudad gran movimiento, acompañado de ruido de cornetas y tambores, atronadores vivas y músicas militares.—Era que la poblacion se reunia para ir á celebrar el aniversario en el mismo lugar de la catástrofe de 1746.

Con este motivo, he visto en calles y plazas muchos voluntarios de Garibaldi, recien llegados de Nápoles, que vuelven á sus casas locos de orgullo y alegría con la fabulosa empresa que acaban de llevar á cabo.—Hace cinco meses que salieron de *Génova*, en número de mil, decididos á conquistar un reino de 10.000,000 de habitantes, de los que 160,000 eran soldados.—Primero solos; despues ayudados por los movimientos populares; engrosadas luégo sus filas por las defecciones del ejército enemigo, y últimamente auxiliados por el ejército piamontés, han conseguido su temerario propósito.—Y cuenta que los héroes de Calafatimi, Palermo, Garegliano y el Volturno son en su mayor parte jóvenes de diez y seis á veinte años. Básteos saber que de los mil voluntarios que llevó Garibaldi á Marsala, ciento setenta eran estudiantes de la universidad de Pavía. La única gente *granada* que ha habido entre ellos han sido ochenta emigrados venecianos y ciento diez fugitivos de Nápoles y Sicilia.

Mientras que la entusiasmada muchedumbre se ha divertido á las orillas del Bisagno, que corre al Este de la ciudad, Caballero y yo hemos hecho una excursion al campo por la parte del Oeste.—Jussuf se habia marchado con los patriotas.

El dia ha sido magnífico. El campo de *Génova* tiene todavía flores de otoño, y el mes que viene las tendrá de primavera.—A la caida de la tarde prolongamos nuestro paseo por el hermoso camino de Niza.—Aquella famosa carretera, tallada, por decirlo así, en altas rocas, que salen bruscamente del mar (lo que le ha dado el nombre de *la Cornisa*), sigue las ondulaciones del extenso golfo, sobre el cual forma un continuado balcon de piedra, mientras que al otro lado no deja ver horizonte alguno, sino la enhiesta muralla del gigantesco Apenino, rasgada á veces por arroyos torrenciales.—Al decir de los que han ido á Francia por aquel lado, el camino de *la Cornisa* continúa leguas y leguas del mismo modo, dominando siempre las azules ondas del Mediterráneo.

Nosotros hemos andado solamente algunos kilómetros hasta llegar á un punto desde el cual vimos á toda *Génova* á su ancho *Puerto*, recogidos, por decirlo asi, en un solo cuadro. —El cielo estaba azul, y el sol se ponia, hiriendo de frente los cristales y las pintorescas fachadas de los palacios escalonados en las colinas.—En la mar, agitada como he dicho, se mecian centenares de buques, de los que algunos se hallaban ya en franquía.—Los vapores encendian ó calentaban sus máquinas, disponiéndose á partir....

Entre ellos distinguíamos el que debe llevarnos esta noche á *Liorna*...; pero ni Caballero ni yo nos resolvíamos á mandar al cochero que retrocediese.—Nos encontrábamos á una legua de *Génova*..; es decir, nos habíamos acercado una legua á España!.., y este pequeño viaje hácia la patria, realizado pocas horas antes de emprender otro que iba á alejarnos más y más de ella, adulaba nuestra melancolía de extranjeros.

Indudablemente, los dos pensábamos una misma cosa: «Si siguiéramos caminando de este modo, siempre por la orilla del mar, dentro de algunos dias entraríamos en España por Cataluña...»

Por fortuna, el cochero nos llamó á la razon, diciéndonos que, si nos parecia, ya era hora de volver á *Génova*.

—Volvamos, le respondimos.

El sol se ponia en aquel instante.

—¡Todavía lo verán *allí* algunos minutos! le dije yo entonces á mi amigo, como prosiguiendo un coloquio...

Y, para colmo de ilusion, al llegar á la ciudad, he leido estas palabras, escritas sobre la Puerta por donde antes habíamos salido y entonces entrábamos: GENOVA, CITÁ DI MARIA SANTÍSSIMA.

¡Lo mismo decimos de nuestra tierra los andaluces!

Cerca ya del *Hotel de la Ville*, donde vivimos, hemos encontrado la Procesion patriótica, que volvia de celebrar el *aniversario*; y como todas las calles que iban á parar á la nuestra se hallasen ocupadas por una densa muchedumbre, hemos tenido que echar pié á tierra y confundirnos con las turbas, á fin de llegar á nuestra casa, no sin emplear en ello más de una hora.

Quince ó veinte mil jóvenes, — soldados, milicianos, garibaldinos, marineros, estudiantes, labradores y mendigos,—cogidos del brazo por hileras de diez ó doce indivíduos, cada uno con un ramo de oliva en la mano, marchaban lentamente y á compás, cantando un coro de interminables estrofas en favor de Italia y de Garibaldi, y en contra de los gobiernos de Roma y de Venecia. Enormes banderas tricolores ondeaban de trecho en trecho sobre las apretadas filas. En todos los balcones se veian gentes con luces en la mano. Los puentes y calzadas que cortan ó flanquean casi todas las calles, estaban coronados de mujeres con mantilla blanca, que agitaban sus pañuelos y victoreaban á Garibaldi. A veces se interrumpia el prolongado coro que entonaban á un mismo tiempo cuarenta mil voces, y se oia un breve discurso, un viva, una frase, un nombre; y cuando aquello que se oia condensaba el sentimiento general, estallaba un aplauso unánime, un estruendoso palmoteo, en calles y balcones y á lo largo de la procesion. Todas estas cosas las hacian ordenada y gravemente, sin perder el compás de la marcha, sin escándalo, sin atropello alguno.

A la verdad, el cuadro no podia ser más imponente. Tantas luces en el aire, tanta gente en los balcones, tantos ondulantes pañuelos, tanta mantilla blanca en las escaleras que conducen de una calle á otra, tantos kepis encarnados, tantas verdes olivas, y el coro, y el aplauso, y el acompasado andar, y las banderas, y las aclamaciones... todo esto tenia algo de solemne.—No era el motin ni la parada, no era la iracunda amenaza que precede á las revoluciones, ni la desenfrenada alegría que sigue al triunfo popular: era una cosa qne yo no conocia; que yo no habia visto nunca; pero de la cual habia oido hablar muchas veces:—era, en fin, una *manifestacion pacífica.*

Esta *manifestacion* me hubiera hecho acaso reir en otras ciudades de Italia; pero en *Génova* me ha infundido respeto. Ya os he dicho que *Génova* es uno de los pueblos más belicosos y terribles de toda Europa.

. . . .

Conque partamos.—Ya son las diez, y el Vapor *Princess* en que hemos de embarcarnos leva anclas á las once.—Dejemos por unas horas el suelo italiano, y surquemos las soledades del mar bajo el pabellon de Inglaterra...

¡Ah!... ¡se me olvidaba!...—Jusuff es garibaldino.

LIBRO NOVENO.

LA TOSCANA.

I.

LIORNA.—DE LIORNA Á PISA.

Liorna, 11 de diciembre.

El Vapor *Princesa* ha tardado nueve horas en traernos de Génova á *Liorna.*

La noche ha sido terrible, y las dos cámaras han estado convertidas en dos enfermerías.—¿Qué le habíamos hecho nosotros al mar para que nos tratase con tanto rigor?

Al amanecer aplacó su furia, y al poco rato oimos las cadenas de las anclas; cesó el ruido del hélice; paróse el Vapor, y todo el mundo dijo:—*¿Liorna?—Liorna.—¡Liorna!...*, con diferentes entonaciones.

Subí sobre cubierta; y me encontré delante de una Ciudad fortificada, en un Puerto bastante concurrido y en frente de un Muelle en que se movian muchos comerciantes y marineros.

—Estamos en la *Toscana* (me dije): en la patria de Dante, de Maquiavelo y de los Médicis; donde Miguel Angel...

Pero las operaciones del desembarco me impidieron continuar mi tácito monólogo.—Dediquéme, pues, á ver.

El cielo se habia despejado y el sol iluminaba el litoral.

Allá á lo lejos, hácia la izquierda, se divisaban las aguas del Arno y algunos edificios de *Pisa*, situada á tres leguas de *Liorna.*

Pisa se bañaba antiguamente en las olas; pero las aguas se han ido retirando de ella, ó las arenas del Arno han hecho retroceder á las aguas, hasta el punto de haber hoy dos leguas de playa entre la que fue rival de Génova y la orilla del Mar Tirreno.—Lo mismo ha acontecido en la Valencia de España y en otras muchas ciudades marítimas; y, así como en Valencia se ha fundado el *Grao* sobre las.arenas abandonadas por el mar,

del propio modo nació *Liorna* y ha llegado á ser la heredera de *Pisa*, ó sea el gran Puerto de la Toscana.

Liorna, pues, es una ciudad sin historia.—Hace cuatro siglos era una aldea de pescadores y marineros, que apenas encerraria mil almas. Hoy es una grande y vistosa ciudad de 78,000 habitantes.—En cambio, *Pisa*, que tenia 150,000 habitantes en la Edad Media, sólo cuenta ahora 27,000.

El Puerto de *Liorna* fue construido á fines del siglo XVI.—Desde entonces es el lugar de cita de todos los comerciantes de Oriente. Una amplia libertad de cultos, que ha permitido erigir en la Ciudad una *Sinagoga*, una *Capilla para árabes maronitas*, dos *Templos Griegos* y otros dos *Protestantes*; el ser *Puerto franco*, y el haberse abierto *Canales* desde la orilla del mar hasta el centro de la poblacion, á fin de cargar y descargar las mercancías en los mismos almacenes, han sido estímulos más que suficientes para atraer á *Liorna* gentes de todos los paises,—aventureros, contrabandistas, desertores, piratas, renegados, comerciantes de todo y de sí mismos, que la han convertido en una especie de Gibraltar.

Cuando saltamos á tierra nos rodeó una nube de gente oficiosa, miserable y sumamente locuaz, que nos ofrecia sus servicios, y en la cual me llamaron la atencion dos cosas: la distincion aristocrática de su aspecto, y las formas correctas de su lenguaje.—Diríase que eran antiguos patricios de Florencia convertidos en pordioseros.—¡Qué finura y qué expresion en los rostros! ¡Qué fúnebre elegancia en los harapos! ¡Qué cortesía y qué insinuacion en las maneras! ¡Qué discrecion y pureza en el decir! ¡Qué exquisita adulacion en los conceptos!

Los más pobres y andrajosos tenian el tipo de los nobles personajes retratados por Ticiano: delicado perfil, largas cabelleras, severas calvas, diplomático gesto, barbas teatrales, miradas de astucia, graciosas sonrisas, frentes de inteligencia, delgada musculatura, actitudes cortesanas.—En cuanto á su modo de expresarse, hubiera dado envidia á un académico. —Ya sabia yo que los toscanos hablan bien. Tantos siglos de refinada cultura han trabajado y pulimentado su lengua de tal modo, que para decir la cosa mas sencilla se valen de mil fórmulas diferentes, á cual más retórica y galante, y de prolijos rodeos y donosos giros, pronunciados con esmerada pulcritud, enfática y melodiosamente, recortando, en fin, las sílabas y las palabras, como si declamasen en un teatro.

Excusado creo decir que estos aires principescos y esta alambicada *civiltá* del populacho me desagradaron profundamente, ó por mejor decir, me horrorizaron y movieron á compasion. Aquellos no eran *pobres:* eran *empobrecidos*. Aquella no era la clase popular, era la ruina de la clase alta. Cada hombre parecia la víctima de una tragedia. Allí no podia haber un solo desgraciado ignorante de su suerte ó resignado con ella. Ninguno era ciego de nacimiento... ¡Qué desesperacion reinaria en sus almas!—¿En dónde estaban la sencillez, la inocencia, la mansedumbre, la buena fe, la noble humildad de los *desheredados* de otros paises? ¿En dónde ese pueblo sano, fuerte, generoso, varonil, sufrido, que es en todas

las naciones como la cantera bruta de donde se arrancan las grandes virtudes, donde se tallan los más nobles caractéres, donde se conserva pura la fe, donde residen la savia y la fuerza que regeneran constantemente la sociedad?—Allí no habia tal pueblo: allí no habia más que escombros y escoria de séres envejecidos. Aquella pobreza parecia hija del juego y la bancarrota ó de la embriaguez y la pereza.

Por lo demás, pronto supe que la mayor parte de aquella gente allegadiza que obstruia los desembarcaderos, eran florentinos de la Capital.—La verdadera poblacion de *Liorna* es muy diferente; pues se compone de comerciantes de todos los paises, de activos industriales y de riquísimos contrabandistas.—Los judios, en número de 8,000, gozan de todos los derechos de ciudadanos; visten á la europea, y hablan perfectamente el español!

Las calles de *Liorna* son generalmente buenas. Entre ellas tiene fama una magnífica, llamada antes *Via Ferdinanda* y hoy *Via Vittorio Emanuele*.

La *Plaza de Armas* es tambien muy hermosa.—En ella hay un *Monumento* bastante notable, levantado en honor del gran duque Fernando I, que reinó de 1587 á 1609, y á quien *Liorna* debe todo lo que es.—Aquel monumento se reduce á una gran *Estátua* del Príncipe, labrada en mármol, á cuyos piés están encadenados cuatro esclavos de bronce.

Liorna es una de las poquísimas ciudades de Italia que no han sido Córte en ningun tiempo.—Por esto, y por haber nacido ayer, como quien dice, destinada desde luego al tráfico y la industria, carece de obras de arte.

En cuanto á su historia, se reduce á dos palabras. Ha pertenecido al Gran Ducado de Toscana hasta que éste dejó de existir hace poco más de un año, y hoy forma parte del reino de Italia.—En 1848 fue la primera que se sublevó contra la casa de Lorena.

Nosotros hemos estado alojados en un hotel que se ha llamado siempre *Vittoria*; pero cuya muestra ha sido enmendada últimamente, convirtiendo la *a* de *Vittoria* en *o* y añadiendo despues *Emanuele* con letras de diferente carácter.—Llámase, pues, hoy: *Hotel-Vittorio-Emanuele*...

R... *o*... ro; *s*... *i*... sí; *n*... *a*... na:—¡*Rosina*!

Durante las ocho horas que hemos permanecido en *Liorna*, nos ha obsequiado mucho el señor Cónsul de España.—Si por acaso llega á leer estas líneas, vea en ellas un humilde testimonio de mi gratitud y afecto.

Finalmente, Jussuf (que á la media hora de entrar en una ciudad sabe ya todo lo que hay en ella, todo lo que sucede, la topografía y la estadística, y hasta conoce á muchas personas) nos ha conducido á ver una maravilla que ha descubierto, y que él expresaba de esta manera:

—¡Venid á ver Marruecos!

El *Marruecos* de Jussuf era un gran *Bazar Oriental*,—el mejor que yo he visto hasta ahora,—en el que se venden toda clase de objetos anti-

guos y modernos, históricos ó de puro lujo, preciosos por su forma ó por su orígen, procedentes de Marruecos, de Argel, de Egipto, de Turquía, de Persia, de la Arabia, de la India, de la China, de Rusia, del Japon y de otros apartados paises.—Armas, telas, perfumes, joyas, muebles, monedas, libros, ropas, calzado, opio, café, hatchis, pieles, curiosidades arqueológícas, yerbas, flores, mómias, animales disecados, todo se encuentra en aquella magnífica coleccion, siendo aún más notable que las mercancías el personaje que las expende,—viejo cosmopolita, cuya legítima patria no hemos podido averiguar, y verdadero prodigio de erudicion acerca de la vida, de las costumbres, de las artes y de la industria de todos los pueblos de Asia y Africa.

En un coche del tren, fecha ut supra.

Son las cuatro de la tarde cuando salimos para la ilustre *Pisa*.

El viaje se hace en ferro-carril y en poco más de media hora.

El país que se recorre entre las dos ciudades es amenísimo, aunque lo inundan frecuentemente las aguas del Arno.

En el tren van muchos ingleses que se dirigen á *Pisa*, á fin de pasar en ella el invierno; pues el clima de *Pisa* es uno de los más dulces de Europa, y está muy recomendado á los tísicos.—Baste decir que el frio no baja nunca de los siete grados sobre cero, ni el calor sube de los veinte y cuatro.

En el mismo coche que nosotros van tres elegantísimas inglesas, dos de las cuales son jóvenes y hermosas y parecen hijas de la tercera.—¡Ay! todas tres necesitan respirar los aires benignos de los *Montes-Pisanos*!

Particularmente una de las jóvenes, se asemeja á una azucena marchita.—En sus ojos azules se entrevé ya la Eternidad. Dos largos bucles de amarillo pelo oscilan sobre su cuello de cisne. Su semblante parece de marfil, y recuerda los ideales rostros de los serafines pintados por Beato Angélico.

Su hermana, que es mayor y promete un año más de vida, la mira con miedo, veneracion y ternura, como diciendo: *Ella morirá antes que yo. Si ella se salvara, yo me salvaria. Pero cuando ella expire, yo empezaré á agonizar.*

La madre, que les ha legado la enfermedad, las contempla con un doloroso remordimiento y como avergonzada de vivir todavía...

¡Pobre madre! Tal vez no ha muerto ya, por no dejar solas á estas dos caras prendas de su amor y su cuidado: quizá la enfermedad de sus hijas es el único sosten de su existencia: quizás no siente su propio mal, porque está toda consagrada al mal ageno.—¡Ah! No es este el único caso en que el amor sirve de medicina. ¡No siempre tiene uno tiempo de morirse! El que vive en otro, no puede morir *en sí*.—Es como si un asesino viniese á matarnos y no nos encontrase en casa...

Mientras yo pienso de esta manera, el tren se acerca á *Pisa*, *á Pisa la morta*, como poéticamente la llaman los italianos.

II.

PISA.

(Escrito en Florencia).

Pocas ciudades tendrán una historia tan dramática y tan gloriosa como *Pisa*.—Fundada por los griegos; engrandecida por los romanos; asiento despues de Marqueses y Condes que la gobernaron soberanamente; República, en fin, no ménos ilustre que las de Génova y Venecia, y rival y vencedora de ellas en muchas ocasiones, *Pisa* dominó largo tiempo en el Mediterráneo, donde sus galeras fueron tan respetadas como temidos sus ejércitos en tierra.—Ella arrancó á los sarracenos la Cerdeña y las Islas Baleares; envió sus hijos á la conquista del Santo Sepulcro; luchó denodadamente con los piratas que rondaban las playas de Europa, como los lobos los apriscos; llevó su comercio de Cádiz á Crimea, y con él la civilizacion y la cultura; fué emporio de las ciencias y de las artes, y asombró al mundo con sus monumentos. Pero, desgraciadamente para ella, conservó su carácter díscolo y guerrero en sus relaciones con Luca, Génova y Florencia, sus hermanas y vecinas, y militó bajo el estandarte *gibelino* en las grandes luchas del Imperío con el Papado. Esto le enagenó las simpatías de Italia. Sus rivales cayeron entónces sobre ella (1250); destruyeron sus escuadras; devastaron su territorio; la conquistaron, en fin, y la hicieron decaer y agonizar... precisamente en el instante que se levantaban y empezaban á florecer muchas otras ciudades de la misma Península.

La agonía de *Pisa* se prolongó todavía dos siglos.—Durante ellos, se revolvió desesperadamente bajo el yugo de Florencia, sacudiéndolo más de una vez, gracias al heróico esfuerzo de los pisanos... y hasta de sus mujeres, que se batieron denodadamente, eclipsando el valor de los más fuertes varones, el último dia de la libertad de *Pisa*.—Despues de este supremo combate, y en tanto que los florentinos entraban por una puerta de la capital, la mitad de los pisanos emigraba por las otras...

El mar, indignado (que diria un poeta místico) de rendir tributo á una ciudad abierta á moros y judíos, turcos y árabes y toda clase de enemigos de Dios, se habia retirado entre tanto de sus muros, y Liorna surgía en la nueva playa, atrayendo al resto de la poblacion de *Pisa*...—Quedó, pues, ésta casi despoblada, *muerta* como se halla hoy, y á merced desde entónces de los victoriosos florentinos.

Se podría, pues, asegurar que á *Pisa* le ha acanzado la enérgica maldicion de Dante:

¡Ahi Pisa, vituperio delle genti
del bel paese lá, dove 'l *sí* suona!
Poiché i vicini á te punir son lenti,

muovansi la Capraia è la Gorgona,
è faccian siepe ad Arno in su la foce,
si ch' egli anneghi in te ogni persona.

La *Capraia* y la *Gorgona* no se han movido, ni el Arno ha ahogado *á toda persona* en la ciudad *vituperio de las gentes* del bello pais en que se pronuncia con tanta suavidad el monosílabo del amor; pero no por eso ha dejado *Pisa* de expiar amargamente sus errores.

Cuando nosotros entramos en la ciudad, estaba diluviando.

Pisa es uno de los puntos más lluviosos de la tierra. Por término medio, llueve allí ciento veinte dias cada año.

Las calles, rectas y anchas, estaban desiertas y silenciosas.

Nosotros nos hicimos conducir al *Hotel Poverada*, situado á la orilla derecha del caudaloso *Arno*.

Este célebre rio, tan cantado por los poetas, parte en dos mitades la Ciudad, y tiene alguna semejanza con el *Canal Grande* de Venecia.—La diferencia consiste en que los edificios que se miran en el Arno no son tan bellos como los de la reina del Adriático, y en que entre las casas y el rio de *Pisa* hay dos anchos y no interrumpidos Muelles. Pero la amplitud de la corriente canalizada, la curva que forma, la serenidad de sus cristales, la escasez de puentes y la multitud de barcos que cruzan de un lado á otro, traen á la imaginacion el plácido recuerdo del bellísimo Canal veneciano.

Esperando á que cesase ó se mitigase la lluvia, pasamos la tarde sin salir del Hotel.

Una de las veces que nos asomamos al balcon á consultar el cielo, reparamos en un gentío inmenso que se habia acumulado en la puerta de más abajo (como suele decirse), ó sea á la puerta del *Hotel Vittoria*.

Poco despues llegó un batallon de Milicia Nacional, precedido de su banda de música, que tocaba una marcha fúnebre.

En seguida acudieron Corporaciones con hachas encendidas, muchos carruajes, y clérigos, y cruces, y estandartes.

Indudablemente, aquello era un entierro...

Un entierro era.—En el *Hotel Vittoria* habia muerto ocho dias antes el Príncipe de Siracusa, hermano de Fernando II de Nápoles y tio del actual Rey ó ex-Rey de las Dos Sicilias.

Esta noticia la habia yo leido en Turin, no imaginando ni remotamente que presenciaria el entierro de S. A. R. al cabo de tantos dias y de tantas leguas.

El cadáver del Príncipe habia permanecido expuesto en el Hotel aquellos ocho dias, despues de haber sido embalsamado, esperando á que dispusiese de él la Familia Real de Nápoles; pero, como ésta no resolviese nada, y el hostelero se quejase de los perjuicios que le traia á su establecimiento la honra de aposentar al augusto finado, las Autoridades de *Pisa* habian convenido en trasladarlo... nosotros entendimos que *á una igle-*

sia, desde donde seria conducido definitivamente al lugar que determinase S. A. el Príncipe de Carignan, hermano de Victor Manuel y *Luogotenente General* de la Toscana.

La explicacion de todo esto se alcanza fácilmente. El Príncipe de Siracusa ha representado en Nápoles, desde la muerte de Fernando II, el mismo papel que representó en España el Infante don Cárlos á la muerte de Fernando VII, con la sola diferencia de que el Pretendiente napolitano, para disputar la corona á su sobrino, enarboló la bandera *liberal.*— Supongo que conoceis sus famosos escritos de estos últimos tiempos.— Ahora bien; como este Borbon ha sido liberal, la Toscana, ó sea la Italia, se ha creido en la precision de hacerle funerales, mientras que el Sitiado de Gaeta, fundándose en la mismísima razon, no se ha dado por entendido de que tal hombre fuera hermano de su padre.

Como quiera que sea, el Entierro pasó por debajo de nuestros balcones, siguiendo por la orilla del rio, en cuyas aguas se reflejaban tristemente la fúnebres antorchas. La lluvia, las armonías de la banda militar, el canto de los clérigos, el caudaloso Arno, la silenciosa muchedumbre que coronaba los Muelles, la tenebrosa noche, y el acontecer todo esto en una ciudad tan romántica y lúgubre como *Pisa*, daban á aquel espectáculo una poesía melodramática, digna por cierto de la Grande-Opera.

Muy entrada ya la noche, cesó la lluvia; lo cual nos animó á ir al Teatro.

El *Real Teatro de Pisa*, alumbrado con aceite, es tan malo como barato. La compañía nos pareció regular. La comedia era detestable, á pesar de su correcto y elegante estilo. El públíco se componia de jóvenes imberbes, entre los que se veian algunos garibaldinos.

Aquellos mozalvetes ocupaban todos los palcos, en los que fumaban y comian que era un contento.—¡Ni una mujer por ningun lado!—El Teatro, más que un templo del Arte, parecia una de esas tabernas en que la juventud viciosa se reune á hacer gala de su pésima educacion ó de su desenfrenado cinismo.

¡Y qué propio de ilustres ciudades arruinadas es semejante estado moral de la clase media! ¡Cuánta gracia y cuánto talento, y cuánta corrupcion y vileza á un tiempo mismo, revelaban las bufonadas soeces de aquellos holgazanes!—Ellos aplaudian á los actores segun iban saliendo, y los silbaban segun se iban marchando: ellos ofendian con sus obscenas demostraciones á las famélicas actrices: ellos buscaban en la comedia ocasion de lanzar ingeniosos epigramas contra la Francia, que los ha libertado de la tiranía: ellos interrumpian la representacion con discursos que hubieran sido donosos si no hubieran sido groseros: ellos, en fin, me confirmaron en una idea que ya me había ocurrido por la mañana al desembarcar en Liorna, á saber: que los pueblos de Italia van siendo más y más viejos y experimentados, más y más pobres de virtud y energía, más y más ricos de genio y hermosura, más y más corrompidos y mise-

rables, á medida que se avanza hácia el Sur, á medida que se aleja uno de los Alpes, á medida que se acerca á... Grecia.

Esta proposicion no la consigno todavía más que como mera sospecha...

Ya juzgaremos al final de la jornada.

A la mañana siguiente me levanté muy temprano y salí á visitar los famosísimos monumentos de *Pisa*.

El dia habia amanecido sereno, puro, radiante. El cielo y el Arno ostentaban un azul vivísimo, que me recordó las primaveras de Andalucía. Los árboles de los jardines, lavados el dia anterior por la lluvia, estaban verdes, limpios, rozagantes, como en marzo, cuando despliegan sus hojas nuevas. El sol ardia en el horizonte, tan fúlgido y alegre cual, si en vez de vibrar sus rayos desde el Trópico de Capricornio, avanzase por la Eclíptica hácia el Trópico de Cáncer.—¿Qué más? Las friolegas moscas revolaban gozosamente en la templada atmósfera, olvidadas sin duda de que ya estábamos á doce de diciembre.

—¡Hermoso dia para los tísicos! exclamé yo, pensando en las inglesas que tanto habia compadecido la víspera.

Antes de dirigirme á la célebre *Plaza de la Catedral*, en que están reunidos los cuatro grandes Monumentos de *Pisa*, recorrí toda la Ciudad, entrando en algunas *Iglesias*, de las que solamente recuerdo á *Santa María de la Espina*, donde ví algunas hermosas *Estátuas* del ilustre Juan de Pisa; á *San Nicolás*, cuyo *Campanario*, obra del mismo autor, está ligeramente inclinado; pero del que no debemos ocuparnos cuando tenemos que ver el maravilloso *Campanile* del *Duomo*; á *San Miguel*, cuya Fachada de galerías de arcos, levantadas unas sobre otras, empezó á iniciarme en el secreto de la originalísima arquitectura pisana, fusion del estilo bizantino con el gusto greco-romano y primer paso del Renacimiento; y por último, á *San Pablo*, notable en el mismo sentido, y además por el lujo y la elegancia de su Interior.

Tambien saludé al paso la antiquísima y renombrada *Universidad*, llamada *La Sapienza*, fundada el siglo XII y construida el siglo XV, y donde el insigne *Galileo*, hijo de Pisa como todo el mundo sabe, explicaba matemáticas en 1592, cuando principiaron á perseguirlo en nombre de la Ciencia, como despues lo persiguieron en nombre de la Religion.

Pisa, la patria de tantos grandes escultores y arquitectos, ha sido estéril en afamados pintores: así es que la *Academia de Bellas-Artes* sólo encierra algunas obras, raras por su antigüedad, muy preciosas para que los peritos estudien la historia del arte; pero de ningun modo para solaz de un profano como yo.—*Transeamus*, por consiguiente.

Excusado es decir que, para ver todas estas cosas, fuí y vine por las principales calles y plazas de la ciudad y pasé y repasé varias veces los tres puentes tendidos sobre el Arno.—En las calles no encontré más que soledad y silencio, yerba entre el empedrado, muchas casas cerradas y

algun ruinoso palacio de elegante arquitectura.—En las plazas ví algunos vendedores acampados con sus mercancías, muchos paseantes que tomaban el sol, y algunas *Fuentes* y *Estátuas* levantadas en otros siglos, y que, como los ancianos que han quedado sin familia, parecian esperar ya solamente sobre la tierra á que el tiempo las derribase.

En la *Piazza de' Cavalieri*, busqué inútilmente la *Torre del Hambre*, en que estuvo encerrado el *Conde Ugolino* con sus hijos y sus nietos.—Aquella Torre, inmortalizada por Dante, fué destruida en el siglo XVI; pero aún se muestra el lugar en que se alzaba, y aún pudo fingirse allí mi imaginacion el lúgubre cuadro de la nefanda tragedia...

¿Quién no ha leido, ó quién no ha oido celebrar, aquellos sublimes tercetos del poeta florentino, en que hace referir al infortunado Conde sus espantosas desventuras?—La poesía no ha ideado nada tan horrible como el momento en que Ugolino oye clavar la puerta de su prision, precisamente á la hora en que esperaba verla abrirse y dar paso á los carceleros con la comida para él y para sus hijos.—El prisionero lo comprende todo... Se trata de hacerles morir de hambre.—Entónces mira á sus hijos sin hablar una palabra:

Ond'io guardai
nel viso a' mie' figliuoi senza far motto...

El no lloraba... Lloraban ellos...

Io non piangeva...
Piangevan elli...

Pasaron dias... Ugolino vió morir uno tras otro á sus cuatro descendientes... ¡Y aún esperó tres dias más, arrastrándos á tientas sobre ellos y llamándolos por sus nombres!...

¡Despues... más que el dolor, pudo el ayuno!

Poscia, più che' l dolor potè'l digiuno.

¡Con esta horrible frase termina el Conde su relacion! En seguida vuelve á coger el *misero cráneo* que roia cuando Dante se acercó á él, y le clava unos dientes

che furo all' osso, como d' un can, forti.

¡Ah! ya le habian dicho un dia sus hijos, al verle morderse las manos y creyendo que lo hacia por hambre:

—«Padre: ménos nos doleria que comieses de nosotros: tú nos vestiste estas míseras carnes: de ellas despójanos.»

.....Padre: assai ci fia men doglia
se tu mangi di noi: tu ne vestisti
queste misere carni, è tu le spoglia.

Pero el Conde no se mordia entónces las manos porque tuviese ham-

bre, sino porque le ahogaba el dolor al mirar el rostro de sus hijos.—Callóse, pues; y *callados* pasaron aquel dia y otro.

Quel di e l' altro stemmo tutti muti.

¡Despues fué cuando el ayuno pudo más que el dolor!—¡Espantoso martirio!...

Pero dejemos esto; que no estamos en el caso de traducir ahora todo el canto XXXIII del *Infierno*, ni tampoco nos seria posible omitir de él palabra alguna, á poco más que recordásemos su feroz belleza.

Recitando las sentidas imprecaciones con que termina Dante este episodio de su poema, dirigí por último mis pasos á la *Piazza del Duomo*, situada en un extremo de la ciudad, lindando ya con el muro de circunvalacion.

La soledad y la tristeza que reinan en toda *Pisa*, llegan á ser absolutas en aquel barrio. Ni los escasos rumores de la poblacion, ni su pobre comercio, ni los pocos carruajes que la cruzan llevando viajeros de un ferro-carril á otro, nada, en fin, alcanza á turbar la melancólica quietud de aquella Plaza desierta en que se levantan, á la manera de gigantescos monumentos sepulcrales, las cuatro maravillas de *Pisa*, sus cuatro escudos de nobleza, sus cuatro títulos á la admiracion y al respeto de las ciudades que la han dominado y empobrecido;—la *Catedral*, el *Campanile*, el *Battisterio* y el *Campo-Santo*.

Todo el mundo está de acuerdo en ello: la *Piazza del Duomo* es una de las más bellas que existen.—A mí me ha recordado la *Piazzetta* de Venecia; me ha hecho adivinar la famosa *Plaza del Duque* de Florencia, y me ha llevado á imaginar lo que serian el *Foro Romano* ó las *Plazas de Atenas*, en que se veian expuestas al aire libre tantas y tantas maravillas de arte.

En el centro de la Plaza se levanta la *Catedral*, erigida en accion de gracias á la Vírgen María por la victoria que alcanzó la República sobre los agarenos en la Isla de Sicilia.—La construccion es de los siglos XI y XII.—La *fachada*, graciosa y bella, consiste en cinco órdenes de arcos, elevados unos sobre otros. Semejante edificacion, bizantina en su conjunto, greco romana ya en sus pormenores, presta al grandioso Templo una ligereza, una levedad, una elegancia aérea que recuerda el estilo veneciano. Tanta delgada columna, tanta hueca galería, la airosa cúpula, hasta las mismas combinaciones de mármoles blancos y negros, empleadas en Pisa con mayor acierto que en Génova, contribuyen á dar al *Duomo* aquella hermosura *externa*, *material*, *física* que encontramos en la Catedral de Milan.—El *interior* de la *Catedral* corresponde al exterior. Allí se ven cinco hermosas naves de la misma arquitectura medio bizantina, medio romana. En torno de ellas gira una galería alta, destinada á las mujeres, segun era costumbre en los primeros siglos de la Iglesia. Hermosos altares, magistrales estátuas (algunas del inspirado Juan de

Bolonia) y muchas pinturas de Andrea del Sarto adornan el recinto de aquel famoso Templo, que sirvió de modelo durante muchos años á los mejores arquitectos de Italia.

Aislados tambien en la extensa *Plaza*, levántanse, á uno y otro lado de la Catedral, dos maravillosos edificios, que pudiéramos llamar accesorios ó *dependencias* de ésta:—el *Battisterio* y el *Campanile,* ó sea la Capilla bautismal y el Campanario.

El *Battisterio*, rotonda preciosísima de afiligranado mármol, armoniosa combinacion de arcos romanos y de ogivas góticas, parece una de aquellas joyas labradas de plata y oro que se muestran bajo un fanal en el *tesoro* de algunas catedrales.—En su interior son de admirar la *Pila de mármol* que sirve de Jordan á los pisanos, y un *Púlpito* de Nicolás de Pisa, monumento y prodigio de la escultura de la Edad Media.—Por último: la alta bóveda de la *Cúpula* produce uno de los *ecos* más notables que se conocen en el mundo. Cualquier sonido, por inarmónico y desapacible que sea, al llegar á aquella altura, se descompone en varios acentos melódicos, artísticamente acordados, formando un cántico celestial que se prolonga durante mucho tiempo, cual si lo fuesen repitiendo invisibles coros de ángeles.—Y si por ventura es una frase musical la que se lanza desde abajo, entonces el concierto aéreo (que parece formado de cien diferentes voces, unas graves, otras agudas, ora infantiles, ora profundas como la salmodia de austeros monjes, ya de apasionado timbre femenil, ya de viriles y vehementes vibraciones) se convierte en una verdadera sinfonía religiosa, digna de los célebres órganos de las catedrales de Alemania.

Del Bautisterio fuí al *Campo-Santo*, dejando el *Campanile* para lo último, por comprender que desde su alta plataforma habia de hacer el resúmen de mis impresiones en *Pisa.*

El *Campo-Santo* se extiende al Norte de la plaza, presentando al exterior un severo muro de 400 á 500 pies de largo, sobre el cual ha trazado, pero no roto, el arquitecto una sucesion de arcos tan nobles y sencillos como exigia aquel lugar, consagrado á un mismo tiempo por la Religion, por el Arte y por la Historia.

El *Campo-Santo* no es el Cementerio *general* de Pisa. Es el asilo de gloria de sus grandes hombres. Dicho se está, por consiguiente, que tampoco es el Cementerio *actual* de la poblacion. Lo era, cuando la poblacion encerraba genios y héroes.—Hoy es el *Panteon histórico* de las pasada grandezas de Pisa.

En el siglo XIII, la poderosa República pisana, conociendo que iba á morir, hizo, como si dijéramos, el inventario de sus glorias, y se levantó á sí misma aquel inmenso mausoleo, ó aquel olimpo fúnebre, para encerrarse en él con sus riquezas, á fin de que la posteridad no desconociese nunca su antiguo poderío.

Para ello, comenzó por cubrir todo el suelo que habia de ocupar el

Campo-Santo, con tierra traida exprofeso de Jerusalem por los Cruzados, y en seguida llamó á uno de sus hijos más ilustres, al célebre escultor y arquitecto Juan de Pisa (hijo de Nicolás, de quien ya hemos hablado), y le dijo: «Eleva un templo á tu gloria y á la de tu patria.»

El Templo levantado por Juan de Pisa es un rectángulo de la longitud indicada, y de 104 pies de anchura. El interior se reduce á un melancólico *Patio*, en torno del cual corren cuatro hermosas *Galerías*, formadas por una sucesion de arcos ojivales abiertos á la luz. Los muros opuestos á los arcos son famosos en todo el mundo por las magistrales *Pinturas al fresco* que los visten. Al pie de ellas se encuentran las largas séries de *Sepulcros*, *Inscripciones*, *Trofeos*, *Estátuas* y demás monumentos de todo género con que *Pisa* ha dado vivos testimonios de gratitud y admiracion á todos y á cada uno de sus varones insignes.

Entre los *Frescos* merecen particular mencion los de Benozzo Gozzoli, discípulo de Beato Angélico, los de Andrés Orcagna y los de Giotto.—Casi todos ellos se refieren á asuntos del Antiguo y Nuevo Testamento.

Orcagna tiene además dos obras renombradísimas. Una es el *Triunfo de la Muerte*, digno por cierto de la terrible imaginacion de Dante.—En aquella inmensa pintura se ven en un lado muchos enfermos que llaman á la *Muerte* con estas palabras: ¡*Oh morte, medicina d'ogni pena*!... Pero la *Muerte* los deja sufrir, negándose á consolarlos. En cambio, asesta sus golpes á unos gallardos Mancebos y hermosas Damas que reposan de una cacería, á la sombra de verdes árboles, bajo una bandada de *Amores*, oyendo cantar á un Trovador y mirándose con la alegría que dan la juventud, la hermosura, la pasion y las riquezas. No léjos se distingue un monton de cadáveres de Reyes, Obispos, Guerreros, Monjas y otros personajes. Los Angeles y los Demonios andan rebuscando en el monton, á fin de llevarse cada uno el alma que le pertenece...—¡Y cosa extraña! Los Demonios se llevan por lo regular las almas de aquellos que por su profesion ó su estado parecian estar *asegurados contra el incendio eterno*.

La otra obra de Orcagna es el *Juicio Final*, muy superior en mi concepto al de Giotto que ví en Pádua, y más admirable, en opinion de algunos críticos, que el de Miguel Angel, si no por la forma humana, por el sentimiento religioso.—Hay en medio de esta sublime composicion un *Angel Custodio*, lleno de terror al ver perdidas las almas que estaban á su cuidado, que es un portento de ternura y de belleza.

Las pinturas del *Campo-Santo* que pasan por de Giotto, son precisamente las más deterioradas por el tiempo ó por las restauraciones, y representan los *Infortunios de Job*. Entre ellas hay una magnífica escena en que el Demonio le pide á Dios permiso para tentar á Job, mientras que algunos Angeles se oponen á ello. ¡Uno de aquellos ángeles; uno, que me parece estar viendo todavía; uno, que se diria dibujado por Rafael y pintado por Murillo, vale mil obras maestras de las que más fama gozan en el mundo!

En cuanto á los portentos de escultura que encierran aquellas cuatro

galerías, fuera interminable su mera enumeracion. Allí se ven *sarcófagos griegos, bajo-relieves bizantinos, sepulcros romanos*, centenares de *estátuas* labradas por los primeros maestros de Pisa, *medallones* con bustos de personajes célebres, *lápidas* conmemorativas, *monumentos* de mil clases, traidos de diferentes paises por la audaz República y destinados á guardar las cenizas de los Pisanos ilustres:—ora una sencilla *urna*, ora un grandioso *mausoleo*, aquí una preciosa *columna antigua*, allí fragmentos de *altares paganos*; todo en confusion y desórden, atestiguando juntamente la belleza y la destruccion, la presencia del hombre en los siglos y la constante victoria del tiempo sobre el hombre....—Tal es aquel Museo vivo; aquella Ciudad muerta.—¡Nada tan patético ni tan romántico como semejante lugar!

Figuraos ahora el cielo azul tras las caladas ojivas, las estátuas yacentes de las damas góticas, las fantásticas pinturas de las paredes, la tierra santa que hollaban mis pies, el silencio y la soledad que reinaban en los claustros, los nombres escritos en los sepulcros, la muerte y el abandono actual de *Pisa* y todas las demás tristes y religiosas imágenes que cruzarian por mi mente, y podreis comprender la profunda emocion con que recuerdo y recordaré eternamente las horas que pasé en aquel recinto.

Ni fué esto todo.—Al asomarme á una Capilla que hay á la mitad de la Galería del Norte, ví en el suelo un féretro forrado de terciopelo negro, sin blandones ni guardianes; pero flamante todavía...

—¿Qué gran pisano ha muerto? pregunté al conserje.

—No es un *pisano*, (me respondió aquel hombre con desden). Es el Príncipe de Siracusa. La Ciudad de Pisa lo ha depositado en este lugar, en tanto que el ex-Rey de Nápoles le designa sepultura.

—¡Noble hospitalidad, por cierto! (pensé yo). ¿Cuándo hubiera soñado el Príncipe reposar, aunque sólo fuese unos pocos dias, entre tan grandes hombres?

Y, en verdad sea dicho, aquel muerto, desheredado de una tumba, olvidado en tierra extraña, y á quien se creia demasiado grande para ocupar una fosa cualquiera, y demasiado pequeño para reposar en el *Campo-Santo* de los héroes, movióme á piedad y lástima, y no pude ménos de compadecer tambien los adversos destinos de tantos otros príncipes y magnates de Italia como están siendo víctimas de sus lamentables errores y de las vicisitudes de la suerte.

Con estos pensamientos me dirigí al *Campanile*, última ya de las maravillas que encierra la *Plaza del Duomo*; pero maravilla tan grande, que asombra y pasma al viajero, áun despues de haber contemplado las que acabo de describir.

La *Torre inclinada* de Pisa no asusta tanto como las de Bolonia; lo cual no consiste en que su inclinacion sea menor que la de éstas, ni en que su estructura no es tan compacta; sino en que es extraordinariamente bella como obra de arte.—Resulta, pues, que, al considerar su

amenazante aspecto, é imaginar que aquella mole puede caerse, se teme por la Torre misma; no por los edificios ni por los hombres que cogiera debajo.

Su forma es cilíndrica, y se compone de ocho elegantes columnatas circulares levantadas unas sobre otras. La altura general de tan gracioso edificio es de 54 metros. Su inclinacion fuera de la perpendicular, 4 metros, 319 centímetros.—Por lo demás, está ya averiguado que los autores del *Campanile* (Bonnano de Pisa y Guillermo d'Insbruck, famosos arquitectos del siglo XII) no se propusieron de modo alguno hacer una torre *inclinada*; pero que, habiendo cedido el terreno y desniveládose su obra cuando ya habian construido los cuatro primeros pisos, concibieron la idea de seguirla diagonalmente, vista la celebridad que gozaban las Torres Inclinadas de Bolonia. Así es que sólo desde el cuarto piso en adelante, las columnas de un lado son más altas que las del otro; diferencia que habria habido entre ellas desde el primer piso, si el objeto hubiese sido desde luego (como lo fué despues, y á la postre se consiguió) que el plano superior de la Torre resultase horizontal, sin que ésta perdiese por ello á primera vista sus armoniosas proporciones.

Al pie del *Campanile* dice una *lápida* que Galileo hizo en él largos estudios acerca de las leyes de la gravedad.—A lo que yo respondí mentalmente:

—¿Quién sabe lo que debe la ciencia á la inclinacion de esta Torre? Aquí Galileo, con un hilo y un plomo, descubrió el secreto del universo, el movimiento de la Tierra, las afinidades de los astros. En seguida, iniciado ya en el misterio de la atraccion, inventa el telescopio, y sumerge su mirada en las profundidades del infinito....—Todo esto se hubiera hecho despues; yo no lo dudo; pero ¿cuándo?—¿Por dónde iriamos hoy? ¿No son de nuestro tiempo la invencion de la telegrafía eléctrica, la aplicacion del vapor, los prodigios de la fotografía?—¡Pues bien pudiéramos lo mismo haber leido ayer, *verbi gratia*, entre el chocolate y el almuerzo, al hojear una Revista de Ciencias, la singular noticia, la asombrosa *novedad*, de que el Sol no viaja alrededor de la Tierra, sino que la Tierra está en contínuo movimiento en torno de su eje y alrededor del Sol, sin que por eso se vacien los mares, ni se nos suba, digo, *se nos baje* la sangre á la cabeza!—¿Qué? ¿No nos aguardan todavía sorpresas de este tamaño? ¿Sabemos por ventura los milagros que encierra esa frase escarnecida,—befada como todo lo grande y noble que ha aparecido en el horizonte de las ciencias, de la moral, de las artes y de la literatura; esa frase, que equivale á una profecía, y de la cual abusan hoy los impostores, los charlatanes y los empíricos; esa frase, en fin, que encierra todo el misterio de la naturaleza humana...—el *magnetismo animal*, para decirlo de una vez?

Siente bajo su planta Galileo
nuestro globo rodar... La Italia ciega
le ofrece en premio un calabozo impío...
y el globo en tanto sin cesar navega
por el piélago inmenso del vacío.

Así habló nuestro Quintana.—Galileo habia dicho lo mismo en menos palabras á los setenta años de edad, el dia en que la Inquisicion de Roma le obligó á abjurar de rodillas sus *errores* astronómicos:

—« ¡*E pur si mouve*! » exclamó el gran matemático.

Pero subamos al *Campanile*.

Los 338 peldaños de la escalera de aquella Torre se parecen á los de todas las torres del universo en lo penosos que son de subir; mas, una vez en lo alto de la de *Pisa*, se da uno por recompensado de tal fatiga con el delicioso panorama que se despliega ante los ojos.

Una feracísima llanura, que termina por un lado en el Mar y por otro en los Montes Pisanos;—toda *Pisa*, extendiéndose á vuestros pies, partida por el Rio, sobre el cual se dibujan tres hermosos Puentes, y rodeada de Jardines verdes como en Mayo;—cuatro Ferro-carriles (de los cuales uno va á Liorna; otro á Florencia, pasando por Luca, Pistoja y Prato; el tercero, más directamente á Florencia, enlazándose con la gran línea que llega á Siena y se dirigirá con el tiempo á Roma; y el cuarto, que está en construccion, á Génova por la Spezzia);—amarillas Carreteras que, como ondulantes cintas, cortan en todas direcciones el frondoso llano;—*Liorna* en lontananza, bañándose en el mar;—luégo las islas *Gorgona* y *Capraia*, de que habla Dante, campeando solitarias en medio de las olas;—más lejos, la erizada silueta de la *Isla de Córcega*,—y en otro lado, un pedazo de la *Isla de Elba*, saliendo bruscamente por detrás de un cabo de la Tierra Firme...—tal es el asombroso cuadro que se descubre, y que yo contemplé extasiado aquella mañana, desde lo alto del *Campanile*.

¡*Córcega* y *Elba*! ¡La cuna y la prision de Bonaparte; su oriente y su ocaso!—¡Y allá... al término del horizonte, la extension del Mediterráneo, el camino del Océano, el derrotero de Santa Elena!

Entre Elba y Córcega... ¡qué poema de gloria! ¡Cuánto poder! ¡Cuánto genio! ¡Qué elevacion y qué caida!

Due volte nella polvere,
due volte sull' altar!...

¡En Córcega, un estudiante oscuro: en Elba, el emperador de Europa destronado!—Y, por medio, mil batallas, ó sea una batalla sola contra el antiguo mundo; batalla en que los Ejércitos de Napoleon tocan con sus alas en Cádiz la invencible y en Moscou la incendiada; batalla que dura veinte años, y que tiene su episodio en Egipto; batalla, en fin, que pierde á la postre el arrojado corso, cuando, al llegar la tarde de su estrella, empieza á retirarse simultáneamente de Cádiz y de Moscou, perseguido por el pueblo español y por el frio de Rusia, hasta que, estrechándose cada vez más el círculo de su imperio, queda reducido al peñasco de Elba, precursor del de Santa Elena.

—¿Y qué ha quedado de aquel hombre? (preguntéme yo en tal momento, tornando la vista hácia Francia). ¿Qué resta de su genio? ¿Qué de sus planes? ¿Qué de la obra del segundo César, del segundo Cárlo

Magno?—¡La alianza de Francia con Inglaterra!... ¡La razon mercantil, convertida en razon de Estado; la tiranía, sin la disculpa de la gloria; la perturbacion, sin la enseñanza de la libertad; el insulto de Santa Elena no vengado; la independencia de Italia, emprendida como un negocio, y temida y escatimada cuando se convierte en una magnífica y pasmosa resurreccion; Roma, farisáicamente protegida, estratégicamente ocupada; una escuadra en Gaeta, prolongando la agonía de sitiados y sitiadores; ¡por todas partes la duda ó la codicia, la debilidad ó la fuerza bruta!...—¡Y, como justificacion de tanta mengua, el temor á la plebe; el miedo á un millon de desgraciados que cifran el ideal de su ventura en la posesion del pan ageno!!!...»

—Hé allí nuestro camino: (me decia en tanto mi amigo Caballero, señalando al ferro-carril de Florencia por *Luca)*. Son las dos y media... Estamos precisamente encima de la Estacion... El tren sale á las tres ménos diez minutos... De *Pisa* á *Luca* se va en tres cuartos de hora... Nuestro equipaje nos espera al pie de la Torre... Partamos!...

—¡Sí... sí: bajemos del *Campanile!* contesté yo, asombrándome de ser todavía tan entusiasta.

Y pocos minutos despues corríamos á toda máquina con direccion á *Luca*.

III.

LUCA.

(Escrito en Florencia.)

El ferro-carril de Pisa á *Luca* faldea primero los *Montes Pisanos* (cubiertos de frondosa arboleda y célebres por sus mármoles riquísimos, asi como por sus aguas termales), y penetra en seguida en una estrecha garganta, que dá paso á otro valle cruzado por el caudaloso *Serchio*.

En medio de aquel valle se asienta *Luca*.—Y hé aquí (como dice Dante:)

perchè i Pisan veder Lucca non ponno,

Al principio, no se vé de la Capital del antiguo Ducado más que la cuadrada *Torre* de la Catedral; pues *Luca* está cercada de anchas murallas no muy altas, ceñidas por un foso y plantadas de pomposas alamedas, que forman como un nido de flores y verdura dentro del cual queda escondida la poblacion.

En torno de aquella gran maceta se extiende una amena llanura rodeada de ásperas montañas, en la que se ven á lo lejos tres ó cuatro pueblecillos...—Y á esto se reduce todo el *Estado de Luca*...—¡Porque ya sabreis que, al pasar los Montes Pisanos, habíamos entrado en otra *ex-nacion*,—que era todavía un *Reino independiente* hace trece años!...

Salva la hipérbole, pudiera decirse que la historia particular de *Luca*

hace más bulto que todo su territorio. Básteos recordar que *Luca* ha sido República popular, República aristocrática, Consulado feudal del Austria, Provincia de Milan, de Pisa y de Florencia, Patrimonio de la Santa Sede, Propiedad de una hermana de Napoleon, Ciudad etrusca, ligur, romana, gótica y lombarda, y otras muchas cosas más.—Los unos la vendieron por dinero: los otros la dieron en dote á sus hijas: estos la conquistaron á sangre y fuego; aquellos la libertaron generosamente...—Una sola cosa la califica, y constituye la unidad de su carácter: el haber sido siempre *güelfa* en las guerras del Imperio con el Papado, y por lo tanto, enemiga de Pisa.

Ya digimos en Parma que el último Soberano de *Luca* fue Cárlos II de Borbon, hijo de la Reina de Etruria y primo hermano de la actual Reina de España, el cual dejó este trono por el de Parma, en 1847.—Desde entonces hasta el año pasado, *Luca* ha sido una de tantas Provincias del Gran Ducado de Toscana.

Hoy el Gran Ducado de Toscana ha perdido tambien su autonomía, fundiéndose en el Reino italiano.—Es la historia de los arroyos que van á los rios y de los rios que van á la mar.

Luca tiene casi el mismo aspecto y algunos menos habitantes que Pisa; pero como la ciudad es más pequeña, resulta más animada.—En cuanto á su clima, se halla muy lejos de ser tan benigno como el de su antigua rival.—A lo menos, ayer tarde hacia allí un frio... muy propio de la estacion y nada á propósito para los enfermos del pecho.—¡No quiera Dios (dijimos) que vengan este invierno á *Luca* aquellas lindas inglesas que conocimos en Liorna!

En *Luca* visitamos algunas bellísimas *Iglesias*, entre otras, *San Michele*, *San Frediano* y *San Giovanni*, notables por su rara arquitectura, por su vejez y por los cuadros y esculturas que encierran.

La *Catedral* es gótica, cosa singular en Italia; pero, sin embargo, ostenta, sobre todo en la fachada, muchos rasgos característicos de la arquitectura especial de Pisa.—En aquel templo son de notar muy señaladamente las muchas y magistrales *Esculturas* que adornan asi el interior como la portada.

Y, á proposito: *Luca* ha sido siempre fecunda en buenos escultores; pero hoy se contenta con ser patria de todos los fabricantes de *Santi boniti barati* que recorren la Europa y la América.—Muchos de estos fabricantes salieron de su ciudad niños y miserables, sin otro patrimonio que algunas figurillas de barro y un costal de yeso; recorrieron el mundo, llevando siempre sobre la cabeza una tabla llena de monigotes diariamente renovados, y volvieron á *Luca*, al cabo de quince ó veinte años, cargados de riquezas. que les permitieron comprar algun antiguo Palacio, casarse con la hija de algun título pobre y pasar la segunda mitad de la vida eclipsando el esplendor y el poderio de aquellos grandes personajes cuyo busto habian fabricado tantas veces...—¿Quién me lo dijera, al verlos recorrer, cuando yo era niño, las arábigas calles de Guadix?

26

La *Catedral* de Luca encierra tambien muy buenas pinturas de Tintoretto, Fra Bartolomeo, Daniel Volterra y otros insignes artistas.

Despues de visitar los Templos que he citado, pasamos algun tiempo en la *Plaza Grande*, que es soberbia.—En ella se levantan el antiguo *Palacio Ducal* y una *Estatua* de mármol de María Luisa de Borbon, ó sea de la Reina de Etruria.

Luégo nos fuimos á dar un paseo en coche sobre las *Murallas* que cercan la ciudad, sombreadas, como os he dicho, por corpulentos árboles, —plátanos, acacias y álamos blancos.

Allí habia una gran concurrencia. En cada trozo de muralla se veian las familias del barrio inmediato.—Asi, pues, en un lado se encontraba gente pobre que tomaba el sol por cuenta propia: en otro, gente rica que lo tomaba por cuenta agena, ó sea por lucir sus galas. Tambien habia parajes solitarios; y otros en que los estudiantes diableaban á sus anchas, jugaban los soldados y dormian á pierna suelta los mendigos.

Los carruajes daban la vuelta entera alrededor de la ciudad, recorriendo todos aquellos paseos, que suman un trayecto de una legua.

En los carruajes vimos algunas mujeres muy elegantes y muy bonitas, vestidas á la parisien.

Los *liones* de Luca las seguian á caballo, bebiendo los vientos por una mirada ó un saludo.

Esto me recordaba las tres vueltas que Hector y Aquiles dieron alrededor de Troya antes de venir á las manos.

Ya oscurecido, nos encaminamos á nuestro alojamiento (*Albergo della Croce di Malta*), donde *Jussuf* nos amenizó la comida y la *soirée* contándonos casos y cosas del imperio de Marruecos, hasta que á eso de las nueve, hora en que hubiéramos empezado á vivir en Madrid, nos dimos las buenas noches, no sin exclamar por la centésima vez:

—¡Mañana al medio día estaremos en Florencia!

IV.

DE LUCA Á FLORENCIA.—FLORECIA Á LO LEJOS.—RECUERDOS HISTÓRICOS.—PRIMER PASEO POR LA CIUDAD.

Florencia 13 de Diciembre.

Las quince leguas, ó sea las tres horas de ferro-carril que hay de Luca á *Florencia*, constituyen uno de los viajes más deliciosos que podeis imaginaros. Las maravillas se suceden sin interrupcion: de la fértil campiña se pasa al sombrío bosque: de la agreste montaña se baja al extensísimo olivar: en una parte, moreras, naranjos, olorosos laureles: en otra, cristalinos riachuelos ó canalizadas acequias, que esparcen el riego por los verdes sembrados: á cada paso, una ciudad, una aldea, una quinta: de vez en cuando, las ruinas de algun castillo señorial; y siempre y por todos lados,

flores y verdura (¡flores en diciembre!), un cielo radiante, un aire perfumado, un sol de oro; gente bella y locuaz; gracia y arte en la disposicion de los edificios más vulgares; lujo en la naturaleza; alegría en el hombre; poéticos recuerdos por do quiera...—Tal es, en resúmen, la Alta Toscana, muy semejante, por cierto, al territorio granadino.

El ferro-carril se dirige primero al Nordeste, deslizándose al pie de frondosas colinas cuajadas de caseríos, y dejando ver á la derecha una vasta y riquísima llanura.

Asi se pasa cerca de *Pescia*, pequeña y linda ciudad; por *Montecatini* y *Pieve á Nievole*, preciosos pueblos; por *Serravalle*, reclinada ya en las faldas del Apenino y coronada por una antigua fortaleza, y finalmente, se llega á *Pistoja*, ciudad más importante, tambien fortificada, célebre en la antigüedad porque no lejos de sus muros tuvo lugar la sangrienta batalla en que murió Catilina, y muy nombrada en la Edad Media á causa de la guerra feroz que se hicieron sus habitantes, divididos en *Blancos* y *Negros*, á pesar de ser todos blancos.

De buena gana hubiera entrado en *Pistoja* y visitado sus templos, notables, segun me aseguraron, por las muchas y muy buenas esculturas que encierran...

Pero la atraccion de *Florencia* érame ya irresistible.

En *Pistoja* se nos agregaron tantos viajeros, que fue necesario añadirle al tren cuatro veces más coches que habia sacado de Luca.—Y es que en Pistoja se reunen todas las diligencias que cruzan el Apenino viniendo de la Emilia y de la Lombardía con direccion á *Florencia*.

En adelante, caminamos al Sudeste, alejándonos del Apenino todo lo que nos habíamos acercado á él y penetrando en una amenísima llanura tapada de árboles.

Allí encontramos á *Prato*, ciudad de 12,000 habitantes; amurallada; sumamente industrial, á juzgar por las innumerables chimeneas de Fábricas que la coronan, y llena de preciosas obras de arte, segun me dijo un compañero de coche que se quedó en aquella estacion.

—¡*Prato*! (exclamaba en tanto Jussuf). *Hacerse aquí gorros colorados para moros turcos.*

—Ciertamente, respondió otro viajero.

—¿Y por dónde lo sabes tú? le preguntó Caballero al marroquí.

—*Haber en Liorna gorros muy baratos* (replicó este sonriendo como un niño). *Yo preguntar, Judío decir:—«Estar gorro para turco; chico para moro.»—Moro no comprar.*

En esto, *empezábamos á llegar* á Florencia.

Florencia, como todas las capitales de primer órden (exceptuando á Madrid), se anuncia antes de aparecer á los ojos del viajero. Las fábricas. las quintas, los palacios campestres, las casas disiminadas acá y allá, el aprovechamiento del terreno, las huertas lujosamente cercadas, todo

revela, desde que se sale de *Prato*, que se aproxima uno á un gran foco de poblacion, á un gran centro de vida, á un gran campamento,—del cual está recorriendo las avanzadas...

Poco á poco van estrechándose las distancias entre los aislados edificios; van relacionándose éstos; va formándose la colmena; va condensándose la Ciudad..., hasta que, por último, aparecen á lo lejos algunas elevadísimas Torres; y luégo la gran masa de la Capital, en magnífica perspectiva...

—¡*Florencia*!... aquella es Florencia, ó sea la *patria de las flores* (se apresura á deciros vuestra memoria, temerosa de que se entristezca vuestro corazon): aquella es la Ciudad dos veces ilustre en la historia del arte, como etrusca y como italiana; aquella es la rival y vencedora de *Fiésole*, cuyo esqueleto blanquea todavía en la próxima montaña; aquella es la Colonia embellecida por los romanos, la deidad admirada y luégo destruida por los bárbaros; la desheredada princesa restablecida en su trono por Cárlo Magno; aquella fué luégo la ardiente republicana, al par que elegante aristócrata, que dispensó sus favores indistintamente á Güelfos y Gibelinos, y fue amada y maldecida por el infortunado Dante; esa es la Córte de los Médicis, de aquella familia de astutos comerciantes que se trasformó de pronto en dinastía de Príncipes, y dió Reinas á toda Europa, Pontífices al Cristianismo y Tiranos á *Florencia*..., pero tiranos ingeniosos que hicieron olvidar á los toscanos su perdida libertad, adormeciéndolos con el suave beleño de las letras y las artes y enervando su clásica energía en el seno del lujo y los placeres; esa es la *Atenas del Renacimiento*, la *Ciudad-museo*, en cuyas plazas se ven todavía, revueltas con la multitud ociosa, las esculturas de Miguel Angel y Benvenuto Cellini; esa fue la cuna del talento, el emporio del saber y la cultura, la escena de los grandes crímenes, el salon de las lujosas fiestas, la gran escuela política; ahí se encuentran hoy millones de libros, cuadros, estátuas, joyas, medallas, camafeos, bronces, manuscritos, reliquias, templos, sepulcros y palacios, testimonios elocuentes de las glorias florentinas; esa es, en fin, la patria de Dante, de Maquiavello, de Bocaccio, de Americo Vespucio, de Cimabue, de Ficin, de Mars, de Andrea del Sarto, de Lorenzo de Médicis, de Leon X, de Lulli, de Bruneleschi, y de otros muchos artistas, poetas, papas, historiadores, sabios, guerreros y navegantes de inmortal renombre...

Tal es la *Florencia* que ve la imaginacion, en tanto que los ojos descubren sucesivamente un apiñado grupo de Torres señoriales, Cúpulas y Campanarios; altos techos de enormes edificios; graciosas siluetas de negros Palacios, destacándose en el limpio cielo; Puertas almenadas; Jardines levantados sobre algunas azoteas; calles de árboles; Puentes; Arcos; los anchos espejos del Arno caudaloso; suntuosas casas modernas; centenares de carruajes por todos lados; una inmensa muchedumbre á pie; lujo, animacion, alegría, movimiento y ruido en la estacion del Ferro-Carril, en los Muelles, en el rio, en las calles, en las plazas, en todas partes...;

una gran capital, en fin, que recuerda á Milan, ó más bien á Sevilla; pero que las aventaja en hermosura...

Mucho ántes de entrar en *Florencia*, se han visto ya tres de sus principales maravillas, que son: la alta y esbelta *Torre del Palacio Viejo* ó de la *Señoría*; un maravilloso *Campanile* (que desde el primer momento hace olvidar aquel tan extraño y bello que acaba de admirarse en Pisa), y sobre todo la audaz y gigantesca *Cúpula de la Catedral*, llamada *Cúpula de Brunelleschi*, del nombre de su autor.—Estas tres obras maestras, solitarias reinas del aire, hacen adivinar al viajero todo el esplendor de la Ciudad que se extiende debajo de ellas.

Una vez *intramuros*, llama vivamente la atencion la singular elegancia de todo lo que se ve; el *buen tono*, por decirlo así, no sólo de las personas, sino de las cosas; el decoro, el aseo, la gracia de las calles, de los edificios y de las gentes; el aire de decencia y de cultura que se respira por do quiera; la pulcritud y perfeccion del empedrado; los contornos artísticos y la noble severidad de los palacios; la compostura y limpieza de la muchedumbre; el gusto, cuando no el lujo, de las tiendas; la aristocrática disposicion de la entrada de los cafés y de los hoteles, y, sobre todo, el gran número de extranjeros de todos los paises, en particular ingleses (y entre los ingleses, centenares de *fashionabilísimas* inglesas), que han tomado carta de ciudadanía á las orillas del Arno, siendo para la patria de las flores una especulacion y un adorno, ó sea *becerros de oro* para los comerciantes y *figurines de la moda* para sus hijas.

Nuestro primer cuidado al salir de la Estacion del Ferro-carril, fue venirnos al *Hotel de l' Arno* y hacer un ligero estudio acerca de la *cocina* de Florencia, que no nos pareció mala: en seguida nos marchamos á recorrer *superficialmente* la Ciudad, en cuya operacion hemos empleado desde la una de la tarde hasta el oscurecer; y, ya oscurecido, nos hemos vuelto á casa, de donde yo no he querido salir, con tal de pasar la velada coordinando mis apuntes de Pisa y de Luca, como acabo de hacerlo, y reseñando además, como lo voy á hacer, las principales cosas que he visto esta tarde, durante mi primer paseo á la ventura por la córte de los Médicis.—Manos, pues, á la obra.

En *Florencia*, como en Pisa, el *Arno* es la calle principal, la gran arteria de la poblacion, el *boulevard* que la parte en dos mitades.—A cada lado del opulento rio hay un ancho Muelle, llamado *Lungo l'Arno*, en que se levantan, sobre todo en el de la derecha, soberbios Palacios y magníficos Hoteles.—Desde el balcon del que nosotros habitamos se descubre toda la longitud de esa triple calle, ó sea cerca de una legua de muelles y rio, viéndose sobre este último hasta cinco Puentes de variada forma, que son: *il Ponte delle Grazie*, sólido y viejísimo, sobre el cual se levantan algunas casas; *il Ponte Vecchio*, que se halla casi á la puerta de nuestro Hotel, y que constituye uno de los principales centros del comercio de Florencia (pues, como el Puente de Rialto de Venecia, sostiene

dos hileras de casas, cuyos portales son otras tantas tiendas, ocupadas casi todas por plateros); *il Ponte á Santa Trinitá*, compuesto de tres elegantes y atrevidos arcos peraltados, y adornado con cuatro Estátuas; *il Ponte de lla Carraja*, así llamado por los muchos carros que pasan sobre él, y finalmente, allá muy léjos, donde no hay ya casas á las márgenes del Arno, sino jardines y alamedas, *il Ponte di Ferro*, uno de los dos puentes colgantes tendidos sobre el rio en las afueras de la Ciudad.

Despues de recorrer de un extremo á otro el *Lungo l'Arno*, ó *Lung' Arno*, hemos dirigido nuestros pasos á la célebre *Plaza de la Señoría* ó del *Gran Duque*, que, por sus monumentos arquitectónicos y por sus recuerdos históricos y poéticos, compite con la *Piazzetta* de Venecia, y que, por las obras maestras de Escultura que la adornan, hace adivinar lo que debieron de ser las Plazas de Atenas, cuando las obras de Fidias, Praxiteles y Cleómenes recibian en ellas la lluvia del cielo y las reverentes miradas de los mendigos o ciosos.—En el Foro de Florencia, son *Miguel Angel*, *Benvenuto Cellini*, *Juan de Bolonia* y *Donatello* los que excitan la admiracion de los transeuntes; pues en él figuran, y podeis ver siempre que paseis (y hasta reparar en que mucha gente cruza ya cerca de ellas sin mirarlas), cinco ó seis obras maestras de aquellos inmortales artistas.

Desde luégo habeis empezado por admirar el conjunto de la *Plaza*, irregular, es cierto; pero muy pintoresca y graciosa; hermoseada por la noble, severa y elegante fachada del *Palazzo Vecchio*, Capitolio de Florencia, por los grandiosos arcos de la *Loggia de Lanzi*, donde se reunia el Pueblo á conferenciar sobre la cosa pública, y por el célebre *Palacio Ugoccioni*, que unos creen ser obra de Rafael y otros del renombrado Paladio.

Al pie de estos edificios veis primeramente el famosísimo *David* de Miguel Angel, estátua colosal que representa al Profeta-Rey en los primeros años de su juventud, cuando no era más que un sencillo pastor, pero ya arrogante mancebo. En mi entender, Miguel Angel ha querido retratar al hijo de Jessé en el momento que vuelve á su casa despues de haber matado al Gigante Goliat. Su actitud es modesta y natural, digna y sublime al propio tiempo. Hállase desnudo, con la terrible honda ceñida *á la bandolera*, y la poderosa diestra caida. En su serena frente se adivinan ya las inspiraciones del artista, la magestad del monarca y las visiones del Profeta. La figura toda es un modelo de belleza humana. De cualquier lado que se la contemple, ya al entrar en la plaza por la *Galeria degli Uffizi*, ya al salir del *Palazzo Vecchio*, ora desde la *Loggia*, ora viniendo de la *Catedral*, ¡qué sereno continente, qué esbeltez, qué pureza de líneas!—Muchos dicen que esta Estátua, ejecutada por Buonarotti á la edad de 29 años, es la mejor obra de la escultura antigua y moderna.—Mañana, cuando vea la decantada *Venus de Médicis*, emitiré mi pobre voto.

Cerca de *David* hay un grupo colosal de Bandinelli, que representa á

Hércules matando á Caco;—composicion que sería notabilísima en otra ciudad; pero que en este sétimo cielo del arte apenas llama la atencion.

En la *Loggia* compite honrosamente con la obra maestra de Miguel Angel el *Perseo* de Benvenuto Cellini, airosa y noble estátua de bronce, cuya fama es universal.

No léjos se ve una tercera maravilla, el *Robo de la Sabina*, por Juan de Bolonia, admirable grupo de tres figuras escalonadas una sobre otra, en que el arte ha apurado todos sus recursos para hacer armoniosa y bella una escena tan erizada de dificultades.—El audaz raptor tiene sujeto bajo sus pies al esposo, ó al amante, de la beldad que ha cogido en sus brazos El Sabino rabia y se retuerce contra el suelo, mirando con desesperacion á su amada. El Romano contempla con voluptuosa codicia aquel mórbido seno que casi le roza la cara. La Sabina, cogida por las caderas, y pugnando por escaparse, se halla tendida boca arriba, sobre el pecho del soldado de Rómulo, toda desnuda, tan hermosa como Dios la hizo, con los brazos levantados al cielo, cual si le pidiese auxilio, angustiada, bellísima, incitante, digno objeto de tan bárbara contienda.—Todo este grupo, de tamaño mayor que el natural, está labrado en un solo trozo de mármol de Carrara.

Para concluir: á la puerta del *Palacio Ducal* hay dos estátuas del *Dios Término*:—al Norte del mismo Palacio, una magnífica *Fuente de Neptuno*, que me recordó la del Prado de Madrid, bastante inferior á la florentina;—más al Norte, una hermosa *Estátua ecuestre de Cosme I de Médicis*, obra de Juan de Bolonia;—y dentro de la *Loggia*, siete Estátuas antiguas, de las cuales seis representan otras tantas *Galas prisioneras*, y la sétima, *Un soldado que sostiene el cuerpo de Ayax moribundo*.—En el arco de la misma *Loggia* que mira al *Patio degli Uffici*, se encuentra el famoso y no muy bello grupo vaciado en bronce, *Judit y Holofernes*, obra del inmortal Donatello, de quien ya ví en Venecia unos bellísimos bajo-relieves.—Creo que no se puede pedir más prodigios de arte á una plaza pública.

El *Patio degli Uffizi*, contiguo á la Plaza del Gran Duque, puede considerarse como una parte de esta, ó como una continuacion de la *Loggia de 'Lanzi*. A este Patio, que es una calle ó pasaje, á cuyos dos lados corren unos grandiosos pórticos, dan las ventanas del *Palazzo degli Uffizi*, célebre en todo el mundo por los tesoros artísticos que encierra.—Abajo, delante de los arcos de los pórticos, hay 28 *Estátuas* que representan á los Toscanos Ilustres: Dante, Petrarca, Alfieri, Maquiavelo, Galileo, Savonarola, Giotto, Orcagna, Lorenzo el Magnífico, Donatello, Leonardo da Vinci, Miguel Angel, Bocaccio, Americo Vespucio, Guido Aretino, Benvenuto Cellini, Nicolás de Pisa y otros que no recuerdo.—Todas estas *Estátuas* han sido costeadas con los productos que los Grandes Duques de Toscana han sacado del juego de la Lotería desde 1835.

Dejando para mañana ú otro dia el visitar el *Palacio degli Uffiizi*, en que, segun mis cálculos, hemos de pasar muchas horas sólo para echar

una ojeada á las principales maravillas que guarda, nos fuimos en busca de la *Plaza de la Catedral* (*Piazza del Duomo*), separada de la del *Gran Duque* por una sola calle, ancha, recta y hermosa, que toma sucesivamente tres nombres, y en la cual vimos al paso una de las más notables iglesias de *Florencia*, llamada *Or S. Michele*, de que ya hablaré cuando la vea con detenimiento.

En la *Plaza del Duomo* de Florencia, lo mismo que en la de Pisa, se se ven agrupados tres diferentes edificios, á cual más bello, que constituyen una sola obra:—la *Catedral*, el *Campanile* y el *Bautisterio*.—Sólo falta el *Campo-Santo;* pero en cambio se ven otras notables construcciones (dependencias y fundaciones de la *Catedral*, ó albergue de los Canónigos), adornadas por dentro y por fuera con preciosas obras de arte.—En fin, al mediodía del Templo hay una Piedra, *il Sasso di Dante*, en la cual, segun la tradicion, se sentaba todas las tardes el poeta á descansar de sus fatigas—¡hace 560 años!

La *Catedral* (*Santa María del Fiore*,—Santa María de la Flor,—así llamada del nombre de la Ciudad, ó de sus Armas, que consisten en un lirio rojo sobre campo blanco) es una de las más célebres de la cristiandad; imponente como fábrica, grandiosa como pensamiento, respetable como historia y por los monumentos que encierra; pero ni su Fachada está concluida, ni el resto del exterior luce sus grandiosas proporciones á causa de los mármoles de colores que lo revisten.—El Interior es sumamente pobre, ó por mejor decir, aparece muy desnudo y desmantelado, pues no bastan á su ornamentacion las obras de arte que allí se admiran.

Entre las cosas que más me han sorprendido en aquel espacioso templo, citaré un *Meridiano* trazado en el suelo por *Toscanelli*, el maestro de Cristóbal Colon; los *Vidrios de colores* de las altas ventanas; un Grupo de Escultura, llamado la *Pietá*, obra de Miguel Angel, quien lo destinaba á su Sepulcro, y una Pintura en madera, único adorno de una vasta pared, que representa al *Dante*, vestido de encarnado, coronado de laurel, con la *Divina Comedia* en la mano, y mirando á sus piés una vista panorámica de *Florencia*.

Este precioso cuadro fue ejecutado por Andrea Orcagna, el inspirado pintor que tanto hemos admirado en el *Campo-Santo* de Pisa, constructor además de la *Loggia* de la Plaza del Gran Duque y escultor tambien muy famoso.—Orcagna, que murió en el segundo tercio del siglo XIV, pudo muy bien conocer á Dante, muerto en 1321.—Como quiera que sea, siempre resultará que la República de Florencia, que tanto persiguió y afligió á Dante, lo albergó pocos años despues bajo las bóvedas de esta insigne Iglesia, presentándolo reverentemente á la veneracion de los florentinos.

Pero la gran maravilla de la *Catedral* es la famosa *Cupula de Brunelleschi*, rival de la de San Pedro de Roma.

Brunelleschi fue el primero que se atrevió á levantar en los aires una

obra de esta natutraleza, contra el dictámen de todos los arquitectos de su siglo, que lo tomaron por loco cuando lo oyeron exponer su proyecto.—Baste deciros, para que comprendais cuán difícil se creia entonces edificar una cúpula de tan gigantescas dimensiones, que artistas muy renombrados propusieron que se empezase por llenar de tierra el centro de la Iglesia, hasta que la cúspide de una montaña artificial saliese por la abertura que se trataba de cubrir; por cuyo medio, sólo les restaba construir una especie de corteza sobre aquel molde.

Este ridículo pensamiento tuvo sin embargo su lado ingenioso, que consistió en proponer que, al formar el susodicho monte, se mezclasen monedas con la tierra, á fin de que el pueblo en masa se diese luégo prisa á desocupar el templo...—Así y todo, fue desechado, y Brunelleschi obtuvo al fin permiso para ensayar su idea, tan sencilla como barata (pues ni requeria grandes andamios, ni armaduras de hierro, ni arbotantes, ni ninguna de las pueriles precauciones tomadas hasta entonces por la ignorancia para acometer obras de este género), y levantó aquella portentosa máquina, aquel templo aéreo, cuyo diámetro pasa de 130 piés, y cuyo vértice dista 300 piés del pavimento de la Iglesia.

Algunos dicen que la cúpula de *Brunelleschi* tiene más mérito que la de Miguel Angel, que hemos citado, construida un siglo despues... (Vése ya desde luégo, que tiene el de la prioridad). Pero este mérito, añaden, no consiste en la belleza, sino en el atrevimiento de la construccion...—Yo me alegro de que así sea; pues de este modo conservo íntegra la ilusion con que espero ansiosamente el dichoso instante en que pueda contemplar la célebre maravilla del Renacimiento, la decantada *Cúpula de San Pedro* de Roma, llamada por Victor-Hugo en *Notre Dame de Paris*: «Idea de desesperacion...; obra inmensa que merecia ser única; última originalidad de la arquitectura; firma de un artista gigante al pié del colosal registro de piedra que se cerraba...»

El *Campanile*, que se alza al lado del *Duomo*, es, segun ya he indicado, mucho más bello que el de Pisa, si bien de forma menos extraña.—Giotto, el ilustre Giotto, lo dibujó y empezó á construirlo.—Su estilo es gótico italiano, pero tan delicado y gracioso, que nuestro emperador Cárlos V decia que aquella obra maravillosa «deberia estar encerrade en un estuche, á fin de que el tiempo no la ajase...»—Su altura llega á 258 piés. Es cuadrado, y consta de cinco cuerpos revestidos de mármoles de colores. El primer cuerpo está adornado de preciosísimos bajo-relieves, y el segundo de estátuas de extraordinario mérito esculpidas por Giotto, Donatello, Luca della Robbia y otros célebres artistas. Los demás cuerpos ostentan elegantes ventanas ojivales.—La idea de Giotto era coronar la Torre con una pirámide de sesenta piés; pero Tadeo Gaddi, que terminó la obra, no se atrevió á levantarla.

El *Bautisterio* es digno del *Campanile*, pero no tan bello como el de Pisa.—En cambio, sus tres *Puertas de bronce* están reputadas como otros tantos prodigios de arte, y Miguel Angel decia de una de ellas «que merecia

ser la puerta del Paraiso.»—Débense á Andrés Pisano y á Lorenzo Ghiberti, y su mérito consiste en los primorosos bajo-relieves que las adornan, y que representan asuntos tomados de la Biblia.

La *Puerta* que mira á la fachada de la Catedral, obra de Ghiberti, es la más celebrada y la que tanta admiracion causaba á Miguel Angel.—El mismo Rafael se complacia en decir que más de una vez habia tratado de imitar las purísimas formas de algunas de las figuras de aquellos bajo-relieves.—Ghiberti empleó veinte años en hacer las dos puertas que llevan su nombre, siendo de advertir que sólo tenia veinte y tres de edad cuando obtuvo el encargo de ejecutarlas, y que venció á los primeros artistas de su época, entre otros á Brunelleschi, en el concurso que se celebró al efecto.

Fatigados ya de tanto ver y admirar (y eso que no habíamos hecho más que visitar dos Plazas y una Iglesia), tomamos un cabriolé y le dijimos al cochero que nos pasease por la Ciudad, sin otro norte que su capricho, resueltos por nuestra parte á no detenernos ante cosa alguna, por mucho que nos maravillara.—De otra manera nos hubiera sido imposible formar esta tarde una ligera idea de toda la Capital, segun nos habíamos propuesto al salir del Hotel.

Corrimos, pues, de calle en calle y de plaza en plaza, viendo á cada paso severos Palacios de construccion etrusca, esto es, ciclopea, basada en grandes monolitos, y de una arquitectura peculiar de la antigua Florencia, que consiste en dejar lisos los ampios muros, sin más adorno que una gran cornisa y algunas pequeñas ventanas de gracioso corte, altas y estrechas, partidas por una columna que forma dos arcos tan semejantes á los de las ojivas góticas como á los de los agimeces árabes.—Estos Palacios tienen un aspecto, á la vez elegante y sombrío, guerrero y voluptuoso, que recuerda á aquellos aristócratas florentinos, ilustres en las letras y en las artes, cuanto terribles en la plaza pública ó en los campos de batalla.

El cochero nos iba diciendo el nombre de algunos de aquellos edificios: nombres que levantaban un mundo de recuerdos en la imaginacion.

—Este es el palacio *Stiozzi Ridolfi*, donde habitó *Blanca Capello* (exclamaba).—Este es el *Palacio de los Médicis*, su primera casa, en donde vivian como simples blanqueros, antes de ser llamados al gobierno de la ciudad y del mundo.—Este es el *Palacio Strozzi*, tipo y modelo de los palacios florentinos.—Esta es la *Casa Buonarroti* (la casa de Miguel Angel), donde vive todavía un descendiente de su familia y se ven dibujos, instrumentos y muebles que pertenecieron al grande artista, así como su correspondencia!!—Esta es la *Casa de Alfieri.*—Esta es la *Casa de Dante.*—Aquí vivió *Galileo.*—Aquí *Maquiavello!*...

Y mientras el cochero hablaba de este modo, íbamos encontrando Estátuas y más Estátuas (pasan de 200 las que decoran las calles y plazas de la Capital), Fuentes y más Fuentes, grandiosos Templos, magníficos Arcos, millares de obras artísticas...

Y huyendo de tanta grandeza, abrumados por tantas emociones, salimos al campo, y en el campo encontramos centenares de lujosos darruajes, ocupados por lores ingleses, opulentos americanos y Príncipes de toda Europa; *villas* régias; bellísimos Jardines; la grandiosa mole del *Palacio Pitti*, vista á lo lejos; la remota perspectiva de cúpulas y torres, debajo de las cuales sabíamos ya que nos esperaban nuevos prodigios de arte que admirar...—¡Siempre *Florencia*! ¡*Florencia* por todas partes; cada vez más bella y más rica, más elegante y seductora!

Al espirar el dia, estábamos en el *Monte alle Croci*, elevada colina que domina toda la Ciudad, y desde cuyo vértice conseguimos al cabo abarcar de una ojeada tantas maravillas; deslindarlas; sentirlas en conjunto...

—¡*Florencia*! murmuraba yo todavía, como queriendo evocar en mi corazon nuevos deseos cifrados en este mágico nombre, nuevas ilusiones compendiadas en él...

Lentamente fue apagándose en el cielo el resplandor del crepúsculo, mientras que del perezoso Arno iba levantándose una niebla blanquecina que empezó á ocultarnos la Ciudad.

Entonces brillaron luces en los balcones de los palacios y en las ventanas de las casas más humildes, y luégo en las calles y plazas...

Habia anochecido.—Ya era un recuerdo mi primer dia en la patria de Alighieri.—Aquellas luces que brillaban en las tinieblas, me parecian antorchas funerales que circuian el túmulo de mis ilusiones infantiles.

En esto sonaron todas las campanas de la extensa ciudad, unas despues de otras, pero confundiéndose al fin en una sola plegaria...

Era la Oracion.

¡Cuán lejos de la patria nos sorprendia la noche!...

Sin embargo, el melancólico acento de las campanas decia claramente en su idioma universal: *Ave-María*...

No éramos, pues, tan extranjeros en la culta, en la sensual, en la pagana Florencia.—

Cuando bajamos del *Monte alle Croci*, duraba aún en el remoto Occidente un cárdeno reflejo del *pasado* dia que ha servido de fecha á este capítulo.

V.

LA VIDA EN FLORENCIA.—COSTUMBRES.—PASEOS.—LAS FLORISTAS.—TEATROS.—EL PERRO DE FLORENCIA.—PITTI Y UFFIZI.—LA VIRGEN DE LA SILLA.—LA VENUS DE MEDICIS.—IGLESIAS.—MONUMENTOS.—SALIMOS PARA ROMA.

Florencia 19 de diciembre.

Dentro de algunas horas saldremos de *Florencia*, donde he pasado siete dias inolvidables.

La hermosura de la ciudad, la amenidad de los campos, la trasparen-

cia del cielo, la cultura y suavidad de las costumbres, los millares de obras maestras de arte que he admirado en Iglesias, Palacios y Museos; la belleza de las florentinas; lo apacible de la estacion; todo ha contribuido á encantarme durante mi breve residencia en la capital de la Toscana.—¡Oh! sin la proximidad de la *Noche-Buena*, que me obliga á salir para Roma, por las razones que diré despues, permaneceria á las orillas del Arno mientras durasen estos hermosos dias de diciembre, ricos de sol y de alegría, que sólo tienen igual en España.

¡Qué mañanas tan esplendorosas, tan risueñas, tan bonancibles!—Las aves, que creen llegada la primavera, abandonan sus nidos y vuelan anunciando sus amores. Los árboles conservan todavía las hojas del año que termina, y yo las confundo á veces con las de un año nuevo. Vistosas flores adornan los campos, las esquinas de las calles, los balcones de las casas, las trenzas de las florentinas, el pecho de sus amadores y sobre todo los grandes azafates de las floristas callejeras. Las damas principales pasean en coche abierto. Los ingleses fuman en los balcones de los hoteles, contemplando extasiados el océano de luz que inunda el horizonte, y no echando de menos seguramente las tristes nieblas del Támesis. Al canto de los pájaros de que hablaba hace poco, se unen las melodias de los innumerables organillos que recorren la ciudad, y tambien los ecos de mil pianos, y el monótono solfeo de las melancólicas *ladys* y de las apasionadas *signorine* que aprenden música en sus gabinetes, y las orquestas de los cafés, y, por último, el son de las campanas, que parece venir de remotas tierras, de apartadas costas, de otra península hermana de la Italia, bañada tambien por el Mediterráneo, querida tambien del sol y de las flores!...—¡Inolvidables dias, vuelvo á decir!

Durante ellos, he dedicado las mañanas á visitar las *Iglesias*, que son verdaderos museos artísticos, famosos por su arquitectura y por los cuadros, frescos, estátuas y bajo-relieves que encierran; y, entre tanta maravilla de arte, recordaré eternamente, y recomiendo á aquellos de mis lectores que vengan á esta ciudad:

Los *Frescos* de la *Capilla Brancacci* en la *Iglesia del Carmine*; sobre todo los firmados por Masaccio:

La Iglesia de *Santa Croce* (que es á Florencia lo que *San Juan y San Pablo* á Venecia; el Panteon histórico de la ciudad), donde reposan en magníficas *Sepulturas* MICUEL ANGEL, MAQUIAVELO y GALILEO; donde se hallan los *Mausoleos* levantados á DANTE y á ALFIERI (el de este último esculpido por Canova); donde hay preciosísimos *Frescos* de Giotlo, *Estatuas* de Donatello, y hasta un *Cuadro* de Cimabue, y donde se ve un *Sepulcro* que encerró provisionalmente los restos de *José Napoleon*, Rey que fué ó pensó ser de nuestra España:

El *Convento de San Márcos*, lleno de sublimes *Pinturas del padre Juan de Fiésole*, ó sea de *Beato Angelico*, de aquel artista seráfico, de aquel Platon del arte cristiano, en cuya misma celda vivió despues otro religioso no menos ilustre, que parecia haber heredado su alma; el infor-

tunado Savanarola, expositor elocuente del ascético misticismo del monje artista, y paladin (como él) del espíritu puro, fuente de vida de la religion de Jesus, contra el materialismo pagano que volvia á la sazon sobre toda la cristiandad:

La Iglesia de *Santa María Novella*, donde hay que admirar, entre otras muchas cosas, la renombrada *Madonna* de Cimabue, «primer monumento del renacimiento del arte en Florencia» (dice un crítico), llevada en triunfo por el pueblo desde el taller del pintor á dicha iglesia; los célebres *Frescos* de Chirlandajo, maestro de Miguel Angel, que revisten todo el coro; un *Crucifijo*, tallado en madera por Brunelleschi, de cuya obra se dice que no tiene rival en el mundo, y un *Juicio Final*, pintado en un muro por Andrés Orcagna, quien no vaciló en colocar á Dante entre los Bienaventurados, á pesar de que, como ya hemos dicho, el artista era casi contemporáneo del poeta:

Or San Michele (es decir; *Ahora San Miguel*), originalísima iglesia, que ya he nombrado más atrás, construida para Lonja de granos, y tan notable por su bella arquitectura gótica como por las *Estátuas* debidas á Juan de Bolonia, Ghiberti y Donatello que adornan el exterior (1), y por el *Tabernáculo* de mármol blanco, tambien de estilo gótico, obra del citado Orcagna, que se admira dentro del templo, y que constituye una de las maravillas de que más se enorgullecen los florentinos:

Y finalmente, otros *Frescos* de Chirlandajo que decoran la Sacristía de *Santa Trinitá* y representan la *Vida de San Francisco.*

De intento he dejado para lo ultimo el hablar de *San Lorenzo*, magnífica iglesia, propiedad y monumento de los Médicis, donde se ve la célebre *Sacristía Nueva*, construida y adornada por Miguel Angel para Panteon de aquella familia.—Allí se admiran siete obras maestras de escultura de este soberano artista: la *Estátua de Lorenzo II de Médicis*, ó sea *il Pensiero* (la meditacion, el pensamiento), llamada asi por su actitud soñadora; la *Aurora* y el *Crepúsculo*, figuras alegóricas que reposan sobre el sarcófago de Lorenzo; la *Estátua de Julian II de Médicis*, sentado sobre su propio sepulcro; las del *Dia* y la *Noche*, figuras alegóricas reclinadas á sus pies, y un grupo de la *Vírgen y el Niño Jesus*, no concluido, pero sumamente notable.—Cualquiera de estas siete estátuas bastaria á la gloria de Miguel Angel.—Hay una sobre todo (la que representa á la *Noche*) que compite en belleza y expresion con las mejores esculturas de la antigüedad.

Tambien forma parte de la iglesia de *San Lorenzo* la *Capilla de los Médicis*, más lujosa que artística, donde están enterrados los Grandes Duques Cosme II y Fernando I, y se ven los Mausoleos de Cosme I, Francisco I y Cosme III.—La Tumba y Estátua de Cosme II, de bronce dorado, es obra de Juan de Bolonia.

(1) De estas estatuas, las más bellas son la de *San Jorge* y la de *San Lúcas;* ambas ejecutadas por Donatello,—A esta última fue á la que dijo Miguel Angel, lleno de admiracion:—«Márcos, ¿por qué no me hablas?»

De vuelta de las Iglesias, en las cuales, como he dicho, pasaba la mañana, me dirigia á la *Plaza del Gran Duque*, donde se encuentra el Correo.—Allí recogia mi corresponcia; saludaba al paso con cierta familiaridad al *David* de Buonarroti, al *Perseo* de Cellini y á la *Sabina* de Juan de Bolonia; me hacia limpiar las botas nada menos que por un conde, primogénito heredero de una nobilísima y antiquísima familia, establecido con sus cepillos cerca de la *Loggia de Lanzi*; entraba á dar una vuelta por el gran Salon del *Palazzo Vecchio*, donde evocaba las grandes sombras de la República florentina, ó creia oir la tonante voz de Savonarola, ó me contentaba con admirar las *Estátuas* que lo decoran (entre ellas un magnífico Grupo de Miguel Angel; *La Victoria y un Prisionero*) y las *Pinturas* de Vasari (*Fastos de Florencia*) que adornan los techos de aquella espaciosa estancia; y, por último, al sonar las once, me dirigia al Hotel,—á cuya puerta me esperaba siempre Jussuf, quien me daba los buenos dias con una infantil sonrisa y con este lacónico discurso:

—*Almorzar.*

Despues de almorzar, nos íbamos Caballero y yo á la *Galería del Palacio Pitti* ó á la de *Uffizi*, donde permanecíamos hasta las tres de la tarde...

Deseando y temiendo estaba hablaros de esas dos galerías.—En ellas hay 3,000 obras de arte, dignas todas de especial mencion y muchas de ellas de un mérito tan extraordinario que no reconocen rival en el mundo entero.—¡Imposible, no digo describirlas, sino citarlas en un libro como este!—Imposible tambien pasarlas en silencio!

Para salir de este apuro, me contentaré con hablaros de aquellas que más me sorprendieron, y cuyo recuerdo sobrenada todavía en el Océano de mis confusas impresiones.

Empezaremos por la *Galería Pitti.*

El *Palazzo Pitti* (construido por un comerciante particular, á quien se lo compró Leonor de Toledo; llevado por ésta en dote á Cosme I de Médicis, que trasladó á él su residencia, abandonando el *Palazzo Vecchio* ó de la *Señoría*, y habitado despues por todos los Grandes Duques de Toscana) es un edificio inmenso, grandioso, originalísimo, levantado sobre enormes sillares toscamente labrados á la manera etrusca (de los que hay muchos cuya longitud pasa de ocho metros), y más parecido á una ciudadela que á una mansion real. Detrás de esta construccion de titanes, hay unos extensísimos *Jardines*, que ocupan toda una montaña, llenos de Estátuas, Fuentes, Escalinatas de mármol, Grutas preciosas, y cuantos primores pueden imaginarse para combinar el arte con la naturaleza; y, á fin de que todo sea descomunal y ciclópeo en *Pitti*, los Médicis abrieron un camino subterráneo (un *túnel*, que diríamos ahora) entre este Palacio y el de la *Señoría*; camino que existe hoy, pasa por debajo del lecho del caudaloso Arno y va á parar á la *Galería degli Uffizi.*

La *Galería Pitti* se compone de diez y seis habitaciones, en que hay

colocados *quinientos cuadros* firmados por los más grandes pintores del mundo, muchos de los cuales tienen allí sus obras maestras. Entrase, pues, en aquel lugar con un recogimiento respetuoso que se acerca bastante á la devocion.

Innumerables artistas, mujeres en su mayor parte, y, entre las mujeres, muchas inglesas, y entre las inglesas, algunas muy lindas, hállanse encamaradas en altos andamios copiando las obras de otras edades.—Centenares de extranjeros (sobre todo americanos, rusos, ingleses y alemanes) discurren silenciosamente por aquellos salones.—Y, por último, las más elegantes y emprendedoras beldades de *Florencia*, elegantemente vestidas á la parisien, acuden allí (con pretexto de admirar los cuadros) á que las admiren á ellas los *touristes*; quienes, por su parte, no se desdeñan de dividir su atencion entre el arte y la naturaleza.

En la *Galería Pitti* hay hasta diez cuadros del divino Rafael Sanzio, que son: la *Vision de Ezequiel*, pequeña tabla que encierra una de las creaciones más inspiradas y grandiosas de la pintura;—el *Retrato de Magdalena Donni*, amiga del artista, tipo bellísimo que le sirvió de modelo (y no la *Fornarina* como se cree por la generalidad) para sus Vígenes más inocentes é ideales:—el *Retrato de Angelo Donni*, hermano de Magdalena;—la *Madonna dell' Impannata*, ó sea del *Encerado*, llamada así del que se ve en el fondo del cuadro;—un *Retrato del Papa Julio II;*—un *Retrato del Cardenal Bibbiena*, del que hay otro repetido en el Museo Real de Madrid;—un *Retrato de Tomasso Inghirami;*—la *Madonna del Baldachino*, obra de los mejores tiempos de Rafael, en que se ve á la Vírgen sobre un trono, y debajo cuatro Santos de pie, adorándola, y, en medio de los Santos, dos preciosísimos Angeles;—la celestial *Madonna* llamada del *Gran Duque*, tan estimada del duque Fernando, que la llevaba consigo siempre que viajaba;—y, finalmente, la famosa *Vírgen de la Silla*, llamada por un crítico: «una de las obras más célebres, no solamente de Rafael, sino de la pintura italiana y del arte en general.»

Esta *Vírgen de la Silla* (Madonna della Seggiola) es la obra capital del *Palacio Pitti*, como la *Venus de Médicis* lo es de la *Galeria degli Uffizi*—El maravilloso cuadro de que nos ocupamos es un óvalo pequeño (de poco más de una vara de longitud), pintado en madera, dentro del cual se ven admirablemente agrupadas tres figuras: la Vírgen, sentada en una silla; el Niño Jesus, reclinado en el seno de su Madre y rodeado por sus brazos; y San Juan Bautista, niño tambien, adorando á Aquel de quien era el Precursor.—La Vírgen no es la figura mística, ideal, angélica, que pintaba siempre Rafael para representar á la Reina de los Cielos: es María mujer; es la nazarena; es la madre del hombre, llena de hermosura mortal, de gracia humana. De todas las Vírgenes del de Urbino, esta es la única cuya mirada se cruza con la del que la mira, y cuyos ojos no se bajan con modestia. Si yo considerara en este momento á la *Madonna della Seggiola* desde un punto de vista filosófico, diria que, por lo mismo que es la más terrenal y seductora de las Vírgenas de Rafael, por lo mismo debe califi-

cársela como la menos inspirada, como la menos sublime, como la más vulgar de todas ellas; pero, considerándola bajo un punto de vista artístico, pictórico, académico, tengo que confesar que no puede darse figura tan bella, tan encantadora, tan graciosamente colocada, tan lujosa y elegantemente vestida como la Hija de Joaquin. «Es el modelo de la belleza ideal, (dice *Viardot*); pero no como la entienden los cristianos, sino como la entendian los griegos.»—*Miriam* (agrego yo) recuerda á Sara, á Rebeca, á Esther, á Ruth y á otras hermosas mujeres del Antiguo-Testamento. Su cabeza ostenta una toca ó turbante amarillo, rayado de azul y rojo, dispuesto á la manera oriental. Un rico schall verde con franjas de brocado y flecos de oro cubre sus hombros y envuelve su seno. La túnica es tambien lujosísima, de una recia tela de color de escarlata. ¡Y qué movimiento el de su cuerpo, enarcado para mejor apretar contra su pecho al tierno niño¡ ¡Qué graciosa inclinacion la de su cabeza! ¡Qué mirada aquella, fija en quien la mira! ¡Cuánto arte y cuánta naturalidad en los menores accidentes!—Jesus es tambien notable por su angelical hermosura; pero lo es aún más por la expresion de tristeza que anubla su pálido semblante «En él se lee, dice un crítico, el sentimiento de la víctima resignada á un sacrificio que dejará, entre los hombres á quienes habrá salvado, mayor ingratitud que amor y reconocimiento.»

Despues de las obras de Rafael, han llamado más particularmente mi atencion los siguientes cuadros:

Las Parcas de Miguel Angel, en que, aparte de la valentía del dibujo y la habilidad de la composicion, he admirado la idea del soberano artista de representar á las Hijas de Erebo, no en tres bellas diosas más ó ménos lúgubres, como hacian los griegos, sino en tres fortísimas y espantosas viejas que hacen pensar en las brujas de Macbhet:

La renombrada *Bella* de Ticiano, ó sea su querida, que, segun unos, era una duquesa de Urbino, y, segun otros, una hija de Palma el Viejo; magnífico retrato de cualquier manera, pintado magistralmente, que representa á una niña sensual, ó sea á una jóven *inocente*, acaso próxima á dejar de serlo, blanca y rubia como Venus Afrodita, lujosamente ataviada, pero con el trage tan desceñido, que deja ver los primeros de su albo seno, y (¡raro capricho, que bien pudiera ser una alusion á la venalidad de la jóven!) adornada con una gruesa cadena de oro que le ciñe el cuello, y entretenida en admirar otra cadena del mismo metal que tiene en las manos...

Un *San Bartolomé* de nuestro Rivera (*del cavalliere Giuseppe Rivera, spagnuolo, detto lo Spagnoleto*, dice el catálogo), admirable pintura, no tan bella como la que tenemos en Madrid del mismo asunto y del mismo autor; pero notabilísima sin embargo:

Un *San Francisco de Asis*, firmado de este modo: *Josef Rivera, español*, 1643, y un *Retrato de un Italiano*, obra tambien de nuestro compatriota:

Un *Adan* de Alberto Durero, admirable representacion de aquel pobre



RAFAEL DE URBINO.

hombre; á cuyos pies ha pintado el artista un pavo real y un ciervo, símbolos de la vanidad y la cobardía:

Una *Virgen de Murillo*, rubia, pálida, débil, andaluza á pesar de todo; graciosísima, pero tan inmaterial y mística como las mejores *Concepciones* del Rafael sevillano que se conservan en España:

Otra *Virgen de Murillo*, la del Rosario, con el Niño Jesus, que tiene en las manos una corona de rosas.—(Dice el catálogo de la Galería *Pitti* que el Gran Duque Fernando III compró este cuadro en 900 escudos (18,000 reales) al pintor *Fedele Acciaj*, que lo habia adquirido del negociante romano Cartoni...—Y yo pregunto: ¿á quién se lo compraria el negociante?)

La célebre *Magdalena* de Ticiano, de la cual ví una repeticion en Venecia, y otra no recuerdo dónde.—En esta obra magistral no se distingue solamente el pintor de las Venus como inimitable colorista, sino tambien como correcto dibujante, asi como por la expresion altamente cristiana de los afectos.—La Penitente es hermosísima, y tiene lábios y ojos de lo que habia sido, pintados como Ticiano pintaba los encantos de la mujer; pero esos lábios y esos ojos revelan ya todo lo que el arrepentimiento habia labrado en el ánimo de la pecadora. Magdalena levanta los ojos al cielo y murmura una plegaria: hállase desnuda; pero sus manos cruzadas retienen contra el seno aquella abundante cabellera con que enjugó los pies de Cristo, y de este modo oculta los tesoros de su mortal belleza. Sobre las rocas en que se halla medio escondida, se ve un elegante vaso que recuerda el óleo precioso con que la amiga de María ungió en el sepulcro el cuerpo del Crucificado.—En este vaso escribió el artista su nombre: *Titianus*.

La *Judith* de Cristóbal Allori, notable por su hermosura y terrible expresion, asi como por la idea que tuvo el pintor de retratar en ella á una querida suya que le daba muchos disgustos, y de retratarse él mismo en el dormido Holofernes:

El famoso *Baile de las Musas y Apolo*, pintado por Julio Romano sobre fondo de oro y en pequeñas dimensiones, para adorno de la tapa de un piano:

El *Martirio de Santa Agata*, de Sebastian del Piombo:

Un cuadro grande de *Beato Angelico*...

Y no digo más... no puedo decir más; pues á cada momento acuden á mi imaginacion nuevas obras maestras de esos artistas y de los demás que llevo citados en este libro... Allí Vinci; allí Velazquez (tres *Retratos*, uno de ellos de Felipe IV); allí Guido Reni; allí Francia: allí Tintoretto, Pablo el Veronés, los dos Palmas, Andrea del Sarto, Rubens, Rembrant, Van-Dych, Salvator Rosa, Poussin, Pordenone, Perugino, Frá Bartolomeo, Bronzino, Correggio, Luini...; ¡allí todos!

Y allí está tambien la famosa *Venus* de Canova, que reemplazó en la *Tribuna de Uffizi* á la *Venus de Médicis*, cuando los franceses se apoderaron de ésta y se la llevaron á París.—La *Venus* de Canova sale del baño y se enjuga con un lienzo. Más que la madre de Cupido, parece una está-

tua del *Pudor*. De cualquier modo, es bellísima, y Florencia la saludó con un grito de entusiasmo el dia que fue expuesta al publico, llamándola *Venus Itálica*; esto es, adoptándola como hija de la Nacion y digna rival de las Venus griegas.—Ya veremos nosotros dentro de poco si la escultura de Canova puede compararse con la de Cleomenes... ¡La *Venus de Médicis* ha vuelto á Italia, y nos espera en la tribuna de *Uffizi*!—Volemos en su busca.

La *Galeria degli Uffizi* es mucho más rica, mucho más variada, mucho más célebre que la que acabo de describir.—Por eso rara ha sido la mañana que no la he visitado al paso, al ir ó al volver de *Pitti*, sin contar los dias que he entrado en ella á las once de la mañana y no he salido hasta las cuatro de la tarde.

En *de gli Uffizi* hay 1,800 obras de arte; pero no ya solamente Pinturas, sino tambien Esculturas magistrales antiguas y del Renacimiento, Bronces, Vasos, Camafeos, un Museo Etrusco, Piedas grabadas, Piedras preciosas, trabajos en Marfil, Inscripciones, etc.

Entre las Pinturas, que pasan de 1,200, figura una coleccion de *Cuatrocientos Retratos de pintores*, pintados *por ellos mismos*!...—Esto os dará idea de la importancia y riqueza de aquella Galería, fruto del amor de los Médicis á las Bellas Artes: amor que heredaron, como una tradicion patria, las otras dinastías que han reinado despues en Florencia.

La obra maestra, la primera maravilla de *degli Uffizi*...; pero. ¿qué digo? la obra maestra del arte en general; la primera maravilla del mundo, al decir de la mayoría de los críticos; la joya de Florencia; la que por sí sola atraeria innumerables peregrinos á esta ciudad, es la *Venus de Médicis*, esculpida en Atenas, cerca de dos siglos antes de la venida de Jesucristo, por el célebre Cleomenes, hijo del gramático Apollodoro, y encontrada hace 300 años en Tívoli, cerca de Roma, en la *villa*-Adriana, donde estaba sepultada bajo escombros seculares, como tantos otros prodigios artísticos de la antigüedad.

«La *Venus de Médicis* (llamada así porque la adquirió Florencia en tiempo de un gran duque de esta familia) es (dicen los florentinos) á las demás Venus, lo que Venus era á las demás diosas.» Tambien puede aplicarse á ella lo que decia Ovidio de la Venus de Praxiteles que se veneraba en el templo de Gnido: «que si estaba inmóvil, era solamente porque la magistad divina se lo exigia.»—Roma y Nápoles poseen otras Venus griegas de extraordinario mérito; pero declaran desapasionadamente que son inferiores á la *de Médicis*: no asi los franceses, que insisten en asegurar que la *Venus de Milo*, preciosísima joya del Museo del Louvre de París, es la verdadera Emperadora de estas Reinas de la hermosura.—Yo admiro tambien entusiastamente á la *Venus de Milo*...; pero, considerándome sin competencia para fallar, me adhiero á la mayoria..., y á la minoría.

Reconociendo, pues, aquí con la generalidad de los que han visto am-

bas maravillas, que la *Venus Médicis* es la más bella obra del arte, imaginaos cuánta habrá sido mi emocion al contemplarla.—Si tanta satisfaccion, si tanto orgullo causa al hombre el encontrarse en cualquier extremo material ó moral; si tanto me ufané hace dos meses porque tenia delante el monte más alto de Europa; si tanto se engrie el que ha visto la muerte de cerca, el que ha avanzado hácia los Polos más que ningun otro navegante, el que ha tenido en la mano el primer libro que se imprimió, el que ha subido á la torre de Strasburgo, el que ha saludado la Pirámide de Cheops, el que ve al Papa, el que sufrió dolores inauditos; si tanto respetamos las supremas gerarquías de la prioridad, del tamaño, de la distancia, del peligro, de la vejez, del infortunio, del poder, de la novedad, de la rareza... ¡cuánto más no debe envanecernos el haber admirado el extremo de la hermosura, la suprema gerarquía del arte; el ver el límite del genio humano; el contemplar el modelo de la belleza mortal; el conocer, en fin, á la mujer de piedra á quien han dicho tantas generaciones:—Tú eres la perfeccion de la forma; tú eres más hermosa que todas las beldades amadas por los hombres; tú eres el noble tipo de la mujer ideal, la Eva del deseo, la Helena de los poetas, la madre del Amor!

De dos maneras hay que considerar á la *Venus de Médicis*: como mujer y como escultura, ó sea como modelo y como ejecucion.

Empezando por figurárnosla como criatura viva, diremos que es de mediana estatura, quizás algo pequeña (4 pies, 7 pulgadas y 8 líneas); jóven, muy jóven, pero bastante adolescida (lo que son las griegas á los 15 años); no delgada, pero fina, ática, sóbria de contornos; correcta y pura en la plenitud de sus hechizos; esbelta y voluptuosa.—Está completamente desnuda, de pie, en una púdica actitud, tratando, sin conseguirlo, de ocultar con sus manos (1) los tesoros de su cuerpo. Su rostro es un prodigio de hermosura...; pero ¿qué digo? ¡toda ella parece modelada por las Gracias! ¡Qué suavidad de contornos! ¡qué armonía de proporciones! ¡qué morbidez! ¡qué magestad y precision de líneas!

Yo no sé dónde está la norma de la hermosura humana. Digo más: yo he dudado alguna vez de que haya reglas que presidan al gusto, y hasta he respetado la estética de los chinos, de los etiopes y de los indios de América.—Pero ahora me arrepiento de haber sostenido tales paradojas, y creo firmemente que la raza caucasiana es el prototipo del género humano. (¿Por qué no ha de serlo en lo físico, si lo es en lo moral?)—El bello ideal de la mujer ha de residir, pues, en el gusto de esa raza, y áun me atreveria á decir que ese gusto es un instinto de nuestros ojos.—Ahora bien, la *Venus de Médicis* es el modelo abstracto de la hermosura femenina, tal como la concibe la imaginacion de los europeos; tal como nos la reveló la naturaleza al florecer nuestra juventud; tal como la persiguen artistas y cantores; tal como Dios debió de fijarla al crear á nuestra madre Eva.

Considerada como estátua, la *Venus de Médicis* es todo lo que hemos

(1) Los brazos han sido restaurados.

dicho; ¡todo eso... fingido en mármol!—Hé aquí el resúmen de su elogio. —Creyérase, sin embargo, que la ficcion es la piedra, no la mujer.—Quiero decir que se duda de que tal piedra exista.—Aquel ser alienta; aquella carne palpita; aquellos dintornos no están friamente precisados; aquella figura está *compuesta*, *colocada* por sí misma.—Tanta armonía no puede ser prestada. Tanta belleza no puede ser agena.—Asi es que llevais la mano á la beldad con púdico temor, creyendo que va á sentiros, que vais á ofenderla, que va á moverse, que puede huir, y os asombra tocar el duro Paros, sentir el frio de la mentira, como otras veces habreis sentido el de la verdad, y convenceros de que la *Venus de Médicis* no existe: que sólo existe, ó por mejor decir, existió hace dos mil años, un escultor que se llamó Cleomenes, el cual fue, como si dijéramos, el Rafael de una Religion que nadie profesa ya sobre la tierra.

Tan singular portento no se halla solo en la *Tribuna degli Uffizi*.

Aquella *Tribuna* es una especie de santuario del arte, en que se han reunido, para que hagan compañía á la obra soberana de Cleomenes, otras cuatro Estátuas griegas, escogidas entre las muchas que encierran las demás Salas, y veinte ó treinta Cuadros, que son otras tantas joyas de la Pintura, escogidas tambien entre cientos y cientos de obras capitales.

Las estátuas son tan famosas, que basta nombrarlas para que los amantes del arte compredan cuánto habré yo gozado en aquel maravilloso recinto.—Allí está el célebre *Apollino* de Praxiteles...—Allí el *Arrotino* (amolador), que otros llaman el *Espia.*—Allí los renombrados *Luchadores.*—Allí el *Fauno bailando*, admirablemente restaurado por Miguel Angel...

¡Cuánto pudiera decir de cada una de estas inmortales Estátuas, tan perfectas, tan vivas, tan elocuentes, tan simbólicas!

De los Cuadros que cubren las paredes, citaré solamente algunos, deteniéndome á hablar de muy pocos.

El primero que fijó mi atencion, por el contraste que hacia con la *Venus de Médicis*, fue una *Venus* de Ticiano, toda desnuda, tendida en un revuelto lecho, pintada con aquel prodigioso color en que no tiene rival el ilustre artista, bella sobre toda ponderacion, y superior en mi concepto á todas sus demás *Venus.*—En cuanto al contraste que he indicado, consiste en que la *Venus* del pintor cristiano es sumamente sensual, pagana, lúbrica..., mientras que la del escultor gentil es pudorosa, tímida y recatada, segun dejamos dicho. En aquella predomina la materia: en esta predomina el espíritu. La una habla á los sentidos: la otra á la imaginacion. La florentina es la hermosura natural: la griega es el ideal del arte.

Tambien encierra la *Tribuna* seis cuadros del divino Rafael, que son: un *Retrato de una mujer*, que parece hermana mayor de la *Magdalena Doni* del Palacio Pitti;—una magnífica y muy bien conservada repeticion del *Retrato de Julio II*;—la *Madonna del Cardenillo* (del Gilguero); ani-

ñada, más que modesta; sublime, sin embargo, y para la cual debió de servirle de modelo la menor de las *Doni*;—el conocidísimo *San Juan en el desierto*, y digo conocidísimo, porque hay muchas copias de él en Europa (copias hechas en el mismo taller de Rafael por sus ilustres discípulos, y tan parecidas al original, que llegaron á confundirse con él);—la *Madonna del Pozo*, acaso la ménos bella de todas las que creó el de Urbino, y muy parecida á la mayor de las hermanas *Doni*;—y, últimamente, un *Retrato de mujer*, que unos dicen ser *la Fornarina*, mientras que otros lo niegan, no faltando quien dude que sea obra de Rafael.

Si es ó no la *Fornarina*, ya lo juzgaremos por nosotros mismos cuando veamos en Roma retratos incontestables de aquella célebre belleza. En cuanto á si es ó no de Rafael, yo soy de los que se inclinan á negarlo. El pintor de las Vírgenes no dió nunca muestras de ser gran colorista, y la *Fornarina* de *Uffizi* es un prodigio de *color*. Como quiera que sea, la figura de que hablamos es una hermosísima mujer y una hermosísima pintura. En la mujer no se cansa uno de admirar los negros y ardientes ojos, la altiva y serena frente, la cariñosa boca, las formas atrevidas del talle, aquellas trenzas negras coronadas de mirto, y aquella suave tez de los brazos y del cuello, bajo la cual parece que se ven fluir torrentes de calorosa sangre. En la pintura todo es perfecto: el dibujo, el color, el movimiento de la figura, la piel de pantera que pende de uno de sus hombros, el *tono* de las carnes, y muy principalmente aquella inteligencia magistral del claro-oscuro, que hace destacarse del cuadro á la beldad, hasta el punto de que cree uno posible envolverla y estrecharla entre sus brazos.

Mencionaré, por último, entre los demás cuadros que adornan aquel lugar, una *Sagrada Familia* de Miguel Angel; tres *Escenas de la vida de Cristo* por Mantegna; una hermosísima *Madonna* de Andrea del Sarto; un *San Gerónimo* de nuestro Ribera, y un retrato de *Cárlos V despues de la abdicacion*, á caballo, paseándose por la orilla de un mar alborotado; obra de Van-Dick.

En las demás Salas de la *Galería* he admirado muy particularmente las Esculturas, y, entre ellas, el famoso *Jabalí* griego; el *Baco*, el *Adonis moribundo* y el busto de *Bruto*, obras las tres de Miguel Angel; la célebre cabeza del *Fáuno*, ejecutada por el mismo á los quince años; un bellísimo *Ganimedes* antiguo, restaurado por Benvenuto; el *Orador*, gran Estátua de bronce, que unos creen romana y otros griega; el busto de *Cosme I de Médicis* y el *Casco* y el *Escudo* de Francisco I, por Benvenuto Cellini; y finalmente, el renombrado *Mercurio* de Juan de Bolonia, uno de los mayores prodigios de la escultura del Renacimiento.

De las Pinturas que encierran aquellas salas, no diré una sola palabra: tánto es lo que se me ocurre decir; tan innumerables son las que allí he admirado.

Tampoco hablaré de un tercer Museo de Florencia (el de la *Academia de Bellas-Artes*), lleno tambien de maravillas; ni del *Cenacolo de Foligno*,

atribuido á Rafael; ni del *Museo Etrusco*; ni del *Egipcio*; ni de siete *Bibliotecas* públicas, en que hay millares de tesoros en libros raros, en manuscritos, grabados autógrafos... etc., etc.

Y no hablaré de nada de esto (y en adelante seré más parco en descripciones y enumeraciones de obras de arte), porque no se me oculta que este libro se desnaturaliza y que la relacion de mi viaje se amanera.—Nada más natural; y á todo el que recorra la Italia le acontecerá lo que á mí me ha sucedido.—Itália es un vasto museo, en el cual el hombre mas indiferente al arte (y yo no lo he sido nunca, á Dios gracias) acaba por aficionarse á él de tal modo, que se olvida de la naturaleza, de las costumbres, de la política, de todas las demás cosas que se proponia estudiar en esta tierra, para no pensar más que en estátuas, cuadros, monumentos y antigüedades de todo género.—Y es el caso que á medida que se baja por la Península, estas antigüedades, estos monumentos, estos cuadros y esculturas son mayores en número é importancia. Despues de Florencia... Roma, el panteon de los siglos: despues de Roma..., Nápoles, reflejo de la Grecia, y teatro hoy de la resurreccion del mundo pagano, cuyos espectros de mármol se alzan todos los dias de entre las cenizas de la muerta Pompeya y del sepulcro de lava que encierra el cadáver de Herculano...

Lo anuncio, pues, desde ahora (y nadie me acuse de irrespetuoso, de poco atento, de indiferente á la magestad del arte): será muy posible que en la prosecucion de este escrito me veais pasar al lado de grandes obras de escultura, de pintura y de arquitectura, sin hacer siquiera mencion de ellas, ó citándolas muy someramente, por más que yo las haya contemplado con sumo detenimiento...—¡Oh, sí! creedme... Las condiciones de esta relacion y el objeto de mi viaje se desnaturalizarian completamente si hubiera de nombrar uno por uno todos los portentos artistícos que me esperan en Roma y Nápoles, y aquellos de que no he hablado en Florencia.—Básteos saber que los Catálogos, los sucintos Catálogos de los Museos de *Pitti* y *Uffizi*, de los Museos del *Vaticano* y del *Capitolio*, de las *Galerias particulares* de Roma, del *Museo Borbónico* de Nápoles y de las *Ruinas de Pompeya*, forman otros tantos volúmenes, y que todos juntos sumarian una obra tres veces más voluminosa que la presente!

En cambio, volveré á ocuparme con preferencia de las costumbres y de la fisonomía de los pueblos que visité, asi como de los sucesos que amenicen mi viaje, lo cual no impedirá que, cuando se levanten á nuestra vista obras tan maravillosas y excepcionales como *San Pedro* de Roma, como el *Coliseo*, como el *Juicio Final* de Miguel Angel ó como las *Loggie* de Rafael, me detenga delante de ellas y les consagre algunas páginas.

Conque emprendamos el camino de la enmienda, y antes de abandonar la Capital de la Toscana, demos algunos toques más al cuadro de nuestra vida y costumbres en las encantadas márgenes del Arno.

Os decia que desde las doce hasta las tres ó las cuatro de la tarde, permanecíamos Caballero y yo en los Museos, Bibliotecas y Academias. A esta hora dábamos de mano al estudio, y nos íbamos á *Lungo l'Arno*, donde tomábamos un coche que nos llevaba á *le Cascine*.

Le Cascine (las *Queseras*, llamadas asi de unas *lecherías* que pertenecian al Gran Duque) son en Florencia lo que el *Bosque de Boloña* en París, lo que la *Fuente Castellana* en la villa de San Isidro: el Paseo de buen tono, el lugar de cita de toda la gente que arrastra coche y de la que tiene buenos pies. *Le Cascine* se hallan al Oeste de *Florencia*, entre el Arno y el ferro-carril, y forman un vasto laberinto de alamedas, de umbrosos bosques y de praderas amenísimas en que pacen tranquilamente inumerables ganados.

Por todas aquellas calles de árboles discurren millares de ginetes y de coches. Los trenes más lujosos pertenecen á extranjeros, sobre todo á ingleses y moscovitas. Los ingleses suelen ir eu *brakes*, faetones y otros grandes carruajes de campo, sobre los cuales se ven apiñados en filas, ó espalda con espalda, viejos, niños, gallardos jóvenes, criados, nodrizas, tribus enteras. Los florentinos elegantes guian esos diminutos vehículos llamados cestos, en los cuales corren desesperadamente como en una *regata*, ocasionándose apuestas y caidas que divierten mucho á las damas principales. Otros montan en esas jaquitas, gráficamente denominadas *ratas*, ágiles y revoltosas como verdaderos diablos, que se hallan á un mismo tiempo en todas partes, puesto que no corren, sino vuelan, y permitidme la exageracion. En cuanto á los jóvenes de la clase media (de los cuales ya hablaremos detenidamente más adelante), van á *le Cascine* en omnibus por la insignificante cantidad de dos cuartos: allí se apean y pasan la tarde haciendo resonar sus espuelas ó crugiendo su látigo, como si acabasen de dejar detrás de algun árbol el caballo y el *jokey*, y luégo, entre dos luces, toman otro omnibus, que los lleva por otros dos cuartos á la *Piazza di Ognissanti*.

Pero la gran particularidad de este paseo es el alto ó parada que hace todo el mundo en un sitio llamado *il Piazzone*, delante del *Instituto Agrario*. De allí parten ó allí vuelven todos los ginetes y todos los carruajes que recorren en dispersion las varias alamedas de *le Cascine*. Allí hay todas las tardes una especie de tertulia ó de exhibicion de damas y galanes, que debe de ser sumamente grata á unas y otros. Las damas permanecen en sus coches (estrechamente agrupados), y entablan coloquios de ventanilla á ventanilla, mientras que los galanes, dejando sus caballos á los *jokeys*, discurren de acá para allá, saludando á las elegantes florentinas, recordando las conversaciones de la tarde anterior ó de la noche pasada, ó citándose para la siguiente en tal baile ó cuál teatro...

Entre aquella brillante multitud he visto dos tardes al gran poeta *Niccolini*, al Quintana de Italia, al amigo y condiscípulo de Silvio Pellico y de Manzoni.—El autor de *Giovanni da Procida* y de *Arnaldo da Brescia* es hoy un anciano octogenario, cubierto, como Rossini, de una rizada pe-

luca rubia, y adorado y venerado por toda Florencia; pues todas sus obras, y especialmente sus últimas tragedias, respiran un ardiente patriotismo que ha contribuido no poco á hacer popular en Italia la idea de la unidad.

Amenizan, por fin, aquellas tertulias de *le Cascine* las célebres *floristas* de Florencia, y perdonad la cacofonía.—Estas floristas son por lo regular hermosísimas jóvenes de los alrededores de la capital (*contadine*), lujosamente vestidas con una saya corta de vivos colores, medias encarnadas, un gabancillo redondo, y el clásico sombrero de paja, de alas amplísimas, en que cifran su mayor gala.—Hay sombrero de estos que vale 1,000 ó 1,500 reales: son finísimos, y sumamente graciosos: el ala anterior se dobla graciosamente hácia arriba: la otra ala les cae hasta la cintura.—Asi corren de coche en coche aquellas discretas campesinas, con un elegante cesto lleno de flores colgado de un brazo y un ramillete en la otra mano: asi asaltan á todo el mundo, ligeras como mariposas, repartiendo flores á diestro y siniestro, sin previa consulta y sin pediros nada; y se van; y luégo vuelven, y os miran, y sonrien; y vuelven á irse si tratais de devolver el ramo; hasta que al fin teneis que darles lo que se os antoja, pues las flores no tienen valor en Florencia, y entonces *la contadina* os dice algunas lisonjeras frases, y se deja requebrar un poco, y se pone lo más bonita que puede, y acabais por comprender que ella es la mejor flor de su mercado... ¡Pero ya es tarde para hacer semejantes reflexiones; pues la mariposa está lejos de vosotros, libando en otro bolsillo, ó ha emprendido, saltando y brincando, el camino de su aldea!

Al oscurecer regresábamos á *Florencia* y nos íbamos al magnífico *Gabinete de lectura de Viesseux*, donde encontrábamos periódicos españoles: de allí nos marchábamos al Hotel á hacer por la vida, y del Hotel nos dirigíamos al *Café de Italia* á esperar la hora del Teatro.

En el *Café de Italia* he contraido una amistad singularísima con uno de los séres más populares de esta capital.—Tal es el insigne *Borraschino*, llamado comunmente el *Perro de Florencia*.—Es este un perro lobero, negro y dorado, que perteneció á un oficial austriaco muerto en Solferino. Su amo se lo dejó aquí cuando partió para la guerra, y el perro sigue esperándole, haciendo la vida que aquel hacia. Florencia, que sabe que el perro es huérfano, se ha guardado muy bien de decírselo; pero lo ha adoptado y lo cuida con particular ternura. *Borraschino* es aristócrata si los hay: almuerza en el *restaurant* de la *Ville de París*: va á paseo á *le Cascine* en el primer coche que encuentra al paso, con tal que huela á noble: allí se baja y pasea á pie; y luégo vuelve en otro coche particular, convidado ya á comer por algun príncipe ó duquesa. (El dia que no lo convida nadie se va de fonda... Pero esto sucede muy pocas veces). Despues de comer, pide permiso para retirarse y se encamina al *Café de Italia*. Allí toma un poco azúcar con algun amigo, y anda de mesa en mesa, mezclándose en todas las conversaciones... ¡inquiriendo sin duda noticias de su amo! Los mozos de los Establecimientos se guardan muy bien de impor-

tunarle; pues el animal ha demostrado ya más de una vez, con fuertes mordiscos, el desprecio que le inspiran los criados. Desde el café se va al *Casino d' Nobili*, donde pasa la noche en vela, como verdadero elegante, y á la madrugada se duerme sobre algun sofá, en compañía de los jugadores y calaveras de buen tono.

Borraschino me fue presentado en el *Café de Italia;* yo le convidé á helado y barquillos, y desde entonces no ha dejado de saludarme donde quiera que me ha encontrado...—Por lo demás, esta broma de toda una poblacion me ha parecido muy seria. ¿Qué significan tantas muestras de amor hácia un perro tudesco? ¿Es una tímida expresion de afecto á la autonomía de Florencia, perdida en la misma guerra en que murió el amo de *Borraschino*?—¡No quiero creerlo! La pensadora Toscana da muestras todos los dias de hallarse contentísima bajo el cetro de Víctor Manuel. Y ¿como no? La unidad italiana era hace mucho tiempo el bello ideal de los florentinos, expresado por todos sus artistas, poetas y escritores. Asi es que Ricasoli, *luogo-tenente-generale* del ex-Gran Ducado, no encuentra entorpecimiento alguno en la opinion pública al gobernar en nombre del Rey de Italia.—El amor á *Borraschino* será pues, mera poesía...

En el *Café de Italia* he hecho algunas otras observaciones y averiguado más de cuatro cosas.—Son las siguientes:

La clase media de Florencia es avara, y, si no avara, sumamente económica, y, si no económica, demasiado pobre para su educacion y sus necesidades.—Como quiera que sea, hay una infinidad de jóvenes en la poblacion que llevan una vida casi elegante á muy poca costa; ¡por 10 ó 12 reales diarios!—Hay que advertir que *Florencia* es extraordinariamente barata, sobre todo para los florentínos, como si estos hubiesen pactado ayudarse unos á otros á fin de poder hacer á los ojos de los extranjeros un mentido alarde de la antigua grandeza.)—Ya os he dicho que van por dos cuartos á *le Cascine* y que vuelven por otros dos. Ahora bien: en el *Cafè de Italia*, que acaso es el mejor de la Capital, almuerzan café con leche y pan, por tres ó cuatro cuartos; comen por un franco...; y aún hay Cafés y Restaurants en que se come mas barato); van al teatro por dos ó tres reales; fuman casi de balde (y asi resulta ello); y hasta refrescan... y se convidan á sí mismos á media copa de tal ó cual licor... sin salirse del presupuesto de las tres pesetas.

Consecuencia de esta refinada economía es que, cuando pedís algo en un Café, el mozo os replica en seguida: «*Mire usted que eso cuesta tanto.*»—Es observacion que he hecho en todos los Cafés de Florencia.—En cuanto á los pobres, piden de limosna un *céntimo*..., moneda imaginaria en otros paises, pero contante y sonante en la ciudad de los Médicis; y un *soldo* de *propina* arranca un saludo al más finchado servidor.—Bien que la oficiosidad ó *serviciosidad* (palabra recien-nacida) de los florentinos pobres corre parejas con su avaricia. La nimia division del dinero ha traido consigo una nimia division del trabajo. Yo no tenia idea de oficios tan menudos, de servicios tan ténues como los que se prestan en *Florencia*.—Los fran-

ceses, con todo su ingenio mercantil, no han llegado ni con mucho á las *prévenances* interesadas de los vagos de esta ciudad. Pondré algunos ejemplos: Si vais á entrar en una casa, se os adelanta un hombre, que no sabeis de dónde sale; se quita el sombrero; os saluda artísticamente, diciéndoos: *Excelencia, no se incomode...*, y tira por vos del cordon de la campanillla, despues de lo cual os hace otra reverencia y os alarga la mano..., añadiendo, si os quedais asombrado: *Cualquier cosa... ¡un céntimo!*—A mí me ha sorprendido un raro porsonaje, en el momento de ir yo á sacar el reloj para ver la hora..., y me ha dicho: *Escuse: no se incomode: son las siete y dos minutos. Déme cualquier cosa...* ¡Y me mostraba abierto un reloj de oro que marcaba la hora subsodicha!—Otro señor muy bien portado me ha detenido á la puerta de un teatro, con el sempiterno *escusa*; ha sacado un pañuelo del bolsillo; me ha limpiado el polvo de las botas y me ha dicho: *Como usted quiera...*: esto es; si usted quiere me da algo, y sino, lo deja.—Podria citar cien casos semejantes.

Digámoslo de una vez: *Florencia* es un pueblo parásito, que se nutre de los extranjeros. ¡Yo creo que hay establecida en la Toscana una vasta asociacion cuyo solo objeto es explotarlos!...—Podrá ser casualidad; pero oid lo que á mí me ha sucedido.

Cuando visitamos en Liorna el *Bazar Oriental*, pregunté si habia alguna pequeña piedra dura con el nombre de *Dios* grabado en árabe (cosa muy comun en Oriente), á fin de montarla en una sortija.—Dijéronme que no; pero que podria encontrarse.—Yo repliqué que dejaba en aquel instante la ciudad.

—Y ¿á dónde se dirige usted? me preguntó el comerciante.

—A Florencia, le respondí.

—Tal vez allí la encuentre usted, exclamó un jóven que habia entrado en el *bazar* poco despues que nosotros.

Pues bien: á los cuatro dias, hallándome en *Florencia*, en el Gabinete de Lectura que he citado, llegóse á mí un caballero y me dijo:

—¿Quiere usted comprar una *incisione* árabe para una sortija, con el nombre de *Dios*?

Imaginaos mi sorpresa.

—Veámosla, le contesté.

La inscripcion no era árabe, sino judía... *¡Vade retro!*

No compré, pues, la *incisione*, ni el hombre me quiso declarar que hubiese recibido carta alguna de Liorna anunciándole mi deseo.

En cambio, me hízo esta otra proposicion:

—Su compañero de usted tiene un magnífico gaban blanco...

Lo decia por Caballero.

—Es verdad, le respondí.

—Ayer lo llevó al teatro... (repuso él). ¿Quiere usted comprar otro que yo tengo exactamente igual al de su amigo?

—No, señor.

—Asi irian ustedes iguales...

—No tengo empeño en ello.

—¡Lo cambio!

—Déjeme usted en paz.

—*Escusa*...

Aquel hombre iba al dia siguiente por *le Cascine* en compañía de un jóven muy elegante, en un coche particular sobre cuyas portezuelas se veia una corona de marqués.

—¿Quiénes son aquellos dos señores? le pregunté á una florista.

—El uno es el marqués de... tal.

—Bien... Ese es el dueño del carruaje. ¿Y el otro? ¿El del gaban blanco?

—El conde de... cual.

Y á proposito: No sé si sabreis que la mitad de los italianos son príncipes, duques, condes ó marqueses. Esto consiste en que todos los hijos de título usan á un mismo tiempo de él; y despues los hijos de estos hijos; y asi continúan las dinastías... hasta venir á parar en el limpia-botas de la *Loggia de Lanzi* ó en el gitano del Gabinete de Lectura.

Desde el *Café de Italia* nos íbamos por lo regular al *Teatro Niccolini*, llamado así del nombre del gran poeta que ya conocemos.

En el *Teatro Niccolini* actúa una compañía francesa, que representa medianamente comedias y *vaudevilles*. El público se compone generalmente de todos los extranjeros residentes en Florencia, los cuales acuden al reclamo de la lengua universal.

La mayor parte de los otros ocho teatros que contiene la ciudad, están todavía cerrados; entre ellos el de la *Pergola*, que es el santuario de la música.

Finalmente, desde el Teatro nos veníamos al Hotel, donde, al amor de la lumbre, Caballero y yo nos servíamos recíprocamente de tertulia, ora en su cuarto, ora en el mio, con asistencia de Jussuf, que preparaba el té con más habilidad que una *lady*.

En esas horas distraíamos nuestra soledad de extranjeros recordando la patria y la familia; contándonos las más nimias particularidades de nuestra niñez y nuestros primeros pasos en la vida; hablando de mujeres y de hombres de Madrid y de otros climas, que maldito si se acordarian en aquel momento de nosotros; pensando por último en que el año pasado, en estos mismos dias, nos hallábamos en Africa, bajo una tienda, en medio de unos montes solitarios, luchando con la intemperie y con la epidemia, rodeados de feroces enemigos; apartados de Europa, de la sociedad, de la civilizacion, de la mujer, del arte, ¡de todo!...; y que, sin embargo, éramos más felices y estábamos más contentos entónces, que en la culta Florencia ahora, por más que esta sea la ciudad de la hermosura y los placeres...

¡Oh! sí: cada uno de estos dias es un solemne aniversario. ¡Gloriosas

efemérides!—El dia 14 acampamos en Sierra-Bullones, y aquella noche fue la primera que pasé bajo la tienda, sin más amparo que el de Dios.—El dia 15 oí las primeras balas, ví los primeros moros.—El 17 la segunda accion; aquella retirada en las tinieblas, aquellos gemidos en nuestras filas...—Anoche... es decir, la noche del 18 de diciembre, el vendaval, el diluvio... ¡el agua, el viento y la sombra envolviéndonos en un triple sudario!...

En esta nuestra última tertulia la conversacion giró muy especialmente sobre la proximidad de la *Noche-buena*: lo cual quiere decir que nuestra nostalgia subió de punto...

—El año pasado (nos dijimos) celebramos la *Noche-buena* en Africa, tierra infiel y maldita. Este año va á sorprendernos en un suelo extranjero y entre gentes excomulgadas... Ya no tenemos tiempo de correr al seno de la patria y al lado de la familia, ni tampoco debemos abandonar la Italia cuando nos hallamos á un dia de distancia de la augusta Roma; cuando nos esperan Nápoles, el Vesuvio y Pompeya.—Lo que debemos hacer es dejar en seguida la pagana ciudad en que nos encontramos, y marchar á Roma, patria de todo el mundo, donde la Religion ofrecerá á nuestras almas el inextinguible hogar del Catolicismo, en torno del cual hay sitio para todas las gentes, para todos los peregrinos, para todo el el universo. ¡Por la historia, por la lengua y por la fé, somos ciudadanos romanos!.. *Cives romani sumus*!...—Celebremos, pues, la Pascua en *Roma*.

Y diciendo y haciendo, en aquel mismo instante empezamos á disponer nuestra partida, que se verificará esta tarde á las cinco.

Debo advertiros antes de marchar, que el buen tiempo ha concluido. Hoy ha amanecido lloviendo.—Principia, pues, el invierno en *Florencia*.

Esta circunstancia contribuye á añadirle no sé qué triste solemnidad al viaje que vamos á emprender: solemnidad y tristeza que cuadran perfectamente al estado de nuestro ánimo.—Yo no comprenderia una peregrinacion á la Ciudad Eterna sino con dolor y fatiga..., y nuestro viaje promete ser sumamente penoso.—El Ferro-carril sólo llega á *Siena*, donde dormiremos esta noche y pasaremos mañana el dia, viendo aquella ilustre ciudad y buscando Diligencia ó Silla de postas que nos lleve á Roma.—Cruzaremos, pues, el *Sub-Apenino toscano* con agua, viento y nieve, á merced de un postillon y cuatro caballos.

Por otra parte, muchos nos dicen que es temerario hacer esta espedicion en un tiempo de tantas revueltas y calamidanes, y hasta nos hablan de recientes robos en los bosques que habremos de atravesar...

—«¡Adelante, y fiemos en nuestra buena estrella!...» ha sido nuestra contestacion.

Jussuf, el islamita, no encontrándose asistido de [illegible] que á nosotros nos fortalece, ha oido nuestra confesion e[illegible]ndidos con aquella atencion ó aguzamiento de orejas con q[illegible]os caballos árabes los pasos de una remota caravana, despues de lo cual nos ha

abandonado sin hablar palabra; ha estado ausente unos diez minutos, y se nos ha aparecido de nuevo con los ojos radiantes de animacion y su infantil sonrisa en los labios.

Caballero no ha reparado en nada de esto; pero yo, que no pierdo nunca de vista al bravo moro, porque todo es en él digno de estudio, lo he llamado aparte cariñosamente, y le he dicho:

—¿Qué hay de nuevo?

—*Mira*, me ha respondido, entreabriéndose la camisa y enseñándome á medias un larguísimo cuchillo.

—¿Y para qué es eso? le he preguntado.

Jussuf se ha puesto pálido y luégo rojo, y su mirada me ha reflejado mil escenas diferentes: el miedo al viaje que íbamos á emprender; la lucha con los bandidos; las puñaladas, la sangre, nuestra victoria... ¡qué sé yo cuántas cosas más!

Por último, ha recobrado su calma, y por toda contestacion á mi pregunta, me ha dicho dulcemente, cerrándose la camisa y señalando hácia el *Puente Viejo*:

—*Medio duro.*

Es la cantidad que acaba de dar por el cuchillo.

Cualquiera hubiera creido al contemplar esta escena, que Otelo estaba de vuelta en Italia.

Caballero echaba entre tanto cuentas con una Guia en la mano, y murmuraba gozosamente:

—¡Pasado mañana en Roma!

VI.

UN MATRIMONIO FELIZ.—SIENA.—LA ULTIMA CIUDAD DEL MUNDO.—LA FRONTERA DE LOS ESTADOS ACTUALES DEL PAPA.

Estamos en camino.

El tren ha partido de Florencia á las cuatro y cincuenta y cinco minutos, á cuya hora era ya de noche.

Sigue lloviendo. Hace un frio espantoso.

Florencia me ha dejado á mí antes que yo á ella. Durante las últimas horas que he permanecido en el llamado *Jardin de Italia*, su hermosura, su alegría, las hojas de sus árboles, los esplendores de su cielo..., todo ha desaparecido.—Asi es que la abandono sin sentimiento.

Llevamos una hora de viaje.—Del pais que vamos recorriendo sólo puedo decir que está cubierto de nieve.—Lo demás lo ocultan las tinieblas.

Al llegar á *Empoli*, dejamos el Camino de hierro de Pisa (*Strada ferrata Leopolda)*, que se dirige á Poniente, y tomamos la *Strada ferrata Centrale Toscana*, que va hácia el Mediodía por el valle del *Elsa*, y que unirá con el tiempo á Florencia y Roma.

A las siete de la noche pasamos por *Certaldo*, donde en otro tiempo estuvo el sepulcro de *Boccacio*.

En el mismo coche que nosotros van un caballero y una señora, jóvenes ambos, que se casaron en Florencia hace trece dias y que se dirigen á Ancona, donde el marido tiene sus Estados y su familia.

Y digo *sus Estados*, porque el marido es como si dijéramos un *Conde reinante*.—Ya tengo en el bolsillo su retrato y su tarjeta; pero, sin embargo, no diré su nombre ni el de su bellísima esposa.—Temeria turbar su naciente dicha si la entregase á los vientos de la publicidad.

Los condes de M. han visto toda una aventura de viaje en su encuentro con dos españoles y un moro, ó quizás más bien nos han convertido en espectáculo que contemplar juntos desde su trono de amor, en fecha que recordar mañana, en monumento conmemorativo de su luna de miel...—Ello es que, sin desatenderse á sí mismos, nos hacen mil y mil preguntas, con una gracia, una cortesía y una curiosidad tan infantiles (los enamorados se conducden siempre como niños), que nosotros no podemos menos de contestarles afablemente.

Verdad es que ellos han empezado por decirnos su nombre, el objeto de su viaje, la historia de sus amores, las condiciones de su carácter, sus ideas acerca de la felicidad, sus teorías sobre el matrimonio, lo que debe ser la mujer, lo que es el hombre... etc., etc.; todo esto hablando los dos á un tiempo, simulando riñas, reconciliádose con una mirada ó una pisadita, poniéndose muy colorados al entrar en ciertas materias, y diciéndose, en fin, en nuestras barbas, por remate de funcion y con sublime llaneza, que se quieren mucho, que van á quererse siempre, y que ninguno de ellos se casará jamás en segundas nupcias.

¡Tienen veinte años! .. (Ella no los tendrá todavía).—¡Se han casado hace dos semanas!—¡Van viajando solos!—El la lleva á la casa paterna á que la conozcan su madre, sus hermanos y sus servidores.—Ella va soñando con un jardin que tiene el Conde á las orillas del Adriático, con un pabellon que les han amueblado en ese jardin; con los paseos que darán por el mar al resplandor de la luna de enero; con las flores que abrirán en marzo; con las frutas que madurarán en junio; con el hijo que podrán tener en setiembre...

(Esto último es una sospecha gratuita que á mí me ocurre).

En cuanto á sus preguntas, ya podreis imaginároslas:—Que si somos casados... (esta ha sido la primera);—que si es bonita España .. (es decir, que si será muy agradable *amarse* en España);—que si son bellas las españolas... (esto es, si *se ama* mucho en nuestro pais);—que si hay bandidos en España... (más claro: si dos jóvenes *enamorados* como ellos correrian allí algun peligro);—que á dónde nos dirigimos. (traduccion: que cuándo *los* dejaremos solos);—que si iremos alguna vez á Ancona... (sentido oculto: sean ustedes testigos de que hemos jurado *amarnos* eternamente);—que si nos gustan las italianas... (esto lo preguntó el Conde; significado: si habia hecho bien en *amar* á su mujer);—y otras cosas por

el estilo, y muchas muy diferentes; pero todas misteriosamente relacionadas con su dicha.

¡Oh amor, egoista amor! ¿Qué es para tí el universo?

De las preguntas que le hacen á Jussuf y de las contestaciones de éste, no digo nada.—Seria cuento de nunca acabar.

Son las ocho y cuarto.

Salimos de un largo Túnel, abierto en una alta montaña.

Nos acercamos á *Siena.*

Siena, como otras muchas ciudades que no conozco, reviste en mi imaginacion una forma poética, cuya lenta composicion me seria muy difícil explicar. Para mí, *Siena (Sena* en español; y de aquí el que digamos *Santa Catalina de Sena* para nombrar á la seráfica escritora hija de esta ciudad); *Siena*, digo, es una triste y viejísima capital de perfiles góticos (cosa rara en Italia), monumento vivo de la Edad Media, y esqueleto, pordecirlo así, de la gran República gibelina que venció á Florencia en aquella descomunal batalla de *Campo Aperto* de que habla Dante:

che fece l' Arbia colorata in rosso...

Mi imaginacion ve tambien en *Siena* la patria de la infortunada *Pia di Tolomei*, de aquella hermosa tercianaria á quien encontró el mismo Dante en el *Purgatorio*, y de cuyos labios oyó estas melancólicas palabras:

ricorditi di me, che son la *Pia:*
Siena mi fe': disfecemi Maremma...

Las *Marismas (le Maremme)* son unas lagunas, de que habré de hablar más adelante, que producen la *malaria*, azote del pais que recorreremos para llegar á Roma.

Siena me recuerda tambien (siempre con auxilio de Dante) á aquel terrible aristócrata, *Farinata de gli Uberti*, que le preguntó al Poeta en el *Inferno:*

.....¿Chi fur gli maggior tui?
(¿Quiénes fueron tus mayores?)

(Farinata era el jefe del partido gibelino de Florencia y se refugió en *Siena* con todos sus secuaces, perseguidos por el partido güelfo.—Dante, gibelino como él, y desterrado tambien de Florencia, lo retrata con este magnífico rasgo:

Ed ei s'ergea col petto, e con la fronte,
come avesse lo inferno in gran dispitto.

Este condenado que se muestra tan erguido y como despreciando el infierno en que se halla, es indudablemente una de las más bellas figuras imaginadas por el autor de la *Divina Comedia.*

Siena, en fin, se me aparece precedida de la fama de ser la ciudad en que se habla el italiano con mayor pureza, en que las mujeres son más hermosas, en que tuvieron su trono las artes hace quinientos años, en que entraron los Españoles despues de un largo asedio en tiempo de Cárlos V, y en que ondeó el estandarte de España hasta 1557, que Felipe II la cedió á Cosme I de Médicis.

Por lo demás, yo veo tambien en *Siena* el fin de los caminos de hierro que tanto han simplificado hasta ahora mi viaje; la última de las ciudades vivas, por muy muerta que se encuentre; el término de la moda francesa; el límite de los tiempos modernos y de la Edad Media; la entrada á la antigüedad clásica; el principio de la region sembrada de ruinas.—Despues de *Siena*, sólo encontraré las osamentas blancas de las ciudades etruscas, ó más bien el lugar en que se levantaron..., y más allá la desierta campiña de Roma...., y luégo Roma, el Panteon de todas las edades!

Siena, pues, es el remate del actual mundo civilizado. En adelante hallaré el paganismo romano ó el paganismo griego; reflejos de Grecia ó del Oriente; el teatro de la mitología...—Aquí concluye tambien el imperio de la ley; aquí terminan la libertad y la civilizacion; aquí cesan las garantías del derecho.—Mañana quedaremos á merced de los bandidos, cuando recorramos los campos, y á merced de una autoridad discrecional, cuando penetremos en las ciudades.—Despues de Roma teocrática, vendrá Nápoles, presa de la anarquía, ensangrentada, carcomida por la inmoralidad...

Pero hénos ya en *Siena*; ó, por mejor decir, en la Estacion del camino de hierro, situada á bastante distancia de las puertas de la Ciudad.

Sigue lloviendo. Casi todos los viajeros que salieron con nosotros de Florencia se han quedado en las estaciones del camino.

Los Condes de M..., Caballero, Jussuf y yo, con más algunos campesinos que han venido en coche de tercera clase, somos los únicos que hemos llegado á *Siena*.

Los campesinos se han ido á pie, á pesar del frio y de la lluvia,—que empieza á convertirse en nieve.

Los recien casados han ocupado, á instancias nuestras, un cabriolé de dos asientos, único vehículo que se ha dignado esta noche venir á esperar el tren.

¿Para qué más? La verdad es que si nosotros no hubiéramos formado parte del convoy, cualquier otro carruaje que hubiese acudido á la Estacion se habria vuelto de vacío.—*Siena* (lo digo de nuevo) es el fin del mundo.

Los Condes de M.... han quedado en enviarnos el coche así que los deje en el *Hotel del Aquila Nera*, en el cual nos alojaremos tambien nosotros, vista la amabilidad, ó por mejor decir, la longanimidad con que nos han invitado los nuevos cónyuges á acompañarles á tomar el té.

En tanto, pues, que vuelve el carruaje, entreténgome en contemplar á la luz de un mugriento farolillo que alumbra la puerta de la Estacion, media docena de mozos que pugnan con Jussuf por apoderase de nuestro equipaje y llevarlo á hombro á la ciudad.

Los tales mozos tienen la figura más patibularia que haya figurado en melodrama alguno.—¡Qué famélicas mejillas! ¡qué lúgubres ojos! ¡qué barbas y qué cabellos, negros como el delito! ¡qué luengos levitones!

Indudáblemente, estos hombres han sido ó van á ser bandoleros.

No estará demás advertirle á Jussuf que no ha llegado todavia el momento de hacer uso de su cuchi lo...

Pero hé allí el carruaje, que desciende en nuestra busca...

Cinco minutos despues entramos en *Siena*, por la *Puerta de San Lorenzo.*

La Ciudad está edificada sobre altas colinas, y por consiguiente, casi todas sus calles son ásperas cuestas...—Y ¡qué silencio! ¡qué soledad á las nueve de la noche en la que fué, hace siglos, capital de un floreciente Estado!—Las tiendas se hallan cerradas; las calles desiertas.—Al pálido fulgor del alumbrado público, vemos algunas enormes casas con portadas góticas; y, á la luz de moribundos faroles, distinguimos ora una *Madonna* bizantina, ora un Cristo pisano, enclavados en las encrucijadas de angostas calles...—Nos creeríamos en Toledo.

Llegamos por fin al Hotel.

Los Condes de M. nos aguardan en un abrigado gabinete, al lado de una antigua chimenea, delante de la cual hay una mesita en que está preparado el té.

La jóven y enamorada Condesa ha tenido tiempo de cambiar de trage. —¡Cuán hermosa, cuán elegante, cuán fina y obsequiosa se nos presenta!

Al verla de pie, cerca de la mesita, poniendo azúcar en las tazas despues de consultar el gusto de cada uno, créola una antigua amiga; paréceme que estoy en *Siena* hace mucho tiempo y que asisto á una tertulia que ya me es familiar, y no comprendo, en fin, los hechos tales como son: esto es; que hace cuatro horas no conocíamos á los Condes de M., ni podíamos adivinar su existencia; que esta tarde nos hallábamos en otra ciudad; que nuestros nuevos amigos partirán mañana por distinto camino que nosotros y se perderán en el piélago de la vida, donde ya nunca volveremos á encontrarlos; que nosotros esperábamos pasar esta noche en *Siena* sumamente aburridos y sin más sociedad que algun estúpido camarero, y que mañana á estas horas nos hallaremos otra vez solos, muy lejos de *Siena*, rodando en silla de posta por unos montes desconocidos cubiertos de hielo y nieve.

¡Oh imprevistos placeres del peregrino, fugaces alegrías del extranjero, hogares fugitivos que lo acogeis una noche, súbitas amistades que os perdeis en el olvido! .... ¿qué sois más que una abreviatura de la vida humana?

El Conde de M. conoce á *Siena*, por haber estado ya aquí varias ve-

ces. El nos ha dicho que un gran edificio que se levanta en frente de este Hotel, y cuyo negro muro casi se puede tocar con la mano desde los balcones del gabinete en que nos hallamos (tan estrecha es la calle que los separa), es el *Palacio Tolomei*, en donde pasó su primera juventud la desgraciada *Pia*, cuya lamentable historia recordaba yo en el Ferro-carril.

Aquí la conoció pura y hermosa el implacable *Nello della Pietra*: aquí se casó con ella: de aquí se la llevó á su Castillo.—como el Conde de M. se lleva á su mujer á Ancona.—Una vez en el Castillo, delinquió ó no delinquió la Castellana: é, inocente ó culpable, que esto no lo sé yo á punto fijo, fué condenada por el celoso y cruel caballero á vivir en una solitaria mansion que se levantaba en medio de las *Marismas*...., donde la fiebre y la tristeza la consumieron lentamente...

¡Y si vierais qué cara ha puesto la Condesa de M. en tanto que recordábamos la historia de *Pia di Tolomei*!

Es natural...

—¡Dios mio! (habrá exclamado en su interior la pobre jóven). ¿Seria yo capaz de faltarle á mi *Francesco*?... (¡Se me escapó el nombre!)—¡Dios mio! ¿Sería capaz mi *Francesco* de hacerme morir de tercianas en esa tierra desconocida á donde me lleva?

El conde *Francesco* ha adivinado estos pensamientos de su esposa, y la ha mirado angelicalmente...

Pero son las once, y nuestro huésped ha acabado ya de fumarse un magnífico *sigaro spagnuolo* con que le hemos *hecho feliz*, segun asegura.

Demos las buenas noches de una vez para siempre á estos bienaventurados: despidámonos de ellos *hasta nunca*, y tomemos el camino de nuestro cuarto.

. . . .

Veinte y cuatro horas despues.

Siena ha realizado completamente mis ilusiones.—Esta ciudad es una excepcion en la Toscana. Ni sus Palacios, ni sus Iglesias, ni sus Calles, ni sus Plazas ostentan aquel aire risueño y pagano, medio oriental y medio del Renacimiento, que advertí en Pisa, Luca y Florencia. *Siena* es más cristiana (aunque quizás no tan católica), más sombría, más ascética, más ideal.—En *Siena*, como en Pisa, la agonía que principió con la caida de su República, no ha entrado todavía en el período de reaccion que hoy hace resucitar en Europa á otras muchas ciudades arruinadas.—*Siena* sigue muriendo, postrada, silenciosa, olvidada del resto del mundo.—De doscientas mil almas que encerraba en el siglo XV, ha quedado reducida su poblacion á veinte y dos mil doscientas.

La originalísima *Plaza del Campo*, antiguo Foro de la República, se halla rodeada todavía, como la plaza de Segovia, de las mismas casas que la adornaban en la Edad-Media.—Allí se vé el soberbio *Palazzo Pubblico*, en otro tiempo de la *Signoria*, obra del siglo XIII, con su altísima y ga-

llarda *Torre*, con su elegante *Loggia*, con sus ventanas ojivales, con su almenado *Castillo*.—Por lo demás, esta plaza se diferencia de todas las del mundo, en que no presenta una superficie plana, sino que está conformada como una inmensa concha.—En torno de ella gira una inclinada acera de extensas baldosas, donde es muy difícil tenerse de pié.

Más adentro está la célebre *Fuente Gaja*, llamada así de la alegría que produjo á los sieneses el ver que se habia conseguido subir el agua á su plaza favorita; alegría muy justificada si se tiene presente que la ciudad de *Siena* aventaja en altura sobre el nivel del mar á todos los montes circunvecinos, y que por lo tanto fue sumamente difícil y costoso surtir de agua constante la susodicha Fuente.

Por último, en esta *Plaza* hay todos los años, el dia 15 de agosto, unas famosas carreras de caballos ¡sobre las baldosas inclinadas de que he hecho mencion!..., siendo de advertir que las apuestas que se cruzan no son *á quién corre más, sino á quién se mata menos;* pues creo inútil decir que no hay año en que no se tiña de sangre humana el improvisado hipódromo.

A todo esto se me habia olvidado haceros reparar en que nos está nevando encima desde esta mañana.—Y lo peor es que al pícaro viento se le ha ocurrido hoy juguetear con los copos de nieve y arrojárnoslos á la cara; lo cual, como podreis comprender, no tiene nada de agradable.

En cuanto á los Condes de M., salieron esta mañana para la insigne ciudad de Perugia.—La bendicion de Dios los acompañe, como los acompaña mi mortal envidia.

Mas no vayais á creer que lo que envidio es precisamente la felicidad que ellos disfrutan: no; lo que yo deseo es otra felicidad semejante, de nadie conocida, para mí destinada, galardon exclusivo de mis penas.—¿Por qué ha de ser esto imposible?

Pero volvamos al asunto.

Además de la *Plaza del Campo*, hay en *Siena* un paraje en que se siente toda la grandeza pasada de la rival de Florencia.—Tal es la Puerta del *Bautisterio*, donde, dicho sea entre paréntesis, escribo estas palabras á pesar de la ventisca.

Desde aquí se descubre la Escalinata que sube á la *Plaza de la Catedral*, se vé un grandioso rompimiento de Arcos, y se alcanza la severa perspectiva de Palacios imponentes y terribles Fortalezas...

Si alguna vez visitais á *Siena*, no dejeis de hacer alto en este lugar.

Aquí os acudirán nobles pensamientos: aquí sentireis los dolores de la despedazada Italia: aquí (mejor que desde lo alto de los Alpes) podreis tender los ojos del alma sobre el presunto Reino Itálico, y recordar las regiones que acabais de recorrer:—el Piamonte, la Lombardía, el Véneto, las Legaciones, Parma, Módena y la Toscana:—aquí podreis darles un adios, y disponeros á cruzar los Montes que os separan de la Campiña de Roma y de la otra mitad de Italia; del *antiguo mundo*, como ya la hemos llamado...

Decididamente, mi imaginacion no puede estarse quieta en *Siena*: hace un momento se habia ido de Perugia á España, pasando por la alta Italia, y ahora la sorprendo camino de Viterbo...

Me lo explico perfectamente. Es el vértigo de la espectativa: es la proximidad y la atraccion de la Ciudad Eterna. Mis ideas zozobran hoy como los barcos que se acercan al *Maelstrom.—Hoy* no vivo: *hoy* no es para mí más que *la víspera de mañana...*— ¡Y ese mañana..., es ROMA!

A pesar de tan honda preocupacion, visito la *Catedral*, que es todo lo gótica que puede serlo una Catedral de Italia, y mucho más de lo que yo me prometia.—El interior, sobre todo, respira no sé qué poesía simbólica, litúrgica, propia de las Iglesias del Norte.

Pero el gran prodigio del *Duomo* son sus célebres pavimentos, cubiertos de magistrales dibujos debidos á un procedimiento muy raro que se llama *graffito*, y que no es el *mosáico*, aunque produce un efecto semejante.—Para contemplar tales maravillas, hemos hecho levantar por muchas partes el entarimado que cubre toda la Iglesia, y, entre los portentos de arte que han aparecido á nuestros ojos, merecen particular mencion una *Eva* de peregrina hermosura y un grandioso *Moisés sobre el Sinaí.*

En esta *Catedral* hay un *Púlpito*, esculpido por Nicolás de Pisa, tan magnífico, cuando menos, como los otros del mismo autor que hemos admirado antes de ahora.

Tambien son de notar los *Frescos* que adornan la *Librería*, debidos á Bernardino Betti, llamado *il Pinturricchio*, y tan soberanamente hermosos, que algunos críticos se los han atribuido á Rafael.

Otras muchas obras de arte pudiera citar entre las que decoran el *Duomo*, y entre las innumerables que he visto hoy en varios Templos; pero recuerdo mi promesa de ser muy sóbrio en enumeraciones de obras artísticas, y paso á otra cosa, no sin recomendar á los viajeros, que visiten detenidamente todas las *Iglesias de Siena*, así como el *Istituto delle Belle-Arti.*—De camino verán en la Iglesia de *Fonte Giusta*, entre los *ex-votos* que adornan un Altar, un *machete indio*, un *escudo de armas* y un enorme *bigote de ballena*, regalados por Cristóbal Colon cuando regresó por primera vez del Nuevo-Mundo...—Por último, en *Siena* deben ser visitadas la famosa *Universidad*, que data de 1203, y la *Biblioteca pública*, donde se enseñan algunas *cartas dictadas* por Santa Catalina; pues es un hecho probado que la insigne autora del *Diálogo con el Padre Eterno* no sabia escribir...

Pero se hace de noche...—Regresemos al Hotel.

Son las diez y cuarto. La nieve ha fatigado al viento y cae sosegadamente sobre la tierra.

Nuestros preparativos de viaje terminan ahora mismo. La silla de posta está dispuesta en el Correo, esperando á que demos la órden de enganchar á la hora en que se nos antoje, por desusada que sea.—Así lo

hemos convenido con el Maestro de postas, no sin procurar hacerle creer que partiremos mañana muy temprano.

Lo que menos puede figurarse nadie es que nosotros, despues de haber pasado el dia vagando por *Siena*, pensemos en emprender nuestra marcha con una noche tan espantosa...—Y, sin embargo, este es nuestro plan.

Para llevarlo á cabo con la menor molestia posible, nos hemos comprado largos gabanes y altas botas de pieles; hemos dispuesto un aparato para tener luz dentro del coche, y hemos llenado de provisiones de boca una más que mediana cesta de mimbres.—De esta manera, á eso de las once, cuando menos pueda imaginárselo la *policia de los bandidos* (pues los bandidos tienen en *Siena* su policía, que les avisa con antelacion á qué hora salen viajeros para Roma, y á qué hora podrán pasar por los *Bosques de Bolsena*); á eso de las once, digo, cuando todo el mundo dormirá en la Ciudad y los caminos estarán custodiados por la nieve, nosotros mismos iremos al Correo, despertaremos al postillon, le mandaremos enganchar, y el ruido del carruaje será la primera noticia que tendrán los sieneses de mal vivir de que han volado los pájaros que creian cogidos en el *Hotel del Aquila Nera*.

Y no vayais á creer, vosotros los que me leeis, que, al tomar estas precauciones, calumniamos á los italianos, pareciéndonos á los ingleses y franceses que, cuando viajan por Epaña, ven un bandido en cada pobre hombre ó en cada palo de telégrafo...—En nuestro miedo no hay poesía ni exageracion alguna. El dueño del Hotel y el Administrador de Correos nos han aconsejado la mayor prudencia y nos han referido más de veinte robos que han tenido lugar este mes desde *Siena* hasta *Viterbo*...—Pero, ¿qué más? esta misma tarde, cuando estábamos ajustando la silla de posta, hemos encontrado á un Correo de gabinete, español por más señas, que acababa de llegar de Roma en aquel instante (y que ya ha seguido su marcha hácia París), el cual nos ha dicho que ha hecho este viaje por tierra contra todo el torrente de su gusto, á causa de estar agitadísimo el mar Tirreno; que ayer ha encontrado una Diligencia robada cerca de *Montefiascone;* que en la expedicion anterior lo robaron á él en *Acquapendente;* que ni en los caminos ni en la frontera romana se encuentra un solo gendarme, y, en fin, que procuremos viajar á horas desusadas, y sin prévio aviso á los Maestros de postas...

Con que ya veis que los bandidos, y si no los *bandidos* (pues ya no los hay *poéticos* en la Italia central), al ménos los *prosáicos ladrones* que tememos, tienen una existencia real y corpórea, y que nuestras precauciones no son nada quijotescas.—Hechas estas salvedades, partamos.

—¿Y las *hermosas siniesas*? me preguntareis.

Es verdad: se me habia olvidado deciros que, con motivo de la nieve, me voy de *Siena* sin haber visto una sola mujer *digna de estudio* en ventana, balcon, calle ni iglesia.

¡En cuanto á las domésticas arrecidas y rebujadas que han andado hoy

por la calle, tenian la nariz demasiado purpurada por el frio para que yo reparase en ellas!

—¿Quién se para á mirar á una mujer que lleva la basquiña sobre la cabeza, cubierta toda de nieve, con los pies llenos de lodo y las manos hinchadas de sabañones?

Estamos en camino.

La silla de posta rueda toda la noche sobre un blando tapiz de nieve, por un pais montuoso.

De hora en hora paramos en alguna Aldea.

El Postillon aparece entonces á la portezuela del carruaje, con su sombrero galoneado, su trágica barba, su casaquilla medio militar y su corneta de cobre, y nos pide la *buona-mano* (las agugetas, la propina)...

Entre tanto, otro nuevo Postillon sale de la Casa de postas, asombrado de que se viaje á una hora y con un tiempo semejantes, y nos propone que pasemos allí la noche.

Nosotros insistimos en marchar en seguida, y apelamos al Reglamento de Reales Postas.

El Postillon nos da *escelencia* (Dios se lo pague); nos suplica que no nos incomodemos; engancha nuevos caballos, y partimos.

Cinco minutos despues de mudar cada tiro, notamos que andamos poco y hasta que el coche se para á veces.

—¿Qué es eso, postillon? preguntamos.

—*Non si puó andare con questa neve...*

—No hagas caso de la nieve, y te daremos *tre paoli* más de *buona-mano.*

—*Grazie tante, escellenza,* contesta el Postillon.

Y los caballos arrancan al galope, como si hubieran comprendido el diálogo.

De esta manera hemos pasado por *Monterone*, *Buonconvento* y *Torrenieri.*

Al cruzar por delante del ruinoso *Castillo de Buonconvento*, he recordado que en él murió Enrique VII, emperador de Alemania, envenenado con una Hostia por un fraile *güelfo*, y la terrible carta que Dante escribió cuando lo supo.—Dicha carta ocasionó, como todo el mudo sabe, el destierro del poeta.

En *Poderina*, donde se muda tiro, nos despierta el Postillon y reparamos en que principia á amanecer.

Ya no nieva. El pais que aparece á nuestros ojos es sumante árido. Por todas partes se advierten huellas de antiguos volcanes y de horribles terremotos. Rocas feísimas erizan los accidentes del terreno. Ni una habitacion, ni señales de cultivo por ningun lado.—Entramos en la region asolada por la *malaria ó aria cattiva.*

La *malaria* es una enfermedad endémica de varios puntos del Oeste de Italia, procedente de los muchos pantanos y lagunas que se encuentran

á cada paso. Esta enfermedad consiste en una fiebre intermitente y muy maligna, que ha acabado por despoblar extensísimas comarcas. La *malaria* reina desde la primavera hasta mediados de otoño. Las pobres gentes á quienes la dura necesidad obliga á desafiar el tremendo azote, y que viven en pueblecillos situados sobre el camino que seguimos, parecen almas en pena, ó más bien cadáveres ambulantes. ¡Qué lúgubres miradas las de aquellos hundidos ojos negros! ¡Qué palidez sepulcral! ¡Qué horrible demacracion!

Segun la *Guia*, dentro de pocas horas empezaremos á ver á lo lejos algunas ruinas, ó el mapa nos indicará los sitios y los anticuados nombres de muchas famosas ciudades que ya no existen.—La *malaria* acabó con sus habitantes, y la soledad y el tiempo se han encargado de talar sus campos.

La estacion en que nos hallamos es la única saludable en este pais, y, sin embargo, apenas encontramos algunos arrieros que parecen españoles, envueltos en sendas capas y caminando lentamente detrás de perezosos asnos.

La gente de los citados pueblecillos usa unas capas coloradas y unos altos sombreros puntiagudos que, unidos á sus crecidas barbas, les dan un aire muy marcado de personajes de melodrama. La miseria, la barbarie y el aislamiento añaden sus tétricos perfiles á estas melancólicas figuras y á sus pobrísimas viviendas.

Dentro de los mismos Pantanos que producen la peste, vemos, entre los juncos, algunos hombres desarrapados y de espantosa fisonomía, montados en grandes caballos, no menos fatídicos que ellos. Dichos hombres van armados de una larguísima garrocha, con la cual tantean el terreno y gobiernan y dirigen numerosas piaras de búfalos que se revuelcan en las aguas corrompidas.—El contorno que dibujan sobre el cielo estos solitarios ginetes, llega á tomar proporciones tan fantásticas, que se dejan atrás todo lo inventado por los poetas de Alemania en punto á caballeros infernales.

Pero vamos á otra cosa.—Contra lo que nosotros esperábamos, y contra lo que nos prometieron en la Administracion de Postas de Siena, resulta, segun los cálculos de los postillones, que no podremos llegar hoy á Roma con luz del dia, sino despues de la media noche.—Esto no nos conviene de ningun modo; por lo cual hemos resuelto contentarnos con ir á dormir á *Vitervo*, ciudad importante, que solo dista ocho horas de las murallas de Roma; y, áun asi y todo, hemos andado tan poco hasta ahora, á causa del mal estado de los caminos, que tendremos que correr hoy muchísimo á fin de pasar de dia por los *Bosques de Bolsena*, infestados siempre de ladrones, segun dejamos apuntado.

Afortunadamente, el carruaje no puede ser más cómodo ni las provisiones del cesto de mimbres más socorridas contra el fastidio. El vino es el antídoto natural del frio y de la tristeza, y Caballero y yo no hemos agotado todavía el tesoro de nuestros recuerdos... Bebemos, pues, y ha-

blamos para entretener el ócio, en tanto que Jussuf explora el camino con sus ojos de leon, buscando los anunciados salteadores;—y de esta manera, creedme, no lo pasamos del todo mal!

Poco despues del mediodia dejamos atras á *Radicofani*, última aldea de la Toscana, y á eso de la una llegamos á *Ponte-Centeno*.—Entre uno y otro pueblo se encontraba *ántes* la frontera de los ESTADOS PONTIFIOS; pero, desde hace algunos meses, se halla un poco más abajo.

A las tres nos encontramos en la villa de *Acquapendente*, llamada así de las muchas cascadas que hay en sus cercanías.

El terreno ofrece cada vez más caracteres volcánicos.

A las cuatro, llegamos á *San Lorenzo Nuovo*, aldea construida por Pio VI para albergar á los habitantes de *San Lorenzo Vecchio ó Rovinato* (arruinado), á quienes la *malaria* habia obligado á abandonar sus hogares.

Desde aquí descubrimos á nuestros pies el pintoresco *Lago de Bolsena*, redondo, de unas tres leguas de diámetro, cercado de rocas volcánicas y de una frondosísima comarca cubierta de colosales encinas.—En medio del Lago se ven dos pequeñas islas, tapizadas tambien de una rica vegetacion.—Finalmente, en la márgen oriental se asienta una pobre Aldea, que da su nombre ó se lo debe al Lago.

Esta region, á pesar de su riente aspecto y de su feracidad, se halla tambien deshabitada. La mísera aldea de *Bolsena* es el resto de la antigua, floreciente Ciudad de *Vulsinii*, una de las más renombradas entre las etruscas, y los 1,500 infortunados que hoy la habitan tienen que abandonarla todos los años durante los ocho meses que reina el *aria cattiva*.—El Lago no es otra cosa que el lugar que ocupó no se sabe cuándo el anchísimo cráter de un Volcan, y la evaporacion de sus aguas envenena el ambiente que se respira en este oasis.

A la parte occidental del Lago se dilata un pais, que nosotros descubrimos vagamente, sembrado todo de cadáveres insepultos de poderosas Ciudades...—Allí existieron *Saturnia*, *Sovana*, *Toscanella*, *Vulci*... y otras muchas más, de las cuales quedan algunos cimientos ciclópeos de templos y viviendas, trozos de colosales columnas de basalto, y la formidable raiz de extensísimas murallas que debieron de competir con las de la antigua Babilonia.

Cerca ya del oscurecer, nos encontramos abajo, á las orillas del *Lago de Bolsena*, mudando tiro en la aldea del mismo nombre.

Nueva consulta: ¿Seguiremos adelante?

«A las puertas mismas de la Aldea principia un temido bosque de encinas, *aclarado á derecha é izquierda*, *á causa de los bandidos que se ocultaban en él para atacar á los viajeros...*» (dice la *Guia* que llevamos á mano).

—Hace tres dias (añade el maestro de postas) han robado á un comandante francés media hora antes de llegar á *Bolsena*, cuando ya se creia libre del maldito Bosque.

—¡Comandante! ¡Y francés! ¡Y robado á pesar de todo! (exclama Caballero).—Esto merece pensarse.

Una idea mia nos saca al fin de la perplegidad.

—Diga usted (le pregunto al maestro de postas): y esos bandidos ¿matan á los viajeros, ó los roban solamente?

—¡Oh!... ¡no hacen más que robarlos! En ese punto, descuide usted...

—Entonces, partamos (le digo á Caballero): Tengo una idea...

Media hora despues entramos en el famoso *Bosque*, á la luz del farol del carruaje.

Algunas veces nos alumbra tambien la luna, abriéndose paso al través de las nubes y de las ramas.

—¡Jussuf, dame el cuchillo!—le digo entonces al moro.

—¿Para qué?—me pregunta Caballero, creyendo que *mi idea* no es más que una repeticion de la que se le ocurrió á Jussuf en el *Hotel del Arno*.

Yo no contesto: tomo el puñal que me alarga Jussuf; rasgo con él una especie de bolsillo dentro de un pliegue del recio damasco que reviste toda la silla; meto allí la mano; aparto las estopas que forman el relleno; pido á Caballero el reloj, la cartera y el dinero, menos una insignificante cantidad: reúnolo todo con mi reloj, mi dinero, y mis cartas de crédito, quedándome tambien con algunos escudos en el bolsillo; escondo nuestro tesoro bajo las estopas; nivelo el sitio; vuelvo á plegar el damasco; me convenzo de que es imposible dar con el escondite; abro la portezuela del coche..., y arrojo el puñal en medio del camino.

Caballero, que ha ido aprobando todas mis operaciones, comprende la filosofía de este último rasgo, y me aplaude.

Jussuf me mira estupefacto.

Yo le digo:

—El único peligro que ahora podíamos correr, consistia en tu puñal. —Si nos salen ladrones, nos dejaremos robar nuestro modesto equipaje de viajeros y los duros que llevamos en el bolsillo...—Mañana nos equiparemos en Roma.

Desgraciadamente para el cuchillo de Jussuf y para el damasco de la silla de posta, todas estas precauciones han sido inútiles: dos horas despues estamos fuera del *Bosque* peligroso, en pais despejado, y corriendo alegremente hácia *Montefiasne*, donde pensamos comprar algunos frascos del famoso mosto del mismo apellido, á fin de celebrar esta noche en *Viterbo* nuestro heróico paso por las encinas de Bolsena y nuestra fortuna de no haber encontrado un solo *brigante*.

Sin embargo, yo recordaré eternamente las dos horas de emocion y espectativa que acabo de pasar, creyendo ver una carabina en cada rama y un hombre en cada tronco; creyendo oir un silbido en el rumor de cada hoja que se movia; engañado á cada momento por las fantásticas visiones que finge siempre la luz de la luna; entusiasmado con los ojos de Jussuf, que brillaban en la oscuridad como dos ascuas, y divertido con la hipo-

cresía del Postillon, que á cada momento paraba el carruaje haciéndonos temer que *aquello* habia llegado.

Pero cátanos en *Montefiascone.*—Son las ocho.—A las nueve y medi estaremos en *Viterbo.*

El *vino de Montefiascone*, especie de moscatel, se vende en unos barrilitos *sui generis*, cuyo angostísimo cuello contiene una cierta cantidad de aceite *supernatante*, que impide el contacto del aire atmosférico con el precioso licor. El tapon de estos barrilitos consiste en una pelota de algodon, que despues sirve para absorber el aceite. En cuanto al vino, es dulce como un bálsamo, pero *generoso* y *traidor* á un mismo tiempo,—por más que estas cualidades os parezcan contradictorias.

Y, á propósito: no he podido comprender bien una cosa que me ha contado el tabernero acerca de un Obispo de *Montefiascone* y de un epitafio en latin, que han dado lugar á que el tal bálsamo se llame por mucha gente... (¡singular denominacion!) vino de *Est, Est, Est.*

¡Porque *Montefiascone* tiene Catedral y Obispo, á pesar de que su poblacion no llega á 3,000 almas!

Y esto me recuerda que desde hace una hora estamos en los actuales dominios del Papa, ó sea en el *Patrimonio de San Pedro*...

No os lo he avisado antes, porque no hemos conocido en nada que pasáramos una frontera, ni puedo decir á punto fijo cuándo hemos dejado los Estados de Victor Manuel y penetrado en los de Pio IX.—Solo sé que Bolsena es *Reino de Italia* y Montefiascone *Ciudad pontificia.*—¡Ni nadie nos ha pedido el pasaporte, ni nadie se ha metido en averiguar de qué se compone nuestro equipaje!

Todo esto es lógico. ¿Cómo ha de establecer aduanas la Córte de Roma en una *frontera* que no reconoce?

Las nueve...—A lo lejos brillan algunas luces.—Es *Viterbo.*

En las cercanías de la Ciudad, y á los dos lados del camino, hay hermosas quintas y riquísimas huertas...—Por algo se dijo que en todas partes cuecen habas...

Viterbo es capital de la *Delegacion* del mismo nombre, y, por consiguiente, residencia de un Cardenal.—Las calles son muy pendientes y están embaldosadas de lava.—Su gótica Catedral, asi como las fuentes de sus plazas públicas, tienen fama entre los artistas...

Nosotros nos contentamos con saber *por erudicion* todas estas cosas, y tomamos el camino del *Albergo del Aquila Nera*, de donde saldremos mañana antes que sea de dia...

Pero ¡ay Dios! ¡qué ciudad tan triste es la renombrada *Viterbo*!—De los 14,000 habitantes que encierra, no encontramos ni uno solo en la calle; y eso que apenas serán las nueve y media de la noche.—Las tiendas están cerradas. El alumbrado público, si lo hay, ha echado sin duda cuenta con los buenos oficios de la Luna, y duerme tambien profundamente.—Mas es el caso que la Luna ha hecho otro tanto, dejando á las nubes el cuidado de entenderse con los hombres.—Con todo, de tiempo

en tiempo, la casta deidad entreabre los ojos y los fija en algun negruzco Palacio, cuyas ventanas de cristales se sonrien agradecidas..., despues de lo cual vuelven todos á dormirse.—Y la silla de posta sigue trepando dificultosamente por las empinadas calles de la ciudad teocrática..., y yo pienso con la mayor seriedad, ora en la piadosa *Condesa Matilde*, ora en la bellísima *Galiana*, á quien muchos han llamado *la Elena del siglo XII.*

Asi llegamos al *Albergo*, en donde cenamos bajo los auspicios de los restos del *Montefiascone*, y damos algun descanso al pobre cuerpo, á pesar de los grandes gritos con que exclama el alma:

—¡Estamos á la vista de Roma! ¡Despierta, corazon!

LIBRO DÉCIMO.

ROMA.

I.

LA CAMPIÑA DE ROMA.—ROMA Á LO LEJOS.—ENTRADA EN LA CIUDAD ETERNA.

22 de diciembre de 1860.

Las primeras palabras que ha pronunciado Jussuf esta madrugada, antes de darnos los buenos dias y de avisarnos que ya estaban enganchados los caballos, han sido para dirigirnos la siguiente pregunta:

—*Roma ¿estar Francia?*

Y al hablar de esta manera, demostraba una indecible alegría.

—¿Por qué te ha ocurrido eso? le interrogamos nosotros.

—*¡Escuchar!* repuso el marroquí.

Y tendió la mano y aplicó el oido hácia la calle.

Pusimos atencion, y percibimos un confuso rumor de cornetas y tambores, que recorria las calles de *Viterbo.*

—¡*La diana de los franceses*! (esclamó el moro). ¡*Y estar diana de guerra, como en Argel*!

Nosotros nos echamos á reir, é hicimos comprender al africano en qué forma y de qué manera un Ejército francés ocupa esta parte de Italia.

—Es decir (ha concluido el moro): *Roma no estar en Francia; pero Francia estar en Roma.*

—Como quieras. El hecho es que nosotros estamos hoy más lejos que ayer de las fronteras de Francia, y que el camino que seguimos no es de seguro el más corto para llegar á París.

Sin otra novedad, hemos entrado en el coche y continuado nuestra marcha.

Al salir de Viterbo, vemos hácia el Oriente una faja de luz que marca el límite del horizonte entre el nublado Cielo y la tenebrosa Tierra.

¡Es la aurora del gran dia!—*Hæc dies quam fecit Dominus*...

Por lo demás, excusado es decir que la diana de guerra con que los Galos me han anunciado el amanecer del dia de mi entrada en *Roma*, me ha hecho, cuando menos, tanto efecto como á Jussuf... aunque no tan agradable.—Pero no hablemos ahora de Historia ni de Política.

De Viterbo hasta *Imposta*, donde mudamos tiro, vamos siempre subiendo.

A poca distancia de *Imposta* llegamos á la cumbre del *Monte Cimino*, que se alza 1,000 metros sobre el nivel del mar.

El sol ha logrado romper las nubes. La niebla empieza á levantarse. El suelo está nevado en cuanto alcanza nuestra vista.

Dentro de poco, cuando aclare completamente el dia, descubriremos á nuestros pies toda la *Campiña de Roma*.

Ahora no distinguimos más que muchas rocas volcánicas en torno nuestro; y hácia la derecha, el *Lago de Vico*, que ha sustituido al cráter de otro Volcan; y en torno del Lago, selvas nacidas en las laderas que inundó la lava; y por todas partes... soledad, devastacion y tristeza.

¡Oh! ¡Qué tragedias tan horribles encuentra aquí la imaginacion en el mismo silencio de la Historia!—Hay quien dice, por ejemplo, que cuando el *Lago de Vico* está completamente sereno, se ven en su fondo las ruinas de una ciudad...—¡Quién sabe!

Pero el horizonte se despeja... Llegó el momento...

¡Hé allí la *Campiña de Roma*, vasta y desierta llanura, interrumpida por leves ondulaciones del terreno!...—Hé allí los *Montes de Albano*, mas distantes de nosotros que la Ciudad Eterna!...

¡El cielo que vemos es, pues, el de *Roma*!—¡*Roma* se halla dentro de nuestro horizonte sensible!

—Allí está *Roma*: pronto la verán ustedes...— Nos dice en esto el Postillon, señalando con su látigo á una de las aplanadas colinas que rizan la monótona extension de la comarca á que bajamos...

—¡*Allí está Roma*! repetimos nosotros, armados de nuestros anteojos de campaña; pero sin distinguir todavía la Ciudad de los Césares...

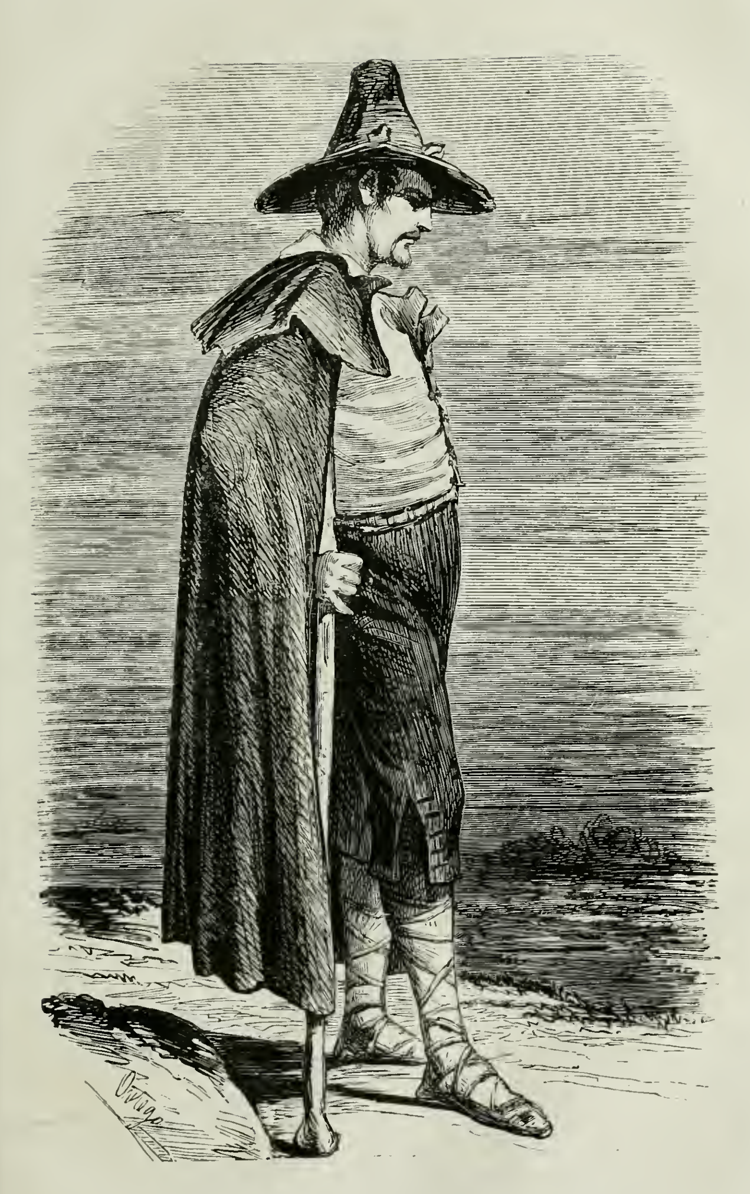
Asi dejamos atrás á *Ronciglione*; las ruinas de la Ciudad de *Sutri*, y el lugarejo del *Monterosi*; asi continuamos todavía una hora, anhelantes, respirando apenas, y lamentando que no se hallen á nuestro lado todos los seres que amamos en el mundo, para poder repetirles, señalando á aquellas colinas:—¡*Allí está Roma*!

Hemos bajado á la *Campiña*: avanzamos por ella...

Tenemos á nuestra derecha el *Lago Bracciano*, en donde hubo otro cráter, y cuyas aguas cubren seguramente la antigua Ciudad de *Sabata*, que se asentaba en sus orillas...

Allá, á lo lejos, fluye un ancho rio...

¡Será el *Tiber*!...



PASTOR DE LA CAMPIÑA DE ROMA.

El pais es cada vez más árido, más melancólico. La nieve se ha derretido en las aplanadas lomas, descubriendo una tierra desnuda, estéril, muerta, que parece la mómia de un mundo.

Despues de pasar por *Baccano*, donde mudamos tiro por penúltima vez, llegamos á un punto en que dominamos todas las colinas sucesivas, y en que se despliegan á nuestros ojos los redoblados rizos del terreno...

Allá se ven las montañas de la *Sabina*; allá *Tiboli*; mucho más lejos *Frascati*...—¡Qué nombres!

Estamos á cinco leguas de *Roma*...

¿Y *Roma*?

Roma se oculta todavía...

¡Oh, no!—¡Héla allí!...

Hé allí *la Cúpula de San Pedro*, que surge detrás de una colina...

«¡Salud á Roma cristiana!»—es mi primer grito.

Nada mas se vé...; pero esa *Cúpula* lo dice todo.—Esa *Cúpula* es la corona de la Reina del mundo católico; es la gran Tiara que ciñe la frente de la Ciudad de San Pedro; es la IGLESIA que se nos aparece en el espacio para que no olvidemos que la ROMA mística, la Metrópoli del Catolicismo, el Templo de las Almas se eleva magestuoso sobre los hundidos alcázares de la Gentilidad.

Nosotros devoramos con la vista aquella gigantesca mole, bajo la cual se halla el Trono de los Papas; aquella obra prodigiosa, que hubiera bastado á la gloria artística de una civilizacion; aquella maravillosa creacion de Miguel Angel, digna de coronar la Basílica que heredó la primacía *urbis et orbis*.

Y nada más vemos de *Roma*.—El resto de la Ciudad inmortal permanece oculto detrás de una árida cima.

La *Cúpula de San Pedro* parece suspendida en el aire; y es que las abiertas ventanas de la galería circular en que descansa la bóveda, se corresponden de tal modo desde nuestro punto de vista, que percibimos la luz y el cielo al través de la calada rotonda.—Nuestras miradas han penetrado ya, por consiguiente, en el interior de la Catedral Pontificia.

Esta aparicion dura algunos minutos. Al cabo de ellos, escóndese tambien la *Cúpula* detrás de un montecillo.

En cambio, empezamos á ver, á uno y otro lado del camino (el camino que seguimos en la antigua *Via Cassia*), cimientos y escombros de *villas* ó quintas, cuyos últimos moradores murieron hace más de mil años.

Viniendo de la derecha, se nos acerca un dilatadísimo *Acueducto*, que al cabo empareja con la *Via Cassia*, á cuyo lado sigue paralelamente hácia *Roma*.—Es el *Acueducto Trajano*, llamado hoy *Acqua Paula*, que lleva todo un rio á la cumbre del *Monte Janiculo*.

A la izquierda pasamos cerca de una Aldea compuesta de pobres cabañas de pastores, llamada *Isola*.—Es todo lo que queda de la famosa *Veïes*, de la gran Ciudad etrusca; de la rival de *Roma*, á quien eclipsaba por su belleza y poderío.

En la *Storta* mudamos tiro por última vez.

Son las doce... Estamos á dos leguas de la *Puerta del Popolo*, por donde entraremos en la Córte de los Papas.

Sigue reinando la soledad sobre la muerta campiña. Nada nos revela que estamos próximos á una gran Capital.—Pero la multiplicacion de las ruinas nos dice claramente que nos acercamos á *Roma*.

Pasamos cerca de unos hundidos muros...—Es la *villa de Ovidio*.

Allá se vé un destrozado mausoleo... Llámase vulgarmente la *Tumba de Neron*.—Es el Sepulcro de *Publius Vibius Marianus*.

Bifurcamos una gran carretera...—Es la *Via Flaminia*.

Llegamos á las orillas de un amarillento rio, y lo pasamos sobre un magnífico Puente...—¡Es el *Tiber*!

El Puente se llama hoy *Ponte-Molle*.—Hace dos mil años se llamaba *Pons Milvius*.—En él detuvo Ciceron á los embajadores de los Alobroges, de aquellos *otros* hijos de Saboya.—En él venció Constantino, despues de haber visto la Cruz en los aires, al feroz tirano Magencio, que se ahogó en esas aguas.—En él se defendieron heróicamente los romanos, mandados por Garibaldi, contra el ejército francés que destruyó la República de Roma en 1849...

¡Salud al *Tiber*!—No: no fue en esas aguas donde se ahogó el tirano Magencio: fue en otras que pasaron: y ¡cuántas han pasado desde entonces!

Nuestro Quevedo lo ha dicho, contemplando estas ondas:—mientras que los alcázares y los templos se hunden y desaparecen,

«lo fugitivo permanece y dura!»

Las colinas se suceden tambien como las olas. La tierra sigue siendo un páramo silencioso. La ceniza de tantas generaciones ha convertido en un cadáver á la fatigada naturaleza.—¡Pero qué fúnebre respeto, qué solemnidad, qué severa melancolía trasmite al alma este desierto donde ha existido un mundo!...

Ya volvemos á ver la *Cúpula de San Pedro*.

Ya descubrimos algunas *Torres*...

Ya divisamos unos Montes cubiertos de pinos y cipreses...

Todo esto sale de entre unos valles en que queda escondida *Roma*, como las antiguas necrópolis.

Mi corazon se calma y se engrandece, poseido de una santa tristeza, cual si estuviese á la vista de un mudo cementerio.

«¡*Roma*!» dice monótonamente una religiosa voz en lo íntimo de mi alma.—«¡*Roma*!» repiten maquinalmente mis labios.

Y el cúmulo de mis pensamientos, de mis recuerdos, de mis emociones me abruma de tal modo, que no acierto á fijarme en ninguna idea, á pronunciar otra palabra.

Un poco antes de avistar las murallas cuyo lugar marcó el arado hace

2613 años, pasamos por delante de algunas casas de campo y de la suntuosa *villa Borghesse...*

El camino que seguimos está más bajo que la Ciudad, de modo que entraremos á ella sin abarcar su panorama, casi sin haberla visto.—Sólo divisamos la cumbre de algunas de las famosas *Siete Colinas*, pero no las más habitadas, y de ningun modo los campos en que se asienta la poblacion de hoy.

Son las dos de la tarde.—¡Hé allí los muros de la Ciudad de Rómulo!... Hé allí por un momento la inmensa mole de la *Basílica de San Pedro*, el soberbio *Castillo de San Angelo*, los altos Jardines del *Pincio...*

Mas ¿qué digo?.—¡Hé aquí ya la *Puerta del Popolo*!

Al acercarme á ella, mi corazon late violentamente.—Todos callamos...—Vamos á entrar en la Ciudad dos veces Reina del universo; en la Capital del paganismo y del cristianismo; en la morada de los Césares y y de los Papas; en la Fuente de nuestro idioma; en la Metrópoli de los pueblos latinos; en el centro de la Historia; en el emporio de las Artes; en el santuario de la Autoridad; en el Jordan de todos los pecados; en la última Posada de los peregrinos....

Por eso, al pasar bajo el arco de la *Porta del Popolo*, descubro reverentemente mi cabeza, sin acertar á formularme de otro modo la profunda emocion de mi espíritu que con estas sencillísimas palabras, equivalentes al mejor discurso:

—*¡Roma! ¡Roma!*

II.

PRIMERAS IMPRESIONES.—ROMA EN EL *siglo*.

Roma 22 de diciembre de 1860.—Hotel d'Europe,—
á la hora veinte y tres.

Porta del Popolo quiere decir en español *Puerta del Alamo*, dado que *popolo* significa indistintamente (como el *populus* latino) *álamo* y *pueblo*, y el *popolo* en cuestion (que los franceses traducen *peuple*, en lugar de *peuplier*) proviene de unos álamos que circuian el *Mausoleo de Augusto*, próximo á aquel paraje.—Como quiera que sea, la *Porta del Popolo* ha venido á reemplazar á la antigua *Porta Flaminia*, habiendo sido dibujada por Miguel Angel en estilo dórico, y levantada con verdadera magnificencia.

Por aquella puerta se entra en la famosa *Plaza* del mismo nombre, soberbia antecámara de la gran ciudad, y muy superior á las calles que siguen despues.—Esta *Plaza del Popolo* forma una inmensa elipse. En el fondo de ella se levantan dos *Iglesias gemelas*, coronadas por altas cúpulas que se dibujan en el cielo. De estas Iglesias, que son *Santa Maria di Monte Santo* y *Santa Maria dei Miracoli*, arrancan divergentemente tres larguísimas calles. La calle de en medio, que se abre entre los dos

Templos, frente por frente de la *Puerta del Popolo*, es el célebre *Corso*, la gran arteria de Roma, su *boulevard*, que dirian los franceses; por el cual se va rectamente al *Capitolio*. La calle de la derecha, *Via di Ripetta*, conduce al Tiber, á *San Pedro*, al *Vaticano*. La calle de la izquierda, *Via del Babuino*, por donde nosotros hemos tomado, pasa por la *Plaza de España*, y conduce al *Quirinal*.—¡Qué nombres!... vuelvo á decir.

En medio de la *Plaza del Popolo* se alza un arrogante *Obelisco* de 112 pies de altura y de 3,500 años de edad, traido de Heliópolis á Roma por Augusto para que adornase el *Circo Máximo*, y trasladado por Sisto V al lugar donde hoy se halla.—Hé aquí la historia del mundo cifrada en las aventuras de un pedazo de granito!—Hace dos mil años llegan los Romanos á Egipto: encuentran un mundo, una civilizacion, una religion agonizantes: ven este Monumento (cubierto de geroglíficos no traducidos todavía) á la puerta de un Templo en que se adora al Sol: lo arrancan de su base y lo trasportan á las orillas del Tiber: aquí preside las fiestas del Imperio y asiste á la muerte de otro mundo, de otra civilizacion, de otra religion, que tambien agonizaban; y hoy, es decir, ayer, hace trescientos años, un Pontífice de otra religion saca el *obelisco* egipcio de entre las ruinas de la Roma de los Césares; lo levanta sobre un pedestal adornado con cuatro Leones, que son otras tantas fuentes de agua cristalina, y lo corona con la Cruz.—Asi está hoy, destacando su gallarda mole y el Signo de la Redencion sobre la faja de cielo delimitada por el *Corso*.—¿Cuál será su porvenir?—¡Yo diria que estos Obeliscos simbolizan el *tiempo*, por el cual pasan tambien, como frágiles olas, generaciones, razas, pueblos y religiones!

En los hemiciclos que forma la *Plaza* se ven Columnas, Estátuas y Fuentes monumentales.—Una de estas Fuentes representa á *Roma*, alzándose sobre una *Loba* que da de mamar á *Rómulo* y *Remo*.—A la izquierda se descubren las grandiosas rampas que suben al *Monte Pincio*, paseo favorito de los romanos, al cual se dirigian en aquel momento centenares de carruajes. Finalmente, cerca de la *Puerta* se halla la Iglesia de *Santa María del Popolo* (y con esta son tres las que encierra la *Plaza*), uno de los Templos más frecuentados por los devotos y por los viajeros.

Todas estas cosas las he observado con algun detenimiento, á causa de haber tenido que parar la silla de posta en aquel magnífico peristilo de la *Ciudad* por antonomasia, mientras que los empleados de las Aduanas Pontificias mantenian con Caballero un amistoso diálogo acerca de nuestros pasaportes y nuestros equipajes.

¡Ya era tiempo! Hasta aquel instante no habíamos tropezado con la frontera romana, lo cual me traia muy preocupado; pues no habia acertado á discernir si semejante abandono favoreceria ó impediria nuevas invasiones de los piamonteses.

Por lo demás, el diálogo de mi amigo y los aduaneros terminó en una moneda de plata, mediante la cual nuestras maletas han permanecido cerradas y nuestros pasaportes se han *ilustrado* con una nueva nota.

—*¡Felice festa!* nos dijeron por último aquellos pobres hombres, quitándose el sombrero hasta los pies.

Y esta frase redobló los latidos de mi corazon ; pues me hizo pensar en que pasado mañana es *Noche-buena*, y en que el dia primero de Pascua asistiremos á la Misa solemne que dirá el Sumo Pontífice en la *Basílica de San Pedro.*

Legalizada nuestra situacion, penetramos por la *Via Babuino*, en la cual mis ilusiones se espantaron y estuvieron á pique de volar al cielo; pero yo estaba preparado de antemano contra semejante accidente, y logré retenerlas dentro de mi alma.

La desilusion provenia del aspecto vulgar de la dicha calle; del aire moderno, europeo, insignificante de las casas; del corte parisien del traje de los transeuntes; de ver faroles de gas en las esquinas, chimeneas de hierro sobre los tejados, tiendas como las de Madrid y aceras como las de Guadix... (esto es, falta de aceras), y, finalmente, de no tener tiempo, mientras era llevado á escape, de reparar, como he reparado despues, en que estos edificios, estas gentes, estas tiendas y estos trajes no carecen de cierto sabor particular á romanos.

Én cuanto á los argumentos de que me he valido para apaciguar mi imaginacion, han sido los siguientes:

—«Las ciudades, como las personas, tienen cuerpo y alma. El cuerpo se conoce á primera vista..., y no siempre. Para conocer el alma es necesario el trato.—Sócrates, considerado materialmente, era un hombre de vulgarísimo aspecto. Estudiado durante una larga conversacion, resultaba un ser extraordinario.—Conversemos, pues, con Roma; tratémosla, y ya aparecerá su genio; ya encontraremos su alma.»

A pesar de estas reflexiones, la única cosa notable que encontré en la *Via Babuino* fué la Iglesia católico-griega de *San Atanasio*, y despues entré en la *Plaza de España*, acaso la más bella de la ciudad... bajo el punto de vista *moderno*.

Esta *Plaza*, irregular y prolongada, toma su nombre del *Palacio de la Embajada de España*, que se levanta en ella.—En cuanto al Palacio, es propiedad *nuestra*, como otros varios edificios y algunas Iglesias de *Roma*.—Hay más: no hace todavía mucho tiempo, nuestros Embajadores tenian jurisdicion casi absoluta sobre toda esta parte de *Roma* y disponian de cierta fuerza armada, con que mantenian el órden en el que pudiéramos llamar *su barrio* y se hacian respetar de los barrios circunvecinos.—El *Conserge* del Palacio, personaje importantísimo, mandaba aquel pequeño Ejército.—De todo esto queda muy poco, casi nada; pero la consideracion y el respecto hácia la Nacion que da nombre á esta *Plaza*, subsisten todavía—España, en *Roma*, es algo más que potencia de primer órden: es la primera potencia del mundo, *católicamente* considerada.

Al principio de la *Plaza de España*, por su parte más angosta, arranca una anchísima y larga escalinata que conduce á la Iglesia de *Santa*

Trinitá de Monte, y al pie de esta escalinata hay una singularísima Fuente, que no es sino una canoa de mármol (la *Barcaccia*), obra del famoso *Bernini*.—Las principales casas de la Plaza son magníficos *Hoteles*, ocupados siempre (menos el verano) por viajeros de todo el planeta.

Entre los hoteles, se levanta el gran *Colegio de la Propaganda*, ricamente dotado por los Papas, á fin de albergar en él, como alberga, un gran número de jóvenes impíos, idólatras y herejes de todas las partes del mundo, á los cuales se da allí educacion católica y se confiere las órdenes sagradas, despues de lo cual son devueltos á sus paises respectivos en calidad de Misioneros.—Dicho se está, pues, que en el *Colegio de la Propaganda* se hablan casi todas las lenguas del mundo; pero el *latin* es, como si dijéramos, la *oficial*.—No obstante, dos veces al año se celebra allí una sesion pública, en la que los colegiales recitan poesías en más de cincuenta idiomas y dialectos diferentes.

En frente del Palacio de nuestra Embajada, se levanta el *Monumento* recientemente erigido para conmemorar la definicion dogmática de la *Purísima Concepcion* de la Vírgen. El Monumento consiste en una gran *Columna*, muy desgarbada por cierto, coronada con la *Estatua de* MARIA.—Como quiera que sea, me alegro mucho de que el Gobierno papal haya escogido el barrio español para rendir este homenaje á la *Patrona de las Españas*, á quien tantos Altares hemos levantado todos cuando niños (á lo menos asi se hacia en mi pais y en mis tiempos), venerándola bajo la advocacion de *Patrona de las Escuelas*.

Por último, en la acera opuesta al Palacio de España, se encuentra el *Hotel d' Europe*, en cuyo patio echamos pie á tierra, no sin experimentar una nueva emocion al fijar por primera vez la planta en el suelo de *Roma*.

Era la *hora veinte y una*; quiero decir, eran las dos y media de la tarde...

(La plebe romana cuenta todavía las horas hasta veinte y cuatro, con arreglo al antiguo *Cuadrante italiano*, tomando por punto de partida el ocaso del sol, que marca el fin de la vigésima cuarta hora.—Entonces suena el *Ave-María*, ó sea el *toque de oraciones*, y principia un dia nuevo para la ciudad de los siglos...

Era, pues, la *hora veinte y una:* entregamos nuestros pasaportes al dueño del hotel, á fin de que nos sacase el permiso de la Policía para permanecer un mes en *Roma*; nos instalamos en *confortables* habitaciones; nos compusimos un poco, como dicen en mi tierra; almorzamos ligeramente, sin omitir los indispensables *maccarroni*, y nos echamos á la calle, cada uno por su lado, á despachar algunos urgentísimos asuntos particulares, que yo me permití calificar de *prévios*.

Queria decir con esto, que en el programa de mi primer paseo por *Roma* (que ha durado dos horas y media, y del cual he vuelto hace algunos minutos), no entraba ni por asomos el propósito de verla ó estudiarla, sino, por el contrario, una firme resolucion de andar por ella indiferente-

mente, como si fuese una insignificante capital cualquiera, más atento á mis quehaceres que á lo que encontrara al paso, y dejando para mañana mi visita solemne, *oficial* (perdonadme esta figura), á la insigne Ciudad reina de las edades,—visita que principiaré, como buen cristiano que soy, por la *Basílica de San Pedro*, donde descansan las cenizas del Santo Apóstol cuyo nombre me pusieron en la pila del bautismo.

Salí, pues, á la calle, dejándome en el hotel la poesía, la devocion, la curiosidad, el respeto... ¡casi toda el alma!..., y empecé á andar de una parte para otra, *de incognito á mis propios ojos*, ó por mejor decir, huyendo y recatándome de mí mismo, y precedido de un criado de la Fonda, que tenia órdenes terminantes de conducirme seguidamente y sin rodeos al correo, al telégrafo, á casa de un sastre, á una guantería, á un gabinete de lectura, á una tienda de objetos de escritorio, á una zapatería, á un despacho de tabaco, á un puesto de libros y á un almacen de cuerdas de arpa.

Veamos cómo he cumplido mi propósito.

De la *Plaza de España* fuí al *Corso* por la *via Condoctti*.

En la *via Condoctti* estudié las Fachadas del *Convento Español de la Trinidad* (órden fundada para la redencion de cautivos), del *Palacio de los Caballeros de Malta* y del *Palacio del duque Marino Torlonia*; muchos aparadores de riquísimas platerías y de almacenes de camafeos y mosáicos (establecimientos que no tienen rival en el resto del mundo y que dan la norma del gusto en materia de joyas al mismísimo París); la Puerta del *Café Greco*, dentro del cual, segun mis noticias, acostumbran á reunirse todos los dias más de una vez los veinte ó treinta jóvenes españoles, pensionados ó sin pensionar, que estudian las bellas artes en Roma (entre los que tengo yo algunos amigos, que ya iré á buscar allí): la muestra de la *Trattoria de Lepre*, donde comen generalmente esos jóvenes artistas, y en fin, otras mnchas tiendas de las más principales de la ciudad.

El *Corso*, el célebre *Corso*, del que habreis oido hablar muchas veces á propósito del renombrado Carnaval de Roma, empieza, como vimos, en la *Plaza del Popolo*.—Por la *via Condotti* salí casi á la mitad de él.—En aquel momento reinaba allí grande animacion. Centenares de carruajes cruzaban en todas direcciones. Algunos de estos carruajes eran enormes é iban tripulados al exterior por un cochero y dos lacayos vestidos de encarnado, con sombreros de tres picos, y provistos de inmensos paraguas tambien rojos, mientras que en el interior se veian graves personajes vestidos de púrpura, acompañados de otros, no tan graves, vestidos de morado. Eran Cardenales y Obispos: eran quizá las Autoridades de *Roma:* alguno de ellos podia ser el Ministro de la Guerra (que aquí se llama *de las Armas*), ó el Gobernador civil *(Monsignor Gobernatore)*, ó tal vez el mismo cardenal Antonelli...—¡Me dió miedo sin saber por qué!—En otros carruajes iban gentes de diferentes hábitos, que yo no sé distinguir todavía, llevando á la parte de afuera criados de rarísimos uniformes.—

La servidumbre de los paisanos y de las señoras que se dirigian al *Pincio* en lujosas carretelas, ostentaba tambien grandes libreas, cancillerescos sombreros, solemnes atributos.—Todo respiraba, en fin, en la gente que no iba á pie, categoría y ceremonia.—Muy raro ha sido el tren liso y llano que he encontrado; raro el jóven á caballo; más raro todavía el impertinente lechuguino que regía por sí mismo su carro... *inglés*.—¡Iba á decir *romano*!

A pesar de no haber salido hoy con ánimo de observar, he fijado ansiosamente mi atencion en cuantas personas encontraba en mi camino, y he pedido á sus rostros un reflejo del antiguo pueblo-rey.—Y la verdad es que he notado muchos caractéres clásicos en todas las fisonomías. Los hombres de la clase pobre, con sus capas de color, sus sombreros de ancha ala y alta copa puntiaguda, su calzon corto, su faja, su cara aguileña, sus ondulantes cabelleras y magníficas barbas, me han infundido cierto respeto. Los grandes señores parecen retratos de la Edad-Media. Las damas principales, severas, pálidas y grandiosas, tienen algo de las matronas romanas. Pero las que me han sorprendido é interesado sobre todo han sido las plebeyas, recias y altas, con su abundante y hermoso pelo, su noble nariz, sus puros dientes, su voz viril y sonora y aquella magestad del andar, que recuerda las procesiones de los Bajo-relieves, ó aquel soberano reposo, que hace pensar en las Cariátides.

Tambien me han chocado extraordinariamente unas singularísimas calesas, de que he visto muchos ejemplares en el *Corso*.—Hé aquí su estructura: de un lado se alza, como un abanico abierto, una rama de árbol, forrada de tela pintada al óleo: este abanico se ahueca un poco, hasta formar una especie de concha, y bajo esta concha se alberga un hombre, sentado sobre ocho toneles de vino, con los cuales va por la Ciudad surtiendo las casas y las tabernas.—Para que todo sea raro en semejante vehículo, el caballo que lo conduce lleva *al márgen*, es decir, sujeto á á uno de los lados del arnés, un haz de heno, del cual, al par que marcha, puede ir comiendo, y come... sólo con un *volver de cabeza*.—Finalmente: entre las campanillas que penden del cuello del caballo, se ve siempre una gran Medalla que representa á la *Madonna*...

Todo esto he visto en el *Corso*, y además muchas tiendas de Pinturas y Esculturas (bastante malas), copias de los primeros prodigios del *Vaticano*, hechas indudablemente por tanto y tanto artista de remotos paises como viene á estudiar y á morirse de hambre á *Roma*.—¡Oh!... cuántos heróicos poemas de amor al arte habrá detrás de cada una de esas audaces y desacertadas copias!—Esto me hace pensar en nuestro inmortal Ribera, alimentándose de los mendrugos de pan que sobraban de borrar y corregir dibujos en el taller de sus maestros.—Y Ribera llegó al fin... Pero ¡cuántos morirán en el camino!

Aparte de estos almacenes de desdichas peculiares de *Roma*, he hallado otros muchos, abundantemente provistos de los comestibles, ropas, muebles y demás efectos que son comunes en toda Europa. Por cierto que he

entrado en uno á comprar cuerdas de arpa, creyendo haberlas visto en un aparador, y me he encontrado con que allí no se vendia más que *fideos*... de diferentes gruesos; lo cual ha hecho reir mucho á toda la familia del comerciante.

En cambio, me ha dicho éste:

—¿Cuerdas de arpa?... las encontrará usted cerca de la *Columna de Trajano*

¡Y si viérais con qué frescura me daban tales señas!

—¡La columna de Trajano convertida en accesorio de unas cuerdas de arpa! (medité yo!).—Creo que mi hermana me agradecerá el regalo...

Y me acordé de aquel diccionario que decia:

NAPOLEON.—s. m. Pieza de cinco francos.—Tambien hubo un Emperador de este nombre.

Humildísima va siendo la historia de mi primer paseo por la Ciudad Eterna; pero téngase presente que hasta ahora no he hecho mi entrada solemne en *Roma*, y que, al salir hoy á la calle, me habia dejado en el Hotel todo lo que tengo de poeta y de artista, por poco que ello valga.—Mañana será otro dia.

Conque volvamos al *Corso*.—El *Corso*, á pesar de su fama, no es más que una insignificante calle recta, angosta, muy larga, sin árboles, pero con aceras (¡cosa rara!), interrumpida por la *Piazza Colonna*, que se encuentra á su mitad, y adornada de cinco ó seis *Iglesias* y de muchos *Palacios*, algunos de ellos interesantes y hermosos.

En la *Piazza Colonna*, donde se encuentra el Telégrafo eléctrico, no he podido ménos de ver, á pesar de mis propósitos de ser ciego, la célebre *Columna Antonina*, que se levanta en medio de ella, y que le dá nombre.

Aquel solitario Monumento fue erigido donde mismo se halla (antiguo *Foro de Antonino)*, para celebrar las victorias de Marco-Aurelio, cuya estátua lo coronaba.—Hoy lo corona una Efigie de bronce dorado que representa á *San Pablo*.—La Columna mide 103 piés de altura; tiene una escalera interior de 190 peldaños; es de mármol; está cubierta de bajo-relieves, y no se distingue ciertamente por su gallardía.—Tal vez contribuye á hacerla tan pesada, la circunstancia de que hoy se la contempla desde un punto de vista para el que no fue levantada seguramente.—El suelo de *Roma* ha subido muchísimo desde aquel tiempo, á consecuencia de tanto escombro y ruina como han acumulado los siglos y las revoluciones, y hoy, no sólo no campea la *Columna Antonina* sobre eminencia alguna, sino que de su antiguo pedestal quedan aún sepultados 11 piés bajo la codiciosa tierra.

En cuanto á la *Plaza*, la forman cuatro magníficos Palacios: el de *Chigi*, el de *Buoncompagni*, habitado por el Príncipe Piombino, el de *Bracadoro* y el de la *Gran Guardia*, donde tienen un *Casino* los Oficiales de la guarnicion francesa, y cuyo pórtico de mármol blanco está formado con esbeltas columnas traidas de la difunta *Veies*.—En este último edificio se halla establecido el *Telégrafo eléctrico*.

Para mí tiene siempre algo de solemne el acto de poner un telegrama; pero mucho más lo ha tenido hoy, al ver el nombre de *Guadix* (de la antigua Acci, *Colonia gemela* de los Romanos) en el libro ó cuadro de las Estaciones telegráficas con que se comunica instantáneamente la Ciudad Eterna; al dirigir desde la Capital del mundo mi saludo filial, en vísperas de Pascuas, al hogar de mis Padres; al pensar que en aquel momento resonaba ya una campanilla eléctrica al pie de Sierra-Nevada, diciendo á los que tanto amo: «*Os hablo desde Roma.—Felicidad*»; al imaginarme la emocion religiosa con que habrá sido allá recibido este mensaje, que ha puesto por un momento en comunicacion material á la Córte de los Papas con la pobre Ciudad cristiana que gimió cautiva ocho siglos en poder de los Agarenos; al meditar, por último, en que mi palabra de amor acababa de recorrer toda la Italia, toda la Francia, toda le España, cruzando por Florencia, Turin, París, Madrid y tantas otras grandes capitales, desdeñándolas y dejándolas atrás, y diciéndoles arrogantemente: «¡*Paso*! ¡*paso*! ¡*Voy á Guadix*!»

El Telegrafista con que me he entendido es un pobre Conde que habla medianamente el español.—El parte me ha costado 70 reales.

(La moneda española es la más corriente en *Roma*, cuyo sistema monetario es igual al nuestro en las piezas de plata.—Nuestro *duro* de 20 reales hace las veces del *scudo* romano: la *peseta* equivale al *papetto*, y la pieza de *dos reales* corresponde al *paolo*.—En las monedas de cobre hay diferencia, pues se ajustan más al sistema francés. El *papetto*, como el *franco*, se divide en 20 sueldos *(bajocchi)*.—Un real tiene, pues, cinco *bajocchi*, representados por una enorme pieza de cobre.—Además hay monedas de dos *bajocchi*, de un *bajocco* y de medio *bajocco*. Las monedas de oro más corrientes son el doblon *(doppia)*, que vale 64 reales y un *bajocco*; el zequin *(zecchino)*, que vale 81 reales, y la pieza de *cinque scudi*, que no es más que nuestra moneda de cinco duros.)

Antes de poner el parte telegráfico he estado en el Correo, lo que me ha colocado en la *dura necesidad* de ver el gigantesco y sublime pórtico del *Pantheon* y la plaza de *Monte Citorio* con su grandioso *Obelisco*...—Pero os juro que apenas he mirado de reojo estos monumentos...—¡Si me hubiera parado delante del *Pantheon*, adios, correo; adios telégrafo; adios, cuerdas de arpa; adios todo!—¡No: no los he visto: no he querido verlos!—Ya los veremos de la manera que se merecen.

En el Correo hablaban tambien español: allí tenia detenidas multitud de cartas y periódicos; pues hace un mes que mi familia y mis amigos me creen en *Roma*, lo cual quiere decir que en todo este tiempo no habia recibido noticias suyas.—¡Oh!..., si supieran los que se quedan cuán grato es al que viaja por tierra extranjera recibir en cada pueblo el saludo de la patria, de la amistad, de la familia ó del amor..., sembrarian de cartas todo su camino!—Hasta aquellas que os hubieran sido indiferentes, si no enojosas, en otras circunstancias, adquieren *un valor in-*

menso recibidas en suelo extraño...;—y no lo digo por lo muy caro que se paga el porte en *Roma*.

Al tiempo que despachaba esta tarde los demás *asuntos prévios* que he indicado, he visto, ó más bien tenido cerca de mí, otros muchos Monumentos de celebridad universal; pero tampoco los he mirado, llegando á veces á cerrar los ojos para no verlos.—Yo no gusto de abrir los libros por cualquier página ni de leer el desenlace antes que el argumento.—Así es que esta tarde sólo he consagrado mi atencion á la Roma del siglo XIX, á la capital corriente, si se me permite esta frase; á la ciudad de los vivos..., complaciéndome en examinar las tiendas y oficinas, en estudiar el carácter de las gentes, en averiguar el precio de las cosas, y en otras operaciones por el estilo.

Resúmen de mis observaciones: que en *Roma* no hay industria alguna; que todo lo que se vende en sus almacenes es francés ó inglés; que la vida es aquí muy barata; que, sin embargo, á cada paso encuentra uno un mendigo; que á estas horas he tenido ya el gusto de ver Frailes de todas las Ordenes y de todos los hábitos; que los Teatros están todavía cerrados, pero que dentro de cuatro dias (el segundo de Pascua) se abrirán al público muchos de ellos, pues (Dios sea loado) en el dicho dia principia el *Carnavalone;* que los carteles del *Teatro Albert* anuncian para entonces la *Presa di Tetuan* (la toma de Tetuan), á la que no faltaré seguramente; que en el *Teatro Apolo* hay una gran Compañía de Opera, en la cual conozco á algunos cantantes, entre ellos á mi amigo Bartolini; que pasado mañana es Noche-Buena y oiremos la Misa del Gallo en *Santa María la Mayor;* que el Papa está bueno y celebrará de pontifical en *San Pedro* el dia 25; que los seglares creen que el *poder temporal* caerá con Gaeta, si los franceses retiran de allí su Escuadra; que un comerciante me ha dicho:—«Ha hecho usted bien en venir este año á ver una gran ceremonia en *San Pedro*; pues el año que viene, la Sede Apostólica se encontrará en otra parte»; que en un Gabinete de Lectura que he visitado no he encontrado más periódico español que *La Esperanza*, ni otro lector, en las tres salas de que se compone, que un cura tambien español, de quien ya soy amigo; que allí he leido parte de un discurso de Gonzalez Bravo; que en la *Plaza de España* hay una tercena donde se venden excelentes cigarros habanos; que en los buenos *restaurants* se encuentran esquisitas ostras; que el marqués de Miraflores, recientemente nombrado Embajador de España cerca de la Santa Sede, llegará á Roma dentro de pocos dias; que mi amigo y hermano en Apolo (menos esquivo con él que conmigo) Amós Escalante, se encuentra hace dias en esta gran Ciudad; que será fácil conseguir que S. S. Pio IX me conceda una audiencia, y, en fin, que el *Coliseo*, el *Foro*, las *Catacumbas*, las *Termas*, el *Capitolio*, la *Roca Tarpeya*, los *Columbarios*, el *Palacio de los Césares*, etc., etc., existen todavía y me esperan en su sitio, de modo que, con sólo dar algunos pasos, podré verlos...

¡Qué perspectiva de goces, de entusiasmos, de admiraciones y de

asombros! ¡Qué mundo de nuevas, de únicas, de supremas maravillas en torno mio! ¡Qué dias tan grandes y tan deseados me aguardan!—¡Mi corazon late violentamente, sólo con la espectativa de tan hondas emociones!

Abrumado, pues, por el cúmulo de mis esperanzas, me he refugiado en el *Hotel* y he escrito estas líneas, que debeis tolerar pacientemente, como toleramos todos la confusa algaravía que mueven los músicos cuando templan y armonizan los instrumentos antes de entrar en materia...

Hasta mañana.

III.

EL COLISEO Á LA LUZ DE LA LUNA.

El mismo dia 22—á media noche.

Guardadme el secreto.—Mi alma se ha escapado esta noche del Hotel, donde la tenia prisionera, y ha recorrido á la luz de la luna las ruinas de la antigua *Roma*.—Que no lo sepa la *Basílica de San Pedro*.—¡Que no lo sepa *yo*, el peregrino cristiano!

Eran las nueve de la noche; el cielo se habia despejado, y la creciente luna tendia su manto de plata sobre la silenciosa Ciudad.—Una tentacion irresistible se apoderó de mi alma... ¡Habia oido hablar tanto *de ello*! ¡Lo habia soñado tanto! ¡Era el momento tan oportuno!—Todo se reducia á un viaje de dos millas, en coche; á un peligro más ó menos; á un poco frio...—¡Pero, en cambio, veria el *Coliseo* al fulgor del astro de las ruinas, turbaria el sosiego de cien generaciones, evocaria sus sombras y sus recuerdos!

Vana fue la resistencia que me opusieron mi amigo y mi razon; en vano se me habló de ladrones y se me anunció que las afueras de *Roma* estarian intransitables á consecuencia del hielo y de la nieve de estos dias: en vano me arguyó la pereza, protestó la conciencia y me miró asombrado el cochero, á quien le dije en la plaza de España, despues de sentarme á su lado en el pescante: ¡*Al Colosseo*!—¡Todo fue en vano!—La suerte estaba echada. El alma habia recobrado su imperio sobre los sentidos.

Y héme aquí ya de vuelta.—¡Oh, lo que he visto!...

¡He visto á *Roma*!... á la *Roma* ideal, á la *Roma* de la historia, á la *Roma* de la poesía!—Las sombras de muerte que cubren la antigüedad se han disipado á mis ojos..., y ha habido un momento en que me he creido trasportado á los primeros siglos del Imperio, al orígen del Cristianismo.—He temblado, he llorado, he balbuceado, en fin, una plegaria en aquellos sitios que representan la agonía de un mundo y el nacimiento de otro.—¡Noche inolvidable! Todas las tempestades de lo futuro no bastarán á

oscurecer en mi memoria la tibia claridad con que tu luna bañaba de melancolía los restos del naufragio de las edades paganas.—¡Espectáculo sublime!

Pero bueno será que recordemos por su órden todos los pormenores de esta solemne expedicion.

Partí, como dejo indicado, de la *Plaza de España*, encaramado en el pescante de un coche de alquiler, al lado del auriga.—Desde aquel humilde, pero eminente puesto, dominaba perfectamente el camino que seguíamos.

Hacia un frio espantoso. El cielo estaba despejado como siempre que escarcha.—La luna parecia un témpano de hielo.

Las calles que recorríamos se hallaban sumergidas en densas tinieblas y funeral silencio. El alumbrado público (que es de gas) no ardia, porque hacia luna; pero la luna daba ya sólo en el último tercio de las casas que miraban á Poniente. La atmósfera helada carecia de diafanidad, y la transicion de la blanca luz á las negras sombras era violenta, súbita, fantástica á sumo grado.

El cochero tomó por unas calles angostas y desiertas. A veces pasábamos bajo altos Edificios, cuyo nombre me guardaba muy bien de averiguar... —¡sombríos fantasmas, á quienes preguntaba solamente si eran cristianos ó gentiles; y esto con una rápida ojeada, que las más veces me dejaba en duda!...

Entre ellos recuerdo algunas recias y altísimas Columnas, ennegrecidas por los siglos, incrustadas en casas modernas; ó, por mejor decir, algunas casas modernas apoyadas en seculares Columnas... ¡Melancólica alianza de las dos Romas!

Así seguimos por intrincadas calles (que, segun decia el cochero, acortaban el camino): así fuimos dejando atrás barrios y barrios;—unos, en que todavía se notaban señales de vida; ó sea ténues hebras de luz á través de las grietas de los muros y de las hendiduras de puertas y ventanas;—otros, en que ya no se percibian luces algunas, pero cuyos edificios dejaban tambien adivinar (no sé por qué) que detrás de sus paredes habia gente entregada al sueño;—y otros, en que era indudable que nadie vivia, ni despierto ni dormido; en que ya no reinaba el sueño, sino la muerte; barrios, en fin, de casas deshabitadas; tristes albergues de la muda soledad; playas desiertas de donde se ha alejado el mar humano; álveo seco del rio de la vida:—así crucé, finalmente, por delante de casas sin ventanas ni puertas; luego á la vista de otras sin techos; despues por solares cubiertos de escombros, de entre los que se alzaba algun melancólico lienzo de pared; en seguida, por un trillado cascajal, término medio entre las ruinas y el polvo..., hasta que, por último, de pronto, sin preparacion alguna, ví levantarse delante de mí, cerrándonos el paso, una elevadísima y ámplia cortina negra, ó sea un inmenso muro, simétricamente agujereado por angostas ventanas, que dejaban ver el cielo esclarecido por la luna...

—¡El *Colosseo*! dijo lacónicamente el auriga.

¡Era él! ¡Era el luctuoso espectro, envuelto en un sudario de sombras!

Nosotros lo habíamos abordado por su parte más alta, cerca del Pórtico.

La luna quedaba oculta detrás de la gigantesca mole.

Para llegar al pie del coloso, tuvimos que bajar algunas rampas, deslizándonos por el hielo. (El *Coliseo* se levanta hoy en una hondonada, á causa de lo mucho que se ha alzado el terreno que lo cerca).

A medida que avanzábamos nosotros, el negro fantasma crecia. Cuando estuvimos ya tocándolo con la mano, parecióme que el disforme anfiteatro llenaba todo el universo.

Dejé el coche, y me puse á buscar la puerta, deslizándome á lo largo de aquel inmensurable círculo.

En esto oí un leve ruido de armas ó de llaves, y una voz que gritaba en francés, en medio del más alto silencio:

—*¿Quién vive?*

—¿Quién resucita? contestó un eco en el fondo de mi alma.

—*Amici* (amigos), respondió el cochero en italiano, añadiendo en seguida en un francés casi ininteligible:

—*Monsieur:* es un caballero que quiere visitar el *Coliseo*.

—¿Por qué *monsieur?* (me dije yo) ¿Será francés el *conserje?*

—*¡Atrás! no se puede...* respondió la voz en el idioma trasalpino.

Y volvió á resonar el ruido metálico, que ya no me dejó duda acerca de su procedencia.—Era rumor de armas.

—¿Hay bandidos en el *Coliseo*? le pregunté al auriga.

Hasta entónces no me habia acordado de *Gasparoni*, de *Luigi Vampa*, del *Conde de Montecristo...* etc., etc.

—Ya no los hay (contestó el cochero). El que nos habla es un centinela.

Era, en efecto, un soldado francés de los que dan la guarnicion á Roma.—¡Era un *galo*, enseñoreándose de la ciudad de César!

¡Y un romano de hoy acababa de decirle *monsieur;* acababa de llamarle *amo, mi señor*!—Nunca fué denominado así en España un soldado extranjero.

El centinela, que nos oia cuchichear y nos veia inmóviles, añadió con mayor furia, destacándose de su garita:

—¡Atrás, digo! El *Coliseo* no puede visitarse de noche sino con una órden del General Goyon.

—Yo busco al Conserje (respondí entonces en francés y con cierta altanería). Dígame usted dónde podré encontrarlo.

El centinela se ablandó al oir el idioma de su patria; descansó el fusil en tierra, y me dijo suavemente:

—¿Es usted francés?

—¡Como si lo fuera! (le respondí). ¿De qué regimiento es usted?

—Del 25 de línea.

—Entonces ha estado usted en la batalla de Solferino.

—Justamente. ¿Y usted?

—Yo he estado tambien en Solferino; pero año y medio despues de la batalla, á visitar la tumba de tantos bravos...

—La habitacion del conserje (dijo el francés con mayor suavidad), está hácia la izquierda, al fin de una galería... Pero dudo que logre usted encontrarla. El Coliseo es un laberinto sin fin, y hay algunos hundimientos en que es fácil romperse la cabeza.

—Yo daré con su habitacion (repliqué), y aunque no dé con ella, habré logrado mi objeto, que es ver el Circo á la luz de la luna...

Aquí juró y se rió el buen centinela, que era un gascon muy cerrado, y aceptó un cigarro que yo le alargaba, en cambio del cual me dió lumbre para encender el mio.

—No extrañe usted (me dijo entonces) que estemos tan sobre aviso. ¡Hace siete dias que á esta misma hora y en el sitio en que estoy, un pícaro romano mató á un centinela de una puñalada!

—¿Cómo pudo ser? ¿No tenia el centinela su fusil?

—Es que el romano se llegó á él á pedirle fuego para un cigarro; mi compañero se confió..., y un momento despues... ya no existia. Cuando vinieron á relevarlo, se lo encontraron bañado en su sangre y sin fusil, con una caja de fósforos en la mano.

Al oir esto, me acordé de nuestros centinelas, asesinados del mismo modo por los moros de Tetuan al principio de la ocupacion de aquella plaza, y respeté un poco más á los romanos de hoy.

Con lo cual dí las buenas noches al centinela, y penetré por una oscura puerta del Coliseo, como el *Beltran* de *Roberto il Diavolo* se sumerge en los antros infernales.

Primero anduve algun tiempo entre densas tinieblas, guiado por la remota perspectiva de algun Arco ruinoso que daba paso á la luz de la luna. A un lado y otro dejaba Galerías aún más lóbregas.—El miedo á los ladrones habia desalojado mi imaginacion; pero terrores más fantásticos habian penetrado en ella... Aquellos tenebrosos corredores me parecian llenos de sombras de mártires cristianos; la arena que se hundia crugiendo bajo mis plantas me hacia creer que pisaba charcos de sangre: en cada una de aquellas cavernas, cuyas negras bocas se abrian á mi alrededor, me figuraba escuchar rugidos de tigres, panteras y leones... y hasta percibir su olor felino...

Aunque sin luz que me permitiera distinguir la estructura de los Arcos y Bóvedas que se levantaban sobre mí, formaba idea de sus colosales dimensiones, sólo con reparar en las distancias que recorria para pasar de una Galería á otra, cortando en *zigzag* los círculos concéntricos que median entre la periferia del Edificio (1,641 piés) y la dilatada *Arena* en que

tenian lugar los espectáculos.—Aquello, más que una obra de construccion, parecia haber sido cavado en las entrañas de una cantera, y me hacia adivinar las descomunales Pagodas labradas en el corazon de las Montañas del Thibet.

Al fin logré salir al anchuroso Circo...

Al desparramar por él una absorta mirada, la primera idea que me asaltó fué la de mi pequeñez, la de mi soledad...—¡En aquel Anfiteatro, que pudo contener 107,000 personas, estaba yo solo! ¡Allí, donde habian concurrido tantas generaciones, no habia nadie! ¡Allí, donde mil y mil veces resonaron gritos, aplausos, risas, rugidos de fieras, ayes de moribundos, no se oia nada, nada..., ni tan siquiera los latidos de mi corazon, paralizado tambien por el espanto!—En vez del sol, y del bullicio, y del vocerio, y de la lucha, y de la sangre..., ¡nada!...—¡La luna, muerta en el cielo: la muerte y el silencio en la tierra!

Por todas partes, las gradas desiertas... las gradas mudas... las gradas solas...—Cada piedra parecia el sepulcro de los que sobre ella se sentaron.

Allí el *Podium* donde se colocaban el Emperador y su familia, los Magistrados, los Senadores y las Vestales: allí los *vomitorios* por donde la multitud se desbordaba sobre el graderío y los palcos: allá arriba el lugar de los esclavos: de aquella parte arrancaba el *velarium* que 480 marinos corrian sobre el Anfiteatro á fin de preservar del sol y de la lluvia á todos los espectadores; en aquel lado estaban las verjas de bronce que daban paso á las fieras; por allí entraban las Víctimas..., por allí los Gladiadores... ¡Y aquí, en esta arena... qué horror!...

Mientras pensaba de este modo, no veia nada realmente. Estaba clavado á la entrada del vastísimo Coso, y mi imaginacion era presa del delirio.—Pronto me repuse, y quise ver y tocar la realidad.

Sólo una comparacion puede dar idea exacta del *Coliseo* visto por dentro.—Figuraos una inmensa Plaza de Toros, de forma oval, toda de piedra, cuyas gradas se elevan hasta 157 piés de altura. En torno de la *arena* se levanta un muro, que protegia al público contra las fieras. Sobre este muro hay una plataforma, que era el lugar de preferencia, e *Podium* que hemos citado. De la plataforma arrancan cincuenta *Gradas*. De lo alto de estas gradas se pasaba á la *Galeria superior*.

El *Colíseo* no ha podido ser destruido ni por los siglos, ni por las revoluciones, ni por la barbarie; y, sin embargo, todos estos enemigos han trabajado tenazmente contra él.—Muchos enormes Palacios de *Roma* han sido construidos con piedra arrancada de aquella montaña artificial, y, con todo, la obra conserva su forma, su conjunto, sus gigantescas proporciones. Por algunos lados la ruina es muy visible; por otros, ya se mire desde dentro, ya desde fuera, el coloso parece intacto.

El *Coliseo* se debe á *Vespasiano* y á *Tito*.—Muchos millares de prisioneros judíos, traidos á *Roma* atados al carro del destructor de Jerusalem, trabajaron en esta obra nefanda, despues de haber visto caer en

ruinas el Templo de Salomon...—¡Misterios de Dios! El puelo de Israel amasó con su sudor y su sangre el ancho circo destinado al martirio de los cristiános!—Tito inauguró el *Coliseo*, el año 79 de nuestra Era, con unas Fiestas que duraron *cien dias* consecutivos, durante los cuales perecieron allí 2,000 gladiadores y 5,000 fieras!—Despues... son innumerables los esclavos, los cautivos y los creyentes que han derramado su sangre en aquel suelo.—¿Quién ignora, sólo por lo que atañe á los cristianos, las sangrientas hecatombes de los tiempos de Domiciano, Marco-Aurelio, Setimio-Severo, Maximino, y sobre todo las decretadas por Diocleciano, las de la *Era de los Mártires*?

Pero volvamos á olvidar lo pasado, y consideremos el *Coliseo* tal como hoy se halla; tal como yo lo he visto esta noche.

La luna bañaba aquella mitad del redondel y de las gradas en que habia dado el sol durante el dia. La otra mitad, la parte de *sombra*, estaba cubierta de nieve...

Avancé hácia la region iluminada por la luna, sin separarme del *Podium* ó barrera (pues no sé por qué, me daba miedo de cruzar diametralmente el anchuroso Circo), y reparé que, de trecho en trecho, se levantaban en torno de la Arena unos solitarios Pilares, á la manera de garitas, cuyo objeto no podia comprender.—Acerquéme á uno de ellos; pero estaba en la umbría, y no acerté á distinguir su verdadera forma, ni mucho ménos la naturaleza y objeto de una como lápida, preservada por una verja de alambre, incrustada en aquel lado de cada pilastra que miraba al centro del Anfiteatro...

¿Qué podia ser aquello? ¿Serian monumentos levantados para perpetuar la memoria de los Césares? ¿Serian refugios ó burladeros para los luchadores perseguidos por las fieras?—Repito que no podia adivinarlo...

Llegué, en fin, á un tercer Pilar en que daba la luna; fijé una tenaz mirada al través de la rejilla de alambre, y... ¿qué direis que ví?—¡Ví la pálida cabeza de Jesuchisto!

Era, sí, una pintura que representaba á *Jesús Nazareno* con la Cruz acuestas, coronado de espinas, con el rostro ensangrentado, y el dolor y la mansedumbre en los anublados ojos...

Esta aparicion me asombró primeramente; luégo infundió en mi alma gratitud, veneracion y ternura; por último, me comunicó valor y tranquilidad; me dió compañía en aquella soledad de muerte, y alejó de mi imaginacion todos los frios espectros que la aterraban un momento antes.

Y dejé de temer que en los subterráneos del *Coliseo* hubiese quedado escondida, bajo los escombros del Imperio Romano, alguna tigre con sus cachorros; y comprendí que el sepulcro de la Antigüedad pagana era la cuna de la Nueva Era; y encontré que no me hallaba solo en aquellas ruinas en que vivia el espíritu de Dios; y recordé finalmente que no estaba en un Teatro maldito, sino en un Templo consagrado á los *Mártires*...

Resumiendo: Aquellos pilares eran un *Via Crucis*.

Entonces me atreví á atravesar la *arena* diametralmente, y, al llegar cerca de su centro, ví levantarse en los aires una enorme Cruz negra, cuyos brazos parecian tocar en Oriente y Occidente.

Esta Cruz, herida oblícuamente por la luna, se copiaba en el suelo con proporciones tan colosales, que abarcaba toda la arena.—Yo me acordé de la Cruz que se apareció á Constantino cuando marchaba contra Magencio, y de aquellas milagrosas palabras: *In hoc signo vinces.....*

La que se alza en medio del *Coliseo* fue levantada por el Papa Benedicto XIV, asi como las Capillas ó *Estaciones* de la *Via Sacra* que he citado.—Y es que desde los tiempos de aquel Pontífice se celebra en el ancho Circo, todos los viernes por la tarde una Funcion religiosa, que consiste en el *Via Crucis* y en un Sermon (predicado al aire libre por algun Fraile desde el lugar que ocupaban los Emperadores durante las sanguinosas fiestas en que murieron tantos cristianos); sermon que escucha tranquilamente el Pueblo Romano de hoy, sentado en las mismas gradas en que sus progenitores aplaudian hace quince siglos los cruentos espectáculos que ahora anatematiza el Predicador.

No sé por qué, al considerar estas cosas, me inquieta en cierto modo el que una misma raza sea juez, parte y testigo en el proceso histórico-religioso que se abre allí todos los viernes.—Por lo menos, se me figura que en tales ceremonias no dominará aquel íntimo y entrañable sentimiento con que se oye misa en *Santa Maria de la Alhambra*, esto es, en la Iglesia Cristiana levantada sobre los Alcázares del ausente y desheredado moro; asi como que tampoco experimentarán los católicos de Roma, en las solemnidades religiosas del *Coliseo* ó del *Pantheon*, las sublimes emociones con que un español ó un frances visitaria el Santo Sepulcro... despues de haber arrojado de Jerusalen (porque no bastaria vencerlos ni dominarlos) á los judíos, á los turcos y á los árabes que hoy la profanan...

Pero, en fin, esto que digo se refiere á la presencia del *romano* en en Roma; no á la del *católico*.—Nosotros, los hijos de otros climas, sentimos en las márgenes del Tiber lo mismo que sentiriamos en las orillas del Jordan. Nosotros no somos cómplices de Neron y Domiciano. Para nosotros, los actuales habitantes de *Roma* tienen algo de gentiles. Aunque latinos por el idiona, por la civilizacion, hasta por la sangre, nosotros representamos la accion del mundo contra Roma.

En otra forma: el centinela galo que guarda la puerta del *Coliseo*, protege el santuario de los Mártires contra la plebe romana (hace quince años el *Coliseo* era nna cueva de bandidos), y los romanos de hoy no se horrorizan delante de los escombros de la gentilidad, por la sencilla razon de que esos escombros representan el solar de sus mayores.—¡Quizás no olvidan tampoco que el Cristianismo fue el rayo con que Dios hirió la frente del Capitolio!—El Pueblo de Roma tiene que ser, por consiguiente, ecléctico. Cuando más, se considerará á sí propio, y á un mismo tiempo, como vencedor y vencido.—¡Ah! La conversacion de Constantino

fue una transacion... (Muchos han dicho que una *fusion*)... Y de aquí los Iconoclastas; de aquí Savonarola, Arnaldo de Brescia y Rienzi; de aquí Juan de Huss; de aquí la reforma; de aquí muchas de las cosas que suceden hoy...

Más de una hora he permanecido dentro del *Coliseo*. Durante ella lo he recorrido en todas direcciones y subido á lo alto de las gradas...—Allí, sentado en frente de la luna, con el ancho Circo á mis pies, he contemplado las venerables ruinas, cubiertas de efímera nieve, y el inmutable cielo, decorado de sus luces eternas...

Aquellos eran los mismos luceros que consultaban los fundadores de Roma... Aquella era la misma luna que vió conspirar á los Gracos; que miró á los galos acampados á las orillas del Tiber; que brilló en los ojos de Anibal; que alumbró á César; que presenció el incendio decretado por Neron; que lució en el cielo la noche del martirio de San Pedro; que reflejó sus rayos en las hordas capitaneadas por Alarico, Genserico, Atila, Ricimir, Odoacro, Totilla y tantos otros devastadores de la gran Ciudad...

¡Oh! sí: era la misma luna: la que inspiró á Virgilio, á Horacio, á Tibulo y al poeta de los *Tristes*...—Y yo me decia:—¡Cuántas oleadas de hombres deshechas contra la roca impasible del tiempo! Los conquistadores de Grecia, de Siria, de Egigto, de Cartago, de España, de Bretaña, de Francia de Alemania; los ejércitos que describen Salustio, César, Tito Livio y Tácito; las falanges de los Escipiones; las masas populares agitadas por Mario; el Patriciado que representaba Sila; el auditorio de Ciceron; las legiones de César; las escuadras de Antonio y Octavio; las haces de Pompeyo; los conjurados con Catilina; y tantos senadores, y tantos tribunos, y los pretores, y los esclavos, y las vestales, y las cortesanas, y los lictores..., todo ha desaparecido como las nubes que se borran en el cielo...

Bajaron del Norte otras razas; vino de Oriente otra Religion; acudieron del Mediodía las tribus agarenas; cubrieron mares de sangre el Occidente de Europa; desbordóse hácia Occidente la nueva civilizacion; surgió la América... y el paganismo en tanto pareció enterrado para siempre... —El mundo se habia cubierto de generaciones espiritualistas (de anacoretas, de trovadores, de caballeros andantes, de religiosos, de cruzados, de escritores místicos, de muchedumbres penitentes, de todo linage de ascetas); el espíritu se habia levantado un momento sobre la materia; todo era olvido y desden ó aborrecimiento y destruccion contra los restos del antiguo mundo; el fuego, el hacha y el martillo se afanaron en destruir, en pulverizar los Templos, los Palacios, los Arcos, las Estátuas, los Circos, todos los vestigios de la Gentilidad...

Pero bajaron las aguas; pasó el caos de la refriega; brilló la luz, y el filósofo tendió una mirada sobre el universo...—Y ¿qué es lo que vió?—Vió lo que yo veia esta noche desde lo alto del *Coliseo*, al rayo de la luna:

vió el paganismo insepulto; los monumentos de la antigua Roma, volviendo á surgir de la tierra; el esqueleto del mundo antiguo, apareciendo de nuevo á los ojos de los mortales; unas ruinas que han vivido más como escombros que todo lo que se construyó sobre ellas; las raices de aquella civilizacion, nutridas todavía por la savia vital, retoñando briosas al cabo de quince siglos; caliente rescoldo debajo de las cenizas frias...—el materialismo sobreponiéndose á la idea!

Ya eran las once cuando salí del Anfiteatro.

—¡Al Hotel! le dije al cochero.

Este era ya amigo mio y habia comprendido el objeto de mi paseo nocturno.—Háme traido, pues á la *Plaza de España* por un camino infinitamente más interesante que el que llevamos para ir al Coliseo.—Háme traido por las ruinas de la Roma clásica; por el *Foro Romano*; por el *Capitolio*...

Es decir, que he pasado por el *Arco de Constantino* y por el *Arco de Tito*; por en frente del *Templo de Venus y de Roma* y del *Templo de la Paz*; cerca del *Templo de Remo* y del *Templo de Antonino y Faustina*; al pie del *Palacio de los Césares*; por en medio del *Foro*; por la *Via Sacra* y por delante del *Arco de Setimio Severo*...

Los tres *Arcos* citados se hallan todavía de pie; los *Templos* han sido convertidos en Iglesias cristianas, bien que conservando sus antiguos Pórticos: del *Foro* no queda más que el lugar que ocupaba, llamado hoy por los romanos *Campo Vaccino*, á causa de haber habido allí hace doscientos años un mercado de bestias...

Ya volveré de dia á aquellos lugares, y los estudiaré minuciosamente, recordando de paso su historia. Por esta noche me basta con la profunda emocion que acabo de experimentar al subir la cuesta que conduce del *Foro* hasta el *Capitolio*.

Desde aquel paraje se descubren todos los Monumentos que he enumerado, y otros muchos más. Allí es precisamente donde se han practicado mayores escavaciones, haciendo salir de la tierra elegantes Columnatas erguidas sobre sus bases, y otras hechas pedazos y tendidas melancólicamente entre los montes *Palatino* y *Aventino*. Allí se ven las Tres Columnas que restan del *Templo de Vespasiano* (que algunos creen el de *Júpiter Tonante*);—otras Tres Columnas, tambien reunidas y como abrazadas para no caer, del *Templo de Júpiter Stator*;—un grupo de Ocho Columnas del *Templo de la Fortuna*;—el célebre *Tabularium*;—la solitaria *Columna Focas*,—y mil y mil fustes y capiteles rotos y esparcidos por la tierra.

La luna heria de frente las esbeltas y desiguales moles de las columnas que se alzan todavía en aquel campo de desolacion; y, al contemplarlas allí abandonadas, solas, en medio de tanta ruina, me parecian tristes huérfanas que lamentaban el hundimiento de sus antiguos hogares. Aquellas Tres de quienes he dicho que se abrazan para sostenerse mútuamen-

te, me hacian la ilusion de tres hermanas llorando juntas una misma pena. A otras las he creido blancas vestales que, fieles á su juramento, velan por el *Fuego Sagrado*, despues de tantos siglos como han trascurrido desde que murieron los últimos Grandes Sacerdotes...—¡Oh! quien no haya contemplado un cementerio á la luz de la luna; quien no conozca la fantástica vida que adquiere el mármol cuando lo esclarece el astro melancólico, no podrá comprender todo el misterio, toda la poesía de aquel sublime espectáculo!—La luna es el sol de los que fueron, el alma de la soledad, la única compañera del olvido.—*Roma antigua*, vista de aquella manera, desde lo alto del *Capitolio*, tenia más vida, existia más en mi imaginacion que la *Roma moderna* que se me apareció un momento despues al otro lado de la sagrada cumbre...

Y, sin embargo, el panorama que se descubria desde allí era tambien magestuoso. Casi toda la Ciudad Papal se extendia por aquella parte, coronada de Torres y Cúpulas é iluminada por el astro de la noche, cuyos fulgores reflejaban en la pizarra de los techos, en los cristales de los balcones, en el agua de las fuentes...—En torno mio se alzaban los Palacios que constituyen el *Capitolio* de hoy, dibujados por Miguel Angel: á mi lado campeaba la *Estátua ecuestre de Marco Aurelio*: á mis pies empezaban una vasta escalera y una larga rampa adornadas con las *Estátuas de Constantino y de su Hijo*, con la *Columna miliaria de Vespasiano y de Nerva*, con los *Trofeos de Mario*, y con las célebres Estátuas colosales de *Castor* y *Polux*...

Pero todo esto no era nada para mí comparado con la sola idea de que estaba en el *Capitolio*, en aquel lugar consagrado á Júpiter por los Tarquinos, en la antigua Ciudadela de Roma, en el Templo de su gloria, tantas veces abrasado por el incendio ó regado de sangre humana; allí donde la Antigüedad divinizó á los guerreros y la Edad-media á los cantores; allí donde fue coronado Petrarca y asesinado Rienzi; allí donde se halla la gran campana que anuncia al mundo la muerte de los sucesores de San Pedro...

Era ya cerca de media noche...

Jamque quiescebant voces hominunque canumque,
Lunaque nocturnos alta regebat equos:

del propio modo que la noche del destierro de Ovidio; y

Hanc ego suspicens, et ab hac CAPITOLIA *cernens,*

(como el infortunado poeta), he acabado por exclamar, dirigiéndome, no á á los dioses que él invocaba, sino á él mismo, y al César que lo desterraba, y á todos los grandes hombres de la antigua *Roma*:

Este salutati tempus in omne mihi!

Despues de lo cual he vuelto á tomar el coche (que habia bajado del *Capitolio* por la rampa, en tanto que yo bajaba por la escalera), y me he

hecho conducir al Hotel, á tiempo que la luna se ocultaba en Occidente.

Al pasar por la *Piazza Trevi* he oido, más que visto, la célebre *Fuente* del mismo nombre, cuya colosal ornamentacion cubre toda la fachada de un Palacio.

Por aquella Fuente fluye hace diez y ocho siglos un rio, llamado *Acqua Vergine*, que llega á *Roma* sobre un Acueducto de ocho millas de largo...; y el rumor de sus aguas, cayendo de pila en pila y formando numerosas cascadas, era lo único que se sentia en la Ciudad Eterna á la hora que crucé por allí.

Lo demás yacia en los brazos del sueño ó en el regazo de la muerte.

IV.

LA BASÍLICA DE SAN PEDRO.

Roma 23 de diciembre.

Vengo de ver la *Basilica de San Pedro*; ¡la Catedral del Mundo!

Digo más: si aquella *Iglesia* de que habló Jesucristo al Príncipe de los Apóstoles pudiera representarse materialmente, nadie me negaria que yo acabo de visitarla.

La *Basilica de San Pedro* se ha edificado sobre el *Circo de Neron*, donde tantos cristianos sufrieron el martirio, y donde se dice que fue enterrado San Pedro despues de padecer muerte en cruz.—Hoy se veneran allí mismo, en un magnífico Sepulcro, parte de los huesos del *Pescador*... —Por consiguiente, la profecía se ha cumplido:—*Pedro* ha sido la primera *piedra* del Templo.

Durante algunas horas, no me he atrevido á decidir qué me impresionaba más en aquellos lugares; si lo que pensaba ó lo que veia; esto es, si la consideracion de que me hallaba en el centro y cabeza del Mundo Católico, al lado del Trono de los Papas, ó si el aspecto de aquella gran maravilla artística, de aquel magestuoso Templo, que no tiene rival, ni acaso lo ha tenido en todo el orbe...

En este momento me aventuro ya á asegurar que de todas las emociones que he experimentado esta mañana, la más viva, la más honda, la más punzante era la que me causaba la excelsitud moral de aquella fábrica, su alta significacion, lo que representaba sobre la tierra;—y, sin embargo, he admirado tambien con indecible asombro, aunque profanamente y como artista, la portentosa hermosura y sin igual magnificencia de aquella obra de genios y titanes.—Son impresiones diferentes, y acaso contradictorias; pero inmensas las dos, cada una por su estilo.

Una ordenada y franca relacion de cuanto he visto y pensado durante tan solemne visita, hará comprender todo lo que llevo enunciado acerca de la Iglesia de los Papas.—Empiezo, pues, por el principio.

Esta mañana á las ocho habia ya estudiado en un *Plano de Roma* el

camino que tenia que seguir desde mi casa hasta *San Pedro*; habia leido la historia de la Basílica, y habia dispuesto mi corazon á las supremas agitaciones que le esperaban.—Para esto último, recapitulé todos mis recuerdos de la niñez y de la adolescencia, evocando las venerables imágenes que cruzaban entónces por mi espíritu siempre que veia *peregrinos* procedentes de Roma; siempre que oia hablar de *dispensas*, ó sabia de *penitentes* que andaban centenares de leguas por alcanzar aquí una Absolucion; siempre, en fin, que leia la historia de las más célebres Excomuniones...

Hechos estos preparativos, salí del Hotel y tomé por la *Via Condotti.*

La *Via Condotti* parte el *Corso* en ángulo recto y continúa hácia el Tiber, por cuya márgen derecha sigue con el nombre de *Via di Tordinona*, la cual termina en la *Plaza del Puente de Sant-Angelo.*

En aquella *Plaza*, ó por mejor decir, en aquel *Puente*, principia la verdadera Roma Papal, la Córte de las almas, la *Ciudad Leonina*, llamada asi desde que Leon IV incluyó aquel Barrio *(il Borgo)* dentro del muro que circumbala á *Roma*.

La *Ciudad Leonina* se compone de la *Basílica de San Pedro*, el *Vaticano*, los inmensos *Jardines Pontificios*, el *Castillo de Sant-Angelo*, el *Hospital de Santo-Spirito*, el Palacio *Torlonia* y unas doce calles que se cortan perpendicularmente.—En aquel barrio vivieron Miguel Angel y Rafael y otros grandes artistas amigos de los Pontífices.—Hoy habita allí la mayor parte de la Curia romana.

No sin emocion pasé, pues, el magnífico *Puente de Sant-Angelo*...; tanto más, cuanto que entre los innumerables proyectos de solucion propuestos por los estadistas para transigir la árdua cuestion del Poder Temporal, hay uno que consiste en establecer en aquel Puente la frontera de los dominios del Papa,—que de este modo quedarian reducidos á la *Ciudad Leonina* y á otro Barrio, situado tambien en la márgen derecha del Tiber, y habitado por la más baja plebe de Roma, el cual lleva el nombre de *Trastevere* (1).

El *Puente de Sant-Angelo*, construido por Adriano para dar paso hasta su *Mausoleo*, se hundió en el siglo XV (en ocasion que se agolpaba sobre él una inmensa muchedumbre, que volvia de recibir la Bendicion Papal), sepultando bajo sus arcos ciento setenta y dos personas.—El Papa se apresuró á reedificarlo á sus expensas, y dos siglos despues el famoso arquitecto y escultor Bernini lo restauró tal como hoy se halla, colocando en él las colosales *Estátuas* que lo decoran.

Del otro lado del Puente se levanta el *Castillo de Sant-Angelo*, antiguo *Mausoleo de Adriano*, en que se hicieron enterrar tambien sus sucesores hasta Setimio Severo.

El *Castillo de Sant-Angelo* es ahora una fortísima *Ciudadela*, que se comunica con el *Vaticano* por cierta oculta Galería, y sirvió de refugio á

(1) Tras el Tiber.

Clemente VII cuando el Condestable de Borbon asaltó á *Roma* al frente de las tropas de Cárlos V.—En una de sus salas fue extrangulado el Cardenal Caraffa por órden de Pio IV.—La susodicha *Galería* es obra de Alejandro VI, del padre de Lucrecia Borgia.—Por lo demás, nada tan grandioso como la alta mole cilíndrica de ennegrecida piedra, resto del antiguo Mausoleo. ¡Ciertamente, es un sepulcro digno de los Emperadores del Orbe!

Sobre la Fortaleza que ocupa el centro de la majestuosa construccion pagana, hay un *Angel* de bronce dorado, con las alas extendidas.—Este Angel, que dá nombre á todos aquellos sitios, tiene la siguiente historia: —Por los años de 600, una terrible epidemia diezmaba la poblacion de *Roma*. El Papa, que lo era á la sazon San Gregorio el Grande, recorria la Ciudad en rogativa, á la cabeza de todo el Clero romano y de un pueblo inmenso, cuando, al pasar cerca del *Mausoleo de Adriano*, se paró de pronto, dió un grito de alegría y levantó los brazos al cielo con verdadero transporte.—Acababa de ver en los aires al Angel Exterminador, el cual (dijo S. S.) *envainaba su espada en aquel momento, como en señal de que la peste iba á concluir*...—Y así fué: la peste concluyó á los pocos dias.—Mil trescientos cincuenta años despues, Benedicto XIV hacia colocar sobre la plataforma de la colosal Ciudadela el gigantesco *Angel* que hoy la corona, en conmemoracion de un hecho tan peregrino.

Despues de pasar bajo los muros del *Castillo*, guarnecido de centinelas franceses, y dentro del cual resonaban marciales trompetas, penetré en la via de *Borgo-Nuovo*...

Era el instante crítico y solemne...

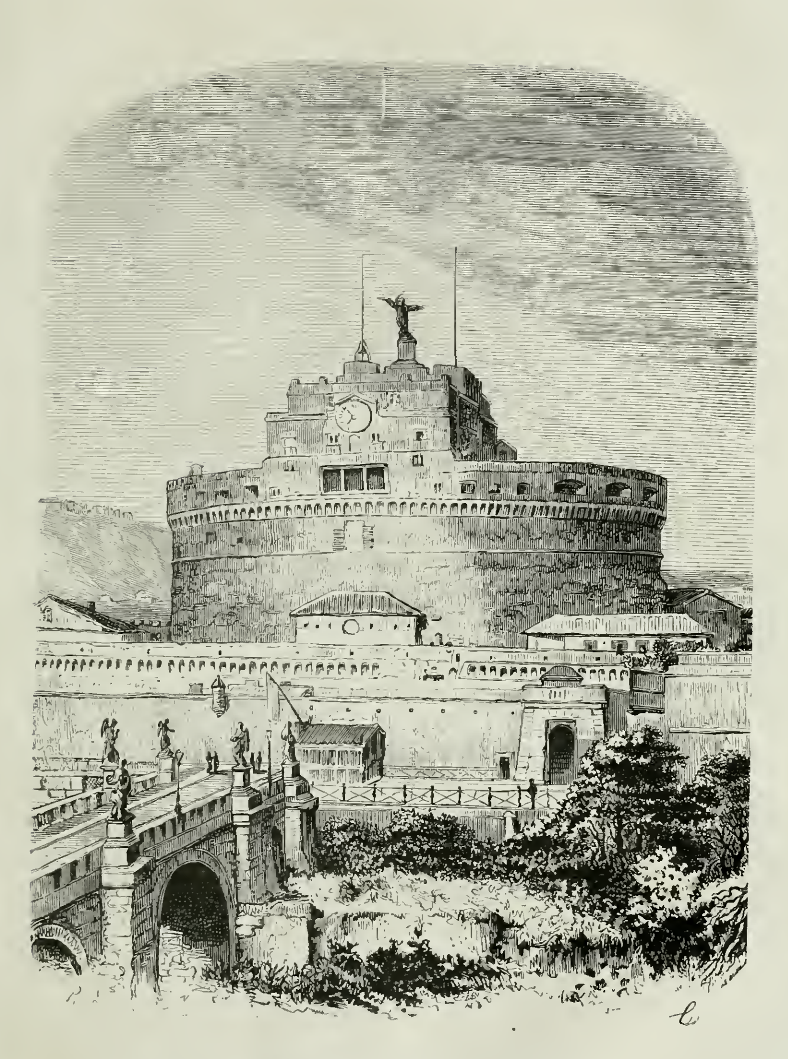
Al entrar en aquella calle, insignificante y angosta, pero recta y larga, divisé allá..., á su final..., la *Plaza de San Pedro*, la Portada de la *Basílica*, la ingente *Cúpula*, el arrogante *Vaticano*...

¡Oh momento!...—Yo no sé describir lo que pasó por mi alma.—Sólo recuerdo que mi soledad me llenó de tristeza, y que me detuve, y que sentí frio y cansancio, y que hubiera llorado de buena gana...

La calle estaba todavía llena de sombra y humedad.—La *Plaza*, la *Basílica* y el *Palacio* reverberaban al sol como una Ciudad de oro...

Aquella lejana, súbita y radiosa aparicion del Pontificado triunfante, tenia algo de vision celeste.—Consoléme, pues, en el acto.—El aspecto de la *Cúpula*, sobre todo, ensanchaba y levantaba mi corazon...—No puedo expresar de otra manera lo que al verla me sucedia.

Entonces logré ya reflexionar y darme cuenta de mis impresiones.—La brillante decoracion que tenia enfrente era el Estrado del Mundo Católico, el Tribunal de las conciencias, el Arca de la Fe.—¿Y yo? ¿quién era? ¿qué era?—En aquel momento no lo sabia.—¡Apelo á Dios, que veria en el fondo de mi alma mis leales intenciones!!—Pero ello es que estaba contento, y que apresuré el paso, con viva ansia de llegar pronto á aquella region de luz y de santidad.



CASTILLO DE SAN ANGELO EN ROMA.

Y ¡cuán larga se me hizo la sombría calle!—A medida que yo andaba, la *Catedral* crecia, la *Plaza* se ensanchaba, la *Cúpula* se perdia en los aires; desarrollábase ante mis ojos la inmensa mole del *Vaticano*, del Palacio habitado por Pio IX; veia brillar el agua de las *Fuentes*; distinguia con más precision las *Estátuas*, y contemplaba, en fin, con mayor asombro el misterioso *Obelisco*...

Por último, entre en la *Plaza*.

Pasmo, devocion, respeto, admiracion, alegría, todo lo experimenté á un tiempo mismo.—Y ¿cómo no?—Me hallaba en frente, no de una Iglesia más ó menos insigne, sino de la IGLESIA misma, de la IGLESIA que se me apareció al cruzar la Campiña de Roma; de la mística *Ciudad* de San Agustin; de la Congregacion de los fieles cristianos!—Estaba viendo el Templo-Palacio y el Palacio-Templo; *San Pedro* y el *Vaticono*; la Catedral y el Alcázar, reunidos en una sola morada, en que vive y reina la Cabeza visible de la Iglesia, el Vicario de Jesucristo!...

Pero describamos ante todo la forma material de aquel cuadro.

Tenia delante de mis ojos una extensísima elipse formada por dos Galerías semicirculares, compuestas de cuatro hileras de colosales columnas y coronadas de enormes Estátuas.—Esta elipse, rota en el fondo, daba paso á otra Plaza, en figura de trapecio, al fin de la cual empezaba una amplia Escalinata. Y sobre la Escalinata se levantaba el Templo más grande y venerable del mundo.

Además: en medio de la elipse campeaba, solo y gallardo, un corpulento Obelisco, y á un lado y otro, dentro de los semicírculos trazados por las galerías, se veian... no dos Fuentes, sino dos montañas de agua. —A la derecha del Templo, y fuera ya de la plaza, alzábanse las inmensurables fachadas macizas del *Vaticano*, con sus mil ventanas y balcones...—Y entre todo esto mediaba el espacio, se desenvolvia imponente la distancia, desarrollaba el cielo grandes campos de rutilante azul!...

Pero temo no haber explicado todavía las disformes proporciones del cuadro que se dilataba ante mi vista; y, á fin de que se forme exacta idea de su magnitud, no vacilo en recurrir al árido lenguaje de los números.

Figuraos una elipse, cuyo mayor diámetro mide 758 pies. Imaginaos dos curvas *Galerías* formadas por 284 columnas jónicas. Sobre estas Galerías, cuya altura es de 61 pies, colocad 96 Estátuas colosales de Santos. Allá, á lo lejos, fingios la *Fachada* de la Basílica, de 370 pies de latitud, por 485 de elevacion desde su pavimento (ya muy alto) hasta la cruz de la Cúpula. A los lados de esta Fachada añadid otras dos *Galerías* rectas, formadas por pilastras, y coronadas tambien de gigantes Esculturas. ¡Contad, entre todas, 192 Estátuas colosales! Reparad en que el agua de las *Fuentes* se eleva 40 pies sobre el suelo. Alzad los ojos hácia la Cruz que corona el *Obelisco* egipcio plantado en medio de la Plaza, y asombraos al ver que el solitario espectro hiende los aires hasta una altura de 140 pies. Advertid, por último, que desde la entrada de la Plaza hasta la Puerta de *San Pedro*, media un espacio de 400 varas...

Mas ni aun asi creo que consigo dar idea de la *grandeza* y el *grandor* de aquel lugar.—¿Qué importan los números ni las medidas, si no puedo hacer ver aquellas masas de piedra, las proyecciones de la luz del sol en las recias columnatas, las amplias líneas con que el Templo y el Palacio se dibujaban en el cielo, el Océano de aire resplandeciente en que nadaba tanta maravilla, ni mucho ménos el armonioso y bello conjunto de todas las cosas que he enumerado?

Avancemos, pues, hácia la *Basílica*.

Antes de subir la Escalinata que la precede, dirigí una mirada hácia la Galería de pilastras de la derecha, que se encamina á la gran Escalera del *Vaticano*, y ví bajo los Pórticos algunos indivíduos, vestidos con un pintoresco traje de vivísimos colores y cortado al estilo de la Edad Media, que se paseaban con una alabarda al hombro.—Eran los famosos *suizos* que dan la guardia al Papa.

Continué avanzando.

Al pie de la triple Escalinata por donde se sube á las cinco Puertas de la Basílica, hay dos *Estátuas* colosales, una á cada lado, como centinelas avanzados sobre la plaza.—Son *San Pedro* y *San Pablo*; el Príncipe de los Apóstoles y el Apóstol de los Gentiles: las dos grandes columnas de la Fé.

Desde lejos me habia parecido que estas Estátuas distaban muy poco del inmensurable Templo. Al acercarme á ellas, comprendi que la meseta de la Escalera que conduce al Atrio, es por sí sola una extensa Plaza, y cada escalon una ancha calle.—¡En cuanto á la *Basílica*, seguia creciendo, segun yo avanzaba, y se me venia encima, como se dice vulgarmente, agobiándome con su enorme pesadumbre!

La Portada de *San Pedro* no es bella desde el punto de vista del arte. Su magnitud carece de grandiosidad. Aquellas columnas adheridas al muro, y la division de este en *puertas* y *ventanas*, son mas propias de un palacio que de un Templo. Lo único que disculpa al arquitecto que la construyó *(C. Maderna)* es la precision en que estaba de colocar en la Portada de la Basílica un *balcon* desde el cual bendijese el Padre Santo á la Ciudad y al Mundo el primer dia de Pascua de Resurreccion.

Sobre la balaustrada ó ático se ven trece *Estátuas* gigantescas, que representan á *Cristo* y á los doce *Apóstoles*, y en cada extremo de la misma hay un Reloj.—El de la derecha marca las horas á la italiana; esto es, desde una hasta veinte y cuatro, segun he explicado ya.

La *Catedral*, así por dentro como por fuera, está construida en el estilo del Renacimiento, no habiendo otra razon para que se llame *Basílica* que el haber sido edificada sobre una que habia levantado Constantino,—Su disposicion arquitectónica es de *Catedral*.

Pero dejemos para despues esta y otras cuestiones de arte; y olvidándonos por un momento de la crítica, penetremos ya en *San Pedro* con la

devocion que requiere el caso, más atentos al espíritu de las cosas, que á la forma artística en que hayan sido expresadas.

Las cinco *Puertas* de la Fachada principal dan á un extenso Vestíbulo ó Pórtico, en cuyos extremos laterales se ven dos soberbias *Estátuas ecuestres*: la de *Constantino* y la de *Carlomagno.*—A San Pedro y á San Pablo, cuyas estátuas vimos antes, los llamamos las dos grandes *Columnas de la Eé.*—Constantino y Carlomagno son las dos grandes *Columnas de la Iglesia*; sus paladines en el Siglo.—El uno puso al servicio de la Cruz las águilas romanas, reconoció el Cristianismo, lo levantó sobre su trono, legalizó su existencia en el Imperio: el otro aumentó los Estados de la Iglesia, los defendió, los aseguró.—El primero es el escudo, la egida de la Iglesia Romana: el segundo, el mantenedor del Reino Pontificio.—Hé aquí por qué los sucesores de San Pedro han dado tan alto testimonio de gratitud á esos dos Príncipes magnánimos y piadosos, de los cuales el uno es el campeon de su Poder espiritual, y el otro el campeon de su Poder temporal.—Como Papas y como Reyes, los Pontífices romanos les debian el alto honor que les han dispensado de admitirlos á caballo en el Vestíbulo de *San Pedro.*

En este mismo *Vestíbulo* se ven unas antiguas *Lápidas*, procedentes del pórtico de la humilde *Basílica de Constantino*, que ocupó aquel lugar. Entre ellas hay una de mármol negro, en que se lee una *Elegía* compuesta por Carlomagno en 1795, con motivo de la muerte de su amigo el papa Adriano I.

Las lamentaciones del Emperador principian de este modo:

Post Patrem lachrymans, Carolus, hœc Carmina scripsi,
Tu mihi dulcis Amor, te modo plango Pater,
Tu memor esto mei, sequitur te mens mea semper:
. . . .
Nomina jungo simul titulis, clarissime, nostra;
ADRIANUS, CAROLUS, *Rex ego, tu que pater.*

A las cinco Puertas citadas, corresponden otras cinco que dan paso del Vestíbulo al Interior del templo.—Encima de la Puerta de en medio se ve la célebre *Navicella* (la Barquilla de San Pedro) de Giotto, que tambien fue ejecutada para la antigua Basílica.—La cuarta Puerta, contando de izquierda á derecha, está murada, y sólo se abre cada veinte y cinco años para el Jubileo.—Se llama la *Puerta Santa.*

Ya no habia más remedio que entrar. Algunos devotos me marcaban el camino, entreabriendo la cancela de la única Puerta que no se hallaba cerrada... ¡Un paso más, y daban fin los muchos años que habia pasado imaginándome á San Pedro y sin haberlo visto!... Un paso más, y me quedaba en la vida con un misterio ménos en el alma...

Dí este paso, y entré.

Toda la magnificencia del Templo se desplegó súbitamente ante mis ojos, y en verdad os digo que ni el Escorial, ni la Catedral de Milan, ni la

Cartuja de Pavía me impusieron, me anonadaron tanto.—¡Cuánta grandeza y cuánta magnitud reunidas! ¡Cuánta riqueza y cuánto arte á un mismo tiempo! ¡Qué armonía, qué hermosura, qué sublimidad!

No: no seguia reverentemente la general costumbre de admirarlo. A mí las rutinas me previenen siempre en contra; y esta prevencion, así como los pomposos anuncios, me hacen encontrar pequeñas las cosas más grandes. Yo soy lo bastante sincero para poder confesar en cualquier caso que no abundo en una opinion universalmente admitida... Pero la *Basílica de San Pedro* es *grande* absolutamente y para todos; *grande* para el artista y para el profano; *grande* para el creyente y el escéptico, para el entusiasta y el indiferente, para el que entra en ella preparado á admirarla, y para el que la visitara sin noticia anterior de su existencia.

Suspenso, atónito, arrobado quedéme á la puerta, viéndolo todo y no fijándome en nada.—Tres anchas naves; pilares enormes, cuya planta es equivalente á la de iglesias enteras; bóvedas doradas cuya altura asombra; Estátuas colosales de mármol blanco, representando á los *Profetas*, á los *Fundadores de Ordenes Religiosas* y á una multitud de alegres *Angeles;* pilastras corintias, estriadas, de increible elevacion; los Cuadros más bellos del mundo reproducidos en admirables mosáicos; las *Virtudes*, gigantescas figuras en estuco, adornando los grandes arcos; allá la *Confesion de San Pedro*, ó sea la Tumba de los Apóstoles; allá el magestuoso *Altar Mayor*, aislado sobre el lugar donde se encuentran los brazos de la cruz latina que forma el templo; detrás, el espacioso ábside, *Coro de los Cardenales*, *Salon del trono* de los Pontífices, *Córte* de las almas...—hé aquí las primeras maravlllas que fuí distinguiendo en la gran maravilla del conjunto...

¡Y todavía no habia formado idea de la inmensidad del templo!...—Tal es la armonía, la combinada proporcion de todas sus partes.—Pero cuando dí algunos pasos dirigiéndome á una *Pila* de agua bendita, sostenida por un *Angel* de mármol, (graciosa figura que desde léjos me habia parecido débil y pequeña como la de un niño de pocos meses) me asombró, primero la distancia que tuve que recorrer para llegar á la Pila, y luégo el colosal tamaño de aquel Angel, cuya mano era tres veces más grande que la que yo alzaba para tomar agua.—Sólo entonces comprendí las ciclópeas dimensiones de la *Basílica*.

En seguida avancé por la gran nave del centro, y, al andar, me parecia que pesaba sobre mis hombros, abrumándolos, la gran cantidad de aire que mediaba entre mi cabeza y las altas bóvedas.—En fin, cuando llegué bajo la *Cúpula*, mi admiracion rayó en susto, en vértigo, en estupor.—¡Nunca espacio tan amplio fue robado por el hombre á las regiones serenas de la libre atmósfera!—Diríase que aquella Cúpula ha invadido el cielo azul; lo ha enlazado con la tierra: lo ha encerrado y comprendido en un fanal de mármol, obligándole á servir de techumbre á la Casa del Señor.

¡Loor eterno á Bramante, al soberano artista que imaginó tal portento!

¡Loor á Miguel Angel que lo realizó, que lo dibujó en los aires, que resolvió el temerario problema de levantar, como ha dicho un poeta insigne, el *Pantheon* sobre el *Coliseo*.

La *Cúpula de Brunelleschi* en la catedral de Florencia podrá tener el mérito de la prioridad; pero no impone, no avasalla el ánimo como la de *San Pedro*. Esta es más grande materialmente; arranca de mayor altura; es más armónica en sus proporciones; está más ricamente decorada, y, sobre todo, ostenta, respira, infunde una magestad, un poderío, un sosiego victorioso, no sé qué triunfo, qué paz, qué beatitud agena al mundo de aquí abajo, que solo pueden compararse á las plácidas, solemnes, tranquilas emociones que me causó el aspecto de la cima nevada del *Mont-Blanc*.

«Las nubes ceñian su cintura, sin lograr alzarse nunca hasta su frente, que se erguia desdeñosa sobre las tempestades de la tierra.»—Esto dije yo del Rey de los Alpes, y esto podia decirse de la gigantesca bóveda que se levantaba sobre mi cabeza—Por eso tramite al alma tan augusta serenidad, tan inmortal reposo.—La excelsitud material ó moral consuela siempre al hombre, hundido ó miserable en este valle de oscuridad y de tristeza.

Continuemos.

Bajo la soberbia *Cúpula*, es decir; en el terreno que hoy cobija, viéronse en otro tiempo luchas de hombres y de fieras, presididas por Neron, cuyo *Circo* ocupaba aquel mismo lugar: allí sufrió el martirio y fue sepultado San Pedro: allí se alzó (¡cuán humilde!) en el primer siglo de la Iglesia, una *Capilla* consagrada al príncipe de los Apóstoles por su discípulo *San Anacleto*, tercer Papa, que despues fué tambien martirizado: allí erigió *Constantino* la primera Basílica cristiana: allí concibieron Julio II y Miguel Angel la idea del maravilloso Templo que sustituyó á la primitiva Basílica: allí, en fin, bajo la titánica cúpula, que como una ingente corona se cierne en la soledad de los aires, se ve hoy, al pie del Altar Mayor, la Tumba que encierra los restos de los Apóstoles *Pedro* y *Pablo*.

Aquella *Tumba* tan venerada, es toda de bronce, adornada con una gran Cruz de oro.—Ciento cuarenta y dos lámparas la alumbran de dia y de noche, constantemente, menos el Viernes Santo, que reinan tambien las tinieblas en el sepulcro de los Amigos de Jesus!...—Lo que allí se siente pudiera expresarse en un himno; pero no es para explicado en oscura prosa.—Adivínelo vuestra alma.

Delante del Altar que hay en el fondo de este augusto Panteon, se ve una Estátua arrodillada, que reza con las manos juntas, adorando á los Santos Mártires.—Es *Pio VI*, representado por el cincel de Canova.—El cuerpo del Pontífice yace debajo de la Estátua.—¡Pio VI, el gran legislador, el papa liberal, el príncipe patriota, el antagonista de Bonaparte, el prisionero no vencido, el mártir victorioso!...

El *Altar Mayor* de la Basílica, en que sólo el Papa puede oficiar, forma un suntuoso tabernáculo de bronce dorado (bronce que procede

del *Pantheon de Agrippa*), de una enorme altura y singular belleza...

Detrás del Tabernáculo sigue la gran nave central, formando una especie de *Salon* de 164 pies de longitud, en cuyo fondo está el *trono del Papa*,—modesto sitial forrado de blanco, símbolo de paz y mansedumbre; —trono de amor, de pureza, de inocencia, de santidad, que me infundió una veneracion jamás sentida para mí delante de los rojos sólios de Reyes y Emperadores.—Y es que en aquel que he llamado *Salon*, mezcla de Palacio y de Iglesia, precedido de un Altar y terminado por otro, en que figura la *Silla* ó *Cátedra de San Pedro*, se sienten, se tocan á un tiempo mismo el Poder Temporal y el Poder Espiritual de los Papas.—Allí se le guia para este mundo y para el otro.—Por eso en aquella cámara se ven tribunas, escaños, un trono mundanal...., y, por encima, otro más excelso Trono, la *Cátedra de San Pedro* que he citado, la misma *Silla* (dice la tradicion) que perteneció al Discípulo del Redentor del mundo; *Silla* que aparece sostenida por *San Ambrosio* y *San Agustin*, los dos grandes Doctores de la Iglesia Latina, y por *San Atanasio* y *San Juan Crisóstomo*, los dos grandes Doctores de la Iglesia Griega.

La *Cátedra de San Pedro* (que es de madera) se halla encerrada y oculta bajo un Magnífico revestimiento de bronce dorado, obra maestra de Bernini.—¡ Yo la miraba; y miraba el *Trono Pontificio* colocado debajo de ella; y leia allá en lo alto, en el friso del amplio cornisamento que sirve de base á la Cúpula, estas palabras escritas con enormes caracteres: *Tu est Petrus et super hanc Petran edificabo Eclessiam meam; et tibi dabo claves regni cœlornm;* y recordaba aquellas otras palabras: *lo que ligares sobre la tierra ligado será en los cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra será tambien desatado en los cielos*; y estas aun más espresivas: *Quorum remiseritis peccata, remittuntur eis; et quorum retineritis, retenta sunt;* y pensaba, como por la mañana, en la suprema potestad de que está dotado el Sumo Pontífice; en que tiene por cetro las Llaves del Cielo; en que le compete la remision de todos los pecados; en que su diestra vibra la Excomunion y reparte la Indulgencia; en que su Absolucion dispensa de toda pena y de culpa; en que sus sentencias son infalibles; en que doscientos millones de almas reconocen y acatan esta soberanía espiritual, y en que, una vez recusada por la duda semejante autoridad (escala milagrosa que, como la de Jacob, une la tierra al cielo), nuestra pobre vida quedaria incomunicada con Dios; las tinieblas reinarian sobre el mundo; la tierra se convertiria en un calabozo sin salida; la esperanza no encontraría un sendero por donde buscar la libertad; y la vida seria la desesperacion y la muerte seria la nada!...

Esto pensaba; y ante tales ideas, la gran Basílica me pareció pobre y enana, á causa de su misma soberbia y de su portentosa magnificencia terrenal; esto pensaba, y ante tales ideas, nada encontré á mi alrededor que representase el sacrificio de las vanidades de la tierra, hecho por el alma cristiana á la esperanza de otra mejor vida: esto pensaba, y ya me iba, no queriendo fijar en los graciosos primores de una obra humana una aten-



INTERIOR DE SAN PEDRO EN ROMA.

cion y una reverencia que reclamaba con mejor derecho la Iglesia ideal que acababa de surgir en mi mente; ya me iba, digo, dejando para otro dia examinar aquel Templo con ojos de artista ó de curioso, cuando reparé en una cosa que correspondia ciertamente á la altura de mis meditaciones. —Tal fue una multitud de *Confesonarios*, colocados como en asamblea en una de las naves laterales, formando un amplísimo círculo.—Sobre cada uno de aquellos Confesonarios habia un letrero que marcaba el idioma en que podian revelarse allí los pecados.—*Pro lingua ilirica... Pro lingua gallica... Pro lingua hispanica... Pro lingua greca... Pro lingua lusitana... germanica... itala... arabica... britannica...* etc. etc. decian aquellos rótulos.

¡Hé aquí (pensé) el gran Tribunal de la Penitencia; hé aquí el gran océano de las culpas, en el que desembocan, como otros tantos rios, las confesiones de los mas apartados pueblos del mundo: hé aquí el Catolicismo, hé aquí la Iglesia de todas las Gentes!

En el *Confesonario* español se acusaba una mujer vestida de negro... —Comprendereis que no llevé mi espíritu de observacion hasta fijar los ojos en aquella penitente...—Adiviné, ó por mejor decir, forjé en mi fantasía una poética y dolorosa historia, y pasé.

Los *Confesonarios* franceses eran dos.—La lengua francesa será con el tiempo la lengua universal...—Ademas, en *Roma* hay 25,000 galos de guarnicion.

Luégo cruzé por delante del sepulcro de Pio VII, de aquel otro vencedor de Napoleon I.—Allí recordé cierto episodio que escribí hace tiempo con el título de ¡*Viva el Papa*!

En la Basílica han sido enterrados *ciento treinta* Pontífices, empezando por San Pedro y concluyendo por Gregorio XVI.—Imaginaos ahora la inmensa variedad de suntuosos Mausoleos que se verán por todos lados!

La Catedral de San Pedro contiene 464 *columnas*, de las cuales 16 son de bronce, 239 de mármol y 209 de granito;—281 *estátuas* de bronce, mármol y estuco,—y 46 *altares*.

En la gran nave, á la derecha de la Tumba de los Apóstoles, hay una *Estátua* de bronce, que representa á *San Pedro*, tan venerada por los católicos, que le han gastado el pie derecho á fuerza de besárselo. La escultura data del año 440.

He dicho que me marchaba, conociendo que era imposible formar idea de todo lo que encierra la Basílica y prometiéndome volver más despacio, cuando estuviera mi imaginacion bastante sosegada para estudiar minuciosamente todos aquellos prodigios de arte; me marchaba, digo, creyendo que sólo habia permanecido en el Templo algunos minutos, cuando miré el reloj y ví... que mi visita habia durado tres horas!—Asi acontece con el mar: contemplándolo, se pierde la conciencia del tiempo.

Mas no creais que salí de la Basílica para irme á la calle... no.—¡Aún tenia que ver lo principal!—Tenia que ver la Iglesia á vista de pájaro: tenia que subir á lo alto de la *Cúpula*.

Muchas y muy grandes emociones he experimentado durante esta ascension, siendo las principales: el aspecto exterior de la misma *Cúpula*, contemplada desde los tejados del Templo:—la vista interior del Templo mismo, cuando se asoma una á lo alto de la *Cúpula* y sumerge sus miradas en aquel profundo hueco... y distingue allá abajo las estátuas y los hombres como puntos imperceptibles que apenas se alzan sobre el pavimento de la iglesia;—y el momento en que se entra (despues de haber dominado la *Cúpula* y la *Linterna* que la corona) en la gran *Bola* de bronce que sirve de pedestal á la *Cruz*.

Esta *Bola* de bronce (*la Palla*) puede contener diez y seis personas, y, sin embargo, vista desde la Plaza de San Pedro, aparece del tamaño de una naranja.

Dentro de la *Palla* encontré dos inglesas, sumamente tranquilas.—En cuanto á mí, nunca olvidaré el terror y el vértigo que me han asaltado en aquel lugar.—Hoy no corria viento alguno; y con todo, la *Bola* temblaba, se mecia, parecia que iba á hundirse, como un barco agitado por el Océano.

Fuera de la *Bola* hay todavía una escala de hierro por la cual se sube á lo alto de la *Cruz*.—Esta última ascension sólo la hace el encargado de iluminar, la víspera de San Pedro, aquella Cruz perdida en la inmensidad de los aires...

Un momento hubo en que pensé intentar yo la misma ascension; pero la mera idea de intentarlo me hizo perder la cabeza, y tuve que arrojarme *al suelo*, temeroso de perder tambien el sentido...

Estas emociones las han experimentado (segun nos dijo el guia) cuantos se han visto dentro de la *Palla*...—Y, á propósito: en las escaleras de la *Cúpula* he leido una porcion de Lápidas conmemoratorias de los principales viajeros que han visitado la bola de bronce, y resulta que han subido á ella más de cien Soberanos asiáticos, africanos y europeos.

Por lo demás, yo creo que el desasosiego que se experimenta en aquel gabinete aéreo depende más de la imaginacion que de los sentidos. La conciencia de la altura á que se encuentra uno; el recuerdo de la *Palla* vista por fuera y desde abajo; el temor á los terremotos, tan comunes en Italia; y, para mí, sobre todo (lo repito), la continua tentacion de escalar la *Cruz* y abrazarme á ella,—*idea* que estaba seguro de no realizar, y que, sin embargo, me trastornaba *por sí misma*,—son la verdadera causa de la intranquilidad que se siente, y que yo sentia, en un lugar tan seguro;—seguridad abonada por doscientos y tantos años de esperiencia.

Dicho se está que desde aquella fabulosa altura se goza de unas extensísimas cuanto interesantes vistas.—Desde allí se domina, en primer lugar, toda la mole de la Basílica,—inmensa azotea, coronada por diez cúpulas secundarias; vasta llanura de piedra, levantada en los aires, sobre la cual se encuentran calles, plazas, escaleras, monumentos... hasta viviendas humanas.—Con razon, pues, se ha dicho «que la *Catedral de San* »*Pedro* es una especie de Ciudad aparte, comprendida en la Ciudad

»Eterna, con su clima y su temperatura propios, con su luz particular; »tan pronto desierta, como visitada por caravanas de viajeros, ó poblada »por una inmensa muchedumbre que acude á las ceremonias religiosas— »(En algunos Jubileos han llegado á *cuatrocientos mil* los peregrinos »que han entrado en Roma).—*San Pedro* tiene además sus algibes de »agua, sus caminos ó rampas, por las que pueden subir hasta la plata- »forma bestias cargadas, y su poblacion fija que vive en las azoteas. Los »*San Petrini*, obreros encargados de la conservacion de un edificio tan »precioso, se suceden de padres á hijos y forman una corporacion, con sus »leyes especiales y su policía.»

Tambien se ve desde allí toda la Ciudad de *Roma*, esto es, la antigua y la moderna; lo mismo el *Capitolio* que el *Quirinal*; así las cuatrocientas *Iglesias* cristianas, como los *Arcos*, *Obeliscos*, *Pórticos* y *Templos* de la gentilidad...—Aquí el *Pantheon*; allí el *Coliseo;* allá la *Columna-Trajano*; acullá el *Tiber* con sus cinco *Puentes* (uno de ellos colgante), y con sus barcas, sus muelles y sus puertos... En este lado la *Ciudad Leonina*, el *Vaticano*, los *Jardines Pontificios*, el *Castillo de Sant-Angelo*, el *Pincio*, la *Villa-Borghesse*... En aquel otro el *Trastevere*, las *Termas de Caracalla*, las de *Tito*; *San Sebastian* (donde se halla la entrada en las *Catacumbas*, á las cuales ardo en deseos de bajar, y bajaré muy pronto); los *Cementerios* católico, Judío y Protestante (pues en Roma hay tolerancia religiosa); la inmensa *Basílica de San Pablo*, presuntuosa rival de la de San Pedro; los *Acueductos*; la *Via-Apia*, trazada por dos hileras de tumbas; los melancólicos despoblados de la campiña romana; los *Montes de la Sabina*, los *Montes Albanos*, la oscura *Selva de Laurentum*, y mil pueblecillos en torno á la desierta llanura, y ruinas en medio de ésta, y pantanos á lo lejos, y el ferro-carril de *Civita-Vecchia*, y por último, en lontananza... la línea horizontal del *Mediterráneo*...—¡Qué panorama! ¡Qué mundo de recuerdos! ¡Qué abismo de meditaciones!

. . . .

Tal ha sido mi primera visita á *San Pedro*.—Pasado mañana veremos la gran Basílica durante una de las más solemnes festividades de la Iglesia, y oiremos una Misa dicha por Pio IX, con asistencia de todo el clero romano.

V.

EL MONTE JANÍCULO.—LA CELDA EN QUE MURIÓ TASSO.—EL PANTHEON.—EL PINCIO.—LA ARISTOCRACIA SEGLAR DE ROMA.—PUESTA DE SOL.—TERTULIA ESPAÑOLA.

El mismo dia 23, á las nueve de la noche.

No satisfecho todavía con la gran vista panorámica de *Roma* que disfruté esta mañana desde lo alto de la Cúpula de San Pedro, he pasado despues toda la tarde corriendo de cumbre en cumbre y cebando mis

ojos en la contemplacion de la Ciudad Eterna, cuyo aspecto general quiero grabar en mi alma con indelebles caracteres, antes de descender al estudio interior y observacion minuciosa de sus iglesias, palacios, museos, ruinas y demás monumentos que la decoran.

Animado por esta idea, principié mi expedicion esta tarde haciéndome conducir á la cima del *Monte Janículo*, la más alta de las *diez colinas* (no siete) sobre que se levanta *Roma*.

El *Monte Janículo*, llamado hoy más comunmente *Montorio* (monte de oro), del color de sus arenas, se extiende entre el *Monte Vaticano* y el *Monte Aventino*, á lo largo de la orilla del Tiber.

Para llegar á su cumbre, hube de pasar cerca de la Iglesia y Convento de *San Onofrio*, donde murió Torcuato Tasso; y como aquel sea un sitio muy apartado del centro de *Roma*, aproveché la ocasion (por si no se me presentaba otra tan favorable) de visitar la *celda* inmortalizada por los infortunios del célebre poeta.

Un fraile gerónimo sumamente jóven, perteneciente á la Comunidad que habita hace tres siglos aquella piadosa casa, me hizo los honores de ella, esplicándome las menores circunstancias de los últimos dias de Tasso.—La celda se halla en el mismo estado en que la vió el cantor de las Cruzadas al lanzar el último suspiro.—Allí se encuentran su papelera, su sillon, un vaso antiguo de barro que habia siempre en su mesa, el Crucifijo de bronce que estrechó entre sus manos al expirar, y el espejo que copió su imágen; imágen que pasó por él como una nube por el cielo...—Algunas banderas de los Cruzados, coronadas de laureles que se renuevan de tiempo en tiempo, adornan una de las paredes...

En otra parte se ve la mascarilla modelada sobre el rostro exánime del infortunado Torcuato...—El yeso repitió fielmente la horrible demacracion de las facciones del tísico...—Y ¡cuán dolorosa es la expresion de aquellas mejillas, hundidas de aquella frente atormentada!

Sobre la papelera hay un tintero.—¡Es el mismo que usó Tasso durante los treinta y cinco dias que moró en aquella estancia!—Yo miré el fondo vacío de aquella fuente agotada, y pensé en las canciones, en los poemas, en los mundos de hermosura que se habrian secado al secarse la tinta que no estrajo de allí la pluma del poeta.

De otra pared penden dos cuadros, que encierran dos cartas autógrafas del cantor de *Aminta*.—Son sus últimos escritos.—Uno de ellos, trazado por la insegura mano del moribundo la víspera de su tránsito á la otra vida, dice de esta manera:

«*A mi amigo Antonio Constantino.*

»¿Qué dirá el señor Antonio cuando sepa la muerte de su Tasso? Y »en mi opinion, no tardará mucho la noticia, pues me siento al fin de »mi vida: que nunca pudo encontrarse remedio á esta fastidiosa indispo»sicion que ha sobrevenido á mis otros males crónicos, á la manera de »rápido torrente, por el cual, sin poderme detener un punto, me veo cla-

»ramente arrebatado.—No es tiempo ya de que hable de mi obstinada »suerte, por no decir de la ingratitud del mundo, que ha querido obte»ner la victoria de conducirme mendigo á la sepultura, cuando yo pensa»ba que la gloria que, pésele á quien le pese, darán á este siglo mis es»critos, no me dejaria al cabo sin galardon alguno.—Me he hecho conducir »á este monasterio de San Onofre, no sólo porque los aires que aquí se »respiran están reputados por los médicos como los mejores de Roma, »sino por principiar desde este elevado sitio, y con el trato de estos de»votos padres, mi conversacion con el cielo. Rogad á Dios por mí, y estad »seguro de que del mismo modo que os he amado y honrado en la per»sente vida, os amaré y honraré en la otra mas verdadera (lo cual es »propio de una no fingida, sino sincera caridad), recomondándoos y re»comendándome á la Divina Gracia.

»Torcuato Tasso.»

Asi viene á estar concebida aquella sublime carta, que he traducido apresuradamente, sentado en el mismo sillon en que la escribió el poeta.

Entre tanto, el jóven gerónimo me contaba, como si la hubiera visto por sus propios ojos, la vida que llevó Tasso mientras vivió con la Comunidad.

La ventana de la celda da á la huerta del convento y deja ver además un extenso panorama que comprende la mayor parte de Roma.

—«Allí se sentaba á descansar (me dijo, señalando á un paraje de la huerta en que se veia un enorme tronco sin ramas). Allí habia una hermosa encina, que yo he conocido, pues sólo hace diez y seis años que la abrasó el fuego del cielo... Allí escribió su último soneto á *Eleonora*.—La mayor parte del dia la pasaba en la Iglesia...—¡Ay! Cuando vino á *pedirnos* hospitalidad, ya estaba muerto.—Sin embargo, *nosotros hicimos* por él todo lo que *pudimos*.»

Este *nosotros*, dicho por un jóven, refiriéndose á lo que sus hermanos de religion hicieron hace dos siglos y medio, me impresionó vivamente. —Parecia que el Tasso acababa de morir, ó que el tiempo no habia corrido para aquellos lugares desde el momento en que expiró el poeta.

Por lo demás, dentro de aquella Celda, recordaba mi imaginacion la ciudad de *Ferrara*, mi visita al *Castello* de los Este, y la leñera del *Hospital de Santa Ana*, donde estuvo prisionero mas de siete años el ilustre cantor de Godofredo...

¡Pero al mismo tiempo pensaba en que el cadáver del poeta, del loco, del mártir, fué á la tumba coronado con el laurel divino..., ceñido á sus marchitas sienes por la mano piadosa del papa Clemente VIII!—¡Tardío, pero noble y sagrado galardon de su genio y de sus dolores!

Abajo, en la Iglesia del Monasterio, se halla el Monumento levantado recientemente por Pio IX, en nombre de nuestro siglo, sobre la losa que cubre las cenizas de Torcuato.—La Estátua del creador de *Reinaldo* tiene en la mano la *Gerusalemne liberata*, abierta por la primera página, leyéndose en el mármol y en letras de oro los dos versos con que principia el poema:

Canto l' armi pietose, e'l Capitano
che'l gran Sepolcro liberó di Cristo.

Salido que hube de *San Onofre*, seguí subiendo el *Monte Janículo*, hasta llegar á su cumbre. donde se halla la *Fuente Paulina*, llamada así por ser obra de Pablo V.

Roma es la ciudad más rica de agua potable de todo el universo, y aquella cuyas fuentes públicas son más caudalosas.—Ya vimos anoche que por la *Fuente Trevi* corre todo un rio, llamado *Acqua Vergine* (agua vírgen).—Pues por la *Fuente Paulina*, que se encuentra á 64 metros sobre el Tiber, fluye *l' Acqua Paola*, que viene de los Lagos *Bracciano* y *Martignano*, muy distantes de Roma, por medio de colosales Acueductos.—Entra además en Roma *l'Acqua Felice*, llamada asi del primitivo nombre de Sisto V: *(Felice Montalto)*.

Los *Acueductos* que trasportan por los aires estos tres rios á la cumbre de las colinas más altas de la Ciudad Eterna, suman una longitud de 27 leguas, calculándose en *ciento ochenta mil quinientos metros cúbicos* diarios el volúmen del agua que derraman por más de cien Fuentes, casi todas monumentales.—¡Y, aún así, este caudal sólo es la décima parte del que surtia las fuentes de la antigua Roma! Entonces eran diez los Acueductos,y producian *un millon trescientos mil metros cúbicos* de agua cada veinte y cuatro horas.

El agua de la *Fuente Paulina* es la mitad de la que viene de los Lagos citados, y, sin embargo, despues de volcar su volúmen en aquella altura, cual si fuese mero adorno de un ocioso monumento, baja á la Ciudad, poniendo en movimiento veinte y dos Fábricas, alimentando muchas Fuentes públicas y particulares, y yendo á parar al Tíber.—La otra mitad del *Acqua Paula* desciende al Vaticano, surte el Palacio de los Papas, riega sus Jardines, aparece en las Fuentes de la Plaza de San Pedro y subviene á todas las necesidades del *Borgo Nuovo*.

Cerca de la *Fuente Paulina*, y por debajo de ella, se encuentra la célebre Iglesia de *San Pedro in Montorio*, en una deliciosa posicion. Dicha Iglesia fue construida por nuestros *Reyes Cctólicos* y adornada por Felipe III de Austria.—Los muros del templo padecieron mucho en 1849, cuando los franceses sitiaron á Roma, defendida por Garibaldi.

Del *Monte Janículo* bajé al *Trastevere*, barrio clásico de la plebe romana, habitado por una raza fuerte, viciosa, iracunda, medio cristiana y medio idólatra, indolente, guerrillera, papal y republicana á un tiempo mismo; que jura *per Baco* y lleva en el puñal una efigie de María Santísima; nunca ladrona, pero que os asesinará por el más fútil motivo; gran jugadora de naipes y de lotería; pintorescamente vestida con su capa melodrámica y su sombrero puntiagudo:—¡raza envilecida, que conserva en su fisonomía y en sus pasiones algo de la antigua Roma!—¡hijos póstumos de la Loba, gobernados hoy por un Cordero!

Todos estos caracteres proverbiales de la plebe romana se advierten á primera vista, y, sobre todo, penetrando, como yo he penetrado esta tarde, en las tabernas en que se reunen los trasteverinos á jugar, á beber, á maldecir y á matarse.—En una de aquellas tabernas permanecí media hora, fumándome filosóficamente un *cavour* y reparando mis fuerzas con un exquisito *montefiascone* y con ciertos pasteles que me han recordado el *alcuzcuz* de Marruecos.—¡Qué tipos he visto! ¡Qué conversaciones he oido! ¡Qué juramentos! ¡Cómo se enseñaban los puños aquellos hombres! ¡Cómo se amenazaban! ¡Cómo reian! ¡Qué barbas! ¡Qué ojos! ¡Qué voces! ¡Qué gestos! ¡Qué tinieblas morales (por decirlo así) en aquella atmósfera de humo de tabaco! ¡Qué pasion en medio de todo!

Al pasar despues por la Plaza principal del Barrio, me detuve un momento ante la insigne Basílica de *Santa María in Trastevere,* primer templo (segun la tradicion) en que celebraron públicamente su culto los Cristianos de *Roma.*—La primitiva Iglesia fue edificada (dicen) el año 222, sobre las ruinas de un Hospital de Inválidos (*Taberna Meritoria*): luégo fue destruida, cuando las grandes persecuciones contra los cristianos; levantada otra vez en épocas de tolerancia; derribada de nuevo; vuelta á construir, y finalmente agrandada y embellecida por muchos Pentífices, hasta llegar á ser, como es hoy, uno de los templos predilectos de los devotos de *Roma.*

Empezaba á declinar el sol, y yo queria terminar la tarde en el *Monte Pincio.*—Dejé, pues, el *Trastevere* por el *Ponte-Sisto* (construido sobre los pilares de otro, debido á Marco-Aurelio), y me encaminé hácia el Norte, por un dédalo de callejuelas, seguro de salir á terreno conocido...

Pronto me encontré en la Plaza del *Pantheon*, ó de la *Rotonda* (nombre que lleva tambien aquel majestuoso monumento, el más completo y acaso tambien el más noble y sublime que nos ha legado la antigüedad pagana).

El *Pantheon* (su nombre lo dice) fue un Templo levantado á *todos los dioses.*—Edificóse á expensas de Agripa, en tiempo de Augusto, algunos años antes de la venida de Jesucristo.—Hoy es una Iglesia católica, llamada *Santa María de los Mártires.*

Nada más sencillo ni más grandioso al mismo tiempo que el *Pantheon.* En él, sólo hay que admirar dos cosas: el Pórtico que lo precede, y la nave circular (la Rotonda) á que se reduce todo el edificio... Pero ¡hasta qué punto hay que admirar estos dos portentos!

El Pórtico se compone de diez y seis gigantescas columnas de granito oriental, cada una de una pieza, colocadas en dos hileras, de modo que sólo presenta ocho en su espaciosa fachada.—El tamaño de estas columnas es de 14 piés de circunferencia por 38 y medio de elevacion. Sus bases y elegantísimos capiteles de mármol blanco, así como el cornisamento y el fronton que sustentan, pasan entre los artistas como acabados modelos, por sus bellas y armoniosas proporciones.

Antiguamente se subia por siete gradas á este Pórtico ó vestíbulo, cuya profundidad es de 61 piés por 104 de anchura.—Hoy se ha levantado tanto el terreno, que sólo hay que subir dos escalones.—Tambien acontecia en otro tiempo, que el fronton estaba revestido de un gran Bajo-relieve de bronce dorado; pero el Papa Urbano VIII lo hizo arrancar, y, con él y con la techumbre (tambien de bronce) que cubria el vestíbulo, hizo cuatro columnas para el tabernáculo de la Basílica de San Pedro y ochenta cañones para el Castillo de Sant-Angelo...

En cambio, se colocaron dos mezquinos campanarios sobre el nobilísimo Pórtico del *Pantheon*; campanarios que la burlona plebe romana comparó en seguida con dos orejas de burro; todo lo cual hizo prorumpir á la musa callejera en este sangriento epigrama, fundado en que Urbano VIII era de la familia Barberini:

Quod non fecerunt Barbari,
Fecerunt Barberini.

Aquí teneis una prueba más de lo que decia anoche á propósito de la *Via Crucis* del Coliseo.—Los hijos de Roma no han sido nunca tan cristianos que abominen de su prosapia gentílica. «¡Bueno que haya Papas en lugar de Emperadores; bueno que se conviertan en Iglesias nuestros Templos (murmura por lo bajo su instinto); pero que se respete el Arte; que no se toque á nuestros monumentos de los tiempos clásicos!»

Conque entremos en el *Pantheon*.

Ya lo he dicho: nada más sencillo ni más grandioso que aquella nave redonda, cubierta por una amplia y majestuosa cúpula.—El diámetro y la altura del *Pantheon* son iguales: 132 piés.—El espesor de los muros (esto no se vé, pero se sabe, y hasta se adivina) es de más de seis varas.—Tan soberano Templo no tiene ventana alguna. La luz y el agua del cielo (esta tarde estaba cubierto todavía de nieve el centro del *Pantheon*) entran por lo alto de la bóveda, donde, en vez de una *linterna* ó templete, como en todas las cúpulas, hay un gran redondel abierto, por el cual se ven cruzar las aves y las nubes.—El centro del pavimento está deprimido y tiene unos agujeros, como los patios de Andalucía, á fin de que se suma el agua cuando llueve.

Por lo demás, en los mismos nichos que ocupaban hace mil quinientos años Júpiter, Marte, Vénus, Saturno y otros dioses paganos, hay hoy altares consagrados á Jesus, á María y á algunos Santos Mártires.

Para concluir: en el *Pantheon* descansan los restos del gran pintor cristiano, del príncipe de los artistas, del divino Rafael. El sepulcro del pintor de las Vírgenes sirve como de pedestal á una imágen de María, llamada la *Madonna del Sasso*.—¡Ufano y gozoso debe de estar el místico genio á los pies de Aquella á quien tanto adoró, y cuya celestial hermosura fue la inspiracion de su vida!—A mayor abundamiento, cerca de la tumba de Rafael se halla la de su prometida esposa, sobrina del cardenal Bibiena, muerta tres meses antes que el gran artista...

De la Fornarina no hay rastro ni mencion de ninguna especie en tan augusto recinto.—¡Así debia ser!

A la puerta del *Pantheon* tomé un coche, en el cual me dirigí al *Monte Pincio*, pasando por la *Piazza Colonna*, el *Corso* y la *Plaza del Popolo*,—camino que ya conocemos.

Desde la Plaza del Pópolo conducen al *Pincio* unas extensas y redobladas rampas, sombreadas por añosos árboles y adornadas de Estátuas. Centenares de elegantes coches subian ó bajaban aquellas empinadas cuestas, que son otros tantos balcones escalonados en anfiteatro, desde los cuales se disfruta una soberana vista de la parte occidental de Roma.

Llegué, en fin, á lo alto del *Monte Pincio*, y halléme en una gran esplanada llena de arboledas y jardines. En torno de ellos daban ámplias vueltas los coches y los ginetes, mientras que la gente de á pie se agrupaba en algunos paseos ó salones, donde las músicas de los regimientos franceses obsequiaban á los romanos con las melodías de Bellini y Donizetti.

Allí arriba me olvidé de que estaba en *Roma*. ¡Nada habia allí que recordase á la Ciudad de los Césares ni á la Metrópoli del Catolicismo! Aquella multitud, aquella alegría, aquellos lujosos trenes, aquella música profana, aquellos trajes seglares y modernos, las miradas de amor que cambiaban los jóvenes, el humo de los cigarros, el crujir de la seda, el perfume de las damas elegantes, el Matrimonio (representado en tantas parejas), los niños que jugaban, los oficiales que lucian su uniforme y arrastraban su espada, todo me daba idea del siglo, y del siglo actual; todo me hacia creer que me hallaba en París ó en Madrid; todo me alejaba de la Ciudad de los recuerdos y de las esperanzas.

Y comprendí el amor y la juventud en medio de los dos severos ascetismos que constituyen el carácter de *Roma*: el ascetismo filosófico que inspiran las ruinas, y el ascetismo religioso que inspiran las iglesias. Y dibujé sobre el fondo melancólico de un horizonte alumbrado por dos crepúsculos,—por el de la vida y por el de la inmortalidad,—historias de pasion, sueños de libertad, imágenes de hermosura, delirios primaverales, todo el lirismo, todos los entusiasmos de nuestra rápida existencia...

En tanto se ocultaba el sol en el Occidente, tiñéndolo de color de púrpura.—La gran masa de la *Basílica de San Pedro* se dibujaba en los esplendores del ocaso, agigantada como los navíos que aparecen en el límite del horizonte al declinar la tarde.—En el *Monte Janículo*, que acababa de recorrer, y del que ya me separaba toda la extension de *Roma*, blanqueaba todavía la nieve.—El Tiber amarillento habia tomado un blando tinte de ópalo, y los cipreses de *Villa Corsini* se ennegrecian y parecian cada vez mas altos, á la manera de espectros salidos de la tierra y encargados de tender sobre el mundo las sombras de la noche...

¡Hora sublime de patéticas emociones!—La niebla empezaba á envolver á la ciudad de los siglos.—La realidad se borraba tambien á los ojos

del viajero, y otras regiones, y otros tiempos, y otras ciudades se presentaban á su imaginacion.—Las campanas que resonaban allá abajo hablaban el idioma de la remota patria...—La gente que bullia en torno mio tomaba la forma de séres conocidos, de prendas inolvidables...

Una hora despues, es decir, hace dos horas, me hallaba rodeado de españoles.—La dolorosa alucinacion que me angustiaba en la cumbre del *Monte Pincio*, habia sido como una profecía, como un presentimiento de la consoladora escena con que ha terminado mi dia de hoy.

Esta escena ha tenido lugar en el *Café Greco*, punto de reunion de casi todos los artistas extranjeros que residen en Roma.

Allí tienen una sala particular los artistas españoles: allí he encontrado á mi antiguo amigo el escultor VILCHES; al pintor de batallas, FORTUNY, á quien conocí en Africa, y pensionado hoy por la Diputacion provincial de Barcelona; á DIOSCORO PUEBLA, pensionado por nuestro Gobierno, y pintor de gran porvenir, autor de unas *Bacantes* que acababan de ser premiadas en la Exposicion de Bellas Artes de esa villa y córte; á FIGUERAS, escultor catalan, que ha creado, dicen, una bella estátua de *doña Marina*, la amada de Hernan Cortés; á PALMAROLI, pensionado por los Reyes de España, y que pinta un cuadro de devocion que se elogia mucho; á DON ALEJO VERA, pensionado particular, que bosqueja un cuadro, el *Martirio de San Lorenzo*, destinado á la futura Exposicion española; á MARCIAL, á FRANCÉS, á ROSALES, y á otros cuyos nombres no recuerdo: allí he visto tambien á un jóven fotógrafo vascongado, el SEÑOR MOLINS, cuyo establecimiento tiene gran nombradía en Roma; á DON FERNANDO FERNANDEZ DE VELASCO, agregado á nuestra Embajada, persona de gran instruccion é ingenio; á mi querido amigo el delicado poeta AMOS ESCALANTE; al SEÑOR BALEZ, agregado tambien á la Embajada española; al distinguido compositor catalan DON MARIANO SORIANO FUENTES; á los SEÑORES ARNAU y GARDIOLA, empleados en los Ferro-carriles romanos, que se construyen por nuestro célebre compatriota el señor Salamanca; al presbítero DON RAMON PUJOLS, excelente sugeto, capellan de la iglesia de Monserrate, y en fin, á otros varios españoles, *dispensandos* en su mayor parte.

No estaban allí ya (pero sí estaba su recuerdo) GISBERT y CASADO, ó sean los autores de los *Comuneros* y de los *Carvajales*. Uno y otro artista partieron hace poco tiempo para España, llevándose dos obras que, segun he visto en los periódicos, han llenado de orgullo y regocijo á la patria de Zurbarán y Velazquez.—Tambien te recordaban á tí en el *Café Greco* ¡oh GERMAN HERNANDEZ, mi buen amigo!, que pasaste allí tantos años, de codos en aquellas mesas, dejando fluctuar tu espíritu entre las ilusiones del arte y las melancólicas memorias de tu patria; á tí, el idólatra de la belleza pagana, que no supiste abandonar á *Roma* sin hacer de una de sus hijas la compañera de tu existencia!—¡Allí te recordaban y allí te recordé; porque muchas veces me habias hablado de aquel ahumado templo de tus ilusiones de artista!

. . . .

Desde el *Café Greco*, donde he permanecido dos horas, creyéndome en el Café Suizo de Madrid, y donde hemos pasado revista á media España, me he venido al Hotel, más triste aún que me encontraba esta tarde en el Pincio...—¡Ay! es el presentimiento del dia que me espera mañana... ¡Mañana, dia de Noche-Buena!

VI.

LA NOCHE-BUENA EN ROMA.

«...¡Noche bendita!... cantan los niños sencillas y tiernas coplas: rien los padres tristes y hablan los taciturnos; bendicen á Dios las mujeres abandonadas, al ver una mirada de amor en los ojos del esposo..., y en tanto los viejos, que ya no existen como actores de la vida, sino como testigos de la vida de otros, casi se consuelan de la proximidad de la muerte, al encontrarse reproducidos en sus hijos y en sus nietos...»

Saben cuantos me conocen, ó leen mis escritos, el recogimiento y el respeto con que saludo todos los años el dia de Noche-Buena. Para mí es esta la más santa efeméride de la vida; un religioso aniversario que celebran todos mis afectos en el ara de la memoria; la fecha en que recapitulo mi pasado, desando mis años uno á uno, evoco á mis muertos queridos, busco con la imaginacion á mi familia y vivo mentalmente en su amoroso seno; la fecha tambien en que dirijo al porvenir una inquieta mirada, queriendo descubrir entre las vagas sombras de los años futuros la fórmula de mi destino, mi familia venidera, la *desconocida* que ha de ser mi esposa, los séres que serán mis hijos, la casa que presenciará mis patriarcales goces de la vejez, la tumba que recogerá mi cadáver.

Más de una vez he escrito y publicado mis solemnes emociones de este dia.—Hace cinco años apareció *La Noche-Buena del poeta*, en que lloré la soledad del hijo-pródigo que busca afanado un techo amigo bajo el cual pasar la noche pascual... y no lo halla.—Más tarde publiqué unos *Episodios de Noche-Buena* (1), en que pintaba las alegrías de los hijos de Madrid durante todo el dia de hoy.—El año pasado, en fin, tracé á la luz de una hoguera, en los montes de Africa, unos párrafos que titulé *La Noche-Buena del soldado...*

En todos esos escritos he consignado ya cuanto pudiera decir aquí acerca de lo que experimenta el que vaga por el mundo como ave de paso, cuando, al marcar el reloj del tiempo este melancólico aniversario, recuerda el alma los tranquilos dias de la niñez, las dulzuras del hogar paterno y tantos años perdidos en la vanidad de efímeros placeres.—Refié-

(1) De ellos está tomado el párrafo que sirve de epígrafe á este capítulo.

rome, pues, á aquellos escritos, y voy á limitarme hoy á apuntar aquí todo lo que he hecho y pensado en Roma desde que me levanté esta mañana hasta ahora, que es la una de la noche.

La mayor parte del dia la he pasado en la *Roma antigua.*—No sé qué instinto dramático me habia advertido que hoy debia remontar la historia del mundo, y revolver el polvo de las edades paganas, para venir á parar á la noche al Nacimiento de Jesús, al alboreo de la Nueva Era, á la cuna del Cristianismo.

Fuíme, pues, muy temprano al *Capitolio*, en cuyos Palacios entré, así como en su magnífico *Museo*; y allí cebé mi vista en grandes obras de la antigüedad (Estátuas, Bustos, Bajo-relieves, Tumbas, Lápidas, restos de una civilizacion hundida): allí tuve frente á frente las efigies de piedra de muchos Emperadores y Guerreros de Roma: allí encontré tambien á algunos grandes hombres griegos (Homero, Sófocles, Aristóteles, Diógenes, Epicuro, Alcibiades...): allí la *Estátua colosal de Julio César*, la única tomada del original entre las muchas que existen del gran Conquistador; allí el célebre *Caballo desgarrado por un Leon*; allí la *Loba antigua*, dando de mamar á Rómulo y Remo; allí el famoso *Gladiador moribundo*, una de las obras más bellas del ingenio humano; allí los Dioses de Grecia; allí los Héroes fabulosos; allí los Escritores... ¡allí todo un mundo!; y, sin embargo, aquel *Museo*, comparado con el del *Vaticano* (que ya veremos), es, segun me dijo el conserje, lo que una aldea comparada con Roma!

De camino ví la *Galería de Pinturas*, donde hay muchas obras maestras, entre las cuales descuella *Santa Petronila* de Guerchino...—Pero despues de haber permanecido tanto tiempo en compañía de las nobles Esculturas de la gentilidad; despues de haber recorrido la *Sala de los Emperadores*, la *Sala de los Filósofos* y la *Galería de Bustos*, mi alma no se hallaba templada para sentir ni comprender las excelencias de las artes de otra civilizacion.—Así, pues, pasé ligeramente por la *Galería de Pinturas*, y me hice llevar á un *Gabinete reservado*, donde se hallan tres prodigios del arte griego, inspirados por la mas refinada voluptuosidad y, como tales, negados á la contemplacion pública...—Estos tres prodigios son la *Venus Capitolina*, *Psiquis y el Amor*, y *Leda y el Cisne*. . . . .

Desde el *Capitolio* fuí á la *Roca Tarpeya*,—que, como dijo Mirabeau, *no dista de aquel más que un paso.*

El salto de la *Roca Tarpeya* ha dejado de ser mortal. El abismo que se abria á sus plantas ha subido cuarenta piés con los escombros de los siglos, y sobre estos escombros se han edificado algunas pobres casas, cuyos tejados casi se tocan con la mano desde la antes formidable altura.

Un humilde hortelano es hoy dueño de la antigua *Roca*, convertida ahora en una especie de jardin babilónico, vulgo *terrasse*, plantada de berzas.—Trabajo, pues, le costó á mi imaginacion ennoblecer aquel sitio, á fuerza de recordar las grandes escenas que allí habian pasado.—Pero una vez mi espíritu en tension armónica con los hechos, bus-

EL FORO ROMANO.

qué con la vista la tumba de la infame *Tarpeia* y el lugar por donde fueron precipitados el tirano *Manlio* y tantos traidores á la patria... Y nada encontré, sin embargo, ni nada pudo reconstruir mi fantasía..., por lo cual hubo al fin de contentarse con repetir algunos versos de la tragedia de Antonio Lafosse titulada *Manlius Capitolinus*...

En seguida bajé al *Foro*.—Los blancos fantasmas que habia vislumbrado anteanoche á la luz de la luna, aparecieron á mis ojos en toda su fria realidad. Rotas columnas, capiteles hundidos en el polvo, trozos de elegantes cornisas, todo volvió á excitar mi admiracion; pero no ya como espectros de generaciones que abandonaban la tumba, sino como muestras patentes de la cultura artística de un gran pueblo.

Pronto pasé cerca de las ruinas del *Templo de Saturno*, donde se hallaba el *Tesoro* de Roma en tiempo de la República: aquel tesoro amasado con la sangre y el sudor de tantos pueblos vencidos, y robado más tarde por César y por su hijo y matador!

Dejé atrás los esqueletos insepultos de otros famosos Templos; los Arcos levantados en honor de grandes triunfos que, sin el auxilio de tales monumentos, hubiera eternizado la Historia; la gigante mole del *Coliseo*, que no me impuso menos á la luz del sol que á la luz de la luna, y, por último, abandonando la *Via Sacra* (camino trazado por monumentos de gloria), pasé bajo el *Arco triunfal de Constantino* (puerta simbólica, que dió solemne entrada al Cristianismo en la gran Metrópoli pagana), y me dirigí en busca de las *Termas de Caracalla*.

Nada más imponente que aquel gigantesco edificio, adonde acudia todo el pueblo romano á bañarse, á comer y á solazarse en varios juegos (todo por cuenta del Estado), mientras era hora de entrar en el Coliseo á cebar sus ojos en el sangriento espectáculo de las luchas de hombres y de fieras. En aquellas *Termas*, que no eran las mayores de la Ciudad, habia hasta 1,600 sillas de baño, todas de mármol pulimentado; salones de espectáculos, tertulias, etc. etc.—Hoy sólo queda de tanta grandeza una confusa amalgama de ruinas descomunales; bóvedas agujereadas por donde se ve el cielo; arcos enormes, que subsisten, áun despues de haber desaparecido los pilares en que se apoyaban; recios muros vestidos de rosales silvestres; pavimentos de mosáicos de serpentina, pórfido y otras riquísimas piedras, y, sobre todo, la asombrosa planta del edificio, dentro de la cual se alzarian con holgura, no una, sino varias de las construcciones modernas que pasan por colosales. . . . .

De las *Termas* fuí á la *Tumba de los Escipiones*, descubierta en 1780 en una viña próxima á la Puerta de San Sebastian.—Muchos preciosos objetos de arte encerraba aquella catacumba, abierta en un terreno volcánico; pero todos han sido trasladados al gran Museo Pontificio. Lo que no se ha averiguado todavía á punto fijo es si los Escipiones enterrados en aquel lugar son ó no son los mismos que conquistaron el Africa, la España y tantos otros paises. Como quiera, yo he leido, en una de las lápidas que allí se enseñan, estas palabras, que me han inspirado tanta in-

dignacion como ufanía (indignacion, porque la catástrofe de Numancia no puede llamarse vencimiento, y ufanía, porque eran los *Romanos* los que se engreian de tales triunfos): «Escipion, vencedor de España.»

Pocos pasos más adelante, y en otra viña, famosa en los mercados de *Roma* por sus exquisitos frutos, encontré los célebres *Columbarios*, cuyo descubrimiento dió tanta luz á la historia y á la filosofía para comprender muchos hechos, identificar fechas y nombres, y penetrar en el espíritu de las costumbres romanas.—Los *Columbarios* (su nombre lo dice) son una especie de *palomares*; ó, por mejor decir, son como un diminuto boceto de nuestros cementerios modernos; pues se componen de nichos abiertos por pisos en las paredes, bien que no se hallan murados. Dentro de cada uno hay ciertas cajitas de mármol, cuando no una especie de ánforas, en cuya tapadera se lee el nombre del mortal cuya ceniza está allí guardada.—Excusado es decir que, al hablar de ceniza, no uso mi estilo figurado; pues sabe todo el mundo que los romanos quemaban los cadáveres, envueltos en una túnica de amianto, hasta convertirlos en pavesas, con el fin de hacer más cómodo su trato familiar y frecuente con los restos de los finados.

De todo lo que hasta ahora he visto en *Roma*, nada me ha impresionado tan viva, tan verdadera, tan crudamente como estos singulares cementerios. Descubiertos en 1831 y por un pueblo acostumbrado ya á respetar los monumentos de pasadas civilizaciones, los columbarios permanecen intactos, tales como se encontraban hace miles de años cuando su piadoso guardador los cubrió de tierra para ocultarlos á la profanacion de sacrílegos invasores, y tales como el arado de un pobre labrador los hizo aparecer de nuevo á la absorta vista de nuestra generacion.—Asi es que allí se ve á la Antigüedad palpitante, auténtica, fehaciente. La lámpara de bronce pende del techo: las cenizas, no turbadas todavía, reposan en el fondo de las ánforas, y mi mano ha sido la primera, al cabo de tanto tiempo, que ha ido á remover algunas, como diciéndoles: *¡despertad!* Las paredes se ven cubiertas de pueriles pinturas al fresco, que representan por lo regular guirnaldas de flores. Dentro de los nichos se ven jarros, ídolos, lámparas de tierra y otros objetos curiosos. Sólo en un *Columbario*; he contado hasta 600 urnas cinerarias, alguna de las cuales, segun su epitafio, contenia confundido el polvo de una familia entera...

¡Santo depósito de dolores y memorias, de supersticion y de cariño, confusa mezcla de séres; emblema de aquel pueblo en que se confundia un mundo! Y ¡á qué solemnes consideraciones se prestaba aquel pequeño recinto, en que se veian expuestas, como una simple curiosidad arqueológica, tantas historias, tantas vidas!. . . . .

Al salir de los *Columbarios*, ví á lo lejos un largo *camino*, adornado á un lado y otro de blancos y ruinosos monumentos.

Aquellas dos hileras de destrozados mármoles se perdian en el horizonte, con direccion á *Albano*.

Era la *Via Apia*,—á la cual me encaminé.

Los monumentos que se veian en ella y que llegarian á mil, eran tambien Tumbas de antiguos romanos.—Aquella fúnebre calle, sembrada de sepulturas, me trajo á la imaginacion los caminos de las pagodas indias, cubiertos de huesos de peregrinos...

¡Cuánta melancolía en todo lo que iba viendo!—En torno mio se dilataba una estéril llanura, interrumpida á veces por los enormes esqueletos de los antiguos *Acueductos*, que parecian tambien sepulcros inconmensurables! ¡Sepulcros por todos lados! ¡Ceniza humana do quier!

Cerca de mí se levantaba la Iglesia de *San Sebastian*, por donde se baja á las *Catacumbas*, á la vasta ciudad subterránea, atestada tambien de sepulcros; al asilo de los primeros cristianos; á la casa y panteon de los Mártires...

No me atreví á entrar allí.—Mi visita á las *Catacumbas* debe ser objeto de una peregrinacion especial. Hoy agitaban ya mi espíritu demasiadas sensaciones para que pudiera entregarse completamente á la religiosa poesía de tan venerandos recuerdos.

Dí, pues, la vuelta á *Roma*, no sin subir ántes al *Monte Palatino* y visitar las ciclópeas ruinas del *Palacio de los Césares*, de la *Domus Aurea* de Neron!

La primitiva *Roma* habia empezado en aquel mismo Monte en que se alzó luégo el más soberbio testimonio de su grandeza. Fué, pues, siempre aquel un lugar sagrado, que resumia la historia de la reina del mundo.- Allí levantó Rómulo el primer techo romano: allí vivió Augusto: allí espiró el Imperio en las más escandalosas disipaciones. . . . .

Cuando entré en la *ciudad moderna*, eran ya las cuatro de la tarde.

Todas las tiendas estaban cerradas: circulaban muy pocos coches: apenas se veia gente en las calles, y la que me encontraba, iba cargada de aguinaldos.—La gran preocupacion de los romanos, como de todo el mundo católico, era en aquel momento la colacion de Noche-Buena.

A las ocho de la noche, todas las calles estaban desiertas; todas las Iglesias atestadas de gente.

Luégo quedaron tambien solitarias las Iglesias, y la gente se refugió en sus casas.

Yo me encontré solo en la calle.

Eran las nueve.

Todas las familias estaban reunidas; todos los hogares daban calor; todos los corazones contaban con otro corazon en que depositar sus alegrías ó sus penas...

Yo, movido por una inclinacion invencible, encaminé mis pasos á la Plaza de España, y me paseé largo tiempo á la puerta de nuestra Embajada, al amparo del Escudo de Castilla.

Pronto vino á reunirseme otro paseante solitario...

Era mi amigo, mi compañero de viaje, mi compatriota Caballero, á quien no habia visto en todo el dia, y que, impulsado por una tristeza

idéntica á la que á mí me dominaba, iba á buscar allí el mismo remedio: —¡á soñar con la patria y con la familia!

No hay elegía tan triste, ni cancion tan patética, ni égloga tan dulce y tan suave, como el diálogo que en casos como este entablan dos hermanos de destierro.—Andalucía, nuestra tierra comun, fué el asunto de nuestras tiernas memorias. Sus ciudades, sus campos, sus cortijos, las familias pobres y las acomodadas, los viajeros que hacian alto en las ventas de los caminos, todo apareció á nuestros ojos, tal como se encontraria en aquella solemne hora. Y los cantos populares, y las costumbres de cada pueblo, y los manjares acostumbrados, y las tradiciones de una y otra casa, y la enumeracion de su familia y de la mia, dieron materia á una sabrosa y larga plática, eco fiel de la que tuvimos antes de abandonar á Florencia...

Esta conversacion era interrumpida á cada instante, ó, por mejor decir, iba acompañada contínuamente, de este pensamiento:—«Nuestras familias saben que estamos en *Roma*.»—Y el augusto nombre de *Roma* suscitaba un órden más elevado de ideas, que se sucedian en mi imaginacion paralelamente con las otras enunciadas.

—«Cuando vino el MESÍAS, hace esta noche 1860 años (pensaba yo), *Roma* dominaba en Jerusalen.—Hoy es *Roma* la Metrópoli del Cristianismo...»

Y el recuerdo de la visita que esta mañana habia hecho á las ruinas del Imperio, mantenia viva en mi imaginacion á la Ciudad Eterna bajo su aspecto gentil. Creíame, pues, en el Siglo de Augusto, en la Roma de los Césares, y, desde tal punto de vista, me parecia que esta noche era, no el aniversario del natalicio de JESUS, sino la misma en que se verificó este misterioso acontecimiento.—Y busqué en el limpido espacio la bendecida *estrella* que vieron los pastores... Y el silencio de la Ciudad de los Siglos me representó la suspension de júbilo que, segun los Santos Padres, experimentó el universo en aquella sublime hora... O más bien lo traduje como miedo de la antigua civilizacion, condensada entonces en Roma, al presentir que acababa de venir al mundo Aquel que debia hundir los templos y los alcázares del error y de la abominacion...

Estas ideas acabaron por eclipsar en mi alma los melancólicos destellos de la remota patria y del perdido hogar.

—«Nace nuestro Dios (díjele á mi amigo), y nace para vencer y dominar á esta corrompida Roma. ¡Regocijémonos al abrigo de nuestro Templo, bajo el techo de la Casa de todos los fieles, al amor del Hogar que se enciende esta noche por primera vez en la distante Judea!...»

Y hablando, ó pensando, ó sintiendo así, encaminamos nuestros pasos á *Santa María la Mayor*, una de las cuatro Basílicas que tienen *Puerta Santa*, y la principal de las Iglesias consagradas en Roma á la VÍRGEN MARÍA.

Para ir á aquel Templo, pasamos por una confluencia de calles, llamada *Plaza de las Cuatro Fuentes*, situada en la cima del *Monte-Quirinal*.

Cada una de las Fuentes que dan nombre á aquella Plaza, adorna la esquina de un Palacio.

El principal de ellos es el *Palacio Pontifical del Quirinal*, residencia de los Papas durante el verano.

Al otro lado veíamos una magnífica Casa, profusamente iluminada, de más alegre aspecto que suelen presentar los palacios de *Roma*, y en cuyo espacioso portal habia algunos criados con lujosas libreas...

Era la residencia de la Reina Cristina, de la madre de la Reina de España.

Allí habia esta noche una gran cena, á la que asistian muchas familias españolas. Tal vez aquellos criados eran compatriotas nuestros. La luz de aquel portal calentaba nuestro corazon, como si, más que luz, fuese fuego; como si fuese un hogar de la ausente Patria.—Desde tierra extranjera nadie siente las iras de las discordias civiles.—El muro de aquel Palacio nos fue, pues, esta noche tan sagrado y tan querido, como poco antes el de la Embajada de España...

Pasamos, con todo, sin entrar, y llegamos á *Santa María la Mayor.*

Las puertas de la insigne Basílica, fundada en el siglo IV del Cristianismo, estaban todavía cerradas.—Se esperaba al Cardenal que habia de decir la *Misa del Gallo.*—Un pueblo inmenso aguardaba sentado bajo el noble pórtico de la Iglesia, ó paseábase alrededor de la gran *Columna* corintia que se levanta allí cerca, y que perteneció á la primitiva Basílica.

Hacia luna. El pueblo romano reia y cantaba. Muchos extranjeros vagaban de la *Columna* á un arrogante *Obelisco* que se alza detrás del Templo, en una vasta Plaza.—Nosotros, más tristes y solos entre la multitud que antes en la soledad, permanecíamos ocultos en un intercolumnio del pórtico, como viajeros perdidos en noche de tormenta, que llegan á pedir hospitalidad á un castillo... cuyo puente levadizo tardan en bajar.

En esta situacion, vimos á lo lejos y á la plena luz de la luna á Jussuf, al incomparable marroquí, el cual, vestido con su mejor levita y su descomunal sombrero de copa, se paseaba filosóficamente, llevando una francesa colgada de cada brazo,—doncellas del Hotel sin duda...

Asi oimos las doce, la hora solemne, y asi pasamos otra media hora. —La puerta de la Iglesia no se abria: la noche refrescaba cada vez más: yo no estaba bueno...—Por otra parte, teníamos que madrugar mañana para ir á *San Pedro* y ver al Papa de pontifical...

Volvimos, pues, á casa sin oir la Misa del Gallo; tomamos té como cualquier otra noche; he escrito estos pobres apuntes, y hé aquí que ahora voy á dar permiso á mi alma (como á una criada de que ya no tengo necesidad) para que vuele á otros paises á pasar el resto de la noche en compañía de las personas de su predileccion.

VII.

EL PAPA DE PONTIFICAL.

Roma 25 de diciembre.

Guadix fue una importantísima Colonia de los Romanos; despues, en poder de los Moros, llegó á ser hasta capital de un Reino; verificada su conquista por los Reyes Católicos, aún conservó durante tres siglos algunos aires señoriles, y allá por el año de 8 , cuando fueron los Franceses, los graves señores que componian su Ayuntamiento vestian sendas capas de grana, ceñian espadin y se cubrian con sombrero de tres picos.—Yo he alcanzado á conocer la capa de grana de mi abuelo, que se conservaba en mi casa como una reliquia, y que nosotros, los hijos de 1833, irreverentes á fuer de despreocupados, dedicamos á mil usos burlescos en nuestros juegos infantiles.—Como quiera que sea, cuando yo vine al mundo, Guadix era ya una pobre ciudad agrícola... por cuenta de hacendados forasteros.—Los duques y marqueses, á quienes se repartió su territorio despues de la conquista, y cuyas grandes y ruinosas casas, coronadas de torres, se ven todavía en las principales calles, se habian ido á vivir á Granada ó á la córte de las Españas: los otros pobladores empezaban á confundirse con la plebe, á consecuencia de la desvinculacion, que habia fraccionado sus caudales: las Ordenes religiosas, dueñas de la mitad de la riqueza, habian sido suprimidas, vendiéndose todos sus bienes: el Provincial, su ilustre batallon provincial, se hallaba en Navarra ó Cataluña, peleando contra el Pretendiente: el antiguo Corregimiento no existia: todo el mundo vestia ya de paisano, sin capa de grana ni espadin: los tradicionales gremios pertenecian á la historia: la *Alcazaba* era un monton de ruinas.

De la antigua grandeza sólo quedaba en pié un monumento, y ese era la *Catedral*. La Catedral, bella, artística, rica, gobernada por ilustres Prelados y sabios Cabildos, descollaba sola entre las ruinas romanas, árabes y semi-feudales. La Catedral era el único Palacio habitado; el único poder que conservaba su primitivo esplendor y magnificencia; el alma y la vida de Guadix.

En ella recibí yo mis primeras impresiones artísticas. Ella me dió idea del poder revelador de la arquitectura: allí oí la primera música: allí admiré los primeros cuadros. Allí tambien, en las grandes solemnidades, brillaron ante mis ojos las maravillas del lujo; el tisú, el brocado, el oro, la pedrería; ora en los cálices, ora en los ornamentos, ora en las vestiduras. Allí, entre nubes de incienso, al fulgor de millares de luces, al són del órgano, escuchando las concertadas voces de los cantores y los gemidos de los violines de la capilla, entreví el arte, soñé la poesía, adiviné un mundo diferente del que me rodeaba en la ciudad. Y museos, teatros,

monumentos arquitectónicos, conciertos, alcáceres dorados, espectáculos brillantes, todo cruzaba por mi imaginacion como una profecía; todo palpitaba en mis entrañas, cual si un ser misterioso se despertase dentro de mí; todo se me revelaba de la manera que los fulgores de la Gloria brillan á los ojos de los extáticos.

Por consiguiente, las grandezas de la tierra, los prodigios de las artes, el *sursum corda* de la poesía, se manifestaron en mi existencia en horas de místico arrobamiento; y la fe y la belleza, la religiosidad y la inspiracion, la ambicion y la piedad nacieron unidas en mi alma, como raudales de una sola fuente.—Figuraos, pues, las profundas emociones que me habrá producido la solemne, grandiosa, verdaderamente sublime ceremonia que acabo de presenciar en la *Basílica de San Pedro:* figuraos lo que habrá sido para mí la Misa de Pascua, celebrada de pontifical por Pio IX en el más grande y suntuoso Templo del mundo.

Para colmo de dicha, lo he visto todo muy de cerca y comodísimamente, merced á la amabilidad de nuestro encargado de Negocios, que nos invitó á Caballero y á mí á formar parte de la Embajada Española, y á ocupar por consiguiente la tribuna levantada para el cuerpo diplomático, entre el Altar Mayor y el Trono del Sumo Pontífice.

Paso por alto la emocion con que entré en la *Basílica de San Pedro*, sabiendo como sabia que algunos momentos despues iba á ver al Papa.—Esto se adivinará fácilmente.

Cuando entramos con la Embajada, la Iglesia estaba completamente llena, lo cual quiere decir que dentro de ella habia más de 100,000 almas.—Allí, en una nave lateral, se veia toda la Guarnicion francesa, esto es; cerca de 15,000 soldados.—En otra parte (en el hueco que mediaba entre dos pilares) se encontraban todo el Ejército Pontificio, compuesto en su mayor parte de irlandeses (arrogantísimos hombres), y los *Zuavos del Papa* (creacion moderna) con sus uniformes grises.—El resto lo ocupaba una heterogénea multitud, cuya mitad se componia de extranjeros.—Millares de inglesas, con los velos azules y verdes de sus sombreros echados sobre el rostro, asistian de pié al espectáculo, como simples observadoras. —Esta frialdad filosófica me hacia daño en aquellas mujeres tan lindas y de aspecto tan suave.—Por todos lados se veian moros, judíos, peregrinos católicos, graves alemanes de doradas cabezas, *touristes* de todo el goblo (Jussuf entre ellos), y, como fondo de este cuadro, el pueblo de *Roma*, ávido de emociones, cansado de ellas, con sus altivos rostros y su actitud humilde, preocupado tal vez con la idea del peligro que dicen que corre la Ciudad Eterna de dejar otra vez de ser la capital del mundo...

En las tribunas que habia á los lados y en frente de la nuestra, encontrábanse la Reina Madre de Nápoles y dos Hermanas y un Hermano de Francisco II, todos ellos vestidos de negro..., no sé si por el difunto Rey ó por el hundido Trono: la Reina Madre de España, doña María Cristina de Borbon, su Esposo y algunos otros españoles: el Príncipe Canino: las

Autoridades de *Roma:* el General Goyon, General en Jefe del Ejército de ocupacion, y algunos Oficiales superiores africano-franceses: los Embajadores de todas las naciones, y, en lugar preferente, el Embajador francés, Duque de Grammont, que no sé por qué me parecia el dueño (y de tal se daba los aires) de la Ciudad Papal y el Presidente de aquella Asamblea tan ilustre.

Ni un solo Sacerdote se veia todavía en el Templo, fuera de los que andaban confundidos con la muchedumbre.—La atencion y la espectativa eran inmensas... De un momento á otro debia de llegar el Papa con todo el Clero romano...—Reinaba un profundísimo silencio.

En medio de él oyóse el estampido de un cañonazo.

El Castillo de Sant-Angelo daba la señal de que el Sumo Pontífice bajaba de su Palacio á la Basílica.

A aquel cañonazo siguieron otros, y repiques de campanas, y una indescriptible agitacion en la multitud que inundaba el Templo.

El corazon me latia con una violencia irresistible: sentí frio y ganas de llorar...—Me desconocia.

En esto se oyó en los aires, en lo alto de la gran Puerta de entrada, donde hay un extenso balcon, el acordado y melodioso ruido de muchas trompetas que batian marcha.

Aquellas trompetas me recordaron las de Jericó, é imaginé que á su religioso y marcial sonido caian por tierra las puertas del Templo para dar paso al Pontífice-rey.

En efecto, Pio IX acababa de entrar en la Basílica.

Yo no lo veia aún; pero las oscilaciones del gentío me iban indicando el tránsito del Papa por la inconmensurable Iglesia.

Y las bíblicas trompetas, únicos instrumentos que pueden tocarse en *San Pedro*, seguian entonando aquella marcha triunfal, sagrada, parecida á un psalmo heróico de David.

De pronto la Procesion aparece por detrás de uno de los enormes pilares del Templo, y veo alzadas sobre la muchedumbre unas andas de oro, en las cuales viene sentado sobre la *silla gestatoria*... (lo diré en la misma forma que revistió en mi imaginacion) un *Santo vivo* (un San Gregorio, un San Leon, un San Félix); un Santo animado, palpitante, auténtico!...; un venerable anciano, de nobilísima y apacible figura, paramentado con la capa pluvial y la Tiara, llevando en una mano las *Llaves del Cielo*, y bendiciendo con la otra á las Naciones, á las *Gentes*, congregadas en torno suyo; la efigie viviente de San Pedro; el mortal que representa á Jesucristo sobre la tierra; el Papa, en fin; Pio IX...; la Cabeza visible de la Iglesia!

¡Es la primera vez que veo á un ser humano en procesion, en apoteosis, divinizado, exaltado, levantado al cielo!...—Aquella sagrada imágen movia blandamente los labios para rezar, esparcia su paternal mirada sobre la multitud, se balanceaba levemente en su silla al compás de la marcha, y hacia con la diestra la señal de la cruz...—Rodeábale una nube

de incienso: anchos abanicos de plumas agitaban el aire en torno de él; un alto palio cobijaba las andas; las gentes se arrodillaban á su paso...—Era un dios.

Precedíanle, acompañábanle y seguíanle más de mil Sacerdotes, entre ellos todo el Colegio de Cardenales, más de cuarenta Arzobispos y Obispos, los Canónigos de todas las Basílicas de Roma, los Generales y Priores de innumerables Ordenes religiosas (cada cual vestido con su *hábito regular*), los Abades mitrados, toda la Antecámara pontificia, Camareros de honor y secretos seglares, Procuradores del Colegio, el Confesor de la Familia Pontificia, el Predicador apostólico, los Escuderos pontificios, los Camareros públicos, los Capellanes comunes y secretos, llevando en las manos todas las Tiaras y Mitras del Papa, el Procurador fiscal, el Comisario y los Auditores de la Rota, los Abogados consistoriales, los Capellanes cantores, los Votantes de la signatura...—Y tambien iban los elegantes *Guardias Nobles*, ó sea el antiguo Patriciado Romano, que hoy constituye la escolta personal del Papa; el *Senador de Roma* (otro reflejo de la antigüedad gentílica), marqués Antici-Mattei, con los Conservadores del Pueblo Romano, en traje de ceremonia; el Gobernador de Roma, el *Príncipe Asistente* al sólio, y otros muchos personajes seglares y eclesiásticos, vestidos con diversos y nunca vistos hábitos y uniformes, que me traian á la imaginacion siglos, civilizaciones y pueblos diferentes, y aumentaban la honda perturbacion que aquel espectáculo habia producido en mis ideas y en mis sentimientos.

Entre los mismos Obispos, los habia del rito griego, vestidos de distinta manera que los romanos.—Representaban á la *Iglesia griega unida*.

¡A cuántas consideraciones se prestaba aquel acompañamiento!...—Pero yo no tenia verdaderamente atencion ni reflexion más que para contemplar al Papa...

El Supremo Gerarca habia bajado de la *Silla Gestatoria* y adoraba el Santísimo Sacramento. Luégo se dirigió á pié al *Trono de Tercia*, y allí, mientras se cantaba aquella hora canónica, se revistió los paramentos pontificales para la Misa.

Una y otra vez ví pasar á Su Santidad á dos pasos de mí. Su noble y aventajada estatura, su plácida belleza (que describiré cuando lo visite en su Palacio), su venerable ancianidad, la grandiosa riqueza de sus sacras vestiduras, todo correspondia al alto ideal que yo me habia formado desde niño del Sumo Pontífice, del Soberano de las almas...

En vano el ruido de sus pasos, el sonido de su voz, los accidentes comunes de su existencia humana me recordaban á cada momento la condicion mortal y finita de aquel ser tan excepcional y tan grande; y en vano tambien mi razon pretendia con cruel insistencia someter todo aquel sublime instante, y los personajes que en él figuraban, y mis propias emociones, á un frio análisis, á un despiadado estudio... La imaginacion y el sentimiento recobraban siempre su dominio sobre el cálculo; el límite de lo natural se rompia como un crisol de frágil vidrio, y la veneracion, el

miedo, la poesía, la fe..., lo que quiera que fuese, se escapaba del alma, remontaba su vuelo y se perdia en las regiones infinitas de lo sobrenatural, de lo eterno, de lo milagroso.—El hombre, en fin, no era allí nada: el pontífice lo era todo.

Ni hubiera sido leal desatender las voces con que el sentimiento clamaba por su libertad é independencia. ¡Tan hijo mio era él como el soberbio pensamiento! Los dos habian nacido en mi alma, y yo no debia hacer al uno esclavo del otro, imponiendo á los inconscientes é indeliberados movimientos de mi corazon, que aspiraba á mayor vida y á mejor mundo, la tiranía de mis sentidos materiales, de mi escasa razon, de mi reducida ciencia.—Libre, franca, confiadamente me abandoné, pues, á todo el impulso de mi propia naturaleza, y en verdad os digo que desde aquel momento fuí tan dichoso como debió de serlo Adan en el Paraiso, ó como lo será el mártir y confesor despues de cerrar los ojos á esta vida...

Principió el Santo Sacrificio.

El Papa decia la Misa de cara al pueblo. Asistíanle el Cardenal Amat, como Obispo Asistente, y el Cardenal de Silvestri, como Diácono Ministrante. Los Cardenales Ugolini y Marini eran Diáconos Asistentes, y monseñor Nardi, Auditor de la Rota, desempeñaba las funciones de Subdiácono Apostólico.

Sobre el Altar se veian cuatro Tiaras, dos de ellas de gran valor. Una era la regalada por Napoleon, tasada en 24.000,000 de reales. La otra, cubierta de brillantes, era regalo de la actual Reina de España.

El Papa cantaba la Misa con voz entera y vibrante cuanto melodiosa y tierna. A aquel acento conmovedor no respondia más música que el concierto de voces solas de la célebre Capilla Sixtina, cuyos tiples y altos, ocultos en una tribuna, acordaban sus cantos con tanta maestría, que parecian el eco de un instrumento celestial ó un coro de serafines de la Jerusalen Eterna.

Todas las ceremonias se hacian con rito doble, ó sea en latin y en griego. Cantóse, pues, dos veces el Evangelio *In principio erat verbum*, etc., lo cual traia á mi imaginacion los primeros siglos de la Iglesia, las predicaciones de San Pablo y las obras de los Santos Padres de la Iglesia griega, que yo leí cuando estudiaba Teología.

En el momento de *alzar*, el Papa se hallaba en su Trono, á donde le llevaron la Hostia y el Cáliz.

El Sumo Pontífice los recibió arrodillado..., y en aquel momento volvieron á resonar en los aires las místicas trompetas.

Los dos Ejércitos que habia dentro del templo (el Francés y el Pontificio) rindieron sus armas con estrépito: la multitud se arrodilló: reyes y príncipes postráronse tambien de hinojos é inclinaron la frente: elevó el Papa la Forma y el Cáliz, y un sordo rumor resonó en las inmensas naves de la Basílica..., eco de cien mil corazones contritos, que, al golpe de otras tantas manos arrepentidas, confesaban tumultuosamente sus culpas.

¡Sublime y magestuoso instante! ¡Milagroso poder de la belleza! ¡Misteriosa revelacion de las excelencias del espíritu humano, producida por el concurso y fusion en una sola idea de tantas y tantas almas, incapaces por separado de remontar semejante vuelo!—¡Prodigios y tesoros del corazon, evocados por el arte y nacidos como nacian las ciudades griegas al son de la lira de Orfeo!—¡Nobles facultades del espíritu, escondidas en él como la chispa en el pedernal!—¡Explosion de Fé; aspiracion á lo eterno; evidencia de Dios!

Yo me acordé del *Mortimer* de Schiller.

Despues de la Consumacion, el Padre Santo distribuyó el Pan Eucarístico á los Cardenales Diáconos y á los *Nobles legos.*

Entre los Cardenales ví adelantarse lento, severo, imponente, un hombre alto, jóven todavía, pálido y triste, de aire pensador y dominante, el cual se arrodilló como todos delante de Pio IX, y comulgó.—Era el cardenal Antonelli, el antagonista de Cavour.

Terminada la Misa y otras ceremonias, volvió á ocupar el Papa las andas, en las cuales fue conducido al Vaticano con la misma solemnidad que lo trajeron.

VIII.

LOS TEATROS DE HOY.—LAS CATACUMBAS DE SAN SEBASTIAN.—EXCURSIONES Á TÍBOLI, FRASCATI Y ALBANO.—IGLESIAS Y PALACIOS.—EL PAPA EN LA CALLE. —FIN DEL AÑO.

Roma, 1.° de Enero de 1861
á las dos de la madrugada.

Ha pasado una semana desde que escribí mis últimos apuntes.

En ese tiempo he visto mil cosas que hubiera debido anotar; pero el mismo cúmulo y variedad de mis impresiones no me ha dejado tiempo ni tranquilidad para ello, y hé aquí que hoy, cuando me dispongo á realizarlo, no sé ya por dónde empezar; reconozco que es imposible recordarlo todo, y hasta tengo miedo de no decir nada en una forma inteligible.

Hace dos horas terminó el año de 1860, que ví principiar en Africa oyendo el estampido del cañon de los Castillejos. Es, por lo tanto, solemne la hora en que escribo estas líneas, cuya redaccion no he dejado para mañana por las tres siguientes razones:

Primera: porque, siendo hoy fin de año, me creo en el deber de cerrar, como si dijéramos, mis cuentas con lo pasado.

Segunda: porque no quiero confundir en mi imaginacion con ningun otro recuerdo las sensaciones que me produzca mi visita al Papa, de cuya Antecámara acabo de recibir la comunicacion que traduzco literalmente al castellano, y que dice así:

DE LA ANTECAMARA PONTIFICIA.

VATICANO 31 DE DICIEMBRE DE 1860.

Se suplica la presentacion de este billete al llegar á la Antecámara.

Se advierte que no se podrá ser admitido sino de uniforme; y si no se tiene, de frac negro, corbata blanca y zapato bajo.

Se previene al Sr. D. Pedro Antonio de Alarcon que Su Santidad se dignará admitirlo en audiencia el miércoles 2 de enero próximo á las once de la mañana.

El Maestro de Cámara de S. S.

(Hay una rúbrica.)

Tercera: porque estoy vivamente impresionado con las escenas á que he asistido esta tarde y esta noche, y no quiero diferir su descripcion, ni escribirlas dejándome atrás otros sucesos.

Manos, pues, á la obra.

Comenzó el deseado *Carnavalone*, y con él la temporada cómica y lírica de *Roma*.

En el *Teatro di Apollo*, que es hoy el principal de la Ciudad Eterna, he visto un gran baile de espectáculo (de argumento y trajes turcos, y córte y música de Francia), tan pagano y deshonesto como los mejores de París ó de Milan; y á la noche siguiente, en el mismo coliseo, he oido cantar la *Traviata*, que aquí se da con el título de *Violetta*, por considerarse muy escandaloso el anunciar en las esquinas que ha habido una mujer *extraviada*.

Al *Teatro Valle* (segundo de la Opera) hemos asistido tres noches consecutivas todos los españoles residentes en *Roma*, á admirar en la *Sonámbula* á Madama Gassier, ó sea á la sevillana Pepa Cruz (que así se llamaba la distinguida artista antes de casarse con Mr. Gassier), la cual nos ha llenado de orgullo cada vez que el público la ha hecho salir á la escena entre aclamaciones y aplausos.—Mis amigos y yo ocupábamos una platea de proscenio, desde la que elogiábamos y victoreábamos á la cantatiz andaluza en el vivo y ardiente lenguaje *de la tierra*; y ha sido de ver la alegría, la emocion, la gratitud, el entusiasmo con que nuestra compatriota nos correspondia; como han sido de oir los diálogos que hemos cruzado con ella *sotto voce* desde el palco al escenario, á pesar de no tener todavía el gusto de tratarla.—Hoy la tratamos ya.

Otra noche he ido á la anunciada *Presa di Tetuan* en el teatro Albert.—Era tambien una sustitucion de nombre: lo que realmente se representó fué la conocida pantomima *Napoleon en Egipto ó la muerte del general Kleber*; pero, por no despertar un mal recuerdo á la guarnicion francesa, la habian disfrazado de *Toma de Tetuan*.—Los soldados del Papa, los héroes de Castelfidardo en carne y hueso, hacian en la escena una porcion de evoluciones que el público aplaudia con frenesí.—Y es que en

Roma, ciudad eclesiastica, el militarismo es el *summum* de la poesía en accion.—Como quiera que sea, tuve el gusto de ver sobre las tablas á O'Donnell, Ros de Olano, Prim, Zabala y otros respetables amigos mios, que me costó mucho trabajo reconocer, asi como á Muley-el-Abbas, Muley-Hamet y una falange numerosa de infieles.

A muchos rarezas y sustituciones por el mismo estilo da lugar frecuentemente en los teatros de *Roma* el carácter clerical de las Autoridades Pontificas. Por ejemplo: los jueves acaban forzosamente las representaciones antes de la media noche, á fin de evitar la profanacion del viernes.—Un dia de vigilia, creo que víspera de San Pedro, anuncióse en el mismo Teatro Albert una comedia, traducida de un vaudeville francés, titulada la *Cena de los dos pollos*, comedia en que los actores fingen comerse aquellos dos volátiles; mas hé aquí que el señor Mateucci *(Monsignor Gobernatore)* encontró absurdo que ni por broma ó en apariencia comiese nadie pollos en un *giorno di magro*, é hizo cambiar el título de la pieza por el de *La cena de los dos besugos.*

Semejantes nimiedades son á veces demasiado significativas:—V. gr. En la *Norma*, se suprime el duo de tiples en que figuran los dos niños, por considerarse que una sacerdotisa no debe aparecer con hijos...—¿Es este un celo pagano trasnochado, ó es un escrúpulo *genealógico ó etimológico*... de ciertas instituciones?

Hay más... (aunque esto ya se justifica racionalmente): la *Lucrezzia Borgia* de Donizetti se representa en Roma con el título de *Elisa da Fosco*.—¡Bueno es que se ignore un poco la historia, sobre todo por la plebe irreflexiva!

Tambien comprendo que la accion de la *Favorita* se haya trasladado al Africa y que los personajes vistan el jaique en lugar del hábito.—Cuando no hubiera otras razones que la abonaran, todavía podria explicarse esta mutacion como necesidad estética...—Recuérdese lo que dije más arriba hablando de las evoluciones que hacen las tropas en la escena entre un diluvio de aplausos.—Pues bien; por la misma razon que es interesante en *Roma* la milicia, dejan de serlo los frailes. Lo poético debe ser peregrino: lo que se ve con frecuencia no se presta á las ilusiones de la fantasía.

Y esta es la ocasion de decirlo, por si no se me presenta otra mejor: en *Roma* hay (lo copio de una Estadística) alrededor de 40 Obispos; 1,835 Sacerdotes; 2,474 Religiosos; 1,657 Seminaristas y Colegiales; 2,032 Religiosas, y 2,613 Pensionistas en los conventos y orfelinatos. Las Congregaciones de Religiosos (que ascienden á 55 y que reunen el número de frailes arriba expresados) se dividen en: Basilios, 1; Benedictinos, 21; Camaldulenses, 20; Cartujos, 17; Monges de vallembreuso, 8; Cistercienses, 39; Olivetanos, 15; y Armenios, 1.—Las Ordenes mendicantes tienen: 172 Dominicos; 211 Menores de la observancia; 136 Reformados: 41 Alcantarinos; 89 Conventuales; 196 Capuchinos; 23 Carmelitas de la antigua observancia; 79 Carmelitas descalzos; 57 Servitas; 5 de la Mer-

ced; 70 Trinitarios; 36 Mínimos; 21 Gerónimos y 29 Penitentes. Canónigos y Sacerdotes regulares hay: 27 Canónigos de San Juan de Letran; 14 Teatinos; 28 Bernabitas, 32 Somascos; 289 Jesuitas; 20 Clérigos regulares menores. 48 Hospitalarios; 19 Padres de la Madre de Dios; 48 Escolapios y 40 Religiosos de San Juan de Dios.—Total, 10,101, sin contar los Cardenales.

Pero volvamos á mi historia de estos dias.

El primer recuerdo que acude á mi imaginacion es el de las *Catatumbas*, cuyo nombre solo estremece á todo cristiano.

Ya he dicho que la *Basílica de San Sebastian* se levanta en las afueras de *Roma*, dos millas al Sudeste de la Ciudad, en un melancólico desierto sembrado de ruinas. La Iglesia fue construida el año de 367, sobre el cementerio del Pontífice-Mártir San Calisto, y restauróse tal como hoy se encuentra á mediados del siglo XVII.

Cuándo hube recorrido toda la Iglesia, vino á mí un Fraile de alguna edad y de ascético semblante, y se brindó á guiarme por las *Catatumbas*. Yo le argüí con la molestia que le causaria. El me replicó que era su deber y su mayor gusto conducir á los cristianos en aquella sublime peregrinacion.—Acepté.

El Religioso me llevó á la *Capilla* de San Sebastian: allí encendió dos velas, de las cuales me dió una, y, abriendo una puertecilla en que yo no habia reparado, situada á la derecha del Altar, se santiguó devotamente y pasó delante de mí.

Bajamos muchas tenebrosas escaleras, respirando un aire húmedo que oprimia el corazon.—Pronto llegamos á una Galería, semejante á las de las minas, abierta en una materia volcánica sumamente densa, y empecé á ver, á un lado y, otro y sobre mi cabeza, Nichos, Lápidas, Sepulcros, Losas hacinadas...—Anduvimos mucho tiempo de una galería en otra: á veces teníamos que bajar de nuevo...—Ya debíamos de estar muy distantes del haz de la tierra...—De vez en cuando penetraba, por sinuosos agujeros abiertos en la bóveda, algun ténue rayo de la luz del cielo.—Por lo regular, la galería era tan estrecha, que apenas hubieran podido marchar por ella dos hombres de frente; pero de trecho en trecho se encontraba alguna plazoleta, punto de coincidencia de muchas galerías. Allí era la bóveda más alta, y allá arriba se abrian otros corredores, á los que se subia por escaleras talladas en la roca...—Eran otros pisos de la Catacumba, la cual en ocasiones tiene hasta cinco ó seis.

Pronto perdí por completo la idea del camino que habia llevado, del lugar en que me hallaba, de cuánto habia bajado y de la direccion que seguia.—Aquello era un laberinto interminable.—Y sin cesar, y en todos lados, veia tumbas y más tumbas, lápidas y más lápidas, de todas formas, de todos tamaños, ora en el suelo, ora en el techo, ya á los lados del sinuoso camino, ya en medio de las plazoletas.—A veces acercaba la luz á aquellas sepulturas, y leia indistintamente Epitafios cristianos ó gen-

tiles, ó veia rarísimas obras de arte, Estátuas deformes de los primeros siglos de la Era vulgar, graciosos Bajo-relieves paganos, Frescos de la Edad Media, Urnas cinerarias. — Sobre algunas losas estaba grabado el instrumento que simbolizaba el oficio ó profesion que habian ejercido los séres allí enterrados; ora un cincel, ora una esteva, ora una espada, ora unas tenazas, ora un martillo...

El Fraile (que iba delante de mí y á gran distancia) se paraba de tiempo en tiempo y me señalaba el lugar en que habia sufrido el martirio tal ó cual Papa ó tal ó cual Santo; ó me mostraba un sepulcro vacío... Y nos santiguábamos, y seguíamos; y el Religioso desaparecia por aquellas misteriosas revueltas, y yo me perdia á cada momento, y lo llamaba angustiado; y él se detenia, hasta que me dejaba ver á lo léjos el resplandor de su vela.

Así caminamos tres horas en todas direcciones, sin pasar dos veces por un mismo sitio. Llegué por último á una plazoleta, donde habia una Capillita, cerca de la cual se habia sentado el fraile.—Por todos lados se abrian nuevas galerías...

—Esto no tiene fin (me dijo mi piadoso cicerone). Cuando usted quiera, saldremos.

—¿Y por dónde?

—Usted saldrá por una escalera que hay cerca de aquí, y se encontrará próximo á una Puerta de *Roma*. Yo volveré sobre mis pasos hasta llegar la Iglesia.

Antes de separarme del Religioso, hablé largamente con él acerca de las *Catacumbas*, y supe que está ya probado, con irrecusables testimonios, que no fueron escavadas por los primeros cristianos, como han supuesto algunos autores. Las *Catacumbas* son las canteras de donde se estuvo sacando piedra y arena durante diez siglos para la edificacion de *Roma*.— Así consta de poetas é historiadores anteriores á Jesucristo. — Lo que aconteció luégo fué que los Cristianos, perseguidos por los Emperadores, se refugiaron en aquellos subterráneos, los pusieron en comunicacion entre sí, los ensancharon en ciertos parajes, é hicieron de ellos su vivienda y su cementerio.

Todavía no se han descubierto todas las *Catacumbas*, que, al decir de los arqueólogos, sumaban una longitud de trescientas leguas (¡tan complicadas y revueltas son sus calles!) ¡y seis millones de Sepulcros!—Los Emperadores, en su ódio á los sectarios de la nueva Ley, cegaron ó tapiaron algunas galerías, dejando enterrados vivos dentro de ellas á millares de cristianos, que murieron allí de hambre; y otras veces ocurrió que anduvieron persiguiéndolos muchos dias por debajo de *Roma*, sin poder dar con ellos, pues se pasaban de un laberinto á otro, obstruyendo las galerías que dejaban á la espalda.—Por todo ello se les conocia con el nombre de *lucifuga natio* (gente que huye de la luz).

Despues de los Antoninos abolióse en *Roma* la costumbre de quemar los cadáveres y de guardar las cenizas de la manera que hemos visto en

los *Columbarios*, adoptándose la inhumacion al uso de los Cristianos. Entonces las *Catacumbas* empezaron á ser el Cementerio general de Roma, al par que el asilo de los fieles.—Así se comprende que anden tan revueltas en aquellas oscuras galerías las sepulturas gentiles y las cristianas, hasta el punto que en una misma losa se lee por un lado el epitafio de un romano, adorador de Júpiter, con su leyenda: *Diis manibus*, y por el lado opuesto, el epitafio de un amante de Jesús.

Por lo demás, considero innecesario referir las emociones que han agitado mi alma en aquel lugar sacrosanto.—Allí nació la Iglesia: aquellas Tumbas son el cimiento del vasto Edificio que hoy cubre todo el universo. Allí estuvo enterrada la semilla del Catolicismo. Allí fué minado por su base el mundo pagano. De allí salió la nueva, la única, la verdadera civilizacion. ¡Allí veia el alma las primeras ceremonias de nuestra Fé! ¡Allí las predicaciones á los neófitos! ¡Allí la eleccion de los Papas! ¡Allí el martirio y la canonizacion de los Confesores! ¡Allí la tumba de los Santos! ¡Allí las cenizas de aquel caritativo Ejército que, armado de la paz, luchó con el formidable Imperio, hundió los altares de la Gentilidad, venció con su constancia á los más fieros Tiranos y acabó por salir de la tierra y enseñorearse de los alcázares y de los templos de la Ciudad Reina del orbe, que los habia estado agobiando tantos años bajo su ominosa pesadumbre!—La Basílica de San Pedro, el Vaticano, el Sumo Pontífice en la plenitud de su doble magestad, la grandiosa ceremonia que habia presenciado el dia de Pascua; todo aquel poder, toda la autoridad triunfante que domina hoy sobre Roma, habian salido de aquellas cavernas.—Lo esperaron los cristianos; lo anunciaron desde el primer dia, y lo consiguieron al fin. ¡Y la Cruz, labrada penosamente en las lóbregas entrañas de la tierra, regada con sudor, con lágrimas y con sangre, se levanta hoy sobre las siete colinas de Roma, sobre todos sus Templos, sobre todos sus Obeliscos, sobre todas sus Columnas, sobre cuatrocientas Iglesias, sobre el altivo Capitolio!

. . . .

Cuando salí de las *Catacumbas* é hirió mis ojos la luz del cielo, y me encontré solo en medio del campo, y miré en torno mio, y no ví más que la superficie de la tierra, muda, insensible, indiferente..., me pareció que habia soñado con aquel mundo subterráneo, con aquella ciudad fúnebre, con aquel tenebroso, inconmensurable templo.

Al dia siguiente de esta excursion, emprendí otras mucho más largas (como que empleé en ellas dos dias) á *Tívoli* y *Albano*, pueblecitos preciosos, situados casi á igual distancia de *Roma* (cuatro ó cinco leguas), pero en opuesta direccion, y á la falda de los montes que limitan al Sur y al Este la campiña romana.

Los dos son muy interesantes bajo el punto de vista histórico, por los monumentos y ruinas que encierran y por su pintoresca situacion.

Para ir á *Albano*, se pasa por entre los escombros de la antigua ciudad

de *Bovilia*, por mil otros restos de Quintas y de Acueductos, por Tumbas solitarias y por grandiosas ruinas de colosales Mausoleos.

Albano, situado á mucha altura sobre la campiña romana, oreado por saludables brisas, con su abundante vegetacion, sus monumentos antiguos y su gracioso Lago, es, como *Frascati*, uno de los refugios de la aristocracia de *Roma* durante los calores del estío, y goza de gran celebridad en toda Italia por la hermosura de sus mujeres, aumentada, ó más bien puesta de relieve, merced á su elegantísimo traje, que se compone de saya encarnada, corpiño negro, toca blanca y una exorbitante profusion de zarcillos, collares y sortijas.

Nota: De *Albano* son la mayor parte de los *modelos* que han servido en todos tiempos á los pintores y escultores de *Roma*.—No es, pues, extraño encontrar en aquellas campesinas los nobles rostros de las Estátuas más famosas ó de las *Madonnas* más celebradas.—Yo habia reparado ya en esto al ver en los *estudios* de mis amigos á varias albanesas de las que, por *escudo* y *medio*, pasan todo el dia mostrando los tesoros de su hermosura á los ávidos ojos de los artistas, mal envueltas, ora en el manto, ora en la clámide, ora en la túnica nazarena, cuando no desnudas como Psiquis y Venus, colocadas siempre en interesantes actitudes, ya tendidas en divanes de terciopelo negro, ya abrazadas á la Cruz como la Magdalena, ya erguidas como cariátides, ya reclinadas en la lira ó en la esfera, para representar á Safo ó á la musa Urania.

Tivoli no es menos delicioso que Albano, y lo sobrepuja en importancia artística é histórica. *Tivoli* era el Versalles de los antiguos romanos, donde todos los hombres ilustres iban á descansar de las luchas civiles en el seno de los placeres.

Antes de llegar á aquella otra *Capua*, se encuentra la *Villa de Adriano*, en la cual este emperador habia tratado de reproducir todos los monumentos que habia admirado en sus largos viajes, y sobre todo en Grecia, levantando en medio de ellos un magnífico Palacio.—De todo esto sólo quedan los cimientos y algunas preciosidades que aparecen de vez en cuando á fuerza de tenaces escavaciones.—El bárbaro Totila fue el encargado de destruir aquellas maravillas, con cuyos mármoles destrozados hicieron despues cal los albañiles de la Edad Media.

En *Tivoli* se conservan muchas señales de las *villas* de Salustio, Horacio, Propercio y Catulo.—Allí se admira aún, bien que ruinoso, el célebre *Templo de la Sibila*.—Allí se ve la extensa planta de la *Villa de Mecenas*, en la que todavía quedan de pie arcos y columnas de una belleza imponente.—Allí, por último, conmueve fuertemente el corazon de todos los amantes de las Letras la *Casa de la Sabina de Horacio*, enclavada ya en los Montes de la Sabinnia, y de la que sólo queda el sitio, demarcado por los nombres de algunos parajes que el poeta cita frecuentemente en sus inmortales obras.

Nada diré de las muchas y muy notables *Quintas* modernas que ha levantado la aristocracia de la Roma papal sobre las venerables ruinas

mencionadas. *Tivoli* (baste saber esto) sigue siendo una mansion de delicias; como los patricios romanos son todavía muy semejantes á los satirizados por Luciano y Juvenal.

. . . .

Tambien he estado en *Frascati*, á donde se va en camino de hierro. Allí he visto muchas *villas* lujosísimas, donde veranea la aristocracia clerical de *Roma*, mientras el Papa reside en su casa de campo de *Castel-Gandolfo*, que he distinguido á lo lejos, en la márgen occidental del *Lago de Albano*.

Cerca de *Frascati* se hallan las Ruinas de *Túsculo*, antiquísima ciudad, arrasada por los romanos en el siglo XII.—Caton era natural de *Túsculo*.—Allí tenia tambien Ciceron su Casa de campo favorita.—Hoy sólo hay que admirar en aquellos lugares, aparte de los escombros, un Convento de Camaldulenses y las hermosas vistas que desde él se disfrutan.

De vuelta en *Roma*, he pasado todos estos últimos dias visitando Iglesias y Palacios.

En cuanto á las *Iglesias*, no mencionaré sino aquellas en que he admirado obras de arte notabilísimas.—Citarlas todas fuera imposible.—Roma encierra cerca de cuatrocientas.

La primera que acude á mi imaginacion es *San Juan de Letran*, silla del Patriarcado romano, de la cual se ha dicho que «si el Papa es en *San Pedro* el soberano Pontífice, en *San Juan de Letran* es el Obispo de Roma.»—Y, en efecto, los papas, despues de su eleccion, vienen á esta ilustre Basílica á tomar posesion del Obispado de la Ciudad Eterna.

San Juan de Letran fue construido por Constantino, cuya *Estátua colosal* adorna el fondo del Pórtico. El Templo ha sido restaurado muchas veces; pero siempre conservando en lo posible la edificacion antigua, á tal punto, que las primitivas columnas están como incrustadas en los macizos pilares levantados en tiempo de Inocencio X.

En la Plaza que lleva el nombre de la Basílica, se ve el más grande *Obelisco* de Roma, procedente de Heliópolis, y trasportado aquí por órden de Constancio en un barco de 300 remeros.

En la fachada principal del Templo se lee la famosa inscripcion: SACROSANTA LATERANENSIS ECCLESIA: OMNIUM URBIS ET ORBIS ECCLESIRRUM MATER ET CAPUT. (Sacrosanta Iglesia de Letran, madre y cabeza de todas las iglesias de la Ciudad y del Mundo.)

La situacion de *San Juan de Letran*, en un extremo deshabitado de *Roma*, cerca de las murallas, y en una altura que domina las Montañas de la Sabina y del Lacio, los viejos Acueductos y la extensa campiña romana, contribuye á darle magestad y belleza á aquel insigne monumento del Pontificado.

Como arquitectura, la Iglesia es más notable por su grandor que por su grandeza, y más por su lujo que por su primor artístico; pero, con todo, sorprende y hasta impone al primer golpe de vista, especialmente

cuando se penetra en el interior y se ven de pronto sus cinco espaciosas naves y los diez gigantescos Arcos que dan entrada á las Capillas.

Sobre uno de los pilares se halla una *Pintura* de Giotto, que representa á Bonifacio VIII proclamando desde lo alto del balcon de San Juan de Letran el Jubileo de 1300.—El grande artista retrató entre la muchedumbre á su insigne amigo el Autor de la *Divina Comedia*

Al Norte de la Iglesia, y ya sobre la *Plaza de San Juan*, se encuentra la famosísima *Scala Santa*, que ningun cristiano que visita á Roma deja de subir de rodillas, por creerse tradicionalmente que sus veinte y ocho peldaños de mármol blanco pertenecieron á la escalera del Palacio de Pilatos en Jerusalen.—Una vez arriba, se baja, en la forma ordinaria, por cualquiera de las cuatro escaleras laterales que se apoyan en aquel venerable monumento.

Yo hice lo que todos.—Dios me lo tome en cuenta.

Tambien merece especial mencion entre las Iglesias de Roma, la nueva *Basilica de San Pablo*, inaugurada por Pio IX, en 1847, sobre el lugar que ocupaba otra fundada por Constantino y devorada por un incendio en 1823.—La *Basilica de San Pablo*, situada en las afueras de la Ciudad, es indudablemente asombrosa por sus proporciones, por el lujo de sus mármoles, por sus columnas gigantescas de una sola pieza y por otras circunstancias; pero, á mi juicio y en opinion de la generalidad de los viajeros, carece de armonía, de expresion, de belleza.

Recuerdo asímismo á *Santa Croce in Jerusalemme*, erigida por Santa Elena, ¡por la madre de Constantino!...—En esta insigne Iglesia he visto muchas y muy curiosas Reliquias.—Bien que, en punto á Reliquias, *Roma* no tiene igual. Yo he visto estos dias la *Vara de Moisés*, que se conserva en San Juan de Letran; la *Cabellera de Jesucristo*, que se enseña en *Santa María la Mayor*; las *Mantillas* del niño Jesus y su *Retrato*, hecho á los doce años; varios *Retratos de Virgen pintados por San Lucas*; la *Mesa en que cenó Cristo con los Apóstoles;* la *Piedra en que los soldados jugaron los vestidos del Salvador*, y, finalmente, la *Tablilla* que colocó Pilatos sobre la Cruz, y en la cual se lee todavía (yo lo he leido): *Jesus Nazarenus, rex judœorum.*

A este tenor hay en los templos de Roma centenares de miles de Reliquias...—Hablemos, pues, de otras cosas.

En *San Agostino*, Iglesia célebre por la mucha devocion que inspira una *Madonna* de Sansovino que se venera allí, y por los millares de ofrendas ó *ex-votos* de plata y oro y pedrería que revisten su Santuario, he visto el famoso *Isaias* de Rafael, pintado al fresco en el estilo de Miguel Angel.

En *San Gregorio* merecen especial mencion dos frescos ejecutados en competencia por Guido Reni y el Dominiquino, que representan la *Adoracion de la Cruz por San Andrés*, y la *Flagelacion* del mismo Santo.

En *Santa María della Pace*, hay otra creacion notable de Rafael,

Las Sibilas, tambien en el estilo de Miguel Angel; pero muy superior, en concepto de los críticos, á las obras de este último artista.

En cambio, en *San Pietro in Vinculi*, luce el inmortal Buonaroti todo su ingenio con su justamente renombrado *Moisés*.—¿Quién no ha oido hablar de esta grandiosa Estátua? ¿Quién no la ha visto mil veces, copiada por el grabado ó la fotografía?—Yo no diré más sino que, mirando á aquel gigante de mármol, he recordado con toda su viveza la impresion de respeto, de veneracion y de susto con que leí por primera vez el Pentateuco.—El *Moisés* de Miguel Angel es á un mismo tiempo el valeroso caudillo del pueblo de Israel, el gran Legislador hebreo y el Sumo Sacerdote que sintió pavor en el Sinaí...—¡Cuánta grandeza, cuánta inspiracion en aquella colosal figura!

Aun despues de conocer estas maravillas, he ido una vez y otra á *Santa Trinita de Monti* á contemplar extasiado el *Descendimiento de la Cruz*, cuadro de grandes dimensiones, dibujado por Miguel Angel y pintado por Daniel Volterra, de cuya obra han dicho muchos artistas que es la más bella del Renacimiento, sin excluir la celebérrima *Transfiguracion* de Rafael.—Yo no he visto todavía la *Transfiguracion*; pero mañana la veré, si Dios quiere.

Los *Palacios* particulares de Roma no brillan por su mérito arquitectónico, si se esceptúan el de *Venecia* (construido por la antigua Señoría y residencia hoy del Embajador de Austria), notable por su aspecto feudal, esencialmente florentino; el *Palacio Massimi*, de exquisito gusto, y el *Palacio Farnesio*, que pasa por el más acabado del Renacimiento.— Los restantes son grandes y hermosas casas de piedra, y nada más.—En cambio, encierran Cuadros y Estátuas de primer órden.

Prescindiendo ahora del *Vaticano*, en donde no he estado todavía (pues quiero entrar allí por primera vez cuando vaya á visitar al Papa), las obras que más me han sorprendido en los *Palacios* de *Roma* son las siguientes:

En la *Galería Barberine*, una *Fornarina* de Rafael, inferior á la que ya conocemos, y la célebre *Beatrice Cenci* de Guido Reni, admirable por su tierna expresion, en que se revela todo el negro destino de aquella hermosa cuanto infortunada niña.— Tambien debe visitarse la *Biblioteca* del Palacio, que consta de 50,000 volúmenes.

En la *Galería Borghese*, que se compone de doce Salas, y que es una de las más ricas de Roma, se admira una *Leda*, obra de un discípulo de Vinci;— un *César Borgia*, por Rafael;—algunos cuadros del divino pintor, repeticiones de otros que ya conocemos;—la famosa *Sibila de Cumas*, de Dominiquino, (artista que voy venerando cada vez más);—una *Danae* de Corregio;—la *Caza de Diana* (por el Dominiquino), cuya hermosura sorprende mucho en un pintor tan sobresaliente en los asuntos místicos;—y *El amor sagrado y el amor profano*, representados por dos mujeres hechiceras, sentadas al lado de una fuente, vestida la una con un magní-

fico traje, la otra completamente desnuda, y ambas, en mi concepto, de igual manera profanas ó mundanales, á tal punto que nadie adivina cuál sea el amor celeste y cuál el amor terreno.—Aquella obra, magistral á pesar de todo, es una de las glorias de Ticiano.

En la célebre *Farnesina* (antigua *Villa Chigi*), situada á la orilla derecha del Tiber y perteneciente hoy al defensor de Gaeta; en la misma *Farnesina* donde el banquero Chigi dió al papa Leon X aquel famoso banquete en que la vajilla (toda de oro y plata) se iba arrojando al rio segun servia (sin perjuicio de ser sacada á la noche siguiente, mediante una red tendida de antemano); en la *Farnesina*, digo, he contemplado con verdadero éxtasis los renombrados *Frescos* de Rafael, y, sobre todo, el nunca bien ponderado *Triunfo de Galatea*, uno de los primeros asombros del arte, en que no se sabe qué admirar más, si la hermosura humana de las figuras, ó la grandeza olímpica de la composicion.—Si en Roma pudiera detenerse uno largamente delante de alguna obra, cuando hay tantísimas de primer órden, describiria, con la dètencion que he empleado durante mi viaje en obras de menos mérito, todos los alardes de genio, de erudicion y de talento que ha hecho Rafael en la *Farnesina*. Sólo diré que, ó el pintor de Urbino habia visto, como creen algunos, Frescos y Bronces de la Antigüedad por el estilo de los que se descubrieron bajo escombros y cenizas algunos siglos despues, ó entre sus inspiraciones cristianas, que le hicieron entrever el Cielo tantas veces, tuvo un dia la inspiracion, la *intuicion* por mejor decir, de la belleza clásica, y se le revelaron todos los prodigios de ornamentacion del gusto pompeyano.

En la *Galería Campana* (que por cierto está de venta) son de admirar los *Vasos Etruscos* y los *Bronces griegos* que encierra.

En la *Galería Colonna* llaman más la atencion los *Paisajes* de Poussin y de Claudio de Lorena que las composiciones de Guido Reni y de Pablo el Veronés; pero no más que un *San Gerónimo* de nuestro Ribera.

En la *Galería Corsini* me enorgullecí mirando una *Virgen* de Murillo, digna ciertamente de nuestro gran pintor.—La *Biblioteca* de este Palacio, abierta al público, encierra 1,300 manuscritos y 60,000 volúmenes.

En la *Galería Doria Panfili* hay otra obra española de mayor mérito aún, y que eclipsa todas las demás que allí se encuentran.—Tal es un *Retrato de Inocencio XI*; de aquel severo Pontífice que empezó por soldado raso y acabó por tener en respeto á la Francia de Luis XIV. El retrato ocupa uno de los lados del hueco de un balcon, en una especie de gabinete ó tribuna, donde hay un divan dispuesto para que se admire con reposo aquella obra maestra de la pintura española.—Conoceis á Velazquez: sabeis que infundia vida al lienzo. — Imaginad, pues, á aquel gran Papa resucitado, con su carácter violento, con su férrea virtud, con su tremenda austeridad; tal como era, en fin, y tendreis idea de aquel cuadro, que en verdad, en verdad, causa miedo.

Por último, en la *Galería Farnesio* he visto los renombrados *Frescos* de Anibal Carracci, quien, ayudado de su hermano Agustin, del Domíni-

quino y de Guido Reni, dejó allí el más grande testimonio de su genio en varias escenas mitológicas que casi compiten con las que hemos admirado en la Farnesina.

Todas estas *Galerías* están abiertas al público ciertos y determinados dias, mediante una mezquina retribucion (cuatro ó seis reales) que hay que pagar á la puerta de cada una.— No es tal industria muy digna de príncipes romanos; pero, en cambio, les proporciona al año una renta de 8 ó 10,000 escudos.

Dejo indicado cuanto he visto durante la última semana; pero, por regla general, á la descripcion de esos portentos fáltale color y vida, asi como el acompañamiento de mil menudas circunstancias, en cuyo estudio se complace el observador y que forman lentamente sus opiniones y determinan sus afectos.—La entrada en cada Palacio y en cada Iglesia; las conversaciones con *ciceroni* y conserges; los encuentros con grandes señores en las escaleras de sus Palacios; el monólogo diario de la prensa pontificia; lo que siente y dice el público en los teatros; la cara con que el trasteverino mira al soldado francés; el desprecio de los franceses hácia los romanos; mis observaciones en las tiendas, en los mercados, en las oficinas de la policía (á donde tengo que ir de tiempo en tiempo á pagar un nuevo permiso para seguir permaneciendo en Roma), en las puertas de los templos, en los cafés y en los *restaurants*: mis diálogos con los cocheros; mi amistad con los Padres españoles de Monserrate; todas estas cosas y otras muchas más que han depositado en mi corazon y en mi cabeza un tesoro de impresiones, de ideas, de datos y hasta de secretos, deberian figurar en estos apuntes; pero fuera hacer mi trabajo interminable, sin contar con que yo respeto demasiado á *Roma* para meterme en honduras ni entrar en ciertos dibujos.

Viniendo, pues, al dia de hoy y á las escenas á que he asistido esta tarde y esta noche, fuerza es que os supongais conmigo en la Plaza de *Gesu*, á la que llegué por casualidad á eso de las cuatro, y donde una inmensa muchedumbre, dos apretadas filas de tropa que formaban calle desde la puerta de la *Iglesia de Jesus* hasta la Plaza de Venecia, las colgaduras que adornaban los balcónes y las elegantes damas asomadas á ellos, me indicaron desde luego que allí ocurria ó iba á ocurrir algo muy extraordinario.

Pronto me sacó de dudas una matrona romana, más ó ménos patricia, que defendia á sus dos hijos contra las oleadas populares, y á la cual le pregunté la razon de aquellos preparativos.

—Se espera al Padre Santo (me dijo), quien vendrá, como último dia de año que es hoy, y segun antigua costumbre, á cantar en la Iglesia de los padres Jesuitas un solemne *Te-Deum* en accion de gracias por la feliz terminacion de 1860.

Las filas de tropa que formaban la susodicha calle pertenecian á la guarnicion francesa, y además se veian entre la multitud infinidad de sol-

dados franceses sin fusil, que aprovechaban sus horas de huelga en ver una vez más al Papa.

Los galos de la formacion, ó sea los galos armados, daban fuertes culatazos á los descendientes de Bruto, cada vez que se conturbaba aquel mar humano; y los galos inermes insultaban y atropellaban al pueblo hasta que conseguian apoderarse de los primeros puestos, quitándoselos á los que, por haber llegado antes, los ocupaban legítimamente.—Los pobres romanos sufrian tanto vejámen sin murmurar.

Sabido me tenia yo que no hay nada tan despreciable á los ojos de un soldado francés como un ciudadano romano; pero, si no lo hubiese sabido, me habrian convencido de ello aquel repugnante espectáculo y el siguiente lance que ocurrió muy cerca de mí:

Un sargento, de aire insolente, condecorado con las medallas de Crimea y de Italia, se encontró mal en segunda fila, á donde habia llegado á fuerza de puños y miradas amenazadoras, y, apartando entonces desenfadadamente al último que le estorbaba, pasó sin mirarlo y se plantó delante de él.

El despojado no se alteró; cogió al francés por un brazo, y lo colocó á su espalda.

—¡Caballero! exclamó el sargento, echando fuego por los ojos.

—¿Que hay? respondió el otro en mal francés.

—¡Me ha quitado usted la primera fila?

—No, señor. Usted es el que me la habia quitado á mí.

—Bien; ¡pero yo soy francés!—gritó con énfasis el militar.

—Y yo soy español,—replicó tranquilamente el paisano.

Aquí hubo un momento de silencio, en que ambos interlocutores cruzaron una mirada por primera vez.

—Perdon, caballero (dijo el sargento, haciéndose atrás). *Yo crei que era usted italiano.*

El español se encogió de hombros; miró con lástima á los romanos que habian oido impasibles tamaño insulto, y, como si le hiciera daño aquella atmósfera de bajeza, se alejó y colocóse en otro lugar.

. . . .

En esto la ansiosa agitacion de la muchedumbre anunció la llegada de algun personaje ilustre; quizás la del mismo Papa.

Hasta entonces sólo habian pasado por entre las filas de bayonetas diez ó doce Cardenales en sus grandes coches, cuyos lacayos iban provistos, ó por mejor decir, llevaban á la mano unos gigantescos paraguas rojos, no porque amenazase lluvia, sino porque los tales paraguas, que me atreveré á calificar de monumentales, forman parte del adorno de los carruajes de los Príncipes de la Iglesia.

El pueblo habia ido nombrando á los *monsignores* uno por uno, con marcadas muestras de temor y veneracion.

La persona que entonces llegaba, era la Reina Cristina, acompañada de su familia y de su servidumbre.

Por cierto que un soldado francés le preguntó á otro:

—Dime: ¿Cómo es que está aquí la Reina de España?

—Porque ahora hay allí República, respondió el interpelado sin vacilar.

Despues de la Reina Cristina, llegaron á *Jesus* la Reina Madre de Nápoles, los Hermanos de Francisco II y muchas otras personas principales de las que ví en *San Pedro* el dia de Pascua.

Por último, notóse más viva agitacion en la multitud; escucháronse gritos á lo lejos; agolpóse mucha gente á los balcones; agitaron las damas sus pañuelos; sonaron las bandas militares; presentó la tropa las armas; abriéronse las puertas del Templo; salió de él una gran comitiva, que se formó en el atrio para recibir al Padre Santo; oyéronse los vivas más cerca; descubrióse la muchedumbre que inundaba la Plaza; arrodillóse mucha gente; empezaron á aparecer carruajes pontificios, de los que se fué apeando la alta servidumbre del Papa; hasta que por último apareció el coche en que venia Pio IX.

Los vivas y los aplausos atronaron el aire. Por todas partes no se veia más que pañuelos flotantes y sombreros levantados por alto... Y la música tocaba una marcha magestuosa, y el coche adelantaba lentamente, y dentro de él veia yo ya al Sumo Pontífice, vestido sencillamente, con hábitos blancos y sombrero pastoral del mismo color.

A pesar de este traje y de las bendiciones con que contestaba á los saludos del pueblo, ni por un momento consideré hoy á Pio IX por el prisma de su potestad eterna. Y era que me acordaba de cuando lo vi en *San Pedro* con todo el aparato del Gran Sacerdote. Hoy la escena era muy distinta: en lugar de las andas, el carruaje; en vez de las trompetas místicas, la banda militar; donde entonces un ejército de Obispos, ahora la fuerza armada; ayer oraciones y golpes de pecho; hoy vítores y palmadas...—No: esta tarde no veia al Pontífice; veia al Rey.

—¡Viva el *Pontífice-rey*! gritaba al mismo tiempo la turba, como respondiendo á mis ideas.

Y no hubo más: el Papa se apeó y penetró en la Iglesia: la multitud se apiñó en su seguimiento, atropellando á su vez á la tropa: yo consideré imposible abrirme paso hasta la puerta del Templo, y, como empezase á anochecer y me esperaran en otra parte, me dirigí hácia el *Corso* por la Plaza de Venecia, dándole vueltas en mi imaginacion á todo lo que acababa de observar.

. . . .

Finalmente, esta noche, á eso de las once, la tertulia española del *Café Grecco* se ha reunido á cenar en la famosa *Trattoria de Lepre*.—Caballero y yo habíamos sido invitados.—Se trataba de despedir el año de 1860 y saludar el de 1861.

Allí estaban todos los artistas y viajeros que te nombré el otro dia. Afectuosos brindis se han cruzado de un extremo á otro de la mesa, siendo el primero de todos, y el más aplaudido, uno concebido en estos sencillos términos:

—¡*A nuestra querida España*!

Cuando dieron las doce de la noche, todos nos pusimos de pie.

—¡Año nuevo! (exclamamos, levantando las copas). ¡A la salud de nuestras familias!

Habia allí jóvenes que están ausentes de la patria hace tres y cuatro años. La emocion era inmensa: la solemnidad gozosa de aquel momento presentaba intervalos de infinita tristeza, de silenciosa melancolía...

—¡Por el Arte! ¡Por el logro de nuestras esperanzas! exclamaban los desterrados.

¡Por el Arte!—¡El Arte era su verdugo y su consuelo; su faena y su descanso; su cruz y su alegría!...

Algunos momentos despues nos despedíamos y separábamos en la *Via Condotti* con no sé qué afectuosa seriedad, presagio de una noche de amargas cavilaciones, diciéndonos, no muy confiadamente por cierto:

—¡Buen año! ¡Feliz año! ¡Muchos años!

¡Los años!...—Yo dejo aquí la pluma para pensar en ellos, en tanto que acaba de amanecer el primer dia de 1861.

IX.

VISITA AL PAPA.

Roma 2 de enero de 1861.

Quien quisiere formarse idea de lo que yo habré pensado y sentido esta mañana al despertar, al vestirme y al emprender el camino del *Vaticano*, acuérdese de las emociones que lo agitaron cada vez que salió de su casa para ir á confesar.

Igual temor, igual respeto, igual recogimiento. No pensaba; sentia. Todo lo que habia meditado y leido en mi corta vida, se me habia olvidado como por encanto. Era otra vez niño. Experimentaba con una viveza indefinible las mismas sensaciones que agitaban mi alma cuando todo era maravilloso para mí sobre la tierra. Habia soñado; habia delirado; y despertaba de pronto en el umbral del templo en que recibí el agua del Bautismo; y me encontraba con mi corazon de entonces; y lo reconocia como se reconoce á un hermano que ha viajado largo tiempo; y veia abrirse ante mis ojos los dos simbólicos caminos, de los cuales el uno conduce á la salvacion y el otro á la perdicion eterna.

Tal es el hombre. Edificad quiméricos alcázares sobre el cimiento enterrado en su corazon por sus padres y maestros... Llegará un dia de prueba—el dia del dolor, el dia de la felicidad ó el dia de la muerte,—y se hundirán los fantásticos edificios, y encontrareis inmóviles en su asiento las primeras creencias de la infancia.

En tal disposicion de espíritu, yo no consideraba esta mañana más que una cosa; que iba á cruzar mi palabra pecadora con la que abre ó cierra

las puertas del Cielo, con la Palabra que castiga ó perdona, que ata ó desata, que excomulga ó dispensa, que condena ó redime...

Y, como soy malo, tenia miedo.

A medida que avanzaba hácia el *Vaticano*, nublábanse más y más mi entendimiento y mi memoria, y relucia con mayor brillo en mi corazon aquella Potestad suprema á cuyos pies iba á arrojarme.

Pensad—vuelvo á deciros—en lo que experimentais al ir á confesar.

Yo no iba á confesarme con el Papa: iba á cumplir un deber de cristiano peregrino. Tampoco me movia la curiosidad: movíame la ardiente sed de lo infinito, de lo eterno, de lo absoluto, que nos lleva á todos á tantas otras cosas.—Además, tenia que pedirle á S. S. que bendijese un rosario destinado á mi madre y que le aplicase la Indulgencia Plenaria para la hora de la muerte.

Y ahora me ocurre una consideracion muy luminosa en que no me he fijado en todo el dia. Yo no iba solo, ó por mi solo, al *Vaticano*: yo no podia disponer de mí mismo: yo tenia que pensar y sentir, sumándome con toda mi familia. Obraba en su nombre; estaba obligado á darle cuenta de mis actos; debia resumir y personificar sus afectos.

Perdóneseme este cruel análisis, y no se vea en él la última llamarada de mi soberbia. Ved lo que hay: buena voluntad en las intenciones, y sinceridad en las palabras.—He creido deber contarlo todo, y asi lo he hecho.—Ahora continúo.

Llegado á la *Plaza de San Pedro*, penetré bajo la columnata circular de la izquierda, al fin de la cual empieza una extensa Galería, que termina en la magnífica *Scala regia*, decorada por Bernini con vistosísimas columnas.

Estaba en el *Vaticano*.

Al pie de aquella Escalera, volví á ver á los suizos ó alabarderos del Papa, con su pintoresco traje de rayas amarillas, rojas y negras, inventado por Rafael.

Subí: al llegar al primer piso del Palacio, un Empleado lego se enteró del objeto que me llevaba, y me dijo que siguiese subiendo; *pues S. S. habitaba en el piso segundo.*

En el segundo piso la servidumbre era ya eclesiástica: á lo menos, vestia ropa talar de color morado. Mostré la comunicacion en que se me concedia la audiencia, y fui introducido en una vasta y no muy espléndida Antecámara, en la que me pidieron el sombrero y me dijeron que me quitase los guantes, haciéndome pasar en seguida á un gran Salon cuadrado, en el cual me dejaron solo, no sin advertirme que podia sentarme.

Aquel Salon era más suntuoso; pero todavía modesto. Adornábanlo un Trono, sobre cuyo dosel se veian bordadas la Tiara y las Armas pontificias; dos colosales braseros encendidos, en cuyas alambreras estaba mo-

delada tambien la Tiara; tres grandes consolas con relojes del gusto de Napoleon I, y alfombras, tapices y divanes encarnados.

De vez en cuando cruzaban por delante de mi algunos graves personajes, yendo y viniendo desde la puerta por donde yo habia entrado hasta otra que habia en el fondo del Salon, en el testero derecho.

Casi todos los que entraban ó salian vestian de morado con vivos rojos; algunos, de rojo solamente; muy pocos, de negro;—pero todos traje talar.

Eran Cardenales, Arzobispos, Obispos y otros altos Dignatarios de la Córte pontificia.

Varios de ellos iban acompañados de otros Sacerdotes, que llevaban grandes legajos.

Sin duda, eran los Ministros y sus Secretarios.

Cien veces me levanté para saludar á tan elevados personajes, y cien veces volví á sentarme y á quedar solo, entregado á mis pensamientos.

No es decible lo que revolví en mi cabeza de conjeturas, de reflexiones y de recuerdos durante la media hora que permanecí en aquel salon. La luz del sol que lo alumbraba, los muebles, las cortinas, el Trono (en que me senté furtivamente,—confieso mi pecado), el silencio que reinaba, los pasos que lo interrumpian á veces, las personas que iban y venian, es compás de los relojes, la presencia de mi familia en mi imaginacion; todal estas cosas y otras muchas daban pábulo á mis ideas y convirtieron en una eternidad aquellos treinta minutos de espera.

Al cabo de este tiempo salió de la habitacion de la derecha, donde yo suponia al Papa, un sacerdote, vestido de morado como toda la servidumbre pontificia, y se dirigió á mí; me preguntó mi nombre; consultó un papel; me dijo que esperase otro poco, y se volvió á marchar por donde habia venido.

Desde entonces temblé, no sé si de temor ó de impaciencia, si de respeto ó de efusion cariñosa.—Ya no podia retroceder. El Papa sabia que estaba yo allí.—Algo semejante á lo que sentí en aquel momento experimentarán los mortales el Dia del Juicio al verse llamados nominalmente á la presencia de Dios.

Poco rato despues volvió el sacerdote, y me dijo que lo siguiera.

Asi lo hice, y entramos por la puerta en que desde luégo me habia fijado.

Ya estaba tranquilo; pero en cambio habia dejado de pensar hasta tal punto, que no se me ocurria una sola palabra que decir al Padre Santo.

Por fortuna, el sacerdote me dijo:

—Si trae usted algun objeto para que lo bendiga S. S., llévelo usted en la mano.

Yo saqué el rosario destinado á mi madre.

La habitacion en que habíamos penetrado era cuadrilonga, más pequeña que la anterior y de aspecto un poco más suntuoso.

Al extremo de ella habia diez ó doce Sacerdotes, Obispos en su mayor parte, y dos Cardenales de avanzada edad.

Todos conferenciaban de pie, en voz sumamente baja, formando un solo grupo cerca de una mampara de damasco encarnado, medio cubierta por una cortina de terciopelo carmesí.

En la cortina y en la mampara relucian las Armas de la Iglesia.

Todo esto lo ví de una ojeada, adivinando desde luégo que por aquella mampara se entraba al despacho de Pio IX.

Mi guia no se detuvo, y yo continué marchando en su seguimiento.

La Córte pontificia se abrió ceremoniosamente en dos filas; como defiriendo á la honra que iba á caberme de hablar con el Vicario de Jesucristo.

Yo pasé por entre aquellos poderosos señores, tan turbado y confundido, que me parecia que no tocaba con los pies en la tierra.—(Mirad si hago sacrificios de vanidad; mirad si soy explícito y sincero, con tal de que conozcais los más nímios pormenores de tan importante visita.)

Llegábamos á la mampara.—Una vez allí, un familiar levantó la cortina; otro abrió la puerta; y el sacerdote que me habia guiado, me hizo un profundo saludo; indicóme con un ademan que entrara solo, y añadió estas sencillas palabras:

—Ahí está Su Santidad.

Con lo cual cerró la puerta detrás de mí, y yo me encontré en una pequeña, triste y modestísima estancia.

En frente de la puerta por donde habia entrado (al lado de la cual permanecí dos segundos inmóvil é indeciso) se veia otra mampara abierta de par en par, que daba á un alegre aposento bañado por el sol...

—«Allí será» pensé; y dí un paso en aquella direccion.

Pero en esto oí á mi derecha, y ya detrás de mí, una voz apacible que decia:

—*Benedicat te Dominus...*

Me volví sobresaltado.

El Papa se hallaba en la misma habitacion donde yo me creia solo.

No lo habia visto, en medio de mi confusion, porque Su Santidad estaba sentado delante de un bufete, dando la espalda á la misma pared donde se hallaba la puerta por donde yo había entrado.

Me arrodillé, segun el ceremonial que me habian prescrito, y Pio IX repitió dulcemente su Bendicion, bendiciéndome tambien con la mano.

Hice la segunda y la tercera genuflexion, acercándome á S. S.; y ya me disponia á besarle la sandalia, cuando sonrió levemente, con una afabilidad exquisita, é, interponiendo su mano derecha, dióme á entender que se la besara en lugar del pié, y que me levantase.

Obedecí.

Pio IX estaba sentado, como he dicho, detrás de un bufete, sobre el



PIO IX.

que se veia un gran Crucifijo de ébano y plata, una escribanía, un Breviario, y algunos papeles.

Cuando entré, S. S. leia un libro en rústica de aspecto moderno, cuyas hojas iba abriendo ó cortando con una plegadera de marfil, la cual soltó para alargarme la mano, volviendo á cogerla en seguida con un movimiento maquinal.

Yo esperaba á que me hablase, para atreverme á fijar los ojos en su rostro. Entre tanto, reparaba, de un modo vago y pueril, en el solideo blanco del Santo Padre, en su muceta y su capisayo, blancos tambien, en sus hermosas manos y (¡cosa rara..., que demuestra mi afan de encontrar al hombre al través del Pontífice!) en que el cuello de la muceta estaba un poco desaseado, de ludir con los sedosos cabellos blancos de S. S.

El conjunto de aquella figura, su albo ropaje talar, la mansedumbre de su actitud, su aire tranquilo, natural y franco, la modestia de la habitacion..., todo respiraba paz, humildad y ternura.

Mientras yo observaba y discurria estas cosas, apenas habrian pasado ocho segundos, durante los cuales S. S. miró un papel, que sin duda era la peticion de aquella audiencia; peticion hecha por la Embajada, y cuyos términos yo no conocia.

—Usted es español (dijo al fin el Papa en castellano, no sin grande sorpresa mia). Yo quiero mucho á los españoles, y todavía recuerdo, como usted ve, aquella hermosa lengua que aprendí hace tantos años. Yo he estado en España.

S. S. hablaba el castellano con una correccion admirable, sin acento alguno extranjero; pronunciaba las *eses* como los valencianos, y su voz era dulce, reposada y sonora.

Yo sentia renacer mi tranquilidad.

—¿De qué parte de España es usted? me preguntó en seguida.

Y cuando le hube contestado:

—¡Granada! (repitió el Pontífice). Hoy hace años que entraron en ella los Reyes Católicos.—¡Guadix! catedral insigne..., Silla de San Torcuato, —Yo amo mncho al Obispo de Guadix... Cuando vaya usted á verlo, déle muchas expresiones mias.

Este lenguaje, sencillo y cariñoso, me animó de tal manera, que ya no podia darme cuenta de la emocion con que habia llegado hasta allí.. Me parecia que toda mi vida habia estado oyendo al Papa. Asi es que me permití mirarlo y estudiar su fisonomía con una atencion que no podia pasar por irrespetuosa, dado que mis palabras demostraban claramente veneracion, afecto y gratitud.

Pio IX tiene sesenta y nueve años: es alto y fuerte: su apostura revela á un mismo tiempo cierta marcial franqueza y una infinita humildad apostólica. En su semblante, verdaderamente hermoso, resplandecen la serenidad y la alegría. A la viveza de sus ojos se contrapone la pacífica bondad de su boca, que no cesa de sonreir. A pesar de su avanzada edad, brilla en su frente un destello de juventud, y, segun pude ver más ade-

lante, este venerable anciano, de quien se ha dicho tantas veces que está vecino al sepulcro, conserva la agilidad y el fuego de sus mejores años.

Media hora duró la audiencia. Acaso podria referir palabra por palabra todas las que me dirigió S. S.; pero no debo correr el riesgo de poner en sus labios alguna que no pronunciara.

Daré, sí, cumplida cuenta del giro de la conversacion.

Preguntóme el Padre Santo si habia pasado por la «*Alta Italia*» para venir á Roma.

Esta pregunta me turbó un poco. En la *Alta Italia* está comprendido el *Piamonte*, el Reino de su enemigo, el territorio excomulgado...

Contesté que sí; y S. S., comprendiendo mi turbacion, atenuó el interés del asunto, tratando de deducir de mi respuesta todo mi itinerario desde que salí de España.

Con este motivo, se enteró del estado de los ferro-carriles españoles, confundiendo á veces la posicion respectiva de algunas de nuestras ciudades, á lo que yo rectificaba con la mayor franqueza y gran contentamiento suyo, haciéndole sonreir con sin igual dulzura.

Esta *falibilidad* del Sumo Pontífice tenia para mí un indecible encanto, y aumentaba la tierna confianza de una entrevista que yo me habia imaginado tan solemne y ceremoniosa.

Del estado de los caminos de hierro pasó S. S. muy naturalmente al estado político de España, y manifestó su regocijo por la paz que reina en *aquel amado suelo* despues de tantas discordias.— Fueron sus palabras.

Una vez en este terreno, se lamentó de que la situacion de Italia no sea la misma; y, elevando el tono de la conversacion, pero siempre con angelical blandura, me dijo... lo que yo habia leido ya en muchas Encíclicas recientes: que S. S. no ha perdido ni un solo momento el valor y la esperanza: que cree seguro el triunfo de la Iglesia: que dá gracias á Dios por haber elegido su Pontificado para tan dura prueba: que su alegría aumenta á proporcion de las tribulaciones; y que pues yo, como escritor, dirijo mi voz al público (esto de *escritor* lo habria dicho la Embajada de España al pedir mi audiencia), no deje de participar á mis compatriotas la gratitud de la Santa Sede por la fidelidad de España y por los auxilios y pruebas de amor que recibe continuamente de ella, asegurándoles que nada hay que temer por la Navecilla de San Pedro, pues saldrá triunfante de la presente borrasca como ha salido de tantas otras.

Confieso que oí esta exhortacion con miedo y remordimiento. Pareciame que S. S. se dirigia á mí, á mi conciencia, á mi corazon, no tan confiado como el de S. S.—Aquellas palabras, estereotipadas en sus labios y en todos sus escritos, me parecian una reprension imaginada exprofeso para perseguir y disipar en el fondo de mi alma las últimas tinieblas, allíescondidas, ó para castigar la hipocresía de una duda vergonzante.—Si no hubiera temido fatigar su atencion, habríale dado cuenta de mis íntimos sentimientos, rogándole que los contrastase con los que aca-

baba de expresar, hasta hacerme patente la flaqueza menguada de los mios...

¡Oh! nadie ama su dolor! Yo hubiera querido..., tal vez yo *he debido* procurar salir de aquella estancia poseido del júbilo y el reposo que animaban al Padre comun de los fieles!—Pero, aunque hijo suyo, no me he atrevido á revelarle mis penas é inquietudes, ni á pedirle un remedio para ellas. ¡Son tantos los enfermos de tristeza que visitan al Padre Santo! Y lo que tantos no le piden, ¿habia de pedírselo yo, pobre de mí!—De manera alguna. Su tiempo no bastaria para todos, y yo no debia desear una excepcion en mi favor.—Llevaré mi cruz hasta lo alto del Calvario! (medité con amarga resignacion.)—¡Tal vez allí algun dolor supremo abrirá mi alma á la alegría!

Seria casualidad; pero en aquel momento parecióme intuicion milagrosa del Papa esta pregunta con que terminó su peroracion é interrumpió mis pensamientos:

—¿A qué ha venido usted á Roma? ¿Por devocion?

Creí que me preguntaba el primer pecado; que la Confesion principiaba...—No debia, pues, mentir: hubiera sido un sacrilegio.

—Por devocion cristiana, Santísimo Padre (contesté sin vacilar); y tambien por devocion artística. El arte es la mitad de mi existencia.

El Italiano agradeció aquí lo que pudo disgustar al Pontífice, y, cambiando de conversacion, habló con entusiasmo de los tesoros artísticos que encierra la Ciudad Eterna,—cocluyendo con estas frases:

—El *Vaticano*, la residencia de los Papas, es el primer Museo del mundo, sobre todo en Obras maestras de la Gentilidad. Todo lo que es hermoso, es bueno, por cuanto revela la grandeza de la creacion de Dios. Por eso hemos reunido en nuestro Palacio las maravillas de arte de Egipto, de Grecia y de Roma pagana, al lado de las pinturas de Rafael y de Miguel Angel.

Al llegar á este punto, presenté el rosario á S. S., quien lo bendijo, indicándome que le aplicaba la Indulgencia Plenaria para mi madre, con tal que lo estrechase contrita entre sus manos á la hora de la muerte.—¡Don precioso! Era como darme las llaves del Cielo para el ser que más amo en este mundo.

Luégo me preguntó S. S. si yo era casado, y—¿querreis creerlo?—por la primera vez de mi vida me ha parecido que hago mal en ser soltero, y hasta me ha costado cierto rubor el declararlo!

—¿Qué seria esto?—No sé.

A la verdad, el Matrimonio es un Sacramento...; pero no obligatorio... —¿Quién sabe?—En situaciones tan extremas como la en que yo me hallaba, se discurre con extraordinaria lucidez, con portentosa profundidad. Tal vez se me reveló en aquel instante todo el egoismo del célibe, que retarda el nacimiento de sus hijos; que rehuye los más graves y nobles cuidados de la existencia humana; que no fortifica los lazos de la sociedad con el nudo de una nueva familia; que no vincula el amor en

una sola mujer, segun quiere el cristianismo...—¿Quién sabe?... vuelvo á decir.

Por este camino, la conversacion (que yo cuidaba de no alargar; pues traíame inquieto el temor de abusar de la bondad infinita de Pio IX) se prolongó algunos minutos en el tono paternal que adoptó S. S. al principio, y tuve que enumerarle mi familia y darle nimios pormenores de ella, sorprendiéndome cada vez más el interés (no atencion, no indiferente cortesía) con que escuchaba mis palabras. ¡Parecia imposible que, en medio de tantos cuidados y tareas como le cercan, el Padre Santo redujese asi su espíritu y lo fijase tan completamente en mi mayor ó menor felicidad y en la manera de ser y de estar constituida una familia cristiana cualquiera de las miles de miles que componen su Imperio espiritual!

A tal punto llegó aquella situacion rarísima (que yo no acierto á explicarme sino como resultado de que S. S. se encontraba cuando yo entré en su despacho en uno de esos momentos de absoluta calma de la imaginacion en que nos solaza y recrea el tamo que bulle en un rayo de sol ó el afanoso trabajo de una hormiga); á tal punto, digo, llegó aquella singularísima escena, que, sin reparo alguno me atreví á pedirle á S. S. que me diese algun recuerdo material de aquella audiencia; lo que ménos le importase; lo que de nada le sirviese; un pliego de papel, una pluma...

—Algo mejor que eso voy á regalarle á usted, me dijo sonriéndose y levantnádose.

Aquí perdí todo mi valor, y hasta me horroricé de lo que habia dicho, de lo que habia hecho. ¡Molestar al papa! ¡Dar lugar á que dejase su sillon! ¡Obligarle á andar algunos pasos!...

Muchas veces le pedí perdon de mi audacia, y le supliqué que no se incomodase... Pero S. S. se reia, y marchaba por la estancia, diciéndome afablemente:

—Estoy bueno; ahora estoy muy bueno: dígaselo usted á su familia y á aquellos de sus amigos que bien me quieran...

Y, con paso firme, salió del despacho, penetrando en la otra habitacion en que daba el sol, y de que ya he hablado, cuya puerta estaba abierta de par en par.

Por aquella puerta seguia yo viendo á Pio IX, quien abria una papelera y me hablaba al mismo tiempo, aunque nos separaba una distancia de veinte pasos.

—Voy á darle á usted... (decia, interrumpiéndose á cada palabra, mientras buscaba lo que quiera que fuese en un cajon de la papelera); voy á darle á usted... una Medalla de las que acabo de hacer acuñar para los que han defendido en *Castelfidardo* la bandera de la Iglesia; pues, aunque usted no ha estado en Castelfidardo, estuvo en Africa, segun dice la solicitud de audiencia, y es lo mismo; porque al cabo todo cede en honra y gloria de nuestra santa Religion.

Yo escuchaba estas palabras y veia trabajar á S. S., medio orgulloso y medio arrepentido de lo que sucedia por mi culpa. Al fin volvió Pio IX

al despacho; dióme una medallita en que se veia la Efigie de la Purísima Concepcion y el busto de SS., y, poniéndome dulcemente la mano sobre un hombro, me dijo:

—Con que vaya usted con Dios: sea usted muy bueno, y dé usted memorias mias á sus padres y hermanos, con mi Bendicion Apostólica. Buen viaje; y mi Bendicion á todas horas y en todas partes. Sea usted muy feliz, como yo se lo pido á Dios.—Adios, hijo mio.

Me arrodillé por tres veces, retirándome de espaldas, como está prescrito por la etiqueta del Vaticano, y á cada genuflexion, S. S. sonreia cariñosamente, bendiciéndome, y repitiendo el más español de nuestros saludos:

—*Vaya usted con Dios.*

Salí de la estancia; crucé vacilante y desvanecido por enmedio de la Córte pontificia; recobré mi sombrero, mi abrigo y mis guantes, y bajé corriendo las escaleras del *Vaticano.*

Creo que huia del aparato real del Palacio; de la pompa temporal que hace temible á aquel humilde y bondadoso Sacerdote, cuyas palabras de amor resonaban en lo íntimo de mi pecho... ¿Qué sé yo?

Tambien podia ser la turbacion consiguiente á mi inesperada ventura, ó miedo á que se me distrajera del éxtasis en que me hallaba, lo que me hacia correr de aquel modo, y apartar la vista de cuanto no fuese el Padre Santo... de cuanto no fuese Pio IX...

¡No sé! Lo que puedo decir es que no paré hasta llegar á mi casa, y que, cuando me ví en ella, todo lo que acabo de referir me pareció un sueño, una ilusion de la voluntad, la deseada imágen que persigue la esperanza.

. . . .

X.

EL VATICANO.—MARAVILLAS DE ARTE DE LA ANTIGÜEDAD Y DEL RENACIMIENTO.

Roma 5 de enero.

Una hora despues me hallaba de vuelta en el *Vaticano.*

Iba á ver el *Palacio* con ojos de artista; á recorrer el *Museo* y la *Biblioteca*; á visitar el *Juicio final* de Miguel Angel; á admirar la *Trasfiguracion* de Rafael; á contemplar el grupo de *Laocoonte* y el *Apolo de Belvedere*, dos de las obras capitales de la Antigüedad.

Aquella visita, para la cual creí que tendria bastante tiempo con todo el resto de la tarde, ha durado cuatro dias; pues desde aquella mañana hasta hoy, puedo decir que no he hecho otra cosa que recorrer el *Vaticano.*

«El *Vaticano* (dice una *Guia*), Capitolio de la Roma moderna, no es tanto un Palacio como una reunion de Palacios irregulares, en que traba-

jaron los mas célebres arquitectos, Bramante, Rafael, Pirro Ligorio, Dominico Fontana, Carlos Maderne y Bernin. Tiene tres pisos, y encierra una infinidad de salas, galerías, capillas y corredores; una biblioteca, un museo inmenso y un jardin. Cuenta 20 patios, 8 grandes escaleras y 200 escaleras de servicio. Bonanni pretende que el Vaticano consta de 13,000 habitaciones, comprendidos los subterráneos. Pero á este vasto conjunto de edificios le falta una fachada exterior. Por el lado de su entrada, lo oculta y desfigura la columnáta de la Plaza de San Pedro.

»En las obras de Aulo Gelio se halla una etimología singular de la palabra *Vaticano*, que hace provenir de los oráculos (*vaticinia*) que, ya en su tiempo (dos siglos antes de Jesucristo), se pronunciaban en aquel lugar.—Ignórase la época de su fundacion: sábese solamente que lo habitó Carlo-Magno. En el siglo XII los papas vivian todavía en Letran, no habiéndose trasladado al Vaticano hasta que volvieron de Avignon. Juan XXIII puso en comunicacion el Palacio con el Castillo (de *Sant'Angelo*) por medio de una galería cubierta. Nicolás V lo rodeó de murallas. En el siglo XIV, Sixto IV hizo la Biblioteca y la Capilla Sixtina. Alejandro VI mandó construir el departamento que lleva el nombre de Borgia.»

Hasta aquí la *Guia* mencionada. Yo diré, por mi parte, que Inocencio VII, Julio II, Leon X, Pablo III, Sisto V, Clemente XI, Pio VI, Pio VII, Gregorio XVI y Pio IX han añadido el resto de lo que allí se vé.

No describiré, ni siquiera enumeraré, las diversas habitaciones de aquel inmenso edificio. Busquemos las obras de arte más notables que encierra, y para ello principiemos por cruzar la *Sala Regia*, cuyos frescos históricos son dignos de atencion, y penetremos en la célebre *Capilla Sixtina*.

En la *Capilla Sixtina*, donde se celebran, en presencia del Padre Santo, los oficios de Semana Santa, se halla el famosísimo *Juicio final* de Miguel Angel, inmensa pintura al fresco que llena la pared del fondo.

Esta obra ha sido juzgada por todo el mundo como superior á la crítica. Yo no he sabido qué admirar más en ella: si la grandeza del dibujo, si la gigante osadía que revela la disposicion de cada figura, si la composicion de uno y otro episodio, si la terrible animacion del conjunto ó si la vehemencia de los afectos expresados por cada fisonomía. En cuanto á la invencion, sabemos (y Miguel Angel lo confesaba) que sólo es una traduccion material de las grandíosas y tremendas imaginaciones de Dante, y, en este punto, creo que tienen razon los que hallan más idealismo, más inspiracion mística, más espíritu cristiano en el *Juicio final* de Giotto, que vimos en Padua, y sobre todo en el de Orcagna, que admiramos en Pisa. En cambio, el de Miguel Angel impone y aterra por la representacion física de los dolores, por el vigor del estilo, por la pasmosa variedad de las más atrevidas actitudes, por los maravillosos estudios anatómicos que revela y por la fuerza y la vida de la accion.

En el centro de la composicion se ve á Jesucristo; pero no ya al *Salva-*

dor, al manso cordero, á la víctima resignada ; sino al terrible *Juez* que habia de venir á juzgar á los vivos y á los muertos.—«Es el Jesús del *Dies iræ*» ha dicho no sé quién.—A sus piés se halla la Vírgen María, arrodillada, intercediendo por los pecadores. La escena tiene lugar entre el Cielo y la Tierra. La Tierra se ve abajo, y de ella salen los muertos, sacados de su largo sueño por el son de las trompetas, tocadas con espantosa energía por un admirable grupo de Angeles. En lo alto se ven dos grandes masas de Elegidos que vuelan al Cielo: los unos van abrazados á la Columna de la Fé; los otros al Arbol de la Cruz. Cerca de Cristo se hallan los Mártires, quienes le presentan los instrumentos de su martirio,—las aspas, la cruz, la rueda, la escalera, los martillos, la espada...—San Bartolomé, admirablemente pintado, lleva en la mano su propia piel, que conserva la forma humana, hasta la del rostro.—¡Es una cosa horrible!—A la izquierda luchan los condenados con los demonios, resistiéndose ferozmente á seguirlos al infierno.—Hay quien dice que esta es la parte más perfecta de la obra.—Vése allí ¡un condenado reflexionando sobre su suerte, que hace temblar al que lo mira: tal es su muda desesperacion.—En la parte baja del fresco, se ve á Caron, el barquero mitológico, conduciendo los réprobos á las regiones infernales.—Este contrasentido pagano se encuentra tambien en Dante.—A la derecha todo es júbilo y amor, gloria ó esperanza. Allí están los Justos, los Elegidos, que acaban de pasar por delante de Jesús, el cual los va colocando á su diestra, como han de estar despues á la diestra de Dios Padre.—Las Vírgenes son muy bellas; pero no muy castas, y eso que fueron vestidas por Daniel Volterra á peticion de Pablo IV, quien hizo atenuar tambien un poco el completo desnudo de las demás figuras.—¡Ah! ¿qué entendia de esto Miguel Angel? El era gentil, y siguió siéndolo al tratar el asunto más religioso, más cristiano, más místico que puede encomendarse á un pintor.—Para concluir: el *Juicio final* encierra cuatrocientas figuras, en las que están representados todos los afectos, todas las edades, todas las actitudes, todas las pasiones, todos los tipos... ¡Glosa admirable del alma y del cuerpo humano, que demuestra la inagotable inventiva de un genio colosal y de una sabiduría prodigiosa!

Ni es esta la única obra de Miguel Angel que encierra la *Capilla Sixtina*. Todo el *techo* se halla pintado de su mano, y, entre las maravillosas creaciones que allí legó á la posteridad, cualquiera de ellas..., la menos perfecta..., bastaria á inmortalizar á aquel soberano artista!

Conocido su genio, la índole de los asuntos bastará para dar idea de la grandiosidad de sus obras.

Estos asuntos son: 1.° Separacion de la Luz y de las Tinieblas. 2.° Creacion del Sol y de la Luna y *siembra* ó sementera de la Tierra: 3.° El espíritu de Dios cerniéndose sobre las Aguas: 4.° Creacion de Adan: 5.° Creacion de Eva: 6° Caida del primer hombre y su expulsion del Paraiso: 7° Sacrificio de Noé: 8.° El Diluvio: 9.° Embriaguez de Noé: 10. Jeremías: 11. La Sibila de Persia: 12 Ezequiel: 13 La Sibila Eritea: 14. Joël: 15 Zacarías:

16. La Sibila de Delfos: 17. Isaías: 18. La Sibila de Cumas: 19. Daniel: 20. La Sibila Líbica: 21. Jonás: 22. Asuero y Esther y el suplicio de Haman: 23. La serpiente de metal: 24 David y Goliat: 25. Judith y Holofernes, y una infinidad de figuras decorativas.

De estas obras, merecen especial mencion los *Profetas y las Sibilas;* y especialísima, la *Creacion del Hombre* y la de la *Mujer*, sobre todo la del *Hombre*, representado como un hermosísimo cadáver sumido en un rincon de la Tierra, á donde llega el Creador, sostenido por Angeles, y le da la vida tocándole con el dedo.—Esta escena respira una grandiosa poesía, enteramente genesiaca, que recuerda las sencillos y magestuosos versiculos de Moisés.

En la *Capilla Paulina* hay otros dos frescos de Miguel Angel, *La Conversion de San Pablo* y *El Martirio de San Pedro*, que en otra parte llamarian extraordinariamente la atencion, pero que se ven sin asombro cuando se viene de admirar la *Capilla Sixtina* y se dirige uno á las *Logias* de Rafael.

Las *Logias* son una multitud de reducidas estancias, formadas por tres hileras de pórticos; y llevan el nombre de Rafael, porque este inmortal artista las construyó, decoró y pintó al fresco.—Las pinturas representan asuntos del Antiguo y Nuevo Testamento, principiando por la *Creacion del Mundo*, y en ellas lucha Rafael con Miguel Angel por la grandeza y magestad de la concepcion.... Pero donde lo vence es en las célebres *Cámaras* (Stanze).

En aquellas *Cámaras* se encuentran las obras capitales del pintor de Urbino.—Allí se ven *El incendio de Borgo*;—la *Escuela de Atenas*;—la *Disputa del Sacramento* (que es sin duda la más alta y grandiosa creacion del arte cristiano; un poema teológico; la *Divina Comedia* de la pintura); —*El Parnaso;—Heliodoro arrojado del Templo*:—*San Leon deteniendo á Atila á las puertas de Roma;—El Milagro de Bolsena* (historia de un sacerdote incrédulo, convertido á la vista de una Hostia ensangrentrda);—*San Pedro puesto en libertad*;—la *Batalla de Constantino*,—otros episodios de su vida cristiana..., etc.

Cada una de estas obras mereceria un capítulo especial. Cualquiera de ellas bastaria á la gloria inmortal de Rafael. El pintor divino demuestra en las *Cámaras* todo su génio, toda su sabiduria, toda su erudicion, su inspiracion cristiana, su profundidad teológica, su gracia y su sublimidad á un mismo tiempo.—Yo me contento con nombrar aquellos prodigios del arte: lo demás lo dice la fama y lo repetirán los siglos.

Pasemos ahora á la *Pinacotea* ó *Galería de Cuadros* del Vaticano, compuesta de pocas obras, pero todas magistrales.

La primera que busca allí todo el mundo es la famosa *Transfiguracion* del mismo Rafael, que por mucho tiempo se ha considerado como la más alta creacion de su autor y de la pintura en general. Hoy la crítica, más generalizadora y profunda, echa de menos en aquel cuadro la inspiracion

mística, el espíritu religioso, el perfume de santidad, el ambiente divino que respiran otras obras de Rafael. La *Transfiguracion* es sin duda un prodigio, si se considera el arte por el arte, y como ingeniosa é idealizada reproduccion de la naturaleza. Los clásicos, los paganos, los académicos, podrán no pedirle nada á aquella grandiosa composicion; pero todo poeta creyente; toda alma enamorada de lo absoluto, de lo eterno; todo corazon sediento de afectos y goces infinitos, habrá de reconocer que el sentimiento de la humanidad desterrada rayó más alto en otra obra inmortal, abiamente colocada en frente de la *Transfiguracion* de Rafael, como para castigar al pintor de las *Vírgenes* por haberse inspirado más en el Olimpo que en la Gloria, al retratar la sublime escena del Thabor.

La obra á que me refiero es la *Ultima Comunion de San Gerónimo*, por el Dominiquino. Cierto que su idea y su disposicion están plagiadas de la pintura de mismo nombre, ejecutada por Anibal Carracci, que vi en Bolonia; pero lo que maravilla y arrebata en el cuadro del Dominiquino no ha sido plagiado de parte alguna, no se encuentra en la creacion de Carracci, y acaso porque no se encontraba en ella, acometió Dominiquino la empresa de mejorarla, celoso del éxito que habia alcanzado. Hablo de la uncion religiosa; de aquella santidad que no respira la *Transfiguracion* de Rafael.

El *San Gerónimo* de Dominiquino; anciano; decrépito, por mejor decir, quiere estar arrodillado, y no puede. Algunos Varones piadosos lo sostienen por debajo de los brazos, y, sin embargo, el sublime Traductor de la Biblia se halla sentado sobre sus desnudos pies. Apenas logra levantar la cabeza. Ya no lo queda vida sino para mirar la Hostia que le presenta el Sacerdote. Se comprende que en sus venas no hay ya otro calor que el amor divino, que el santo deseo de tocar con sus labios, de recibir en sus entrañas la Forma consagrada del Cuerpo del Redentor... La Comunion será para él un ósculo de paz despues de los combates de esta vida, y de alianza con la eternidad. ¡Qué sed de ver á Dios! ¡Qué humildad! ¡Qué cariño!—Yo no conozco expresion más culminante de caridad... Yo no he visto nunca tan espiritualizada la forma humana.—Es Beato Angelico, es Murillo, es Zurbaran, es Ribera; es todos ellos á la vez, divinizando la naturaleza mortal por medio de la devocion. Es el alma, hermoseando, fundiendo, convirtiendo en luz una pobre arcilla que se deshace al soplo de la muerte....

En la *Galería del Vaticano* se encuentran tambien la célebre *Madonna di Foligno* de Rafael; su *Coronacion de la Virgen* (pintada en el estilo de su insigne maestro, y, por consiguiente, inmaterial, pura y divina como una vision del Cielo); la *Anunciacion*; la *Adoracion de los Reyes*; la *Presentacion al Templo*, y las *Virtudes teologales*, cuadros todos, especialmente el último, dignos del genio y de la fama del pintor de Urbino.

De las obras restantes de la Galería, las más bellas y renombradas son la *Vision de San Romualdo*, por Andrea Sacchi;—*El entierro de Cristo*. por Caravaggio;—una *Madonna* de Ticiano;—la *Leyenda de Nicolás Vari*,

por el sublime Beato Angélico;—dos cuadros de MURILLO, la *Sagrada Familia* y la *Vuelta del Hijo-pródigo*, colocados allí por Pio IX,—y los famosos *Tapices de Rafael*, que encierran maravillas de concepcion y de dibujo.

La *Biblioteca del Vaticano* es la primera coleccion de Manuscritos de todo el universo. El local no puede ser más bello ni más suntuoso. La *Sala Grande*, de 216 pies de longitud por 49 de anchura, está adornada con preciosos frescos y con elegantes armarios cerrados. De esta Sala arranca una doble galería, vistosísima, de más de 1,000 pies de longitud.

Los Manuscritos no bajan de 25,000, y entre ellos los hay griegos, latinos, árabes, persas, turcos, siriacos, hebreos, etiopes, samaritanos, coptos, armenios, georgianos, indios, chinos, slavos.—De los innumerables tesoros que allí se guardan, sólo he visto algunas cartas de Enrique VIII á Ana Bolena; un cuaderno de borradores del Tasso, que por cierto corregía mucho sus poesías; una Biblia del siglo VI; la *República* de Ciceron, y un *Virgilio* del siglo V, adornado de preciosas miniaturas.

La *Biblioteca del Vaticano* comprende además 30,000 Impresos;—un *Museo* llamado *profano*;—otro de *Antigüedades cristianas*, en que se ven Lápidas procedentes de las Catacumbas, pinturas de los maestros griegos anteriores con mucho al renacimiento de las artes, Cálices antiquísimos, y otros muchos objetos pertenecientes á los primeros cristianos;—un Gabinete en que hay seis armarios llenos de ídolos, estatuitas, inscripciones en bronce, utensilios de todo genero de los antiguas romanos, y la cabellera de una mujer, perfectamente conservada, aunque tendrá más de quince siglos, que se encontró en un sarcófago gentil;—una Sala de *Pinturas bizantinas;*—el Gabinete de los *papirus*;—ocho Salas más, atestadas de curiosidades históricas;—el *Gabinete de las Medallas;*—y la Sala de las *Bodas Aldobrandinas*, donde se halla el famoso *Fresco* de este nombre, cuya importancia ha desaparecido despues de las exhumaciones de Pompeya.

Hasta aquí la Biblioteca.—Ahora empieza el verdadero *Museo del Vaticano*, vastísima ciudad que encierra los despojos de mil generaciones. Baste saber que aquel *Museo*, el primero del mundo, tiene una gran Sala destinada exclusivanmente á *Bustos* de la antigüedad; una Galería llamada de los *Candelabros*; una sala de *Animales* esculpidos; otra galería llena de *Estátuas*; patíos atestados de *Sepulcros* y de grandes *Vasos*; un departamento que encierra todo un *Museo Etrusco*; otro que equivale á un *Museo Egipcio*, y muchos que llevan nombres especiales y que bastarian al lustre de la más culta capital, como son el *Museo Chiaramonti*, la *Galeria Lapidaria*, el *Museo Pio Clementino*, etc.

El *Museo del Vaticano*,—lo repito,—es un pueblo, ó, por mejor decir, un *gentío* de piedra. Allí se encuentran todos los hombres cé-

lebres de que nos hablan los historiadores latinos; y allí están sus dioses. Los retratos, los bustos, las estátuas, exceden en vida y expresion á la fotografía. Oradores, Filósofos, Guerreros, Poetas, nos miran, nos hablan, se mueven, palpitan, animados por el Arte. Los Emperadores, los Cónsules, los Tribunos, las Matronas, las Cortesanas, los niños, los esclavos, todos moran en aquel lugar, albergados con lujo, rodeados de los restos de sus casas, de las pilas en que se bañaban, de los pavimentos de mosáico de sus viviendas, de las bestias feroces que admiraban en los Circos, de los sepulcros que no han podido retenerlos, de las columnas de sus Templos, de sus ídolos, de los monumentos que veian en plazas y calles, de las obras maestras de Fidias y Praxiteles que tuvieron en tanta veneracion, de todo, en fin, lo que embellecia su existencia, cuando, en vez de ser de mármol, eran personas de carne y hueso.

¡Y qué extension la de aquella ciudad petrificada! ¡Qué poblacion tan numerosa! Sólo para conocer de vista á los inmóviles Habitantes del *Museo* seria menester permanecer allí un año. Para tratarlos y ser amigo familiar de todos, no bastaria un tercio de la vida.—Desistamos, pues, de parar la atencion en unas gentes que hemos de abandonar tan pronto, y fijémonos solamente en las obras inmortales de la Antigüedad, en los grandes prodigios de la Escultura griega: esto es; hagamos lo mismo que en cualquiera otra ciudad que visitamos de paso: no reparemos en la gente; veamos los monumentos, y sigamos nuestro camino.

Saludemos primero á esta soberbia *Cariátide*, hermosa como una Juno, magníficamente vestida, y que parece el símbolo de la belleza permanente; —detengámonos luégo cerca de la estátua del *Pudor*, de esa gallarda jóven que, á medida que se envuelve más en sus ropas, deja adivinar con mayor precision y exactitud las formas hechiceras de su cuerpo;—admiremos y reverenciemos la austera figura de *Demóstenes* en su actitud persuasiva;—apartémonos, no que nos atropelle, del *Atleta* ó *Corredor*, que huye continuamente de su pedestal;—y hagamos alto delante de la colosal estátua del *Nilo*, conocida de todo el mundo, por la circunstancia de que una excelente copia de ella adorna un Jardin público de París.

Nada más imponente que aquel gigante acostado, por cuyo cuerpo trepan y corren diez y seis niños, que siempre me recuerdan á los liliputienses que se apoderaron de Gulliver... Yo no comprendo que pueda presentarse alegoría más exacta que esta escultura, para dar idea del opulento Rio que es vida y alma de todo el Egipto; que lo aniquila y regenera continuamente, y que lo asombra y lo intimida cada vez que lo inunda para enriquecer y fecundar sus campos.

Pero continuemos. Hé aquí la célebre *Minerva Médica*.—¡Ved aquí á *Augusto*, ó, por mejor decir, al jóven Octavio!—Ved allí á *Tiberio*, pacíficamente sentado.—Su calma glacial horroriza... Pasemos de largo.

Estamos en el Vestíbulo redondo, donde se halla el Balcon de *Belvedere* que da nombre á toda esta parte del *Museo*.—La vista que desde el balcon se disfruta es, en efecto, asombrosa. Roma entera se extiende ante

nuestras miradas...—Pero ¿cómo ponerse á contemplar á Roma, cuando reclaman nuestra atencion las primeras maravillas del Arte griego?—¡Adelante! ¡Adelante!

Desde el *Vestíbulo* pasamos al célebre *Patio*, centro del Museo, rodeado de Gabinetes donde se encuentran las obras capitales de la escultura antigua.

Hé aquí el *Perseo*;—hé aquí el *Mercurio* conocido con el nombre de *Antinoo*;—hé aquí el célebre *torso* griego, que no siendo más que un fragmento, conserva toda la vida que pudo tener la estátua entera y hace adivinar el resto de la figura...

Miguel Angel decia que era discípulo de este *torso*...—Pero Miguel Angel decia tambien que el *Grupo de Laocoonte* era el *milagro del arte*, y estamos á pocos pasos del *Grupo de Laocoonte*!—Avancemos, pues.

¡Oh prodigio! No basta conocerlo, como lo conoce todo el mundo, por el vaciado, por el grabado ó por la fotografía. Acontece con estas obras maestras que, despues de serle á uno familiares por las muchas y excelentes copias de ellas que se encuentran en todos los grandes Museos de Europa, todavía cree verlas por primera vez cuando examina el original.—Y es que ni el vaciado ni la copia tendrán nunca la morbidez del Paros ó del Carrara modelado por aquellos magos del arte y bruñido por el tiempo. Quien no haya visto estos modelos insuperables, asombro de generaciones de artistas, no sabrá jamás hasta qué punto puede animarse la piedra bajo la mano del escultor; ni cómo una forma precisa y dura adquiere el indeciso contorno de la carne y la suave vaguedad del movimiento.

Ved á *Laocoonte*: vedlo pugnar con las serpientes que lo ahogan y á sus hijos: ved la infinita angustia del rostro del padre: ved sus atléticos esfuezos, sus miembros crispados, su desesperada actitud, y decid si aquello es materia inerte; si aquella boca no se queja; si aquellos brazos no luchan; si aquel corazon no llora lágrimas de sangre.

Y ¡qué transicion!—En el lado opuesto encontrais el *Apolo de Belvedere*, la suave figura que pasa por el tipo más perfecto de la belleza del hombre; el gallardo mancebo de correctas formas, de varonil hermosura, de noble continente, que enamora tanto á las hijas de Eva como la *Venus de Médicis* á los hijos de Adan; el *Apolo de Belvedere*..., en fin, muestra proverbial de que no siempre es *feo* el sexo que no se llama *bello* por antonomasia.

Despues encontrareis *El Leon que despedaza á un caballo*, admirable grupo, en que las dos figuras son interesantes, las dos nobles, ninguna odiosa;—el *Cupido de Praxiteles*, llamado el *Genio del Vaticano*;—su *Apolo* y su *Venus*, que son dos maravillas, copia la segunda de la famosa *Venus del Gnido*;—la renombrada estátua de *Meleagro*, y mil otras obras maestras que ni nombrar me es posible; pero que en otro cualquier Museo serian objeto principal del culto de los artistas.

Y nada digo de los *Vasos etruscos*, cuyas pinturas son otros tantos

poemas, ni de las urnas y pilas de pórfido y de otras riquísimas piedras que demuestran el grado de lujo y esplendor á que llegó el regalo de los antiguos; ni de las preciosidades artísticas y curiosidades históricas que encierra el *Museo Egipcio*...—¡El *Vaticano* es interminable, indescriptible! ¡Museo digno de *Roma*..., y esto lo dice todo!

. . . .

¡Oh! ¡Cuánto más fácil y definitivo, siquier más lento, hubiera sido el triunfo del Cristianismo sobre el paganismo (me refiero solamente á las formas exteriores), sí, en vez de implantarse en *Roma* su centro de accion, se hubiese implantado en España, en Francia, en cualquiera otra nacion de Europa que no fuese Italia ni Grecia!

En *Roma*, si bien hirió á la gentilidad en el corazon, tuvo que luchar desventajosamente con ella (cuando menos en el terreno artístico), como con una hidra, cuyas cabezas se centuplicaban á sus golpes...

. . . .

El *Renacimiento* (esto es, el triunfo del ideal terreno del arte antiguo sobre el espiritualismo sublime de los artistas y de los escritores ascetas) fue contemporáneo de la *Reforma*...

Y la lucha sigue, y seguirá todavía mucho tiempo...

. . . .

Roma 8 de enero.

He pasado tres dias más en *Roma*, de donde parto hoy para *Nápoles*, para la hermosa *Nápoles*, término de mi peregrinacion.

Mucho he visto, sentido y pensado en la Ciudad Eterna durante estos últimos tres dias, y mucho nuevo que ver, que sentir y que pensar tendría, aunque permaneciera en ella años y años... ¡Roma es inmensa! ¡Roma es infinita!

La descripcion completa de sus Ruinas requiriria un tomo en folio; otro la descricion de sus Iglesias; otro la de sus Pinturas; otro la de sus Vasos, Bronces y Medallas; otro la de sus Esculturas; otro la de sus Bibliotecas; otro la de sus Oficinas eclesiásticas; otro la de sus Academias artísticas, *et sic de cœteris*...

Me declaro, pues, vencido, agobiado, anonadado por la Gran Ciudad, y huyo, renunciando á la tarea de acabar de describirla.

Tampoco me atrevo todavía á decir cosa alguna acerca de la cuestion del Poder temporal de los Papas...

Esta cuestion es otro abismo sin fondo.

LIBRO UNDECIMO.

NAPOLES.

I.

DE ROMA A LA FRONTERA NAPOLITANA.—TERRACINA.—GAETA.—UN OBSTACULO IMPREVISTO.

Terracina, 9 de enero

Héme en *Terracina*, en la última ciudad de los Estados Pontificios, á media legua de la frontera napolitana.

Acabamos de llegar. Son las once de la noche. Vamos á descansar algunas horas, y mañana por la mañana saldremos para Nápoles.

Dióscoro Puebla, uno de los artistas pensionados por el gobierno español en Roma, y de quien ya te he hablado en mis anteriores cartas, forma parte de la expedicion.—El se volverá á Roma desde Nápoles: los demás regresaremos á España.

Creo inútil decirte que *los demás* somos Caballero, Jussuf y yo.

Nuestro viaje de Roma á *Terracina* apenas es digno de mencion, despues de la descripcion minuciosa que te tengo hecha de otra caminata en posta por el Estado Romano.

A *mezzo-giorno*, esto es, á las doce del dia, salimos hoy de la Ciudad Eterna, por la puerta *San Giovanni*, Jussuf encargado siempre de la galga ó *scarpa*, y Caballero, Puebla y yo cómodamente arrellenados en una inmensa y sólida carretela, dentro de la cual quedaba sitio para el consabido cesto de provisiones.

Cruzamos la campiña romana, triste, solitaria, llena de ruinas. Torné á ver á *Albano*, donde llamó mi atencion el contraste que ofrecian los soldados franceses con los soldados napolitanos que se han refugiado en este pais, despues de las derrotas del Volturno; aquellos, equipados lujosamente; estos, miserables y desarrapados; los unos ébrios; los otros páli-

dos y desfallecidos. Pasamos un hermoso *Puente* que une á Albano con *Ariccia*, desde el cual descubrimos una hermosa vista, que comprendia: una llanura suave y melancólica y un horizonte de mar. Limitaban el paisaje á la izquierda, los frondosos Montes Albanos, á cuya falda se veian blanquear mil fúnebres ruinas... hasta de ciudades enteras!—Gozamos luégo de una sublime puesta de sol en el mar, bajo un pabellon de rojizas nubes, y, á la luz del crepúsculo, en el solemne silencio que nos rodeaba, contemplamos con infinita tristeza y honda compasion aquella tierra solitaria que íbamos cruzando, apestada y bella como la infortunada Pía, y en que no se notaban otras señales de vida que algunas piaras de búfalos revolcándose en el cieno de los fétidos pantanos.

Ya de noche, pasamos por *Velletri*, patria de Augusto, antiquísima ciudad, cuyas mujeres tienen reputacion de muy hermosas, y donde, al decir de Puebla, que conoce palmo á palmo los alrededores de Roma, quedan muchos, muchísimos recuerdos de la ocupacion española de 1849..., tanto que los franceses, para embromar á aquellas beldades, las llaman *Margaritas*...; epigrama que no explicaré.—Allí mudamos tiro, y por cierto que el maestro de Postas nos declaró, casi con lágrimas en los ojos, que nuestra silla era la primera que pasaba por la ciudad despues de la Noche-Buena.—Tambien nos ha anunciado que probablemente no nos dejarán los Piamonteses cruzar la frontera napolitana; pero nosotros hemos seguido adelante: primero, porque tengo una carta para Cialdini; y segundo, porque en Roma nos han asegurado que hay armisticio entre los sitiadores y los defensores de Gaeta.

En las demás paradas los dueños de los *albergos* nos han pedido, como se pide una limosna, que entrásemos en sus establecimientos, que pasásemos allí la noche, ó que á lo menos hiciésemos algun gasto, pues se hallan en la última miseria á causa de la interrupcion de las comunicaciones.—Los postillones, por su parte, al darnos las *grâcias* por la propina, ó sea por la *buona mano*, nos han confesado que en todo el invierno no han comido más que achicorias.

Mas no se crea que semejante estado de indigencia se limita á los que viven de los forasteros. Todo el pais pontificio presenta el mismo aspecto de desolacion y ruina, no sólo á consecuencia de la guerra, sino porque sus habitantes fueron siempre tan pobres como su suelo, y tan apáticos y enemigos de trabajar como reacio su gobierno en emprender reformas y obras públicas. Asi es que, por donde quiera que hemos pasado, nos han acometido verdaderos enjambres de pordioseros, los cuales, dicho sea de paso tambien, y para satisfaccion de los poetas, nos tuteaban familiarmente, no por espíritu democrático de nuestros dias, sino á la manera clásica, como los antiguos romanos tuteaban á sus señores, ó tal vez como los primitivos nazarenos, declarados hermanos por Jesucristo, se tuteaban entre si.—¡Oh! Italia revela á todas horas su decrepitud... Italia es la horrura de un mineral fundido ya dos veces... Italia ha vivido demasiado para ser hoy feliz.

Departiendo acerca de tales cosas y de otras que no son de este lugar, hemos pasado por los encinares de *Cisterna*, albergue de bandidos desde la antigüedad hasta nuestros dias, y por la *Torre de Treponti*, donde hemos mudado tiro.

Allí empiezan las célebres *Lagunas Pontinas*, que se extienden hasta la ciudad en que escribo, ó sea por un espacio de ocho leguas de longitud y tres de máxima anchura. Sus aguas estancadas producen la *malaria*, tremendo azote que ha despoblado completamente toda aquella region, en que hubo en otro tiempo nada menos que treinta y tres ciudades.

Finalmente, á las diez y media de la noche hemos llegado á *Terracina*, segundo Puerto de mar de los Estados Pontificios, y albergádonos en el *Hotel de la Posta*, desde cuyos desmantelados salones oigo los bramidos del líquido elemento..., ¡que por cierto se halla bastante encolerizado!

Aqui nos han vuelto á anunciar que es muy posible que los Piamonteses no nos dejen pasar la frontera napolitana; pues desconfian de todo el que se dirije, procedente de Roma, al teatro de los sucesos...

(El Campamento de los sitiadores de Gaeta dista unas tres leguas de *Terracina*, y la plaza sitiada se ve perfectamente, segun nos dicen, desde el Muelle de esta ciudad.)

Tambien nos han asegurado que ayer al medio dia sonaba todavía el cañon por aquella parte y se percibia el humo de la pólvora en el cielo que cobija á Mola.

¿Si no habra tal armisticio?

Mañana veremos.

Dia 10.

Han pasado veinte y cuatro horas bastante largas, y cátanos toda vía en *Terracina*, decididos á volvernos á Roma, y á emprender desde allí el viaje á Nápoles, por Civita-Vecchia y el mar.

Antes de tomar esta determinacion, hemos apurado todos los medios imaginables para continuar nueśtra marcha por tierra, ó, á lo ménos, para no perder lo que llevamos andado y embarcarnos en este puerto con direccion á Nápoles, ó al mismo Gaeta: pero todo ha sido inutil.

He aqui lo que nos ha pasado:—Esta mañana, al ser de dia, hicimos enganchar la silla de posta y tomamos el camino de Nápoles, contra la opinion de los habitantes de *Terracina*, que nos aseguraban que tendríamos que volvernos.

El dia estaba hermoso; pero la mar agitadísima. La carretera seguia por la misma costa, abierta á pico en ásperas peñas. A nuestra izquierda veíamos formidables cumbres convertidas en fortíficaciones. La rica vejetacion que festoneaba los zócalos de aquellos gigantes de granito anunciaba ya la espléndida flora del Mediodia. A lo lejos se divisaban las rocas artilladas que cercan á *Gaeta*, asilo del valor y la desgracia, último baluarte de una monarquía moribunda.

A la media hora de camino, dejamos los *Estados del Papa*, y entramos

en el *Reino de Nápoles*. En los límites de ambas *naciones*, habia una especie de Portazgo, donde un empleado pontificio nos pidió la última limosna por no vernos los pasaportes. Nosotros le preguntamos, en cambio, si nos detendrian más adelante las tropas piamontesas. El romano nos dijo *que no*; é hizo bien...;—pues de otro modo no se hubiera justificado la susodicha limosna.

Un cuarto de legua más adelante, y al pié ya de *Fondi*, primer pueblo napolitano, la carretera, estrechada entre el *Lago de Fondi* y unas altísimas rocas, estaba cortada por una alta Puerta, guarnecida de dos macizas torres artilladas.—Llámase la *Portella*, segun nos dijo el Postillon, y es la verdadera en trada en el Reino de Nápoles.

Este Postillon, vestido con su casaquilla corta y con su alto sombrero chapado, era realista de Francisco II y llevaba un miedo cerval.

Llamamos á la Puerta: sonó al otro lado de ella ruido de armas, y una voz terrible exclamó en italiano:

—¿Quién vive?

—Una silla de posta que se dirije á Nápoles...—contestamos nosotros.

—¿De qué nacion son ustedes?

—Españoles.

—No se puede pasar.

—Tenemos una carta para el general Cialdini...

—El general Cialdini está en *Mola di Gaeta*, y nosotros tenemos órden de no creer en ninguna carta y mucho menos en españoles.

—Entonces, quisiéramos ponerle un parte telegráfico al general, y, para ello, nos permitirá usted subir á *Fondi*.

—No, señor: lo que se hará será enviarle el despacho al coronel que manda en *Fondi*, y él verá si puede trasmitirse al general Cialdini.

Nos armamos de paciencia; escribimos con lapiz un parte al general Cialdini, diciéndole que llevábamos recomendaciones del conde de Cavour para las autoridades de Nápoles, y deslizamos el papel por debajo de la *Portella*.

El despacho debió de impresionar al oficial de guardia; pues un minuto despues oimos estas órdenes:

—¡A escape! ¡Rebiente usted al caballo! Y dígale al coronel que estos señores, con harto sentimiento mio, están esperando al otro lado de la *Portella*.

A tales palabras siguió el rumor de un galope desesperado.

Nosotros sacamos nuestras provisiones; nos sentamos en el tranco de aquella Puerta que daba entrada á un campo de batalla, á un Reino hundido, á las regiones calcinadas por el Vesubio, á la *Gran Grecia* de los antiguos, y nos pusimos á almorzar, no sin convidar antes al Oficial de guardia, quien nos dió las gracias, asegurándonos que aceptaria con mucho gusto si no le estuviese prohibido, pena de la vida, salir por aquella Puerta ó dejar penetrar á nadie.

En cambio, sacó una silla, la apoyó contra el porton, y asi, espalda

con espalda y una tabla por medio, emprendimos una larga y amistosa conversacion, en que nos enteró del estado de la campaña.

El armisticio ha sido pura invencion de los romanos. Hace cuatro dias (el domingo) se dieron tres ataques inútiles á *Gaeta*, en que murieron muchos piamonteses. La Escuadra francesa no se ha marchado, y mientras permanezca delante de la plaza, no se podrá atacar por mar, lo que quiere decir que, sin ofrecer socorro ni esperanza alguna á los sitiados, Napoleon prolongará su agonía. Se han repartido en *Gaeta* raciones para ocho dias, y al cabo de ellos, tendrá que rendirse irremediablemente, falta de víveres y municiones. Desde hoy empezarán á embarcar la caballería y á trasladarla á Terracina, á lo cual no se oponen los franceses.—Es el principio de la evacuacion.

En cuanto á la desconfianza con que se nos mira á los españoles, está muy justificada.—A los franceses se les cree falsos amigos de Francisco II: á nosotros falsos *neutrales* en la cuestion... Y la verdad es que, á este propósito, nos contó el Oficial *muchas cosas* que... no me parecieron bien, ni favorables á España. . . . .

Esta conversacion me traia el aura guerrera del año pasado. El año pasado, tal dia como hoy, estábamos en el *Campamento del Hambre*. El paraje que me rodeaba esta mañana tenia tambien mucha semejanza con el de Rio Azmir: una montaña; un pantano; el mar á lo lejos; un sol de oro... —Los ecos de la soledad eran asimismo iguales: són de trompetas, ruido de armas, palabras de muerte...—Entre una y otra escena mediaba casi todo el Mediterráneo ¡cuatrocientas leguas de mar!...; pero la latitud era la misma; la temperatura idéntica tambien: primaveral en Enero...—¡Inolvidables mañanas una y otra!

Volvió el soldado de caballería...—¡El coronel de *Fondi* se negaba á trasmitir el despacho telegráfico!

No habia más remedio que volver á *Terracina*; y así lo hicimos.

El resto del dia lo hemos pasado recorriendo esta ciudad, cuyo aspecto bizantino, muy semejante al de los parajes sombríos y dramáticos de Florencia, no ha sido parte á consolarnos de nuestra desventura.

Al caer la tarde, un Vaporcito que habia estado desembarcando caballos procedentes de Gaeta, se dispuso á volver á la plaza sitiada:

—¿Vamos á Gaeta? nos preguntamos á una voz.

—¡Vamos! nos respondimos á un mismo tiempo.

Y corrimos al muelle.

La mar estaba espantosa: el bote del Vapor acababa de separarse de la orilla...

—¡Ah del bote! exclamamos:

—¡Bote! ¡Bote! repitieron las gentes del muelle, llamándolo para que volviese y nos llevase á bordo.

El bote no nos oyó: los bramidos del mar se lo impedian

A esta casual circunstancia debemos la vida Dióscoro Puebla, Caballero, Jussuf y yo.

Cinco minutos despues resoñaba un espantoso grito en la playa de *Terracina.*

El bote habia sido devorado por las irritadas olas.

De los cuatro marineros que lo tripulaban, sólo tres pudieron salvarse con auxilio de los remos.—El cuarto desapareció..., y ni su cadáver se ha encontrado todavía.—Las tablas del bote sí han sido arrojadas por las olas á los peñascos de la punta del muelle.

Nosotros no hemos podido menos de dar gracias á Dios por todos los sucesos del dia de hoy.—¿Qué significa nuestro contratiempo de esta mañana, comparado con la prodigiosa fortuna que hemos tenido esta tarde?

Nos volvemos, pues, á Roma; desde donde iremos en ferro-carril á Civita-Vecchia, en busca de un Vapor que nos conduzca directamente á Nápoles.

II.

CIVITA-VECCHIA.—DOS AJUSTICIADOS.—EL ARCHIPIELAGO PARTENOPEO.—EL VESUBIO Á LO LEJOS.—¡NÁPOLES!

Civita-Vecchia 12 de enero.

No se dirá que pierdo el tiempo. Han pasado dos dias, y ya estamos á bordo del *Durance,* Vapor francés, surto en el puerto de *Civita-Vecchia.*

Son las cinco de la tarde: dentro de una hora levaremos anclas; y mañana nos amanecerá en el Golfo de Nápoles, al pié del Vesubio!

Caballero y Jussuf se han quedado en Roma, y se marcharán por tierra á Turin, donde he prometido estar dentro de veinte dias.—Dióscoro Puebla se halla conmigo á bordo.

Nuestro paso por Roma ha sido un sueño: quiero decir, que llegamos ayer á las once de la noche y nos acostamos, y que nos levantamos esta mañana á las ocho, y tomamos el tren para *Civita-Vecchia* sin ver á nadie....—¡Nos avergonzaba el haber tenido que volvernos desde Fondi, cuando ya pisábamos territorio napolitano!

En *Civita-Vecchia* nos ha acompañado y obsequiado mucho el Cónsul de España, mi antiguo amigo el señor Valladares.

El único Puerto de los *actuales* Estados romanos tiene muy poco que ver, y eso poco *no lo hemos visto*, á causa de la espantosa lluvia que ha estado cayendo toda la tarde.—Sin embargo, llevo un recuerdo inolvidable de la Tiro papal, y es haberme encontrado de manos á boca con el verdugo, que venia, caballero en una mula, y calado de agua, de guillotinar á dos reos políticos.

La suerte de estos desgraciados ha sido terriblemente caprichosa. Procesados y condenados á muerte como enemigos del Poder Temporal del Papa, ibán ya á ser ajusticiados en Perugia, cuando hé aquí que la ciu-

dad se sublevó y los insurgentes invadieron la cárcel, poniendo en libertad á todos los presos políticos. Pero la autoridad romana, que veia venir el motin, se habia anticipado á sacar secretamente de la cárcel, *quince minutos* antes del alzamiento, á estos dos infelices reos y á esconderlos en otro lugar, desde donde los envió á Roma con el mayor misterio.... ¡cuando Perugia y toda la Umbría formaban ya parte de los dominios de Victor Manuel!—Una vez en Roma los dos prisioneros, se han dejado pasar tres meses, y hasta que ayer fueron trasladados á Civita-Vecchia (la ciudad más fuerte del Estado romano, copiosamente guarnecida de tropas francesas), con el solo, con el único, con el exclusivo objeto de ajusticiarlos hoy..., lo cual se ha verificado sin aparato ni ruido.—¡Entre tanto, sus compañeros en la prision, sus cómplices en el delito, toda Perugia, toda la Umbría, llevan cuatro meses de ser liberales impunemente!—Repetid conmigo,.... que la suerte es caprichosa.

Pero anochece, y el capitan del *Durance*, excelente marino, á quien tuve el gusto de conocer en Africa (pues mandaba uno de los buques sardos contratados por nuestro gobierno), nos envia á buscar para que lo acompañemos *á pranzo*, quiero decir, á comer...

Vamos allá, y hagamos por la vida, sin miedo alguno de que nos guillotinen por liberales...—Dígolo, porque ya hemos levado anclas, y somos libres...; tan libres, que estamos en plena posesion del mar, bajo la bandera francesa, con rumbo á *Nápoles*, ciudad libre tambien!

Para ello ¡trabajo nos ha costado *legalizar* nuestra situacion á los ojos de la policía romana!—¿Querreis creer que nos pedian en la estacion del ferro-carril de *Civita-Vecchia* un certificado del cura *de nuestra parroquia en Roma*, que nos autorizase á dejar los Estados Pontificios? ¿Querreis creer que, porque no teníamos ese certificado, trataban de hacernos regresar á la Ciudad Eterna? ¿Querreis creer que hasta que se convenció un Empleado, nada Salomon, de que no éramos *italianos*, nos hemos visto amenazados por los gendarmes del Papa?

¡Ah, noble y beatísimo Pio IX! ¡Qué cosas se hacen en su santo nombre! Y ¡qué inmensa distancia, qué absoluta diferencia existe entre lo que se ve y se adivina con dolor en el Estado Romano y aquel alma bondadosa, paternal, angélica, que acoge tan cariñosamente á los peregrinos, y derrama un bálsamo tan benéfico en los corazones atormentados!

. . . .

Dia 13.—A bordo del *Durance*.

Ya es de dia.—Subamos sobre cubierta.—Debemos de estar á la vista de *Nápoles*.

La noche ha sido penosa: hemos navegado con viento contrario, y esto ha retardado dos horas nuestro viaje.

Me alegro en el alma: así veré con luz del dia los sublimes panoramas que van á descorrerse ante mis ojos.

Ahora está la mar dormida. Por la *porta* ó ventana de mi camarote veo un cielo azul y trasparente. Va á salir el sol...—¡Arriba!

Subo á tiempo al alcázar. Ya se distingue á lo léjos la doble pirámide de la *Isla de Ischia*, centinela avanzada del Golfo de Nápoles...

Acabamos de dejar atrás á *Gaeta*, que se divisa allá en la extensa línea del Continente con sus formidables muros.—El cañon no ha tronado en toda la noche.

Todos los anteojos se fijan en la Plaza sitiada.—Nada da en ella señales de vida.—¡Tal vez dentro de una hora será teatro de nuevos y desesperados combates!—Démosle un adios.... y dispongamos el ánimo á las delicias de la region encantada en que vamos á penetrar.

Ya empieza á dibujarse claramente, en los fondos azules del cielo y de las olas, el clásico Archipiélago Parthenopeo... Las Islas de *Ischia* y de *Procida* parecen dos grandes navíos de color de violeta anclados á la entrada del mágico Golfo que no tiene igual en el mundo. Estas Islas se nos presentan en varias posiciones, á cual más elegante, segun que avanzamos hácia ellas.—Me recuerdan las Estátuas que giran sobre su pedestal en los museos...

Ya distinguimos otra Isla más pequeña...—Es la *Vivaca*.—¡A lo lejos aparece una mayor...—Es *Capri*... la inmortal *Caprea* de los griegos!

Penetramos en el canal que separa á *Procida* del Continente... Pronto doblaremos el *Cabo Miseno*, y descubriremos el maravilloso cuadro de que se ha dicho: ¡*Vedi Napoli é poi muori*!

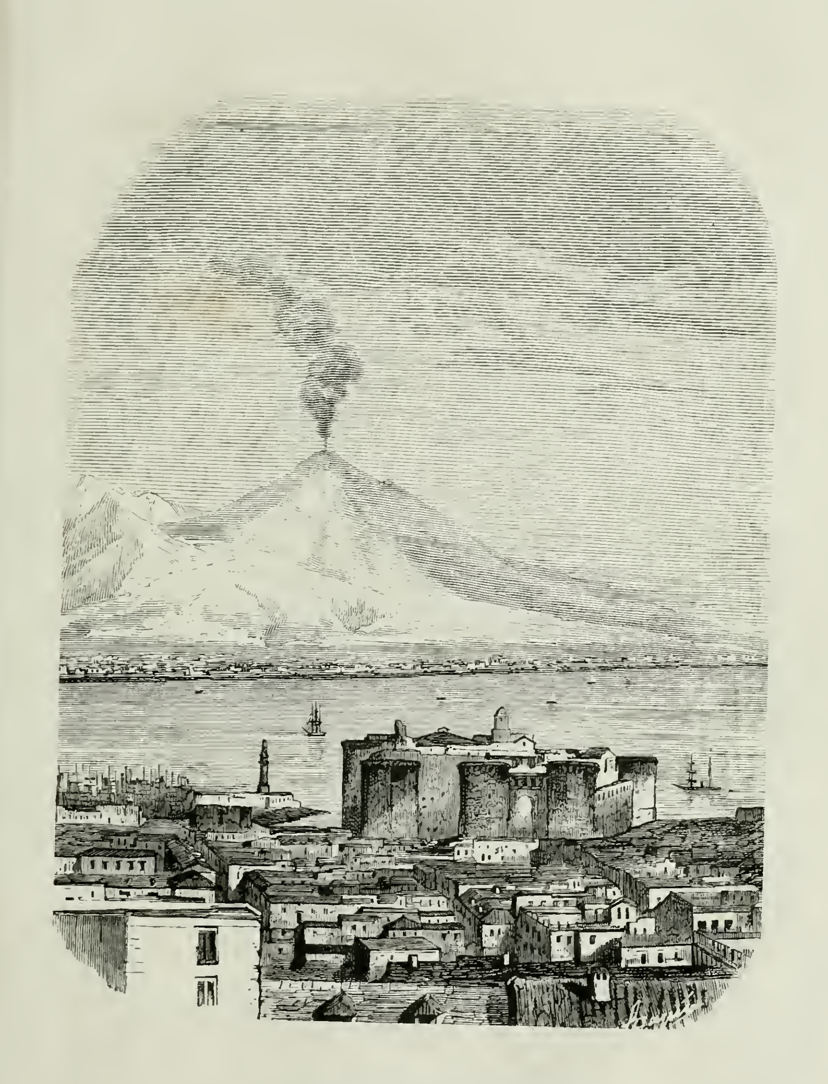
Los recuerdos mitológicos de cada Isla, el eco poético de cada nombre aleja de mi imaginacion todo el mundo moderno.—Entramos en la region de la Fábula; en la region frecuentada por los dioses; en el teatro de la *Eneida*...

Sale el sol..., y, como por encanto, brillan á mis ojos infinidad de pueblos, que brotan de las aguas y se reflejan en ellas.—Las Islas de color de violeta se convierten en grandes masas de flores y verdura, coronadas y ceñidas de pintorescos edificios que relucen al sol como la plata...

Hé allí *Castellamare*... Hé allí *Sorrento*... Hé allí *Meta*, *Vivo Equense*, *Torre Anunciata*... y otras poblaciones, bordando la corva ribera del mar, enlazadas unas á otras hasta formar una guirnalda ondulante de Pueblos, Quintas y Palacios, que parecen nacidos de la orla de espuma del resplandeciente golfo.

Pero ya debe de verse el *Vesubio*...—¡Oh, si. Sobre todo este cuadro se levanta, dominando los montes que aún la ocultan, una solitaria cumbre, coronada de un largo penacho de humo...—¡Es el titan de fuego!

Mas no *prestemos* bellezas á lo que tantas encierra...—Visto desde aquí, el *Vesubio* no sorprende: ni siquiera llama la atencion. El humo de la chimenea de un vapor ó de una fábrica seria mucho más vistoso...—Sin embargo, ¿quién pone freno á la imaginacion? ¡La imaginacion sabe que aquella cinta gallarda de flotante humo, coloreada por el sol de la mañana, es la respiracion del mónstruo que ha devorado tántas ciudades, y



VISTA DEL VESUBIO

cuyos rugidos, cuyas palpitaciones hacen temblar á esta comarca!—A mí me horroriza tanto más aquella leve enseña de un poder tan formidable, cuanto que he pasado parte de la noche leyendo á Plinio el Jóven y meditando horrorizado en la destruccion de *Herculano* y de *Pompeya*: es decir; que la idea del *Vesubio* no tiene en mi imaginacion una forma amiga, sino enemiga y espantosa.—¡No, yo no vengo á admirarlo: vengo á contemplar los cadáveres de sus víctimas!

Hemos doblado el *Cabo Miseno*... Estamos dentro del Golfo...—¡Espléndido, sublime, indescriptible espectáculo!—Todavía no vemos á *Nápoles*: para ello tendremos que doblar la *Punta de Posilipo*; pero ya descubrimos, en un lado, la Bahia de *Baia*, formada por la region que lleva el nombre de *Campi phlegræi* (campos ardientes), escenario mitológico en que se encuentran la *Stigia*, el *Acheronte*, el *Cocyto*, los *Campos Eliseos*, el *Tártaro*, el *Letheo*, todo el mundo plutónico..., y, en otro lado, el vasto semicírculo trazado por la especie de Península de Salerno, donde se hallan todos los pueblos que cité antes. En medio, se ven las dos ciudades muertas, *Herculano* y *Pompeya*, y las que las han reemplazado á poca distancia, y *Pórtici*, y la *Torre del Greco*, y cien otros pueblecillos, escalonados (¡qué horror! ¡qué temeridad!) á la falda misma del *Vesubio*.

¡El *Vesubio*!..—Ya se le descubre completamente: ya impone y aterra su plomiza mole piramidal, cuya base es de lava, cuya cúspide es de ceniza, cuyo corazon es de fuego y sobre la que ondea incesantemente una columna de humo que se ennegrece ó se enrojece por intervalos.—¡Ah! yo pondré mi pié sobre tu frente, Demonio de los montes... Pero, en aquel instante, ten piedad de mi! ¡Yo quisiera recordar, durante algunos años, que hubo un dia en que hollé tu cumbre incendiada, como hubo otro en que pisé las cumbres de hielo del Mont-Blanc!

Doblamos al fin la punta de *Posilipo*...

¡*Nápoles*! ¡*Nápoles*!—Hé aquí toda la ciudad, levantada en anfiteatro sobre el trasparente golfo, retratándose en él, coronada de torres, por detrás de las cuales asoman nuevas colinas, cubiertas de laureles, de vides, de naranjos y de limoneros: hé ahí la gran colmena, reclinada en escalonados montes, llenos de Jardines que festonean de flores y verdura los Palacios y las Iglesias. Aquí, en el mar, millares de barcos de todas las naciones, el histórico *Castillo dell' Ovo*, las alamedas del Muelle de *Chiaja*, los bosques de *Villa Reale*, las encantadas alturas que esconden la *Tumba de Virgilio*, el Muelle de *Santa Lucia*, el *Puerto Militar*, el *Castillo Nuevo*: allá arriba, el formidable y célebre *Castillo de San Telmo*: más allá aún la *Cartuja*, que domina toda la Ciudad...—¡Esa es *Nápoles*; la sirena *Parténope*; la cortesana griega; la antigua esclava de Aragon y de Castilla!

La capital, propiamente dicha, tiene una legua de extension de Norte á Sur y media legua de Este á Oeste; mas, comprendiendo los Barrios que de ella dependen, mide seis leguas de circunferencia.—En este espa-

cio pulula medio millon de habitantes; pero es tal la animacion, el ruido, el movimiento que se nota al entrar en el Puerto, que se creeria uno llegado á una capital de dos millones de almas.

Un sol ardiente (y estamos en enero, y son las ocho de la mañana); un aire tibio y perfumado, una mar azul y reluciente como un espejo; árboles sin cuento, verdes ó floridos, brotando por todas partes, desde la orilla del mar hasta la cima de los montes, entre las casas y sobre los templos; una alegría, una hermosura, una trasparencia infinita en el cielo; una diafanidad sin igual en el ambiente; un océano de luz; una riqueza prodigiosa de colores intensos, brillantes, espléndidamente combinados, dan á *Nápoles* un aspecto riente, jubiloso, mágico, seductor, irresistible.—Al verlo, diríase que se asiste á una fiesta pagana en que los hombres y la naturaleza han confundido su regocijo, se han dado un beso de supremo deleite, se han entregado desaforadamente al goce de la vida, y se han jurado eterna juventud, perdurable primavera.

Ver á Nápoles y despues morir...—¡Oh! sí: hay en este cielo; hay en este aire; hay en esta luz una superabundancia tal de vida; tal lujo de pasion, tal exuberancia, tal facundia, que el corazon se ensancha, qu la sangre chispea, que las lágrimas acuden á los ojos; que se tiembla de amor á la existencia; que reconoce uno que nunca ha vivido tanto; que quisiera morir antes que volver al frio y desmayado mundo que ha conocido en otras partes.

No sé si es que el Volcan centuplica la vitalidad de esta comarca con sus efluvios ardientes; no sé si es que la estructura del Golfo, resguardado de todos los vientos, lo ha convertido en un refugio encantado, en el cual han establecido su imperio las rosas de abril, portadoras de la fecundidad: no sé si es que las divinidades de la antigua Grecia, los dioses protectores del amor, de la abundancia y de la hermosura, siguen considerando esta parte del mundo como su mansion favorita:—lo que puedo decir es que el aspecto de *Nápoles* y su influencia en quien lo mira hacen comprender los parasismos de felicidad, los éxtasis y los deliquios de todos los paraisos imaginados por los poetas.

III.

LA VIDA EN NÁPOLES.—LOS LAZZARONI.—IL CARRICOLO.—POZZUOLI.—L REINOS DE PLUTON.—PUESTA DE SOL.—UNA TRATTORIA.—EL TEATRO DE SAN CÁRLOS.

Nápoles, 17 de enero.

Si bello era *Nápoles*, visto desde el Vapor, interesante y bellísimo es despues que se salta á tierra, y arrebatador y hechicero cuando se llevan, como llevamos nosotros, cuatro dias dentro de sus muros.

Yo no conozco ciudad más alegre, más animada, más bulliciosa, más

pintoresca. En ella todo es música, luz, colores y movimiento. La poblacion bulle, corre, grita, gesticula, canta, reza, y se rie incesantemente y á un tiempo mismo. El napolitano tiene mucho de griego, mucho de berberisco y mucho de andaluz.

Los muelles y las playas son unos campamentos de invierno y de verano (pues aquí no hace nunca frio), donde cien mil hombres, mujeres, viejos y niños, viven al aire libre, pescan, guisan, comen, bailan, roban, duermen y se reproducen. Algunos millares de ellos tienen una tienda en mitad de la calle; tienda que consiste en una larga mesa cubierta de exquisitas ostras, peces vivos, vistosas flores y ricas frutas.—Para dar una idea de la frugalidad de los napolitanos, baste decir que muchos *lazzaroni* se mantienen sólo con *sandía*, que es uno de los productos más abundantes del país.—*Co tre calle* (dicen) *vive*, *magne*, *é te lave á faccia*. (Por tres céntimos, bebes, comes y te lavas la cara.) —Dicho se está que una ciudad en que se vive de este modo, es sucia en grado superlativo.

Otro de los rasgos característicos de la fisonomía de *Nápoles* es el infinito número de coches (calesines en su mayor parte, llamados aquí *carricoli*, ó *carrocele*) que discurren á escape por la poblacion, deslizándose cuatro en fondo por las empinadas calles empavesadas de lava, cruzándose en todas direcciones, sin órden ni concierto, con tanta osadía como destreza, como antiguamente los carros romanos y griegos. El temerario conductor se pone á veces de pié para dirigir la *cuadriga*, que no es tal cuadriga, sino un solo caballejo enano, que corre como un demonio, arrancando chispas del suelo. En el carruaje van frailes, mujeres, niños, garibaldinos, *lazzaroni*, (cuadruple tripulacion de la que buenamente cabe); quien agarrado á un hierro, quien colgado de un tirante, quien de pié en un estribo, y casi todos gritando desaforadamente...

El escándalo es la vida, el alma, la idiosincrasia de *Nápoles*. En *Nápoles* gritan los transeuntes que van solos en medio del dia por plazas y calles, y gritan... por el solo placer de oirse, porque les retoza la alegría en el cuerpo, no se por qué prurito de alterar el órden.—Otros, en vez de andar, bailan y brincan como si estuvieran picados de la tarántula.—(Y, en efecto, su baile favorito se llama la *tarantella*).—Todo el mundo canta, y todos cantan bien, cada uno por su lado, produciendo una gozosa algarabía que trastorna y aturde al forastero.—Es esto, en fin, una orgía constante, es una borrachera de júbilo y desvergüenza; es un desenfreno antisocial y cínico, y no lo llamaré salvaje..., porque me acuerdo de la refinada civilizacion que ha producido tal escoria.

¡Oh!... sí: *Nápoles* es la heredera de la Grecia decadente y de la Roma prostituida.—Cerca de Nápoles está Cápua. Dentro de Nápoles está el barrio, ó, por mejor decir, la sentina llamada *Porta Capuana*. A la vista de Nápoles está *Pompeya*, la Sodoma del paganismo, enterrada bajo ceniza hace mil ochocientos años. Nápoles es el pantano del vicio. A Nápoles se

puede aplicar con una exactitud espantosa la descripcion que Zorrilla hace de Pentápolis. Aqui pulula

Aquella muchedumbre
Que, profanando su mortal belleza.
Del vicio en la asquerosa pobredumbre
Enfangó su feroz naturaleza,
Dejándola sin freno y sin cuidado
Desbocada correr tras el pecado.

La calle principal de Nápoles, su gran *boulevard*, es la *Calle de Toledo*, llamada asi, del ilustre virey don Pedro de Toledo, que la mandó abrir cuando el Reino de Nápoles era una Provincia española.—La tal calle, que no es muy ancha, y consiste en una áspera cuesta de media legua de longitud, recuerda nuestras ciudades antiguas, por el aspecto romancesco de las casas, cuyo balconaje saliente y ostentoso dá sombra á veces á escudos heráldicos de Castilla y Aragon.—Aquella via es una especie de valle ó rio, al cual descienden como arroyuelos muchas calles rectas y empinadas, dispuestas algunas en escalones.

A su comienzo, en el *Largo* (plaza) *de San Ferdinando*, se encuentra el célebre *Café de Europa*, eterno foco de conspiraciones, y centro hoy del entusiasmo y la algazara. Nunca he podido alcanzar en él un puesto, ó sea una mesa desocupada: en cambio, allí cerca, hay un *Café* y *Riposto* (fonda) sostenido por un reaccionario ó *borbónico*, al cual asiste muy poca gente, y donde honran, siempre que vamos, nuestra habla española, dándonos de comer muy bien.

Pero nuestro *restaurant* favorito para almorzar, es el muelle de *Santa Lucia* (en donde habitamos una casa cuyos balcones caen al mar y dan frente al *Vesubio*)...—¡El *Vesubio*! De noche, nos pasamos largos ratos contemplándolo desde aquellos balcones.—En lugar de humo, percibimos tres enormes ascuas, y de tiempo en tiempo, una llamarada de color de púrpura que ilumina el golfo.—Y es que el Volcan está en erupcion hace pocos dias, y la lava *corre*, aunque no mucho...

Ya explicaré más adelante lo que todo esto significa...

Volvamos ahora al almuerzo.

Por la mañana nos salimos á la calle, donde, como he dicho, hay un vasto mercado ó vivac; y allí almorzamos, al aire libre, higos chumbos, ostras del *Lago Fusaro* (las mejores del mundo), pescados que vemos sacar del mar y freir, y vino de Capri, aromático y generoso como los mostos andaluces.

La multitud circula en torno nuestro, sin reparar en nosotros ni en la mucha gente que almuerza de la misma manera...

Entre tanto, nosotros reparamos en que las napolitanas son feas por lo general. No así los napolitanos.

Los *lazzaroni*, medio desnudos, cantan, silvan ó vocean tendidos al sol.

Los frailes, queridísimos de la plebe, van de un lado á otro en amigable coloquio con los muchachos vagabundos, que se dan de cachetes por besarles el rosario ó la manga del hábito.

Oficiales de Garibaldi, con su vistoso uniforme. todo encarnado, corren al escape de sus corceles de guerra.—Sin duda han venido del campamento de Mola, ó vuelven á él.—¡Oh! allí se lucha de veras, y se muere que es una maravilla!

Y la naturaleza sigue sonriendo: el mar, el cielo, las Islas, las extensas riberas del golfo, la muchedumbre, el ambiente; todo respira júbilo y placer.

¡Ah! esto no es la vida, sino el delirio de una ciudad.—Se diria que el *Vesubio* comunica á *Nápoles* su fiebre eterna.

Y no fuera mucho decir.—Ya sabemos que toda la ciudad está enlosada de lava: añádase que las casas están construidas en su mayor parte con piedras volcánicas. Es, pues, el Vesubio la vida y la materia, la celebridad y el peligro constante de la escandalosa Parténope.—No tiene Nápoles al Vesubio, como Granada á la Alhambra: no:—El Vesubio es el que tiene á Nápoles.—El Volcan es lo principal y la Ciudad lo accesorio.

Desde *Santa Lucia* nos vamos todas las mañanas á recorrer la ciudad, á visitar el *Museo Borbónico*, del que ya hablaré, ó á recorrer las Iglesias, los Palacios y las tiendas de coral y objetos de lava,—que son las especiales del pais.

De las Iglesias, la mejor es la *Catedral*, levantada sobre el solar de dos Templos griegos, dedicado el uno á Apolo y el otro á Neptuno.—Su Altar Mayor sirve de sarcófago á San Genaro, Patrono é ídolo de la poblacion.

En *Santa Clara* hemos visto las Sepulturas de muchos Reyes de Nápoles, algunas de ellas de gran mérito artístico.

Pero ¡cuánto más nos han interesado los Sepulcros de los Príncipes y Princesas de Aragon que encierra la sacristía de *Santo Domingo*!—Allí hemos saludado tambien el mausoleo del célebre Marqués de Pescara, que está representado con hábito de franciscano.

Asimismo han llamado nuestra atencion *San Felipe Neri*, por su lujoso y exquisito decorado;—*San Francisco de Paula*, imitacion del Pantheon de Roma:—*Santiago de los Españoles*, por su nombre, y por haberla construido el citado don Pedro de Toledo, cuya magnífica Tumba allí se admira,—y *Monte Oliveto*, antiguo convento, donde el Tasso escribió parte de la *Gerusalemme*.

El *Palacio Real*, debido al Virey español Conde de Lemos (el Mecenas de Cervantes), es uno de los más grandes y bellos de Europa.—Hoy lo habita el Príncipe de Carignan, *Luogo-tenente* de Nápoles en nombre de Víctor Manuel.

Despues de estas excursiones, que se prolongan hasta las dos de la tarde, emprendemos nuestro paseo, que suele ser á caballo.

Y ora vamos á *Villa Reale* (que es, como si dijéramos, la *Fuente Castellana* ó el *Prado* de Nápoles), á donde acuden todos los carruajes aristocráticos, tripulados por elegantes damas, y centenares de ginetes, muchos de ellos oficiales voluntarios de Garibaldi; ora vamos á la *Cartuja de San Martin*, situada en una altura que domina toda la ciudad; ora á *Pozzuoli*, ó cuando ménos á *Bagnoli*...

En la *Cartuja*, que es lujosísima y bella, hemos encontrado un monje español. Allí hemos admirado muchas pinturas de nuestro *Ribera* (gloria de la Escuela Napolitana, como todo el mundo sabe) y, sobre todo, su famoso cuadro de la *Deposicion de la Cruz*. Allí, finalmente, hemos pasado largas horas contemplando el maravilloso panorama, sin igual en el mundo, de la Ciudad, las Islas, el Golfo, las Montañas, el Volcan y el Mar Tirreno...; todo ello encerrado en una sola mirada.

El paseo á *Pozzuoli* es mucho más interesante, siquier más largo.

Se sale de Nápoles, atravesando el *Muelle de Chiaja*, con direccion al Promontorio de *Posilipo*, perforado por la célebre gruta del mismo nombre, que pone en comunicacion el Golfo de Nápoles con el de *Pozzuoli*.

Antes de entrar en la *Gruta*, subís á visitar la *Tumba de Virgilio*, de la cual sólo queda el sitio, que es el mismo en que el poeta tuvo una *villa* en que escribió sus Eglogas y sus Geórgicas.—El laurel plantado por Petrarca en aquella gloriosa ruina, desapareció á fines del siglo pasado, y el que hoy lo ha sustituido, plantado por Casimiro Delavigne, desaparecerá tambien, á causa de la costumbre que tienen, ó tenemos, todos los viajeros de arrancarle una hoja á cada visita.

La *Gruta de Posilipo* es una especie de túnel abierto en lodo volcánico, sólido y compacto como la piedra. Su longitud es de quinientos metros, por cinco de latitud y diez y nueve de altura. De dia y de noche la iluminan turbios reverberos, que apenas sirven para que se vean y se eviten los muchos carruajes que van y vienen por aquella pavorosa galería.—La primera perforacion data de los tiempos de Augusto, y se ensanchó y perfeccionó, tal como hoy se halla, en el reinado de Alfonso I de Aragon.

Al salir de aquel camino misterioso, encuéntrase uno en los *Campos Ardientes*, que ya he citado; region volcánica, llena de cráteres mal apagados, que ofrecen una variedad infinita de fenómenos plutónicos.—Aquel es el Infierno pagano.—Allí hay lagos que se llamaban la *Stigia* (hoy *Averno)*, el *Cocito* (hoy *Lecrino*), el *Tártaro* (hoy *Mar Muerto)*, el *Lelheo* (hoy *Fusaro*), los cuales encierran (además de recuerdos inmortales, por lo que influyeron en la imaginacion de Virgilio, que paseó por todos ellos á Eneas) las mejores ostras del mundo:— y no soy yo quien lo dice, sino Martial.—Allí se encuentra la famosa *Gruta del Perro*, llamada así por la prueba que se hace con un pobre animal, de que es imposible permanecer largo rato en ella, á causa del gas de ácido carbónico que despide la tierra.—Allí veis la *Solfatara*, volcan no apagado todavía, cuya



GRUTA DE POSSILIPO EN NÁPOLES.

última erupcion fué en el siglo XII. Todavía arroja humo: todavía está caliente la tierra en sus alrededores: todavía, si abrís un pequeño agujero en el suelo y soplais, producís fuego.—Allí encontrais el cráter de *Astroni*, del que sólo quedan tres lagos, rodeados de árboles sombríos.—Y allí, en fin, visitais el *Anfiteatro de Pozzuoli*, que nunca se borrará de mi memoria...

Desde sus nobles ruinas se alcanza un gran horizonte de mar, hasta Cabo Miseno.—En frente se ven las ruinas de *Baia*, inmensa, rica, hermosa ciudad de los tiempos clásicos, aniquilada por los terremotos; *Cumas*, la ilustre *Cumas*, la ciudad más antigua de Italia, borrada casi de la faz de la tierra; el *Templo de las Ninfas*, con sus columnas sumergidas en el mar; y otros muchos Templos y otras muchas Ciudades, todo convertido en escombros por las sacudidas que acompañan siempre á las erupciones del Vesubio.

El *Anfiteatro de Pozzuoli* está más vivo que el de Roma. Ni un saqueo sistemático de sus materiales ni una restauracion mezquina han venido todavía á quitarle el aire de autenticidad que ofrecen sus escombros. Todo se halla como quedó despues del temblor de tierra que lo hizo pedazos: columnas rotas é inmensos capiteles bellísimos encuéntranse acá y allá, vueltos del revés, clavados en la arena, ó enterrados bajo las bóvedas que se hundieron...

Desde lo alto del graderío he visto el espectáculo eterno; el mismo que contemplarian los antiguos romanos cuando venian á esta region á descansar del gobierno del mundo: el mar, el cielo, la costa azulada, tapizada de árboles y flores y sembrada de mármoles que reverberaban al sol..., y allá, á lo léjos, la nave gala ó ibera que se perdia en el horizonte!—Sólo ha cambiado hoy el destino de los pueblos. Hoy no es Italia la señora de las Galias y de España: hoy es la presa que se disputan sus vasallos de otro tiempo.

La vuelta á *Nápoles*, despues de esta excursion, que he hecho ya tres veces, proporciona un espectáculo tan sublime, tan conmovedor, tan bello y tan solemne, que nadie que lo haya contemplado, dejará de recordarlo toda su vida...

Mirad... Regresamos de *Pozzuoli*, no por la *Gruta*, sino por la orilla del mar, girando en torno del Promontorio de Posilipo, por un elevado camino tallado en las acantiladas rocas.

Empieza á declinar la tarde. El sol se pone en lo último del Mediterráneo...—¡Todavía lo verán durante una hora en nuestra adorada España!...

Ya hemos llegado á la misma *Punta de Posilipo*. Desde aqui se descubre juntamente la region mitológica que acabamos de abandonar, y todo el Golfo de Nápoles, la Ciudad, las Islas, el Vesubio y las Ciudades sucesivas que bordan la orilla de la península de Sorrento.

Este es el *Nápoles* descrito por Lamartine en *Graziella*: el Nápoles

que hay que ver para despues morir...—¡Qué cielo! ¡qué mar! ¡qué magestuoso silencio! ¡qué extática inmovilidad de las olas!—No corre ni un leve soplo de brisa: el humo del Volcan, enrogecido por el sol poniente, se levanta á una altura inconmensurable, como una pluma descomunal de color de escarlata. Los cristales de la poblacion brillan como el fuego. El mar se halla tan dormido, que los barquichuelos, las casas y las peñas se repiten en él, dibujando en el seno del golfo otra ciudad submarina.—¡Es la Sirena Partenope que sonrie desde el fondo de las olas!— En otros lados la quietud del agua es tal, que en su unida y trasparente superficie de color de leche se dibujan manchas y franjas oscuras, indicando las corrientes de lo hondo...—¡Parece una dilatada piel de pantera, extendida á los pies de la ciudad!

Del abrigado Puerto salen en este instante ocho ó diez Vapores en direcciones diversas, dejando en el apacible golfo largas estelas de cristal y aljófar, que parecen dulces recuerdos y tiernos saludos de los que abandonan esta mansion de delicias.—Yo sigo con la vista las embarcaciones que se alejan hácia Occidente, hácia la madre España...—Las aves, cerniéndose como puntos negros en el fondo de oro del horizonte, sobre la intensa luz crepuscular, parece como que acompañan á aquellos buques, cuyo alto velámen, hinchado por las brisas de alta mar, se destaca todo entero, y fantásticamente agigantado, en el último término del espacio indefinido...—¡Oh momento!

Todos los que han salido de *Nápoles* ó vuelven de *Bagnoli* por este camino, han hecho alto como nosotros en un elevado balcon que domina tan grandioso panorama. Las damas, reclinadas en sus carruajes; los ginetes, inmóviles en las sillas; los que han venido á pié, reclinados en las peñas, todos callan. La sublimidad de esta hora patética, embarga, electriza los corazones. ¡Cuánta vida y cuánto silencio!—Diríase que se asiste, como á una tragedia, á la muerte de tan hermoso dia.

¡Oh! sí: el momento es augusto: la naturaleza, suspensa, pasmada de su propia hermosura, se complace en prolongar estos dulcísimos instantes. Creeríase que el tiempo se ha parado, condensándose y resumiéndose en una sola hora. Todos los siglos muertos, y los futuros, palpitan confundidos en la belleza eterna de la creacion. La melancolía de nuestra rápida existencia da lugar á un inefable gozo, cuya verdadera expresion se encuentra en la frase proverbial: *Ver á Nápoles, y despues morir*...—Y, en efecto: ¿qué nos importa morir, si hemos vivido cuanto puede vivirse: si hemos gustado en un solo instante todas las delicias de la tierra?

No bien se oculta el sol, todos respiramos á un tiempo; todos levanta mos la cabeza; todos tenemos los ojos humedecidos.

Ha cesado el silencio: pónense en movimiento carruajes y ginetes: renace la conversacion...—Hemos vuelto á nuestra pobre vida humana.

Entre tanto, una sombra súbita, rápida, instantánea, ennegrece todo el cuadro que hace un minuto reflejaba destellos y colores.

Diríase que el tiempo apresura el paso, á fin de ganar los momentos perdidos durante su involuntario éxtasis.

Despues de estos paseos, el alma embelesada queda rendida de su larga tension armónica con la belleza universal, y pide á gritos emociones más limitadas, goces más leves.—El mismo *Fausto* se parece algunos ratos á su discípulo Vagner.

Es, pues, el momento de volver á *Nápoles* á todo el correr de los caballos, y de apearse á la puerta de la *Trattoria de Petrillo*, famosa si las hay.

Allí encontramos un animado concurso de Oficiales de la Milicia Nacional del Piamonte (encargada de guarnecer á Nápoles, en tanto que el Ejército lucha contra Gaeta), y una infinidad de garibaldinos, que cantan himnos patrióticos, llevaudo el compás con los cuchillos en las copas y en los vasos. Y allí nos esperan las exquisitas ostras del *Lago Fusaro* (que acabamos de visitar), servidas por el mismo marinero que las cogió esta tarde; el cual es cojo y bello como un verdadero Lucifer.

Hánle encojado en la última guerra, allá en Sicilia, á donde fué como voluntario de Garibaldi, á pesar de sus diez y siete años.—¡Oh! ¿quién te mandó dejar tu pacífica *arena* por la otra ensangrentada? ¡Serías ménos ilustre; pero no llevarias toda tu vida esa reacia pata de palo!

El vino de Capri le va muy bien á las ostras, y los higos de Ischia se dejan atrás á los de Smirna, aunque á la verdad no les llegan á los de Turon. En cuanto á las nueces de Sora, no tienen igual en mis recuerdos.

Pero lo más notable de todo es el limon que exprimimos sobre las ostras: su perfume no desaparece de la mano en muchas horas...—¡Bendita tierra, donde (como dijo lord Byron de otra que no debo nombrar) *todo es bello... menos el espíritu del hombre*!

Al reflexionar acerca de los espantosos vicios, pregonados en voz alta como mercancías, de los abyectos moradores de esta ciudad inicua y deliciosa, me acuerdo naturalmente del *Vesubio*, azote levantado sobre Nápoles y que lo castiga con frecuencia; y, al acordarme del *Vesubio*, me estremezco de ansiedad, de alegría, de miedo y de esperanza al pensar que mañana saldremos para *Pompeya*, desde donde subiremos á la cúspide misma del volcan, al borde mismo del cráter...

Pero, antes, ya que hemos comido, bueno será que vayamos al gran *Teatro de San Cárlos*, donde se estrena no sé qué ópera de Verdi.

El *Teatro Reale di San Carlo* es el mejor de Europa, al decir de todos los viajeros. Sus dos rivales son el de la *Scala* de Milan y el *Teatro Real* de Madrid.—El teatro de la *Scala* es un poco mayor, pero no tan lujoso en la ornamentacion de la sala, ni tan rico en trajes y decoraciones como el coliseo napolitano. El de Madrid lo aventaja solamente por la comodidad que ofrece al público y por aquel aire severo y magestuoso de que ya hablamos en Milan.

El *Teatro de San Cárlos*, obra de nuestro insigne Cárlos III (que, como todo el mundo sabe, reinó en *Nápoles* quince años, antes de ser Rey de España), contiene seis órdenes de treinta y dos palcos, en cada uno de los cuales caben doce personas.—El público que encuentro en él es elegante y distinguido, y bastante circunspecto para una ciudad tan bulliciosa.—Aquí veo algunas napolitanas hermosas (cosa rara) y muchas extranjeras celestiales.

Los barrios principales de *Nápoles* tienen alumbrado de gas; pero el *Teatro* se halla iluminado con aceite, lo cual se explica por el miedo que el penúltimo Rey tenia á los incendios.—Y aquí necesito advertir que el *Teatro* y el *Palacio Real* están enlazados por una galería.

Otro defecto del *Teatro de San Cárlos* consiste en que al final de la Sala hay, como en todos los demás de Italia, un gran espacio sin asientos en que se apiña la turba multa.

La nueva ópera de Verdi se titula la *Batalla de Legnano*, y, por consiguiente, es de circunstancias. Trátase en ella de la *Liga lombarda* contra los Austriacos.

A pesar de esta recomendacion, ha sido silbada, y con suficiente motivo.

Durante la representacion, ha habido siempre dos centinelas entre bastidores.—Es una antigua costumbre, establecida por la casa de Borbon.

El baile nos indemniza en cierto modo de la ópera.—La *Boschetti* es una verdadera sílfide, y las decoraciones y los trajes exceden á todo elogio.

Por lo demás, las bailarinas no sacan ya pantalones verdes como en tiempo de los Borbones...—Pero no lo lamenteis por el pudor público. Aquellos pantalones no impedian que Nápoles fuese, entónces como ahora, el pueblo más cínico y sensual de la tierra: aquellos pantalones eran una irrision, un sarcasmo.

Tambien se ha abolido últimamente otra costumbre, aún más donosa, que consistia en no permitir el dia del Rey á ningun actor morir en escena.—¡La Gracia Real lo perdonaba!—Entre tanto, eran ahorcados y fusilados de veras, no ficticiamente, millares de reos políticos, por órden del clementísimo Fernando II.

Despues de la funcion, bajo al *Café del Teatro*, donde llama mi atencion un hombre hermosísimo, vestido con túnica blanca, botas, sable, y turbante de astracan.—Pregunto á mi antiguo y excelente amigo el Cónsul de España en Nápoles, don Cárlos Morejon, quién es aquel extraño personaje, y me responde que es el *criado armenio* de Alejandro Dumas.

Porque Alejandro Dumas está en *Nápoles*, escribiendo un periódico en defensa de la unidad italiana...

Pero hélo aquí, que viene á refrescar.—Su criado no habia hecho más que precederle, á fin de prepararle el triunfo.

Todo el mundo se pone á contemplar al insigne autor de *Los Mosqueteros*.

¡Salud á mi novelista favorito de la edad de los sueños y de las ilusiones!

Y vámonos á casa; que mañana tenemos que madrugar.

IV.

EL MUSEO BORBÓNICO.

Nápoles, 18 de Enero, por la mañana.

Antes de emprender nuestra excursion á *Pompeya*, para donde saldremos dentro de dos horas, bueno será recordar de nuevo, y con algunos pormenores, la gran catástrofe, sin igual en el mundo (si se exceptúa la que aniquiló á Sodoma, Gomorra, Seboin, Segor y Adama), que acabó en un dia con aquella grande, rica y populosa Ciudad, fama y orgullo de la Campania, y uno de los retiros predilectos de los más ilustres romanos.

Oigamos primero á un testigo presencial: á *Plinio el Jóven*.

Plinio el Jóven tenia 18 años el 79 de nuestra Era, cuando se verificó la espantosa erupcion del *Vesubio* que destruyó á *Pompeya*, *Herculano* y *Staviœ*.—Hallábase en Miseno, antigua ciudad, situada á tres leguas de Nápoles, delante de la cual estaba anclada una escuadra mandada por su ilustre tio y padre adoptivo, *Plinio el Naturalista*.—La madre de aquel y hermana de éste llamó la atencion del sabio anciano sobre una rara nube que coronaba el *Vesubio*, y Plinio, adivinando un fenómeno plutónico extraordinario, hizo preparar un buque y se dirigió al pié del volcan, á la ciudad de *Staviœ*, donde desembarcó, sin reparar en las cenizas y piedras calcinadas que caian ya sobre el barco y sobre todas las cercanías.—en *Staviœ*, cuyo último dia era aquel, tranquilizó á su amigo Pomponiano, se hizo conducir al baño y comió tranquila y alegremente.

«*En seguida* (dice Plinio el Jóven en una carta al insigne Tácito, l. VI, 16), *se acostó y durmió profundamente, pues desde la puerta se oia el ruido de su respiracion... Sin embargo, el patio por donde se entraba en su aposento empezaba á llenarse de piedras y cenizas, de tal manera que á poco más que hubiera permanecido encerrado, no habria podido salir. Despertósele, salió y fué á reunirse con Pomponiano y los demás que habian velado su sueño. Una vez juntos, deliberaron sobre si debian encerrarse en la casa ó vagar por el campo, y viendo que todas las casas estaban cuarteadas por los violentos y frecuentes temblores de tierra... se ataron unas almohadas sobre la cabeza para defenderse de las piedras que caian, y salieron. El dia empezaba á amanecer; pero en torno de ellos reinaba la más sombría y densa noche, interrumpida por diversas claridades. Llegaron á la playa: el mar estaba tempestuoso y les impedia*

reembarcarse. Allí mi tio se acostó sobre una manta extendida en el suelo, pidió agua fria y bebió dos veces. Pronto las llamas y un olor á azufre que anunciaba su proximidad pusieron en fuga á todo el mundo y obligaron á mi tio á levantarse. Alzóse, apoyado sobre dos esclavos jóvenes, y en el mismo instante, cayó muerto, sofocado, á lo que yo imagino, por aquella espesa humareda. Su pecho era naturalmente débil, estrecho y anhelante. Cuando apareció la luz (tres dias despues del que habia sido el último para mi tio), hallóse su cuerpo entero [y sin heridas... Su actitud era la del sueño, más bien que la de la muerte.»

En cuanto á Plinio el Jóven, se habia quedado en Miseno, retenido por sus estudios.—Su madre despertó sobresaltada por la violencia del terremoto y corrió á la habitacion de su hijo. Sentáronse juntos, y el mancebo se puso á leer á Tito Livio.—Pero las sacudidas continuaban, y la casa se les venia encima.—Huyeron pues, al campo...

»*La playa se habia ensanchado* (dice Plinio en otra carta al mismo Tácito, que le habia pedido pormenores del cataclismo para sus ANALES): *muchos pescados estaban en seco sobre la arena; una nube negra y horrible se entreabria á veces, desgarrada por los surcos de las llamas, semejantes á relámpagos... Esta nube bajóse hasta la tierra, cubrió la mar, robó á nuestros ojos la isla de Caprea y nos ocultó la vista del promontorio de Miseno... A mi me sostenia este pensamiento triste y* CONSOLADOR *á la vez*: QUE TODO EL UNIVERSO PERECIA CONMIGO.»

¡Durante este cataclismo, *Pompeya* habia desaparecido de la faz de la tierra!

En el momento de la erupcion hallábase reunido el pueblo en el *Anfiteatro*, que podia contener 20,000 personas; lo cual explica el escaso número de esqueletos que se encuentra hoy en las escavaciones.—Se cree que la poblacion huyó hácia Levante.—En medio de repetidos temblores de tierra, de espantosos truenos y de inmensas llamaradas del volcan, empezó á caer sobre *Pompeya* una lluvia tan densa de cenizas y de agua caliente, que en pocas horas la Ciudad habia desaparecido (sin hundirse otra cosa que los techos) bajo una capa de lodo volcánico que se levantó más de cuatro metros sobre los mayores edificios.

Los errantes pompeyanos volvieron á los pocos dias; hicieron algunas excavaciones en busca de sus tesoros, y fundaron á pocas leguas de la difunta Ciudad una pobre Aldea, que tambien llamaron *Pompeya*, la cual fue destruida á su vez por otra erupcion al cabo de cuatrocientos años.

Las grandes mudanzas que por entonces experimentó el mundo, con la propaganda del Cristianismo, la invasion de los Bárbaros, el fin de la Gentilidad y la caida del Imperio Romano, sumieron en el olvido aquel acontecimiento, y nadie se acordó ya de *Pompeya*: nadie pensó en determinar su antigua situacion, ni en levantar el sudario que la cubria...

¡Asi pasaron *diez y siete siglos* desde la destruccion de *Pompeya!*

Durante ellos, una sola vez pudo ser exhumada casualmente la Ciudad

y fue en 1592, cuando se abrió un Canal por encima de ella para llevar las aguas del Sarno á *Torre Anunciata*, aldea levantada á muy poca distancia del trágico escenario...—Pero nada se descubrió, á pesar de que el Canal cruzaba sobre el *Foro* y sobre el *Templo de Venus*...

Finalmente, el año de 1748, reinando aquí nuestro Cárlos III, unos campesinos hicieron un hoyo, en busca de agua, en los viñedos que cubrian toda la ciudad, y descubrieron algunos objetos de arte.—Esto movió la curiosidad del Rey: estudióse, investigóse, compulsáronse datos, y ya no cupo duda de que *Pompeya* existia entera debajo de aquellas viñas.—Las excavaciones confirmaron y excedieron todos los cálculos: la ceniza, aunque muy endurecida por los siglos, se levantaba fácilmente: *Pompeya* se encontraba intacta: los objetos más perecederos se habian conservado prodigiosamente.—La antigüedad pagana brotaba, pues,de la tierra, viva, auténtica, fehaciente, como si la evocase la trompeta del Juicio Final!

Pero Cárlos III se fué á reinar á España, y sus sucesores no dedicaron á las excavaciones la atencion preferente que merecian.—Murat las emprendió en gran escala; pero despues de Murat vino otra vez la dinastía de Borbon, y con ella la indiferencia á una empresa tan interesante.—Baste decir, que el último Rey le destinaba solamente cinco mil duros anuales.—Asi es que, despues de haber pasado más de un siglo desde la resurreccion de *Pompeya*, sólo se ha descubierto hasta hoy la quinta parte de la ciudad, permaneciendo todavía el resto bajo su abrumadora mortaja.

Hé aquí lo que vamos á ver; pero, antes, no estará de más que recordemos asimismo las visitas que hemos hecho al *Museo Borbónico* de Nápoles, construido tambien por Cárlos III con el exclusivo objeto de recoger y coleccionar todos los objetos curiosos ó de arte que se fuesen encontrando en *Pompeya*.

El *Museo Borbónico* es notabilísimo, áun para los que han visitado el del Vaticano y los de Florencia. Como edificio, llama la atencion por su magnitud y buena distribucion. Por su riqueza histórica y artística, no tiene igual en el mundo.—Y es que los objetos que encierra el *Museo Borbónico* interesan más intimamente que los guardados en los demás: aquí todo tiene el polvo del tiempo, la verdad de la vida, la realidad ó la actualidad del ser.

Imposible fuera enumerar los mosáicos, las pinturas murales, las estátuas de mármol y de bronce, las inscripciones, los bajo-relieves, los vasos, los *papyrus*, los muebles, las ropas, las alhajas, las monedas, las medallas, los instrumentos que guardan aquellos armarios.—Yo citaré al acaso los objetos que más han cautivado mi atencion.

Empezaré por lo último: empezaré por el *Museo Secreto*, cerrado y sellado por Pio IX cuando visitó á *Nápoles*, y abierto hoy á los que tienen ciertas recomendaciones.—Allí se ve con horror y asco la explicacion

providencial de la destruccion de *Pompeya*: allí el mármol y el bronce, el hierro y el barro, maravillosamente trabajados por el arte, representan toda la vileza de los más inmundos placeres, no sólo en estátuas, frescos y relieves, sino en los últiles de la vida doméstica; en ánforas. vasos, tinteros, lámparas, pesos, herramientas... hasta en los adornos de la persona...—¡Cómo se revelan allí la Nápoles griega, la Nápoles romana y la Nápoles de nuestros dias!...

Ningun delito entre ellos era nuevo...

dice en su famosa *octava* de *nueve* versos nuestro inspirado Zorrilla, hablando de Pentápolis.—Yo añadiré, como él:

.... Mas tente ¡oh pluma! que en maldad te tiño
Y á llevarte adelante no me atrevo;
Que á lo que el mismo Dios volvió sus ojos,
Diera en mi voz al universo enojos.

Citaré, sí, la *Sala de Pinturas antiguas*, que pasan de mil seiscientas, y son frescos trasladados de las casas de los pompeyanos.—El dibujo no ha llegado, ni en los tiempos de Rafael, al extremo de gracia y perfeccion que revelan aquellas figuras ó los adornos y caprichos decorativos que allí se admiran.—Todos conocen por el grabado (y sirva esto de muestra) las *Trece Bailarinas* cuyos originales allí se guardan... ¡A este tenor es todo lo que aquella Sala encierra!

En un armario de cristales se conserva una endurecida masa de las cenizas que rodearon el cuerpo de una mujer, en las cuales quedaron impresas las ámplias y bellas formas de su seno y de sus hombros.—Aquel espantoso molde se encontró en la bodega de una casa de *Pompeya.*

En el mismo armario se ve el cráneo, todavía con pelo, de aquella desgraciada; un hueso de uno de sus brazos, y las alhajas de oro que la adornaban en el momento de la catástrofe...

En otras Salas encontrareis todos los enseres, todos los objetos que figuraban en la vida de la poblacion pompeyana, conservados tan perfectamente, que no podeis comprender que cuenten mil ochocientos años de fecha.—Allí admirais el grado de civilizacion á que habian llegado los Antiguos, y sobre todo, la semejanza de sus invenciones con las nuestras: allí aparecen sus costumbres con los más nimios pormenores: allí veis pesos, medidas, lámparas, pebeteros, objetos de tocador, arneses, carros de triunfo, todo de una suprema elegancia, que hoy pugnan por imitar los artífices de Italia, Francia y Alemania: allí hay moldes para hacer pasteles, parrillas para asar la carne, herramientas de todos los oficios; camas, sillas, corazas, lanzas, espadas, dedales, husos; un casco que encierra el cráneo de su dueño; hornillos portátiles, cocinas económicas: alhajas y adornos femeninos de tan exquisito gusto, que hoy sirven de modelo á los plateros de París y Roma; instrumentos de cirugía iguales á los que en nuestros dias han merecido privilegios de invencion por su



MOLINO Y HORNO EN POMPEYA.

perfeccion y utilidad (*speculum*, *forceps*, *fibula*, sondas, escalpelos); compases (uno de ellos para reducir); un peso de plomo con una inscripcripcion por un lado, que dice: *eme*, y otra por el otro, que dice: *habebis*; una balanza *verificada* ó contrastada en el Capitolio, segun su marca; tinteros, stylos, tabletas de marfil, plumas de madera de cedro, estuches de plumas; trompetas, clarines, timbales, clarinetes; y (¡lo que es más todavía!) trigo, frutos, pan, heces de vino y aceite, y, en una cacerola, restos de un guisado en que se ha reconocido la *polenta*, que llamamos ahora. —Entre los objetos de tocador, vereis espejos de metal, botes con cosmésticos, cajitas de colorete, broches, peines, agujas, tijeras.—Tambien encontrareis billetes de teatro, que son unos pedacitos de marfil, donde se ve el título de la comedia, el nombre del autor y el número de la localidad: «*La Casina de Plauto* (dice uno de ellos): 2.ª *platea*: 3^er^ *rincon*: *grada* 8.ª» —En compensacion, veis un cepo de hierro, encontrado en un cuerpo de guardia, con cuatro esqueletos cogidos por los pies; y cierto esqueleto con una bolsa en la mano (¡tremenda imágen de la avaricia!), que me ha hecho imaginar mil fantásticos horrores.

Lo más trascendental que encierra el *Museo Borbónico* son los *papyrus* encontrados en *Herculano* (cuya destruccion fué más definitiva que la de *Pompeya*, pues lo inundó y cubrió una inmensa ola de cierto betun parecido á lava hirviente).—Los *papyrus* arrollados, que constituian los libros de los Antiguos, fueron, pues, carbonizados completamente, á tal punto, que al principio se les tomó por carbon ó cisco, y eran destruidos sin reparo alguno.—Despues se vino en conocimiento de que aquellas pavesas guardaban la ciencia y la literatura de la Gentilidad; de que aquellos carbones encerraban el diamante... Empero ¡imposible leer los papypus, imposible desliarlos, imposible tocarles!...—Se deshacian como ceniza.

Mas ¿qué no vence una voluntad constante?—Un sabio religioso, el padre Antonio Piaggi, encontró el medio de desarrollar las pavesas ennegrecidas, de fijarlas sobre una ténue membrana trasparente, y de leer lo escrito!—Yo he visto funcionar tan ingenioso aparato...—¡Ay! pero al mismo tiempo he sabido que no se ha descifrado hasta ahora ningun libro de verdadera importancia.—Los once gruesos volúmenes que van publicados son comentarios sobre filósofos conocidos, ó historias de guerras mejor contadas por los autores clásicos.—Sin embargo, quedan 1,300 *papyrus* por desarrollar... ¡Quién sabe si esconderán algun tesoro, alguna de las obras maestras de que nos habla la fama y cuyo texto no ha llegado á nuestros dias!

En *Pompeya* no se han encontrado hasta hoy *papyrus*.—Tal vez la ceniza y el agua los destruyeron.

En cuanto á las obras de arte que se admiran en el *Museo Borbónico*, me limitaré á nombrar las principales, que en mi concepto son: el famoso *Gladiador moribundo*,—*Ganimedes y el Aguila*,—la *Minerva Farnesio*,—*Agripina* sentada, llorando la muerte de Germánico,—la célebre *Flora*

ó Venus vestida,—*Atlas, sosteniendo el cielo,*—el *Grupo del Toro Farnesio,* maravilla del cincel griego, de una sola pieza de mármol,—y, sobre todo, me complaceré en recordar (como uno de los mayores prodigios artísticos que he contemplado) el *Hércules Farnesio*, (obra de Glycon de Atenas, gigantesca estátua en que el artista ha representado la fuerza de dos maneras, á cual más ingeniosa: primera, poniendo al musculoso gigante una cabeza pequeña, estrecha, que recuerda vagamente la de un toro; y segunda, haciendo que la figura tenga que apoyarse para no caer...—¡Idea felicísima! ¡confundir el *peso* con la *fuerza!*

Entre los muchos y muy buenos cuadros que encierra tambien el *Museo*, citaré la impúdica y renombrada *Danae* de Ticiano, la cual se halla en otro *gabinete secreto,*—una Vírgen de *Correggio*, modelo de gracia, llamada *la Gitanilla,*—y un *San Gerónimo,* que despierta al són de la trompeta del Juicio final é invoca la clemencia de Dios, obra magistral de nuestro inspirado Ribera...

Pero nosotros no hemos recordado el *Museo Borbónico* con otro objeto que el de disponer el ánimo para nuestra excursion á *Pompeya*, al *Vesubio* y á *Herculano.*—Ya hemos visto los despojos de las víctimas del volcan... Partamos ahora, y contemplemos los cadáveres de ambas ciudades y el fantasma de fuego que se enseñorea sobre un mundo de ceniza. . . .

. . . .

V.

UN DIA EN POMPEYA.

18 de enero.

Son las nueve de la mañana cuando salimos de *Nápoles*, de donde arranca un modesto ferro-carril, que se dirige á Nocera por la orilla del mar, y que pasa por delante de *Pompeya.*

A los pocos minutos de marcha llegamos á *Portici*, Sitio Real, lleno de preciosas Casas de campo, y cuyo famoso *Palacio* es tambien obra de Cárlos III.

No podemos detenernos á visitarlo...—Nuestro viaje es á *Pompeya*, y nada más que á *Pompeya!*

Hace una mañana hermosísima.—Seguimos avanzando hácia el *Vesubio...*

Hé aquí á *Resina*, ciudad de 10,000 habitantes.

Debajo de ella se encuentra *Herculano*, cuyas ruinas, abrumadas por una inmensa mole de betunes, no alumbrará jamás la luz del cielo.

Ya volveremos.—Continuemos nuestra marcha.

Pasamos al pié del Volcan, á media legua de su cima, siempre por la playa...

Inmóviles rios de lava antigua penden, por decirlo así, desde el gi-

gante al mar, al modo de colosales y retorcidas cabelleras.—Me recuerdan los *glaciers* de Suiza.—Como ellos, cada una de estas corrientes solidificadas tiene su fecha: *Lava de* 1767: *lava de* 1794: *lava de* 1806...—Son monumentos de horror, fabricados por la naturaleza.

Generalmente se sube desde aquí al *Vesubio*; pero nosotros haremos la ascension grande, la completa, la difícil, la espantosa:—¡Subiremos desde *Pompeya*; cruzaremos la cumbre del Volcan, y descenderemos casi verticalmente á la region de las lavas!

Adelante, pues...

Estamos en *Torre del Greco*, ciudad de 16,000 habitantes, muchas veces destruida por los terremotos y siempre reedificada sobre el mismo lugar.

¡Tal es la temeridad del hombre! ¡Así se acomoda, en cualquier proporcion que sea, á la contingencia infalible de la muerte!

—Nadie es inmortal (dirá el morador de las faldas del *Vesubio)*, y esta comarca es la más fértil del mundo: ¿á qué marcharme á otra region ménos peligrosa, si al cabo moriré tambien en ella?

Y tiene razon: los alrededores del Volcan son verdaderos paraisos: ¡hasta sobre la misma lava crecen las renombradas cepas que producen el *lacryma Christi!*

Por lo demás, la catástrofe avisa con algunos dias de anticipacion. Cuando las fuentes y los pozos se secan, y los reptiles salen espantados ó abrasados de sus madrigueras, y la actividad del cráter aumenta extraordinariamente, y el humo se levanta á una legua de altura, tomando la forma de un gigantesco pino, la erupcion es indudable...—Entonces la poblacion abandona todas estas ciudades; y, si al regresar á ellas las encuentra arruinadas, las vuelve á edificar muy tranquilamente..., y en paz!

Ahora: lo que no comprendo es que haya un polvorin, como lo hay, á dos kilómetros del cráter, encima de *Torre Anunciata!*

Porque ya estamos en *Torre Anunciata*, ciudad de 16,000 almas, que ha reemplazado á *Pompeya*, por más que medien tres millas entre ambos pueblos.

Hé aquí la explicacion de este aparente contrasentido: *Pompeya* era puerto de mar; pero las materias volcánicas, y acaso tambien los terremotos, han interpuesto una legua de terreno entre las olas y el antiguo puerto. Ha quedado, pues, *Pompeya* retirada tierra adentro, y en el nuevo espacio robado á las ondas se ha edificado á *Torre Anunciata*, cuyo Puerto hace las veces del pompeyano.

Sin embargo, no nos apeamos en su Estacion, sino que caminamos algunos minutos más, y otra Estacion solitaria aparece á nuestra vista.

El tren se para otra vez.

—¡*Pompeya!*—gritan los empleados del ferro-carril.

«Pompeya,» —se lee en la pared de la *Estacion*.

Y á poca distancia se descubren unas Murallas derruidas...

¿Qué resurreccion es esta? ¡Lo mismo habria sucedido si *Pompeya* no

hubiese muerto! ¡La ciudad-cadáver tiene su Estacion de camino de hierro! ¡La ciudad enterrada durante diez y ocho siglos se coloca de un solo paso á la altura de nuestra civilizacion!—¡Espantosa ironía!

Así es que, al oir gritar «*¡Pompeya!*» entre los silbidos de la máquina, paréceme que acaban de decir en tono de burla: *¡Surgite mortui!*

Nadie acude de la capital difunta en busca de este tren, que ya piafa de impaciencia por continuar su camino.

Nadie tampoco se apea aquí al mismo tiempo que Dióscoro y yo.

Nosotros somos los únicos viajeros que han venido hoy á *Pompeya.*

Pero nadie sale á recibirnos: nadie se asoma á aquellos ruinosos muros.

El silencio de los sepulcros reina en toda la comarca.

Parte al fin el tren, y se aleja en busca de la vida y llevándola en su seno.

Nosotros nos quedamos á solas con la muerte.

Pero, ¿qué es lo que vemos?—Allá, lejos, cerca de la muralla, se descubre un edificio aislado, elegante, modernísimo, sobre cuya puerta dice un letrero: «*Hotel Diomedes.*»

¡Diomedes!...—Diomedes era uno de los más ricos habitantes de la antigua *Pompeya,* y en su casa se han hallado muchas preciosidades artísticas de los mejores tiempos de la civilizacion Romana.—Es decir; que Diomedes murió hace mil ochocientos años!!...

Vamos allá, y veamos qué especie de irrisorio edificio es ese que lleva su nombre.

¡Oh desencanto!—El *Hotel Diomedes* es una Fonda, edificada hace dos ó tres años, y cuyo dueño, francés por más señas, sale á recibirnos haciéndonos muchas cortesías...

Yo me asombro de que esté vivo, y siento tentaciones de hablarle en latin.

El francés adivina entre tanto nuestros proyectos, y nos traza el plan que debemos seguir para realizarlos.

Su plan (y, por lo tanto, el nuestro) es el siguiente:

1.° Almorzaremos tortilla y chuletas de carnero.—No hay otra cosa.

2.° Despues de almorzar, pasaremos á *Pompeya*, que dista de aquí medio kilómetro.

3.° Allí encontraremos un Guia, que nos conducirá ante el Director de excavaciones, único habitante fijo de la Ciudad, para el cual traemos una carta de recomendacion.

4.° El Director nos acompañará por las calles..., todas desiertas, y nos introducirá en las casas..., todas deshabitadas.

5.° A la noche vendremos á comer y dormir á este mismo Hotel.

6.° Mañana de madrugada subiremos al *Vesubio*, llevando provisiones para almorzar en su cima.

7.° El susodicho francés, ó sea el ponente, nos proporcionará caba-

llos para la primera mitad de la ascension, y un Guia para el resto de ella.

8.° Al medio dia bajaremos por el otro lado del Volcan, y llegaremos á *Herculano*.

Y 9.° y último: Despues de visitar las calles subterráneas de *Herculano*, regresaremos á Nápoles en camino de hierro.

Total: unos cien francos por persona.

Dos horas despues.

Hénos á las puertas de *Pompeya*.

La primera ojeada basta para sentirlo y comprenderlo todo.

Una calle larga, recta y sola, embaldosada de lava, con altas aceras, se extiende ante nuestros ojos.—A uno y otro lado se ven casas con los techos derruidos.—En esta calle no hay otro vestigio humano que las huellas marcadas en el pavimento por los carros que rodaron muchos años sobre él y que despues no han rodado durante diez y ocho siglos.

Nada se oye.—Nadie pasa por ninguna parte...

Como esta calle, hay muchas..., muchísimas...

¡Y nada más!

De trecho en trecho encontramos unas pasaderas de piedra, destinadas á que los transeuntes cruzasen de una acera á otra los dias de lodo. Entre las pasaderas quedan cuatro ranuras, abiertas á distancias proporcionadas á la anchura de los carros de aquellos tiempos.

Estos pormenores, que tanto recuerdan *la vida*, me causan una profunda trísteza.

A la puerta de algunas casas hay unos altos asientos de piedra, á los cuales se subian los pompeyanos para montar á caballo.

Hoy son inútiles.

En los muros se leen borrosos letreros en latin, escritos hace mil ochocientos años, que delatan los amores de tal mujer, ó el delito de cual hombre; versos de Virgilio ó de Ovidio; palabras obscenas, y anuncios de fúnciones dramáticas ó de luchas de gladiadores.

¡Estas funciones no llegaron á verificarse!

Las fuentes públicas que se encuentran á cada paso no manan agua; los conductos de plomo que los surtian están rotos, y otros se ven fundidos por la abrasada ceniza que exterminó la Ciudad.

¡Cuánta desolacion!

Pasais de una calle á otra: veis Arcos de Triunfo; veis Palacios, veis Templos, veis anchas Plazas llenas de grandiosas columnas que permanecen de pié, ó cuyos capiteles yacen al lado de los pedestales; veis el *Forum Civile*, el *Templo de Vénus*, las *Thermas* ó Baños Públicos, los *Tribunales*, las *Fábricas*, los *Teatros*...; pasais de la *Calle de las Tumbas* á la *Calle de los doce Dioses*, de la *Villa de Ciceron* á las *Prisiones*; recorreis toda la Ciudad en mil sentidos, y no encontrais á nadie, y no

sucede nada; y, sin embargo, todo os parece animado y vivo; todo reciente y nuevo.

¡Y ni compadecer podeis el destino de los pompeyanos! A cada momento, hallais á la entrada de una calle, ó en la puerta de una casa, un atributo infame de prostitucion, un signo de vileza, un ídolo nefando que os hace apartar la vista con horror...

Yo no ceso de recordar la *Pentápolis* de Zorrilla.

Con estos geroglíficos impuros
Se adornaron los pórticos, las fuentes,
Las calles y las plazas y los muros;
Y no quedaron ojos inocentes,
Ni oidos castos, ni recuerdos puros,
Ni rubor en los rostros impudentes...

El poeta habla de Sodoma: cualquiera diria que hablaba de *Pompeya.*

Por lo demás, la historia ostenta aquí un carácter con que no aparece en otra parte alguna. No es esta una representacion ó rememoracion del Mundo Antiguo, colegido por las ruinas, adivinado por los monumentos, aprendido por la erudicion.—La Antigüedad aparece aquí real, tangible, presente. ¡Es que no han *pasado* los diez y ocho siglos!

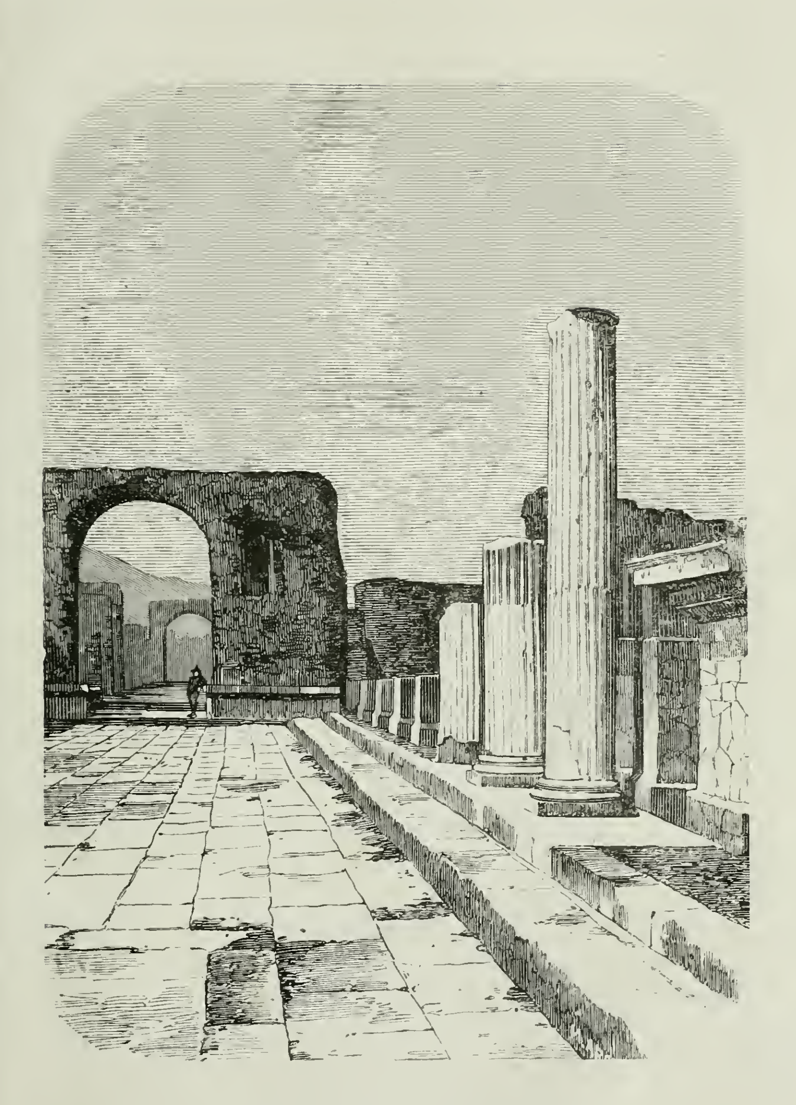
Y, en efecto, para *Pompeya* no han pasado. —*Pompeya* no ha sido testigo de nada de lo que ha sucedido en el mundo durante su largo sueño.—Sus casas, sus calles, sus templos no han visto lucir esos cièntos de miles de soles que constituyen casi todo el Imperio Romano, toda la Edad Media y los siglos del Renacimiento.—Trae, pues, *Pompeya* á la imaginacion la idea del Dia del Juicio.

He penetrado en muchas casas: he recorrido todas sus habitaciones, distribuidas al estilo griego, con suelos de mosáico y preciosas pinturas en las paredes: héme detenido en el *átrio*, en el *peristilo*, en el *venereum*, en el *cubiculo*, en el *triclinio*, en el *larario*.—Y me he preguntado por aquellas costumbres, por aquella civilizacion, por aquellos dioses...—Y la Era Cristiana ha aparecido ante mis ojos como un océano interpuesto entre dos mundos! . . . .

Las casas de *Pompeya* tenian (y tienen) en vez de *número*, el nombre de su dueño, escrito con letras rojas.—Diríase que los pompeyanos preveian el destino de su Ciudad y adivinaban que con el tiempo la recorrerian otras generaciones, sin hallar á quién preguntarle noticias sobre la poblacion.

En la esquina de una calle leo el siguiente anuncio, escrito en latin sobre el muro: «*Se alquila en los dominios de Julia Félix, hija de Spurius, del 1.° al 6 de los idus de agosto, un baño, un venereum, noventa puestos ó tiendas y algunas piezas en el primer piso, por cinco años consecutivos.—Si se estableciere casa de* PROSTITUCION, *se anulará el arrendamiento.*»—¡Siempre el mismo *ritornello*! ¡Siempre la prostitucion!

Imposible me fuera apuntar todo lo que veo y me maravilla; pero el



UNA CALLE EN POMPEYA.

mero nombre de algunos parajes revelará el interés con que los visito.

Aquí teneis la *Panadería*, donde se ha encontrado harina, trigo, el horno y todos los útiles del oficio:—aquella es la *Casa del Cirujano*:—hé aquí una *Fábrica de jabon;*—hé allí una *Botica*, que se halló repleta de drogas, y que tanta luz diera sobre la medicina antigua.—Mirad el *Gran teatro*, ó *Teatro trágico*, vasto semicírculo que se abria de cara al mar, fondo del escenario:—ved el *Teatro pequeño*, ó sea el *Odeon*:—apartémonos del *Gran Lupanar*, descubierto en 1845, lleno de asquerosas pinturas é idolos obscenos:—entremos en el *Granero público;*—penetremos en el *Erario*;—visitemos las *Prisiones;*—recorramos el *Taller del Escultor*;—detengámonos, en fin, en la *Posada de Albinius*;—pero no en la *Taberna y lupanar*, aquí próximos, en que vivian aliadas la embriaguez y la lascivia.

Al caer la tarde, fatigados de vagar todo el dia por tan inmensa necrópole, volvemos á buscar al Director de Excavaciones, al cual hallamos preparándolo todo para que veamos desenterrar parte de un aposento de una Casa de la *Calle de la Fortuna*.

Esta operacion nos conmueve extraordinariamente.—Los trabajadores levantan la ceniza con gran cuidado...—¡A cada instante nos parece que vamos á ver salir un esqueleto!...—Al descubrir las paredes, brillan á nuestros ojos los vivísimos colores de sus pinturas, que un momento despues empieza á amortiguar el contacto del aire...—Aquí sale un mueble, allí una lámpara de barro, ora un ídolo de bronce, ora madera carbonizada, ora trozos de elegantes esculturas.

Se diria que la catástrofe fue ayer.—¡Oh fidelidad de la muerte! ¡Oh incorruptibles cenízas! ¡Qué bien habeis guardado vuestra presa al través de las edades!

El suelo que se descubre es un precioso mosáico que representa el Nacimiento de Venus.—Al limpiarlo, se recogen algunas monedas con el busto de Neron.

Mas ¿qué es esto que encontramos en un ángulo del aposento?

Es una *cuna de hierro* en forma de nave...

¡Qué horror! Los operarios remueven las cenizas que hay dentro de la cuna, y el Director de Excavaciones, que tiene ya gran práctica en la materia, nos dice palideciendo:

—La cuna estaba *ocupada*: aquí veo huellas de sustancias *animales*.

Pero hacemos mal en horrorizarnos. Aunque este niño no hubiese perecido al empezar su existencia; aunque hubiese vivido cien años, ya habria muerto hace muchos siglos.

. . . .

El sol se va á ocultar.—Es la hora de recorrer toda la parte de *Pompeya* que permanece oculta bajo las cenizas, y de dirigirnos al *Anfiteatro*.

Esta colosal ruina se encuentra en un extremo de la Ciudad, muy lejos de las calles descubiertas hasta ahora.

Las excavaciones tuvieron primero por objeto demarcar el área de *Pompeya*, siguiendo la amplísima elipse de sus murallas, y, por consiguiente, se desenterraron todas sus Puertas y se fijaron los límites de la poblacion.

El *Anfiteatro*, por ser tan enorme y tan importante, apareció y fue exhumado entonces; pero se le ha dejado solo, en el confin oriental del inmenso cinerario.

Para llegar hasta allí, cruzamos la parte de *Pompeya* que permanece inhumada, oculta hace tantos siglos á la luz del sol y á las miradas de los hombres, tácita y latente bajo las hambrientas cenizas!

Un fertilísimo viñedo y una risueña flora, que aquí dan espanto, han brotado de la capa de tierra vegetal que cubre esta sepultura inconmensurable.

Yo creo cometer un sacrilegio al mover la planta por los senderos que cruzan este campo de dolor, y la fijo en el suelo con timidez y blandura, como temiendo lastimar á los que debajo duermen...

¡Oh! debajo de nosotros, en las entrañas de esta tierra sonriente, á cuatro metros de profundidad de esta verde y apacible llanura, hay calles, plazas, templos, estátuas, muebles, joyas y tal vez millares de esqueletos humanos!—La muda tierra esconde todavía el misterio de casi toda la ciudad difunta!

. . . .

Hemos llegado al *Anfiteatro*, que se conserva íntegro, aunque con las gradas derruidas en su mayor parte. Estas son treinta y tres, y desde la más alta se abarca un espectáculo verdaderamente sublime.

Ante todo, causa un terror instintivo el recordar que los habitantes de *Pompeya* se encontraban reunidos aquí en el momento de la catástrofe, y no puede uno ménos de mirar frecuentemente al *Vesubio* (cuya mole, demasiado próxima, cierra el horizonte hácia el Septentrion), para ver si se advierte alguna novedad en el humo que lo corona... y tranquilizarse al hallarlo en su estado habitual.

En cambio, en este *Anfiteatro* no acontece lo que en el de Roma: aquí no se teme que los leones hayan perpetuado su raza en las cavernas subterráneas: aquí se tiene á la vista un mónstruo tan tremendo, tan cruel, tan incontrastable, que la idea de las bestias feroces no causa espanto á la imaginacion. Y esto sin contar con que se sabe que hasta los temidos reyes de las selvas fueron impotentes contra la furia del Volcan, segun lo acreditaron ocho esqueletos de leones, encontrados sobre esta arena cuando se removió la ceniza.

Desde lo alto de la gradería, vemos la espaciosa elipse del *Anfiteatro*, las viñas, el campo fúnebre que he descrito, algunas excavaciones parciales verificadas en medio de él, los Muros y las Puertas que encerraban la extinguida poblacion, las Calles, las Casas, los Templos, el Foro..., toda la parte exhumada de la Ciudad: á la izquierda, álzanse el *Monte San Angelo* y el *Monte Cerelo*, á cuya falda se apiña el arbolado en gran-

des masas oscuras, sobre las cuales se destacan como blancas palomas algunos pueblecillos: al fondo, descubrimos la redondez del Golfo, azul y reluciente como un zafiro inmenso, y, en torno á las olas, las Ciudades que se miran en ellas: —*Castellamare* (con el Castillo en el mar, que le da nombre), *Sorrento*, ceñido de bosques y jardines, y la *Isla de Capri*, que parece una prolongacion de la *Punta della Campanella*:—más allá, la lontananza del Mediterráneo, una atmósfera de oro y esmeralda y un sol radiante que moja ya sus cabellos en las ondas, despues de un espléndido dia rico de música y de colores...: y, si volvemos á mirar más cerca, vemos con infinita melancolía las prolongadas sombras de las columnas solitarias que blanquean como esqueletos en la sorda extension de este desierto; vemos despedazados mármoles esparcidos por do quiera, haciéndonos imaginar que son los huesos calcinados y dispersos de la Antigüedad insepulta; vemos, en fin, á nuestra derecha, el siniestro verdugo de tantas generaciones, el triunfador de Pompeya, el titan de fuego, que, cuando patea irritado, aniquila y sumerge las comarcas que lo rodean y hace retroceder lleno de susto al turbulento piélago insondable.

. . . .

Se oculta el sol.—Salió esta mañana y se pone ahora, como ha salido y se ha puesto durante 1800 años, sin encontrar á nadie, sin lucir para nadie en *Pompeya*.

¡Ah! ¡Cómo se van diez y ocho siglos! ¡Cómo se van!—Si esta Ciudad hubiera seguido habitada todo ese tiempo, hoy estaria atestada de cadáveres. No cubririan las cenizas del *Vesubio* los restos de una generacion; pero, en cambio, la generacion que hoy morase aquí, hollaría con su planta la ceniza de otras cien generaciones precedentes.—Así es que, en este momento de solemne tristeza, no se da cuenta el alma de si compadece á los que murieron en *Pompeya* ó á los que en *Pompeya* hubieran nacido á no desaparecer la ciudad.

«*Año* 79» marcaba el reloj del tiempo la tarde aquella en que los pompeyanos, reunidos en este Circo, creyeron que habia llegado el fin del mundo.—«*Año de* 1861,» marca el sol de un dia de enero al despedirse hasta mañana de *Pompeya* sin habitantes.—¡Ah! ¿qué vale todo el poder; qué vale toda la furia destructora de un volcan, al lado de la vida de la Tierra, que rueda por los espacios, firme y segura en torno de su eje, regenerada todos los años por las caricias del sol, siempre jóven y hermosa, siempre ceñida de zonas bonancibles en que pueda renovarse la historia humana?

¿Ni qué vale la misma Tierra; qué vale la existencia de un astro más ó ménos,—incandescente ayer, mañana helado,—producto del consorcio de una cantidad errante de materia cósmica, agrupada sobre un centro fortuito por la misteriosa fuerza centrípeta, y destinado á romperse, á desaparecer, á aniquilarse en un tiempo dado...;—qué vale, digo, la vida de nuestro planeta, si se compara con la eterna máquina del Orbe, con la

inmensidad del Infinito, donde giran, mueren ó nacen continuamente millares de millares de mundos, animados y dirigidos por la omnipotencia de Dios?

. . . .

Es de noche. El universo exterior ha desaparecido. Las tinieblas se han apoderado de cielo, tierra y mar...

Refugiémonos en lo profundo del alma, donde tambien reside el Infinito.

VI.

EL VESUBIO.

19 de enero.

Despues de una noche inolvidable, cuya primera mitad he pasado contemplando á *Pompeya* á la luz de la luna, y la otra mitad soñando con la novela de Bulwer, con terremotos y con nuestra próxima subida al Volcan, amanece otro hermosísimo dia, que parece la repeticion del de ayer, y que está muy lejos de serlo, pues entre ambos soles hemos gastado veinte y cuatro horas de nuestra limitada vida, y esas veinticuatro horas no tornarán ya nunca ni para nosotros ni para nadie.

Todo se halla dispuesto para nuestra arriesgada expedicion de hoy. Los caballos nos esperan: las provisiones para el almuerzo que hemos de hacer al borde mismo del cráter, están ya preparadas: nosotros vamos armados de gruesos bastones con punta de hierro, á fin de asegurarnos en las ásperas cuestas de deleznable ceniza que tenemos que subir.—Podemos emprender la marcha.

Al principio caminamos por antiguas *carreteras pompeyanas*, dando la vuelta á las murallas de la Ciudad, y reparando en que las tales carreteras, embaldosadas de lava, están como alfombradas de una ceniza gorda y algo consistente.

Poco despues nos dirigimos en línea recta al inflamado Monte, cuya cima se eleva 1,200 metros sobre el nivel del mar, y por cuyas faldas hemos empezado á subir desde que nos apartamos algo de *Pompeya*.

El terreno que vamos atravesando es todavía muy fértil, á pesar de que el suelo tiene ya un aspecto mucho más mineral que vegetal. De entre las piedras calcinadas, de entre las escorias de fundidos minerales, de entre las huellas de la lava, de entre la misma parda ceniza (que parece arena), brotan frondosísimas vides, cuyos largos sarmientos se enredan á mil especies de árboles frutales, cubiertos ya de flores, mientras que en el suelo se ven rastreras matas de altramuz y de otras plantas que no conozco.

Asi caminamos media hora, siempre subiendo.

Al cabo de ella, alcanzamos un terreno estéril, en que se hunden los caballos. Y es que aquí ya no hay más que ceniza en las cuestas accesi-

bles, y algunas negruzcas peñas, que salen de trecho en trecho, al modo de garrosas rótulas del esqueleto del Volcan.

Cinco minutos despues, se nos nubla el sol, y sentimos que llueve sobre nosotros.—Pero ni llueve ni el sol se ha nublado. Es que nos hallamos á la sombra del *humo*, el cual, despues de levantarse á una grande altura, vuelve á caer en la direccion del viento, como una ondulante pluma.—En cuanto á la lluvia, es ceniza que se escapa de los pulmones del gigante.

Por lo demás, el horizonte sonrie en torno nuestro.—Sólo á nosotros nos domina el horror y nos cobija la sombra.

Ya empezamos á pisar frios y parados torrentes de antigua lava, cuyas olas, retorcidas y trenzadas, parecen la cabellera de Medusa.

Los caballos no pueden seguir... La pendiente, que ya era insufrible, llega ahora á los cincuenta grados.

Echamos, pues, pié á tierra y despedimos á uno de los Guias con las cabalgaduras.—Para descender, no se necesita auxilio. Ya ensayamos en Suiza la manera de bajar cuestas empinadas.—Igual haremos hoy.—Nieve ó ceniza, lo mismo es para el caso.

Ahora: para subir (y son muy pocos los que suben por este lado), se emplean tres sistemas, que son: 1.° atarse á la cintura una cuerda, de la cual tira un Guia, que sube de espaldas delante del viajero, mientras que otro le empuja por detrás; 2.° sentarse en una parihuela y dejar todo el trabajo á los dos Guias; y 3.° subir uno por su pié, como si fuera Guia y no viajero.

Nosotros hemos adoptado el último sistema, que, si bien más fatigoso que los otros dos, si bien penosísimo, si bien insoportable, es en mi concepto el más seguro, pues no va uno pendiente de la destreza ó de la buena voluntad de sus prójimos.

Pero (lo repito) semejante ascension es irresistible. A cado paso tenemos que detenernos, faltos de respiracion; y, si nos detenemos mucho, húndese la ceniza bajo nuestros piés y atrasamos lo adelantado...

Ya dejamos debajo de nosotros arroyos de lava líquida, cuyas espumosas escorias causan horror, y cuya marcha silenciosa y lenta sólo puede compararse á la del tiempo, que mata cuanto toca.

Afortunadamente, fluye poca cantidad y se enfriará y solidificará antes de llegar al pié del Monte; pero no por eso me arredra ménos su actividad destructora.—Mucho antes de llegar á una peña, la calcina: cuando la invade, la reduce á polvo. Todo se funde y se aniquila en torno de ella.—Venenosa lengua del Dragon horrible, no puede lamer sin matar.

La parte sólida del *Vesubio*, el verdadero Monte, concluye en esta region por donde se desborda la lava en negros chorros, que por la noche son rojizos.

El tercio de cuesta que subimos ahora se llama el *Cono de cenizas*.

Es una mole blanquecina de ochocientos metros de altura, formada

por las pavesas que arroja el cráter, las cuales suben á cierta elevacion y vuelven á caer sobre la montaña.

La mayor parte de esta ceniza se acumuló el mismo dia que desapareció *Pompeya*.

No bien ascendemos algo por el *cono*, empezamos á sentir calor bajo nuestros pies, reciamente calzados, y, cuando nos es forzoso poner la mano sobre la ceniza para no caer, tenemos que retirarla al punto...

Más adelante, notamos que de los hoyos que abrimos con los bastones cada vez que los clavamos para descansar, sale un humo negro y pestilante...

Entre tanto, la lluvia de ceniza arrecia sobre nosotros...—¡Nos acercamos á la cima!

El Monte empieza á estremecerse, con un ligero temblor semejante al de un buque de hélice en una mar serena.

Un trueno sordo, contínuo, profundo, resuena ya debajo de nosotros....—Ora crece.... ora se debilita; pero siempre ruje.... siempre hierve....

El olor á azufre, á gas, á brea, á infierno.... es cada vez mayor...

La ceniza grieteada, incandescente, deja escapar un leve humo casi blanco, que, apenas se ha levantado algunos pies en la atmósfera, vuelve á bajar y á meterse en la misma grieta de donde salió, atraido por una aspiracion subterránea...

Estos vapores fugitivos, fátuos, traviesos, me parecen espíritus irónicos, duendes, diablillos, que salen del Averno á recibirnos, á vernos llegar, á engañarnos, y que se vuelven á su antro, á decirle á su Rey que ya estamos aqui, ó creyendo, en su malicia, que trataremos de pillarlos y nos precipitaremos tras ellos en el abismo.

Un paso más... Un último esfuerzo...

¡Hemos llegado!—¡Estamos en la cumbre del Volcan!

Séanos permitido un arranque de soberbia...—¡Hollamos la cúspide de la Pirámide de fuego!... ¡Pisamos la frente del Verdugo de Pompeya!

El humo nos envuelve en el primer momento...

Luégo se desvanece la nube, y nos permite durante algunos minutos ver lo que nos rodea...

En redor nuestro se dilata una escabrosa planicie redonda, de unos cien metros de diámetro, cubierta de ceniza oscura y de escorias y rebabas.

Las escabrosidades de esta meseta son unas masas de espuma de betunes hirvientes, cuyo feísimo aspecto, porosidad esponjosa y estremecimientos contínuos causan horror y miedo...

A pocos pasos de nosotros levántanse ligeramente los bordes del Cráter..., al cual vamos á asomarnos...

El terreno que pisamos parece hueco: debajo de nuestros pies tiembla y brama el incansable mónstruo...

El estruendo es cada vez más terrible...

Respiramos un aire mefítico, abrasado, infernal...

Pero no retrocedemos.

De diez en diez minutos lanza el Volcan un espantoso rugido: de su ancha boca sale una inmensa columna de humo, y cerca de ella brotan asimismo, de las hendiduras de la ceniza, mil y mil humos más ligeros. Esta nube, que vemos levantarse entre nuestros pies y por todas partes en el momento que el Cráter *respira*, flota algunos segundos sobre la montaña, sumergiéndonos en una tenebrosa noche: despues *aspira* el Cráter, y todos los humos parciales corren á sepultarse en él, absorbidos por sus formidables pulmones.

Llego al borde de la sima...

Para ello me arrastro boca abajo por la ceniza abrasada...

El Guia me retiene por los pies, temeroso de que pierda el sentido, de que me asfixien los vapores, ó de que avance demasiado y apoye las manos en un punto deleznable...

De esta manera descubro la boca del pavoroso abismo...

Es una especie de pozo, de seis varas de diámetro, circular. cuyas paredes, revestidas de azufre, presentan largas hendiduras...

Asomo la cabeza.... Miro á lo hondo....

Al principio, el humo denso no me deja ver nada....,—Luégo distingo llamas rojizas y azules, que iluminan un sumidero negro, profundísimo...

Parece que allí borbotan y hierven cien calderas de plomo derretido...

Los gases me ahogan... El aliento del dragon me abrasa.

En esto retumba un espantoso trueno... El brocal de ceniza en que me apoyo, tiembla como el agua movida por el huracan. ¡La lava sube!...

¡Oh, sí! ¡La llama asciende entre torbellinos de humo! ¡Va á *respirar* el Cráter!...

¡Retrocedamos!

Apenas me aparto y me cubro con las manos el rostro, el aliento sofocante del Volcan pasa sobre mi cabeza.

Palpita la tierra; arde el aire; el cielo se ennegrece; la respiracion me falta...—¡Esto es morir!

Pero calma el acceso; desaparece el humo, quedando reducido á una espesa columna que se levanta gallarda en el espacio, y vuelve la luz, y brilla el cielo, y el mar reverbera otra vez en lontananza...

Dentro de diez minutos se repetirá el mismo fenómeno.

¡Y asi contínuamente!

¡Oh! No reiteraré la dolorosa prueba á que acabo de someter mis fuerzas, por satisfacer una curiosidad que sólo ha conseguido avivarse...

¡Descender á ese abismo! ¡hé aquí lo que ahora se atreve á codiciar el alma!

Y es que ese abismo atrae...

Colgado sobre él, he creido estar asomado al corazon humano, viendo la cuna de las pasiones, la raiz de los sentimientos, los estragos de la desventura...

> Aquí la turbacion, aquí el gemido,
> aquí la guerra, aquí los hondos males
> tienen reinado eterno.....

murmuraba yo, recordando unos versos de Carolina Coronado.

—Aquí (decíame) se ven las entrañas de la tierra: de aquí brotan metales y betunes, piedras y gases, revueltos y confundidos, como van mezclados en la sangre todos los elementos de nuestra vida: aquí late en su orígen la actividad del Planeta. La perpétua fecundidad del mundo exterior; la reproducion incesante de los principios generadores de animales y plantas; los siempre vistosos colores de la primavera; la rica sávia que se torna en frutos; la sal incorruptible que renueva lo que muere y sazona lo que nace; el calor vital y la fuerza progresiva que anima y sostiene, inspira y multiplica las variadas formas de la terrenal materia, todo eso se comprende por este movimiento oculto, por este fuego activo, por esta agitacion constante que reside en el corazon del globo.—Los latidos de ese corazon, yo los oigo, yo los siento ahora: esta palpitacion intermitente que lo agita, no es más que el sístole y diástole cuyo pausado ritmo señala los instantes de la vida de la Tierra.

Tales han sido mis reflexiones durante esos diez minutos, cuando el horror y el miedo daban treguas á mi alma.—Por lo demás, y si hubiera de seguir los impulsos instintivos de mi naturaleza (lo declaro francamente), ni un solo momento permaneceria aquí despues que me he asomado al fondo del Cráter. Pero, como estoy seguro de que jamás he de volver á subir á este Monte, y sé que no todos los dias, ni siquiera la mitad de los del año, se dan casos de que el Volcan devore á los que lo visitan, me decido á pasar algunas horas en este infierno, no sin invocar antes mi buena estrella y jurarle que, si libramos hoy con vida, lo cual es bastante fácil, mañana perderemos de vista estas regiones de mortales riesgos y pondremos el rumbo hácia la Patria,—donde, por la misericordia de Dios, no hay volcanes por ahora.

Los que hayan sentido un terremoto, comprenderán el miedo miserable que respiran estos discursos.—El hombre de más ánimo transigirá con otros peligros de muerte. La inundacion, el incendio, la guerra, el frio, el naufragio..., todo esto ofrece alguna ráfaga de esperanza á la temeridad del hombre... Pero, cuando la tierra tiembla; cuando el abismo se abre; cuando el mundo que nos sostiene se aniquila..., ¡qué somos, qué podemos ser, qué hemos de esperar los débiles mortales!

Contra el *Vesubio* encolerizado no habria defensa, ni grados en la desdicha.—El tránsito seria de la vida á la pavesa, del ser á la nada.

¡Y luégo, el terror al cataclismo; el duelo natural de la criatura al ver desorganizarse la creacion!...

¡Ah! morir con el mundo, es caer de un golpe en la insondable Eternidad.

Habrá quien no tema á la *muerte*; pero yo no creo que nadie dejaria de temer al *fin del mundo*, si lo viese próximo.

Conque almorcemos.

El Guia nos conduce á un paraje de esta cima, algo separado del Cráter, donde la ceniza se presenta más blanca y escabrosa que en parte alguna.

Este lugar se llama *la Cocina del Diablo.*

Los ingleses han introducido la costumbre de asar aquí huevos en la ceniza, para lo cual basta dejarlos un momento sobre ella.

Nosotros hacemos lo que los ingleses; y con esto, y queso de Parma, vino de Capri y pan (que son todas nuestras provisiones), almorzamos alegremente, aunque no sentados; pues, como podreis comprender, nuestro objeto no es asarnos á nosotros mismos.

En seguida subimos á la parte eminente de esta cumbre, y nos solazamos con el panorama más grandioso que puede imaginar la poesía

En torno nuestro, el Volcan humeante, los valles cubiertos de lava, la *Somma* (pequeña cordillera de betunes y cenizas, separada del *Vesubio* el dia de la destruccion de Pompeya), los pueblecillos que bordan el pie de este monte; y despues Nápoles... el mar... las Islas, las llanuras de la Campania, infinidad de blancas Ciudades esparcidas entre verdes paisajes, las montañas azules, la inmensidad de un purísimo horizonte!...—Es un espectáculo arrebatador.

A las tres de la tarde, á la hora apocalíptica, emprendemos nuestra retirada.

Cruzamos, pues, todo el Monte en direccion contraria á la que hemos traido, y nos asomamos al gran valle de lavas que va á morir cerca de *Herculano.*

La bajada sólo es posible de una manera; ya sabeis de cúal...—Nos tendemos casi enteramente sobre la ladera de la montaña; nos apoyamos en los bastones ferrados; clavamos los talones en la ceniza, y nos dejamos ir con toda velocidad...

Cinco minutos despues nos hallamos á media legua del Cráter y mil metros por debajo de la cumbre del *Vesubio.*

¡Estamos libres!

VII.

HERCULANO.

Antes de continuar nuestra bajada, nos dirigimos á la célebre *Ermita de San Salvador*, donde se bebe (y bebemos) el mejor y más legítimo *lacryma Christi* de la comarca.

Desde allí volvemos á precipitarnos, aunque ya por pendientes más suaves, hasta llegar á *Resina*, que no es más que la antigua *Retina*, Puerto de la ciudad de *Herculano*, cuyas ruinas vamos á visitar.

La catástrofe de *Herculano* fue diferente de la Pompeya. La misma erupcion del 79 lo inundó de un lodo volcánico, duro hoy como el granito, sobre el cual vinieron despues diversas corrientes de lava hasta formar encima de la ciudad una compacta mole de *treinta y cuatro metros* de espesor.

Herculano permaceció tambien desconocido y olvidado durante diez y seis siglos y medio, hasta que en 1711, Manuel de Lorena, príncipe d'Elbeuf, habiendo sabido que un panadero de Resina, al abrir un pozo en busca de agua, habia encontrado muchos y muy buenos mármoles labrados, mandó hacer grandes excavaciones en aquel lugar y encontró el famoso *Teatro* de Herculano.

Despues se han descubierto algunas calles, una *basílica* y dos ó tres *villas* llenas de magníficas estáuas y de papyrus; pero como las excavaciones se han tenido que hacer por medio de pozos y de galerías subterráneas, á causa de la gran profundidad á que se halla la abrasada ciudad y de la dureza de la materia que la obstruye, se han vuelto á tapar casi todos los lugares explorados, á peticion de las ciudades que se levantan hoy sobre ella.

Herculano era un pueblo más artístico que la ciudad comercial que recorrimos ayer: asi es que en sus edificios se han encontrado muchas de las mejores estátuas que adornan *el Museo Borbónico*..

Fuera de este interés, muy escaso es el que ha ofrecido *Herculano*, sobre todo despues del descubrimiento de Pompeya. El tener que visitarlo á la luz de las antorchas, encontrando á cada paso los pilares levantados para sostener el terreno sobre los monumentos que no han vuelto á taparse, quita su pasmosa verdad á los objetos y aleja toda ilusion del ánimo del que los mira.

A lo menos yo, al recorrer hace poco aquel vasto *Teatro*, al cual se baja por muchos escalones, no he experimentado ni remotamente las emociones que me agitaron ayer en Pompeya.

Para que los despojos de los siglos aparezcan con toda su severa melancolía, es necesario que los alumbren las inextinguibles luces de la Naturaleza.

. . . .

EPÍLOGO.

DE NÁPOLES Á MADRID.

Llegó el momento de regresar á la distante pátria.—Es decir: Tenemos que desandar en algunos dias el camino que hemos andado en cinco meses.

Con igual rapidez habré de relatar este viaje de vuelta; pues mi *Libro de memorias* no contiene en este punto sino algunas fechas, algunos nombres y tal ó cual brevísima nota.

Hélo aquí todo, literalmente copiado:

Nápoles, 22 de enero.

Son las cinco de la tarde.

Dentro de unos minutos me habré embarcado para ESPAÑA.

Sin embargo, no iré por mar directamente, en busca de alguno de sus Puertos; sino que costearé la Italia desde aquí hasta *Génova*, tocando en *Civita-Vecchia* y *Liorna*, y luégo emprenderé el camino de tierra, por el *Mont-Cenis*, *Paris* y *Bayona*.

En el momento de dejar á *Nápoles* (donde he permanecido otros tres inolvidables dias, despues de nuestra excursion al Vesubio), recibimos la noticia de que la Escuadra francesa se marchó anteayer, dejando libre el mar á los buques sardos, y de que *Gaeta* se halla en vías de rendirse.....

¡Ha terminado, pues, el antiguo *Reino de las Dos Sicilias*!

Pero el vapor *Carmel* nos espera.....—¡Partamos!—Y, al partir, démos un adios del alma á esta region encantadora, á este cielo de amor, á este golfo cristalino.....

«*Ver á Nápoles..... y morir*.....»—¡No!—«¡*Ver á Nápoles y volver*!.....»—Hé aquí lo que yo exclamo al separarme de su costa.

¡*Volver á Nápoles*!.....—Dios me permita cumplir este deseo, realizar esta esperanza.

. . . .

A bordo del *Carmel*, 22 de enero.

Al oscurecer pasamos delante de *Gaeta*.

Truena el cañon.....—Es el estertor de agonía de la vieja Italia.....

¡Salud á la Italia nueva, que se levanta del sepulcro!—Pero ¡honor tambien al último Campeon de la historia! ¡Honor asimismo á la hermosa Heroina de *Gaeta*, á la Reina destronada!

. . . .

A bordo del *Carmel*, 23 de enero.

Hemos navegado toda la noche.

Nos amanece delante de *Civita-Vecchia*.

La Escuadra Española se halla fondeada en el Puerto.—Acaba de llegar de Gaeta.—¡Cómo alegra mi alma la bandera roja y amarilla!

Aquí me separo de Dióscoro Puebla, á quien acompaño hasta el muelle.

Él salta en tierra y se dirige al ferro-carril.—Esta noche se hallará de vuelta en *Roma*.

Yo regreso al Vapor, donde me paso el dia viendo á lo lejos las melancólicas llanuras del Estado del Papa y evocando mis recientes memorias de la Ciudad Eterna.

. . . .

A las cuatro de la tarde levamos anclas con rumbo á *Liorna*.

Hace un tiempo hermosísimo: el horizonte, azul y despejado, se pierde de vista hácia poniente: el sol, al ocultarse, nos deja ver la erizada silueta de la *Isla de Córcega*, por delante de la cual pasamos á muchas leguas de distancia.

El capitan del Vapor me señala una Isla pequeña que se ve más acá, á unas tres leguas de nuestro derrotero.

Es la *Isla de Monte-Cristo.....*, con la cual tanto he soñado.

A la noche se toma el té y se baila sobre cubierta, á la luz de la luna, que esclarece los cielos y la mar en toda la plenitud de su belleza.

Yo mido con la vista la triple estela rutilante que la quilla y las ruedas del Vapor dejan en pos de sí, y la descuento de la distancia que me separa de tantos séres queridos, y fluctúo entre la pena de dejar á Italia y la alegría de acercarme al suelo que me vió nacer.

Las hermosas y elegantes pasajeras se han cansado de bailar, y descienden á sus camarotes, acompañadas de sus amantes, de sus maridos ó de sus padres.

Yo quedo solo sobre cubierta.

El capitan y el timonel cruzan algunas señales ó se dirigen algunas palabras técnicas de un extremo á otro del buque.....

A las doce de la noche distingo tierra á derecha é izquierda, y más de un faro que nos avisa los riesgos.....

Pasamos entre *Piombino* y la *Isla de Elba*.

. . . .

A bordo del *Carmel*, 24 de enero.

Al ser de dia estamos en *Liorna*.

Reconozco el puerto á que arribé hace cerca de dos meses, cuando aún no habia visto á Florencia, Roma y Nápoles.

Mis deseos y mis esperanzas de entonces, hánse trocado en plácidos recuerdos.....

Tampoco salto aquí en tierra, y eso que *Liorna* está de gala, llena de colgaduras y flores y atronada por músicas militares.—Hoy deben llegar á ella los hijos de Víctor-Manuel, con direccion á Florencia, donde van á pasar el Carnaval.

En efecto: á eso de las diez llega al puerto una Fragata de guerra, que pasa rozando con el *Carmel*.....

Toda la Toscana sale á recibir á los hijos del Rey *Galantuomo*.

El príncipe Humberto, el heredero de la corona, es un corpulento mancebo, sumamente grave, á pesar de que sólo cuenta diez y siete años.

¿Quién puede leer en el porvenir de ese príncipe? ¿Recibirá la corona de toda Italia de manos de un Papa? ¿Será solo rey del Piamonte? ¿Heredará siquiera el derecho de vivir al pie de los Alpes?

. . . .

Son las siete de la noche. Salimos para *Génova*.

. . . .

Génova, 25 de enero.

Al amanecer, avistamos la *Cittá di Maria Santissima*.

Al desembocar encuentro á Caballero y á Jussuf, que me aguardan con las maletas hechas y dispuestos á acompañarme á España.

A las diez de la mañana salimos juntos para *Turin*.

. . . .

Dos horas despues.

En Génova era ya primavera; pero, al pasar los grandes túneles del Apenino, nos encontramos con una espantosa nevada que cubre todo el Piamonte.

¡La verdad es que estamos en Enero!—¡Adios, pues, á las encantadas regiones del Mediodía, y salud á nuestros antiguos amigos los nevados Alpes!

. . . .

Turin 4 de febrero.

He pasado diez dias más en esta ciudad, cuando sólo pensaba detenerme en ella algunas horas.

Decididamente, *Turin* ha sido la Cápua de mi expedicion á Italia. Tres veces he penetrado por sus puertas, y las tres veces me he quedado como adormecido dias y dias, disfrutando de sus diez y ocho grados bajo cero.

Durante esta mi última estancia en la capital del Piamonte, he asistido al estreno de una ópera nueva de Verdi *(Un ballo in maschera)*, y he oido cantar la *Norma* á la justamente célebre Carolina Titien.

Al mismo tiempo he visto en el *Teatro Reggio* al Rey Víctor Manuel y al historiador César Cantú.

. . . .

5 de febrero.

Partí al cabo, y héme aquí en trineo, atravesando á media noche las heladas cumbres del *Mont-Cenis*, cubiertas de sempiternas nieves.

Ya no pararemos hasta Madrid, donde nos proponemos vestirnos de

máscara este Carnaval.....—¡Y cuenta que el Carnaval es dentro de cinco dias!

¡Nada más grandioso que la vista de los Alpes, á las doce de la noche, en pleno invierno, cubiertos de su blanco sudario y alumbrados por la luna!

Cuando vuelva á Italia, haré la descripcion de este cuadro.

Ahora no pienso ya más que en llegar á España.

París, 6 de febrero.

Acabo de llegar.

Son las cinco de la mañana; pero aún no amanecerá hasta dentro de dos horas y media.

Las anchurosas calles de la gran ciudad están completamente solas y mudas.—*París* duerme.

Nosotros lo atravesamos de un extremo á otro, y nos ponemos en franquia para seguir nuestro viaje á España.

. . . .

Burdeos, 8 de febrero.

¡Excelentes ostras y excelente vino!.....

Pero el pito del tren sólo nos deja ya tiempo para pagar nuestro gasto de dos dias.. ..

¡Adelante, pues!

Irun, á la una de la madrugada del 9 de febrero.

Hace una hora que pasé la frontera y pisé tierra de España.....

¡España!.....—No ofenderé mi patriotismo, definiendo la santa alegría con que pronuncio este nombre, con que oigo hablar castellano en torno mio, con que respiro el aire de la pátria.....

Adivínelo todo quien me leyere.

. . . .

Lúnes, 11 de febrero.

Esta mañana llegué á *Madrid*.

Era segundo dia de Carnaval... Me vestí de máscara, y me fuí al Prado, en busca de personas muy queridas.

Les hablé, y no me conocieron: en castigo de lo cual, me abstengo aquí de decirles mi opinion acerca del gran problema que encierra la unidad italiana.....

«*La elocuencia es plata*; *pero el silencio es oro*,» dicen los orientales.

Y, hablando en plata, yo no sé qué decir de la cuestion de Roma.

FIN.

INDICE.

LIBRO CUARTO.

LA LOMBARDÍA.

LIBRO QUINTO.

EL VENETO.

PÁGINAS

LIBRO SEXTO.

LAS LEGACIONES.

LIBRO SÉTIMO.

MÓDENA Y PARMA.

LIBRO OCTAVO.

GÉNOVA.

LIBRO NOVENO.

LA TOSCANA.

LIBRO DÉCIMO.

ROMA.

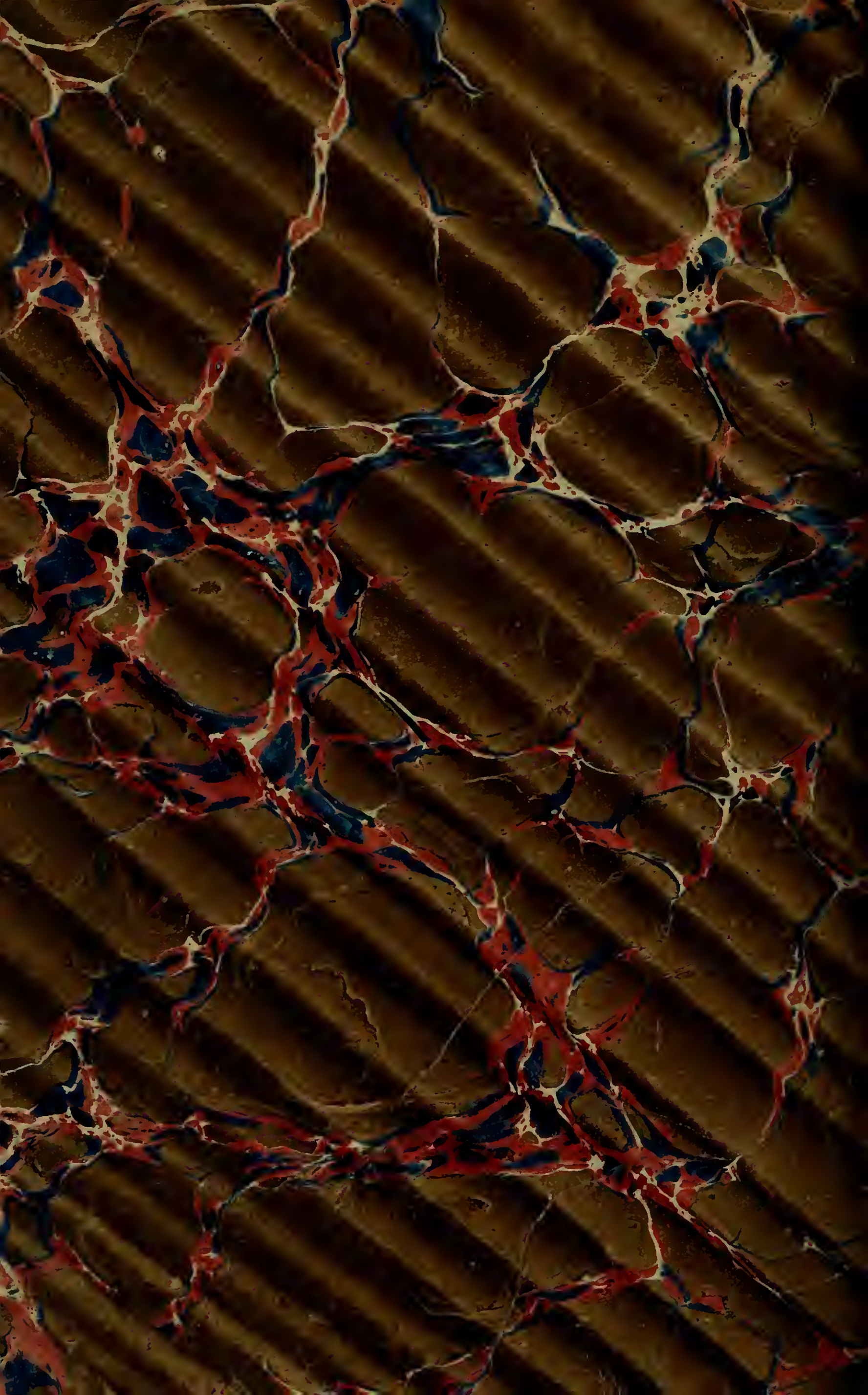
PÁGINAS.

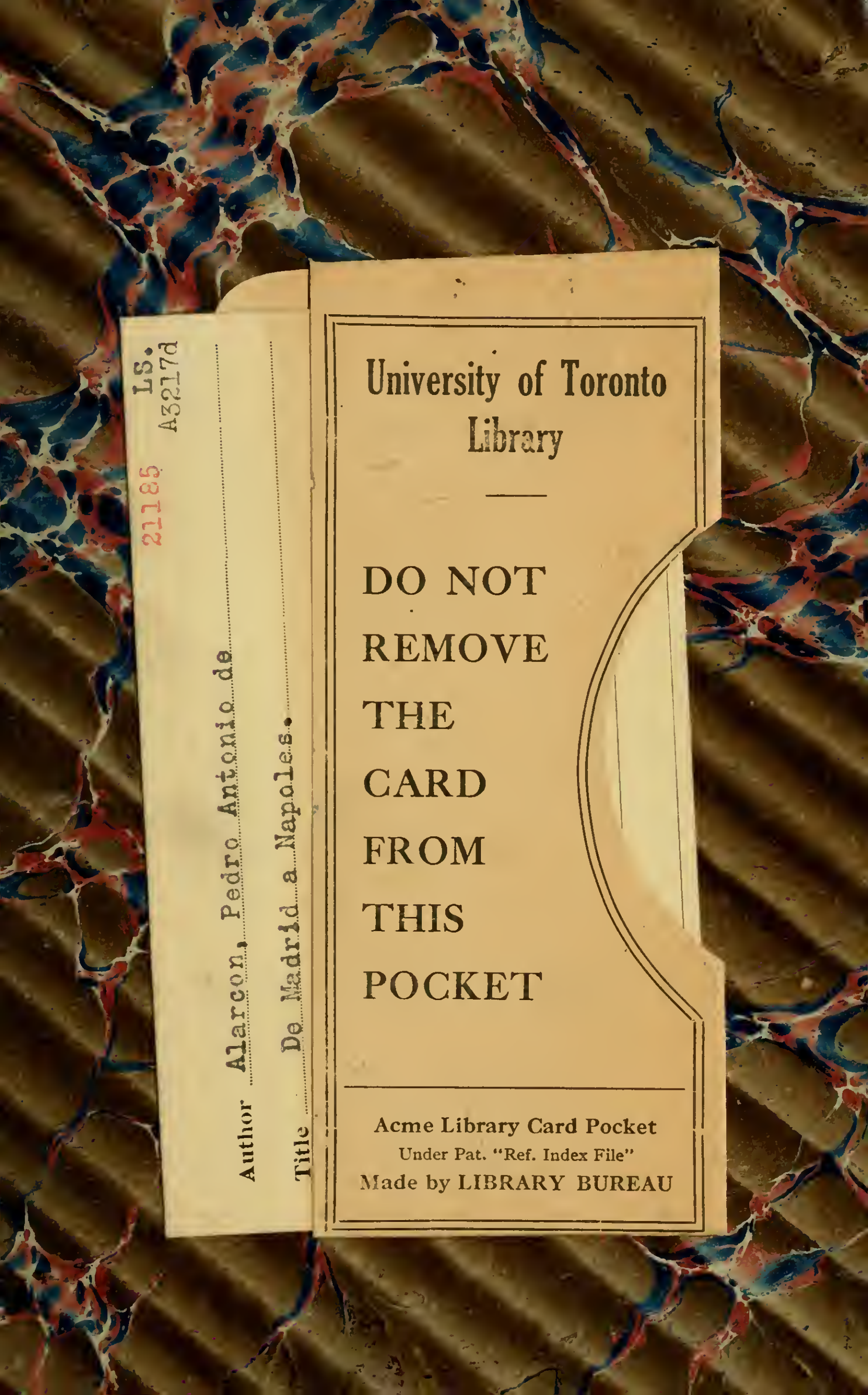
LIBRO UNDÉCIMO.

NÁPOLES.

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.




University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU
LS.
A3217d
21185
Author Alarcon, Pedro Antonio de
Title De Madrid a Napoles.

